
UNA FALSA
Dama
Virginia Camacho

Una falsa dama

Virginia Camacho

Copyright © 2023 Virginia Camacho
Twitter e Instagram: @virginia_sinfin

Sitio Web: www.virginiacamacho.com

Primera Edición

Diseño portada: Laura Machado García-Gemellisedición

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Tabla de contenido

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28

29
30
31
32
33
34
35
36
37

Empezó tal vez
como un deseo de probar con la época medieval,
pero he descubierto que me encanta la época…

1

Inglaterra, 1283

Cuando a lady Emma Fitzalan, hija del barón de Dunster, le informaron que efectivamente se casaría con Roderick Montfort, conde de Albermale, su llanto se hizo escuchar en todo el castillo.

Lloró toda la mañana y parte de la tarde. Le rogó a su padre que no la sometiera a semejante tortura. Todos en Inglaterra sabían que el conde Roderick de Albermale era un hombre cruel, siniestro, frío como una tumba.

Además, ¿acaso no había escuchado lord Dunster que eran gente muy extraña? A su ejército lo llamaban los caballeros lavados, porque tenían extrañas costumbres. Si Emma iba a ese horrible lugar, lleno de brujería, rituales censurables y fama detestable, moriría.

—Y no queréis que vuestra hija muera, ¿verdad? —lloró Emma mirando a su padre con ojos enrojecidos, anegados en lágrimas.

Pero no sabía que le rogaba al santo equivocado. Lord William Dunster no daría su brazo a torcer.

Que Roderick Montfort, de la digna casa de Albermale, brazo derecho del rey Eduardo I, le pidiera a él, un simple barón del reino, que le diera a su única hija en matrimonio, era sumamente extraordinario. Las casas se fusionarían a través del hijo que les naciera, y él podría morir en paz, con riqueza, con estatus.

Nunca casaría a su hija con alguien menor, pero era un barón con una riqueza bastante mediocre, nunca había aspirado a tanto. Este era un golpe de suerte que no iba a dejar pasar.

—U os casáis —advirtió el barón—, o moriréis—. Emma abrió grandes los ojos ante semejante dictamen, y lloró más—. Si vais a morir —insistió lord Dunster haciéndose escuchar por encima del llanto de su hija—, aseguraos de hacerlo luego de parirle un hijo a lord Albermale, y que sea varón. Antes, absteneos de cometer una locura.

—¡Moriré! —exclamó Emma con gran estridencia—. Moriré antes de llegar. Me sometéis al peor destino que una mujer pueda soportar.

—El matrimonio con un conde joven no es el peor destino —insistió lord William dejando salir el aire mostrando signos de irritación. Esta

conversación se estaba prolongando demasiado—. Antes, alegraos de que os haya elegido a vos, que no sois, después de todo, la lumbrera que más brilla en Inglaterra.

—¡Padre!

—Sois mi hija, lady Emma, pero sois tonta, o lo pretendéis, para gozar de la libertad que de otra manera no tendríais.

—¡Padre! —volvió a llorar Emma—. Por mi vida, os lo ruego.

—Por la mía, que no —zanjó lord William poniéndose en pie y mirando a las damas de su hija que habían venido con ella a su salón, y estaban de pie esperando el dictamen—. Preparaos para el viaje —ordenó sin mirar a nadie en particular—. Lamentablemente, no podré estar para la fiesta de boda, pues tengo encargos importantes que atender, pero os envío a vosotras como mis testigos. Cuidad de lady Emma con vuestra vida, y servidla como habéis hecho hasta ahora—. Las cuatro damas asintieron con una cabezada, en total silencio, y cuando el lord salió del salón, acudieron a lady Emma para socorrerla, pues llevaba rato de rodillas en el suelo, infructuosamente.

—Prefiero morir —sollozaba lady Emma—. ¡Prefiero morir!

—¿Qué tan mala podrá ser la casa de Albermale que lady Emma se niega tan rotundamente a casarse con el lord? —preguntó lady Sibyl en voz baja, mientras con lady Gail y lady Maud doblaban y empaquetaban todo para el inminente viaje.

Lady Emma seguía indispuesta, aunque ya había dejado de llorar, y junto a su dama más cercana, lady Ida, daban un paseo por los jardines. Todo para que lady Emma se tranquilizara, había dicho.

Les quedaría todo el trabajo a ellas, pero no podían hacer nada al respecto.

—He oído que son fieros en la batalla —contestó lady Maud doblando un vestido especialmente lujoso de lady Emma—. Muy cercanos al rey, por lo tanto, ricos.

—¿Y es cierto que el lord es joven?

—Nunca lo he visto, pero al parecer, sí.

—Entonces, ¿por qué se queja lady Emma? —preguntó lady Sibyl confundida.

Gail, que asomada a la ventana podía ver a lady Emma paseando por el patio interior del castillo, se hizo la misma pregunta. Definitivamente, pensó, algunas nacían con suerte. ¡Cuánto daría ella por la oportunidad de casarse! Aunque actualmente sólo tenía diecisiete años, y, por lo tanto, era la dama más joven de lady Emma, estaba segura de que, con este rango, y en esta casa, nunca conseguiría establecerse. Llevaba un año sirviendo a la casa Dunster, y aunque uno que otro pretendiente se le había acercado, ni Emma, ni el lord, mostraron señales de querer que sus damas de compañía tuviesen familia. El ejemplo era lady Sibyl, que, con más de treinta años, seguía soltera.

—Terminemos esto pronto —conminó Gail—, el día avanza y el viaje se acerca.

—Será una semana en los caminos, si hay buen tiempo y los caminos están en condiciones. Si no… hasta tres semanas.

—Entonces, démonos prisa.

Sibyl miró a Maud significativamente. Aunque Gail era la más joven de las cuatro damas de lady Emma, a veces era la que mandaba. También era cierto que era la más culta de las cuatro, y a veces, la que mejor juicio tenía. Lady Maud siempre estaba de parte de ella, pensó Sibyl, pero era comprensible; habían llegado juntas hacía un año, y aunque nadie lo decía en voz alta, se sospechaba que en el pasado lady Gail perteneció a una familia rica y Maud la servía, y luego de la ruina de su familia, habían venido con lord Dunster a servirle en pago de una deuda.

Como fuera, ahora estaban en igualdad de condiciones, aunque Sibyl a veces agradecía la rapidez de pensamiento de lady Gail para sacarlas de apuros.

El día del viaje llegó, y desde antes del amanecer, las cinco damas estaban en pie, listas y con el equipaje preparado para la partida. Los acompañarían dos doncellas y diez soldados, todo un contingente para proteger a la novia, que había parado de llorar, y ahora sólo parecía nerviosa.

Lord Dunster despidió a su hija dándole un beso en la frente, y luego de repetirles a las damas acompañantes que cuidaran de ella y la sirvieran con diligencia, las vio partir.

Eran dos carruajes, en uno iría lady Emma, Gail, Sibyl y Maud. En el otro, lady Ida y las dos doncellas. Los soldados irían en sus monturas.

El primer día del viaje pasó, y en la noche acamparon como era costumbre. Afortunadamente, los caminos estaban bastante bien, y a pesar de ser primavera, no llovió.

Pero no fue así en los siguientes días. Una persistente lluvia los acompañó día tras día, haciendo de los caminos un lodazal, rompiendo las ruedas de un carruaje, o del otro, y haciéndoles perder tiempo y energía.

A veces, el día era tan negro que ya no se distinguía de la noche, y el ánimo de todos parecía decaer con cada cambio de rueda, con cada obstáculo en la carretera.

Cuando ya iban a la mitad del camino, Gail empezó a sentir que Emma estaba más nerviosa de lo normal, asomándose a la ventanilla del carruaje, retirando una y otra vez la cortinilla, haciendo comentarios acerca de lo horrible que estaba siendo esta experiencia. Gail hubiese querido pedirle que callara, pues con sus palabras no contribuía al buen ánimo de nadie, pero se contuvo una y otra vez.

Era temprano aún, pero el cielo se había oscurecido de manera casi siniestra, y de repente, hubo caos.

Lo primero que Gail notó fue que se detenían abruptamente, una orden gritada por sir Gavin, el comandante de la brigada que las acompañaba, y luego, el entrechocar de las espadas, los gritos de sorpresa y de dolor que sobresalían entre el ruido de la lluvia y el viento.

—¿Qué está pasando? —exclamó lady Sibyl, y antes de que alguien pudiera contestar, la portezuela del carruaje se abrió abruptamente, y un caballero con un pañuelo que le cubría casi todo el rostro, entró y tiró de lady Emma, que gritó sorprendida.

Las tres mujeres restantes del carruaje intentaron tirar de ella, pero les fue imposible recuperarla. Gail incluso bajó del carruaje dispuesta a ir por lady Emma hasta donde fuera necesario, pero un golpe en la cabeza la dejó fuera de combate. Lady Maud gritó y corrió a socorrerla mirando alrededor.

Lady Emma estaba siendo subida a un caballo, y ella se aferraba al caballero para no caer, dicho caballero gritaba la retirada, y de repente, todos dejaban la escena huyendo despavoridos.

Gail abrió de nuevo los ojos y sintió náuseas, al tiempo, la lluvia se escurría entre sus ropas, y empezó a tiritar de frío.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó lady Sibyl mirando a sir Gavin con fiereza. Éste, terriblemente mortificado por tan terrible derrota, dio la orden a cinco de sus caballeros para perseguir a los forajidos.

—¿Nos vais a dejar aquí solas? —gritó lady Maud.

—Debemos recuperar a mi lady, ¿o preferís morir? —gritó sir Gavin en respuesta—. Sabéis que eso es lo que nos pasará si acaso volvemos a casa sin lady Emma. ¿Es eso lo que me pedís en este momento? —lady Maud se mordió la lengua para no seguir hablando, y Gail le dio unos golpecitos en el brazo pidiéndole que se calmara.

La mitad del contingente se fue tras Gavin, y el resto se quedó allí, en medio del camino, sin saber qué hacer.

Gail tomó las riendas de la situación entonces.

—¿Quién falta, además de lady Emma?

—Su dama, lady Ida—. Gail frunció el ceño por lo extraño del suceso. Se sobó la parte de la cabeza donde había sido golpeada sintiendo que le palpitaba, pero mantuvo sus sentidos en el aquí y el ahora.

—¿Sólo… ellas dos? —todos guardaron silencio.

—¿Qué pensáis, lady Gail? —preguntó sir Gregory, un caballero de pasados treinta años y de buen aspecto al que sir Gavin había dejado al mando.

—Que es muy extraño. Pensé que nos robarían; traemos… bastantes objetos de valor, pero un secuestro es… —Sir Gregory se mordió los labios, y Gail tomó aquel gesto como si tuviera algo que decir, pero no se atreviera—. Hablad, sir Greg —dijo, usando el diminutivo de su nombre. Tiempo atrás, el caballero le había pedido que lo usara.

—El modo de pelear de estos hombres… No eran forajidos.

—¿Qué queréis decir?

—Eran caballeros. No tenían insignia, pero eran caballeros.

—¿Qué significa eso? —preguntó lady Sibyl.

—Parece que no pedirán rescate por lady Emma —concluyó Gail—. Y si se llevaron también a lady Ida…

Maud abrió los labios en señal de sorpresa y horror.

—No. No —susurró—. Lady Emma no nos habría hecho esto. Ella sabe… Ella debe saber… —Gail no dijo nada, pero ahora todo tenía sentido para ella.

Lady Emma era parte de este asalto, y se había puesto a sí misma en el lugar perfecto para ser "raptada".

Ahora recordaba cuando la vio pasear por los jardines del castillo acompañada de lady Ida. Le había parecido extraño que se les juntara sir Abel para una simple caminata. Lucían como si sostuvieran una profunda conversación, y Gail llegó a pensar que el caballero sólo estaba lamentando la triste noticia, pues la dama se casaría.

Qué tonta había sido, pensó ahora. Estaba claro que aquella no había sido una simple caminata, ni una lamentación por el inminente casamiento. Estaban planeando este asalto.

Los rumores eran ciertos entonces, entre lady Emma y sir Abel había un amorío, y por eso ella había protestado tanto al enterarse de que se casaría. No le importaba que su futuro marido fuera rico y joven, un conde, además. Ella quería a su soldado.

Gail tragó saliva. Insensata, dijo para sí. Necia, qué mujer más tonta. Ahora, por su culpa, todos aquí estaban en peligro de muerte.

Sibyl había empezado a llorar, pues sabía lo que les aguardaba si daban marcha atrás y le daban la terrible noticia al barón, y no querían ni pensar si acaso seguían adelante, y se presentaban ante lord Albermale sin la novia.

Todos iban a morir.

—Matadme ahora —lloró lady Sibyl—. Hacedlo ahora y libradme de la humillación.

—Controlad vuestras emociones, lady Sibyl.

—¡He sido traicionada por la dama a la que he servido por cinco años! Su juventud no excusa semejante comportamiento.

—Esperemos a sir Gavin —sugirió Gail encaminándose de vuelta al carruaje—. Tal vez traiga buenas noticias.

—Si es que regresa —murmuró lady Maud, y Gail se detuvo a mirarla—. No olvidéis que sir Gavin y sir Abel son hermanos jurados.

—Condenación —murmuró sir Greg, y el ánimo de todos decayó por completo. Algunos soldados, incluso, se arrancaron de la ropa la insignia de la casa de Dunster. Habían sido traicionados, pero lo pagarían ellos con la muerte.

Lady Sibyl siguió llorando, pidiendo la muerte; Thea y Judi, las doncellas, intentaban calmarla, pero en ellas también se notaba la incertidumbre. Algunos soldados, inquietos sobre sus monturas, miraban el camino como si ya planearan huir. Ellos podían hacerlo, irse lejos, ofrecer sus servicios en otra casa más benevolente, pero entonces ella, Sibyl, Maud, y las dos doncellas que habían quedado desamparadas, morirían.

No podía morir. No aquí, no así. Tenía que volver a ver a su padre, pensó. Él estaba en Londres, seguramente trabajando para alguna casa rica ofreciendo sus servicios como administrador a pesar de ser un conde.

La ruina había caído sobre ellos como una plaga, y luego de perder sus tierras, sus edificaciones, todo, sólo les había quedado el título; pero con un título no se come, y Gail había tenido que ubicarse como dama de compañía. No ganaba nada, pues con su trabajo, más bien, pagaba una deuda, pero era un contrato de siete años, y luego de estos, se vería de nuevo con su padre en Londres.

—Tal vez, os caséis con un caballero en esa casa —le había dicho su padre al despedirla— no importa si es de bajo rango, si mi hija le ama, será bien recibido en nuestra casa. Aquí tenéis más oportunidades que a mi lado, hija mía. Sé sensata, como siempre lo habéis sido, sé feliz.

No podría cumplir con ninguno de esos buenos deseos si moría aquí, pensó ahora.

Una idea iluminó su mente, y se quedó quieta mientras la lluvia le empapaba el cabello rubio y su vestido gris. El corazón le palpitó acelerado por lo atrevida que era. Pero era esto o la muerte.

Además, la vida de Maud dependía de ella, y ahora también, la de Sibyl, Thea y Judi.

No. No podían morir aquí.

—Sigamos adelante —dijo llena de resolución, aunque también, llena de miedo.

—Pero ¿qué decís, criatura? —preguntó Maud.

—Vamos a la casa de Albermale.

—¿Sin la novia? —Gail elevó la mirada. Sir Greg y los demás caballeros la miraban confundidos, expectantes.

—Os prometo que no moriremos —dijo—. Yo seré la novia—. Sir Greg abrió grandes los ojos.

—No puedo permitir tal cosa.

—Tomaré el lugar de lady Emma —insistió Gail, apretando fuerte el brazo de Maud, pidiéndole apoyo—. Vos seréis mi caballero protector; vosotras, mis damas, mis doncellas…

—Si lord Albermale descubre tal engaño, moriréis de todos modos, y también nosotros.

—Si volvemos a Dunster, también moriremos, todos nosotros, como traidores.

—¡Entonces muramos aquí! —gritó Sibyl de nuevo.

—¡No! —exclamó Gail con determinación—. Me casaré con lord Albermale… y haré que me ame. Y cuando eso suceda… yo misma le diré la verdad… pero entonces no querrá matarme, sino que me quede a su lado.

—¿Creéis que lord Dunster no descubrirá la verdad?

—Él estará de nuestro lado.

—¿Cómo estáis tan segura?

—Porque de lo contrario, tendrá que aceptar que su hija es una desvergonzada que le hizo faltar a su palabra, y estará en un terrible predicamento con la poderosa casa de Albermale. Si yo tomo su lugar, estaré saldando su deuda. Y si consigo que el lord me ame y perdone mi vida… me necesitará para que también perdone la suya.

—¿Y si todo falla? —inquirió Sibyl—. ¿Si el lord no llega a amaros, y todo sale mal? —Gail sonrió con tristeza.

—Entonces, al menos, habremos vivido unos meses más. Y tendremos la satisfacción de haberlo intentado. Es mejor morir sin arrepentimientos.

La lluvia siguió cayendo helada y cortante sobre todos los reunidos, que vacilaban entre seguir adelante con el plan de Gail, o huir.

Pero huir tampoco era bueno para un caballero. Y en sus conciencias quedaría el haber abandonado a cinco mujeres a su suerte.

—Dicen que la casa de Albermale es generosa con sus soldados —dijo sir Greg, dando al fin su consentimiento, y el corazón de Gail latió agradecido —. Les llaman los caballeros lavados… tal vez averigüemos por qué.

—Dicen también que son escandalosamente ricos. Comen a diario en platos de oro —añadió Maud—. Nunca he comido en un plato de oro —aquello era mentira, sonrió Gail. En casa, ambas comían en platos de oro en las fiestas más opulentas donde su padre hacía alarde de su riqueza; fue el tiempo en que ella era la hija del lord, y Maud su dama más cercana. Tan cercana, que no quiso separarse de ella aun cuando le dieron carta para que buscara trabajo en otra casa.

Los ojos de Gail se humedecieron.

Gracias, quiso decir. Maud, siempre de su lado, en la riqueza y en la pobreza; en la vida, y en la muerte.

—Sois hermosa, lady Gail —dijo sir Greg—, pero no os parecéis a lady Emma. Aunque lord Albermale no conozca a su futura esposa, seguro que habrá escuchado descripciones.

—A menudo las descripciones no calzan con la realidad —rebatió Maud, elevando la nariz—. Mi lady Gail es más hermosa aún que lady Emma, más sensata, además. Y si todo sale bien, vosotros le deberéis la vida. Rogad para que esta empresa salga bien, y si no estáis de acuerdo, iros.

Gail miró a Maud con algo de sorpresa, pero era necesario contar con la lealtad de todos. Era una empresa que debían llevar a cabo juntos, o morirían.

—Os lo juro —dijo sir Greg—. Os serviré hasta la muerte, lady Gail. No importa qué tan pronto venga.

—Yo os juro que trabajaré con ahínco para que esta sea larga y próspera, sir Greg.

—Yo también lo juro —dijo Sibyl—. No quiero morir como traidora… daré lo mejor.

—Yo también lo juro —dijo otro caballero, y así, todos, hasta el último, juraron lealtad a la causa, a lady Gail.

—De ahora en adelante —pidió Gail, luego de tomar sus juramentos y encaminándose de nuevo al carruaje—, no me llaméis lady Gail, ella ha muerto. Mi nombre será lady Emma… hasta el día que lord Albermale lo descubra y decida si vivo o muero.

Gail estornudó.

Emma, estornudó.

Temiendo que su señora hubiese contraído un resfriado, Maud se apresuró a ayudarla a subir al carruaje. Nunca antes vieron a Maud mostrar tan abiertamente su diligencia hacia ella, pero ahora todo tenía sentido.

Retomaron el camino, ahora, con la mitad de los soldados, y dos damas menos.

Había un peso en sus corazones, miedo, pero también, esperanza.

Todo dependía del corazón de un conde.

2

Al fin, luego de cinco días más, los viajeros de Dunster divisaron el mítico castillo de Albermale. Era una estructura enorme, imponente, de piedra gris y altas torres. Sin embargo, antes que alivio, y la expectativa de un merecido descanso, tanto los caballeros como las damas sintieron nerviosismo y desazón.

Emma simplemente se asomó a la ventana, sintiéndose un poco desfallecida, añorando una cama y un té caliente.

Aunque el clima había mejorado considerablemente en la segunda parte del viaje, como si retirar a la verdadera lady Dunster fuera un presagio de buen augurio, los carruajes habían recibido mucho daño y los caballos estaban cansados. No fue sino un par de días después que finalmente pudieron acampar en suelo seco; sus ropas estaban todas húmedas, y sus corazones decaídos.

Fueron recibidos un par de leguas antes de la entrada por caballeros de Albermale, que avistaron la caravana con anticipación. Sonaron diferentes campanas de aviso, y un contingente de hombres se acercó para escoltarlos dándoles también la bienvenida.

Tanta deferencia, pensó Emma, pero era comprensible; la que llegaba era la futura lady del castillo.

Sintió que el estómago se le revolvía, y no se debía a su resfriado.

Desde hacía tres días tenía fiebre y escalofríos. Había resistido como había podido, pero ya estaba al límite de su fuerza. Si no recibía cuidado inmediatamente, se desmayaría.

—Bienvenida, lady Dunster, al castillo de Albermale —dijo una mujer de cabellos canosos, alta y erguida, con un vestido demasiado cuidado para el de una criada, pero muy sencillo para el de una dama.

Emma bajó del carruaje ayudada por Maud y Sibyl. La piel le hervía por la fiebre, y seguramente estaba sonrojada. El cabello rubio se le pegaba al cuello por lo sudorosa que estaba.

—Gracias…

—Soy Edith, ama de llaves del castillo de Albermale. A su servicio, mi lady.

—Gracias, Edith. Yo… —en ese momento se tambaleó, y allí estuvieron Maud y Sibyl para sostenerla.

—Mi lady está un poco indispuesta —anunció Maud con voz apremiante—. No queremos parecer irrespetuosas ante el castillo de Albermale, pero…

Inesperadamente, e interrumpiendo a Maud, Edith se acercó a Emma y puso la mano en su frente. La retiró rápidamente al sentir la temperatura, y su aspecto alarmado puso en alerta a todo el mundo.

—Un baño para lady Emma —ordenó, lo que dejó estupefacta a Maud. ¿Un baño? ¿En serio? ¿Iban a matarla? —Elida, llamad a Fatima para que revise a mi lady, dadle los pormenores de su condición. ¿Podríais decir qué aqueja a mi lady?

—Bueno…

—Llovió casi todo el camino —explicó Sibyl en lugar de Maud, que seguía muda de asombro—, y lady… Emma… estuvo largo rato expuesta a la lluvia debido a un… percance que tuvimos en el camino. Ha estado así desde entonces, y no hemos podido darle ninguna medicina que ayude a su estado.

—Oh, pobre, cuánto ha sufrido—. Maud entonces explicó los síntomas de Emma. Fiebre, tos, escalofríos, ahogos… Elida escuchaba atentamente, y cuando por fin todas entraron al castillo, ella corrió hacia algún lugar para llamar a la tal Fatima.

Emma no era la única con esos síntomas. Una de las doncellas y dos caballeros también estaba afiebrados, y todos fueron atendidos con celeridad. Las presentaciones, las deferencias, los juramentos y saludos tuvieron que ser aplazados. Era una calamidad que la novia llegase enferma y con tan malos síntomas. Lo que debió ser una hermosa bienvenida se convirtió en un ir y venir de sirvientes acarreando agua caliente, la búsqueda de hierbas medicinales, sábanas cálidas a pesar del buen clima y demás.

Emma se vio pronto en una amplia habitación, llena de tapices y alfombras, con bordados intrincados y hermosos, y lámparas de cera. Sabía que eran cera y no sebo por su aroma, y no desprendían humo.

Sí, eran ricos, pensó con una sonrisa.

Dos doncellas la desnudaron, evitando hacer comentarios por lo caliente que estaba su piel, y, al contrario, alentándola y diciéndole que pronto

mejoraría.

Eso esperaba, pensó ella. Sólo le faltaba que muriera por un resfriado antes siquiera de conocer al novio.

—El lord…

—Oh, el lord está fuera del castillo por el momento —contestó Edith, el ama de llaves —Lleva semanas en una campaña en Gales, pero hemos recibido aviso de su pronta llegada. Tal vez mañana, antes del anochecer, contemos con su presencia.

Emma suspiró. Mejor que no la viera así, pensó mientras era llevada a otro lado de la habitación, y con ojos grandes, vio cómo dos hombres transportaban barreños con agua caliente y llenaban una enorme bañera ubicada en el centro de una pequeña habitación. Las paredes eran de madera, lo que indicaba que era una modificación a la estructura original del castillo, y también había alfombras y tapices, indicando que era una habitación regularmente usada.

—Me opongo a esta locura —dijo Maud interviniendo, e interrumpiendo la labor de las doncellas de desnudar a Emma—. Mi lady se encuentra ya lo suficientemente débil y no podrá afrontar un peligro como este.

—Un baño no es un peligro —rebatió Edith, y a Emma le sorprendió que fuera capaz de discutir con Maud. Maud era también una lady, después de todo—. Sólo deseamos el bienestar de lady Dunster, ¿o nos está acusando de atentar contra la vida y la salud de la futura lady Albermale, esposa de nuestro lord, madre de nuestros futuros señores? —Maud se quedó en silencio, sin nada que decir ante semejante reto.

—Maud —pidió Emma con voz suave—. Hemos venido a la familia Albermale y nos hemos acogido a su cuidado —Maud la miró queriendo discutir, pero Emma elevó una mano deteniéndola—. Desde ahora, mi vida, mi salud, y mi futuro… dependen todas de Albermale, del mismo modo que ellos dependerán de mí. Permíteles seguir sus costumbres, y, más bien, poco a poco, aprendamos de ellos.

—Mi lady es sabia —sonrió Edith, aprobando esas palabras, que dejaron sin capacidad de discutir a Maud. Ella no sólo se estaba sometiendo al cuidado que le ofrecían, sino que también lanzaba una advertencia; si acaso no eran buenas sus intenciones, ella lo sabría y tomaría cartas en el asunto gracias al cargo que ostentaría.

Sin duda, lista y de pensamiento rápido, pensó Edith con alivio.

Al agua caliente le agregaron hierbas muy aromáticas, que perfumaron el pequeño cuarto y cuyos vapores llenaron la nariz de Emma, que casi de inmediato sintió cómo se destapaban sus fosas nasales y empezaba a moquear.

Maud fue retirada del cuarto de baño, y ésta no dejó de mirar a Emma como si fuese una bebé de la que se desprendía. Emma sonrió y la animó a ir a descansar. Después de todo, ella tampoco lo había tenido fácil en los últimos días.

La hicieron entrar en la enorme bañera, y tallaron su piel y su cabello como si buscasen oro, o peor, piojos.

Pero Emma no tenía piojos. Les tenía terror, y los mantenía alejados.

—Tenéis un cabello hermoso, mi lady, castaño y rubio —comentó una de las doncellas con voz sonriente.

—Pensé que lady Dunster tendría el cabello oscuro, por lo que decían los rumores—. Emma miró de reojo. Tal como habían dicho antes, estaban cuestionando su físico.

—Oh, ¿así me describían? Lamento decepcionarlas.

—Oh, no, mi lady, sois perfectamente hermosa. El lord… estará muy complacido cuando os vea—. Emma tragó saliva, pero no dijo nada al respecto.

Tenía curiosidad por saber cómo era él. A menudo, la descripción de los sirvientes de su señor podía arrojar más conocimiento que si se le veía directamente. Si le amaban o le odiaban, serían datos importantes acerca de su carácter.

—Lord Albermale… ¿podríais hablarme de él? —El par de doncellas se miró la una a la otra.

—Mi lord es alto y apuesto.

—Fiero en batalla, muy valiente.

—Gobierna con mano firme.

—Los bardos cantan sus alabanzas…

—Me refería a…

—Leal como ningún otro…

—¿Se embriaga? —las interrumpió Emma. Aquellas alabanzas parecían muy genéricas, y eso era extraño.

—Nunca he visto a mi lord ebrio.

—¿Es cruel con sus criados o soldados?

—Nunca le he visto ser cruel —Emma dejó salir el aire. No tenía caso, al menos por ahora. Parecía que tendría que formarse su propia opinión del lord.

Estornudó, y un escalofrío recorrió su cuerpo sumergido, pero sintió como si algo malo saliera de su interior y se quedara en los mocos que salieron.

Luego del baño, una mujer mayor entró a la recámara y revisó su cuerpo. Se presentó como Fatima, la curandera del castillo, y Emma comprobó que también ella lucía limpia y bien vestida. Fatima le hizo preguntas íntimas, como cuándo había sido su última menstruación, qué tan abundante y regular era, qué solía comer y cómo era su sueño. Extrañada, sorprendida, y hasta algo abochornada, Emma contestó cada pregunta.

Le hicieron tragar bebidas amargas y tomar una cena ligera. De inmediato la acostaron sobre una enorme cama con colchón suave y mantas de aroma agradable. Todo olía bien aquí.

Estaba cansada, le dolía todo el cuerpo, por lo que todo este bienestar era bienvenido, y poco a poco, se fue quedando dormida.

Afuera, Maud, Sibyl y las dos doncellas eran sometidas también a un baño, y se les indicaban las reglas del castillo.

El baño era obligatorio cada sábado. ¡Cada sábado! No se admitía la holgazanería, el lavado de la ropa también tenía cierta constancia. Cada habitante del castillo tenía una tarea asignada, y un rango. También, cada uno tenía derecho a una buena comida y una buena cama, la atención de Fatima no era exclusiva para la familia del lord; todos podían acudir a ella, y del mismo modo, tenían la obligación de seguir sus indicaciones, como la revisión general tan pronto como fuera posible y hablar con la verdad en cada pregunta que se les hiciera. La desobediencia a cualquiera de estas normas implicaba el daño a la comunidad, y traía consecuencias.

Sin duda, costumbres extrañas. Maud nunca vio sirvientes tan limpios, pisos tan brillantes, y ausencia de polvo en las superficies. Hasta los tapices que colgaban de lo más alto de la torre del homenaje parecían brillar en este lugar.

También, notó que había muchos más criados de lo normal en un castillo. Si cada sábado todos tenían que acarrear agua caliente para el baño, sacudir el polvo y abrillantar las superficies eran tareas obligatorias, era comprensible que se necesitara tanta mano de obra.

La noche llegó sorprendiendo a todas las damas recién lavadas y usando ropa seca prestada por siervas de alto rango del castillo. Sibyl y Maud se miraron la una a la otra sin saber cómo expresar todo este cúmulo de nuevas experiencias y sensaciones. Ahora entendían perfectamente por qué les llamaban los "caballeros lavados", pero estaban tan cansadas que no tuvieron ánimo para hacer chistes o comentarios al respecto, y se durmieron tan pronto tocaron la almohada.

A la mañana siguiente, Emma despertó sintiéndose mucho mejor. Otra vez tragó bebidas amargas, pero ya no fue tan horrible. El desayuno fue más generoso que la comida de la noche anterior, y el mismo par de doncellas que la bañaron anoche entraron con un barreño de agua tibia y un paño. Emma las miró con recelo, pero sólo le hicieron pasarse el paño por encima. Comentaron acerca de lo molesto que debía ser despertar pegajosa por los sudores nocturnos.

Luego de vestirse con ropa que no era suya, pues, según le dijeron, todo su equipaje estaba húmedo y, por lo tanto, en la lavandería, salió de la habitación dispuesta a conocer el castillo al completo. Sus damas la esperaban afuera, expectantes, y al verla con mejor aspecto suspiraron aliviadas.

Edith las esperaba al pie de la escalera del primer piso y asumió de inmediato la tarea de mostrarle a la futura lady todos los lados y funciones del castillo.

Fue todo un aprendizaje. No estaban solamente las funciones normales y cotidianas, vieron que le daban mucha, mucha prioridad a la limpieza. La cocina era la más limpia y reluciente que jamás vieron, la lavandería estaba a tope, la producción de jabón parecía prepararse para tres años de uso.

Esto debía consumir muchos recursos, y, aun así, eran ricos.

De algún lado debía salir y escasear para que abundara en otros, de otra manera, esto no era posible, pensó Emma.

Su padre había sido rico, un conde muy rico, y aun con eso, no vio tal derroche como aquí.

Luego del almuerzo, fue turno de Emma conocer otros aspectos del castillo, y allí le presentaron a sir Homer y a sir Luther, el uno encargado de la administración, y el otro era el capitán de la guardia. Sir Homer lo llevó a su despacho privado lleno de libros de contabilidad, hechos en papel, no en pergamino, y luego se enteró de que en Albermale se fabricaban su propio papel.

Increíble.

—Albermale es… impresionante —comentó Emma mirando los estantes con los diferentes libros. Tener uno era un lujo, todo un estante era simplemente extraordinario.

—Pronto os acostumbraréis a todo esto, mi lady —dijo sir Homer mirándola con una sonrisa, y Emma asintió—. Imagino que ya habíais escuchado acerca de las singularidades de la casa de Albermale.

—Oh, sí. Un poco.

—Vuestro padre conocía a lord Simon, el padre de lord Roderick, por lo que seguro os comentó alguna cosa—. Emma esquivó su mirada con disimulo.

Dudaba que lord Dunster le contara a Emma alguna cosa constructiva, o que ella le prestara atención. Por su parte, todo lo que sabía de Albermale eran los rumores que se propagaron luego de que se anunció el compromiso.

Luego acudió con sir Luther, que le presentó a varios caballeros que fueron denominados como su guardia personal. Siempre que se alejara del castillo, ellos le acompañarían.

Cuando preguntó por sus hombres, le informaron que estaban bajo cuidado médico, y que en general se encontraban bien. Pronto serían integrados a la guardia del castillo de Albermale.

Así transcurrió su primer día.

Las criadas se presentaron una a una, diciendo su oficio y expresándole su bienvenida. Escuchó tantos nombres que empezó a sentirse aturdida, pero se esforzó en mostrarse amable y asertiva.

Cayó la noche, y las ansias de Emma iban en aumento; lord Roderick no aparecía. Cada hora del día avanzó inexorablemente y ella no podía evitar agudizar el oído por si escuchaba la proclama de que el lord había llegado, pero se hizo la hora de ir a la cama y no pasó nada.

Fue a la media noche.

Roderick Montfort, conde de Albermale, bisnieto de Wulfric Montfort, el lobo de Albermale, nieto de Randolph Montfort, hijo de Simon Montfort, bajó de su recio caballo y palmeó suavemente su cuello, agradeciéndole el haberlo traído con bien todo el camino desde Gales hasta aquí.

Un paje se apresuró a quitarle las riendas de las manos, y sin necesidad de una orden, guio el caballo hasta las caballerizas.

La luna llena iluminaba el patio de armas, el aire era fresco, aunque seco, y Roderick se retiró la capucha de su capa dejando libre su cabello negro azabache, abundante y lo suficientemente largo como para cubrir sus orejas.

Estaba cansado. No sólo por los días a lomos de Mack, su caballo, sino por la larga batalla librada en Gales, y todos los cambios políticos que esto había conllevado.

Eduardo I, el rey, se había alegrado enormemente cuando se le informó que, finalmente, Gales sería anexada al reino. Fue desde allí que se envió el mensaje a la casa de Dunster para concertar este matrimonio.

Tenía veintitrés años y ningún heredero; era un escándalo. Ya era hora de que consiguiera una lady adecuada y perpetuara su linaje. Después de todo, era el único Montfort de la línea directa.

Pensar en eso lo amargaba.

Antes, este castillo estuvo siempre lleno de gente con su apellido. Había niños hijos de las tías, las primas, y etcétera. Ahora, él era el único en la línea de sucesión, el último Albermale.

Avanzó hacia la torre del homenaje. De inmediato, lo rodearon sir Luther, sir Homer y Edith.

—Vuestra lady ha llegado —dijo la última, sabiendo que era la notificación más importante de todas.

—Oh.

—Llegó la tarde de ayer. Se ha presentado con síntomas de un resfriado, por lo que tuvo que ser atendida al instante. Ahora se encuentra bien y

recuperada.

—¿Es débil? —preguntó Roderick con su usual ceño fruncido mientras ingresaba por fin a la torre del homenaje y otro paje empezaba a retirarle la capa. Ésta era pesada, pero hermosa, con intrincados relieves bordados que mostraban la insignia de Albermale, un lobo con sus fauces abiertas.

—No lo diría, mi lord. Creo que su enfermedad se debió a la constante lluvia del viaje, y que se expuso a ella por un tiempo prolongado.

—¿Tiene sirvientes incompetentes?

—Se debió, más bien, a una emboscada que sufrieron a mitad de camino —informó Luther, capitán de la guardia. Roderick lo miró un poco sorprendido, e instándolo a seguir hablando—. Interrogué a los caballeros, pues también ellos presentaban deterioros, y todos informaron lo mismo. Fueron emboscados; perdieron dos damas y cinco caballeros.

—No fue en nuestros caminos.

—No, mi lord. Según la indicación, fue bastante lejos. Ninguno da señales específicas para poder capturar a los responsables—. La mirada de Roderick indicó lo extraño que le parecía aquello.

Una emboscada en los caminos eran algo relativamente usual, por eso siempre se viajaba bien acompañado con caballeros. Que perdieran cinco de ellos y dos damas sólo podía señalar que eran caballeros mal entrenados, que era una emboscada inusual, o que estaban ocultando algo.

Los ojos azules de Roderick se enfocaron en sir Homer, para que diera su parte.

—El viaje de la dama se retrasó, sin duda, debido a las lluvias, pero en cuanto estuvo recuperada, lady Dunster mostró buen ánimo y afán de conocer el castillo. Se ha mostrado especialmente interesada en su administración.

Roderick no dijo nada ante eso. Podía significar muchas cosas, como que era una mujer curiosa, dedicada, o simplemente interesada.

—Ahora mismo, lady Emma descansa en sus aposentos—. Informó Edith —. Os esperó todo el día, mi lord.

—Mañana la veré. ¿Dónde duerme?

—En la habitación al lado de la vuestra.

—¿Tan pronto ocupa las recámaras de la lady del castillo?

—Bueno… estaba enferma, nos pareció lo más adecuado.

—¿Tenéis alguna opinión sobre su carácter? —preguntó Roderick avanzando hacia las habitaciones.

—Parece ser bastante lista, y habla con propiedad.

—Muy vago.

—También ella hizo numerosas preguntas acerca de vos —sonrió Edith, pero volvió a parecer seria—. Parecía decepcionada de que no estuvierais aquí—. Roderick no dijo nada, ni tampoco hizo mueca alguna que indicara su estado de ánimo. Miró a sus tres sirvientes principales, los que le ayudaban a mantener en pie el castillo en sus ausencias, y dejó salir el aire.

—Preparad un desayuno para los dos mañana. Todavía no decido que Emma Fitzalan de Dunster será la futura lady Albermale.

—¡Lord Roderick! —exclamó sir Homer—. Descartarla a estas alturas sería una ofensa terrible contra la casa de Dunster.

—Asumiré las consecuencias.

—¿Tenéis algo en contra de la dama?

—Hice preguntas, sir Homer… La dama parece ser tonta a más no poder, y algo… holgazana.

—Mi lord no estará creyendo en rumores.

—Lo que vi hoy no corresponde a esas descripciones —se extrañó Edith.

—Sólo la habéis visto por un día —señaló Roderick y empujó la puerta de su habitación.

En el cuarto de baño que compartía con la habitación de la lady lo esperaba una bañera de agua caliente, y luego de desnudarse, se sumergió en ella con delicia. Había echado mucho de menos esta parte de su rutina.

Lady Dunster, pensó mientras tallaba suavemente su piel curtida por el sol, mientras sus músculos empezaban por fin a relajarse.

Lo que menos quería ahora era agregar un problema a su vida. Si lady Dunster era tonta y holgazana, no habría poder humano que lo convenciera de casarse con ella. Ya que era obligación unirse a una mujer y procrear herederos, esperaba que al menos esta fuera capaz de sostener una conversación interesante con él. No quería un ratoncito que le temiera y temblara cada vez que se le acercara, ni tampoco un dragón capaz de escupirle fuego y que tuviera que armarse para enfrentarla.

Pensó en sus padres y en lo mucho que necesitaba de sus consejos en este momento, pero ni Simon, ni Rose Montfort estaban aquí.

Salió de la bañera rehusándose a ponerse nostálgico por eso. Mañana habría mucho, mucho que hacer, y necesitaba descanso.

Sin embargo, la muerte de sus padres fue algo que volvió a su mente cuando ya estuvo en su cama. Casualmente, ellos también habían caído en una emboscada camino a casa. No perdieron sólo cinco caballeros y dos damas… fue una pérdida total.

Tal vez había sido eso lo que se los recordara.

A la mañana siguiente, los ánimos en el castillo parecían diferentes, notó Emma. Las criadas parecían más ocupadas que de costumbre, y los lacayos iban de un lado a otro cumpliendo sus obligaciones.

Era temprano aún, y ya el castillo hervía en actividad.

—Mi lord la espera para desayunar —le informó Edith en cuanto la vio, y Emma asintió.

Entonces, lord Roderick Montfort había llegado.

Nerviosa, caminó junto a sus damas hasta el salón a donde la guiaba Edith, y allí encontró una mesa con el desayuno dispuesto. Maud la miró interrogante, pero poco después, un grupo de hombres entró por la misma puerta que ellas.

Era fácil de distinguir al lord entre los demás, se dio cuenta Emma. Por su apostura, por su talante. Era el más alto; su cabello negro azabache invocaba la noche, y el azul de sus ojos, el día. Las facciones algo duras y angulosas le conferían dignidad, y la severidad de su mirada denotaban la dureza de sus experiencias.

—Lord Albermale —saludó ella cuando se acordó al fin de hacer una venia, y él correspondió con la consabida inclinación. Se miraron el uno al otro largo rato, tal vez, más bien, admirándose.

Emma no esperaba que fuera un hombre tan alto, pues le sacaba más de una cabeza; ni tan apuesto. Lucía ropa limpia y bellamente ornamentada, y en su fajón cargaba una daga enjoyada en su funda.

Roderick, por su parte, no imaginó una belleza como esta; lady Emma era muy distinta a la descripción recibida. Era rubia, sus ojos grises y

expresivos parecían ventanas directas a su pensamiento; él podía leer allí cada cosa que pasaba por su mente.

Estaba sorprendida, un poco para bien, y nerviosa, lo cual era normal.

—Habéis tenido un duro viaje, por lo que escuché —dijo él moviendo una silla para ella. Los caballeros con los que había venido se ubicaron a cada lado de la puerta, y Maud y Sibyl se sentaron cerca de Emma. Roderick tomó su lugar en la cabecera de la mesa.

Emma no podía dejar de mirarlo. El corazón le latía con prisa, y se limpió las manos sudorosas en las faldas de su vestido prestado.

—Así es, mi lord. Nuestras pérdidas fueron irreparables.

—Lamentablemente, no puedo hacer nada para resarciros.

—No tenéis por qué, mi lord.

—¿Os sentís mejor ahora? —ella asintió con una cabezada—. Bien. Tengo algo que notificaros. Si bien se habló de matrimonio entre vuestro padre y yo, he decidido que primero os conoceré. Estaréis aquí un par de meses, luego de los cuales, si os encuentro apropiada, os convertiréis en lady Albermale —Emma lo miró fijamente tratando de contener sus emociones, pero no le era fácil.

Roderick pudo leer otra vez cada una de ellas. Sorpresa, disgusto, incertidumbre.

Y al final… ¿altanería?

—Aceptaré con una condición —dijo ella resuelta, Roderick enarcó una ceja.

—¿Una condición?

—Os habéis tomado la libertad de añadir nuevas consignas a este trato, de modo que también lo haré yo —Aquello tomó por sorpresa a Roderick, que ladeó suavemente la cabeza—. Si acaso se decide que no habrá casamiento, permitidme anunciar que he sido yo quien ha anulado el compromiso, y que he desdeñado la casa de Albermale.

—¿Estáis segura? ¿No disminuirá eso vuestras posibilidades de conseguir marido luego?

—¿Acaso las aumentará que sea yo la desdeñada por vos? —Aquello lo dejó en silencio, e incluso tuvo el deseo de sonreír, pero su rostro se mantuvo impasible.

Los caballeros en la puerta los miraron sorprendidos, y las damas permanecían en expectante silencio.

—Está bien —dijo al fin—. Será como vos digáis.

—Bien. He decidido que aprenderé cada cosa digna de mención acerca de Albermale, así que os pido que me facilitéis el camino. No he venido aquí a perder dos meses de mi vida. Yo seré vuestra esposa, mi lord. Pariré a vuestros hijos. ¿Algo que queráis añadir?

Sois impresionante, quiso decir. Nunca una mujer le habló así.

De hecho, nunca nadie le habló así.

Era conde desde los once años, todos alrededor eran complacientes, comedidos, diligentes… muy pocos se atrevían a llevarle la contraria en algo.

¿Era una dragona?

No.

¿Un ratoncillo?

Menos.

Pestañeó un par de veces y se dispuso a servir los alimentos en el plato de lady Emma guardando silencio.

Tendría que observarla mejor, definitivamente.

3

Luego de aquel desayuno, Roderick se encaminó a la torre de los guardias, un lugar especialmente creado para el descanso de los soldados que no estaban de turno, para entrevistar a los caballeros de Dunster que habían traído a su prometida.

Mientras avanzaba, miró hacia atrás, hacia la torre del homenaje, pensando en ella.

Su prometida.

Ella parecía querer aferrarse a ese título, y conseguir el de esposa. Había tenido muchas dudas en su viaje desde Gales, cavilando acerca de las consecuencias que traería devolverla a su casa, las cuales podían ser nefastas, y ahora estaba seriamente confundido.

—Tened cuidado, Roderick —le había dicho su tío Lawrence, esposo de la hermana de su padre—. Conocí a la dama en Londres, y además de tonta y fatua, nos pareció algo coqueta; un poco inclinada a los caballeros… más de lo normal.

Aquellas palabras lo habían dejado sumamente preocupado. Por supuesto, no quería una mujer tonta que no supiera dirigir un castillo, fatua, que despilfarrara en lujos innecesarios, ni mucho menos coqueta, que le trajera malestares de celos y desconfianza.

Creía totalmente en la palabra de su tío Lawrence, pero ahora se estaba preguntando si acaso se había confundido de dama. Esta Emma que acababa de conocer tenía una mirada inteligente, lo cual desmentía uno de sus defectos.

Para probar el segundo, durante el desayuno le había hablado de la visita del mercader. Ya que Albermale tenía gustos exquisitos y algo extravagantes, tenía convenio con el puerto comercial más cercano y un cargamento especial venía cada cierto tiempo. Se aproximaba el segundo del año, y además de los encargos fijos, los mercaderes usualmente traían mercancía de más para tentar a la señora o al administrador.

—¡Lord Albermale! ¿Me estáis dando permiso para hacer compras al mercader sin aún ser vuestra prometida oficial? —se asombró ella ante la noticia—. Mi señor, sois generoso.

—Ninguna dama en mi castillo sufrirá carencias —había dicho él—. No soy generoso, soy responsable.

—Eso habla aún mejor de vos, lord Albermale —dijo ella sonriente, deslumbrantemente sonriente. Roderick frunció el ceño, incapaz de notar que ella estaba coqueteando con él—. Ya que durante el viaje y gracias a esa siniestra emboscada mis damas y yo perdimos objetos valiosos, me tomaré la libertad de reponerlas con vuestro oro—. Aquello fue dicho con picardía, picardía que asombró a todos, menos a Roderick, que no pescaba una.

—De acuerdo.

—Parece que os tendré que enseñar algunas cosas, lord Albermale —suspiró ella cuando él no reaccionó a sus bromas. Él frunció de nuevo el ceño, esta vez, más profundamente—. Oh, no me hagáis caso —contestó ella de inmediato—. A veces… suelo bromear —eso lo dijo como si revelara un terrible secreto, y el desayuno había finalizado con las risitas de las damas, la incomodidad de los caballeros, y un Roderick totalmente fuera de lugar.

Él seguía preguntándose qué tenía esa mujer en mente, y tratando de sacudirla de sus pensamientos como si de moscas molestas se tratara, puso su mente en los caballeros.

Los encontró de pie y listos para recibir órdenes. Roderick los miró de uno en uno. Le habían informado que había un comandante y cuatro soldados rasos, todos jóvenes y fuertes, sanos, luego del tratamiento de Fatima.

Al verlo, los cinco hincaron la rodilla ante el lord. Se presentaron uno a uno y ofrecieron sus servicios.

Era costumbre que, junto con la novia y las damas, los caballeros fueran entregados como parte de la dote. A veces esto era una molestia, pues estos caballeros podían espiar para el padre de la novia, así que siempre debía tener cuidado y obtener sus juramentos con toda la lealtad que pudiera.

—Contadme de la emboscada —pidió él sucintamente, y sir Alfred, uno de sus caballeros más cercanos, le trajo un asiento. Mientras lo ocupaba, uno de los caballeros de Dunster empezó a hablar.

Contó acerca de la hora, del clima, y la ubicación aproximada donde sufrieron la emboscada. Todo hasta allí parecía tener sentido, pero las descripciones acerca de cómo perdieron a las dos damas eran muy vagas.

Tampoco ahondaban mucho acerca de cómo habían enterrado sus cuerpos. En parte parecían horrorizados de tener que decirlo, pero también, como si estuvieran mintiendo.

No creía que hubiesen dejado los cuerpos a la vista para que los animales dieran cuenta de ellos, y tampoco parecía que se hubiesen inventado toda la historia.

Roderick analizaba el asunto con profundidad.

Todos ellos podían ser espías. Emma podía no ser Emma, la hija de lord Dunster. Si acaso la emboscada era real, y estos eran impostores, estaban aquí para espiar Albermale. Sabía que había familias nobles que no soportaban su prosperidad, ni su cercanía con el rey, y constantemente intentaban introducir espías para destruirla.

Se puso en pie, pidiéndole el juramento de caballero a todos los presentes, y ninguno dudó en hacerlo. Aquello era muy extraño.

—Esta noche, tendréis una cena de bienvenida —dijo Roderick con seriedad—. Allí repetiréis vuestro juramento junto a vuestra dama, lady Emma.

—Estaremos complacidos, mi lord.

—De no llevarse a cabo el casamiento, estaréis libre del juramento que me hagáis.

—¿Mi lord?

—Todavía no he decidido que me casaré con ella —los caballeros lo miraron horrorizados—. Si llegara a casarme con ella, tendréis claro que confío en vuestra palabra, y de allí en adelante, seréis Albermale, no Dunster—. Si añadir nada más, y confiando en que eso apaciguaba todas sus dudas, Roderick les dio la espalda. Pero entre los caballeros hubo más incertidumbre que antes.

Todo dependía de que lady Emma se ganara el corazón de este hombre.

—Josh, reunid a los caballeros para el entrenamiento de la mañana —ordenó Roderick.

—Están reunidos y esperando.

—Sumad a los Dunster.

—Sí, mi señor.

—Alfred —al llamarlo, se detuvo, y habló en voz baja—. Es necesario que lord Dunster venga a Albermale antes de que terminen los dos meses—. Alfred, sólo unos pocos centímetros más bajo que Roderick, de cabello castaño y ojos café, arrugó levemente su entrecejo. Era otro caballero joven que llevaba en Albermale toda su vida, amigo cercano del lord, que lo había acompañado en todas sus batallas. Se le conocía por su carácter apacible y fácil risa, aunque también, por lo popular entre las damiselas, pues era también sumamente atractivo.

—Parece que tendremos que extenderle una invitación que no pueda rechazar —dijo ladeando un poco la cabeza como si meditara en ello—. Podríamos celebrar una justas. Al barón parecen encantarle.

—Unas justas será. Encargaos de ello.

—Sí, mi señor. Mi señor… —lo llamó antes de que Roderick apretara el paso para alejarse. El lord se detuvo y volvió a mirarlo—. Me pareció que lady Emma quería que le permitieseis llamaros por vuestro nombre—. Roderick lo miró confundido—. Me refiero a que… ella quiere llamaros lord Roderick, no lord Albermale.

—No me pareció.

—Os llamaba constantemente "lord Albermale".

—Así me llamo —Alfred suspiró un poco frustrado.

—"Lord Roderick" suena más cercano e… íntimo, que "lord Albermale". Podríais decirle que tiene libertad de usar vuestro nombre—. Roderick pareció agobiado por tanta sutileza junta, y Alfred se dio por vencido bajando los brazos—. No importa. Creo que lady Emma empezará a llamaros como quiera dentro de poco—. Sin ánimo para averiguar lo que Alfred insinuaba, Roderick sacudió su cabeza y se encaminó al área de entrenamiento, sonriendo ante la expectativa de ejercitarse un poco y poner a sufrir a sus caballeros.

En la noche, Emma bajó con el mejor de los vestidos que había traído de Dunster… El mejor vestido de la verdadera Emma.

Había tenido que hacerle algunos ajustes, pues ella era más delgada, y llenaba menos el área del pecho, pero en eso se ocuparon ella, Sibyl y Maud toda la tarde. Thea y Judi, las doncellas, seguían secuestradas en las diferentes áreas del castillo, aprendiendo de las formas de hacer las cosas de

este lugar, y siempre que se juntaban las cinco, no hacían sino cotorrear de lo extraño que era todo.

—Parad —les pidió Emma en la última ocasión—. Dejad de insinuar que Dunster es mejor que Albermale, sea o no eso cierto. Haceros a la idea de que Albermale será el lugar donde muramos… Sea eso dentro de poco o dentro de mucho. Tratad de amar este lugar…

—Hay que admitir que es mucho más acogedor que Dunster —dijo Maud, siempre apoyándola—. Aunque aún es primavera, no he sentido corrientes de aire molestas.

—Y las camas son fantásticas —sonrió Sibyl.

—Yo amo las lámparas. ¡Todas de cera! —eso había bastado para detenerlas, suspiró Emma, y bajó al salón principal donde ya estaban las mesas dispuestas y un asiento vacío al lado de lord Albermale la esperaba.

Algunos vitorearon al verlos juntos, y empezaron a sonar algunos instrumentos. Al parecer, había bardos en el castillo.

Lord Albermale la presentó, anunció que estaba aquí para convertirse en la señora de Albermale, y Emma agradeció que no mencionara los dos meses de prueba, eso le facilitaba las cosas.

Emma tuvo que dirigirles unas palabras a los habitantes de su nueva casa, y trató de sonar clara y firme, pero también amigable y agradable.

Al sentarse, le sonrió al lord, pero él no le devolvió la sonrisa.

Hasta ahora, no lo había visto sonreír ni una vez.

La cena fue abundante y deliciosa. Emma conocía varios de estos platos, aunque la preparación era diferente. Notó también que incluían bastantes verduras, e incluso, frutas de temporada. El vino era de excelente calidad, y también la cerveza. No comieron en platos de oro, lo que decepcionó a Maud, pero esta cerámica era preciosa.

Había esperado que por lo menos sacaran la vajilla de plata, pero Albermale era rica, no derrochadora.

Intentó hacer bromas con lord Albermale, sacarle una sonrisa, pero seguía sin conseguirlo, y ni una vez pudo sostener con él una conversación que no fuese ella mostrando su admiración por alguna cosa.

Este hombre era como un muro de piedra, pensó cuando volvió a su recámara.

Esa descripción le sentaba perfecta: un muro de piedra, duro y difícil de abordar; esperaba que su corazón no fuera igual. Tenía que darse prisa, tenía que conquistarlo; su vida dependía de ello.

Pero ¿cómo se conseguía el corazón de un muro de piedra? ¿Tenían corazón esas cosas?

Al día siguiente, Emma se concentró en aprender más del castillo, y de allí en adelante, dedicaba un día a cada área en especial.

Los primeros días estuvo en la cocina. Todas las cocineras la miraron sorprendidas, no esperaban que esta lady se preocupara tan pronto por ellas, pero la acogieron fácilmente, y las mayores incluso comentaron que les recordaba a lady Rose, la difunta madre del lord, intentando acoplarse rápidamente al castillo.

Aprovechando que la habían mencionado primero, Emma se tomó la libertad de hacer preguntas, y las cocineras soltaron la lengua.

Lady Rose era la madre de lord Roderick, murió junto a su esposo y su pequeña hija de cinco años en una terrible emboscada hacía doce años. Algunas de las cocineras perdieron también familiares y seres muy queridos en esa pequeña batalla que Albermale perdió.

Emma guardó silencio entonces. No imaginó que una tragedia así le hubiese ocurrido a lord Roderick, perder a sus padres y a una hermana en un solo suceso era demasiado.

—Y antes de eso… —dijo Gayla, la jefa de cocinas—, ya había perdido a su hermano mayor, lord Darius. Una enfermedad se lo llevó.

Emma frunció el ceño.

Lord Roderick estaba solo. Eso podía borrarle la sonrisa a cualquiera y para siempre.

—Gayla, no perdéis la costumbre de cotorrear en horas de trabajo —regañó Edith entrando a las cocinas y mirando a todas con severidad. Sonrió al mirar a Emma, pero volvió a ser severa—. Si acaso la comida se retrasa un minuto, tomaré medidas. Lady Emma, perdonad las impertinencias de estas criadas.

—Para nada, Edith. No han sido nada impertinentes. Pero… haced caso, y si queréis chismear, que sea mientras también trabajáis—. Algunas

sonrieron, y Emma salió de las cocinas junto a Edith, que guardaba silencio.

—¿Es… cierto? ¿Lo que dijeron en las cocinas… es verdad?

—Oh, mi lady. Qué más quisiéramos, que la historia fuera diferente. Ciertamente, Albermale no enfrentaba una tragedia de este tipo desde… lord Wulfgar.

—Entonces… ¿lord Roderick es el último en su línea?

—Así es, y su deber es casarse, y llenar de nuevo este castillo con niños que lleven la sangre Montfort. Tiene primos, pero no hay más descendientes directos. Mi lady… —ambas se detuvieron, y Emma la miró con mil pensamientos llenando su cabeza, sin embargo, la miró atentamente—. No sintáis compasión por el lord, amadle simplemente —Emma la miró en silencio, y Edith se tomó la libertad de continuar—. No soy nadie para pediros algo así, pero, como una de las jefas del castillo, os juro que si le hacéis feliz, todo Albermale se volcará para haceros feliz a vos—. Emma sonrió.

—Albermale tiene más patriotismo que toda Inglaterra unida.

—Oh, no os hacéis a una idea.

En los días siguientes, terminó de aprender todo lo principal acerca de las cocinas, su almacenamiento y producción. Luego pasó a las diferentes huertas y criaderos de animales.

Cada noche, también, cenaba con el lord, sus damas y sus caballeros.

Albermale no tenía más damas que ellas, y el castillo parecía complacerse por tener al fin mujeres que les liderara.

Las conversaciones con el lord, hasta ahora, no habían evolucionado mucho. Él era atento, llenaba su copa y su plato con diligencia, pero contestaba con monosílabos, y seguía sin reír. Era exasperante.

Luego de la huerta y los animales, Emma se dirigió a Fatima, la curandera del castillo, y fue lo más fascinante que jamás experimentó.

Aprendió que ocupar ese lugar requería de cierto concurso, que antes de nombrar un nuevo curandero, el actual debía preparar pupilos y examinarlos. Fatima había ganado ese lugar en su juventud y ahora tenía a tres aprendices que competían para sucederla cuando fuera su hora para reunirse con el creador.

Aquí también había muchos libros, llenos con dibujos acerca del cuerpo humano, y muchos estudios acerca de hierbas medicinales. Emma hojeó uno y encontró nombres que jamás había oído pronunciar, y enfermedades que tampoco escuchó nombrar alguna vez.

Fue gracias a esto que su resfriado se curó tan pronto, cuando llevaba ya más de tres días sufriendo.

También notó que había muchos niños en Albermale, y que las mujeres embarazadas no lucían enfermas y cansadas más allá de lo normal. Sibyl le había contado que conoció a una criada con ocho hijos, todos vivos, sobrevivientes de nueve embarazos.

Que de nueve sobrevivieran ocho era un auténtico milagro, y cuando escucharon aquello, las nuevas habitantes de Albermale no pudieron menos que sorprenderse y admirarse.

—Tendréis ocho hijos, mi lady —rio Sibyl, y Emma no supo si con horror o diversión.

Ocho hijos, pensó. En Albermale era posible.

Si una tragedia volvía a ocurrir, sería más difícil que el heredero se quedara solo.

No podía dejar de pensar en eso. Lord Roderick, de solo once años, tomando el rol de conde. Sin tiempo para llorar a sus padres porque las responsabilidades apremiaban.

Había hecho más preguntas aquí y allí, y supo además que en ese tiempo él había estado enfermo de la misma enfermedad de la que murió su hermano Darius, pero que había sobrevivido a pesar del dolor por la pérdida. En vez de aquejarse y morir también, lord Roderick se había hecho fuerte y sobrevivió.

Las campanas sonaron anunciando la llegada de un visitante, y Emma, que daba un paseo por el patio interior, vio salir un grupo de caballeros para recibir a los recién llegados.

Ya llevaba un mes aquí, un mes sin lograr un solo avance con el conde, sin estar más cerca de su corazón que cuando llegó.

—No sabía que vendría gente —dijo, y vio cómo todos se ponían en movimiento.

—Nuestro invitado es un barón —le informó Edith—. Amigo del lord.

—¿Acostumbra a venir de sorpresa? —sonrió Emma.

—No, mi lady, el lord lo espera desde hace varias semanas—. Emma quedó en silencio.

Nadie le había dicho nada de esto. Era cierto que ella aún no era la señora del castillo, pero en su calidad de aprendiz, creía que merecía esa deferencia. Además, estaba poniendo todo su empeño, ¿por qué era dejada de lado?

Como sea, se dijo. Era momento de mostrar sus habilidades de anfitriona. Iba a tomar ese lugar no importaba qué.

Rato después, llegó la comitiva. Extrañamente, lord Roderick, que se había cambiado de ropa para recibir al invitado, le tomó el brazo y la ubicó a su lado.

Aquello era un avance, sonrió, y esperó.

Cuando vio el escudo de Dunster en el carruaje que entraba, el corazón de Emma latió tan rápido que casi dolió. Miró a lord Roderick asombrada, y éste la estudió a ella.

—Estáis pálida, mi lady —dijo él—. Parece que no os alegra saber que vuestro padre os visita.

Emma entendió todo. Esto era una prueba. Él desconfiaba de ella, de sus caballeros, y había traído a lord Dunster para confrontarla.

Maldición. Todo iba a acabar antes de que empezara.

Maud estaba blanca, Sibyl empezó a esconderse tras Maud, y Emma sentía que las tripas se le revolvían.

Como sea, se dijo. La vida, o la muerte. Todo, o nada. Todo podía terminar aquí, pero también, todo podía empezar aquí.

Hasta ahora, él no había procurado el más mínimo acercamiento con ella, y ahora entendía por qué.

Si fallaba aquí, moriría, ella y nueve personas más.

Tenía pocas probabilidades de obtener la victoria, pero no se iba a rendir por eso.

Y luego le haría pagar a lord Albermale por su proceder.

—Lord Dunster, bienvenido —dijo Roderick mientras William Fitzalan, lord de Dunster, bajaba del carruaje. Éste sonrió y buscó con la mirada a su

hija, pero no la halló.

Fue otra criatura la que corrió a él.

—¡Amado padre! —gritó ella abrazándolo.

¿Qué?, quiso exclamar él, pero este abrazo era una manera de hablarle al oído.

—Seguidme la corriente o moriremos todos —dijo ella.

William Fitzalan no era un hombre de trucos, y tomó a la joven de los hombros para mirarla bien. Esta era Gail, la dama de compañía de su hija, y aquí estaban también otras dos. Divisó un par de caballeros, pero no vio a su hija.

Miró de nuevo a la joven que le sonreía con ojos amorosos y la soltó.

—Qué…

—¡Estoy tan feliz de que hayáis decidido venir a verme antes de mi casamiento con lord Albermale! —exclamó Emma con voz casi chillona, abriendo sus ojos para enviarle todo tipo de mensajes, necesitando con toda su alma que el lord captara al menos uno—. En nuestro camino aquí, fuimos emboscados —informó Emma, y su expresión cambió a uno de tristeza—. Perdimos a sir Abel, y a lady Gail… —William abrió grandes sus ojos—. Y también a sir Gavin, padre.

William miró a Emma atentamente, y luego sintió la mano de lord Albermale en su hombro.

—Parece que vuestra hija fue víctima en caminos más cercanos a vuestras tierras que a las mías. Pero ¿no estáis feliz de verla sana y salva?

William abrió la boca, uno, dos segundos en silencio, y en ese par de instantes, el futuro, el presente y el pasado, con todas sus variantes, parecieron desfilar ente sus ojos.

Emma, la real Emma, no estaba.

Sir Abel… Los rumores no habían sido sólo rumores, al parecer.

Maldita niña, estúpida, descerebrada. Le había hecho perder…

Pero no estaba perdiendo nada, ¿verdad?

Al fin, luego de mil cavilaciones, el barón de Dunster sonrió y abrazó a Emma.

—Hija mía. La sorpresa de saber que habéis sufrido semejante peligro me ha dejado patidifuso, pero no sabéis cuánto me alegra que estéis bien.

Roderick observaba cada movimiento, cada expresión. Cuando vio que Emma cerraba sus ojos y una lágrima rodaba, se relajó al fin.

Las lágrimas eran de alivio porque al fin lord Dunster había comprendido el mensaje oculto y decidido ser parte de la mentira, no de felicidad por ver a su padre, pero eso lord Roderick no tenía manera de saberlo, pensó Emma.

—¡Tenemos tanto que hablar! —dijo William separándose de la joven, y miró a lord Roderick con una amplia sonrisa—. ¿No es hermosa mi hija? ¿No os habéis enamorado ya de ella?

—¡Padre!

—Lord Roderick, si pudierais celebrar esa boda mientras estoy aquí, sería el colmo de la felicidad—. Él no dijo nada, sólo siguió observándolos como un ave de presa a dos tristes conejos.

Pero no pudo seguir dejando de lado sus obligaciones como anfitrión, y los invitó a seguir. Vio cómo Emma se apoyaba en el brazo del barón y le hablaba de lo feliz que era en Albermale, lo bien que la trataban, y lo hermoso que era el castillo.

Soltó mil alabanzas, mil descripciones, y mostró una y otra vez lo acertada que iba a ser esta unión.

A Roderick le parecía que había tensión en las maneras del barón, pero esto podía confundirse fácilmente con cansancio. El barón no era joven, y llevaba semanas viajando.

Por fin, luego de un largo rato en el que Emma acaparó la conversación, el barón fue llevado a las habitaciones que habían preparado para él.

—Oh, padre, vuestra visita es una sorpresa para mí —dijo mientras los guiaban—. Por lo tanto, no he sido yo quien preparó vuestra recámara. Lamento si hay algo que os incomode, y espero que el conde, en el futuro, me comparta sus planes.

—Hija mía, por ahora, me conformaré con un vino y un asiento.

—Sir Gregory y los demás caballeros están ansiosos por veros.

—Luego conversaré con ellos, por ahora, quiero deleitarme con vuestra compañía. Hace mucho tiempo que no tenemos una conversación padre e

hija. Que os acompañen vuestras damas, venid a verme en un rato—. Él palmeó su mano y se introdujo en la habitación, y Emma asintió.

Cuando el barón traspasó la puerta, Emma miró a Roderick con severidad, y guardando silencio, pasó por su lado elevando el mentón y se introdujo en su habitación.

¿Qué había pasado?, se preguntó él. ¿Acaso estaba molesta?

—¿Pero qué ha pasado? —preguntó lady Maud mirando a través de la ventada de la habitación. Lady Sibyl permanecía sentada en un banco con el rostro pálido, mientras Emma caminaba de un lado a otro.

—Esto fue una prueba —dijo Emma—. El lord ha desconfiado de nosotros todo este tiempo, por eso trajo al barón.

—Pero…

—Increíble —balbuceó Sibyl—. El barón… se puso de nuestro lado.

—Os lo dije; es al que menos le conviene que este trato se rompa.

—¡Se ha puesto de nuestro lado! —repitió Sibyl, todavía incrédula. Las manos le temblaban—. ¡He presenciado un milagro!

—Todavía no, lady Sibyl… vamos a la recámara del barón. Esto todavía no ha terminado.

Minutos después, las tres estaban ante lord Dunster, de rodillas, con la cabeza baja y mirando al suelo.

Emma acababa de relatarle todo lo sucedido, y el barón las miraba desde su estatura lívido de ira.

Su hija había escapado con ese caballero.

No era mentira, pues luego de que Emma se fuera hacia Albermale, sir Abel había presentado la renuncia y se había ido luego de cobrar por su tiempo de servicio, y con él se habían ido otros más. Pensó que se debía a que sus esperanzas de conquistar a la heredera se habían esfumado, pero ahora veía que no era así.

Su hija había muerto para él, pero no podía perder el trato con Albermale.

Esta chica había sido lista, y, tal vez sólo por salvar su vida, tomó el lugar de Emma. Si le seguía la corriente, se convertiría en su cómplice, y en caso

de que el lord la descubriera, también él pagaría las consecuencias.

Seguía indignado por el mal proceder de Emma, pero poco a poco, la expectativa de las posibles ganancias fue desplazando la ira.

—Os juro que seréis mi padre de aquí en adelante, lord Dunster —aseguró Emma de rodillas—. Como si no hubieseis perdido a vuestra hija. Sólo dejadme seguir adelante… no queremos morir.

—¿Y qué haréis con vuestro verdadero padre? —Emma guardó silencio. No tenía esa respuesta, y lord Dunster soltó una risita—. Ya no puedo echarme atrás —dijo él, tomando asiento por fin—. Ya he aceptado mi destino. Sólo tened en cuenta que vuestro hijo será también mi nieto. Lamentaré muchísimo que no lleve mi sangre, pero… la alternativa es la extinción. No puedo permitir eso.

—Podríais aceptar de vuelta a vuestra hija… y al caballero.

—Jamás —espetó el barón—. Ha sido deshonrada; aceptarle sería caer en la misma deshonra—. Las tres damas guardaron silencio, pero sin levantar la cabeza.

Hubo un largo silencio, al final del cual, el barón dejó salir el aire ruidosamente y les ordenó ponerse en pie.

—Os juro que jamás negaré que sois mi hija —dijo—. Del mismo modo, recordad diligentemente vuestro trato. Si se descubre la verdad, vos tenéis más que perder que yo. Soy un barón y me protege mi título; a vos, en cambio, no os protege nadie a partir de hoy.

—Mi lord…

—Pienso obtener todos los beneficios que esperé cuando planeé esta unión. Aseguraos de estar siempre de mi lado y endulzad el oído del lord todo lo que podáis. Él no os ama aún, una prueba es que estoy aquí: duda, muchachita, él duda de vos.

—Lo sé, mi lord.

—Si caéis, caeréis sola.

—Lo tendré en cuenta.

—Retiraos, estoy cansado.

—Gracias, mi lord—. Las tres damas salieron de la habitación componiendo sus expresiones, pero en cuanto estuvieron de vuelta en la recámara de Emma, guardaron silencio.

Sí, estaba sola, pensó Emma. Siempre lo había estado, por eso era imprescindible ganarse el corazón del conde.

Y el paso a seguir, era mostrarse indignada por haber traído a su padre sin haberle advertido. El lugar de la víctima, ahora mismo, era el lugar más seguro.

4

Esa noche, durante la cena de bienvenida a lord Dunster, Emma y el barón hablaban y sonreían contándose cosas. Ella le preguntaba por personas de Dunster y él contestaba más bien con vaguedad, notó Roderick.

Por otro lado, con él estaba siendo sumamente silenciosa y parca. Por lo general, ella conversaba mucho con él, le preguntaba cosas, le contaba otras, y buscaba su cercanía; esta noche, no… y se sentía extraño, ya se había acostumbrado un poco a su parloteo.

—Hemos organizado una partida de caza para mañana —anunció Roderick, y la mirada de Dunster se iluminó—. Hemos oído que os gustan estas actividades, y también las justas.

—Mi lord, ¿también haréis unas justas?

—En vuestro honor—. La cara delgada de Dunster se iluminó con esa frase. Que un conde lo agasajara era sumamente especial, siendo él un simple barón. Miró a Emma sonriente, pero esta no era la cara de su hija, y era incómodo.

Evitándola, pidió más vino, pidió más música, y comió y bebió sin parar.

Emma se quedó prácticamente en silencio el resto de la noche.

No podía dormir. La cama era suave, la temperatura era fresca a pesar de ser ya verano, pero no podía dejar de dar vueltas en la cama, así que lady Emma salió de ella, puso alrededor de sus hombros un chal y salió de la habitación.

Todo el castillo estaba oscuro y silencioso, pero imaginó que afuera había soldados vigilando. Subió una de las torres hasta desembocar en un pequeño balcón almenado donde seguramente se lanzaban flechas durante los asedios.

Miró a la luna llena y aspiró el aire comprendiendo que eran sus muchas preocupaciones, y la turbulencia en su mente lo que le impedía hallar el descanso.

Pero no podía hacer nada al respecto. Todas sus incertidumbres no hacían sino crecer, y sentía que ahora, además del peso de mentirle al lord que sería su marido, tendría el de un falso padre que no vacilaría en chantajearla

cada vez que necesitara un favor y abusaría de su posición de poder para que ella usara la suya.

Una condesa bajo el chantaje de un barón… era un mal inicio para una vida matrimonial.

Y por otro lado, este conde frío y desconfiado, que no la miraba en modo alguno. Una y otra vez topaba con pared, y en vez de avanzar aunque fuera un solo paso, retrocedía. ¿Qué iba a hacer?

¿Acaso debía resignarse y morir?

No, se respondió de inmediato. No iba a morir. Lucharía hasta su último aliento, con uñas y dientes. Si tenía que convertirse en una villana, lo haría. No iba a morir.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó una voz grave tras ella, y Emma se dio la vuelta rápidamente, asustada. Era lord Albermale, vestido aún, mirándola con su usual ceño fruncido.

Emma frunció el suyo, y le dio la espalda.

—Estaba inquieta y no podía dormir. ¿Es este un lugar prohibido?

—Más bien, peligroso. Si tropezáis y caéis…

—No he tropezado —respondió—. No caeré—. Él la miró en silencio, y Emma recordó a tiempo su plan de hacerse la víctima, así que dio un giro disponiéndose a salir de allí—. Buenas noches, mi lord—. Él la tomó del brazo impidiéndole alejarse. Emma miró la mano y luego a él.

—Desde que llegó vuestro padre no me habéis hablado de manera amable. Estáis molesta.

—Parecéis despistado, pero, ciertamente, hay cosas que captáis de vez en cuando.

—¿Por qué estáis molesta?

—¿Os parece poco que hayáis traído a mi padre sin haberme avisado?

—¿No debería eso, más bien, poneros contenta?

—No me pone contenta. Por vuestra culpa, he delatado mi débil posición en este castillo; ha quedado evidente que no soy considerada la lady, ni mucho menos. Hasta he esperado que le digáis a lord Dunster que sólo estoy en un período de prueba y que podría salir de aquí como perdedora de un concurso que os inventasteis para humillarme—. Roderick no dijo nada, sólo la soltó lentamente.

Ella no le estaba reclamando el haber dudado de ella, como cabía esperar si fuera una mentirosa, sino esto.

—Ese no era mi propósito.

—¿Y cuál era, lord? Ya le conocíais, así que no era por estrechar la mano de vuestro suegro por primera vez. No habéis dado fecha para la boda, de modo que tampoco era para que él la presenciara. Decidme, ¿por qué habéis traído a mi padre sin contármelo, con qué propósito? —él guardó silencio, y Emma, exasperada, volvió a dar los pasos que la alejarían de allí.

—Porque no creí que fuerais Emma Fitzalan de Dunster —contestó él, y Emma abrió grandes los ojos girándose de nuevo a mirarlo. No esperó que él revelara sus dudas tan rápidamente—. Creí que mentíais. Lo de la emboscada, lo de perder dos damas… Sentí que había algo extraño en esa historia.

Emma guardó silencio por largo rato, pero él no siguió explicándose, sólo miró hacia el paisaje nocturno frente a él, dejando salir el aire.

—¿Y por qué me inventaría una historia así? —preguntó ella al rato, y él se encogió de hombros.

—Albermale es lo suficientemente atractiva para hacer enloquecer a la gente —contestó—. ¿Creéis que es la primera vez que se introducen espías, y tratan de engañarme?

—Entonces, ¿tratáis del mismo modo a todos vuestros invitados y allegados?

—Es mejor ser precavido—. Emma tenía unas palabras duras en la punta de la lengua, pero a tiempo recordó que él había perdido a sus padres a una temprana edad, y que, según lo que había averiguado luego, nunca se supo quién fue el responsable.

Había pasado un poco de tiempo con el capitán de la guardia, por lo que sabía una parte de todos los protocolos de seguridad que se seguían antes de admitir a cualquiera dentro del castillo. Después de eso, había imaginado que las doncellas, criadas, lacayos y pajes, eran toda una red de información que protegía al castillo.

—Pues yo no… pienso haceros daño. No fui yo quien concertó este matrimonio. Devolvedme a casa entonces, y no me hagáis pasar por esta deshonra si desconfiáis así de mí —dijo con voz temblorosa.

—Creo que eso no le gustará a lord Dunster.

—A lord Dunster no le gusta nada —dijo sin pensar, y se cubrió la boca con la mano apretando duramente los labios.

¿Cómo había podido ser tan imprudente? ¿Cómo iba a reparar esto ahora?

Lo miró de reojo, y tal como se esperaba, él la miraba con perspicacia.

—Cuando vi que os saludabais con tanto amor, pensé que erais una pareja de padre e hija muy amorosa, pero luego, durante la cena… ¿Os lleváis bien con él, lady Emma? —ella pestañeó varias veces.

Con lord Dunster ella había hablado muy poco, pero ese hombre no le gustaba. No le gustaba que fuera tan codicioso, enfocado en la caza y las justas más que en su hija, su única familia. No le gustaba porque a veces cometía pequeñas crueldades con sus criados, con sus soldados, y era tacaño, avaricioso, amante del vino.

Emma no amaba a su padre, y era una cabeza hueca que se pasaba el día durmiendo, paseando, mirando lejos, y haciendo nada. Nadie se ocupaba de las labores de la lady del castillo, todo recaían en ellas, las damas, y el personal.

—Yo… Es mi padre, ¿no? ¿Qué podría decir?

—Podéis ser sincera conmigo. Os lo pido—. Emma tragó saliva.

Su mente trabajaba a mil. Por primera vez, él estaba conversando de verdad con ella, y lo sentía, pero debía mentir.

—Mi padre tiene grandes expectativas sobre mí —empezó—. Siempre ha dicho que soy hermosa, y que mi hermosura captaría al lord más rico del reino.

—Acertó, ¿no?

—No. A vos no os he captado —Emma sonrió, pero no fue una sonrisa de diversión, o felicidad.

—¿Y qué hay de vuestra madre?

Su madre había muerto hacía unos cinco años, antes de que su padre perdiera todo. A veces se preguntaba si no había sido ese el inicio de todas las desgracias de su familia.

Pero lord Roderick no le estaba preguntando por su madre, sino por lady Dunster.

—Ella… murió… hace años —esa parte era verdad—. Lady Dunster cayó de un caballo y nunca se recuperó —siguió Emma—. Agonizó por meses,

pues ningún médico pudo ayudarla, hasta que Dios, buenamente, se la llevó —. Respiró hondo al terminar el relato, esperando parecer lo suficientemente conmocionada como para que no le pidiera detalles. En aquel tiempo, ella no estaba en el castillo de Dunster, pero se lo contaron las otras damas, así que tenía más o menos los detalles.

Se sentía asqueada por tener que contar la historia de otro como propia, cuando las suyas pedían consuelo también.

—Lamento escuchar eso. Debió ser duro para vos—. Ella no dijo nada, sólo esquivó su mirada casi dándole la espalda—. Mi lady, conmigo podéis mostrar vuestros reales sentimientos. Siempre.

No, no podía. Eso le hizo sentir terriblemente. Ella, que en el pasado tanto odió las mentiras, estaba aquí, negando a sus amados padres, negando toda su vida, y contando una falsa a un hombre que no tenía culpa de nada, y que ya traía sus propias heridas.

Una lágrima rodó por sus mejillas, y de repente se encontró llorando.

Lord Roderick supo que aquel llanto encerraba un dolor auténtico, muchas incertidumbres, muchos miedos. Comprender que él era una de esas preocupaciones le hizo sentir algo culpable, así que, sin pensarlo mucho, la atrajo a su pecho y la abrazó.

Emma no rechazó aquel contacto, y se apoyó en su amplio pecho y lloró. Lloró a su madre, y a su padre. Lloró por su propia miseria, y por sus miedos. Era como caminar en el borde de unas almenas muy altas, y abajo le esperara el abismo, y una muerte segura. Sólo llevaba un mes mintiendo, ¿cómo iba a soportar esto por el resto de la vida?

Roderick la tenía envuelta en sus brazos, y, por alguna razón, esto no se sentía extraño, ni forzado. Ella era delgada, suave, olía bien, y… su cuerpo fue sintiendo un agradable calor, calor que le hizo bajar la mano hasta la cintura de la dama y atraerla más.

Ya no parecía un abrazo de consuelo.

Qué bien se sentía. Pensó. Nunca había abrazado a una mujer así.

Cuando ella levantó la mirada, sus ojos quedaron conectados por varios segundos, y todo él sintió que despertaba.

Un lord no comparte su cama con fulanas, había oído decir una vez a su padre. Su semilla es el mejor bien que la familia podía tener, no podía dársele a cualquiera. Era deshonroso que un caballero desperdigara hijos

por allí, su sangre era en extremo valiosa, no se debía repartir indiscriminadamente.

Eso le había mantenido célibe.

Hubo una época en la que pensó que eran sólo enseñanzas para Darius, que con quince años, ya tenía líos de amoríos con criadas, y su padre le había reprendido duramente por eso, pero le habían calado muy profundamente en su mente. ¿Y si se acostaba con una criada y la embarazaba? ¿Qué iba a ser de esa pobre criatura, mitad noble, mitad plebeyo? ¿Qué clase de vida llevaría?

Y si lo intentaba con una dama de moral distraída, ¿dejaría a su hijo con ella, sufriendo deshonra y presenciando malos procederes, o se lo traería consigo, sufriendo también por no tener madre?

Y no es que ninguna de ellas no le hubiese tentado alguna vez.

Sólo que, hasta ahora, el motivo de la tentación no había encajado con la mujer apta, la aceptable, la adecuada.

Ella no rehuyó su contacto, sólo se quedó allí mirándolo, como si se preguntara qué estaba haciendo, por qué la sostenía así. Tal vez no tenía ni idea de todo el torbellino de deseo que empezaba a envolverlo.

Carraspeando, la soltó.

—¿Os sentís mejor? —preguntó con voz ronca, y aquello, en vez de alejar a Emma, la atrajo más. Aunque él la había soltado, sus cuerpos seguían en contacto.

Pero Emma recordó a tiempo que esto era inapropiado, y dio dos pasos atrás.

Por un hermoso momento, él fue confiable como una roca firme en medio de la tempestad. Algo así como este castillo en tiempo de guerra.

Lo miró de nuevo, pero seguía siendo el mismo Roderick Montfort. Era atractivo, sí; muy alto y fuerte, el hombre que podía convertirse en su salvador, o su verdugo.

—Sí… Perdonad… este desborde—. Él sonrió, y le pareció que la noche entera se iluminó con un repentino sol.

Era la primera vez que le veía sonreír, la primera vez que le sonreía a ella, y Dios querido, era absolutamente hermoso.

Si con el ceño fruncido, su mirada desconfiada, esa mueca de desdén constante ya era guapo, con sus gestos suavizados por esta sonrisa era simplemente…

Tragó saliva, miró a otro lado. Ajustó el chal alrededor de sus hombros y en general, se mostró nerviosa, y era auténtico.

—¿Seguís molesta? —ella lo miró de reojo. No, pero seguiría fingiendo que sí.

—Ni siquiera os habéis disculpado —dijo, y Roderick se volvió a acercar a ella.

—Lo siento —dijo tan fácilmente, que Emma se giró a mirarlo sorprendida —. No volveré a poneros en una situación tan incómoda. La futura lady Albermale merece el respeto de todos en el reino, y ni yo puedo pasar por encima de ella—. Emma pestañeó varias veces.

—La futura…

—Sois vos, mi lady.

—Pero dijisteis… lo de los dos meses…

—Eso se cancela aquí y ahora —dijo—. Me casaré con vos. Y os prometo que una situación como esta no se repetirá jamás. He decidido confiar en vos, tanto como para convertiros en mi compañera de vida. Tomad el control del castillo. Dad las órdenes que veáis pertinentes. Yo os respaldaré. —. Los ojos de Emma brillaban, pero no estaba segura de si era por emoción o por otros sentimientos más negativos.

Otra vez, ella era mentirosa y falsa. Una falsa dama.

—Gracias, mi lord. Yo… jamás os fallaré. Trabajaré a vuestro lado y por vuestro bien… hasta que muera. —Él volvió a sonreír, mirándola fijamente por largo rato, alegrándose de que esta mujer fuera no solamente hermosa, sino también lista y decidida. Sabía ponerlo en su lugar sin herirlo, sabía ponerse a sí misma en su lugar, sin pasar por encima de nadie.

Eso empezaba a gustarle mucho.

—Debería ir a dormir —dijo ella sin mirarlo—. Buenas noches, mi lord.

—Os acompañaré a vuestra habitación —ella lo miró nerviosa—. Me queda de camino —le recordó él.

—Oh… sí… —él volvió a sonreír, y el corazón de Emma parecía gritar basta.

El camino de vuelta fue silencioso, pero muy tenso, al menos para ella. Quería verlo y a la vez no. Quería volver al pequeño balcón y estar mucho rato allí, con él… y al tiempo…

—Hasta mañana, mi lady —dijo él cuando estuvieron frente a su puerta, y Emma sintió que su alma se iba tras él.

No, no. ¿Por qué? ¿A qué se debe esta añoranza?

Se metió a la cama recordándose a sí misma que sobre ella pendía una sentencia de muerte, y que quien sostenía el hacha, justamente, era el hombre de la sonrisa hermosa.

Y sí que era hermosa esa sonrisa.

Al amanecer, todo el castillo estaba preparándose para la partida de caza. El más entusiasmado era lord Dunster, que anticipaba una buena recolecta de las mejores presas. Cuando Emma se apareció con su traje de montar y una fusta en la mano, todos los caballeros se quedaron sorprendidos.

—¿Vais… a cazar con nosotros, lady Emma? —preguntó Roderick, con ojos brillantes.

—Así es, mi lord.

—De ninguna manera —sentenció lord Dunster—. Nos retrasaríais. No quiero tener que escuchar las quejas de una dama porque ya está cansada de montar, o que el sol es muy fuerte, o…

—Lord Dunster, padre —lo interrumpió Emma con una sonrisa un poco forzada—. ¿Olvidáis que amo montar a caballo y que soy bastante buena con el arco y la flecha? —No había manera en que lo olvidara, porque ni siquiera había tenido esa información de antemano.

—Aun así…

—Vos mismo me enseñasteis a montar —siguió Emma—, y pedisteis a los mejores instructores que me enseñaran a usar las armas. ¿Dónde está mi caballo? —aunque lord Dunster siguió protestando, Roderick, complacido, le pidió a uno de los pajes que prepararan una yegua para lady Emma. Le trajeron una criatura preciosa, con el pelaje del color de la arena, brillante y suave, crines largas y patas elegantes.

—Esta es Shy —dijo Roderick pasándole personalmente las riendas—. Pero no os dejéis engañar por su nombre, a veces puede ser briosa y testaruda —

ella lo miró preguntándose si acaso esto era un mensaje con dobles intenciones, pero él parecía el de siempre—. ¿Necesitáis mi ayuda para…? —no alcanzó a decir "montar", porque ella ya estaba arriba. De un solo movimiento y sin ayuda—. Bien —dijo él, sonriendo internamente. La mirada de lord Dunster seguía sin ser agradable—. Animaos, lord Dunster. La dama parece montar mejor que varios de mis caballeros.

—No os esperaré —dijo Dunster mirando a Emma ceñudo—. Si os quedáis atrás, no me retrasaré por vos—. Y luego de decir aquello, espoleó su caballo adelantándose. Roderick miró a Emma pensando que tal vez la encontraría triste por el desprecio de su padre, pero a ella esto parecía darle igual, y estaba concentrada hablándole a Shy, acariciando su cuello y diciéndole lo hermosa que era.

Cabalgaron hasta un claro donde ya había montadas unas tiendas. Aquí los esperarían con bebidas para cuando terminaran la partida de caza, y ahora mismo, Roderick indicaba las rutas y separaba los grupos. Lord Dunster iría en uno, él en otro. El objetivo era un jabalí que desde hacía semanas asolaba este lado del bosque.

—Lady Emma, vos iréis conmigo —dijo Roderick y Emma asintió, aliviada de que no la dejaran en el grupo de lord Dunster.

—Creo que tendréis la ventaja, pero no me importa mucho ser justa en esta ocasión—. Roderick elevó muy alto ambas cejas.

—¿Teneros en mi equipo es una ventaja?

—Así es.

—¿Tan buena sois con el arco y la flecha?

—Ya lo veréis —dijo ella, y le dio la espalda para seguir familiarizándose con Shy. Roderick siguió mirándola varios segundos más, sobre todo, recorriendo su delgada espalda, que anoche había rodeado con sus brazos.

Notó la mirada de Alfred, pero se hizo el ciego y montó su caballo.

Los dos grupos irían por diferentes rutas explorando el bosque y buscando al jabalí. Se valía traer otro tipo de presas más pequeñas, pero sólo el que conquistara esa bestia sería el ganador. En las tiendas, el matarife del castillo esperaba con sus cuchillos afilados, augurando que sería su lord el que lo trajera, y las carretas para transportar las presas que trajeran ya estaban preparadas.

El día ya estaba claro cuando al fin se internaron en el bosque, y Roderick pudo comprobar que lo que Emma decía era cierto; era buena montando, era buena con el arco y la flecha. Lo extraño era que lord Dunster no apreciara aquello.

Tal vez era de los que creían que una dama no debía tener tales habilidades, pensó. Había gente así de anticuada.

Ella fue acumulando en su montura un alto número de conejos, y hasta un zorro de mediana estatura. “Para un abrigo”, dijo, como si nada, y él sonreía internamente, y al fin, luego de varias horas deambulando, vieron al jabalí.

De inmediato, Emma tensó su arco, mirando fijamente a la bestia. Aunque estaba lejos, estaba segura de que le atinaría entre los ojos.

Pero Roderick se acercó demasiado a ella, y con su largo brazo, le movió el suyo haciéndole errar el tiro; la flecha se encajó en un árbol muy cercano, haciendo que el jabalí se espantara y echara a correr.

—¿Por qué habéis hecho esto? —reclamó ella furiosa, mirándolo con llamas infernales en los ojos, lo que lo asombró.

—Porque no es nuestra presa.

—¡Lo era! ¡Era mía!

—Lady Emma, esta partida de caza fue organizada en honor a vuestro padre —dijo él—. La presa es suya… O, ¿realmente queréis soportar su mal carácter durante el resto de su estancia, sólo porque sus anfitriones le ganaron la partida? —Emma apretó los dientes. Él tenía razón. Pero ah, tampoco quería soportar sus ínfulas de grandeza porque había sido él quien cazara a la bestia.

Guardó de nuevo la flecha en su aljaba y bajó el arco mirándolo en silencio, odiándolo por ser tan sensato. Él se echó a reír.

—No imaginaba que fuerais tan competitiva, mi lady—. Ella siguió en silencio, y azuzó a Shy para seguir buscando presas medianas.

Pasado el mediodía, se escuchó la señal de que el jabalí había sido cazado por fin. Los dos grupos de caza volvieron al claro enseñando sus trofeos. Y si bien lord Dunster trajo al jabalí victorioso, las presas de Emma y Roderick superaban su peso.

Emma ya estaba reconciliada con la idea de haber perdido para cuando volvieron al castillo. El haber estado al aire libre, montando a caballo,

ejercitándose, le había subido mucho el ánimo, y ahora le esperaba en casa un baño de agua templada. Ya lo estaba deseando.

—Parecéis contenta.

—Hacía mucho que no cazaba —dijo ella sin pensar, pero luego cayó en cuenta de sus palabras—. Como veis, a mi padre no le gusta mucho que practique tal actividad.

—Pero sois testaruda, seguro que os escapabais para hacerlo—. Emma sonrió recordando viejos tiempos. Aunque su padre le había enseñado todo lo necesario para ser una excelente cazadora y jinete, ponía el grito en el cielo cada vez que regresaba de sus aventuras. Era una niña en ese entonces, pero incontrolable. Hasta que ordenó que dos soldados la escoltaran siempre, y la acompañaran incluso en sus escapadas.

Tiempos aquellos, sonrió.

—Vos también… sois excelente tirador—. Él se encogió de hombros, como si fuera su deber serlo.

Aunque ella era buena jinete, la ayudó a bajar de Shy cuando estuvieron de vuelta en el castillo. Ella agradeció el gesto y cuando estuvo abajo, entre sus brazos, volvió a mirarlo de esa manera en que desnudaba toda su alma. Roderick se estaba aficionando a esos ojos, a ese brillo.

—Yo… debo oler mucho a Shy —dijo ella tratando de escabullirse, pero él no la soltó.

—Os prometo que oléis muy bien, lady Emma—. Ella reconoció aquello como un auténtico coqueteo, y por una vez, olvidó el protocolo, las maneras y todas las enseñanzas de lo que debía ser y no ser una dama, y se echó a reír apoyando una mano en el brazo de él, sin alejarlo.

—Vos, mi lord, sí oléis a Mack.

—Oh. Mi reputación de lord ha caído al suelo.

—Hasta la fosa —rio ella, y él se inclinó suavemente. Emma se preparó para lo que fuera que viniera, pero la voz de lord Dunster los sacó de su pequeño espacio idílico y se separaron el uno del otro.

Sonrojada por lo que estuvo a punto de suceder, aunque no sabía exactamente qué habría pasado, Emma se reencontró con sus damas, que la acogieron y acompañaron al interior del castillo. Era cierto que estaba

cansada por las horas sobre la yegua, pero su espíritu estaba revitalizado, y su corazón, ahora mismo, danzaba.

5

Pasaron los días, y se estableció una nueva rutina para Emma. Ahora que sabía que tenía cierta autoridad sobre todo el castillo, empezó poco a poco a introducirse en todas sus áreas y a incidir en ellas, no quería simplemente imponerse, debía ganarse la confianza y el respeto del personal por sí misma.

Las cenas ahora le parecían un poco más alegres y ruidosas, lord Roderick sí le hablaba, sí reía con ella, y en general, prestaba atención a cada una de sus palabras. El castillo al completo notó de inmediato aquel hecho, por eso hoy estaba siendo también un día diferente.

También, cada vez, el trato de lord Dunster era más áspero. Delante de Roderick él sonreía, le hablaba llamándola "su hija", y era bastante condescendiente, pero a solas la miraba como si la odiase, y al mismo tiempo, como si le debiese dinero.

—Quiero enseñaros todas las tierras de Albermale —dijo Roderick una de esas cenas, y Emma lo miró atenta—. Mañana en la mañana, os invito a un paseo.

—Encantada —él le sonrió, y acto seguido Lord Dunster se unió. Sin embargo, a la mañana siguiente envió una excusa diciendo que el vino le había sentado mal y prefería quedarse en cama descansando. Ni Roderick, ni Emma lo lamentaron.

Con ellos fueron Sir Doug y sir Wendell, dos de los caballeros más cercanos al lord, llevando una canastilla para su almuerzo, y se mantenían a una distancia prudente para darles privacidad sin perderlos de vista. Emma notó que Roderick iba armado con su espada y su daga, lo que le hizo preguntarse si acaso los caminos que tomarían no eran seguros.

—Sólo es precaución —contestó él cuando ella se quedó mirando su espada. Emma pestañeó varias veces esperando que él no la considerase demasiado curiosa—. Por lo general nuestros caminos son seguros —dijo él —, pero no está de más ser precavido—. Ella asintió.

Quiso hacerle preguntas acerca de la muerte de sus padres, pues suponía que esta precaución se debía a eso, pero prefirió guardar silencio. Tal vez no eran tan cercanos como para sostener aún ese tipo de conversaciones.

Salieron de las murallas del castillo y Roderick lideró el paseo virando hacia la izquierda, tomando un pintoresco camino que desembocaba en la cabaña donde Fatima llevaba a cabo su trabajo. Lo extraño era que aunque era Fatima quien lo ocupaba, todos le llamaban la cabaña de Nelly.

—¿Quién es Nelly? —preguntó Emma, pero Roderick se encogió de hombros.

—Fue la primera curandera de Albermale.

—Oh.

—Se dice que era muy lista, y tenía ideas revolucionarias. ¿No os pareció que el hábito del baño era extraño aquí?

—Bueno… al principio sí —admitió ella—. Pero creo que ya no podría saltarme uno —Roderick sonrió aprobando sus palabras.

—Se dice que fue Nelly la primera en recomendarlo, y luego la lady Albermale de aquella época lo hizo ley.

Roderick siguió hablando, y poco a poco le fue revelando la historia de sus antepasados.

El camino atravesó un pequeño riachuelo y lo vadearon sin que Roderick detuviera su relato. Nunca lo había visto tan parlanchín, pero era atractivo todo lo que le contaba.

Al parecer, cuatro generaciones atrás, el castillo sufrió un ataque y fallecieron los lores, dejando como única sobreviviente a una de sus hijas, Sarah, que se casó con un simple caballero. Aquel simple caballero, sin tierra ni títulos, se ganó el favor del rey, más una excelente reputación entre los lores del reino durante la guerra de Aquitania, y fue convertido en conde.

Roderick hablaba de él como si se refiriera a un héroe, exaltando sus virtudes y sabiduría. Cómo todos sus descendientes lo respetaron siempre y la paz que hubo en Albermale desde entonces.

Pasaron a través de riscos y valles hasta terminar ante una montaña. Emma se quedó mirando alrededor preguntándose si acaso se detendrían aquí para descansar, pero él no se apeó, sino que siguió hablando.

—Esta es la montaña fuerte, de donde viene mi apellido —contó Roderick, y Emma se quedó mirando dicha montaña sin encontrar en ella nada especial—. Se dice que hubo oro en esta montaña —siguió él—. Enemigos

y traidores intentaron desaparecer a la familia para quedarse con él, pero fracasaron. A mi bisabuelo Wulfric le empezaron a llamar el lobo de la montaña fuerte cuando rescató a su esposa Sarah de los enemigos en esta montaña. Fue una batalla a muerte, muchas vidas se perdieron, pero… casi todas fueron las de los enemigos —relató él mirando el pico de la montaña. Había arbustos que insistían en nacer aquí y allí, pero en general era una montaña gris y pétrea.

Emma lo miraba a él. Era normal que los nobles sintieran orgullo por sus antepasados, pero los ojos de él se iluminaban al hablar del tema.

—¿Llegasteis a conocerle? —Roderick meneó la cabeza.

—Falleció antes de que yo naciera, muy viejo, y muy sabio. Le entregó el título a su hijo Randolph cuando ya se hizo muy mayor. Le dijo que prefería disfrutar su vejez junto a su esposa que seguir batallando.

—Vaya. Entregó el poder. Pocos hacen eso.

—El poder no es algo que se deba conservar por codicia, sino utilizar para el bien de la gente. Tal vez consideró que su espada ya no era tan útil, y aunque su sabiduría sí, esta podía transmitirla todavía—. Roderick sacó su daga enjoyada y se la enseñó—. Esto era de él. Las joyas le fueron añadidas después, con cierto esfuerzo. Se hereda de una generación a otra desde entonces. Es de acero—. Emma se sorprendió al oír aquello. El acero era raro y costoso. No todos los herreros conseguían la combinación perfecta de los elementos para que fuera efectivo, y que lord Wulfric Montfort poseyera dicha daga en aquellos tiempos era admirable.

—¿Y qué hay de vuestro abuelo Randolph? —preguntó, animándolo a seguir.

Roderick sonrió levemente y siguió contándole las hazañas más notables de lord Randolph, de la esposa de éste, y luego, su hijo.

Se daba cuenta de que entre los hombres Albermale la posición de condesa era tan importante como la del duque, se ensalzaban sus logros del mismo modo, y por eso era elegida cuidadosamente.

Comprendió entonces por qué tuvo dudas con ella. Si hubiese sido la verdadera Emma, comprendió, Roderick la habría rechazado. Había estado dispuesto a devolverla a casa no importaba si con eso se ganaba la enemistad de la casa de Dunster, aunque lo cierto era que Albermale era tan

grande, en riqueza y militarmente, que esa enemistad era totalmente despreciable.

—¿Puedo… preguntaros por qué elegisteis la casa Dunster para casaros? Albermale tiene grandes alianzas con otras casas, ¿no es así? Dunster es una pequeña baronía sin apenas poder político—. Roderick la miró fijamente y en silencio, y al cabo de unos segundos, simplemente meneó la cabeza.

—Sólo seguí recomendaciones. Se hizo el momento de elegir esposa y cumplir con mi deber, y yo no tenía ninguna preferencia, además, estaba ocupado en Gales, sin tiempo para conocer damas elegibles, de modo que… seguí el consejo que se me dio.

Muy mal consejo, pensó Emma. Albermale merecía unirse en matrimonio con un igual. Si no iba a hacer crecer su poder y riqueza, al menos no la mermaría uniéndose con una casa tan pequeña.

No dijo nada, pues ella se estaba beneficiando de aquel consejo, pero no pudo evitar preguntarse quién lo dio, y qué razones tuvo.

—¿Y qué es lo que busca Albermale en su dama? —preguntó, y Roderick la miró de reojo.

Ella parecía muy interesada en la respuesta.

—Que ame al lord —dijo, y Emma se giró a mirarlo también, él sonreía—. Y que ame Albermale.

—Oh, ¿sólo eso?

—Por qué. ¿Ya lo hacéis? —ella se echó a reír.

—Es fácil amar Albermale. Su castillo y su gente son acogedores; se sienten como una familia en cuanto te aceptan.

—Y al lord… ¿ya lo amáis? —ella elevó sus cejas.

—Mi lord, sólo desde hace unas noches habláis conmigo y apenas he empezado a conocer vuestro carácter. Creo que necesito más tiempo para amaros—. Él se quedó en silencio, pero Emma no borró su sonrisa. Le estaba diciendo abiertamente que no lo amaba, pero al tiempo, le hacía la promesa de llegar a amarlo.

Roderick empezó a lamentar el tiempo que la ignoró.

Pero no la había estado ignorando del todo, pensó. La observaba, aunque en silencio. Preguntaba por sus hábitos, por sus maneras, y todos,

especialmente las criadas, le contaban con detalle cada cosa que hacía y decía.

Aunque sus damas se habían escandalizado, ella había aceptado rápidamente las extrañas costumbres de Albermale.

No tenía vestidos, todos los que usaba había tenido que arreglarlos.

Sus zapatos eran sencillos, ¿acaso era Dunster tan pobre?, se preguntaban ellas.

No las gritaba, no las maltrataba. Pedía los favores y daba las órdenes con firmeza, pero también con gentileza.

Le habían contado sus hábitos alimenticios, como lo que prefería comer y cuál era su té preferido; cuántas horas dormía y lo activa que era durante el día. Solía bordar, se unía a las fábricas de cera y jabón, compartía recetas en la cocina, y etcétera.

También, directamente, él había observado sus maneras las pocas horas que la tenía cerca, y ahora que estaba lord Dunster aquí comprendió que la gentileza no la había heredado de él.

Al principio las criadas y doncellas habían tenido cierto recelo hacia ella, pero poco a poco fueron poniéndose de su lado, y últimamente todo lo que escuchaba de ella eran halagos.

Había acertado, al parecer, al elegir a lady Dunster. Aunque no la había elegido él, si hablaba con la verdad, pero cada día comprobaba más que era la apropiada.

No se quedaron mucho rato en la montaña fuerte, sino que siguieron avanzando. Según lo que él le dijo, estaban dando un rodeo para regresar, pues quería mostrarle un lugar hermoso donde almorzarían.

Así, llegaron a una bella planicie forrada de verde pasto, y a un lado un lago que invitaba a la pesca. Era un sitio precioso, y Emma no pudo dejar de admirarlo.

Mientras los caballeros extendían una manta con el almuerzo de ambos, Emma se acercó a la orilla del lago, y preocupado por ella y su seguridad, Roderick prefirió seguirla.

—Esto es hermoso —dijo ella.

—Pasasteis por aquí cuando llegasteis.

—Oh. Ese día estaba tan enferma que no me fijé en el paisaje —contestó ella sonriente. —Sólo deseaba llegar pronto, tirarme a una cama y dormir por horas—. Él asintió mirando hacia las aguas—. Os imagináis… —empezó a decir ella, pero su voz se apagó abruptamente. Él la miró intrigado.

—¿Qué cosa?

—Bueno… sólo pensé…

—Podéis hablar libremente, lady Emma —insistió él—. De lo que sea—. Ella volvió a sonreír.

—Por un momento imaginé magníficos robles florecidos a lo largo de este camino y bordeando el lago. Sería una vista preciosa, una entrada digna para los visitantes que lleguen desde esta ruta. También… un bello lugar para venir de paseo y admirar el paisaje en primavera—. Roderick miró el camino como si lo estuviera imaginando, considerando que sería hermoso.

Podía plantarlos ahora, pensó. Tardarían muchos años en crecer, y más en florecer, unos veinte años, tal vez, pero valdría la pena.

Ella iba a estar aquí por el resto de su vida, después de todo, y los robles eran árboles que duraban siglos, por lo que no sólo él, sino también sus hijos, y hasta sus nietos, los disfrutarían.

—Sí, sería hermoso —dijo decidiéndose, buscando en su mente a las personas adecuadas para plantar los robles, el número que necesitaría, y el tiempo que tomaría tenerlos listos.

—Es una pena que los castillos los construyan siempre sobre colinas y peñascos, porque este lugar sería ideal para vivir. Cada mañana, me asomaría y disfrutaría de esta hermosa vista.

—Los enemigos también disfrutarían del fácil acceso al castillo —bromeó él, y ella hizo una mueca.

—Algún día… los hombres dejaréis de amar la guerra—. Él juntó sus cejas sintiendo la crítica. Él, particularmente, no amaba la guerra. Se le daba bien eliminar enemigos y dirigir ejércitos, pero odiaba el sacrificio de vidas, sobre todo, porque era siempre para llenar de oro las arcas de alguien más.

Él hizo un movimiento con su cabeza invitándola hacia el sitio donde estaba puesta la manta para almorzar, y Emma no dejó de mirar alrededor. Se había enamorado de este paisaje, definitivamente.

Comió sin dejar de mirar alrededor, asombrándose porque de vez en cuando los peces saltaban fuera del agua, pasaba algún pájaro migrante, o alguna ardilla traviesa se acercaba lo suficiente.

Ella era sonriente y parecía disfrutar de estas pequeñas cosas, y el estómago de Roderick se apretaba de manera casi placentera cuando la escuchaba reír, hacía o contestaba preguntas, siempre con comentarios inteligentes y a veces graciosos.

Él no era muy de reír abiertamente. Con ella había sonreído más que con cualquier otro ser humano en el mundo, exceptuando tal vez a su madre, cuando era un niño.

Gracias a Dios, pensó. Estuvo a punto de descartarla, a punto de perderla, pero se había dado cuenta a tiempo.

Y era hermosa.

Se encontraba a sí mismo mirándola, admirando la línea de su cuello, sus bonitas manos, su cabello.

El día de caza, ella incluso había sudado un poco, y cuando se pasó el pañuelo por la frente, él se había encontrado casi salivando. Todos esos impulsos adormecidos, largo tiempo ignorados, estaban pujando ahora por salir a flote, y le daba miedo de sí mismo, pero cada vez la encontraba más deseable, más hermosa. Hoy, con sus grises ojos absorbiendo todo el paisaje, la sonrisa fácil al señalar los bichos alrededor, encontró que el sonido de su voz y de su risa le traían paz.

Quería conservarlos para siempre.

—¿Lo disfrutasteis? —le preguntó Maud a Emma al verla llegar. Ya era la tarde, habían paseado todo el día, y podía decirse que recibió una clase magistral de la historia de Albermale, pero Emma lo había disfrutado. Mucho. Pero si empezaba a explicar por qué, no encontraría muchas razones, más que… la voz de lord Roderick. Los ojos de lord Roderick… todo él.

Como respuesta, asintió con un movimiento de cabeza y llamó a una de las doncellas para que le trajeran un cubo de agua. Había sudado un poco, y ya no soportaba vestir un traje limpio sin asearse primero.

—¿Por qué esquiváis mi mirada, lady Emma?

—No esquivo vuestra mirada.

—Estáis particularmente callada después del paseo. Pensé que os desbordaríais con descripciones.

—Es que… —se sentó en una silla—. Es el lord, Maud.

—¿Fue malo con vos?

—No, todo lo contrario.

—¿Y eso es malo?

—No… Se supone que debo hacer que se enamore de mí… pero soy yo la que está cayendo en esa red —Maud la miró fijamente. Emma pestañeó varias veces como si quisiera ahuyentar las lágrimas—. Al principio pensé que era frío y orgulloso, pero estoy descubriendo que… me gusta. Tal como es, me gusta—. Maud se sentó a su lado y le tomó las manos con una sonrisa en el rostro.

—Y eso está bien, mi lady —le dijo con voz suave—. Es bueno amar a vuestro marido. Se os harán más fáciles las noches con él.

—¡Maud!

—Y os saldrá más natural ser encantadora para que también él caiga, presa de vuestros encantos. Si el lord llega a amaros como vos a él, la vida matrimonial será hermosa. No habrá nada que os separe… comprenderá mejor nuestra mentira, y os perdonará más fácilmente.

Emma tragó saliva, asintió y se puso en pie para quitarse el traje de montar sin dejar de pensar en esas palabras.

Al día siguiente, llegó el mercader. Se le anunció desde muy antes de su llegada, por lo que todo el castillo estaba emocionado por el arribo de la nueva mercancía; esa mañana, Roderick le había dado carta blanca para gastar, y Emma, que hacía mucho tiempo no tenía en sus manos una moneda de oro de la que pudiera disponer libremente, tuvo que controlar el impulso de comprar todo. Aun así, adquirió telas para hacerse unos vestidos a ella y a sus damas. Se casaría pronto, así que necesitaría vestirse conforme a su nuevo estatus.

Observó cuidadosamente cómo se llevaban a cabo las transacciones, y notó que se hacían muchos intercambios. Sir Homer era rápido y astuto para

negociar, y consiguió siempre precios justos, además de productos de primera calidad, desechando todo lo defectuoso.

Pasaron los días, y la visita de lord Dunster se hacía por momentos algo pesada, pues el lord era exigente, y en ocasiones, prefería quedarse en su habitación y no bajaba a cenar con sus anfitriones. A veces parecía que no quería estar allí, y a veces, que no quería irse.

—He pensado, barón Dunster —dijo Roderick una noche—, que deberíamos aprovechar vuestra presencia aquí para celebrar la boda—. Emma y el barón lo miraron sorprendidos, Emma enrojeció de inmediato, y el barón, por el contrario, palideció. Miró a Emma con el ceño fruncido y asintió.

—Pero he notado que no tenéis un sacerdote en Albermale, mi lord.

—Ya se le ha convocado. Celebraremos las justas luego del casamiento. Están invitados todos los vasallos y caballeros de Albermale, también… los condes de Portland, de Ross y de Argyll. Son viejos amigos de la casa de Albermale, y algunos jurarán lealtad ante la nueva condesa, y otros, ofrecerán su amistad—. Dunster miraba de Emma a Roderick con los ojos muy abiertos. Todas esas familias mencionadas eran poderosas, reconocidas, ricas. Él, en medio, era una mosca.

Todo eso sería de esta chica, que no era su hija.

Era un conflicto que parecía crecer y agravarse por momentos, pero no podía hacer nada. Esa estúpida se había ido con un simple caballero, sin tierras ni contactos, menospreciando a Roderick Montfort por mero capricho, y de no ser por esta dama que había tomado su lugar, habría estado en severos problemas.

Pero no era su hija. Nunca sentiría obligación hacia él como lo haría una hija de verdad. Sólo podía forzar su obediencia, pero nunca sería igual.

—Que así sea, mi lord —dijo, elevando la copa y sonriendo de manera ladeada, una sonrisa incompleta—. Que Dios bendiga desde ya esta unión, y que vuestro matrimonio trascienda en la historia—. Roderick asintió ante el brindis, y los demás presentes se unieron a sus buenos deseos.

Emma miró a Roderick un poco sorprendida. Él había decidido por su cuenta la fecha de la boda, pero no era eso lo que la alteraba, sino lo pronto que era.

¡Se iba a casar! Tendría por fin su propio hogar, sus hijos…

Todo sobre una mentira, gritó su corazón.

Pero se lo diré. Algún día le diré la verdad. Cuando me confiese que me ama, le diré todo, y entonces ya no querrá hacerme daño, ni a mí, ni a los inocentes que vinieron conmigo…

Cerró los ojos, pero sintió el toque de la mano de Roderick sobre la suya por debajo de la mesa, y se giró a mirarlo. Él no la miraba, sólo seguía hablando con los demás caballeros, aceptando todavía los buenos deseos y de vez en cuando, sonriendo.

Entrelazó sus dedos con los de él sintiendo que hacía algo atrevido, pero él respondió a su toque apretándola suavemente.

Qué íntimo, pensó, pero en vez de alterarse por el roce de piel con piel, esto la calmó.

En cualquier momento él podía convertirse en su verdugo, pero por ahora, prefería pensar en él como su aliado.

—Parecíais algo sorprendida en la mesa, mi lady —dijo Roderick esa misma noche, en el mismo balcón de la vez pasada.

Ella se sintió de nuevo haciendo algo prohibido, cada vez él se asemejaba más a una tentación.

—Lo estaba.

—Pensé que lo deseabais… —cuando ella lo miró confundida, él se explicó —. La boda.

—Ah… Sí, lo deseo. Sólo pensé que… os tomaría más tiempo decidir si yo sería adecuada para ocupar el lugar de la condesa. Me pareció que temíais que fuera tonta, o algo así.

—Pero no lo sois —dijo él muy serio—. Por el contrario, sois lista. Más que cualquier mujer que haya conocido antes—. Emma se sonrojó suavemente, y eso sorprendió a Roderick. Había aprendido que las damas, por lo general, amaban los elogios a su belleza, pero esta, en particular, prefería los que se le hacían a su inteligencia.

Sus ojos se desviaron cuando ella se llevó la mano al cuello, como si lo masajeara.

—Gracias, mi lord —dijo con voz suave, y Roderick estuvo a punto de acercarse a ella, pero no pudiendo confiar en sí mismo, se mantuvo en su

lugar.

Y su mente empezó a maquinar.

El sacerdote tardaría dos o tres semanas en llegar.

Requeriría de al menos tres domingos más para cumplir con las amonestaciones, y otras costumbres sagradas para contraer matrimonio.

¿Qué eran seis semanas? La tenía en casa, podía verla todos los días, hablar con ella siempre que quisiera.

No. Iba a ser una tortura. Nunca sus impulsos hacia una mujer habían sido tan fuertes. Nunca el deseo de tenerla cerca, muy cerca, tan descontrolados. Casi le hacían olvidar su deber de mantener la calma.

Se recostó al muro de piedra mirando hacia la noche y respiró hondo el aire fresco.

—Disfruto mucho conversar con vos —le dijo, y eso volvió a sorprenderla. Se giró a mirarlo y notó que él la miraba a ella. Sus ojos azules iluminados por la luna parecían algo místicos—. Creo que me será muy fácil amaros—. Eso hizo que su corazón latiera acelerado, retumbando en su pecho con alegría, con miedo, con otras mil emociones inidentificables.

—Eso me alegra —dijo sin pensar—, porque yo ya os amo—. El la miró elevando un poco sus cejas, y entonces ella se dio cuenta de lo que acababa de decir.

Recogió sus faldas y salió apresurada de allí.

Roderick la llamó un par de veces, pero luego se dio cuenta de que alteraría todo el castillo si seguía llamándola, así que se quedó allí en silencio.

Y se echó a reír. Rio casi en silencio largo rato, sintiéndose, después de mucho, mucho tiempo en su vida, feliz.

6

—Entonces, estos son los libros de contabilidad del castillo —suspiró Emma mirando una pila de libros sobre una mesa de madera, mesa que sir Homer Blackwood usaba para realizar las cuentas, pues era quien ayudaba a lord Roderick con la administración del castillo cuando este se ausentaba.

Roderick había dado personalmente la orden de permitirle a Emma conocer los libros, y aunque esto había sorprendido a sir Homer, estaba cumpliendo con la orden.

Emma se acercó junto a Maud a la mesa y abrió uno de los libros, encontrando que era el inventario del castillo. Estaba registrada cada butaca, tapiz y copa, lo que la admiró.

—Esto es impresionante —susurró Emma mirando ahora el libro de gastos del castillo.

—No deberíais abrumaros con tantos números mi lady —sonrió sir Homer —. Mientras yo esté en Albermale, y el creador me conceda salud, estaré al frente de todo este… trabajo. —Emma lo miró un poco de reojo. Tal vez creía que no era capaz de entender lo que se consignaba en estos libros, pero estaba muy equivocado.

—Por el contrario, sir Homer —contestó con suavidad, pues reconocía que a algunos hombres les molestaba que las mujeres entrometieran sus narices en sus negocios—, pretendo aprender vuestro método y participar activamente en él.

—¿Mi… lady?

—En casa, yo ayudaba a mi padre a administrar… —Emma se fue quedando en silencio poco a poco. Sí, ella ayudó a administrar el castillo de su padre, pero este no era lord Dunster. —Lo que quiero decir es que tengo experiencia, y puedo volver a aprender.

—Oh. Admirable —sonrió sir Homer, pero a Emma le pareció que no estaba muy contento.

Suspiró. Al parecer, iban a haber roces con él si quería involucrarse del todo en esta área. Edith no había tenido problema en reconocerla como su señora. Cada uno en el castillo ya la consideraban lady Albermale, pero justo aquí, donde ella sentía que era más adecuada por sus conocimientos y experiencia, encontraba resistencia.

Tendría que esperar a casarse y tomar oficialmente el apellido y el título para hacerlo, pensó.

—Si mi lady se encargaba de los libros en el castillo de Dunster, significa que la baronía era próspera —siguió sir Homer con la misma sonrisa. Emma lo miró seria.

El castillo de Dunster no era próspero. No era pobre, pero tampoco se hacía más rico. Por eso lord Dunster estaba dispuesto a mentir con tal de conseguir el apoyo de Albermale.

Se preguntó entonces si acaso sir Homer estaba siendo sarcástico, o se estaba burlando de ella y sus capacidades, pero guardó silencio. Ciertamente, lady Emma no era reconocida por ser lista y oficiosa.

—¿Conocéis la baronía de Dunster, sir Homer?

—Oh, sólo de oídas, mi lady.

—¿Qué habéis oído de Dunster? —la pregunta era directa, y sir Homer la miró a los ojos un momento, pero al instante bajó la mirada, pues Emma se la sostuvo sin ninguna vacilación.

—No mucho, mi lady —contestó en voz baja. Emma sonrió. Una dama, aunque fuera tonta, nunca estaría por debajo de un administrador. Y ella no era tonta, sabía usar su autoridad con sólo gestos o miradas, y tal vez iba a ser necesario que sir Homer aprendiera cuál era su lugar, aunque poco a poco.

Dio la media vuelta resignándose a dejarlo aquí por hoy.

—Vendré en otro momento, por ahora, tengo otras cosas que hacer —mintió. Había destinado el día de hoy para conocer la administración, tenía mucha curiosidad al respecto, pero no iba a actuar como si la hubiesen intimidado—. Espero aprender mucho de vos, sir.

—Sí, mi lady —Emma no le quitó los ojos de encima, sino hasta que se dio la vuelta y salió del salón junto a Maud.

—Insolente —murmuró esta cuando estuvieron fuera—. No me gusta.

—Tal vez sólo es celoso de sus tareas. Pensará que si tomo su lugar, será echado del castillo.

—Si hace bien su trabajo, no deberá temer eso… a menos que oculte algo.

—¿Qué podría ocultar? —preguntó Emma, pero lo cierto, es que también ella estaba pensando en eso.

O tal vez estaba pensando demasiado, decidió sacudiendo su cabeza. Era normal que los administradores fueran celosos con sus libros y su trabajo en general. Cuando se convirtiera en lady Albermale, la situación cambiaría.

Los días pasaron rápidamente, y Emma, luego de aquella fortuita declaración de amor en el balcón, evitaba un poco a Roderick. Cuando coincidían en una sala, ella se sonrojaba y guardaba silencio, y en las cenas, reaccionaba más de lo normal a sus atenciones.

Eso él lo encontraba adorable. Tal vez no había querido decirle lo que sentía, tal vez había sido un impulso. Si lo hubiese hecho a propósito, ahora estaría cosechando atenciones, o tratando de conseguir más.

Poco a poco el castillo se fue preparando para la boda y las justas. Carpinteros trabajaban en los puestos, y las criadas limpiaban y adecuaban la pequeña capilla. Lord Dunster, durante una cena, le había preguntado por qué no tenían un sacerdote permanentemente en Albermale, que era lo suficientemente rico como para mantenerlo, pero Roderick le aclaró que por lo general, los curas no se llevaban bien con los lores, y preferían irse a las villas cercanas, donde eran mejor escuchados.

—¿Sois rebeldes? —preguntó lord Dunster sin miramientos, y eso asombró a Emma, que miró al hombre abriendo un poco sus ojos.

—No, lord Dunster, en Albermale somos creyentes.

—¿Entonces?

—Sólo tenemos algunas costumbres algo inocuas, pero que la iglesia no aprueba.

—¿Como cuáles?

—Como el baño semanal —contestó Roderick con tranquilidad, y algo de humor—, y algunas prácticas de medicina.

—He visto que abusáis del agua. También he visto a esa curandera, Fatima. Usa hierbas. En Dunster dependemos de Dios para sanar a los enfermos.

—Es loable. En Albermale también dependemos de las plantas creadas por Dios —añadió Roderick—. Nuestros niños sobreviven, nuestras mujeres no mueren en los partos… tendréis muchos nietos, lord Dunster. Vuestra hija no estará entre la vida y la muerte en cada parto. ¿No os alegra eso? —

Duster lo miró un poco torvo por unos segundos, pero luego se echó a reír, diciendo que, definitivamente, eso le alegraba.

Emma guardaba silencio, como solía hacer últimamente, pero escuchaba con atención. Era impresionante que Albermale, a pesar de no llevarse tan bien con la iglesia, prosperara. Por lo general, cuando la iglesia señalaba de rebelde o hereje a una familia, ésta desaparecía.

Entendía en parte las palabras de Roderick, pero imaginaba que había algo más. No podía ser sólo por los baños los sábados y usar hierbas medicinales. Sin embargo, no se atrevió a preguntar.

Esa noche, Roderick subió de nuevo al balcón con la esperanza de encontrar allí a Emma, pero otra vez se equivocó. Había pensado que este sería su lugar de encuentros, pero desde aquella noche, ella no había vuelto.

Se sentía algo solitario aquí.

—¿Vuestra dama no vino a vuestro encuentro? —preguntó sir Alfred con voz impregnada de burla, y Roderick lo miró con ojos entrecerrados. Por lo general, esa mirada hacía que algunos se mearan encima, pero no Alfred, un auténtico grano en el culo.

Llevaban juntos desde la niñez, así que podía decirse que eran como hermanos. Alfred era hijo de un noble enviado a entrenar en Albermale por lord Simon. Luego de la muerte de este, no fue reclamado para volver a casa, y él encontró que era buena idea quedarse.

En aquella época, Roderick había estado enfermo y triste, y la compañía de Alfred fue un paliativo a aquel dolor. Por eso no era fácil intimidarlo, y aunque le respetaba y obedecía, en momentos como estos se permitía lanzar pullas y hacer bromas.

—¿Habéis estado espiándome?

—Mi lord, todo el castillo sabe que usáis este balcón para enamorar a vuestra dama.

—¿Todo el castillo?

—Hasta la más humilde criada está enterada—. Roderick enarcó una ceja. Pero no podía molestarse, este era un sitio muy abierto, después de todo—. ¿Estáis nervioso por la boda? Ya no falta mucho—. Roderick no dijo nada.

Sí estaba nervioso, pero no iba a admitirlo—. Os ayudaré con mi vasta experiencia en mujeres.

—No necesito vuestro consejo.

—Usad los dedos y la lengua —siguió Alfred como si no lo hubiese escuchado, y Roderick se sorprendió ante sus palabras, aunque muy a su pesar.

—¿Qué?

—Ya sabéis. No uséis vuestro… —Alfred miró significativamente hacia abajo—, hasta que vuestra dama esté satisfecha.

—¿De qué…?

—Hablo de las actividades del dormitorio, mi lord.

—Sir Alfred, vos…

—Las mujeres también sienten, también disfrutan. Hacedla feliz a ella primero. Os costará al principio, pero por eso os digo: usad la lengua y los dedos primero. Hacedla feliz… y luego ocuparos de vos mismo—. Roderick estaba mudo, escandalizado, sorprendido, y a la vez, fascinado.

Mil imágenes, todas con Emma, inundaron su mente. Y era bochornoso, todo su cuerpo reaccionó al instante.

—Ya sé que sois casto, mi lord. Apreciad mis palabras.

—Os casaré con una dama pronto y así podríais aprender no sólo como hacer feliz a una mujer en la cama, sino también fuera de ella.

—Oh —se quejó Alfred poniendo la mano en el centro del pecho, acusando el dolor que le causaban esas palabras—. Mi amistad compensada con traición. ¿Qué mal os he hecho, lord Albermale? —Roderick tuvo la tentación de reír, pero se mantuvo serio.

—No sería mala idea —dijo con voz reflexiva, y Alfred lo miró con terror.

—Es tarde —dijo, dando la vuelta—. Pasad una buena noche, mi lord —y antes de que Roderick pudiera añadir algo más, huyó de allí.

Roderick rio entonces, pero las palabras de Alfred habían calado hondo, y ahora no era capaz de sacarse esas imágenes de la mente.

Ciertamente, daban vuelo a la imaginación. Creaban una ansiedad nunca antes experimentada.

Y todavía quedaban semanas para la boda.

El sacerdote llegó en la fecha prevista, y de inmediato empezó a cumplir con sus labores clericales. Emma notó que siempre estaba refunfuñando porque no había alguien de la iglesia que permaneciera aquí, y por lo acumulado del trabajo. Al tiempo, le escuchó regañar a las mujeres por bañarse tan seguido, repitiendo que una capa de suciedad era una buena protección contra las enfermedades.

Al tiempo, oró por enfermos, bautizó niños, escuchó confesiones, y absolvió pecados durante largo rato. Era bastante trabajo, por lo que ella personalmente se ocupó de atenderlo bien, y que se sintiera bienvenido.

Y conforme pasaban los días, y se acercaba el día de la boda, se iba poniendo más nerviosa.

Ya había preparado el vestido que usaría, el banquete también estaba prácticamente listo. Las fiestas posteriores estaban todas organizadas, y el personal esperando que empezaran.

Cuando tuvo que confesarse ante el sacerdote, entró en pánico. No podía, no podía admitir ni ante el hombre de Dios quién era. Estaba mintiendo, engañando no sólo a un hombre bueno y honorable, sino a toda su casa, a toda la gente en Albermale.

Su confesión fue larga. Dio vueltas y vueltas tratando de hallar el valor de admitir lo que estaba haciendo, y sólo una cosa logró convencerla para guardar silencio: no era sólo su vida, era la de muchos otros. Tendría que seguir mintiendo un poco más.

Primero, le contaría la verdad a lord Albermale. Él merecía ser el primero en descubrirla, y luego, que fuera lo que Dios quisiera.

Con una mirada, todos los que vinieron desde Dunster acordaron no confesar esa verdad en particular. Algunos optaron por ni siquiera visitar el confesionario, y así se evitaron mentir ante Dios.

Ya quedaba poco. Ya pronto se iba a casar.

—Estáis hermosa —susurró Roderick cuando al fin estuvieron junto al altar. Emma estaba pálida, con las manos frías, pero ese elogio consiguió que su cuerpo entrara en calor.

Lo miró fijamente por algunos segundos, y en sus labios se dibujó la sombra de una sonrisa, lo que la hizo parecer más hermosas ante los ojos de Roderick.

—Vos también lucís magnífico, mi lord—. Él sonrió abiertamente, y se dispuso a escuchar las palabras del sacerdote.

Habló de la fidelidad, y de la lealtad; palabras adecuadas para una boda, palabras que los novios sabían que escucharían, pero luego también habló del verdadero amor, del sacrificio, y de cómo Dios compensaba éstos.

—Las muchas aguas no podrán apagar el amor —rezó el sacerdote—. Ni lo ahogarán los ríos.

Emma guardaba silencio. Estaba siendo un sermón precioso, y no lo estaba leyendo, lo cual le extrañó. Parecía inspirado en aquel momento, y eso la emocionó.

No conocía muchas historias de amor, eran más comunes las de guerras y batallas, y las pocas que había escuchado, terminaban siempre de manera trágica, pero esta vez quería creer que la historia sería diferente. Miró a Roderick y rogó al cielo para que así fuera. No tanto por ella, sino también por él.

No quiero romper su corazón, rogó. Quiero hacerle feliz.

Ambos recitaron sus votos, ante Dios y los presentes, jurando amarse hasta la muerte. Fue el momento más significativo que Emma viviera en mucho tiempo. Ella estaba jurando de verdad; a pesar de sus mentiras, sus promesas eran reales.

Intercambiaron anillos, ambos de oro, y el sacerdote los declaró marido y mujer deseando bendiciones del cielo para ambos. De camino a la salida de la capilla, lanzaron pétalos de flores y hasta arroz.

Caminaron hasta la zona donde se daría el banquete, y los invitados más importantes se acercaron para felicitar al conde y la condesa. Emma ya había saludado a los condes amigos de Albermale, habían llegado con días de anticipación y notó cuánto afecto había entre todos. También, había tíos de Roderick, hermanos de lady Rose, y hermanas de lord Simon, con sus parejas e hijos.

El ambiente era de felicidad. Todos les desearon una larga y próspera vida, muchos hijos, y en esto último enfatizaban mucho.

Fue el día en que Emma recibió más elogios, más bendiciones, más regalos. Poco a poco, la sensación de que era una impostora, de que no debía estar aquí, se fue borrando.

Después de todo, la verdadera Emma jamás habría llegado tan lejos, pensó.

Después de todo, tal vez Dios la quería aquí, por la razón que fuera.

La boda se había celebrado en la mañana, y hacia el mediodía, se sirvió un suculento banquete. Había carne, mucha carne. Decoraciones con frutas y flores que llamaron mucho la atención, y la música no paró en ningún momento. Hacia la tarde, todos los invitados participaron en uno u otro momento del baile, y Roderick y Emma se unieron a este. Ella reía llena de felicidad, y celebraba que Roderick se supiera los pasos. No imaginó que fuera buen bailarín.

Cuando ya atardecía, se presentaron pequeños, pero interesantes espectáculos; pantomimas tan divertidas que la mayoría se desternillaba de risa, piruetas que combinaban acrobacias y fuego, poesía satírica, pero también lírica; baladas y romances, y cuando el sacerdote empezaba a hacer caras, unas cuantas alegorías y poemas religiosos.

Cuando cayó la noche, Emma fue llevada por sus damas, Edith, y las doncellas del castillo a su habitación, y en el cuarto de baño había preparada una bañera con agua caliente y perfumada. Ya se había bañado esa mañana, pero imaginó que esto era especial.

La desnudaron y sumergieron sin mojar su cabello, recogido en lo alto y cubierto por un paño para que no se humedeciera por el vapor, y al tiempo que tallaban su piel con aceites aromáticos, le daban consejos.

Maud estaba escandalizada, Edith estaba siendo algo descriptiva en sus consejos, cosa nada acostumbrada en estos eventos.

—Estoy segura… de que lord Roderick sabrá lo que hay que hacer, no es necesario nada de esto—. Edith la miró estirándose en toda su estatura.

—Lady Maud —dijo con calma—. Estuve aquí el día de la boda de lord Simon y lady Rose… y ella me contó, años después, que hubiese deseado que alguien le diera estos consejos el día de su boda; habría disfrutado más, no lo habría pasado mal al principio.

—Pero…

—Ese día me prometí —insistió Edith, haciéndose escuchar por encima de la voz de Maud—, que si estaba viva para el día de la boda de lord Darius, o lord Roderick… aconsejaría a la dama de esta manera, y estoy cumpliendo —. Como Maud guardó silencio, Edith miró a Emma, que la observaba expectante—. Disfrutad del lecho de vuestro marido —dijo con firmeza—. No es pecado, por el contrario, es otro de vuestros deberes como esposa. No sólo le haréis feliz a él, sino que vos, mi lady, seréis la que saque la mejor parte.

Emma tragó saliva. Tenía idea, más o menos, de qué era lo que enfrentaría esta noche, pero los detalles eran totalmente desconocidos para ella. Sólo sabía que, de hoy en adelante, su vida, su cuerpo, y casi que su voluntad, se sujetarían al lord, su marido.

Recibiendo más consejos, ahora bajo el silencio de Maud y la risita de las doncellas, escuchó cosas como ser activa, tomar la iniciativa, recibir con gracia los elogios y exigirlos cuando no llegaran. Estas mujeres parecían más de parte de ellas que del lord, pues prácticamente le estaban revelando que, si hacía caso de sus consejos, lo tendría comiendo de su mano.

Eso le causaba gracia.

Pasaron los minutos y salió de la bañera desnuda, perfumada y muy limpia. La secaron y cubrieron con un camisón de fina tela, casi transparente, le cepillaron el cabello y la dejaron en la cama. Escuchó picardías y risitas hasta que cerraron la puerta tras ellas y la dejaron sola en la habitación. Las velas de cera iluminaban la estancia, y no pudiendo permanecer acostada y sin hacer nada, Emma se sentó al filo del colchón.

En cualquier momento, entraría Roderick. Tal vez estuviera algo ebrio, tal vez el momento fuera incómodo.

Su corazón empezó a latir desaforado. No era miedo, sólo estaba nerviosa. No sabía qué le esperaba, pero suponía que su vida y la visión que del mundo tenía, cambiarían.

O tal vez no sería para tanto. Toda mujer que alguna vez fue madre pasó por esto, pensó.

Sin embargo, ninguno de esos pensamientos lograba calmarla, y empezó a dar vueltas por la habitación.

Abajo, en la fiesta, alguien gritó que ya era el momento feliz del novio. Fue Alfred, seguramente.

Uno de los lores presentes lo secundó pidiendo que ya no lo retuvieran más, y terminaran con su tortura.

Estaban ebrios, sin duda, pensó Roderick con una copa en su mano. Él se había bebido un par, para calmar sus propios nervios, pero no estaba ebrio.

La fiesta se había alocado un poco después de que las damas se fueran, y reían más alto, hablaban más fuerte, exigían más música, más licor, y más baile. Todo se estaba saliendo de control. Pero esos mismos ebrios se unieron y luego se acercaron a él con muy malas intenciones.

Como Roderick nunca había estado en una boda, no imaginó lo que harían, así que no pudo evitar sorprenderse cuando entre todos le quitaron la copa y lo alzaron en hombros cantando una canción casi vulgar, acerca de un marinero que saciaba sus apetitos con una fondera. Era tan descriptivo todo, que, si Roderick no hubiera estado casi de cabeza, tratando de no caerse, y mantenerse en equilibrio entre todas las manos que lo sostenían, se habría escandalizado.

Fueron cantando, silbando y vitoreando todo el camino, y una vez ante la puerta de la habitación de lady Emma, lo bajaron, lo aligeraron de ropa, abrieron la puerta y lo lanzaron como si fuera algún saco de piedras.

—¡No os excedáis, mi lord! —gritó alguien.

—No, excedeos. ¡Tal vez sea el único día en que podáis hacerlo!

—¡Lengua y dedos! —gritó alguien más, y Roderick supo quién era. Caminó a la puerta para cerrarla, pero los caballeros no se movieron de su lugar, así que tuvo que empujarla.

—¿Lengua y dedos? ¿Es eso una canción?

—¡Es un ritual!

—¡Fuera! —gritó Roderick, y todos lo miraron sorprendidos.

—¡Está lleno de deseo nuestro lord!

—¡Como un toro embravecido!

—Así se hace. ¡Cumplid con vuestro deber! —rieron a carcajadas, pero al fin se alejaron de la puerta. Siguieron gritando obscenidades, y ebrios como estaban, bajaron de nuevo por las escaleras a trompicones.

Emma, que había sentido el ruido desde mucho antes de que llegaran, había corrido para volver a acostarse en la cama. Cuando Roderick fue lanzado dentro, se sorprendió un poco, pero una mampara protegía la vista desde la puerta y ni ella podía verlos, ni ellos a ella, pero sí que escuchó toda su conversación, lo que le hizo subir algo muy desagradable hasta la garganta, y casi sintió náuseas.

El momento había llegado.

Cuando se cerró la puerta y volvió el silencio, Emma no pudo seguir acostada y se sentó.

Roderick caminó hacia la cama, buscándola, y hallándola. Se quedó casi paralizado al verla; la luz de las velas la iluminaban muy bien, y esa tela casi transparente insinuaban las areolas de sus pechos haciéndole salivar.

Al sentir la mirada de él, Emma quiso cruzarse de brazos y cubrirse, meterse bajo las sábanas, correr.

Pero no iba a correr.

No corrió cuando la estúpida Emma planeó su secuestro y los dejó a la deriva; no corrió cuando, de improviso, llegó lord Dunster, quien podía echar por tierra todo.

Podía superar esto. No iba a fallar aquí tampoco.

Roderick caminó despacio hasta ella, como si temiera asustarla, pero al tiempo, disfrutaba de la vista. Lady Emma era preciosa, su piel brillaba, su cabello suelto parecía una invitación a sus manos, y el corazón empezó a latirle tan fuerte que no le sorprendería que ella pudiera escucharlo desde donde estaba.

—Mi lady —murmuró sentándose a su lado, mirándola fijamente a los ojos, pero ella no le sostuvo la mirada por mucho tiempo y sus mejillas se colorearon al instante. Él vestía simplemente sus calzas y una camisa que ya tenía por fuera. Estaba descalzo, también, y algo despeinado, todo obra de los bribones que lo habían traído hasta aquí.

Él se acercó más. Olía un poco a vino y a la mirra usada durante la ceremonia, pero también olía a él, su aroma a ella le parecía muy atrayente.

Roderick extendió la mano a ella y le giró suavemente la cabeza para que lo mirara. Emma se mordió los labios y los ojos de él bajaron allí.

No, nunca había besado, nunca había estado tan cerca de una mujer, nunca una había sido tan suya.

Se acercó más, y con su nariz exploró algunos rincones: el cuello, sus orejas, su garganta.

—No he podido olvidar lo que dijisteis aquel día —susurró con voz ronca, una voz que erizó toda la piel de Emma.

Tardó un poco en procesar sus palabras, pero consiguió preguntar:

—¿Qué cosa… mi lord?

—Que me amáis, lady Albermale—. Ella se alejó un poco para mirarlo. Si bien luego de la ceremonia todos la felicitaron usando su nuevo título, que él lo dijera, en ese tono, con esa voz, y en este momento le pareció… tan hermoso.

Los ojos se le humedecieron. Todo el nerviosismo que sintió antes, el pánico y el miedo, parecieron esfumarse a algún lugar remoto, y descubrió que siempre que estaba cerca de él, esto sucedía.

—Os amo, lord Albermale —dijo.

—Oh, Emma…

—Os amo —repitió ella, tomando aire y llena de determinación ante lo que iba a hacer —Roderick.

Ahora fue turno de él mirarla en silencio. Ella lo estaba llamando por su nombre, sin ningún título de por medio.

Era como estar desnudos.

Usad la lengua y los dedos, recordó.

Iba a morir, de pura dicha, de deseo carnal. Iba a morir.

No tenía por qué hacer lo que ese bribón decía, pero algo le decía que le convenía.

Sin embargo, ella era tan hermosa, estaba tan cerca, y el calor de su cuerpo era tan invitante, que, sin pensarlo mucho, la tomó de la cintura, le levantó la bata y la puso a horcajadas sobre su regazo. Emma, que estaba totalmente desnuda debajo, soltó un gritito y su primer impulso fue cubrirse, pero él no hizo nada, sólo la miró y la miró, como si se propusiera aprenderse cada detalle de su rostro, memorizar cada poro.

No la tocaba con las manos, sólo donde el cuerpo de ella hacía contacto con el de él, sentada en su regazo, y por fin, luego de media eternidad, él bajó los labios y tocó con ellos los suyos. Un beso superficial, pero tan hermoso, que Emma suspiró.

Él volvió a besarla, una y otra vez, tan suavemente al principio, y luego más posesivamente.

Fue ella la primera en usar las manos; las puso en las mejillas de él, perfectamente afeitadas para la ocasión, y dejó sus labios sobre los de él más tiempo, y entonces él usó la lengua. Esto la sorprendió, pero no se alejó, sino que la aceptó, y segundos después, usó también la suya.

Ese tonto de Alfred, pensó Roderick moviendo una mano y poniéndola sobre el muslo de su esposa. Había tenido razón; usar la lengua era excelente idea.

Se preguntó entonces, en qué otros lados de su cuerpo podría usarla, y de qué otras maneras podría sacarle provecho a este consejo.

7

Las manos de Roderick subieron de los muslos hasta las caderas de Emma, y esta era consciente de cada cosa que él hacía. No habían dejado de besarse, disfrutando enormemente de este nuevo descubrimiento, encontrando que le encantaba el sabor de su boca, que era una manera de demostrarle cuánto le gustaba, cuánto lo amaba.

El beso se hizo cada vez más profundo mientras cada uno descubría nuevas sensaciones, y probaba nuevos modos. Sus lenguas estaban enredadas en una danza casi violenta al interior de sus bocas, y una mano de él apretó con fuerza sus nalgas, haciéndole inspirar sorprendida. Se miraron a los ojos, encendidos de deseo, pero no se dijeron nada, no era necesario.

De un solo movimiento, Roderick se lacó el camisón, y ella volvió a soltar un gritito. Cubrió sus pechos con sus manos, pero él no se lo impidió, sólo admiró las otras partes de su cuerpo que estaban al descubierto, sólo ver sus hombros níveos, la curva de su cintura, su vientre plano ya era demasiado. Ella hacía bien en cubrirse un poco.

—Qué bella es mi esposa —dijo, y aquel pareció más un canto—. La más hermosa entre las mujeres—. Emma tragó saliva y sólo lo miró fijamente—. Si buscase por toda la tierra, no hallaría a una igual que vos, mi lady —él sonreía, totalmente convencido de sus palabras, y la ternura inundó el corazón de Emma, que bajó sus manos, y los ojos de él bajaron de inmediato a sus pechos.

Los veneró con la mirada, y luego los acarició con el dorso de sus dedos.

Susurró más cosas, pero sonaron ininteligibles. Parecía recitar algo, y Emma abrió grandes los ojos cuando él se llevó uno de sus pechos a la boca. Fue extraño, placentero, cálido y tan suave… la lengua de él le rodeó el pezón, y no pudo evitar soltar un gemido. No supo si de sorpresa, por las extrañas sensaciones.

Ella no tenía pechos enormes, eran más bien discretos, pero eso a él parecía traerle sin cuidado, y estaba disfrutando de ellos.

Verlo así, pegado a ella, con sus ojos cerrados y gimiendo por lo que estaba haciendo, empezó a llenarla de una sensación de plenitud y calidez. Sintió un calor llenarla, y por alguna razón, sus muslos se abrieron más, pegándose más a él.

Él hizo lo mismo con su otro pecho, y con sus manos, amasaba sus nalgas y se paseaba por todo el largo de su pierna, llegando hasta la punta de los dedos, que se encogían por el toque suave de él.

No imaginó que esto fuera así, de ninguna manera. No es que hubiese imaginado algo, pero definitivamente jamás esperó sentirse así.

Largo rato después, él la tomó de nuevo por la cintura y la apoyó de espaldas en la cama, poniéndose entre sus muslos, sin dejar de besarla, de acariciarla, de disfrutar de su cuerpo con tanta delicia. Emma cerró los ojos centrándose en las sensaciones y cuando vio que él se sacaba la camisa, se preguntó si acaso ella podía tocarlo también.

Pero no se atrevió, y sus manos permanecieron quietas. A él pareció no importarle, pues seguía besándola por todas partes, y lo más extraño es que también la lamía. Ya no sólo sus pechos, sino también alrededor de ellos, sus costillas, su ombligo.

Recordó ahora, hace tiempo, que en casa su padre tenía una biblia. La tenía muy bien guardada, pues la iglesia prohibía su lectura sin la guía de un sacerdote. Ella, curiosa y hasta un poco desobediente, abrió el libro a la mitad y buscó un texto al azar. Lo había abierto en el Cantar de los cantares, donde un rey le decía a su reina lo hermoso que era su ombligo, y comparaba su vientre con cosas raras.

Lo había cerrado de inmediato, totalmente convencida de que esa no era la biblia, solo un libro extraño con la portada equivocada, pero no se había equivocado, era el libro sagrado.

Alguien lo había alterado, pensó entonces. No sabía qué tenía que ver un ombligo con la salvación del alma.

Y ese recuerdo entró fugaz por su mente en el momento en que lord Roderick, conde de Albermale, sacaba y metía su lengua en su propio ombligo, quedándose allí por largo rato, haciendo que su estómago se encogiera, y otras partes innombrables de su cuerpo.

Volvió a gemir. Estaba siendo sometida a una tortura, sin duda. No le dolía, pero así se sentía. Quería hacer algo, pero no sabía qué. Quería que él hiciera algo, pero ni idea.

Cuando la boca de él bajó por su vientre, otra vez sintió vergüenza, pero ahora estaba mezclada con expectativa, y algo de ansiedad. Toda ella estaba cubriéndose con una capa de sudor, él también, notó. Su respiración agitada parecía que hubiese corrido largo camino, también él.

Antes de bajar más, la mirada de él se elevó de nuevo a ella, y mientras él se fue sacando la camisa, y luego las calzas.

Era hermoso. Su piel tostada por el sol hacía un contraste con la de ella, más clara. Los fuertes brazos masculinos se ubicaron a cada lado de su cabeza, y todo su campo de visión fue llena de él. Estaba desnudo ahora, pero ella no se atrevía a mirar, ni a tocar, sólo podía mirarlo, y ya con eso se sentía invasiva.

—He intentado… —la voz de él se apagó sin completar sus palabras, lo vio cerrar los ojos y apretar los labios, parecía como si estuviera sufriendo, y ella por fin se atrevió a tocarlo, otra vez en la mejilla.

—Querido esposo —dijo con voz suave—, os pertenezco.

—Ah… —gimió él, y acercó su cuerpo al de ella; le abrió los muslos y se ubicó en medio. Ya no podía soportarlo más.

Ojalá hubiese escuchado más consejos. Ojalá supiera medir el placer de ella. Ahora se arrepentía de no haber explorado antes estas aguas; era tan inexperto que ni siquiera sabía si lo que estaba haciendo estaba bien para ella.

—Decidme… si os incomoda… si os disgusta…

—Nada me disgusta.

—Sed sincera, por favor.

—Os lo juro, mi lord —dijo la delicada voz de ella en su oreja—. Todo es perfecto con vos—. Él tenía los ojos fuertemente cerrados, reconociendo que había perdido esta batalla, y metiendo una mano entre los dos, se tomó a sí mismo y se ubicó en la entrada de ella. Allí era tan suave, húmedo y caliente, que quiso llorar.

—Sois hermosa —dijo él, pero Emma tenía sus ojos muy abiertos, con el corazón enloquecido, expectante, llena de tantas sensaciones, emociones, entre ellas una pizca de miedo, que no dijo nada—. Os protegeré… hasta el día de mi muerte —dijo él—. Con mi vida… cuidaré de la vuestra —y dicho esto, entró en ella suavemente. Encontró cierta resistencia, pero fue

sobrepasada, y Roderick supo que aquello era su virginidad; se la había llevado consigo para siempre.

Ella gimió, sorprendida, tremendamente impactada por el aluvión de sacudidas que sufrió su cuerpo en ese instante. Había dolor, sí, pero bajo él, toda una gama de cálidas y urgentes sensaciones. Él la estaba llenando toda, ni siquiera se imaginó que esa parte de su cuerpo se sentiría así, y por un momento se sintió tan pequeña, y a él tan grande, que pensó que quedaría aplastada bajo él, que estaba atrapada.

Una lágrima rodó por su sien y él la besó, acariciándola suavemente, pero al tiempo, también él estaba sufriendo.

Tampoco imaginó que sería así, tan suave, cálido y apretado. Estaba conteniéndose con toda su fuerza, pero ya estaba en su límite. Y cada vez que caía en cuenta de que estaba en el interior del cuerpo de su esposa, toda esa locura volvía a invadirlo y a sacarlo de quicio, y fue cuando por fin empezó a moverse. Apoyó la frente en la almohada, al lado de la cabeza de ella, tomó sus caderas con una mano mientras con la otra se afincaba en el colchón y volvió a entrar y salir. Gimió, gruñó, y volvió a hacerlo.

Sí, esto era lo que se hacía, así se sentía. Sí. Y era Emma quien estaba bajo él.

Ella puso ambas manos en el pecho masculino, pero no supo si para alejarlo o para acercarlo más, y el sonido de su voz, sus movimientos, su piel sudorosa bajo sus manos, todo, le parecieron una sinfonía de bellas sensaciones que decidió disfrutar.

Cuando se hiciera vieja, o cuando caminara hacia el cadalso, recordaría este hermoso momento.

Volvió a llorar. No sabía por qué. Algo en ella fue escalando poco a poco, el calor, la emoción, un extraño deseo de quedarse así por largo rato. Ya no dolía, escocía un poco, pero podía soportarlo, y pensar en eso le hizo concentrarse en las sensaciones justo allí.

Él entraba y salía, suavemente al principio, y luego, fue acelerando el ritmo. De alguna manera, cada movimiento ayudaba a que su cuerpo fuera calentándose más, y sin pensarlo mucho elevó sus caderas yendo a su

encuentro, apretó suavemente y él gimió quedándose muy quieto, y luego de eso, enloqueció.

Se separó un poco de ella, la miró a los ojos y empujó en su interior sin freno alguno. Lo vio apretar los dientes y perder la cordura. Se movía tan violentamente al interior de ella, que si la cama no fuera de una madera pesada estaría bailando alrededor de la habitación.

Pero fue hermoso.

En un momento, él se quedó tenso dentro de ella, mirándola fijamente a los ojos, y segundos después, luego de morir y volver a vivir, se dejó caer a su lado, totalmente desnudo, cubierto por una pátina de sudor, con su pecho subiendo y bajando, y Emma se quedó allí, incompleta, vacía, deseando con toda su alma que esto hubiese durado más.

También tenía ganas de llorar.

Y otra vez, no tenía ni idea de por qué.

Se giró dándole la espalda, pero el poderoso brazo de él no la dejó alejarse mucho, y por el contrario, la pegó a su pecho.

No dijo nada, no hizo nada más, sólo la retuvo allí, y luego de largo rato en silencio, lo sintió besar su cuello. Emma cerró los ojos. Todavía tenía vívidos sobre su piel cada sensación, y no pudo evitar encogerse un poco ante el toque de sus labios.

—Mi bella dama —dijo él en un susurro—. Mi hermosa Emma—. Eso la calmó un poco. Había tenido un deseo de pegarle a alguien, por lo frustrada que se sentía, pero sus palabras lograron apaciguar esas emociones negativas.

Edith había dicho que disfrutara del lecho de su marido, así que ahora no iba a mostrarse molesta, ni irritable.

—¿Estáis bien? —él frunció el ceño y la movió para mirarle la cara.

—Esa pregunta debería hacerla yo—. Ella sonrió.

—¿Pero lo estáis?

—Oh, mi lady, he tocado el cielo justo ahora, estoy perfecto. Pero vos… —él bajó la mirada, encontrando en la sábana una diminuta gota de sangre, y más entre los muslos de ella.

Rechinando los dientes, salió de la cama y buscó la palangana de agua. Humedeció el paño en ella y acudió de nuevo a la cama. Emma seguía

tímida, pero se dejó atender por él.

—Esto es casi salvaje —refunfuñó él al ver la sangre en el paño—. Todo por lo que tenéis que pasar…

—No dolió, mi lord.

—Esta sangre dice lo contrario—. Ella volvió a sonreír, y extendió la mano tomando el brazo masculino, tan duro y fuerte.

Tragó saliva. Algo extraño había ocurrido en ella, pues ya no era capaz de pensar en ninguna parte de su cuerpo sin empezar a salivar.

Roderick sonrió, dejó el paño a un lado y volvió a acercarse a ella.

—¿Os gustó la fiesta?

—Fue magnífica.

—Mañana habrá fuegos artificiales.

—Oh, ¿de verdad?

—Los lores han insistido. Lord Ross es bastante insistente con eso de que la boda de un conde debe ir por todo lo alto. Lord Portland se molestó porque su majestad no acudió—. Emma se quedó pensando en ello. Tan encumbrados estaban los Albermale que les parecía ofensivo que el rey no asistiera a la boda de su lord.

—¿Habríais preferido que viniera?

—La verdad, no. La presencia del rey habría cambiado el ambiente de la fiesta. Lo más probable es que tengamos que ir a Londres y presentarnos ante él.

—Oh—. Emma esquivó su mirada. Si iba a Londres, tal vez pudiese encontrarse con su padre. Pero eso podía poner en riesgo todo aquí, así que tendría que ser cuidadosa.

—¿Os gusta Londres? —Emma pensó rápido. La verdadera Emma nunca estuvo en Londres, así que tuvo que acogerse a esa historia—. Yo os llevaré. No os habéis perdido de mucho, de todos modos, pero tal vez demos con algún juglar que cuente historias picantes en un festival callejero —ella se echó a reír.

—Aquí también los tenéis, mi lord.

—Oh, cierto —ella volvió a reír, y Roderick la abrazó de nuevo por la espalda, con mucha suavidad—. Os gustará la música de la corte —siguió.

Parecía algo parlanchín ahora—. Son buenos.

—Lo disfrutaré junto a vos.

—Tengo una casa en Londres. Pasaremos un buen momento allí.

—Estoy segura de que sí—. Él siguió hablando acerca de lo que harían una vez estuvieran en la ciudad. Le describió la casa y los empleados que la cuidaban, y así con el sonido de su voz, poco a poco Emma se fue quedando dormida. Su cuerpo había conseguido calmarse, pero entonces, cuando ya caía en el sueño, las manos de él volvieron a despertarla.

—¿Estáis muy cansada? —preguntó él, y casi pareció que pidiera permiso, lo que hizo que Emma sonriera.

Sí estaba cansada; había sido un largo día, y el nerviosismo la había mantenido despierta durante horas en las noches pasadas. Pero si se trataba de volver a sentir un poco de lo de antes, ella no se sentía nada cansada.

Con la mirada, le dio su respuesta, y él volvió a besarla. Esta vez fue algo diferente, pues ahora sí que la estaba tocando con sus manos. Ella estaba de espaldas, y él de medio lado muy cerca, apoyado en un codo.

Acarició de nuevo sus pechos, pero no se quedó allí, sino que bajó suavemente hasta su entrepierna, y eso le hizo abrir mucho los ojos. Él sonrió.

—Parece que no os disgusta.

—Mi lord…

—Llamadme Roderick —pidió él en un murmullo junto a su oreja—. Antes lo hicisteis.

—Roderick… Ah… —gimió cuando él la tocó justo allí, tan suavemente, que su gemido apenas si se escuchó en respuesta.

Roderick se relamió los labios y decidió seguir explorando. Con sus dedos, fue recorriendo todo su sexo, abriendo suavemente los pliegues delicados, encontrando la gruta que antes poseyó. De repente, la encontró húmeda. Momentos antes no había sido así, y la miró al rostro, pero ella tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, claramente, disfrutando de este toque.

Le haría un gran regalo a Alfred, juró.

Con un dedo paseó por la entrada, con otro siguió explorando afuera; usó la humedad de ella como lubricante para resbalar mejor y pronto encontró un

lugar que la hizo casi saltar en la cama. Volvió allí, y Emma gimió de nuevo, además, le tomó la mano con fuerza, pero no lo alejaba, sólo lo apretaba.

—Maravilloso —dijo él, totalmente admirado del cuerpo de la mujer. Así que el creador no sólo les había dado a ellos lugares sensibles al placer, sino también a ellas. Esto era digno de loor.

Ella se humedeció mucho más, su cuerpo se fue agitando y calentando, llamándolo a invadirla de nuevo, pero estaba decidido a seguir con su descubrimiento, quería saber hasta dónde podía llegar, así que introdujo un dedo y remolineó dentro, encontrando que había cierto lugar que la enloquecía, y repitió.

Cuántas cosas estaba aprendiendo hoy, pero iba a morir otra vez, así que, sin poder esperar más, volvió a ponerse sobre ella, entró en su cuerpo y empujó.

Ella estaba tan caliente y mojada que tuvo que apretar los dientes. Emma gimió largamente ante su invasión. Estaba siendo diferente a la primera vez, se dio cuenta. Algo estaba haciendo mejor.

Imitó el movimiento de sus dedos dentro de ella, y Emma esta vez gritó. Lo apretó durísimo y envaró su cuerpo como si estuviera sufriendo mucho, pero no era sufrimiento, era lo mismo que había experimentado él antes, pero estaba siendo más largo, más intenso, como si ella fuera capaz de sentir esto mismo con mucha más claridad que él, con mucha más fuerza.

Repitió cada vez sus movimientos, con la mente puesta en ella, vigilando sus reacciones. Dado que ya estaba más calmado y no sentía la misma urgencia que antes, ahora sí podía ser testigo de lo que le pasaba a ella. Le encantaba cuando empujaba duro, cuando se movía en círculo, y en un momento, elevó sus rodillas, lo rodeó con ellas y apretó con fuerza.

Santo cielo, lo estaba enloqueciendo, pero tenía que resistir, y por fin pudo ver cómo ella se perdía a sí misma, lo apretó tan duro como un puño, lo aruñó un poco, gruñó, gimió, y luego de largo, largo rato, por fin cayó a la cama relajada, con la respiración agitada, cubriéndose los ojos con el antebrazo, como si se sintiera avergonzada.

Pero él no estaba para vergüenzas ahora mismo, pensó Roderick, así que volvió a entrar en ella y volvió a empujar. Ella lo miró sorprendida, pero en el mismo instante sus ojos volvieron a nublarse. Ahora él no se detuvo, no

fue despacio, ni tuvo más paciencia, y lo mejor fue que parecía que ella tampoco.

Enloquecieron al tiempo, se dejaron llevar, fueron violentos, rápidos, calientes y húmedos. Gimieron, dijeron cosas, aprobaron, rogaron, se apretaron y hasta se mordieron un poco.

Qué sublime, qué delicia, qué hermoso. Por largo rato, los dos fueron sólo animales dejándose llevar por sus instintos, permitiendo que fuera el cuerpo y no la mente quien gobernara.

Sí, decía ella. Así, así.

Sí, decía él. Más, más.

Se perdieron en una blancura, un lugar lejano y remoto. Emma lloró de nuevo, él la acunó suavemente, y por fin, pasó la enorme ola.

Cuando ambos volvieron de su propio cielo, se miraron admirados; se prometieron que, en cuanto recuperaran un poco de energía, repetirían.

Oh, porque esto que acababan de vivir, era digno de repetirse todos los días.

Despertaron desnudos, con los miembros entrelazados, tan cansados, tan rendidos, que ninguno escuchó el ruido de afuera, ni fue consciente de la luz que alcanzaba a colarse por el tapiz de la ventana. Él se movió un poco, preguntándose si acaso no la estaba aplastando, pero cuando intentó alejarse, ella lo retuvo, y Roderick sonrió.

Qué mañana más gloriosa, pensó él.

Habían pasado casi toda la noche haciendo lo mismo. Se detenían, hablaban un poco, se contaban cosas, y volvían a hacerlo. Ambos estaban aún tan impactados por todo lo que sus cuerpos eran capaces de hacer y sentir, que dormir fue considerado una pérdida de tiempo. Y cada vez había sido mejor que la anterior. Ella fue menos tímida, él más audaz. Encontró otras posiciones en que se sentía igual o mejor, pero al fin habían caído agotados y el nuevo día los había alcanzado; tenían obligaciones que cumplir.

Ah, le urgía que todos se fueran de su casa, para poder quedarse un poco más en la cama con su mujer, pensó Roderick refunfuñando un poco.

Se sentó en el borde de la cama mirando al vacío, como si se preguntara quién era y por qué estaba allí, y Emma no pudo evitar reírse un poco. Ya sabía que podía reírse a costillas de él sin que se molestara; por el contrario, disfrutaba un poco de sus pullas, y eso le encantaba.

—Mi lord, parece que habéis dejado vuestros sesos en algún lado.

—Dentro de vos —dijo él, y ella abrió sus ojos sorprendida por la respuesta.

—Os aseguro que aquí no están —dijo ella, y él se echó a reír, volvió a acostarse a su lado y la abrazó con ninguna intención de salir de allí—. Mi lord, nos esperan afuera —él suspiró.

—Si mis padres estuviesen vivos, —dijo— ellos atenderían a los invitados, y yo no sería el conde, por lo tanto, podría hacer de la vista gorda ante las obligaciones… —ella se quedó en silencio. Por primera vez él le hablaba así de sus padres, y le acarició la espalda, como consolándolo, pues en su voz todavía había dolor por ellos.

—O, tal vez, estarían afuera de la puerta incordiándoos para que salgáis —él abrió sus ojos, e hizo una mueca como si eso fuera totalmente posible, y ella volvió a sonreír—. De todos modos —siguió ella—, ambos estarían orgullosos de veros. Alardearían de su hijo cantando alabanzas—. Él volvió a sonreír, pero no dijo nada, y luego de un lastimero suspiro, salió de la cama.

Ella hubiese querido hablar más de sus padres, hacer que le contara más, pero no era el momento, él era, después de todo, el conde, y ella, la anfitriona de esta fiesta, que seguiría por dos días más.

8

Las miradas curiosas no se hicieron esperar en cuanto Roderick salió de la habitación. Las damas de Emma entraron inmediatamente, encontrándola debidamente despeinada y con el adecuado brillo en los ojos. Dado que la fiesta continuaba, hoy con unas justas, la lavaron y vistieron, y en poco tiempo estuvo lista otra vez.

Todos los caballeros habían querido competir esta vez, pero eran tantos, que hubo que hacer una selección; los invitados tenían prioridad, los de la casa tuvieron que ceder, aunque algunos refunfuñaron.

Lord Dunster, que tanto amaba las justas, estuvo atento a medias; su mirada se desviaba continuamente a la flamante pareja de condes, y en ocasiones parecía disgustado, y en otras, simplemente pensativo.

—¿No competiréis, mi lord? —le preguntó a Roderick, y éste lo miró algo extrañado. Era poco común que el novio participase de una justa, sobre todo si ésta se celebraba por su boda. Esto debía saberlo lord Dunster, y aun así, preguntaba.

—Mi lord debe conservar su integridad —contestó lord Essex, tío materno de Roderick, en su lugar. Dado que era ya un hombre mayor, no participaría —. No podemos pretender interrumpir las mieles de su reciente boda por nada del mundo—. Roderick no dijo nada, y permaneció serio mirando hacia el espectáculo en la arena. Notó que Emma estaba algo nerviosa a su lado y le tomó la mano apretándola suavemente.

Pasó el día y Emma participó en la entrega de algunos premios y reconocimientos. A pesar de lo entretenido del evento, había estado bostezando por la falta de sueño, y en cuanto pudo, volvió al castillo pidiendo a sus damas que la excusaran por una hora ante los nobles. Necesitaba dormir un poco.

No mucho después, cuando ya estaba acostada, y con los tapices cubriendo las ventanas, entró Roderick; la encontró profundamente dormida, y sonrió. Era por su culpa, por supuesto, y era bueno que descansara un poco, porque esta noche le esperaba una faena igual.

Se acercó a ella en la cama, teniendo cuidado de no despertarla, y escuchó por un momento el sonido de su acompasada respiración.

Era conde desde los once años, por lo que estaba acostumbrado a llevar muchas obligaciones y cargas sobre sus hombros durante casi toda su vida. Tuvo poco tiempo para llorar a sus padres y hermanos porque muy pronto tuvo que hacerse cargo de todo y todos en Albermale. Sí, contaba con sir Homer, Edith y muchos otros para ayudarlo en esta tarea, pero en últimas la responsabilidad de todo lo que ocurriera era suya… y nunca se había sentido como ahora, tan posesivo con una mujer. Era como si de repente Emma se hubiese convertido en su bien más preciado, en su escondite, en todo.

Se sacó las botas acostándose a su lado, pretendiendo sólo disfrutar de este momento de silencio y quietud.

Desde que la conoció, ella había demostrado carácter y determinación, aspectos que nunca imaginó le gustarían tanto en una mujer, pero que ahora entendían que eran muy necesarios para una condesa. Había estado muy equivocado al creer que era tonta y holgazana, pues nadie era más hacendoso que Emma.

Las criadas la amaban, los caballeros se habían mostrado muy dispuestos a servirla, todos la habían aceptado de manera natural…

Un pensamiento inquietante visitó su mente, pero fue cayendo dormido y no supo darle forma. Era como un algo que no encajara con el resto, algo fuera de lugar, pero su mente simplemente se desentendió de todo y cayó en el dulce sueño junto a su esposa.

—¿Pusisteis en práctica mi consejo? —le preguntó Alfred a Roderick ya en la noche, durante el banquete. Roderick lo miró ceñudo, muy serio, pero Alfred se echó a reír—. Yo creo que sí. Ella no os mira con odio.

—Callaos.

—¿Vais a decirme que no os gustó? Porque tengo otros, mi lord—. Él lo miró sorprendido, pero no se alejó cuando Alfred hizo pantalla con su mano para susurrarle algo al oído.

Cuando se alejó, los ojos de Roderick parecían querer salir de sus órbitas, y Alfred rio a carcajadas.

—Estáis…

—No, mi lord. Pero depende de voz probarlo. Pero yo creo que sí lo haréis… Y mejor me voy de aquí —rio cuando vio la expresión del conde.

Roderick permaneció en silencio largo rato, asimilando las palabras de Alfred.

Lo que le dijera antes había sido simplemente maravilloso, esto nuevo debía ser…

—¡Fuegos artificiales! —exclamó alguien, y Roderick miró alrededor. Buscó a Emma para estar a su lado y disfrutaron juntos del espectáculo. Ella señalaba maravillada por las diferentes luces y formas, tan brillantes, y aplaudió con cada estallido.

Roderick le rodeó los hombros disfrutando de sus exclamaciones, pero también, pensando en el nuevo consejo de Alfred.

Le era inevitable otra vez imaginar muchas cosas, y ella estaba tan cerca que pronto su deseo se hizo evidente, así que tuvo que obligarse a calmar su mente, y ocultarse un poco tras las faldas de ella.

Por supuesto que puso en práctica el nuevo consejo, y durante toda la noche, o gran parte de ella, juguetearon en la cama haciéndose feliz el uno al otro. Sin embargo, esta vez cayeron dormidos antes, y durmieron más durante la mañana. Era el último día de la fiesta.

Por fin, los invitados empezaron a volver a sus casas, todos, uno a uno, se fueron retirando, llevándose su séquito hasta que otra vez Albermale estuvo en completa calma. Habían sido días de fiesta sin parar, banquetes y actividades que mantuvieron a todos ocupados, y yendo de un lado a otro.

Cuando se hubo ido el último invitado, tanto criadas como damas suspiraron de alivio, y se alegraron de volver a la normalidad.

—No me extrañará que pronto nos deis buenas noticias, mi lady —dijo Sibyl mirando a Emma significativamente—. Con un bebé en camino, todo para vos será más sencillo—. Emma la miró en silencio. Estas noches había olvidado completamente que ella era una impostora, una falsa dama, que estaba engañando a todos aquí, y endureció su expresión.

—Guardad silencio, lady Sibyl —dijo con voz pétrea—. Cualquiera que os oiga, malinterpretará vuestras palabras.

—Lady Emma —dijo una voz tras ellas, y era lord Dunster, que se acercó con paso acelerado. Estaban en un pequeño salón de té destinado a las damas, por lo que era extraño verlo aquí—. Yo también me retiro a casa.

—Mi señor —saludó Emma haciendo una inclinación.

—Pero quiero hablar con vos… en privado—. Emma miró de reojo a sus damas, dándoles en silencio la orden de quedarse aquí, y salió acompañada de lord Dunster.

Caminaron hasta el patio de armas, y Emma supuso que el lord necesitaba privacidad; ningún lugar dentro del castillo estaba libre de oídos que todo lo informaban al lord.

—Sólo quiero deciros que reitero mi promesa de mentir por vos.

—Gracias, mi lord.

—Pero también quiero recordaros vuestras obligaciones para conmigo, lady. Dunster, ciertamente, necesita del apoyo de Albermale, y he podido comprobar que aquí os sobra el oro. Esperaré con regularidad de los regalos de mi amante hija—. Emma se detuvo mirándolo sorprendida.

—¿Me estáis chantajeando, mi lord?

—¿Cómo osaría hacer algo así?

—Pero ya dejasteis claro que si yo era descubierta, vos podríais escapar del castigo gracias a vuestro título, y yo no—. Dunster la miró fijamente, y en su mirada había una mezcla de desprecio y burla que hizo que Emma empezara a sentirse nerviosa.

—¿Sabéis? La deuda que vuestro padre tenía conmigo la pagasteis con vuestro trabajo, pero inicialmente yo os pedí como mi esposa—. Emma abrió grade la boca y hasta dio un paso atrás, asqueada y sorprendida. Dunster notó todas esas emociones, y enfureció, pero intentó disimularlo muy bien—. Si él no hubiese insistido en que en su lugar fuerais una criada, hoy seríais mi esposa, no la de ese Roderick.

—Lord Roderick.

—Sois condesa gracias a mi silencio —dijo entre dientes—. No olvidéis eso. Si acaso él, cuando os descubra, no os mata, y no tenéis a dónde ir, podréis venir a mí. Ya no sois virgen, por lo que no podréis pretender el título de baronesa, pero en mi cama obtendréis una vida más sosegada—. Emma sintió la bilis subirle a la garganta, y miró a Dunster con tanto odio, que este se echó a reír.

Y en ese momento, llegó Roderick a ellos.

Emma intentó por todos los medios apaciguar su mente, calmar sus emociones, y tal vez lo consiguió, porque Roderick incluso sonrió.

—Entonces os vais —dijo él mirando al cielo. Lo ideal era emprender un viaje con las primeras luces de la mañana, pero ya el sol estaba avanzado.

—Ya estamos listos, mi lord. Sólo me despedía de mi amada hija.

—Ya veo. ¿Puedo tener unas últimas palabras con vos, lord Dunster?

—Claro, claro —contestó él con entusiasmo. Tal vez entre su ropa el conde tenía una bolsa de oro para él.

Roderick avanzó hacia los caballeros que ya esperaban al barón, y antes de llegar a ellos, murmuró:

—¿Sabéis?, los Albermale somos conocidos como lobos.

—Oh, sí. Está en vuestro estandarte.

—Es porque si bien entendemos bien el concepto de manada, y familia, también a veces podemos ser crueles.

—¿Mi… lord?

—No os engañéis, lord Dunster. Podréis ser el padre de Emma, pero si la volvéis a asustar, como vi que hacíais hace un momento, olvidaré el bien que me hicisteis al traerla a este mundo y os destruiré —William Dunster lo miró desde abajo con ojos grandes de sorpresa, y ésta poco a poco fue siendo remplazada por el miedo. Roderick sonreía, pero era una sonrisa que enseñaba los dientes de manera muy específica—. Podéis tocar cualquier cosa, barón, incluso mi oro y mi castillo, pero no a ella. Espero no tengáis que comprobar que soy capaz de prenderle fuego al mundo con tal de ponerla a salvo, así sea de vos. Si volvéis a verla, tratadla como mi preciada condesa, ya que no como vuestra preciada hija—. Y dicho esto, el conde de Albermale dio la media vuelta alejándose, dejando al barón de Dunster anonadado, y a punto de mearse en sus pantalones.

Miró de nuevo a Emma, que esperaba a su marido en el mismo lugar donde la había dejado antes, y la maldijo.

De todos modos, se recordó, el conde no sabe nada.

Mierda. Presentía que, aunque le dijera que esa no era Emma, su hija, él lo pasaría por alto y seguiría defendiéndola, lo que le quitaría a él todo poder sobre ella.

Los días pasaron con tranquilidad en el castillo. Las noches eran muy bien ocupadas por la pareja de recién casados, que cada vez se compenetraba mejor no sólo en la actividades del dormitorio, sino también fuera de ella.

Poco a poco, Roderick empezó a confiar más y más en sus decisiones, y a legarle más responsabilidades. Repartir las tareas del condado en manos inteligentes era una gran ayuda, un gran descanso, y un gran orgullo.

Había elegido bien a su esposa, después de todo.

Y un día se lo dijo a sir Homer, que fue quien le aconsejó unirse a la casa de Dunster mediante sagrado matrimonio. Había sido él quien le hablara de la lady, de su belleza y gracia.

—Oh, mi lord… —sonrió sir Homer—. Sabéis que… desde el fallecimiento de vuestros padres, todo lo que he deseado es la prosperidad de Albermale, y vuestra felicidad —dijo a Roderick, que sentado ante su mesa aprobaba las cuentas que le enseñaba.

—También yo deseo vuestra felicidad… y vuestro descanso.

—¿Mi lord?

—Os hacéis viejo, sir Homer. Si acaso mi esposa os ofrece su ayuda, no la menospreciéis; ella es tan lista como vos y aprenderá rápido lo que sea necesario.

—¿Me estáis despidiendo, mi lord?

—En ningún momento —Roderick miró a Alfred, que permanecía cerca de la puerta, y le dio la orden de llamar a lady Emma. Homer cambió de expresión al instante, y Roderick siguió —lleváis las cuentas del castillo desde hace mucho tiempo.

—Doce años —dijo—. Vos mismo me disteis ese cargo.

—Es increíble lo acertado que estuve aunque sólo tenía once.

—Gracias.

—Todavía no olvido que fuisteis vos quien me salvó aquella fatídica noche —. Roderick caminó hasta un sillón en la sala y se sentó allí, mirando lejos, como si recordara el pasado.

Días posteriores a la muerte de sus padres y su hermana pequeña, un intruso se había colado en la habitación de un enfermo y triste Roderick con una espada para matarlo. Fue Homer quien lo defendió. Había sentido algo

extraño y corrió a la habitación del joven conde, logrando llegar justo a tiempo para salvar su vida.

Roderick le debía la vida, pero a cambio, Homer sólo había pedido trabajar para él.

Demostrando que era bueno con los números y las cuentas, aprendió el sistema administrativo de Albermale, y desde entonces él llevaba a cabo esta tarea.

Sin embargo, ya le habían dicho que los ojos de sir Homer no eran los mismos de antes, y que en una ocasión incluso tomó el libro equivocado y lo rayó por accidente.

—Sabéis que, si deseáis retiraros, yo os brindaré todas las comodidades.

—No es necesario, mi lord…

—Pero os lo recuerdo, para que lo tengáis en cuenta.

—¿Mi lord? —saludó Emma entrando a la estancia, y sir Homer notó de inmediato el cambio en lord Roderick ante la presencia de la dama. Todo él se suavizó, incluso sus ojos sonrieron. Nunca el conde había sonreído tanto como estos últimos días; dormía más horas, se tomaba más tiempo para dar paseos junto a su esposa, y en general, parecía más relajado y tranquilo. Todas las sombras del pasado parecían esfumarse ante la promesa de un futuro brillante… todo gracias a Emma.

—Mi lady —saludó él tomando una de sus manos con delicadeza—. Perdonad que os pida una audiencia y os saque de vuestras tareas tan abruptamente.

¿El conde se estaba disculpando por algo así?, se escandalizó Homer.

Emma sonrió.

—No habéis interrumpido nada importante, lord.

—Eso me alegra. Os he llamado para informaros que desde hoy podréis trabajar en conjunto con sir Homer en la administración del castillo—. Emma lo miró sorprendida, y con la misma expresión se dirigió a sir Homer, que parecía patidifuso.

—Oh… Qué bien.

—No parecéis contenta.

—Sí lo estoy. Sólo no quiero incomodar al sir. Lleva mucho tiempo por su cuenta en esta labor.

—Pero vos no seréis un estorbo, todo lo contrario. ¿Y quién mejor que la condesa, dueña y señora del castillo, para que se ocupe de esto? —Emma estaba impactada por las palabras de Roderick. Si bien era cierto que la administración era tarea preferentemente de la condesa, también era cierto que la ayuda de un administrador o mayordomo era indispensable en un feudo tan grande.

Sin embargo, aquello no era una sugerencia del conde, ni mucho menos. Era una orden y hasta ella debía cumplirla.

Se preguntó por qué había tomado esta medida, tal vez notó o fue informado de que hasta el momento ella no se había acercado mucho a estas estancias, y pensó, acertadamente, que había encontrado resistencia aquí. Pero Emma no había desistido, sólo estaba esperando el momento adecuado para arremeter con más fuerza y hacerse con el control, tal como le correspondía por ser la condesa.

—Sir Homer —dijo Emma dirigiéndose al caballero—. Trabajemos juntos desde ahora, aprenderé rápido todo lo que podáis enseñarme—. Sir Homer guardó silencio por un momento, pero pareció salir de un letargo, sacudió levemente su cabeza y asintió.

—Lady Albermale, estoy a vuestro servicio.

—Me agrada que os llevéis bien. Esperaré ansioso vuestras historias aquí —le susurró Roderick al oído de Emma, y esta se sonrojó, pues intuía en qué momento específico él esperaba esas historias.

—Será un placer, mi lord —dijo también en voz baja, y Roderick soltó una leve risita, que si bien era exclusiva para su esposa, los demás presentes no pudieron evitar notar.

Roderick se retiró de la estancia junto a su caballero, dejando a Emma y a Maud a solas con el caballero. Esto era algo violento, pensó Emma, así que decidió darle un poco de espacio.

—Entonces, a partir de mañana, vendré aquí a enterarme del funcionamiento de todo —dijo. Si bien era cierto que ella podía tomar el control desde aquel mismo instante, era mejor darle tiempo para que el caballero lo asimilara y se preparara.

Sir Homer asintió.

—De acuerdo, mi lady. Estoy ansioso por empezar.

—Yo también —sonrió ella, y luego de un saludo, se alejó de allí. Maud guardó silencio, pero tenía muchas opiniones que expresar.

En el salón de la administración, sir Homer miró alrededor, con su espacio completamente vacío, tratando de contenerse.

Llevaba más de quince años aquí, llevaba administrando las cuentas del castillo todo ese tiempo, y una niña de diecisiete años se lo iba a arrebatar todo.

Pero era su culpa, pensó apretando los labios. Prácticamente, él mismo la había traído aquí. Había creído que lady Emma Fitzalan de Dunster era una tonta y holgazana. Por eso la había elegido. Ensalzó su belleza y logró convencer al conde de considerarla como esposa; si él tenía una esposa tonta, su lugar en este castillo jamás se vería amenazado, pero había resultado ser todo lo contrario; esa perra era lista, y astuta. Había conseguido engatusar al conde con sus artes en el dormitorio, y ese idiota había caído presa de su encanto.

¿Cómo pudo equivocarse tanto? ¿Cómo sus fuentes le habían entregado información tan errada?

Ellos le habían jurado que no se habían equivocado; lady Emma, de hecho, era una conocida coqueta, que prefería el favor de los caballeros, y los usaba a veces a su conveniencia, pero eso no se parecía en nada a esta mujer que se expresaba con propiedad, y en general se portaba como una condesa digna. No había encontrado nada en su contra para usarlo; ningún mal comportamiento que pudiera hacerle perder su estima delante del conde. Incluso lord Dunster había sido puesto en su lugar por él en favor de Emma, lo tenía totalmente atrapado.

Si le entregaba el control de los libros, y del castillo, él habría perdido todo su tiempo aquí.

Si además se embarazaba, y empezaba a parir hijos, futuros condes y descendientes directos de la dinastía Albermale, toda su misión habría fracasado.

Y no podía fracasar.

Sin embargo, no podía decir que ahora estuviera más cerca de completar la misión que hace doce años. Sí, borrar la existencia de Albermale era prioridad, pero también lo era encontrar el secreto mejor guardado de esta

familia, la razón de toda su prosperidad, la fuente de los extraños conocimientos que le habían hecho ganar tanta gloria y renombre.

Albermale era rara, diferente, especial.

Había cierto grupo de nobles, que en el pasado fueron los aliados de Beaumont, Pembroke y Warham, que clamaban venganza. Estaban seguros de que tenían una especie de magia, poder o conocimiento que los había librado de todos los peligros en el pasado.

Eran ricos, tenían cierta ciencia que era efectiva. Si bien él había compartido esos conocimientos en medicina y hasta la fabricación del papel, Albermale prosperaba más y mejor que cualquier otro feudo en el reino. Sabían qué guerras luchar, a quién apoyar en la corte, qué amigos hacer. Sabían de pestes y plagas, hambrunas y malas cosechas; sabían demasiadas cosas y siempre salían airosos de las dificultades.

Esos lores querían ese conocimiento, y luego sí, destruir Albermale. Pero llevaba años, muchos años aquí, y no había encontrado la fuente, ni ninguna actividad extraña. Fatima sabía de medicina, pero sólo de eso; en el pasado, le pareció que lord Simon tenía cierto conocimiento especial, pero pereció en aquella emboscada que él mismo orquestó. Lord Darius murió antes, por envenenamiento, y cuando creyó que lord Roderick moriría por la misma causa, recibió la orden de permitirle vivir, y descubrir qué de especial tenía esta gente. Pero Roderick era sólo un niño en ese entonces y no sabía nada, y sus padres, si sabían algo, murieron antes de lograr instruirle.

Por eso había decidido ocuparse de la administración de Albermale. Estaba entrenado como soldado, como caballero; era un asesino muy capaz, pero había elegido las cuentas para, no sólo mantenerse a salvo y llevar una vida cómoda al interior del castillo, sino para estar también más cerca de los libros, más cerca de estas paredes que encerraban misterios, cuyos pasadizos secretos él no había logrado explorar del todo.

En algún lugar debía estar esa fuente de conocimientos. Tal vez era un simple libro, pergaminos sagrados, que contenían magia, o tal vez era alguna piedra, puerta espiritual, hueso de un santo, quién sabe, pero fuera lo que fuera, él debía encontrarlo.

Y ahora esta perra advenediza lo quitaba de su lugar privilegiado, y lo alejaba de su propósito.

Un caballero entró al salón y lo miró en silencio. Si bien era muy reconocido en el castillo, considerado amigo de Roderick, era uno de los suyos.

—Hay que matar a esa perra —dijo Homer en voz baja—. Hay que sacarla de Albermale y matarla—. El caballero asintió. Recibida la orden, salió de la estancia.

Homer respiró hondo varias veces, y volvió a mirar las paredes de piedra, como si les rogara que por favor parieran su más profundo secreto, pero como siempre, éstas permanecieron en su lugar.

9

—¿Qué es esto? —preguntó Emma sentada sobre Shy y mirando el camino junto al lago. Habían salido de paseo esa mañana, pues él la había convidado desde la noche anterior. En la orilla, había hombres trabajando, al parecer, plantando árboles jóvenes.

Roderick la miró desde su propia montura, muy serio, y se encogió de hombros.

—Robles —fue su corta respuesta. Emma lo miró sorprendida.

—¿Robles?

—Dijisteis que se vería bonito un camino lleno de robles florecidos. He mandado traer robles desde toda Inglaterra para… —la exclamación de Emma lo interrumpió. Ella se cubrió la boca y miró extasiada el paisaje, imaginando, otra vez, cómo se vería cuando floreciera. Roderick aprobó sus reacciones sonriendo de medio lado—. Tardarán un par de décadas en florecer… tal vez más…

—No me importa —dijo con ojos brillantes—. Esperaré para verlos—. Él asintió. Emma movió su montura hasta estar más cerca de la de él. Afortunadamente, Mack se había acostumbrado a la presencia de Shy, y no se movió. Ella le tomó la mano y se la apretó con una mirada significativa —. Gracias.

—No tenéis que agradecer, mi lady.

—Pero me habéis complacido en algo que ni siquiera os pedí.

—Sois la lady… cualquier cosa que deseéis, la obtendréis—. Ella se echó a reír.

—Podría aprovecharme de esas palabras.

—Sí, podríais —dijo él con la misma actitud seria—. Hacedlo —ella lo miró seria por un momento, pero poco después se echó a reír echando su cabeza un poco hacia atrás, y los ojos de él se quedaron sobre la femenina garganta, y empezó a salivar.

Era impresionante como cada gesto de ella le encantaba, y le hacía desearla. A veces ella simplemente tiraba de una manga acomodándosela, o echaba un mechón de cabello lejos de su frente, y él ya estaba deseando que fuera

la noche para desnudarla y besar cada parte de su cuerpo. Justo ahora, volvió a mirar el lago, ya que no era seguro seguir mirándola a ella.

Tal vez se estaba convirtiendo en un tonto.

Ya le habían advertido que complacía demasiado a la condesa. El soldado que osó hacer esa observación se ganó un severo castigo, pero sus palabras habían dejado la huella de la duda.

Pero es que hacía tiempo no tenía a nadie a quien amar. No tenía en quién volcar todas sus atenciones. No tenía sentido tener tanto poder, acumular oro y riquezas, si no había alguien que lo disfrutase, alguien a quien hacer feliz. Mimarla le daba un propósito, volver a casa luego de un día de entrenamiento, o de exploración, o de caza, y verla; saber que ella lo esperaba, le daba sentido a todo.

Respiró hondo y silenciosamente mientras la seguía. Emma se había adelantado con Shy para contar cada uno de los robles. Estaba distanciados uno de otro previendo lo mucho que crecerían con el paso de las décadas.

—¿De qué color serán sus flores?

—Amarillas —contestó él, y Emma se sonrojó. ¿Había sabido él que ese era su color favorito? No se atrevió a preguntar, tal vez sería demasiado presuntuoso.

—El camino dorado —dijo ella en voz baja, y se giró en su montura para mirarlo—. Quiero que este paseo se llame así: el camino dorado.

—Así será.

—Oh, será tan hermoso… Mi lord, gracias —él siguió con su expresión grave, pero ya ella sabía identificar cuándo estaba complacido, así que sólo soltó una risita y siguió adelante. Los campesinos que trabajaban en la plantación les agitaron la mano y los saludaron, y ella, feliz y sonriente, les contestaba.

—Decidle ya, mi lady —le aconsejó Maud a Emma, que, desnuda en la bañera, miraba al vacío—. Es evidente que ya os ama.

—Pero no me lo ha dicho.

—Tal vez no son palabras fáciles de salir de boca de un caballero, menos de un conde.

—Necesito estar segura de que… no me matará.

—Ha plantado casi un centenar de robles para vuestra complacencia, ha mandado traer telas carísimas para vestiros. Os cubre de oro, os da lo mejor. Si se os antoja comer conejo o faisán, él lo trae de donde sea para vos. ¿Y necesitáis que lo ponga en palabras? —el estómago de Emma se encogió. Todo aquello era cierto. Nunca había sido tan mimada como en este tiempo con el conde.

—Aun así, debo esperar —dijo ella—. No es sólo por mí; no puedo dar un paso en falso… o todos nosotros moriremos.

—Mi lady…

—Escuchadme, lady Maud… En el momento en que me sienta total y absolutamente segura de que mi cabeza no será separada de mi cuerpo por revelar la verdad… se lo diré. —Maud la miró sin decir nada por unos segundos, luego de lo cual, se resignó, y le tendió un paño para que se secase. En ese momento hubo ruido afuera, señal de que el conde había llegado.

—Llegó pronto —observó Maud, pero en el rostro de Emma había una sonrisa y un suave sonrojo muy diciente. En el momento, entró Roderick, que miró de Maud a Emma, y allí se quedaron sus ojos—. Secaré a lady Emma y…

—Yo lo haré, lady Maud, gracias —Maud miró a la pareja, que, aunque había un par de metros en medio, parecían estar pegados y a solas en el cuarto de baño. Maud se guardó su sonrisa y salió discretamente.

Emma miró a su marido y volvió a recostarse en la bañera, mirándolo luego de hacer una sutil caída de ojos. Roderick no dijo nada, no hizo nada, sólo la miró.

—Interrumpís mi baño, conde —dijo ella elevando una ceja—. Si no vais a… —ella se interrumpió, pues él empezó a desabrochar su ropa lentamente. Tragó saliva. ¿Qué iba a hacer? —Si no vais a ayudarme… —intentó seguir, pero los movimientos de él la distraían.

Roderick era tan hermoso, lo había tenido desnudo entre sus piernas incontables veces en esta semana que llevaban casados, pero hasta ahora, no había podido observar a la luz plena todo su cuerpo. Ella todavía era demasiado tímida como para girarse a mirarlo cuando él salía desnudo de la

cama, o cuando deambulaba por la recámara buscando su ropa de vuelta. Pero ahora no tenía cómo evitar mirarlo, y ciertamente, no quería.

La luz de las velas iluminó cada plano de su cuerpo a medida que éste iba quedando al descubierto; sus poderosos brazos, su amplio pecho, el abdomen tan bien formado. Roderick era lampiño y tenía pecas en los hombros, provocadas tal vez por el sol de verano… si se borraban durante el invierno, lo lamentaría, pensó tragando saliva.

Él dio unos pasos hacia ella, y Emma miró con ojos grandes cómo él empezaba a sacarse las botas, y luego, las calzas.

Cuando ya sólo le quedaban los cortos calzones blancos, y él tiró del cordón que los ataba a su cintura, Emma sintió que se le secaba la boca.

Fue entonces que vio su sonrisa. Era hermosa, brillante, tan llena de picardía. Ah, Roderick no era alguien que iba por allí derrochando encanto; por lo general era muy serio, pero con ella, y a solas, era todo un pícaro, y ella adoraba eso.

—Parece que tenéis mucha curiosidad, condesa —bromeó él, y Emma frunció el ceño. Resultaba que él sólo estaba jugando con ella.

—Claro que no —contestó Emma mirando a otro lado, pretendiendo estar tallando su piel bajo el agua de la bañera, pero entonces él tiró del cordón y se bajó los calzones. Roderick estuvo desnudo en toda su gloria, y sin el menor atisbo de timidez, se acercó a ella en la bañera. Ella lo miraba, y lo miraba, y lo miraba…

Era hermoso. Absolutamente hermoso. Quien dijera que los hombres desnudos no tenían nada atractivo definitivamente debía ver a Roderick de Albermale… No, que no lo vieran, se corrigió. Esa visión era sólo suya.

Y esa parte, que tanto placer le había traído antes, la dejó con los ojos secuestrados por largo rato. Él se acercó hasta el borde de la bañera y con un dedo elevó su mentón atrayendo su mirada a la cara de él.

—¿Me haríais un lugar en la bañera? —como respuesta, ella encogió las piernas haciéndole un lugar, y él elevó una pierna, y luego otra, y al instante estuvo con ella en el agua, que elevó mucho su nivel con él dentro. Pero él no hizo nada, como siempre; no la buscó, no la besó ni se puso encima de ella tratando de entrar en su cuerpo. Si así hubiese sido, ella lo habría recibido encantada, pero Roderick sólo se recostó en la bañera y suspiró complacido por la tibieza del agua.

¿No iba a hacer nada?, se preguntó ella.

Él cabello de él pronto se humedeció por el vapor del agua, y tomando la pastilla de jabón empezó a frotarse los brazos y el pecho. Cada movimiento de él estaba provocando en ella esas sensaciones que tanto le gustaban; su interior estaba humedecido, su piel empezaba a arder, pero él sólo se estaba bañando.

—¿Podríais ayudarme, lady Emma? No llego a mi espalda —dijo él girándose, y pasándole el trapo para que le tallara la piel.

Emma lo hizo, y empezó a tallar su cuello, sus hombros, la espalda…

—Bajad más —pidió él, y ella lo hizo. Llegó hasta sus nalgas, y sus mejillas estaban terriblemente sonrojadas. Él le tomó las manos y las llevó a la parte delantera, haciendo que lo abrazara—. Tallad también delante —pidió, y ella lo hizo, pasando el trapo tímidamente por el abdomen, duro al tacto, y al bajar más, su mano tropezó con algo, y la hizo soltar un chillido. Él se giró para mirarla con una ceja alzada.

—¿Qué os ha asustado?

—No me he asustado.

—Oh, ¿es así? Creo que mentís descaradamente, mi lady.

—No me he asustado —porfió ella, alejándose de él, pero Roderick no lo permitió, y girándose, le tomó la cintura y la subió a su regazo. Los senos de ella quedaron al descubierto, y el agua chapoteó fuera por el movimiento. Emma se agarró de sus hombros para no resbalar, y lo sintió en sus muslos, eso que había tocado antes, su miembro duro y suave.

Roderick tomó la mano de ella y la llevó allí, a lo que Emma no pudo evitar soltar un leve chillido. Dios, de verdad, él llevaba una semana besándola por todos los rincones de su cuerpo, adorándola y llevándola al éxtasis cada noche. De esas siete noches, sólo habían dormido una, porque cuando él llegó a la cama la encontró dormida, y a la mañana siguiente ella se levantó primero que él, pero todas las demás no pararon, y aun así, ella estaba apenas explorando su cuerpo, o siendo llevada a hacerlo, pero una vez lo rodeó con sus dedos, ya no quiso correr, sino que lo apresó fuerte y delicadamente, y lo escuchó sisear, los azules ojos se cerraron en una expresión que mezclaba ansiedad y placer.

Jamás habría imaginado que ella sería capaz de hacer algo así. Nunca, nunca, pasó por su mente todo esto.

Elevó sus caderas y lo puso en su entrada, pero por una razón, lo dejó solo allí, rozándola, sin entrar. Roderick se mordió los labios y sonrió.

—Sabéis cómo torturar a un hombre, mi lady.

—Vos me habéis enseñado—. Él bajó la cabeza, y apoyó la frente entre sus senos, disfrutando enormemente de este contacto, este hermoso momento.

Pero las manos de él dejaron de estar quietas, y rodearon sus nalgas amasándolas y apretándolas suavemente. Se metió a la boca los pezones y chupó y lamió con delicia, y ella siguió frotándose con él, disfrutando, encendiendo su deseo, y el de él, cada vez más.

Por fin, él la tomó por los hombros y la alejó. Se puso en pie apoyándose de los bordes de la bañera y Emma tuvo una espectacular vista de su miembro grande y duro ante sus ojos. Estaba muy diferente a como lo había visto antes, y olvidando toda su timidez, se puso en pie también y mostró su propia desnudez. Él la miró de arriba abajo; la estrecha cintura, las caderas curveadas, sus pechos brillantes por el agua. Se apresuró a ir por ella y sacarla de la bañera, tomó el paño y empezó a secarla, y a secarse a sí mismo.

Rápido, con prisa, con urgencia, la alzó a su cintura, y sorprendida, ella lo rodeó con sus tobillos, enlazándolos en su espalda, y así como estaban, desnudos y húmedos, él salió del cuarto de baño directo a su habitación y a su cama, y una vez allí, la dejó sobre ella.

Ansiosa, Emma abrió sus muslos, esperando que él hiciera lo suyo, que entrara en ella, y empezara la locura, pero Roderick no hizo eso, sólo se quedó mirándola y empezó a besarla, desde la frente, los párpados, la punta de la nariz y las mejillas.

—Oh, Emma —dijo él en un susurro, y esta lo miró expectante—. Sois tan hermosa —siguió él, y Emma tragó saliva. Había esperado otras palabras, otra declaración.

La boca de él bajó ahora a su pecho, lamiéndolos, chupándolos.

—Sois todo para mí —dijo Roderick, y siguió bajando; ahora besaba su ombligo, como aquella primera noche, pero esta vez, ese no fue el límite. Él siguió bajando, y ella, alarmada, se apoyó en sus codos para mirar lo que iba a hacer, y, efectivamente, él bajó hasta allí. Con sus dedos, abrió los pliegues de su sexo, los acarició suavemente, tomó de su humedad y se untó los dedos con ella.

—Sois todo para mí —repitió él, y luego, esa misma boca, estaba besándola en su parte más íntima.

Emma soltó un chillido de sorpresa, que rápidamente se convirtió en placer. Dejó caer la cabeza en el colchón y elevó las caderas para apretarse contra la boca que la lamía y la chupaba. Oh, sentía algo de vergüenza, sí, pero a la vez, esto era algo muy propio de su marido, algo que, después de todo, no la sorprendía tanto. Metió los dedos en sus cabellos, todavía húmedos, y tiró un poco de ellos, apretó los dientes y disfrutó de cada lengüetazo, de cada chupetón, y cuando la lengua de él la penetró, buscando sus más oscuros rincones, Emma simplemente enloqueció.

No supo cuánto tiempo pasó. Pudo ser de inmediato, pudo ser mucho después, pero ella llegó a su éxtasis gruñendo y casi rugiendo. Por eso, cuando él se puso sobre ella y se deslizó en su interior, no le fue difícil volver a llegar.

Lo apretó fuertemente en su interior, rodeando su cintura con sus piernas, su espalda con sus brazos, y lo besó y mordió al tiempo que apretaba tan duro como podía dentro de su cuerpo la carne de él. Él se separó un poco y la miró a los ojos, deduciendo, y con razón, que a ella le había gustado esta nueva técnica. Sí. Había sido Alfred quien se la susurrara al oído, pero como se había echado a reír y luego había huido, no la creyó posible. Pero la idea había sido sembrada y él no había parado de preguntarse si acaso Emma no lo odiaría. Pero ella lo había aceptado, le había encantado, y esto le encantaba a él.

Murmuró algo, tal vez felicitándose a sí mismo, celebrando, y empezó a moverse dentro de ella. Esta vez, las manos de Emma no estuvieron quietas, y de alguna manera encontraron sus testículos y los apretó suavemente, haciéndole gemir. Ya que él había invadido todos sus espacios, ella se había encontrado con el derecho de invadir los de él.

Y qué maravilloso era ser conquistado y colonizado de esta manera.

Empujó duro dentro de ella, una y otra vez, entrando, saliendo, frotando su miembro en el interior de ella, y pronto perdió la cordura.

Rugió mientras se venía dentro de ella, inundándola con su deseo, empapándola de sí mismo. Volvió a besarla, y volvió a correrse, y luego de un largo rato, se tiró casi encima de ella.

Emma miraba el dosel de la cama encantada, divinamente cansada, con una sonrisa en el rostro, y poco a poco, se fue quedando dormida.

Por lo general, luego de una sesión así, se ponían a hablar y a contarse su día, pero esta vez ella sintió cómo su cuerpo se dormía primero que su mente, y se dejó ir.

Despertó poco después, y fue por las caricias de él. Miró la vela de su mesa de noche, notando que se había reducido casi un cuarto. Había pasado más de una hora.

—Estáis despierta —notó él, y lo vio salir de la cama—. Quiero enseñaros algo—. Más dormida que despierta, vio cómo él, totalmente desnudo, empezó a buscar ropa para ella.

Era ropa abrigada, notó Emma, y la ayudó a vestirse.

—¿Vamos fuera?

—No.

—¿Entonces?

—Ya lo veréis —dijo. Él también se puso ropa abrigada, botas, tomó una vela y le tomó la mano guiándola, pero en vez de llevarla a fuera, atravesó el cuarto de baño y pronto estuvieron en la habitación de él, que casi no ocupaban desde que se habían casado.

—¿A dónde…? —empezó a preguntar ella, pero Roderick no se dirigió a la puerta, sino a la chimenea apagada. Él empujó uno de sus lados interiores y este cedió; era una puerta secreta. Emma lo miró sorprendida; él le iba a mostrar los pasadizos secretos de este castillo.

Por lo general, los pasadizos sólo los conocían los integrantes principales de la familia; nadie de afuera tenía acceso a ellos, Roderick se internó en ese oscuro agujero, y desde adentro, extendió la mano para que ella la tomara.

Emma la tomó, y pasó el umbral.

Al otro lado, sólo la luz de la vela iluminaba un largo pasadizo, estrecho, pero extrañamente, no húmedo. Era lo suficientemente alto como para poder andarlo erguidos, y él avanzó.

—Es un pasadizo que lleva fuera del castillo —le informó él—. Hay otros más, pero sólo conducen a la fosa, o al patio interior; este lleva mucho más allá. Es útil en asedios, ya sea para escapar, o para meter soldados, alimentos, armas…

—¿Lo… tuvisteis que usar alguna vez? —preguntó ella, y él giró la cabeza negando.

—Hasta ahora, no ha sido necesario… pero Darius una vez me contó que la familia fue salvada en varias ocasiones por este pasadizo. Incluso dijo que había magia en sus paredes —dijo con una sonrisa. Emma miró atrás sin soltar la mano de Roderick, que seguía avanzando.

—¿Magia?

—Sólo quería impresionarme. Yo estaba pequeño, y creía todas las historias que él me contaba.

—Eran buenos amigos.

—Claro que sí. Aunque me llevaba cuatro años, nos llevábamos bien.

—¿Cómo… murió? —preguntó ella con cautela. Hasta ahora, Roderick no le había hablado de las muertes de sus familiares, sólo los mencionaba de paso de vez en cuando.

Él tomó aire, y su respiración se escuchó con claridad en el silencioso y oscuro pasillo.

—Una misteriosa enfermedad —dijo—. Empezó con una leve tos… y poco a poco se fue complicando hasta consumir todo su cuerpo. Perdió la fuerza y las ganas de vivir. En sus últimos días, respiraba con dificultad. Yo… recé mucho por él, pero nadie pudo salvarlo…

Emma no dijo nada. Le había pasado lo mismo con su madre; ella, aunque era pequeña, la cuidó junto a su cama, pero cada día su madre se debilitó más y más, y un día sólo no volvió a abrir los ojos.

—Lamento oír eso —dijo, pero Roderick no hizo comentarios.

—Yo sufrí la misma enfermedad —dijo luego, y Emma lo miró sorprendida —. Pero misteriosamente, sobreviví. Fatima no se desprendía de mi cama, día y noche me daba de sus medicinas. Padre y madre estaban sumamente angustiados… En esos días fue la boda de la hermana de papá, así que tuvieron que asistir, y me dejaron al cuidado de Fatima. Se llevaron a Emily con ellos para alejarla de la enfermedad… —él guardó silencio, y Emma imaginó por qué. Había sido el viaje donde fueron emboscados.

—Lo siento, Roderick —dijo ella apretando suavemente su mano y usando su nombre, lo que calentó un poco su corazón a pesar del tema tan escabroso que estaban tratando.

—Los atacaron sin misericordia —siguió él con voz suave, como si todavía no pudiese hablar del tema sin ser embargado por la ira y la impotencia—. A mi padre lo atravesaron con una espada por la espalda… fue atacado a traición; a mi madre, la degollaron, y a mi querida hermana… —él tragó saliva—. Era tan pequeña…

—No tenéis que decirlo si no queréis, mi lord.

—Ella fue despeñada —concluyó Roderick—. La lanzaron por un abismo… su cuerpo fue el último que hallaron… y yo… me quedé totalmente solo, Emma.

—No. Ya no.

—Pero… por muchos años fue así. Estaba enfermo cuando recibí la noticia. Sir Homer y Edith habían discutido; ella creía que no era prudente contarme mientras estaba enfermo, y sir Homer decía que debía saberlo, pues ahora yo era el conde. Cuando lo escuché… no lo podía creer. Casi enloquezco… Salí de la cama y de la habitación y llegué hasta los establos con la intención de tomar un caballo e ir al lugar para encontrar por mí mismo a los forajidos y acabarlos con mis propias manos, pero sólo era un niño, y estaba débil, ¿qué podía hacer? Ni siquiera llegué a montar el caballo, simplemente me desmayé en las caballerizas.

—¿Los atrapasteis? —él meneó la cabeza con ira.

—No —dijo entre dientes—. Aún no.

—¿Seguís buscándolos?

—Cada día, mi lady —aseguró él—. Me he jurado no descansar hasta el día que los atrape. Les haré pagar con la misma violencia lo que les hicieron a los condes de Albermale.

Emma guardó silencio por largo rato.

Era extraño. Seguro que el carruaje y los soldados que lord Simon había llevado consigo tenían las insignias de Albermale, y eran pocos los forajidos que se atrevían o arriesgaban a atacar a un noble, pues sabían que con devolver lo robado no bastaría para salvar sus cuellos. Y éstos, además de robar, habían sido violentos y mataron a todos los miembros de la familia. Y las muertes fueron horribles, como si fueran cometidas con sevicia y virulencia.

—¿Teníais… enemigos personales? —preguntó Emma sin poder evitarlo. Él se encogió de hombros.

—No declarados —dijo—. Pensáis que no fueron simples forajidos, ¿verdad?

—Así es.

—También yo lo pienso. Sobre todo, porque poco después intentaron matarme a mí. A pesar de que estaba enfermo, un extraño entró al castillo aprovechando la confusión de los sirvientes, y en la noche intentó matarme con una espada. Gracias a que sir Homer estaba despierto y escuchó extraños pasos estoy vivo…

—El objetivo era desaparecer Albermale… ¿Además de vos… hay otros herederos, mi lord?

—He estipulado que si fallezco sin haber engendrado hijos, me heredarán los hijos de la hermana de papá… pero son niños pequeños. De no ser así, el título desaparecería, y volvería a la corona. El rey podría darle el condado a alguien más… —Emma no dijo nada por largo rato, y sólo siguieron avanzando por el pasadizo.

A menudo hubo que bajar escalones, y a veces se volvía muy estrecho, haciéndolos andar de lado, o doblando un poco la espalda.

Emma seguía pensando en todo lo que Roderick le había contado, y elaborando su propia lista de sospechosos.

Pero todo esto que ella pensaba ahora, ya Roderick debía tenerlo más que analizado; y además, él conocía mejor al personal de la época, los tiempos y acontecimientos. Si ni él había dado con los asesinos, dudaba que ella pudiera luego de sólo escuchar la historia.

Por fin, el camino se hizo más estable, con una elevación, y Emma sintió una corriente de aire.

—Cuidado aquí —dijo él señalando con la vela un saliente filoso de una piedra a la altura de su codo.

Y pronto ya no era un pasadizo, sino una cueva, llena de rocas y tierra, oscura, pero extrañamente limpia. Unos pasos más allá, Emma pudo sentir al fin el frescor de la noche. El verano ya había pasado, y las brisas del otoño empezaban a cambiar el color de las hojas.

—El castillo está hacia allá —señaló él hacia su derecha—, y la cabaña de Fatima está hacia el frente —explicó—. Un riachuelo puede escucharse desde aquí, y la montaña fuerte está hacia el este —dijo, señalando a su izquierda.

—Estamos lejos del castillo.

—Y al mismo tiempo, en su entrada —dijo él, y dio unos pasos en la oscura noche, pero la luz de la vela osciló por el viento, y él tuvo que soltar la mano de Emma para hacerle pantalla. La luz de la vela iluminó suavemente sus facciones, y con la oscuridad de la noche y la sombra de los árboles, su imagen parecía casi mística, mientras los ojos clavados en ella parecían brillar—. Si acaso, alguna vez, el castillo es asediado y tenéis que huir, usad este pasadizo.

—Huiría con vos —dijo ella sacudiendo su cabeza—. O enfrentaría la muerte junto a los míos mientras lucho.

—No —contestó él muy serio, tomándole un hombro con su mano—. Salvad siempre vuestra vida primero.

—No os dejaría atrás.

—No —dijo él ahora con voz dura—. Juradme ahora, lady Emma de Albermale, que haréis lo que os pido y pondréis vuestra vida a salvo primero. Sabiendo que estáis bajo resguardo… yo lucharía con todo lo que tengo mucho más tranquilo. Si acaso algo os pasara… —él no concluyó la frase, pero Emma entendió.

Si algo le pasara, él enloquecería de verdad.

Lo miró a los ojos fijamente, por largo rato, y luego de meditarlo bien, asintió. Él no aceptaría otra cosa, pensó.

—Está bien, mi lord. Pero juradme… que siempre volveréis a mí. No me importará si tardáis, pero juradme… que siempre volveréis a mí.

Roderick siguió mirándola con gravedad, pero luego, respiró suavemente y acercó su frente a la de ella.

—No hay nada en este mundo que me alejaría tanto tiempo de vos —dijo —. Siempre os buscaré; siempre, siempre, procuraré volver a vuestro lado.

Emma sonrió, y recibió con una sonrisa el beso que con mucha calidez él dejó sobre su frente, y luego, ella se empinó buscando su boca.

10

Tal como lo predijo Roderick, una carta del rey llegó una semana después, invitándolos a presentarse en su palacio, ya que tenía una fiesta en honor a ellos.

Roderick sólo elevó una ceja mientras leía la misiva, rodeado de sus caballeros más cercanos en el patio de armas, que bromearon un poco por el alto honor que significaba que el mismísimo rey organizara una fiesta en honor a su conde.

La misiva del rey había llegado casi al mediodía, y los mensajeros que la habían traído estaban en las cocinas recibiendo la atención debida, y esperando para volver a partir con la respuesta del conde.

Lo cual era una tontería, nadie decía que no a la invitación del rey.

—No vino a la boda, pero pretende que la boda vaya a él —se quejó sir Doug.

—Sabe que necesita a Albermale —dijo sir Wendell con una sonrisa—. Tal vez más de lo que Albermale necesita al rey—. Roderick lo miró de reojo; decir aquello era bastante osado, pero no lo reprendió. A veces, parecía que Wendel, Doug y el mismo Alfred respetaran más a Albermale que a todo el reino; cuando participaban en justas y otras competiciones, su afán era siempre dejar el nombre de su casa en alto, respondían duramente a las faltas de respeto hacia ella, y a veces parecían capaces de hacerse matar.

No había encontrado la manera de disminuir ese ardor; Alfred estaba aquí desde niño, por lo que era comprensible que amara el territorio; Wendell fue prácticamente salvado por Roderick cuando, en una guerra, y siendo apenas un paje, tuvo la espada del enemigo casi en su garganta, y lo mismo iba para Doug, pero éste era un adolescente y sufría hambre en las calles de Londres. Roderick lo había alimentado una vez, y éste empezó a seguirlo. En ambos casos, Roderick decidió traerlos a Albermale y entrenarlos; Wendell se esforzó mucho en los entrenamientos, Doug parecía tener un talento especial con la espada, y desde entonces estaban a su lado. Josh, John, Bruce, y los demás, los respetaban y admiraban, pues eran el círculo más cercano al lord.

—Entonces, continuaréis las mieles de vuestro flamante matrimonio en Londres —pulló Alfred—. Esta interrupción, ciertamente, os será un

incordio.

—Vos sois el incordio. Tal vez os doy pocas tareas y por eso tenéis tanto tiempo libre para decir tonterías.

—Mi señor, es el exceso de tareas lo que me hace tonto —se apresuró a decir Alfred, reculando y adoptando una pose lastimera.

Wendell y Doug se echaron a reír, burlándose de la estrategia de Alfred para escapar, pero Roderick lo siguió mirando en silencio. Tal vez debía hablar con Emma para que esta encontrara una mujer adecuada para Alfred. Debía haber alguna joven dama en edad casadera entre los vasallos de Albermale, alguien adecuado para Alfred, que era hijo de un lord; tal vez si tenía su propia mujer dejaría de ser un grano en el culo.

Alfred protestaría, sin duda. Amaba estar soltero e ir de flor en flor, pero así como él había encontrado el bien en una esposa, tal vez le pasara lo mismo a Alfred.

—¡Mi señor! —gritó alguien a su espalda, y el tono desesperado y alarmado hizo que todos se giraran—. ¡Mi señor! ¡Mi lady…! —al escuchar que nombraban a Emma, la sangre empezó a calentarse en el cuerpo de Roderick—. ¡Su yegua! Mi lady…

—¡Hablad, maldita sea! —gritó Roderick entrando en pánico. Los caballeros que lo rodeaban estuvieron en tensión, listos para correr, buscar su caballo, hacer lo que fuese necesario.

El paje que había corrido hasta aquí sólo era un niño de unos trece años, y estaba sin aliento, pero al escuchar el grito del lord se apresuró a hablar a trompicones.

—La yegua… de la lady… se desbocó.

—Maldición —exclamó Roderick mirando a Alfred, y éste entendió el mensaje, por lo que envió por el caballo del lord.

—No la pudimos… alcanzar… la perdimos… de vista.

—¿Dónde estaba la lady?

—En… el camino que lleva… al sur.

—El camino dorado —susurró Roderick.

Le pareció que se tardaron una eternidad en traerle a Mack, y una vez sobre sus lomos, lo espoleó para dirigirse al camino dorado.

Tantas cosas malas podían pasarle a una mujer que montaba un caballo desbocado. Sólo una caída limpia podía traer tantas consecuencias…

Llegaron pronto al camino que aún no era dorado, y no encontraron ninguna señal de Emma. Roderick preguntó hacia dónde se había ido ella, y todos le señalaron el interior del bosque. La zona era amplia, había mucho dónde buscar.

La mente de Roderick trataba de evitar todos los escenarios posibles, pero no era una tarea fácil. Ella podía simplemente caer y golpearse la cabeza, romperse un hueso, abrirse una herida. El caballo podía resbalar y caer sobre ella, despeñarse y morir los dos. Una rama baja podía lastimarla, una raíz podía hacerlos tropezar…

—¡Emma! —gritó con todas sus fuerzas rogando, rezando, para que nada le hubiese ocurrido—. ¡Emma! —Esta vez el rugido lastimó un poco su garganta, y los caballeros tras él empezaron a imitarlo.

Él siguió cabalgando, calculando más o menos la distancia que recorrería un caballo a toda velocidad en el tiempo que llevaba desaparecida… y era demasiado.

—¡Lady Emma! —gritó alguien más, Alfred, y su voz sonó también asustada.

Todos allí parecían haberse hecho conscientes de que si algo le pasaba a la lady, su lord enloquecería, y muy probablemente rodarían cabezas.

¿Qué le habría pasado a Shy, la yegua más tranquila de Albermale, para que hiciera algo así? Lady Emma era una excelente jinete, ya lo había demostrado en varias ocasiones; ¿por qué su yegua se desbocaría?

La angustia empezó a llenar el pecho de Roderick, como un ácido muy corrosivo que subía desde sus entrañas. Casi pudo paladearlo en su lengua, y los ojos se le humedecieron.

Nunca había sentido tanto miedo. O sí, sí. Y como conocía su horrible cara, enfrentarlo de nuevo lo mataría.

—¡Emma! —volvió a gritar con toda su alma.

—¡Mi lord! —gritó sir Wendell a unos metros. Roderick se detuvo y lo miró. Era un zapato de Emma en su mano, y en vez de analizar por qué Emma perdería un zapato, se lanzó a la dirección más probable desde ese ángulo.

Atravesó claros y oscuros del bosque. Cruzó un camino de agua que iba a encontrarse con la quebrada en el este. Más allá había un risco, el risco que dividía una parte de las tierras de Albermale, y en cuyo vientre había sido encontrado el cuerpo de su pequeña hermana, Emily.

Por favor, Dios, te lo ruego, oró lleno de angustia. No te he vuelto a pedir nada desde lo de Darius, pero esta vez… te lo suplico… No.

Detuvo su caballo y se acercó con cautela al risco. El pecho le subía y bajaba como si el que hubiese estado corriendo fuera él. Limpió la humedad de sus ojos, llenó el pecho de aire y volvió a llamar a Emma con todas las fuerzas de sus pulmones.

—¿Roderick? —dijo una voz, y toda la luz, la paz, la calma y la esperanza iluminaron la negra y angustiada noche de Roderick. Era la voz de Emma, muy lejana, pero ella estaba viva.

Viró el caballo en dirección a la voz, alarmó a los caballeros para que peinaran la zona.

No tardaron mucho en encontrarla. Ella estaba sentada en una piedra, y un poco de sangre manchaba su traje de montar. Shy, totalmente tranquila, pastaba cerca.

Roderick tardó más en bajar del caballo que en correr a ella para abrazarla, revisarla, hacerle mil preguntas.

Ella se quejó, y de inmediato, Roderick buscó su herida. Emma había roto sus enaguas para improvisar un vendaje para su brazo, que se había herido casi desde el codo hasta la mitad del antebrazo.

—Fue una rama —dijo—. Me herí… cuando intentaba controlar a Shy.

—¿Qué le pasó?

—Había esto en su silla —dijo ella señalando algo en la piedra donde antes había estado sentada. Roderick se inclinó a mirar. Era un trozo de piña de pino, afilado y manchado de sangre, lo que indicaba que había herido a Shy —. Estaba debajo de la mantilla —siguió explicando Emma, pero no pudo seguir, Roderick volvía a abrazarla, y mientras, los demás caballeros revisaban a Shy, que rezongaba cada vez que la tocaban—. Está muy nerviosa —les advirtió Emma, y Roderick le tomó el rostro en las manos.

—Vos también lo estáis.

—Yo estoy bien—. Pero él no, pensó, y la alzó en sus brazos.

—¿Estáis herida en algún otro lado?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, mi lord —él la miró lleno de dudas, dirigiéndose a Mack a paso rápido.

—Shy parece estar bien —anunció Alfred tomando las riendas de la yegua y llevándola hacia ellos—. La controlasteis bien, mi lady.

Emma no dijo nada, aunque era un claro elogio. A ella le constaba que luego de desbocarse, si no se controlaba el caballo, podía fracturarse sus huesos, y un caballo con sus patas fracturadas valía nada.

Roderick la subió a la silla de Mack, y segundos después estuvo arriba con ella.

—Traed a Shy, haced que la revise Rudy.

—Sí mi señor —contestó Wendell. Alfred y Doug escoltaron al lord a varios pasos de distancia. Se miraron el uno al otro sin querer decir en voz alta lo que pensaban a gritos, pero era evidente.

Ese pequeño abrojo no había llegado allí solo. No podía ser un descuido, nadie era tan tonto, sobre todo, cuando de las pertenencias de la lady del castillo se trataba. Alguien había atentado contra la vida de lady Emma, lo que iba a poner a todo Albermale de cabeza en los siguientes días, pues lord Roderick no descansaría hasta dar con el responsable, y echaría y castigaría gente hasta que alguien confesara y se hiciera responsable.

Unos largos metros más tarde, Emma, recostada en el pecho de su marido, se permitió por fin expresar el miedo que había sentido antes, y tomó las solapas del chaleco de Roderick y escondió el rostro en él, sollozando suavemente.

—Ya estáis bien —susurró él apoyando una mano en su hombro, apretándola contra él. —Estáis bien.

—Sí… lo sé —él tomó aire lentamente. Todavía sentía que su garganta no se relajaba del todo, y ella temblaba como una hoja en sus brazos.

—Contadme… ¿Cómo hicisteis para calmarla? —Hacerla hablar la calmaría, pensó él, y Emma empezó a contarle.

Habían estado montando tranquilamente; Emma, junto a los caballeros que Roderick había designado para su escolta, revisaban el progreso de la

plantación de los robles. El camino ya iba tomando forma, flanqueado por los jóvenes árboles.

Ella se había girado para señalarle a lady Sibyl, su acompañante en ese momento, algo más allá, y fue allí que Shy empezó a encabritarse. Había intentado calmarla, pero fue peor; la yegua se elevó sobre sus patas traseras, y con tal de no caer, Emma soltó las riendas y se abrazó al cuello del animal, lo que la impulsó hacia el frente y la hizo estabilizarse de nuevo sobre sus cuatro patas, pero entonces, empezó el loco galope.

Como tuvo los mejores maestros de equitación, Emma sabía en teoría lo que había que hacer en momentos así, pero el miedo la había paralizado largo rato, sin embargo, cuando Shy se introdujo en el bosque, tuvo que recuperar la lucidez. Ella sabía que en esa dirección estaban los riscos.

Se acostó apretando duramente a la yegua entre sus muslos, inclinándose hacia adelante y hacia su derecha, recuperó las riendas y empezó a dominarla suavemente. Tiraba de las riendas hacia abajo, haciendo que la yegua tuviera que bajar la cabeza, y cuando al fin ella aminoró el paso, le habló con voz calmada. No se dio cuenta de cuándo se cortó, ni de la sangre que empezó a brotar de su brazo, sólo sabía que debía calmar a Shy, o las dos morirían.

Al fin pudo bajar de la yegua, pues esta estuvo lo suficientemente quieta. Le tomó la cabeza entre las manos y siguió hablándole. Podía haberla dejado volver a escapar, pero decidió salvarla también a ella, y por fin, Shy se calmó. La revisó suavemente, sin dejar de hablarle, tranquilizarla, y encontró el trozo de pino.

También ella había llegado a la acertada conclusión de que no había llegado allí por el viento. Alguien había intentado matarla, tenía un enemigo en Albermale, y eso daba más terror que haber estado sobre el lomo de un caballo desbocado.

—Estaréis a salvo —le prometió él—. Por mi vida que sí.

Emma no levantó la cabeza de su pecho.

No le había hecho nada malo a ninguno en el castillo, ¿por qué la odiaban? Todo lo que había intentado hasta ahora era encajar, ganarse la confianza de todos, aprender los nombres de todos y cada uno, sus familias, sus historias…

Llegaron de nuevo al castillo, y todos los presentes dejaron salir exclamaciones de alivio cuando vieron a la lady junto al lord en su caballo. Agradecieron al cielo y se abrazaron. Cuando Roderick ayudó a Emma a bajar, esta se quejó; al parecer, su tobillo también estaba lastimado.

Fatima ya los esperaba, presta para auxiliarla en caso de lo peor, y la herida en el brazo de Emma fue tratada de inmediato, al igual que su tobillo.

—Debió ser cuando bajé de Shy —dijo ella con nerviosismo, notando que, desde que habían llegado, Roderick no se desprendía de su lado—. Estoy bien, mi lord —le aseguró ella, pero él siguió muy serio, con los dientes apretados, vigilando que Fatima hiciera su trabajo con pulcritud, como si dudara de todo.

Estuvo con ella cuando al fin la dejaron en paz en la cama. Ahora tenía puntadas en su brazo derecho y un tobillo inflamado. Le dio personalmente el té que le calmaría el dolor, y la acompañó hasta que ella cerró los ojos y se quedó dormida.

Estuvo allí, en silencio, vigilando su respiración, lo que parecieron horas. Tomaba decisiones, se hacía juramentos.

Y cuando estuvo seguro de que Emma dormía profundamente, salió de la recámara.

Como si hubiese dado la orden, todo el personal de las caballerizas, los establos, y todo lo referente a los caballos estaba reunido. Sus caballeros se habían adelantado a sus pensamientos, cumpliendo con su deber.

Eran varias familias, más de veinte personas.

Rudy era el jefe de las caballerizas; responsable de cada cosa que ocurriera en esa zona. Él personalmente se ocupaba de Mack, no confiaba en nadie para esa tarea, así que fue él al primero al que Roderick miró. No hubo necesidad de hacer preguntas, Rudy cayó de rodillas ante él.

—Matadme, mi lord —dijo—. Todo es mi culpa.

—Explicaos.

—Debí encargarme personalmente de Shy. Matadme, os he fallado, tomad mi vida—. Eso no era lo que Roderick quería escuchar, y frunció el ceño. Al lado de Rudy, su hijo, Ben, cayó de rodillas también.

—Mi señor. Mi padre no tiene la culpa. Tomad mi vida en su lugar.

—¡Ben, no! —exclamó Rudy, y empezaron a discutir, lo que hizo que Roderick rugiera mandándolos a hablar sólo cuando se les ordenara.

El interrogatorio fue exhaustivo, y pronto tuvieron la ubicación de cada uno en el momento en que preparaban la yegua de lady Emma. Un chico de unos diecisiete años confesó, casi sin voz, temblando de pánico, que había sido él quien preparara la yegua, y casi esperó su sentencia de muerte al terminar de hablar, pero Roderick no sospechaba sólo de él, sino de todos los que tuvieran acceso a las caballerizas, de todo el que, en un instante, pudiera dejar el pino en la mantilla, cosa que cuando la ensillaran, no se dieran cuenta.

—Todos, a las mazmorras —sentenció Roderick entre dientes.

Varios lloraron, las mujeres rogaron, los jóvenes se quedaron impávidos.

—Si ninguno confiesa, moriréis.

—¡Misericordia, mi lord! —exclamó uno. Pero la palabra del conde había sido dicha, sólo quedaba cumplirla.

Alfred tragó saliva mirando a Roderick alejarse luego de soltar su sentencia. Nunca lo había visto así, nunca había castigado con la muerte a ninguno de sus aldeanos, o criados, excepto una vez que un padre borracho intentó abusar de su hija enajenado por el alcohol, y en ese momento, todos habían estado de acuerdo con el castigo. Pero ahora eran más de veinte personas las que estaban siendo sentenciadas, y Alfred podía jurar que eran inocentes.

Miró de un lado a otro vigilando las caras no sólo de los criados, sino también de los caballeros, pero no encontró nada.

Cuando todos los encargados de las caballerizas fueron trasladados a las frías y oscuras mazmorras, Alfred siguió al lord al interior del castillo, encontrándolo reunido con sir Homer, Edith y sir Luther, los tres jefes del castillo, los que ostentaban la mayor autoridad en Albermale luego de los condes, en el salón de la administración. Roderick estaba sentado ante la mesa, y los tres, de pie, alegaban.

—Mi lord, reconsideradlo —rogaba Edith—. Os han servido, a vos y a vuestros padres, desde el día en que nacieron.

—No creo a ninguno de ellos capaz de atentar contra vuestra dama —dijo sir Homer meneando la cabeza—. Apostaría mi vida por eso.

—Lady Emma estuvo en grave peligro debido al descuido de uno de ellos —instigó sir Luther, serio y cruzado de brazos—. Si no fue uno de ellos el que puso la trampa, fueron lo suficientemente distraídos para permitir que alguien más la pusiera.

La mirada de Roderick parecía nublada, escuchaba, pero no daba señales de atenderlos, y luego de largas diatribas en las que cada uno daba su punto de vista, elevó la mano haciéndolos callar al instante.

—Voy a dejar claro que cualquiera que ose atentar contra la vida de la condesa, lo pagará cien veces más caro —dijo con voz suave, lo que indicaba la gravedad de su furia—. No perdonaré a ninguno que ponga su vida en peligro, o dejaré de ser el conde de Albermale. Si tengo que sacrificar la vida de veinte personas para dejar claro ese punto, lo haré.

—Pero, mi lord…

—No han conocido nunca mi verdadera furia, ninguno de ellos ha estado conmigo en el campo de batalla… Han pensado que, porque aquí soy pacífico y calmado, será siempre así… pero lo juro por Dios —dijo, y paseó la mirada por cada uno de los jefes— que les haré pagar.

Los tres se quedaron en silencio, anonadados ante las palabras. Sir Luther cambió primero su expresión, aprobando cada palabra, y cuando Roderick se puso en pie y salió del salón, lo siguió.

Edith miró a sir Homer, llena de dolor y terror; conocía a esas personas, eran amigos y familia. Pero sir Homer parecía perdido en sus propios pensamientos, así que corrió fuera del salón a tratar de salvar esas vidas.

Sir Homer se apoyó en el escritorio y miró alrededor. El salón había quedado completamente vacío, así que pudo sonreír.

Maldición, pensó. ¿Cómo es que habían fallado? ¿Cómo es que, además, pudieron descubrir que no había sido un accidente, sino un atentado?

Otra vez, su fiel caballero entró y guardó silencio esperando su orden. Sir Homer respiró hondo, y con displicencia, ordenó:

—Matadlo. No permitáis que hable—. El caballero asintió, y salió a cumplir su orden.

Roderick entró de nuevo en la recámara cuando cayó la noche, y encontró allí a lady Sibyl y lady Maud acompañando a Emma mientras cenaba. Al

verlo, se hicieron a un lado, pero no dejaron sola a su lady.

—¿Os sentís mejor? —preguntó Roderick acercándose a la cama. Emma asintió mientras masticaba.

—Fatima ha dicho que no debe apoyar el pie en unos días, para que cure bien.

—Entonces, tendréis que quedaros aquí en cama —Emma frunció su ceño, pero no se atrevió a llevarle la contraria. Roderick sonrió internamente.

Tomó aire y miró a las damas, que de pie, esperaban que Emma terminara de comer para llevarse los platos y dejarlos a solas, pero él aprovechó para darles información.

—En cuanto las heridas de lady Emma empiecen a mejorar, partiremos a Londres, así que iniciad los preparativos.

—Sí, mi lord.

—¿Londres?

—Hemos sido convocados por el rey.

—Oh. Tal como dijisteis—. Emma sonrió de verdad por primera vez desde el incidente de la yegua. La expectativa de ver a su padre la llenó de alegría. Roderick le dio a esa sonrisa otros motivos, pero para él estaba bien.

—Será un viaje largo, tenedlo en cuenta. Por eso debéis recuperaros bien.

—De acuerdo—. Emma terminó de comer y las damas se retiraron con las bandejas, dándoles por fin privacidad. Emma miró a su marido de hito en hito. Él parecía tranquilo, pero algo le decía que la ira todavía burbujeaba bajo la superficie.

—Imagino que habéis estado ocupado toda la tarde, mi lord.

—Ciertamente —admitió él, pero no dijo nada más.

—¿Sería demasiado osado de mi parte… pediros misericordia para los criados de las caballerizas? —Él la miró fijamente—. No quiero socavar vuestra autoridad… sólo creo que… entre esas veinte personas hay inocentes.

—Eso espero.

—¿Creéis que veinte personas se pondrían de acuerdo para llevar a cabo una patraña así sin que nadie más se enterase u os alertase de lo que estaban tramando?

—No, mi lady —dijo él, tan lacónico como siempre, y Emma empezó a sentir que se desesperaba, pero Roderick no planeaba contarle lo que estaba pensando.

Él se puso en pie y empezó a quitarse la ropa, y Emma lo miraba de reojo, disimulando su interés con un ceño.

En silencio, él se quedó en calzones, y luego de lavarse en el cuarto de baño, se metió a la cama junto a ella. Permanecieron despiertos y en silencio largo rato, hasta que él volvió a hablar.

—Gracias por sobrevivir, Emma —dijo, y se giró a mirarla—. Controlasteis bien a la yegua, salvasteis su vida, y también la vuestra.

Cediendo, Emma se acurrucó en su hombro y suspiró.

—Tuve un buen maestro de equitación.

—Y fuisteis lista, pensasteis con rapidez—. Ella sonrió.

—Bueno, era eso, o… quién sabe—. Sí ambos sabían. Roderick tragó saliva, y ella acarició su pecho tranquilizándolo. Empezaba a pensar que la humanidad de Roderick pendía de un hilo en cuestiones como estas. Había comprobado qué tan importante era para él. Maud tenía razón, tal vez él no lo decía con palabras, pero la amaba.

Y si era así… la mentira y la traición lo lastimarían como a ningún otro.

Ahora sentía más miedo de decirle la verdad.

Cuando tuviera un hijo, se prometió. En cuanto diera a luz a un heredero, le contaría. Aunque se sintiera traicionado y cambiara su amor por el odio, Roderick no mataría a la madre de su hijo, ¿verdad?

En la madrugada sonaron las campanas de alarma, y Roderick saltó de la cama. No era la campana de asedios, se tranquilizó, ni la de intrusos.

Luego de vestirse tomó una vela, y notando que también Emma se había despertado nerviosa, la tranquilizó y salió de la recámara.

Los caballeros que hacían la guardia aquella noche estaban alterados, y el líder se acercó a Roderick explicándole lo sucedido.

Un criado se había lanzado desde la muralla hacia el foso.

Cuando revisaron sus aposentos, encontraron allí piñas de pino, y fue declarado por todos como culpable. Se había quitado la vida para no cargar

con la muerte de veinte personas, y se estableció que debido a sus variadas tareas, era ideal para dejar el trozo de pino en la mantilla de Shy sin levantar sospechas.

El alivio en el rostro de Roderick señaló que ese había sido su objetivo desde el principio al mostrar su determinación de matar a todos los cautivos si ninguno confesaba, y Emma sintió alivio también; por él, por sí misma.

Pero ahora había otra cuestión: era altamente dudoso que el criado obrara por sí mismo, y que tuviera rencor contra la dama. Si había sido un accidente, pudo haber confesado y clamar por misericordia, pero guardó silencio y dejó que encerraran a inocentes.

Y si había recibido la orden de alguien más, el enemigo de Emma seguía al interior de los muros del castillo.

11

En los días siguientes, Emma y sus damas empezaron los preparativos para el viaje, y al mismo tiempo, se redobló la seguridad a su alrededor, contando con guardias aun dentro del castillo, utensilios de plata y vigilancia extrema para sus alimentos, y ella, por su cuenta, redujo los paseos a caballo, lo que era una lástima, porque le encantaba montar.

Roderick, por su parte, anticipó la vigilancia por el camino que tomarían, apostando hombres a lo largo de este, vigilando y limpiando la zona donde era probable que ocurrieran emboscadas. Seleccionó personalmente a los soldados que lo acompañarían, y los entrenó meticulosamente.

El día de la partida llegó y Emma fue escoltada hasta el carruaje. Viajaría con Maud y una de las doncellas, mientras Sibyl se quedaría en el castillo. También durante el viaje la seguridad y la vigilancia eran extremas, se dio cuenta Emma. Esperaba que por fin llegara el día en que pudiera sentirse a salvo, no sólo por ella, sino también por Roderick. Él dormía poco, tenía un sueño ligero y siempre tenía un ojo sobre ella. Había empezado a dudar de todos dentro de su castillo, lo que se estaba convirtiendo en una carga pesada de llevar, pues al no confiar en nadie, no podía compartir sus inseguridades.

Sin embargo, la semana antes del viaje, y luego de lo de la yegua, todo estuvo tranquilo.

Algunos decían que había sido un accidente, y que la culpa llevó al criado a lanzarse al foso. Otros, que tal vez sólo había querido hacer una broma, no a la dama, si no al chico de las caballerizas; eran amigos, después de todo.

Todos se resistían a pensar que era un atentado deliberado contra la lady; aquello era demasiado horroroso para aceptarlo, pues suscitaba la desconfianza del lord, y si el lord desconfiaba de su gente, la estabilidad del condado tambaleaba. No era bueno para nadie.

Emma suspiró pensando en todo eso mirando el camino que llevaba al sur, hacia Londres. Su ánimo cambió cuando vio los jóvenes robles plantados a orillas del camino, y a su izquierda, el hermoso lago. Era el regalo más hermoso que le habían hecho en toda su vida, ni siquiera cuando su padre, a sus diez años, le regaló su primer caballo, se sintió tan feliz.

Sacó levemente la cabeza por la ventanilla buscando a su marido y lo encontró varios metros adelante, conversando con sir Alfred al tiempo que vigilaba el camino.

Quería paz para él, tal vez este viaje ayudara.

Fue un viaje largo, pero sin contratiempos. Acamparon cada noche y soportaron la lluvia que embarró los caminos. Cuando por fin, semanas después, entraron a la ciudad, el cansancio dio paso a la curiosidad. Emma había visitado Londres, pero de eso hacía ya mucho tiempo, era una niña.

El carruaje pasó por diferentes puntos importantes, mercados y plazas, y poco a poco, luego de atravesar algunas murallas, estuvieron en una zona mucho más limpia y silenciosa que las que dejaron atrás. Se detuvieron, por fin, frente a una enorme casa de piedra de al menos tres niveles y techos a dos aguas, con un amplio jardín delantero y vallas exteriores.

Un grupo de personas los esperaba afuera, y Roderick personalmente la ayudó a bajar del carruaje. Les presentó a Neal, el mayordomo, y a Phyllis, el ama de llaves. Todos le hicieron una reverencia llenas de sonrisas, y junto a Roderick, Emma atravesó el umbral de la puerta.

Era una casa grande, espaciosa, y por lo que vio, de una construcción relativamente reciente. Roderick no tardó en contarle su historia mientras la llevaba a la estancia principal y la ayudaba a sentarse para que descansara, pero ella se negó y permaneció de pie.

—Llevo días y días sentada en ese carruaje. Necesito ejercitarme un poco, mi lord —él asintió, y Emma le sonrió acercándose unos pasos con expresión coqueta—. ¿Me daríais un paseo por la casa? Creo que vi algo como un jardín atrás—. Él sonrió, cosa que no pasó desapercibida ni para el mayordomo, ni para el ama de llaves, que se miraron el uno al otro impresionados, y acto seguido se corrigieron, pues era como cotillear delante del amo.

Emma se colgó del brazo de su marido y caminó con él hacia el interior de la casa, por un largo pasillo que daba a unos preciosos ventanales a través de los cuales se podía ver el jardín lateral de la casa. Atravesaron una puerta y, mientras las doncellas y criados introducían el equipaje, ellos paseaban.

Emma sonreía. La casa le gustaba, el jardín era precioso, y la voz de Roderick describiéndole todo era lo mejor.

—¿Estáis contenta? —preguntó él, y ella sólo lo miró un poco con los párpados caídos, pidiéndole con sus labios un beso—. ¿A-aquí, mi lady? —se escandalizó él, lo que a ella le pareció muy tierno, pero decidió jugar.

—Si no os apetece… —él se corrigió al instante tomando su rostro y besándola. Ella se echó a reír, encantada. El corazón de Roderick bombeaba con fuerza. Emma a veces era atrevida, arriesgada, y le encantaba.

La visita al rey fue dos días después, cuando estuvieron lo suficientemente descansados. Emma se puso su mejor vestido, confeccionado con mucho cuidado, al igual que Roderick con su mejor traje.

Se presentaron ante el monarca e hicieron sus reverencias delante de otros lores y cortesanos. Eduardo I de Inglaterra desde su asiento los bendijo y sonrió. Roderick Montfort, conde de Albermale era, después de todo, uno de sus más fieles vasallos. Algunos llamaban a Albermale la espada del rey, y no estaba lejos de la verdad; gracias a esta familia de fieles y poderosos guerreros, Inglaterra había ganado muchas batallas. A él le interesaba muchísimo que esta dinastía continuara, por lo tanto, el matrimonio era una buena noticia.

Otros lores podían sentirse celosos por las deferencias del rey hacia Albermale, pero lo disimulaban bastante bien. Emma fue saludada y felicitada por muchas damas, elogiada por su belleza y vestido hasta que las palabras empezaron a sonar repetidas.

Tal como lo prometió, la fiesta fue fastuosa, y Roderick tuvo razón en que le gustarían los músicos. Por largo rato, la pareja estuvo separada, ella rodeada de damas, y él de lores que le hacían preguntas y proponían tratos. Uno de ellos fue el conde de Warenne, quien parecía tener un especial aprecio por Albermale, y en cuando vio al que él consideraba un muchacho, se le acercó y estrechó su mano invitándolo inmediatamente a su casa junto a su esposa.

Al día siguiente, Emma y Roderick se prepararon para visitar la casa del conde de Warenne. Roderick le explicaba que en el pasado, uno de los hijos del condado de Warenne, que no tenía derecho a la sucesión ni a las tierras, fue el primer vasallo de Albermale, y aun hoy, sus descendientes seguían en sus tierras. La relación siempre fue tan buena que desde entonces eran buenos amigos, al igual que con los condes de Portland, Argyll y Ross.

Esos eran más que grandes aliados. Simbolizaban casi la mitad de la fuerza y la riqueza de Inglaterra, pensó Emma. Si acaso un día decidieran unirse para derrocar al rey, lo conseguirían, pensó con cierto miedo. Era una fortuna que hasta ahora no hubiese notado en Roderick ansias de poder, y el trono le trajera sin cuidado.

—Mi lady… —dijo la voz de Maud a sus espaldas. Emma, que había estado admirando su figura en el pequeño espejo regalo de Roderick, mientras se preparaba para la visita a la casa de Warenne, la miró. La voz de Maud era algo aprensiva, lo que la puso alerta al instante—. Han hallado al conde —dijo ella, y Emma sonrió ampliamente. ¡Podría ver a su padre! —Pero…

—¿Qué sucede? ¿Está enfermo? ¡Decidme, lady Maud! —Maud tragó saliva y se acercó a Emma.

—El conde está en la casa de Warenne —dijo—. Os reconocerá cuando os vea—. Emma la miró fijamente con sus ojos muy abiertos por largos segundos. En el momento, una doncella llamó a la puerta anunciándole que ya lord Roderick la esperaba para partir.

Emma sacudió su cabeza. No, no. Esto no podía ser.

—Traedme una pluma y papel.

—Pero mi lady…

—Decidle al conde que aún no estoy lista, que me dé unos minutos… ¡Papel y pluma, lady Maud! —Maud, aturdida, tardó un momento en comprender las intenciones de su ama, pero luego fue rápida y bajó corriendo al despacho del lord. El secretario se extrañó un poco ante la petición, pero le facilitó las cosas. Maud tendría que explicar luego por qué los necesitaba, así que empezó a elucubrar una mentira.

Emma los recibió y empezó a escribir de inmediato. Mientras Maud fue y vino tuvo tiempo de pensar en su carta, lo que diría, cómo lo diría.

“Querido padre”, empezó.

Era difícil convertir a su padre en cómplice de una mentira que, si se descubría, les costaría la vida. Pero no podía ponerlo en riesgo.

Terminó de escribir la carta y luego de ponerle el lacre se la entregó a lady Maud.

—Daos prisa. Trataré de retrasar las cosas aquí—. Maud asintió. Tendría que ir a pie hasta la casa del conde de Warenne, pues no podía pedir un

caballo o un carruaje sin justificación. Lo peor era que no sabía exactamente hacia dónde estaba la casa de los Warenne. Esta misión parecía cada vez más imposible.

Emma se encerró en la habitación y se quitó el vestido y deshizo su peinado. Las doncellas se escandalizaron cuando ella las llamó para que la volvieran a peinar y a vestir, y pasados los minutos, el mismo Roderick subió a ver qué sucedía. Emma no era caprichosa, ni tan vanidosa. Por lo general, estaba satisfecha con el trabajo de las doncellas, así que este comportamiento le pareció extraño.

—¿Os sentís bien? —preguntó él, preocupado. Emma seguía en ropa interior, sentada en el borde de la amplia cama; los ojos de Roderick se pasearon por el corpiño que afinaba suavemente su cintura y elevaba sus pechos.

Emma lo miró fijamente, sin saber qué hacer, ni qué decir, así que su solución fue echarse a llorar.

Eso espantó a Roderick, que corrió a su lado. Le tocó la frente y la piel de los hombros como si buscara signos de fiebre, y entonces Emma lo abrazó y lloró un largo rato. Él seguía preguntándole qué tenía, dónde le dolía, qué podía hacer por ella, y toda su ternura y preocupación hizo que el llanto se volviera real.

Pasados los minutos, cuando Emma consideró que ya era suficiente, se quedó en silencio y lo besó. Se puso sobre él y lo beso duramente por largo rato, hasta sentir debajo de sus calzas la dureza de su deseo.

—No me quejo de estas atenciones, mi lady, pero tenemos una invitación y ya hicimos esperar al conde—. Emma tragó saliva. Había hecho todo lo posible. Había retrasado casi una hora la salida. Seguro era suficiente para que Maud entregara su misiva.

—Supongo que… he estado algo sensible —dijo, bajándose del regazo de Roderick, que seguía excitado y confundido—. Y algo nerviosa. El conde de Warenne es una figura muy importante…

—El rey lo es más, y ese día no estabais nerviosa—. Ella lo miró de reojo.

—Pero ese día yo no estaba… en mis días.

—Oh —susurró él, terriblemente sonrojado. No había tenido que atravesar "esos días" desde que se habían casado. También indicaba que ella no estaba embarazada, a pesar de lo activos que habían estado.

Emma también tenía las mejillas rojas. Sus días acaban de pasar, fue durante el viaje y por fortuna él no lo notó, porque en esos días no compartieron carpa.

Y ahora él se abstendría de tocarla por su mentira. Bueno, había que hacer sacrificios.

Repentinamente animada, Emma se puso en pie y llamó a las doncellas de nuevo. Éstas entraron algo confusas, pero la nueva actitud de Emma les dijo que esta vez sería dócil, y luego de vestirse, partieron.

Sin embargo, Emma seguía nerviosa.

—¿Lady Maud? —preguntó el conde de Leinster a una agitada y casi despeinada Maud. Ella había aparecido en la puerta trasera, la de los criados, y pedía expresamente por él. Era tal su sorpresa que no pudo moverse por largo rato. En su conocimiento, lady Maud estaba muy lejos al norte… junto a su hija Gail—. ¿Ocurrió algo? ¿Gail está bien?

—Mi lord… qué alegría… verlo de nuevo —dijo, y sin mediar más palabras, le extendió la carta de Emma—. Por favor… leedla en privado.

—Pero Gail…

—Ella os pide un favor enorme esta noche. Os ruega… —el conde abrió de inmediato la carta, y Maud miró alrededor a los criados, echándoles malos ojos para que los dejaran a solas. Era una lady, después de todo.

Lord Ethan Russell, conde de Leinster cerró la carta y volvió a mirarla; le pidió a una doncella que le atendieran, y él se encerró en un despacho para leer la carta de su hija.

Parecía escrita a prisa y con nerviosismo, pero, ciertamente esta era la letra de Gail.

Despacio, fue recorriendo las palabras, y al terminar la misiva, se quedó en silencio, casi en blanco, lo que lo obligó a volver a leer.

Esto era grave; Gail estaba engañando a un par del reino, uno muy importante, haciéndose pasar por Emma de Dunster. Suplantación, engaño, traición. Cada una de esas culpas llevaba a la pena de muerte. ¿Pero qué estaba pasando por la mente de su hija?

Salió de nuevo para buscar a Maud y hacerle muchas preguntas, pero entonces se anunció la llegada de los condes de Albermale.

No conocía a Roderick de Albermale, pero sí que había escuchado de esa casa. Tenían un gran poderío militar, eran ricos, cercanos al rey. Se rumoraba que Eduardo I quería casar a Roderick con su hija, pero esta era apenas una niña de once años, y al parecer, el conde se había adelantado consiguiendo esposa por su cuenta.

La elegida había sido Emma de Dunster, la dama a la que Gail servía desde hacía poco más de un año, y a la que suplantaba.

Los vio bajar de una carroza y el conde de Warenne, personalmente, los recibió en la entrada. Él, desde las sombras, los observaba.

Los ojos de su hija se posaron de inmediato en él, rogándole, suplicándole, y también, feliz de verlo.

No pudo evitar admirarse; ella estaba preciosa, luciendo un vestido lujoso, su cabello y piel brillaban, y tomaba el brazo del conde de Albermale con mucha cercanía. En general, parecían íntimos, y debían serlo.

Su hija con marido.

Había deseado con toda su alma conseguirle uno antes de venir a Londres; uno entre los mejores del reino, pues ella se lo merecía, pero le fue imposible. Su corazón casi se rompió cuando la tuvo que dejar en la casa del barón de Dunster como dama de compañía. Rechazó con fuerza la propuesta de hacerla la baronesa, arriesgándose a que su hija nunca consiguiera marido, y he aquí, ella lo había hecho por sí misma. Nada más, y nada menos que a Roderick Montfort, conde de Albermale.

No pudo evitar soltar una risita. Trabajaba para la casa de Warenne como secretario personal del conde; llevaba sus cuentas y administraba sus bienes con dedicación… y precisamente aquí habían venido a dar los Albermale.

Fue presentado como un amigo cercano más que como un empleado. Warenne a veces se sentía extraño dándole órdenes a otro conde, por lo que lo trataba más como un amigo, de modo que estaría en la mesa con ellos esta noche.

La condesa de Warenne acogió a la de Albermale con amabilidad, y les presentó a sus hijos, chicos adolescentes que hicieron reverencias y agradecían o refunfuñaban por haber sido sacados de las clases con sus tutores.

Se mantuvo en silencio durante casi toda la cena, y al principio ella también, pero no era el papel que le correspondía; debía mostrar gracia y

habilidades sociales, y Gail lo hizo. No, lady Emma lo hizo.

—¿Hace cuánto tiempo estáis casados? —preguntó lady Jenna, condesa de Warenne. Había aprobado al instante a lady Emma.

—Sólo cuatro semanas —contestó Emma sonriente, con el sonrojo propio de las recién casadas.

—Y dos semanas las pasasteis viajando. Qué terrible —bromeó lord George de Warenne, y Roderick sonrió en respuesta.

—El rey no nos dio espera. Y si tardábamos más, habríamos tenido que viajar en invierno.

—Cumplida la orden de presentaros ante su majestad, podréis pasar la temporada en la ciudad y disfrutar un poco. Aún tendríais un poco de tiempo para volver antes del invierno.

—Así es. Además, escuché decir a lady Emma que quiere visitar los mercados de la ciudad y adquirir algunas cosas —dijo Roderick mirando a Emma con los ojos llenos de miel.

Él la amaba, pensó Ethan, y el peso de su corazón se fue aliviando.

Si la amaba, no la mataría cuando la descubriera, porque era seguro que la descubriría algún día.

Miró a Emma deseando poder hablar con ella a solas, pero tendría que ser en otro momento.

Luego de la cena, los caballeros se fueron a una sala para beber un trago de vino con cierta libertad, sin molestar a las damas, y mientras, lady Jenna condujo a Emma hacia otra. También querían cotillear con libertad.

Roderick paladeó el vino admirando su suavidad y sonrió mirando a los condes frente a él. Lord Leinster había permanecido silencioso casi toda la velada, y tenía curiosidad, pues se había sentido estudiado por él.

—Me disculpo, lord Leinster —dijo con una leve inclinación—. Pero no había escuchado hablar de vos antes.

—Ah, eso es porque ahora no soy nadie —sonrió Ethan encogiéndose de hombros, y George lo miró de reojo.

—¿Por qué decís algo así?

—Soy conde —siguió Ethan mirando fijamente a Roderick, como si buscara alguna reacción—. Pero ya no poseo tierras, ni oro. Debido a algunas políticas del rey… y un par de percances, lo perdí todo. Tuve que dejar a mi hija en manos de alguien más, y venir a la ciudad para trabajar. Llevo un año sin verla, y… la echo de menos.

—Pero no creáis que se ha quedado en un rincón lamentando sus pérdidas —intervino George con una sonrisa—. Es un hombre listo, me ha hecho ganar mucho dinero.

—Pronto… podré ir en busca de mi hija —dijo Ethan—. Deseo mucho casarla con un buen hombre.

—Así será, lord Leinster —contestó Roderick con gravedad. Él sabía lo que era perder a la familia, no verlos, así que simpatizó al instante con lord Leinster. Sobre todo, porque parecía ser un hombre muy resiliente, pues la pobreza no lo había estancado.

—Pero hablemos de cosas más agradables —dijo Ethan sonriendo—. Habladme de Albermale, habladme de vuestra condesa—. Roderick sonrió, y complació al lord. Con cada palabra que decía, Ethan se sentía más tranquilo. Su hija era amada y respetada, sin embargo, eso no le quitaba lo mentirosa.

Al despedirse, los jóvenes condes prometieron invitarlos de vuelta para tomar el té, y Emma volvió a mirar a lord Leinster dejándole así muchos mensajes. Pronto volverían a verse.

Al día siguiente, Emma y Roderick aprovecharon que había buen tiempo y visitaron una de las plazas más populares de Londres. Con Maud y un par de caballeros como escolta, era inevitable llamar la atención, y en varias ocasiones fueron interceptados por niños pidiendo limosnas, o vendedores pertinaces.

Al regresar, encontraron la visita de lord George y su acompañante, lord Ethan. Emma miró a su padre con cierto temor, pero él la saludó con normalidad. Tenía que encontrar tiempo para hablar con él a solas, pensó.

Dejó solos a los caballeros, y estos pronto iniciaron una partida de ajedrez, en el que más pasaron hablando que jugando. Emma escuchó risas desde su habitación, casi siempre, de lord George, que en general era un hombre alegre y disfrutaba de la compañía de sus pares.

Se alegraba por Roderick; si bien en el castillo contaba con amigos, estos eran caballeros, y siempre lo trataban con deferencia. Aquí era un igual, y podía relajarse un poco más.

También, esperaba que se hiciera amigo de su padre, que éste se ganara su confianza; si iba a decirle la verdad a Roderick, se avecinaban tiempos duros.

—Y vos, lord Leinster —preguntó Roderick, luego de una larga sesión de preguntas acerca de su vida donde casi lo destriparon—. ¿Tenéis esposa? —Ethan hizo una mueca llena de pesar.

—La tuve. Falleció hace cinco años dando a luz a nuestro hijo.

—Oh. Tenéis un hijo.

—No. Él también falleció—. Roderick guardó silencio. Ethan elevó la mirada a él, y notándolo apesadumbrado, sonrió—. Son los designios de Dios.

—No estoy de acuerdo.

—Los partos son la razón principal de la muerte de las mujeres —indicó George mirando el tablero muy concentrado. Como siempre, Ethan le estaba dando una paliza.

—No tiene que ser así —intervino Roderick—. Las prácticas en Albermale han ayudado a que esas muertes disminuyan. Nuestros niños también sobreviven—. George miró a Roderick.

—Eso es verdad—. Ethan sonrió con tristeza.

—A partir de allí… todo cambió para mí. Como si… un manto negro de mala suerte y tristeza cubriera mi casa… El rey aumentó la carga fiscal, mis ingresos se redujeron. Tuve un par de pérdidas importantes y caí en quiebra cuando mis deudas superaron mis bienes. Todo de un momento a otro… Pero estoy trabajando. Con la ayuda de lord Warenne mis deudas están a punto de desaparecer.

—Y no eran cualquier cosa —volvió a murmurar George sin levantar la mirada del tablero, haciendo al fin un movimiento y llevándose el alfil de Ethan. Éste, como si lo hubiese estado esperando, movió a su reina.

—Jaque —dijo. George refunfuñó.

Roderick se había quedado pensativo por la historia de lord Leinster. Por muchos años se había sentido así, como si, desde la muerte de Darius, su hermano mayor, un manto de mala suerte y tristeza cayera sobre Albermale. Como único sobreviviente, sentía mucha carga, y eso que las riquezas de la familia no habían disminuido.

Y ahora también sentía miedo por Emma. Si acaso la embarazaba y el parto se complicaba…

No. No está embarazada por ahora, se dijo. Puedo evitarlo un poco más si tenemos cuidado. No sucederá lo mismo…

—Lord Leinster —dijo de repente, y éste lo miró—. Si os puedo ser de ayuda en algo, no dudéis en acudir a mí. Las puertas de Albermale están abiertas para vos—. Ethan se enderezó en su asiento mirándolo fijamente. Sus ojos brillaron, y una sonrisa se dibujó suavemente en su expresión sorprendida.

—Lord Albermale, no os imagináis cuánto aprecio vuestras palabras. Sois todo un caballero… estoy aliviado.

—¿Aliviado? —preguntó George con seriedad. Ethan miró a uno y a otro tratando de disimular su apuro por el paso en falso que acababa de dar—. Ya veo que mi ayuda, para vos, ha sido cualquier cosa —siguió el conde de Warenne—. ¿Aliviado porque Albermale os presta ayuda?

—Vos seréis siempre mi mejor amigo —replicó Ethan con una sonrisa. Roderick no pudo evitar reír. Parecían dos niños ahora mismo, y ambos eran adultos en sus treinta y cuarenta años.

Algo le decía que lord Ethan podía llegar a ser otro aliado. Si le ayudaba a recuperar su posición anterior, se convertiría en una gran fuerza.

Y Albermale podía ayudar. Tenía los recursos, la influencia, y ahora, la voluntad.

12

Los Albermale fueron llamados de nuevo al palacio, pero esta vez, por capricho de la reina para invitarlos a una cena informal. Lo que la reina llamaba informal era incomprensible para Emma, y se dio cuenta de que no fueron los únicos invitados; aquello parecía una fiesta en toda regla.

Emma había notado que al principio los otros nobles la habían tratado con cierto recelo, y le hablaban como si esperase que fuese muy tonta. Imaginaba que se debía a los rumores que había de la verdadera Emma, y le sorprendió que llegasen tan lejos, pero estuvo muy presta a sacarlos de su error, haciéndoles ver que no era nada tonta, y que veneraba a su marido.

También, comprendió que tener el favor del rey era importante, pero la aceptación de la reina lo era aún más si se quería entrar con pie derecho en la más alta sociedad. Tener un título y riquezas no era suficiente. Siendo un círculo tan cerrado, cada nuevo miembro era inspeccionado con lupa y pasado por estrictos filtros antes de ser aceptado.

Esa cena fue una especie de primera etapa. Hablaron de arte y cultura, religión y política, pero notó que siempre la increpaban a ella, pocas veces a Roderick. La que estaba en estudio era ella, no él.

Afortunadamente, Emma, en sus buenos tiempos, dedicó tiempo no sólo a la equitación y a la cacería, sino que junto a sus tutores y su madre participó de coloquios y justas verbales, como las llamaba ella. Era buena argumentando sus ideas, y lo demostró cada vez que pudo.

Lamentablemente, para Roderick, el brillo de su esposa atrajo también atención indeseada, y allí estaba el conde de Lathom elogiando de más a su esposa, siendo demasiado cercano, y haciendo comentarios atrevidos sobre ella. Roderick sólo lo miró con el asesinato pintado en la cara, pero a él parecía traerle sin cuidado, y aquello lo molestaba más. Sin embargo, no podía molestarse con Emma por esto; ya sabía cómo eran algunos nobles, que no discriminaban a la hora de encapricharse con las mujeres, pero si seguía en esa tónica, el conde de Lathom tendría serios problemas con el conde de Albermale.

Después de la invitación de la reina, a su casa llegaron decenas de invitaciones a otras actividades. A pesar de ser avanzado el otoño, muchos

nobles permanecían en la ciudad y por lo tanto, había cenas y bailes a los que asistir.

—Tendremos que elegir —dijo lady Maud mirando la pila de invitaciones, notando que algunas fechas se superponían—. No podréis asistir a todas.

—A menos que el conde y yo de un momento a otro obtengamos la habilidad de estar en dos lugares al tiempo, me temo que no —sonrió Emma, y en el momento, un lacayo llamó a la puerta apareciendo en el umbral.

—Mi lady, lord Ethan Russell, conde de Leinster, solicita una audiencia —dijo con tono acartonado, y Emma se puso en pie al instante mirando a Maud.

—Hazle pasar —dijo con voz entrecortada, y empezó a pasearse de un lado a otro sintiéndose nerviosa.

—Estad tranquila, mi lady —le pidió Maud—. Lord Roderick tarda un poco en llegar, así que podréis hablar tranquilamente…

—No es eso lo que me preocupa.

—Bueno, me quedaré aquí junto a vos, así nadie tendrá nada extraño que opinar…

—Tampoco eso, lady Maud… —y entonces le dirigió una mirada llena de miedo—. ¿Y si… papá me odia por lo que estoy haciendo? —preguntó. Maud tragó saliva.

—Estamos a punto de averiguarlo —dijo, y al momento, lord Leinster fue anunciado en su puerta.

Padre e hija se miraron el uno al otro, y en cuanto el lacayo les dio privacidad, Emma dio unos pasos vacilantes hacia su padre. Hoy, por fin, podrían hablar con relativa privacidad. La presencia de Maud era imprescindible, pero al ser parte de la familia, se podrían sincerar.

—Hoy por fin he encontrado el momento para hablar a solas con vos —le dijo Ethan con seriedad, y Emma empezó a juguetear con sus manos—. Vine a que me explicarais qué exactamente ha sucedido para que… cometáis una locura como esta.

—Padre…

—Y a veros, hija —dijo él acercándose, cerrando la distancia entre los dos, todas las distancias, y abrazándola con afecto—. Y abrazaros otra vez al fin

—. Emma lo apretó fuerte en sus brazos cerrando los ojos con fuerza, llena de alivio. Las lágrimas saltaron al instante y sonrió.

—Gracias por no odiarme.

—¿Odiaros? ¿A mi única hija? —preguntó él secando tiernamente sus lágrimas—. He criado a una mujer sensata, lista y de pensamiento rápido, y sé que no haríais algo así si no hubiese fuertes motivos—. Ethan se separó de ella tomando suavemente las manos de Emma entre las suyas y mirándola fijamente—. Decidme todo, contadme qué pasó—. Emma asintió, y mientras Maud se encargaba de pedir aperitivos y un buen té, Emma condujo a su padre a un asiento y empezó a contarle en detalle lo sucedido en la casa de Dunster.

Habló rápido, pero sin prisa. Quería cubrir todos los eventos posibles antes de la llegada de Roderick, que paseaba a caballo junto a otros lores en alguna parte de la ciudad.

—¿Lord Dunster estuvo de acuerdo con eso? —Emma asintió dándole un último sorbo a su taza de té. Ethan sonrió con cierto desdén.

—Es un hombre codicioso —dijo Emma en voz baja—. No habría querido perder el prestigio que está unido a la casa de Albermale… Antes me pareció una exageración, pero con nuestra visita a Londres he comprendido el poder que tiene ese nombre…

—Su majestad aprecia mucho a lord Roderick, pues le ha hecho ganar territorios en sus batallas. Le debe mucho, y paga su deuda con gratitud y elogios…

—Parece que vos también apreciáis el valor del nombre de mi marido—. Ethan la miró seriamente.

—Es un hombre poderoso… por eso es grave lo que estáis haciendo. Si él descubre lo que le hicisteis, y decide no perdonaros… arderá Inglaterra—. Emma bajó la mirada, sintiendo miedo otra vez—. Pero también vi… lo dulce que es con vos, lo bien que os trata. —La mirada de Emma volvió a elevarse, esta vez, con un brillo inconfundible—. Sin embargo, hija, debemos estar preparados para lo peor, esperando lo mejor.

—Tengo planeado revelarle la verdad cuando haya dado a luz a su hijo.

—¿Estáis…?

—No. Aún no…

—Daos prisa, entonces.

—¿Estáis de acuerdo con que lo haga así?

—No hay otra manera—. Emma miró a Maud, que apretó sus labios levemente—. Mientras tanto, sed en extremo prudentes. Yo trataré de allanar el camino en caso de que todo salga mal—. Cuando Emma lo miró interrogante, se explicó: —si acaso os repudia, usaré todo lo que tengo para protegeros—. De inmediato, los ojos de Emma se llenaron de lágrimas, y no pudo evitar cubrirse la boca con una mano evitando el llanto. Ethan se aproximó a su asiento arrodillándose frente a ella y le tomó las manos

—Lamento tanto poneros en esta situación.

—No, hija. Yo agradezco que hayáis logrado sobrevivir. La disyuntiva en la que os encontrasteis en aquel momento fue extrema… no tuvisteis opción —. Emma tragó saliva asintiendo y secando sus lágrimas—. Además… creo firmemente que el conde os ama.

—No me lo ha dicho.

—¿Necesita hacerlo?

—Eso digo yo —intervino Maud, acercándose a la pareja de padre e hija—. Lo demuestra con hechos…

—De todos modos, prefiero esperar a tener un hijo. Ojalá nuestro primer bebé sea un varón; con el heredero en mis brazos… me odiará menos. Padre, no quiero perderle… le amo.

—Ya lo sé —sonrió Ethan, y suspiró—. He podido verlo, lady Albermale, que los condes se aman—. Ella se echó a reír, y cuando Ethan se puso en pie, ella le imitó sin soltar su mano. —No os imagináis cuánto os he echado de menos. Lamento tanto no haber podido protegeros… que hayáis tenido que abandonar el hogar de esta manera…

—Son los designios de Dios —dijo ella, y lord Ethan, en ese momento, recordó la opinión de lord Roderick con respecto a aquel tema.

No estaba de acuerdo.

Pero ¿qué podía hacer al respecto, más que intentar seguir adelante?

—También puede suceder que al conde le importe muy poco quién seáis realmente —dijo Ethan soltando la mano de su hija y caminando alrededor de la sala—. Que os ame con tal locura, que al contrario, agradezca al cielo

el intercambio de damas en el camino—. Emma volvió a reír—. Mi hija es, después de todo, la joya de más valor en todo el reino.

—Oh, basta.

—Le han cambiado un pedazo de carbón por una joya preciosa. Yo estaría feliz.

—¡Basta, padre! —rio ella de nuevo, y el ambiente se distendió bastante.

Rato después llegó Roderick, con el cabello un poco despeinado por las actividades recientes, y las mejillas arreboladas, tan guapo que Emma tuvo el impulso de colgarse de su cuello y besarlo, pero se abstuvo fuertemente.

Él la miró con una sonrisa, y saludó con aprecio al conde, sin extrañarse por la inesperada visita; por el contrario, lo invitó a cenar con ellos, y excusándose, pidió un baño.

—Le gustan los baños al lord —comentó Ethan, y Emma hizo rodar los ojos.

—No os hacéis a una idea. Pero está bien, yo también empecé a aficionarme a ellos… —Ethan la miró fijamente por un momento, y bajando las comisuras de sus labios, asintió.

El gemido de Emma, esa noche en la cama, tuvo que ser ahogado por una almohada rápidamente. Estaba segura de que se había escuchado en toda la mansión, y si así era, no tendría cara para mirar a los sirvientes al día siguiente.

Cada vez, las actividades del dormitorio junto a su marido eran mejores. Cada vez, él encontraba nuevas formas de volverla loca, y también, cada vez, ella se desinhibía un poco más. Ahora mismo, ella estaba apoyada en sus codos y rodillas dándole a él la espalda, mientras Roderick le sostenía la cintura y empujaba duro dentro de ella. Ya no sabía cómo le gustaba más, sólo le permitía tomar su cuerpo y hacer con él lo que quisiera, realmente.

Con el cabello largo, suelto, y pegado a la piel por el sudor, disfrutando cada embate dentro de su cuerpo, Emma disfrutó el camino del placer hacia su punto más álgido y rápidamente llegó al éxtasis, más que con un gemido, con un gruñido, y, temblorosa, se dejó caer en el colchón. Acto seguido, él empujó con más fuerza y rápido llegando a su propia cúspide y derrumbándose encima de ella por un corto momento.

Moviéndose suavemente, salió de su cuerpo y se rodó hacia un lado mirando el dosel de la cama boqueando por aire, y en ese momento Emma lo vio tan hermoso a la luz del fuego, y tan suyo, que sonrió.

Cuando envejeciera, y ya sus huesos no pudieran sostener su propio peso, recordaría estos momentos y sonreiría, pensó. Era demasiado feliz.

Demasiado, y eso daba miedo.

—¿Estáis bien? —preguntó él con la voz agitada, y ella asintió.

—¿Por qué no lo estaría?

—A veces… siento que uso demasiada fuerza.

—Soy resistente.

—Sí, eso veo —sonrió él extendiendo una mano a ella para acariciar su cabello, pero poco después la dejó caer, sin mucha fuerza en sus miembros. Emma se movió en la cama, acercándose más a él, acurrucándose a su lado, y él la acogió sin moverse aún.

—Os amo —dijo ella en un susurro, y eso lo sorprendió—. Nunca lo olvidéis, lord Albermale. Vuestra esposa os ama con todo su ser—. Él sonrió.

—Nunca olvidaría algo así—. Ella sonrió, pero por más que esperó, él no devolvió aquellas hermosas palabras.

Un nudo se formó en su garganta, y se quedó en silencio, muy quieta entre sus brazos, por largo rato, y cuando escuchó al fin su respiración acompasada, se movió cuidadosamente y salió de la cama.

Miró a través del cristal de la ventana la luna llena, juntó sus manos y elevó una oración al cielo desde lo más profundo de su corazón. Tal vez Dios no escuchara las oraciones de una mentirosa, pero estaba desesperada.

Durante las semanas en Londres, pasearon y visitaron parques, asistieron a cenas y bailes de otros condes, participaron de un festival de otoño disfrutando de comidas, y fueron de caza. Algunos días decidían pasarlo tranquilamente en casa jugando alguna partida de ajedrez, haciendo lecturas en voz alta, o simplemente, conversando.

Tenían obligaciones como condes, a pesar de que estaban en la ciudad, pero no había tanto que hacer como si estuviesen en el castillo.

También habían pasado tiempo con los condes de Warenne, pero sobre todo, con su padre. El conde de Leinster se había ganado la confianza de Roderick, y viceversa, y dado que Emma también disfrutaba de su compañía, a menudo era invitado para dar paseos o cenar.

En un par de ocasiones, también, el conde de Lathom se apareció sin previo aviso en la casa de los condes. Una de esas veces, Emma simplemente lo miró sintiéndose furiosa, deseando exigirle que la respetara, ya que era una mujer casada.

—Vaya, conde —saludó Emma con una simple reverencia, rodeada de su dama y su doncella en medio de su sala, mirando al indeseado visitante sin sonreír—, os habéis aficionado a visitar la mansión Albermale cuando su anfitrión no se encuentra.

El hombre rubio y de ojos azul pálido la miró con una leve sonrisa. No podía negarse que era atractivo, encantador, y bastante listo, pero Emma no podía verlo más que como un atrevido.

—Mi lady, estoy a vuestros pies. Vuestra belleza me ha encandilado de tal manera que a veces pierdo las formas.

—No las perdáis, conde. Mi marido es excelente tanto en el uso de la espada, como en el arco. No queréis enfrentaros a un poderoso guerrero como él.

—¿Y por qué tendría que enfrentarlo? —ella lo miró incrédula. Se estaba haciendo el tonto, pensó. No había otra explicación—. Estoy aquí de manera inocente visitando a una dama que además de hermosa, es lista e interesante.

—Y casada—. Lathom se echó a reír.

—Sí, lamentablemente. Pero eso no impide que podamos tener una amistad.

—Ya tengo amigos.

—Oh. Qué dura sois.

—Lamento no poder atenderos —dijo ella mirando a su dama y su doncella —, pronto partiremos de vuelta a casa, y tenemos mucho que embalar.

—Entonces, lady, ¿no volveré a veros? —ella lo miró hastiada.

—No —fue su simple respuesta, y lo dejó solo en la sala, bajo la adusta mirada del mayordomo, que esperaba para indicarle la salida. Se alegraba

de que la lady tuviera carácter y no temiera ser dura con un conde, pues a este hombre había que ponerlo en su lugar.

—¿Por qué es tan insistente? —preguntó Maud cuando estuvieron en su habitación—. ¿Se ha perdido la vergüenza entre los solteros de esta ciudad? —Emma ni siquiera contestó, consideraba que no había necesidad de dedicarle un solo pensamiento a tan desagradable sujeto.

Se hizo el momento de partir, y Emma y Roderick lamentaron y se alegraron a partes iguales de que su tiempo en la ciudad se hubiese terminado. Ambos extrañaban el castillo, la tranquilidad de la campiña, la ausencia de invitados indeseados. De todos modos, y tal como correspondía, Roderick extendió invitaciones a algunos para que fueran a Albermale cuando lo consideraran prudente, y así, luego de empacar todo nuevamente, emprendieron el camino de regreso.

—¿Es todo lo que sabéis? —le preguntó Sir Homer a una doncella, que, de pie y temblorosa ante su mesa, se apretaba una mano con la otra, miraba al suelo, y asentía—. Eso no es nada, no me sirve.

—Lo siento, sir.

—Conseguid algo más; pruebas, testigos, lo que sea, pero no vengáis sólo con historias.

—Lo intentaré, sir.

—No lo intentéis, hacedlo. Fuera de aquí —la doncella, sin necesitar que le repitieran la orden, salió apresurada del salón de la administración, y sir Homer resopló poniéndose en pie y caminando inquieto por la estancia.

Pronto regresarían los condes, y si bien todo este tiempo él lo había usado buscando y buscando al interior del castillo, había sido infructuoso. No había nada entre estas paredes, no había conseguido nada, y ya había recibido advertencias de sus señores.

No podían permitir que Albermale otra vez creciese y se fortaleciese con la llegada de un heredero, y era altamente probable que la condesa regresara preñada de Londres.

Maldición, pero no encontraba nada que pudiera satisfacer a sus señores. Y lo peor era que ni siquiera estaba seguro de lo que debía encontrar. Sólo quedaba un lugar donde era altamente probable que el castillo guardara un secreto, y era la recámara del lord, y a pesar de que en las largas ausencias del lord había entrado y salido de ella, revisando cada rincón posible, cada arcón, cada grieta en la pared, no encontró nada.

Salió del salón y caminó por el patio de armas mirando alrededor, con las manos enlazadas en su espalda, observando a los criados.

Tenía muy pocos de ellos a su favor. Había comprobado que la lealtad de estos plebeyos era inquebrantable la gran mayoría de veces, y había tenido que deshacerse de algunos cuando rehusaron trabajar para él, porque el riesgo de que se lo contaran al conde era demasiado alto. Así, aunque las muertes por enfermedad eran pocas aquí, las causadas por accidentes eran las mismas de siempre.

También tenía soldados de su lado, caballeros que trabajaron desde siempre para él, o para los señores a los que también él servía. Habían tenido que ingresar al castillo de uno en uno, en diversas circunstancias, en diferentes momentos, para no levantar sospechas. Aun así, si quería un día amotinarse y rebelarse contra el conde, el número sería insuficiente.

Además, lord Roderick, maldito fuera, era demasiado bueno con la espada. Él sólo hacía por diez caballeros, y sus soldados, hacían por diez hombres normales. Enfrentarlo en un uno a uno era descabellado, por lo que las posibilidades se reducían al ataque a traición, tal como con lord Simon.

Dejó salir el aire y miró a lady Sibyl, que hablaba con Edith mientras caminaban juntas hacia el interior del castillo.

También podía debilitar la influencia de la lady con lo que acababa de oír. Al parecer, lady Sibyl había comentado algo acerca de la lady que ponía en entredicho su legitimidad como dama del reino. La doncella que la había escuchado entendió algo como que lady Emma no era una lady en verdad, y aunque al principio aquello le pareció un disparate, pues del mismo modo que él no podía fingir ser un músico, una plebeya no podía fingir ser una dama, la idea era interesante.

Si bien la prioridad era matarla, luego del fracaso con el caballo desbocado debía andarse con cuidado, dejar que el tiempo transcurriera tranquilamente

hasta que lord Roderick volviera a aflojar la vigilancia sobre ella; mientras tanto, podía jugar un poco con la paz mental de ambos.

Sí, era un asesino, pero también disfrutaba de otro tipos de desgracias.

13

Desde que entraron al territorio de Albermale, Emma sintió que tanto Roderick como los demás caballeros que les acompañaron en este viaje aflojaron la vigilancia. Incluso, Roderick dejó un momento su caballo y viajó con ella en el carruaje. Maud entendió que deseaban privacidad, por lo que se fue en el segundo carruaje. Así, Roderick no tuvo ningún reparo en recostarse en sus piernas y cerrar los ojos. Emma sonrió acariciando su cabello, mimándolo un poco. Había sido duro para él.

En el castillo los esperaban con ansias, y en cuanto Emma puso un pie en tierra, la asediaron con informes y preguntas. Había novedades; Judi, una de las doncellas que la acompañó desde Dunster, había desaparecido.

Emma miró a Sibyl, que fue quien le dio el informe, llena de miedo.

—¿Qué? —preguntó consternada. Roderick de inmediato exigió un informe completo de lo sucedido, y todo indicaba que la chica había salido de los muros junto a otras doncellas para cumplir con sus tareas, y las demás habían regresado, pero ella no. Habían revisado meticulosamente la zona, pero no había rastros de la joven.

Emma tragaba saliva mirando a Maud, pero esta se mantuvo impertérrita. Ninguna de las dos quería pensar en lo peor, pero era inevitable.

—No os preocupéis, Emma —le pidió Roderick tomando su rostro con delicadeza—. La encontraremos.

Pero según el informe, Judi llevaba ya dos días desaparecida. Estaba iniciando el invierno, pero ya las noches empezaban a helar. Era poco probable que estuviera viva y a salvo.

En su habitación, a solas, Emma se daba un baño con la ayuda de Sibyl, que no paraba de hablar de cómo había sido el día en que Judi desapareció, y todos los pormenores de aquel evento. Emma miraba a Thea; sabía que ella y Judi eran muy amigas, así que debía sentirse muy afectada.

—La encontraremos —prometió Emma—. Estoy a cargo de vuestra seguridad, haré todo lo que esté en mi mano para traerla de vuelta.

—Pero, lady Emma —susurró Thea—, no creo que siga viva —una lágrima rodó por la mejilla de la joven—. Cada hora que pasa, tengo menos esperanza.

Emma tragó saliva, sintiendo que nada de lo que dijera podía ayudar ahora. Aunque los accidentes eran comunes entre los sirvientes de un castillo, y estos a veces les costaba la vida, en Albermale estos eran escasos. La mayoría de personas aquí tenían sus dedos y miembros completos, ambos ojos sanos, buena dentadura, y etcétera, pero aun así, la gente moría.

—De todos modos, estoy segura de que los caballeros no pararán hasta encontrarla… así sea sólo su cuerpo, para darle cristiana sepultura—. Thea tragó saliva y asintió.

Cuando estuvo vestida y a solas, Emma se sentó en un asiento de su recámara terminando de secar su cabello, y entonces, una idea se fue formando en su mente. Quiso desecharla, pero fue persistente.

Primero, alguien había saboteado su yegua provocando que esta se desbocara, pudiendo provocarle la muerte, y ahora, su doncella desaparecía. ¿Tendría esto alguna conexión? ¿O eran sólo ideas suyas?

Pero ¿quién la odiaba tanto? ¿Por qué?

Al día siguiente de la llegada de los lores, llegó un mensaje para sir Homer. Era corto, conciso: Destruye Albermale, decía.

Destruir Albermale. Eso significaba matar también al lord.

¿Qué había pasado para que cambiaran de idea? Si Roderick Montfort moría, Albermale volvería a la corona, o aparecería un primo a tomar su lugar. Sea cual sea el resultado, él sería removido como administrador, y hasta podía ser despedido del castillo si así le apetecía al nuevo lord; de ese modo, jamás podría encontrar el secreto de este feudo.

¿Por qué iba a tirar por la borda once años de duro trabajo? ¿Por qué rendirse ahora? ¿Habían abandonado toda esperanza? Muy cierto era que a sus señores poco le importaba el trabajo adelantado hasta ahora, y mucho menos, lo que él deseara.

Había vivido cómodamente en Albermale los últimos años, se había enriquecido un poco, también. Pero lo que más deseaba era saber la verdad. Conviviendo con estas personas, entendió que Albermale era diferente de todo lo que había conocido antes, lo comprobó con lord Simon, cuando enriquecía de manera alarmante tomando siempre las mejores decisiones, como si alguna voz misteriosa lo guiara. No había notado lo mismo en Roderick, pues este, aunque era sensato y trataba de tomar las mejores

decisiones siempre, había cometido más errores que sus antecesores, y aun así, sobresalía entre los demás lores.

No obstante, se había propuesto llegar a la verdad.

Caminó hacia la chimenea más cercana y lanzó allí el pedazo de papel con la orden, y mientras la nota ardía, frunció su ceño sintiéndose estafado. Todo el esfuerzo puesto en la búsqueda de la verdad se iba a desperdiciar. ¿Qué pasaría si acaso no lo mataba?

Podía herirlo, y luego, apresarlo. Estando al borde de la muerte, confesaría todos los secretos de Albermale, si es que los conocía.

Había una posibilidad, pensó apretando los labios. Ahora, tendría que idear la manera de llevar todo a cabo; sus instrucciones debían ser precisas, todo debía estar bien calculado. Cualquier variante derivaría en fracaso.

Pasaron dos días, y el paradero de Judi seguía siendo un misterio. Roderick lideró la búsqueda con soldados especializados en este tipo de trabajo, y ya que conocían el terreno, debió ser fácil encontrar algún rastro, pero no fue así. Y se hizo más difícil cuando llegó un mensaje del rey. Como indicaba la norma, Roderick lo recibió personalmente, y lo leyó delante de todos. El rey le pedía volver a Gales, pues se habían presentado disturbios. Emma lo miró consternada, al igual que sus caballeros. Habían pensado que todo estaba bien en esa zona, pero al parecer, estuvieron equivocados.

Roderick miró al mensajero del rey fijamente, que, uniformado y sobre su montura, esperaba respuesta.

—No os conocía, sir…

—Sir Earl Simmons, de la casa de Beaumont, mi lord. Para servirle—. Roderick lo miró otro rato en silencio, y sus ojos volvieron a la carta del rey. Dejando salir el aire, dio la orden para preparar todo para el viaje, y al tiempo, ordenó que se le atendiera a los mensajeros del rey como correspondía.

Emma le tomó la mano y lo miró con tristeza. Tendrían que separarse, y quién sabe cuántos meses él estaría lejos. Roderick la condujo a una sala vacía y la abrazó.

—Volveré a salvo, mi señora —le prometió él—. Y lucharé con fuerza para que todo termine pronto.

—No quiero que os vayáis —dijo enterrando la cabeza en el amplio pecho. Sabía que era una petición muy infantil, una que él no podría cumplirle, pero no vaciló en expresar sus miedos y deseos—. No deseo separarme de vos. Acabamos de casarnos, ¿por qué el rey no os exonera de vuestro deber por esta vez? ¿Y por qué no os habló de esto cuando estuvimos en palacio?

—Los conflictos se desatan sin previo aviso, mi bella dama —dijo él, y Emma tuvo fuertes deseos de hacer un berrinche para liberar un poco de su frustración, pero luego consideró que sería tiempo mal empleado, y se limitó a abrazarlo con fuerza. Si él iba a partir pronto, podía usar mejor el día.

Roderick se ocupó de inmediato de todo lo necesario para el viaje, y repartió sus hombres para que el castillo no quedara desprotegido en su ausencia. Ahora que tenía una esposa, le parecía que dejaba un tesoro precioso aquí y un millar de hombres custodiándola no sería suficiente. Sin embargo, no podía presentarse en Gales con un ejército exiguo, así que tuvo que ser justo.

Esa noche volvió tarde a la recámara. La encontró en penumbra, iluminada sólo por la luz del fuego en la chimenea. Pensando en que Emma estaría ya dormida, trató de ser silencioso y pronto estuvo a su lado en la cama. Pero entonces, ésta se giró y se puso sobre él, tomándolo totalmente por sorpresa, pero inmediatamente después, sonrió.

—Ah, mi lady. Pensé que ya estaríais dormida—. Ella meneó la cabeza mirándolo muy seria.

—No sé cuánto tiempo os tomará volver —dijo—. No sé si serán sólo semanas, o meses… Y sé que os echaré muchísimo de menos, porque ya no sé vivir sin vos.

—Oh, Emma.

—Sólo prometedme que cuidaréis vuestra vida, porque es mi tesoro —los ojos de ella se habían humedecido—. Que no pondréis vuestra vida en riesgo más allá de lo necesario, y que recordaréis, que no importa el tiempo, o la distancia… vuestra esposa os estará esperando ansiosa a que volváis por ella—. Él apoyó una mano en el delgado cuello y presionó suavemente para bajar su cabeza y besarla.

—No dejaré de pensar en vos ni un solo día de mi vida —ella sonrió.

—¿Lo prometéis?

—Claro que sí—. Ella se acostó totalmente sobre él, abrazándolo, y Roderick suspiró pensando en que esta era, después de todo, su primera separación después de casarse; era normal que ella se sintiera ansiosa, y un poco insegura. Subió la mano desde su muslo hasta sus nalgas, y una vez allí, apretó suavemente, acomodándola poco a poco hasta encajar muy adecuadamente sobre él—. Y os extrañaré terriblemente —le susurró, y la respiración de ella empezó a agitarse—. Cada noche echaré de menos vuestro suave y cálido cuerpo —dijo, y besó la curva de su mandíbula—. Extrañaré escuchar vuestra risa, y vuestra voz—. Ahora besó su cuello, y ella se fue acomodando hasta que sus pechos estuvieron ante el rostro de él —. Y cuando la añoranza sea más fuerte y más dura, agitaré, si es necesario, lo cielos, para volver con vos—. Eso le hizo sonreír.

—Entonces, el conde es así de fuerte.

—Y determinado —dijo él, metiendo la mano entre los dos para acariciarla. Ella cerró sus ojos disfrutando del toque de los dedos de su marido—. Disfrutemos esta noche, mi lady. No pensemos en el mañana. Quedaos en esta noche, guardadla en vuestra mente hasta que vuelva—. Ella no dijo nada en un primer momento, pero luego asintió. También extrañaría sus caricias y el placer que de él obtenía, después de todo.

—Qué maravilloso sería —dijo—, que me dejarais un hijo esta noche.

—Pondré todo mi esfuerzo —dijo él, y cambió las posiciones quedando él arriba, y Emma soltó un gritito de sorpresa, mezclado con risa.

A la mañana siguiente, todo su contingente partió con el alba. Emma, a pesar del frío, salió hasta la puerta principal a despedirlo. Los soldados agradecían su gracia, pues les sonreía, bendecía sus armas y también a ellos para que volvieran con bien. Cuando al fin Roderick montó su caballo, le dedicó una última mirada y lideró la partida a través del rastrillo.

Una guerra en invierno, se quejó Emma para sí. Sentía que se avecinaban muchas noches de frío.

Se tocó el vientre deseando con toda su alma llevar allí un bebé. Era extraño que llevase ya tres meses casada y todavía no hubiese quedado encinta. Sin embargo, tenía fe en haber concebido esta noche, o las noches anteriores.

Pasados los minutos, el horizonte al fin empezó a clarear. Podía quedarse aquí mirando hacia la entrada sintiéndose sola y con el corazón triste. Sin

embargo, era la condesa, y tenía que asumir sus obligaciones. No había tiempo para contemplaciones.

Reunió a sus hombres, los que vinieron con ella de Dunster, y les pidió que siguieran buscando a Judi, y a pesar de que no se mostraron muy esperanzados de encontrarla con vida, prometieron seguir la búsqueda.

Era la primera vez que estaría en Albermale sin la compañía o el apoyo de Roderick, pero sentía que ya había ganado su propio respeto. Los sirvientes y caballeros la obedecían y escuchaban, y aquel primer día sin él se pasó demasiado rápido.

La cama se sintió demasiado amplia sin él, demasiado solitaria.

Metió más leños al fuego y se metió en la cama elevando al cielo una oración para él, y por el cansancio se quedó dormida muy pronto.

En la mañana, despertó antes al sentir que alguien se movía por la recámara, pero al abrir los ojos y mirar alrededor, la vio vacía.

—¿Maud? —llamó, pero nadie contestó. Era extraño. Habría jurado que sintió pasos y voces—. Thea, ¿sois vos? Oh, me he despertado un poco temprano, pero… —se detuvo cuando encontró una nota sobre una pequeña mesa.

"No sois lady Emma de Dunster", decía el mensaje. "Habéis mentido al conde y al rey. Vais a morir".

Miró la nota fijamente llena de terror. Alguien había descubierto su secreto, y ahora la estaba amenazando. Los fuertes latidos de su corazón parecieron ensordecerla, y empuñando la mano, arrugó el pedazo de papel. Se giró hacia la puerta dispuesta a buscar ayuda, pero a tiempo se dio cuenta de que sólo vestía una bata de dormir, y buscó un vestido para ponérselo de inmediato.

No logró atarse por sí misma las cintas en la espalda. Por más que llamó a Maud y a Thea, estas no acudieron a ella, lo cual era demasiado extraño, y cuando por fin, vestida y calzada, se dirigía a la puerta, vio a un hombre alto y grande bloquearle el camino.

—Sir Wendell —susurró ella.

Era una ofensa que un caballero entrara a las recámaras de una mujer, y especialmente, entrar sin autorización a la de la condesa le reportaría un grave castigo, pero él no parecía nada preocupado por eso, y además, la

miró de arriba abajo con expresión apreciativa, como si aprobara lo que veía.

Emma apretó los dientes dispuesta a gritar y luchar. Por alguna razón, este hombre se estaba sublevando, insubordinándose en ausencia de su señor, pero entonces comprendió: él conocía su secreto.

Tragó saliva y dio un paso atrás, pero mantuvo el mentón elevado y lo miró con autoridad.

—Fuera de mis aposentos, sir.

—La zorra sí que sabe dar órdenes —eso le hizo abrir grandes los ojos.

—Pedid perdón de rodillas, y consideraré perdonaros la vida—. Sir Wendell sonrió de medio lado cerrando la distancia entre los dos, y elevando su mano, la tomó rápidamente por la garganta. Emma intentó luchar, pero él fue demasiado veloz, y pronto se le hizo imposible respirar.

—Sería una lástima perder esto tan hermoso así de rápido —dijo cuando la tuvo desmayada en el suelo. La alzó en sus brazos, y caminando por encima de las brasas de la chimenea, se introdujo en el pasadizo secreto—. Tengo derecho a disfrutar un poco —dijo.

Roderick galopaba a toda velocidad de vuelta al castillo. No habían descansado en toda la noche, su caballo estaba exhausto, también él, pero no tenía otra alternativa, debía llegar pronto a Albermale.

El día anterior había avanzado sin novedad hacia Gales, un poco contrariado por haber tenido que dejar su hogar y a su esposa tan pronto después de la boda, y preguntándose con qué se encontraría en Gales.

Iba acompañado de sir Doug y Alfred, también Josh y otros más, que conversaban trivialidades para amenizar las largas horas de camino. Y entonces fue una broma acerca del mensajero del rey lo que introdujo una extraña idea en la mente de Roderick.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó Alfred pensativo—. ¿Beaumont?

—Sí, Beaumont —dijo Doug—. ¿No era esa una familia importante generaciones atrás?

—Sí, no recuerdo dónde lo escuché—. Roderick frunció el ceño entonces.

Tenía una habilidad, y era recordar fácilmente los nombres de las personas, pero ahora caía en cuenta de que este en especial lo había desoído. Tal vez por el impacto de la noticia, y porque su mente se había ocupado inmediatamente en lo que tenía que hacer, no cayó en cuenta inmediatamente.

—Earl Simmons —dijo de repente—. De la casa Beaumont. Los Beaumont… ya no tienen un título, cayeron hace mucho tiempo, y mi bisabuelo, Wulfric Montfort, crio a uno de sus descendientes. No hay una "casa Beaumont" —concluyó, ahora despacio, y detuvo a Mack.

Los caballeros tras él tuvieron que detener también sus monturas.

—¿En qué pensáis, mi lord?

—Sir Alfred, ¿tenéis con vos el mensaje del rey?

—Así es —respondió este sacando de sus pertenencias el preciado mensaje, y se lo extendió a Roderick, que lo leyó y releyó hasta memorizar cada palabra.

—¿Dudáis de algo, mi lord? —preguntó Doug frunciendo levemente el ceño.

Analizó el sello del rey, el papel, la tinta con que fue escrita, la caligrafía del mensaje mismo.

Había recibido muchos de estos mensajes antes, y las primeras veces tuvo cuidado de revisar la autenticidad de estos, pues, aunque interceptar o alterar un mensaje del rey tenía pena de muerte, todavía había quienes se arriesgaban a falsificarlos. Tal vez consideraban que la ganancia hacía que valiera la pena los riesgos tomados.

Su corazón se aceleró poco a poco.

No tenía ninguna razón para sospechar de la autenticidad de esta misiva, más que su instinto. Estaba dejando a Albermale desprotegida, y tenía enemigos; uno de ellos había intentado matar a su esposa anteriormente.

Miró el rostro de cada uno de sus caballeros más cercanos. Había traído a varios consigo, y dejado a otros en el castillo.

Podía estar siendo traicionado ahora mismo, pensó.

Tomó con firmeza las riendas de Mack y le dio la vuelta dirigiéndose de nuevo hacia el castillo.

—¿Mi… lord?

—Volveremos a casa —dijo como si nada, como si no estuviese desobedeciendo una orden directa de Eduardo I, rey de Inglaterra.

—Pero, mi lord… —Roderick siguió avanzando ante la mirada confundida y desconcertada de sus hombres. Los carruajes que lo acompañaban y que llevaban sus armas y suministros, obedientemente empezaron a maniobrar para dar la vuelta.

—Pero… Perdonadme, pero no podéis, mi lord —dijo Josh adelantándose y poniéndose a la par de Roderick. Doug y Alfred le acompañaron—. Si os necesitan en Gales, y no llegáis a tiempo… su majestad el rey podría tomar represalias contra vos.

—Sólo volveré a casa para comprobar que todo está en orden —insistió Roderick—. Una vez que vea que es así, retomaré el camino.

—¡Os tardaréis! Retrasaréis el viaje. Un día o dos podrían ser cruciales para… —sir Josh no siguió, pues de repente, la espada de Roderick casi rozaba su garganta.

—¿Por qué insistís tanto en que no vuelva a mi casa? —preguntó Roderick, y de inmediato Alfred, Doug y los demás caballeros se pusieron en guardia, con una mano en la empuñadura de sus propias espadas.

Alfred miraba a Roderick un poco sorprendido. Si bien era cierto que la insistencia de sir Josh era algo cansina, no ameritaba una amenaza de muerte.

—¿Qué está sucediendo, sir Josh? ¿Por qué contradecís una de mis órdenes?

—Sólo pienso… que desobedecer al rey es… castigado…

—¿Y en qué os afecta eso a vos?

—Mi señor… sólo me preocupo por el bienestar de Albermale.

—¿De verdad? ¿Vos y cuántos más?

—Mi lord, permitidme intervenir —habló entonces Alfred, que pensó que esta situación estaba escalando demasiado rápido—. Ya que os preocupa el estado del castillo… y la autenticidad del mensaje del rey, yo podría ir en vuestro lugar a comprobar que todo esté en orden.

—No —respondió Roderick de inmediato, sin quitar la mirada de encima de sir Josh, ni la espada de su garganta—. Iré yo mismo. Iremos todos.

—Lord Roderick —dijo ahora Josh, y Roderick notó que su mirada cambiaba—. No recibiré un castigo del rey por vuestra insensatez.

—Entonces, impedidme volver a mi casa —y antes de que terminara de hablar, otro caballero detrás de Roderick desenvainó apuntando contra el lord, y otro y otro más.

En un instante, sus caballeros estaban enfrentados entre sí, y la espada de Roderick atravesó la garganta de Josh, que había alcanzado a desenvainar, y empezó a ocuparse de los rebeldes.

Uno a uno, sus propios caballeros fueron cayendo ante sus ojos. Hombres que él mismo entrenó, acogió, y con los que llegó a compartir una noche de vigilancia, una cena, un vino, fueron cayendo.

No encontraba distinción entre unos y otros, entre amigos y traidores, y el terror se apoderó de su alma.

Pronto, pudo ver que Alfred luchaba a su lado, cubriendo su espalda, al igual que sir Doug, que, con heridas, seguía levantando la espada para defenderlo.

Más de la mitad de su contingente eran traidores, y eran buenos espadachines, además.

La luz del día empezó a declinar, y ellos seguían luchando en medio del camino, y entonces otra preocupación más se sumó: el castillo.

Si se habían tomado el trabajo de falsificar un mensaje del rey, es que ya tenían todo listo para dar un golpe grande. Si la mitad de sus hombres eran traidores, el castillo estaba totalmente desprotegido.

Con un grito de furia y de confusión, mató al último de sus caballeros traidores, pero no tuvo tiempo para hacer lamentaciones, y de inmediato le dio la vuelta a su caballo y se dirigió a Albermale.

Habían venido a paso ligero, y ya estaba oscureciendo, por lo que calculaba que les tomaría más de la mitad de ese tiempo volver al castillo; además, hombres y caballos ya acusaban el cansancio de un día de cabalgata más una batalla imprevista. Pero no podrían descansar.

Desanduvieron el camino. Hubo momentos en que tuvieron que reducir la marcha, y hasta pensó bajarse de Mack y seguir a pie. Lo sentía por su amigo, pero no podía darle descanso, y así, a marcha forzada, con el cuerpo entumecido, pero determinado, llegó por fin a Albermale.

Se apearon de sus caballos para vestir las armaduras, y tan pronto como estuvieron listos, retomaron el camino.

Y ni bien llegaron, fueron recibidos con flechas. Sus propias flechas.

Una de ellas cayó tan cerca que Mack se espantó, y tuvo que sostener sus riendas con fuerza para contenerlo.

Recularon, escondiéndose entre los árboles. Los saeteros siguieron disparando desde sus almenas, y Roderick, con voz agitada, gritó una orden.

Debían protegerse. Debían sobrevivir.

Su pecho subía y bajaba dándose cuenta de que nunca, ni en sus peores pesadillas, imaginó una situación así: él luchando contra su propio castillo, fuera de este, y planeando asediarlo para recuperarlo.

Y… Emma.

Era la condesa, se dijo. Seguro que estaba viva. Debían mantenerla viva, ¿verdad? Porque, en el momento en que la hirieran de alguna manera, perderían todo poder de negociación…

En el caso de que quisieran negociar.

El sol empezó a salir de nuevo, y Roderick miró a Alfred.

Tendría que confiarle un secreto que antes no había revelado, debía confiar.

—Hay… un túnel… que desemboca cerca de la cabaña de Fatima, y que lleva directo a mi recámara, al interior del castillo —dijo—. Entraremos por allí—. Alfred lo miró un poco sorprendido por la información, pero asintió, también Doug. Con él habían venido sólo una veintena de hombres que habían sobrevivido a la batalla, y que no eran traidores.

Azuzó a Mack y se dirigieron, ocultos por los árboles, hacia la cabaña de la curandera. Recibieron flechas, que afortunadamente no acertaron, hasta que estuvieron los suficientemente lejos.

Albermale no iba a caer, pensó Roderick sintiendo el corazón en su misma garganta.

Emma seguía viva, la recuperaría… y castigaría con la muerte a los traidores.

14

Lady Maud se acercó a la puerta de la recámara de lady Emma extrañada porque ésta no había salido a pesar de que el sol ya estaba alto. Entró junto a Thea encontrándola vacía, y eso fue extraño.

Salió y preguntó a las doncellas que se encontraba si acaso habían visto a lady Emma, pero todas meneaban la cabeza negando.

¿Dónde estaba su señora? ¿A dónde se había metido tan temprano en la mañana?

Un mal presentimiento empezaba a oprimir su pecho, y fue de inmediato al jefe de la guardia. Era imperativo encontrar a la señora.

—¡Sir! —llamó en cuanto lo vio, y éste se dio la vuelta. Al ver que era ella, el caballero suavizó su expresión. Siempre le pareció que lady Maud era hermosa, pero ésta pocas veces le dirigía la mirada, y mucho menos la palabra.

—Lady Maud, a sus órdenes.

—¡Sir! No encuentro a lady Emma. He buscado en casi todo el castillo y no la encuentro. Por favor, ayudadme. Tengo un mal presentimiento—. Sir Luther la miró fijamente, y asintió. recientemente, la lady había sufrido un ataque en su caballo, así que estas no eran palabras vacías.

Se giró a mirar a uno de sus caballeros más cercanos para darle la orden de buscar a lady Emma, pero éste, en un abrir y cerrar de ojos, sacó la daga de su funda y la enterró en el vientre de sir Luther.

Lady Maud gritó llena de horror, mientras veía al caballero caer de rodillas en el suelo tratando de contener su sangre, pues el traidor había sacado la daga y ahora les apuntaba a ellas.

—¡Es la hora! —gritó el hombre elevando la daga ensangrentada—. ¡Tomemos Albermale por la fuerza! —otros más gritaron, y se desató el caos en el patio de armas.

Muchos, al ver que el capitán de la guardia había caído, en vez de amedrentarse, se alistaron para pelear, y Maud vio con horror, pero también con sorpresa, cómo todos alrededor se preparaban a su manera para pelear.

Vio a un caballero atravesar con su espada al Rudy, el herrero, y a Ben, su hijo. Vio a Edith atacar a un soldado con un palo y hacerlo caer, y a los

niños empezar a juntar piedras y lanzarlas.

Y lo último que vio fue la punta de una espada atravesar sus propias entrañas. La habían atacado por la espalda, y moriría.

Sabía que moriría, y su último pensamiento fue hacia lady Emma y lord Ethan; había fallado en su misión de protegerla.

Emma abrió los ojos y se vio a sí misma boca abajo, siendo llevada en los hombros de un hombre a través del pasadizo secreto hacia las afueras del castillo. Entró en pánico al darse cuenta de que ese secreto había sido violado. El castillo no estaba seguro, ni ella.

Roderick no estaba, así que tendría que luchar.

El hombre que la llevaba, sir Wendell, seguramente, se dio cuenta casi al instante que ella había despertado, y la sostuvo con fuerza para que no se cayera de su hombro. Emma empezó a golpearlo con todas sus fuerzas, pero no tenía muchas.

—¡Estaos quieta! —gritó el hombre con insolencia, y, además, le golpeó las nalgas haciendo que Emma abriera aún más sus ojos, deseando poder tener un arma para atravesarlo allí mismo.

Luchó por largo rato, haciéndole difícil avanzar, ya que el pasadizo era estrecho, pero él no se detuvo a pesar de eso.

En un momento, una roca saliente le hirió el brazo y empezó a salirle sangre. Un instante después, estaban afuera.

—Soltadme ya —exigía Emma, que, aunque iba colgada en el hombro de manera indigna, mantenía su regia actitud—. Tal vez os perdone la vida, tal vez perdone a vuestra familia. Haré vuestra muerte rápida e indolora. ¡Soltadme en este instante! —el hombre se echó a reír, sin siquiera jadear por llevar el peso de su cuerpo mientras ascendía hacia la cabaña de Fatima.

—¿Haréis mi muerte rápida e indolora? —se burló él—. Oh, mi lady. El poder sobre la vida y la muerte lo tengo yo ahora, y vos sois mi presa. ¿No sería mejor que rogarais y suplicarais, y así yo podría contemplar daros tal regalo y hacer vuestra muerte menos vergonzosa?

—Es claro que no sabéis con quién os estáis metiendo.

—¿Con quién? ¿Con la poderosa lady de Albermale?

—Con Albermale al completo.

—Albermale ha caído —dijo él lacónicamente.

Las palabras fueron tan horribles, tan escatológicas, que Emma guardó un silencio aprensivo por largo rato.

—Albermale no caerá —dijo luego, pero fue más un deseo que una aseveración—. Lord Roderick me vengará, y su venganza será terrible. Lo sabéis bien, es el mejor en la espada, y cuando sus azules ojos se tiñen de odio, la sangre corre sin control. Os despedazará como jamás habéis visto que despedaza a un enemigo—. Tal vez sus palabras lograron un pequeño efecto en su captor, que vaciló al dar un paso y tuvo que detenerse y reafirmarse.

—Callaos —dijo entre dientes, apretando con fuerza sus piernas, haciéndole daño.

Emma sonrió.

—Lo habéis visto en el campo de batalla, sir —siguió ella incisivamente—. Lo habéis observado despedazar y matar con su espada. Ese lobo no está en su estandarte y su escudo por capricho… Tendréis una muerte horrible. Pero si me dejáis ir…

—¡Callaos! —gritó él, y la bajó tirándola en el suelo. Emma acusó el golpe quedándose por un momento sin aire, pero él la tomó de la nuca y la hizo levantarse, obligándola a avanzar—. Muy confiada en vuestro lobo, y aquí estáis, a mi merced. Puedo hacer con vos lo que quiera, y lo voy a hacer, y voy a disfrutarlo mucho también. Descubriré qué es eso que tenéis que le ha hecho embelesarse con vos. ¿Qué miel destiláis que convertisteis en niño a un hombre adulto?

—No… os atreváis… —Sir Wendell se echó a reír al ver el rencor en los grises ojos.

—Parece que al fin comprendéis—. Emma cerró sus ojos, pero siguió avanzando hacia la cabaña de Fatima. Al tenerla en frente de sus ojos los cerró no queriendo imaginar lo que le sucedería ahora, y una lágrima rodó por sus mejillas.

Si de verdad sir Wendell cometía tal pecado contra ella, entonces, tendría que morir.

Ella no podría vivir con tal afrenta. No podría volver a mirar a Roderick a los ojos.

Los cascos de Mack levantaban hierba y tierra a su paso. Ahora que estaban a resguardo de los árboles, las flechas habían cesado.

Su cuerpo no sentía el cansancio, a pesar de la dura noche, y todo lo sucedido. No era la primera vez que pasaba una noche sin dormir, y luchaba. Había estado en la guerra muchas veces, y ahora mismo, la fuerza que provenía del miedo y el deseo de supervivencia parecían más bien aumentar.

No sabía cuánto tiempo tomaría recuperar su castillo, pero así sería. No tenía tiempo para pedir ayuda a sus vasallos, ni podía prescindir de un solo hombre para enviarlo como mensajero.

Ojalá pudiera inventarse una manera de enviar una señal a través del cielo para que éstos, al verla, acudieran al castillo con ayuda.

Sir Homer revolcaba todo en la recámara del lord. Tiró abajo el colchón de lana, abrió los arcones con la ropa de la joven pareja, golpeó cada piedra de las paredes, cada tablón del suelo, cada esquina, e incluso, subió hasta el techo y golpeó buscando, buscando.

Afuera se había desatado una batalla. Sabía que criados y caballeros de este maldito castillo estaban entrenados para asedios y ataques externos, pero era formidable lo bien preparados que estaban para los ataques internos. La misma Edith se había cargado ya a un soldado, y las criadas habían usado el fuego y sus cuchillos para defenderse.

Las flechas volaban de un lado a otro, cuchillos, carbones encendidos, y era difícil movilizarse de un lado a otro; niños y doncellas estaban atrincherados a lo largo de todo el castillo, pero incluso los pequeños estaban arrojando piedras para defenderse.

—Maldita sea, ¡maldita sea! —gritó sir Homer entrando en desesperación.

Ahora podía decir con total certeza que había esculcado piedra por piedra todo el castillo y no había podido encontrar nada. el maldito secreto de Albermale, la razón de su prosperidad.

Había esperado encontrar algo así como un libro sagrado, hecho en piel de cordero, o de bebé humano, con símbolos y conjuros poderosos.

O tal vez una piedra mágica, un cristal extraño que les mostrara el porvenir, y el rostro de los enemigos.

A lo largo de estos quince años aquí, su mente había tenido tiempo para divagar y hacer conjeturas. Debía estar escondida tras una piedra secreta en la recámara del lord, pensó. Cuando encontró el pasadizo, en uno de los tantos viajes de Roderick, estuvo eufórico, y lo atravesó con cuidado, buscando su tesoro. Pero no, sólo llevaba al exterior. No había un solo candelabro, ninguna señal que indicara la presencia de un secreto. Se cortó el brazo en una piedra saliente, de modo que lo único que consiguió fue una herida y una cicatriz.

—¡Maldición! —gritó con ira.

Quince años perdidos. Toda su vida perdida en una búsqueda infructuosa.

—No, no, no. Debe haber algo. ¡Muéstrate, Albermale! —gritó, y su mente volvió a trabajar, dejando de lado la furia.

Tal vez debía decir las palabras adecuadas, y el secreto se mostraría, pero entonces las posibilidades eran infinitas.

¿Habría usado Roderick Montfort este poder alguna vez? ¿Sabía de su existencia, siquiera?

Debió interrogar a lord Simon antes de matarlo, y a su esposa, pero no imaginó que descubrir la verdad fuera tan difícil. Ah, se había equivocado.

Un grito lo sacó de sus pensamientos, devolviéndolo a la realidad. Fatima había entrado a la recámara del lord, y lo apuntaba con un cuchillo muy delgado, el que usaba para sus tratamientos.

—Sois vos, el traidor —dijo la mujer mayor con los dientes apretados por la ira—. Vais a morir.

—Vos debéis conocer la verdad —contestó sir Homer mirándola con desprecio—. Decidme cómo sabéis tanto del cuerpo del hombre, dónde aprendisteis tanto a salvar vidas cuando era seguro que morirían. De dónde viene vuestro conocimiento.

—Siempre fuisteis curioso al respecto… No digáis… que es eso lo que ha hecho que ataquéis la hermosa tierra de Albermale.

—Contestad. ¿Por qué hay tanta sabiduría extraña en este feudo? ¿Por qué siempre parece que el lord sabe lo que más le conviene? Enfermedades, plagas, guerras, hambrunas… Siempre Albermale sale airoso mientras el resto se hunde. Decidme, ¡por qué!

—Nunca lo sabréis —dijo Fatima con una sonrisa enloquecida—. No tenéis la sangre.

—¿La sangre? —preguntó sir Homer confundido.

—Nunca lo imaginaríais. Ni en vuestros más estrafalarios sueños alcanzaríais a idear el poder tan abrumador que protege esta tierra y esta sangre. Y el castigo que os espera en el infierno por atreveros a amenazarlos… Oh, a pesar de que sabéis de torturas encarnizadas… tampoco os podéis hacer a una idea.

—Bruja loca hija del demonio. Ya no sabéis lo que decís.

—Os he dado la respuesta, pero a vuestra mente simple le cuesta tan sólo asimilarla. Rogad porque el lord de Albermale, el último de su linaje, no pierda la vida en esta cruzada que os habéis montado.

—Es inevitable, lord Albermale morirá—. Fatima guardó silencio, y sus ojos brillaron.

—Entonces, Albermale estará a salvo.

—¿Qué? —y en ese momento, antes de que pudiera hacerle otra pregunta, Fatima atravesó su propia garganta con su cuchillo, y un chorro de sangre salpicó la cara de sir Homer.

Había visto suicidios antes. Gente que prefería morir a dar información, sí, lo había presenciado. Pero le parecía incongruente que Fatima se quitara la vida cuando al parecer ni ella tenía las respuestas.

Si Roderick muere… Albermale estará a salvo. ¿Pero qué diablos significaba eso?

Miró a Fatima, y la sonrisa en su rostro bañado en sangre le causó escalofríos, a él, un guerrero curtido.

—¿Si lord Roderick muere… Albermale estará a salvo? ¿Qué mierda estúpida es esa? ¡Mataré a todos! ¡El último descendiente de Albermale morirá hoy! ¿Escucháis eso, Wulfric Montfort? ¡Sarah Montfort! ¡Hoy acabé con el último de vuestros descendientes! ¡Yo!, ¡el hijo de un asesino y una plebeya, acabé con vuestro linaje! ¡Venid y castigadme si sois tan poderosos! —se echó a reír a carcajadas, pero su risa no duró mucho, pues un grupo de caballeros entró de repente a la recámara. Vieron el cuerpo de Fatima, pero lo ignoraron y miraron a sir Homer aprensivos.

—Todos han sido sometidos. No queda… nadie vivo. Ninguno se rindió, hubo que matarlos.

—Eso no importa. ¿Alguien sabe dónde están sir Wendell y lady Emma? —los caballeros menearon la cabeza negando.

—Sir… también hay noticias de los vigías. Al parecer… Lord Roderick ha vuelto.

—¿Qué? —se espantó sir Homer. ¿Cómo había sobrevivido? ¿Y por qué había vuelto? ¿Qué había pasado en el camino?, se preguntó.

—Se dirige a la cabaña de… Fatima.

—Id en esa dirección —dijo sir Homer, y abrió el pasadizo secreto—. Por aquí.

Los caballeros que no sabían de la existencia del pasadizo se sorprendieron, pero de inmediato empezaron a organizarse para salir.

—Esperad —los detuvo sir Homer—. Preservad la vida del lord —dijo. Las palabras de Fatima resonaban, pero no era esa la razón por la que hacía esta petición que a sus hombres les pareció extraña—. Quiero interrogarlo. Quebrad su espíritu, pero no lo matéis.

—Nos pedís algo difícil, señor.

—Hacedlo. Si acaso el lord muere, lo pagaréis vosotros. ¿He sido claro?

—Sí, señor.

—Bien. Iros.

Ya al interior de la cabaña, Emma secó sus lágrimas con las manos sucias de tierra. Sir Wendell ni siquiera se había tomado la molestia de atárselas, pues era claro que ella no tenía la fuerza para enfrentarlo y vencerlo.

Ah, debió pedirle a Roderick que le enseñara a luchar. Él se habría opuesto, por supuesto, pero en este momento le habría sido útil. No tendría tanto miedo, al menos. Tendría algo que hacer, y el honor de morir luchando sería un consuelo al pasar a la otra vida.

Otra lágrima rodó, y como tenía las mejillas sucias, hizo un surco blanco en ellas.

—¿Ahora me tenéis miedo? —sonrió sir Wendell con ojos libidinosos, mirándola de arriba abajo. Emma empezó a caminar hacia atrás.

De una de las habitaciones salió un hombre, discípulo de Fatima, que al ver a sir Wendell no se extrañó.

—Vos… erais parte de los traidores —lo acusó Emma. El discípulo no parecía altanero como Wendell. Por el contrario, tragó saliva ante las palabras de Emma.

—Mi lady… no tuve alternativa… Amenazaron mi vida y la de la familia.

—Guardad silencio, si no queréis morir aquí también —lo amenazó Wendell.

—¿Creéis ahora que ellos protegerán vuestra vida o la de vuestra familia? ¡Todos moriremos! —el joven la miró con sus ojos muy grandes, como si apenas cayera en cuenta de aquello.

Miró a Wendel apretando los labios. Se estaba arrepintiendo, comprendió Emma. Pero era demasiado tarde.

—Es… mi culpa que no hayáis podido quedar embarazada, mi lady —susurró sin dejar de mirar a Wendell, como si vigilara sus movimientos—. Me ordenaron impedirlo —Emma se sorprendió al escuchar eso, y sus ojos ya húmedos por las lágrimas, volvieron a inundarse.

—¡Os dije que cerrarais la boca! —bramó Wendell. —¡Iros! —le ordenó—. Necesito privacidad.

El discípulo lo miró confundido por un momento, pero al entender, miró a Emma con horror.

—No pretendéis…

—Iros.

—¡No! ¡Es una dama!

—¿Y eso qué? Dama, ramera, o criada, todas son iguales una vez desnudas.

—¡Sir Wendell! —exclamó el joven poniéndose ante Emma—. No cometáis tal pecado.

—¿Es más grave que matar, Dwey?

—¡Sí! ¡Lo es! Yo, al menos, no tuve alternativa, pero hacerle esto a una… —No terminó de hablar. Sir Wendell atacó tan rápido, sacando el cuchillo y apuntando a su garganta, que lo único que Emma vio fue el brillo de una daga y un chorro de sangre salpicar por todos lados.

Se agachó gritando, y luego escuchó el golpe seco del cuerpo de Dwey caer al suelo.

Y a continuación, se escuchó la risa de sir Wendell burlándose del miedo de Emma, y, como si nada, empezó a desabrocharse las calzas.

No iba a morir así, pensó Emma.

Iba a morir luchando.

Esperó a que se bajara las calzas, y cuando éstas estuvieron a medio muslo, rodó por el suelo, con un golpe desestabilizó su peso haciéndole tambalear, y sin pérdida de tiempo, se puso en pie y echó a correr.

Roderick vio al fin la cabaña de Fatima. Nunca un viaje hasta aquí se le hizo tan largo, pero su mirada estaba puesta en el lado que llevaba a la cueva.

Pero entonces la vio, a Emma, corriendo fuera de la cabaña.

—¡Emma! —gritó con toda su alma, y ella, al escucharlo, se giró a mirarlo con la sonrisa más llena de esperanza, y más hermosa que jamás le dedicó.

Pero momentos después, detrás de ella, un hombre lanzó un cuchillo, que acertó justo en la espalda de Emma, y ésta cayó al suelo por el golpe del impacto.

—¡¡NO!! —gritó Roderick con terror, y azuzó su caballo hacia ella.

De la cabaña salió un hombre, sir Wendell, que al ver a Roderick y a sus caballeros tan cerca, echó a correr hacia el monte, escondiéndose.

Antes de que Mack pudiera detenerse, Roderick saltó del caballo y corrió hacia Emma, que, inmóvil en el suelo, le iba robando cada pedacito de esperanza que le quedaba.

Al fin la tuvo entre sus brazos, y vio la gravedad de la herida. El cuchillo se había enterrado en su espalda, y la sangre salía sin control.

—No —susurró ahora—. Emma. Por favor. No—. En ese instante, una flecha chocó contra el metal de su armadura, y él se movió para proteger a Emma de las flechas que empezaron a caer. Miró alrededor, y se dio cuenta de que estaban en los árboles, y sus caballeros empezaron a defenderse.

Empezaron a caer como moscas. Si bien estaban escondidos, no tenían armadura para poder moverse con agilidad. Alfred corrió a él y lo protegió con su escudo mientras analizaba la situación.

La herida era grave. Dudaba que, aunque Fatima la atendiera de inmediato, pudieran salvar su vida.

Pero lo que rompió el alma de Alfred en ese momento, fue el lamento en la voz de su amo.

—Emma —la llamaba Roderick—. Por favor, contestadme—. Los párpados de ella aletearon suavemente, y Roderick contuvo el aire—. Mi lady, mi amor. Resistid. Resistid, os lo ruego, vivid. Vivid por mí, hacedlo por mí. Resistid.

—Ro…derick —susurró ella, y una lágrima rodó en una mejilla ya inundada de ellas.

—Estáis herida, no habléis.

—Lo… siento —dijo Emma, y Roderick cerró los ojos.

Que su dama se disculpara por haber sido herida, era la peor vergüenza que un caballero tenía que soportar. Era su culpa, no había sabido, no había podido protegerla. Era su culpa.

—No. No habléis —le pidió, y con las manos enguantadas por el metal, acarició su mejilla—. Viviréis. Os lo prometo.

Emma sentía cómo la vida se le escapaba poco a poco. Sabía que las palabras de su esposo estaban más llenas de esperanza que de verdad.

Otra flecha cayó con fuerza en el suelo, a pocos pasos de la pareja, y la mirada de Roderick fue cambiando.

La sangre estaba nublando su visión, supo Emma. Tal como lo había descrito antes. La sed de sangre, el deseo de matar. Su lobo estaba a punto de convertirse en una auténtica bestia.

—Está bien… —volvió a susurrar—. Matadlos a todos… recuperemos Albermale—. Roderick la miró de nuevo con amor, asintió, la acomodó suavemente en la tierra, y le ordenó a Alfred ser su escudo.

Tenía hombres que matar.

Empezaron a llegar en oleadas. De uno en uno, todos desde la misma dirección.

El pasadizo secreto había sido profanado, entendió Roderick. Ya no era secreto, y estaban saliendo por allí para atacarlo.

Dieciocho hombres sin contar a Alfred, que cuidaba de Emma, contra, probablemente, doscientos, o doscientos cincuenta. Conocía sus números, pero no tenía idea de cuántos eran traidores. Si era optimista, sólo la mitad, y si sus leales habían luchado dentro, los habrían reducido.

Los ataques a traición eran diferentes a los enfrentamientos, por lo que sus leales tal vez no tuvieron tiempo de reducirlos como merecían.

—Son doscientos… o doscientos cincuenta —les dijo Roderick a sus hombres. A pesar de tener a su esposa herida, al borde de la muerte, no dejaba de ser el lobo de Albermale listo para la guerra—. Es un promedio de diez a catorce hombres para cada uno de nosotros.

—Un día de campo cualquiera —dijo Doug enseñando los dientes.

—¡No dejéis que salgan todos a la vez! —gritó de nuevo Roderick—. Atacadlos conforme vayan saliendo. Nos superan en número, no en fuerza ni determinación. ¡Por Albermale! —gritó, y sus compañeros respondieron al grito de guerra con todas sus fuerzas, lanzándose a los hombres que se aproximaban con espada en mano.

Tenían una ventaja, además de su armadura, y eran sus monturas. Roderick silbó fuerte llamando a Mack, y lo ensilló sin detenerlo y arremetió contra el primero, cuya sangre empapó la tierra de los jardines de la cabaña de Fatima.

15

Los traidores fueron saliendo de uno en uno de la cueva, dirigiéndose a la cabaña, y al principio fue fácil derrotarlos. No imaginaban que el lord tuviera a su lado una veintena de hombres, los mejores, los más fuertes, experimentados y entrenados personalmente por el conde, y les costaba muy poco rebanarlos; sobre todo, porque iban sin armadura, confiados en que el lord estaba solo.

Alzaré mis ojos a los montes, recitó Roderick. ¿De dónde vendrá mi socorro?

Los enemigos empezaron a agruparse, y a atacar en decenas. Aun así, sus cuerpos empezaron a acumularse.

Lord Roderick parecía el más encarnizado, y los cuerpos a su lado se amontonaban sin demasiado esfuerzo.

Pero los minutos fueron pasando, y cuando el primero de los hombres de Roderick cayó, su ausencia se sintió con fuerza. Y cuando cayó el siguiente, el trabajo empezó a hacerse mucho más pesado.

De vez en cuando, Roderick giraba la cabeza para mirar a Emma, pero Alfred seguía allí defendiéndola; luchaba contra varios, pero impedía que alguno se le acercara. No podía ver su rostro, no sabía si seguía respirando, pero tampoco podía ir a comprobarlo cuando tantos hombres le daban pelea al mismo tiempo, y aprovechaban cada apertura para asestar un golpe.

Sin embargo, no eran muchas esas ocasiones; la defensa de Roderick era eficiente, y su estocada implacable. Todos parecían venir hacia él, y sus hombres alrededor sólo los desviaban de su objetivo, atrayendo la pelea hacia ellos, pero siempre era Roderick el que más enemigos enfrentaba.

Poco a poco, y con el paso de las horas, sus brazos se empezaron a cansar.

Otro de sus hombres cayó. Ya sólo eran diez contra un ciento. Un poco más, se dijo. Un poco más.

Emma… ¿seguiría perdiendo sangre?

Resiste, por favor, rogó, al tiempo que enterraba su espada por enésima vez, pero en esta ocasión, alguien atacó por detrás y logró hacerle perder el equilibrio. Sin embargo, no cayó, se sostuvo con fuerza; giró, y sin perder el impulso, atacó. Otro menos.

¿Cuántos más? Conocidos y desconocidos. ¿Cuántos hombres más?

A casi todos estos él les había enseñado el arte de la lucha, pelearon a su lado. Cada vez que veía una cara conocida, su corazón dolía. ¿Desde cuándo Albermale estaba tan infestada? ¿Eran tan pocos sus leales? ¿Cómo habían logrado colarse en sus filas? ¿Quién lo había traicionado primero?

¿Cuál era su objetivo? ¿Destruir Albermale?

Tuvo que pasar por una pila de cuerpos para llegar a su siguiente objetivo, y allí, de pie sobre ellos, con el escudo y su espada, enseñando los dientes lleno de ira, pero también de dolor, rugió.

—¿Quién os tentó tanto como para volverle la espalda a Albermale? ¿Qué es eso que os ofrecieron que fue tan bueno como para traicionar a quien os ayudó? ¿Qué causa tenéis? ¿Es más noble que la que yo os ofrecí?

—Tal vez sólo les tienta el dinero —contestó Alfred desde su lugar, pero a Roderick aquello le era difícil de aceptar.

Un caballero no cambia su lealtad sólo por dinero. Él no era un señor injusto, ni cruel. Siempre que podía, ayudaba al necesitado, siempre que estaba en su mano, castigaba al malo y abusador.

Pero, aun así, estos hombres, en centenares, le volvieron la espalda.

¿Por qué? ¿Por qué?

No podía dejar de preguntarse. Con cada golpe, estocada, finta, bloqueo… por qué, por qué, por qué.

El sol se puso alto en el cielo cuando al fin sólo quedaron unos veinte contra tres. Él, Alfred y Doug eran los últimos que quedaban. Estaban heridos, cansados, sangraban por algunas partes del cuerpo que la armadura dejaba vulnerable. El peso de la misma armadura ya empezaba a desgastar las fuerzas que le quedaban.

Si sólo Doug y Alfred quedaban a su lado, ¿qué podía hacer él? ¿Podría levantar de nuevo a Albermale con ellos dos?

Se puso de nuevo en posición de guardia, pero su mirada se desvió a Emma. Ella seguía en el suelo, acostada de medio lado. El cuchillo seguía allí, sobresaliendo de su delgada espalda.

Y una lágrima rodó por dentro de su yelmo; era de dolor, ira y cansancio.

Sí, levantaría a Albermale de nuevo así sólo le quedaran dos hombres, pero perder a Emma… tal vez le impidiera a él levantarse.

—Caballeros —dijo en voz baja, y Alfred y Doug lo miraron con atención —. Si el día de nuestra muerte es hoy… fue un placer… haber luchado con vosotros—. Alfred sonrió.

—Siempre lo fue, mi lord… Y si hay vida después de la muerte… lucharé a vuestro lado también en esa—. Roderick frunció el ceño apretando fuertemente los dientes, agradecido por aquellas palabras llenas de lealtad cuando la traición le había quitado todo.

—Serviros fue el mayor honor de mi vida, mi lord —dijo Doug—. Os debo mi vida, y juré serviros hasta mi muerte.

Tras otro rugido de guerra, los tres caballeros volvieron a lanzarse contra el exiguo grupo de traidores, pero estaban ya tan cansados, sedientos y heridos, que sus golpes eran menos certeros, menos mortales.

En la mente de Roderick empezaron a pasear los rostros de quienes lo habían servido hasta el final, la lista de los que perdió en el camino, y los que habían venido hasta aquí sin saber que encontrarían la segura muerte.

¿Qué sería de Edith? ¿Era Luther, el capitán de la guardia, otro traidor? ¿Qué de sir Homer?

¿Seguían combatiendo allá dentro, o ya los habían sometido? Si eran tantos, tantos hombres, seguro que éstos habían triunfado.

¿Era por el oro? ¿Era sólo por borrar el nombre de Albermale de la faz de la tierra? ¿Era todavía así de grande el odio y el rencor que las desaparecidas casas de Beaumont, Warham y Pembroke le guardaban a Albermale?

Habían pasado casi ochenta años desde aquel entonces…

Y entonces, cayó Doug.

Gritó y mató a su atacante, pero otro intentó aprovechar su apertura, y Alfred lo escudó con su cuerpo, y también cayó.

Quedaban cinco, y el dolor y la rabia volvieron a infundirle fuerzas.

Uno, otro, otro más. Era una bestia que veía todo rojo. Ahora estaba sólo él, pero alguien le dio un golpe tan fuerte en el yelmo que éste se hundió e hirió su cabeza. Mató a ese. Sólo quedaba uno.

Era joven, y miró alrededor deseando echar a correr. Dos centenares de hombres no habían podido contra él. ¿Qué clase de monstruo era? Sí, echaría a correr.

Pero no pudo, la espada de Roderick lo alcanzó. La hundió tan fuerte en su pecho que lo atravesó, y volvió a gritar.

Ya todo había acabado… para el enemigo, pero también para él.

Sacó la espada, la limpió en la ropa del muchacho, y se giró para mirar a Alfred, que, malherido, se quejaba en el suelo. Tenía una espada clavada en el vientre, pero sabía que no podía sacarla, no debía.

—Alfred…

—Atended… a vuestra señora —dijo Alfred—. Salvadla—. La cabeza de Roderick se giró a Emma, pero la verdad, si era sincero consigo mismo y con Dios, era que no tenía ninguna esperanza de encontrarla viva.

Pasó al lado de Doug, cuya garganta había sido cercenada. Al lado de Bruce, quien perdió un brazo. Al lado de John, de Quentin, de Elric.

Se sacó el yelmo, y se arrodilló al lado de Emma. Ella no gimió cuando la movió, su piel estaba tan pálida, como si toda la sangre se hubiera ido de su cuerpo.

Una gota de agua cayó sobre el hermoso rostro, y miró al cielo preguntándose si iba a llover, pero no era una gota de lluvia, eran sus lágrimas.

—Emma —la llamó con suavidad. Puso la mano sobre su pecho, pero allí no latía nada, acercó su oído, y no escuchó el alegre golpeteo, el que estaba acostumbrado a sentir a su lado por la noche. No había nada.

Era tan hermosa, tan joven…

¿Cómo iba a hacer sin ella de aquí en adelante?

No iba a ver los robles florecidos, el camino dorado.

Ya no iban a tener a sus pequeños hijos, los futuros señores de Albermale.

¿Cómo respondería ante Dunster ante semejante pecado? Un señor que no fue capaz de proteger a su señora. Viviría con esa afrenta lo que le quedara de vida; se arrepentiría y lloraría hasta el final… no importaba cuánto tiempo faltara para ese momento.

—Lo siento tanto —susurró—. Lo siento tanto…

Ella se había puesto en sus manos, le entregó su vida, su risa, su amor…

Le había fallado.

—Perdonadme —susurró—. No pude protegeros. Perdonadme… Os fallé —más lágrimas cayeron de su rostro empapando el de ella, y un doloroso sollozo se escapó de su garganta.

El bosque estaba en silencio.

El viento no meció las ramas, ni las hojas. Sólo se escuchaba su llanto, y era tanto el silencio, y la pestilencia de la muerte alrededor, que se escucharon claramente unos pasos.

Era sir Wendell, el que lanzó el cuchillo mortal, y asesinó a su esposa.

Roderick lo miró sin soltar a Emma por largos instantes. Wendell lucía limpio, sin signos de lucha. Se había mantenido al margen hasta ahora, al parecer; o, simplemente, sólo había escapado de la lucha.

Nunca le pareció que sir Wendell fuese un cobarde que evadiera el peligro; esto debía ser parte de su estrategia. Seguramente sabía que él sería el último en pie, y esperó pacientemente guardando sus fuerzas para enfrentarlo, sabiendo que las de él ya habían traspasado su límite.

Sacó de nuevo su espada, la clavó en el suelo sintiéndose pesado, que las piernas ya no le respondían, pero apoyándose en ella, se puso en pie. Trató de dar unos pasos, pero no quería alejarse de Emma. Tenía el presentimiento de que debía quedarse aquí, cerca de ella. Como si su cuerpo fuera a ser corrompido si acaso la dejaba sola.

Ahora tendría que luchar contra este maldito traidor.

—¿Quién sois, realmente? —preguntó Roderick con el rostro brillando por las lágrimas y el sudor mezclados—. ¿Qué os hizo Albermale para que participarais en su destrucción?

—¿Os interesa saber eso ahora?

—Mucho —admitió Roderick.

—No podréis hacer nada ya.

—Entonces, no deberíais preocuparos de darme tal información. ¿Quién fue? ¿Warham? ¿Pembroke? O… ¿Beaumont?

Sí, era uno de ellos, entendió Roderick. Pero no tuvo tiempo de hacer más preguntas, pues Wendell sacó su espada y atacó.

Gruñó y sostuvo la suya con todas sus fuerzas, y pronto se dio cuenta de que Wendell apuntaba a su cuello, su parte más vulnerable expuesta gracias a que se había quitado el yelmo.

—No fue Pembroke —caviló Roderick deteniendo una finta con el filo de su espada—. No quedaron descendientes de esa casa—. Wendell rugió y volvió a atacar. Era bueno con la espada; desde muy joven mostró talento —. El pupilo de Warham que mi bisabuelo protegió se convirtió en uno de sus vasallos más leales… —Roderick atacó sin dar tregua, una vez, dos veces, tres, hasta enclavar su espada de tal manera que Wendell no la pudo liberar—. ¿Fueron los descendientes de Beaumont? ¿Siguen siendo cobardes traidores?

Wendell gritó lleno de ira y frustración. Este hombre llevaba luchando horas, sin dormir, sin comer, sin descansar. Acababa de perder a todos sus caballeros, a su esposa, su castillo… y seguía siendo el enemigo más fuerte que jamás enfrentara.

Maldito, pensó apretando fuertemente sus dientes, tratando de liberarse de él.

—Ya, rendíos.

—Jamás… —susurró Roderick con ojos muy abiertos, enloquecido.

—No tenéis ya por quién luchar. ¡Emma está muerta!

—Lady Emma para vos, maldito—. Wendell volvió a rugir, y entonces, recordó. Nunca podría ganarle en una pelea justa. Él era uno de sus mejores hombres… superaba tal vez a Alfred, y aun así…

Pero, no tenía por qué ser una pelea justa, ¿verdad?

Sacó la daga de Roderick de su funda, y sin pérdida de tiempo, atacó su garganta.

La sangre del último de Albermale manchó la tierra.

Éste se puso la mano en la herida, evitando que la sangre siguiera escapando, y para eso tuvo que descuidar su defensa. Wendell, que se veía libre por fin, levantó su espada contra Roderick en un rugido que espantó los pájaros alrededor, pero Roderick la detuvo con la suya.

Con una mano en el cuello evitando perder sangre, seguía siendo más fuerte que él.

—¡Morid! —gritó—. ¡Maldición, morid! ¡Morid! —Acompañó cada grito con un ataque, sus ojos estaban enloquecidos, pues no podía soportar que, aun con todas sus ventajas, no pudiera matarlo aún.

Roderick lo miraba en silencio al tiempo que se defendía. Con la fuerza de un solo brazo, logró detener todos sus ataques, pero esto duraría poco tiempo, así que soltó la herida de su cuello, se tiró al suelo rodando, y al hallar por fin una apertura, clavó su espada desde el estómago hasta el pecho, y la dejó allí. Wendell dio dos pasos atrás con sus ojos desorbitados, sin podérselo creer, y Roderick de nuevo cubrió su herida en el cuello sintiéndose mareado.

Al tiempo que Wendell caía de rodillas, Roderick se levantaba.

Wendell quiso caer de bruces, pero entonces, la espada enclavada en su torso le hizo palanca, y allí se quedó, a medio caer.

Roderick se sintió cada vez más débil, pero no se detuvo a mirar la forma tan extraña en que Wendell había quedado, sino que buscó a Emma otra vez. Con la mano en su cuello obligó a sus pesados pies a avanzar.

La roja sangre había manchado su armadura, le quedaba poco tiempo ya.

No sabía qué le esperaba al otro lado, sólo deseaba…

—Emma —susurró cayendo de rodillas a su lado. La tierra se había bebido la sangre de su amada, y ahora se bebería la de él—. Os amo —dijo, y sonrió con tristeza—. Creo… que nunca os lo dije. Lo lamento. Os amo.

Perdió las fuerzas, y cayó a su lado en el suelo. La sangre volvió a fluir, mezclándose con la de Emma en la tierra.

Movió un brazo y lo apoyó sobre ella, atrayéndola con las últimas fuerzas que le quedaban.

—Os amaré… por toda la eternidad —dijo, y entregándose a la muerte, agradeciendo el bendito descanso, cerró los ojos.

—¡No! —gritó un hombre llegando a ellos, y Roderick apenas si pudo escuchar su voz.

Era sir Homer, pensó por una esquina aún despierta de su conciencia, pero el mundo empezó a hacerse frío y oscuro.

—No muráis —gritó sir Homer, corriendo hacia él, esquivando los cuerpos —. No muráis, lord. ¡No!

Roderick, que tenía la mano apoyada en la espalda de Emma, usando la exigua fuerza que le quedaba para abrazarla, aflojó su agarre y exhaló.

Todo había terminado, y el viento al fin meció las ramas, movió los negros cabellos de Roderick, cuya mancha de sangre se expandía alrededor de su

cuerpo, y empapaba el vestido ya ensangrentado de Emma.

Nunca le había temido a la muerte, y esta al fin estaba aquí, abrazándolo.

"La sangre importa."

"Me arrepiento. Me arrepiento tanto. Tan sólo… dadme otra oportunidad. Lo haré mejor. Lo juro. Seré mejor."

"Es… un misterio, pero en Albermale hay… puertas… especiales…"

"Acá, a este lado del tiempo, estamos bien… Gracias por todo."

"Volví sólo para… ayudaros. Sois mi familia."

"Cada cierto tiempo sufriréis la desgracia, pero será en esos momentos en los que más veréis milagros."

"Todas esas pruebas… fueron para hacerte la digna duquesa de Albermale."

"Es un pacto de sangre… un pacto de vida y de muerte."

"¿Reconocéis estas tierras? No estáis aquí porque son fructíferas… son fructíferas porque estáis aquí."

"Le habéis salvado… y en recompensa, vuestro linaje permanecerá."

Roderick seguía escuchando aquellas voces y no entendía. Al parecer, después de todo, había vida después de la muerte, y aunque intentaba abrir sus ojos y mirar de quiénes eran esas voces, no encontraba su origen.

La sangre importa, escuchó decir de nuevo, y reconoció aquella frase como el primer lema de la familia Albermale. Ahora su consigna era: siempre vigilantes, pero por alguna razón, esta parecía más enigmática, más fuerte.

Lo demás no tenía sentido para él. Eran voces femeninas y masculinas. De jóvenes y de ancianos.

Y de repente ya no fueron voces, sino también imágenes.

Un bebé llorando en medio de un incendio. Sus mejillas manchadas de hollín estaban inundadas de lágrimas. ¡Era el castillo de Albermale! ¿Qué estaba viendo? ¿De quién era este bebé?

Una catapulta lanzaba una enorme roca, pero ésta no se estrellaba contra la muralla de un castillo, sino contra una montaña. ¡La montaña fuerte!

Una mujer yacía acostada en una cama mientras una mancha de sangre empapaba las blancas sábanas y ella estaba pálida y sudorosa.

Y otra caminaba descalza, sucia y muy delgada hacia el cadalso, donde la esperaba la muerte, mientras lloraba y se arrepentía con toda su alma.

¿Quiénes sois?, quiso preguntar, pero ni siquiera fue capaz de formular la pregunta; su lengua estaba pesada, no tenía fuerzas, estaba cansado…

Las imágenes se sucedían unas a otras, como el delirio de una fiebre mortal, como las pesadillas de un condenado a muerte. Pero él ya estaba muerto, ¿no?

¿No?

Lanzando un grito, abrió los ojos al fin.

Era de noche, la luz de una vela iluminaba la habitación.

¿Dónde estaba?

Estaba empapado en sudor.

Y si estaba sudando, es que tenía un cuerpo.

Mandó la mano al cuello, allí donde le había herido Wendell, y por donde se le había escapado la vida, pero su cuello estaba intacto, sólo lo encontró húmedo, pero sin heridas.

Y entonces se miró las manos. Tan pequeñas, tan débiles.

—¿Qué…?

Una puerta se abrió de repente, y una mujer con una vela se acercó a él.

—¡Lord Roderick! —exclamó, y se sorprendió al ver quién era.

—¿Fatima? —preguntó vacilante. ¿Fatima le había salvado? ¿Había logrado superar la pérdida de sangre y por eso estaba vivo? —¿Dónde está Emma? —preguntó con esperanza. Si él lo había conseguido, tal vez ella también, ¿no? —Está… ¿Está viva? Decidme, por favor —Fatima no contestó, sólo extendió la mano hacia su frente para comprobar su temperatura.

—Ya no tenéis fiebre —murmuró—. Es un alivio —y sí que parecía aliviada, y se sentó a su lado en el colchón dejando salir el aire.

—Fatima, decidme, ¿dónde está Emma? —Fatima lo miró al fin.

—¿Quién es Emma? —preguntó ella, y eso confundió a Roderick, que se la quedó mirando fijamente.

—Fatima… por favor—. A la habitación entró lady Rachel, y Roderick abrió grandes sus ojos al verla.

Lady Rachel había muerto hacía muchísimo tiempo por una enfermedad del estómago. Ni Fátima pudo salvarla entonces. Era una de las damas más queridas de su madre, pero para cuando lady Rachel falleció, sus padres llevaban ya un par de años muertos, y con ella había muerto la última de las damas de su madre.

—¿Ha despertado? —preguntó lady Rachel con voz preocupada—. Escuché su voz hace un momento y desperté.

—Sí, y su fiebre ha desaparecido.

—Es un milagro del Señor nuestro Dios —dijo lady Rachel, y juntó sus manos para agradecer. Roderick seguía en silencio, totalmente sorprendido.

Miró a Fatima y se dio cuenta de que ella lucía mucho más joven de lo que recordaba, su cabello no estaba tan encanecido, y también estaba más delgada.

—¿Qué está pasando? —se preguntó, y entonces cayó en cuenta de lo aguda que era su voz, y se puso las manos en la garganta.

¿Qué está pasando?, volvió a preguntarse. Miró sus manos, tan pequeñas. Retiró las sábanas y vio también sus piernas, flacuchas y desprovistas de vello. ¿Qué le había sucedido a su cuerpo?

—Quedaos en cama, por favor —pidió Fatima cuando Roderick salió de ella y se puso en pie, y todo el mundo dio vueltas cuando se fijó en que las cosas que le rodeaban eran más grandes, más altas, y Fatima era tan alta que él apenas le llegaba a la cintura.

Tocó su pecho, sus hombros, su cabeza.

No tenía barba, no tenía músculos, sólo era piel y huesos…

No, calma. Calma. Todo debe tener una explicación lógica.

Fatima era más joven. Lady Rachel estaba viva. Él era pequeño como un niño…

—Fatima, decidme —le pidió Roderick hablando muy serio… —¿En qué año estamos? —Fatima sonrió.

—Es el año del señor de mil doscientos setenta y uno.

Roderick tuvo que sentarse, perdió el aire, sintió mareo. Fatima se puso en pie para traer desde una mesa una bandeja con té.

Si era el año de mil doscientos setenta y uno, entonces, él tenía once años. Si tenía once años, faltaban doce años para que la caída de Albermale sucediese.

Si tenía once años, y sufría fiebres… sus padres probablemente estaban vivos, aquí en el castillo.

—¿Dónde…? —se detuvo. Era una locura, ¿verdad? Era una tontería. Pero esto no parecía ser un sueño. Había vuelto a su niñez. No sabía por qué, cómo, o con la ayuda de quién, sólo entendía que estaba aquí, y necesitaba respuestas.

Miró de nuevo a Fatima, a la joven Fatima, y se armó de valor.

—¿Dónde están papá y mamá?

—Oh, ellos… partieron ayer muy temprano hacia la casa de lord Montrose. —Roderick abrió grandes los ojos. Lord Montrose era el esposo de su tía, la hermana de su papá, y fue de camino a esa boda que sus padres murieron.

Había sido en el segundo día de viaje, en cuanto dejaron el territorio de Albermale, al sufrir una emboscada.

Hoy era su segundo día de viaje.

Sintió que toda la sangre se le iba a los pies. Oh, ahora sabía perfectamente cómo era perder la sangre, y así se sentía ahora.

Se apoyó en el pilar de la cama pensando, pensando.

Si todo esto era un sueño… Si todo era sólo producto de una fantasía cruel…

Pero, si era real, sus padres estaban vivos aún.

Caminó hacia la ventana y retiró el tapiz. Era de noche.

—¿No ha amanecido? ¿O ya oscureció?

—Es de madrugada todavía —dijo Fatima.

—¡Sí! —celebró Roderick, y mirando a las damas, que lo observaban con cautela y curiosidad, empezó a dar órdenes—. Lady Rachel, despertad al capitán de la guardia y decidle que venga a verme.

—Pero ¡mi lord!

—Fatima —siguió Roderick ignorando a lady Rachel—. Conseguidme ropa y alimento. Llamad también a Edith…

—Es demasiado temprano aún, lord Roderick…

—¡Y estamos a tiempo! —gritó Roderick—. Obedeced a mis palabras, las explicaciones podré dároslas después—. Ambas mujeres lo miraron más sorprendidas aún. Este niño emanaba tanta autoridad que ninguna fue capaz de refutar de nuevo sus palabras y se pusieron en movimiento.

Fatima llegó con ropa pequeña, y Roderick, que no tenía un espejo en su habitación, seguía sorprendido por lo delgado que era su cuerpo. Si a eso le sumaba que acababa de padecer las fiebres que se habían llevado a su hermano Darius, era comprensible que estuviera en los huesos.

También le trajeron comida. Pan, queso y carne seca, lo que estaba disponible a esta hora de la madrugada.

Primero llegó Edith, a quien le dio la orden de preparar comida para cincuenta hombres.

Luego llegó sir Peter, el capitán de la guardia de este tiempo, a quien ordenó preparar a cincuenta hombres para emprender un viaje.

—Que estén bien armados, llamad a los mejores con la espada, a aquellos en los que más confiáis.

—Mi señor… ¿puedo saber…?

—Iremos a proteger a lord Albermale —dijo Roderick con su delgada voz, sus ojos azules muy grandes, y el cabello negro despeinado.

—¿A… protegerlos?

—No me preguntéis más. No confío en nadie para dar respuestas más concretas. Sólo… obedeced… si no, os tomaré como traidor de Albermale, y moriréis por mi mano.

—No, mi señor —dijo sir Peter hincando una rodilla en el suelo. —Le soy fiel a Albermale desde mi más tierna juventud.

—Entonces, haced lo que os ordeno. Hombres, armas y caballos. Todo lo que tengáis. Preparadlo. Yo iré con vosotros.

—Sí, mi señor.

—Pero estáis enfermo, mi lord —le recordó Fátima.

—No moriré —dijo Roderick con voz pétrea—. No hoy.

Lleno de determinación. Actuando como si estuviese acostumbrado a llevar el mando, el pequeño Roderick, de sólo once años, salió de su recámara y se dirigió al salón de las armaduras para elegir una para sí. Lamentablemente, no había una de su talla, las espadas que encontró le eran muy pesadas, y no tenía la fuerza suficiente para tensar ninguno de los arcos, pero no se detuvo y siguió buscando hasta encontrar un par de dagas y se las ajustó en su cinto. Cuando le avisaron que los hombres ya estaban listos para partir, salió al patio de armas y los analizó a todos. Rudy trajo para él un caballo, y su rostro rejuvenecido le revolvió sentimientos.

—Gracias, Rudy —le dijo, y aunque requirió ayuda para montarlo, irguió la espalda digno y orgulloso.

—Iremos a acompañar a los condes de Albermale en su viaje hasta Montrose. Quien dude de esta empresa dígalo ahora y quédese en casa. Quien piense que es una locura, y que las fiebres me quitaron la cordura, hable en este momento.

—¡Lord Roderick! —exclamó la voz de sir Homer llegando al patio de armas, y Roderick lo miró por un momento.

Esa había sido la última voz que escuchara antes de morir, recordó, pidiéndole que no muriera.

Esos recuerdos atravesaron su mente con dolor, así que los ignoró. Tenía algo importante que hacer ahora.

Miró al cielo, que seguía oscuro, pero por el horizonte, muy pronto, asomaría la luz del sol.

Era la primavera avanzando hacia el verano. El aire estaba fresco, pero el cielo estaba despejado.

—¡Vamos! —gritó Roderick, y, acostumbrado como estaba, lideró la marcha.

Los caballeros le siguieron asombrados, sorprendidos, admirados.

Roderick no prestó atención a sus posibles dudas. Sus padres estaban vivos; habían sido emboscados al mediodía, según el informe que le habían dado aquella vez.

Su madre había sido degollada, su hermana despeñada…

Enseñó los dientes con rabia. Eso no iba a pasar ahora; tenía seis u ocho horas para alcanzarlos y salvarlos. Ellos se habían ido con calma, cargados

de equipaje, con tres carruajes, en cambio, ellos, a caballo y a todo galope, cubrirían el camino recorrido en menor tiempo.

Podía, sí. Podía salvarlos.

Estaba aquí otra vez por alguna extraña magia, por alguna divina razón.

No sabía, y no tenía tiempo para analizar, pero no iba a llorar la muerte de sus padres otra vez. No.

Y Emma…

Sonrió.

En este momento, Emma estaba viva también, pero tenía sólo cinco años de edad. Estaba en su casa al lado de su padre, lord Dunster, y tenía todo en mente menos el matrimonio, y el amor.

Una lágrima bajó por su mejilla y la limpió rápidamente, antes de que los caballeros lo notaran.

Si de repente este mundo ante sus ojos no se desvanecía, entonces él, de verdad, había retrocedido doce años al pasado, tenía sólo once, las desgracias aún no habían llegado y podía cambiar el curso de la historia.

Sacaría a patadas, con fuego y sangre, a todos los traidores…

Y podría vivir en paz esta vez.

Luego haría las preguntas pertinentes. Por ahora, debía salvar a sus padres.

16

Este pequeño cuerpo era un incordio, pensó Roderick sobre su caballo, cabalgando hacia el camino del noroeste, el que llevaba a las tierras de Montrose. Estaba débil, cansado, y cada paso lo sentía en todos sus huesos.

Afortunadamente, no tendría que pelear; era un niño, después de todo, nadie esperaba que empuñara una espada y liderara la lucha.

Era extraño, y a la vez, un alivio.

Miró los caballeros a su lado y tras él, porque algo que no había podido cambiar era el ir delante de todos, y se tranquilizó por lo fuertes que lucían, por lo confiables de su armadura y armas. Tal vez había traidores entre ellos, pensó. Pero entonces, él sería un vigía, observaría cada uno de sus movimientos para detectarlos a tiempo.

Por fin, al mediodía, ubicaron el lugar. Había una columna de humo que subía al cielo, lo que alarmó a los caballeros, y les hizo espolear a sus caballos para apresurarse. El fuego provenía de uno de los carros, pues lo habían incendiado, y Roderick vio cómo su madre trataba de proteger a su hija mientras un par de caballeros de Albermale la protegían de los que intentaban dañarla.

Rose Montfort tenía el cabello oscuro recogido, aunque algo despeinado, y la pequeña niña pelirroja, Emily, la abrazaba escondiendo el rostro en el pecho de su madre.

Fue fácil identificar a su padre; peleaba contra varios hombres al tiempo con toda su fuerza y pericia, y el corazón de Roderick pareció saltarse un latido al reconocerlo. Al ver sus habilidades, su pecho se llenó de orgullo; había escuchado cientos de historias acerca de lo bueno que era Simon Montfort con la espada, pero ahora lo estaba viendo con sus propios ojos.

Sí, era fuerte y habilidoso, capaz de luchar contra cinco a la vez.

Estaban vivos aún, se dijo sintiendo alivio, galopando con furia hacia ellos. No era demasiado tarde.

Cincuenta hombres debían ser más que suficientes. Recordaba que ese era el número que había atacado a su familia. Les haría un buen contrapeso, y, además, los aniquilaría.

Por un momento, sólo escuchó el grito de los hombres de Albermale, y el ruido de su propio latido en su pecho. Una lágrima de alivio y alegría fue

dejada atrás por la velocidad de su caballo.

No sabía que había tenido este sueño tantas veces en su vida, y menos imaginó que lo haría realidad. Llegar a tiempo, salvarlos…

El choque de ambas bandas fue letal, espada contra cuerpos, hombres sorprendidos porque no los vieron ni escucharon venir, perdiendo pie, descuidando su defensa, perdiendo valiosos segundos que los otros lograron aprovechar al ver que las insignias de los que se acercaban eran similares a las suyas. Nadie había logrado pedir refuerzos, pero aquí estaban, enviados por Dios mismo, y luego de la angustia por verse superados, llegó el regocijo porque ahora la balanza se inclinaba a su favor, así que acompañaron cada ataque con un grito de júbilo.

Los forajidos intentaron huir al bosque, y hasta allá fueron perseguidos por los caballeros. Los que insistieron en quedarse, fueron cayendo de uno en uno. Todavía el conde estaba asediado, pero entonces uno cayó con una daga clavada en su ojo. Imaginó que había sido alguno de sus caballeros liberándolo de sus atacantes, y siguió peleando, pero cuando cayó el segundo con la misma técnica, tuvo que buscar a ese excelente tirador, y lo vio.

Era su hijo, erguido sobre el caballo, el cabello negro despeinado, sin armadura, pero protegido con una coraza de cuero, pidiéndole al caballero a su lado que le facilitara su daga para lanzarla también.

Los ojos de ambos parecieron encontrarse en un momento, y los de Simon se llenaron de orgullo, pero también aprensión. Orgullo porque su hijo tenía una excelente puntería, y aprensión porque estaba casi desprotegido en medio de esta lucha.

De repente, el número de atacantes simplemente mermó, y Simon Montfort, conde de Albermale, quien creyó que moriría ese día, se vio a sí mismo buscando a quien matar. Al verse libre, giró buscando a Rose, su esposa, y Emily, su hija de sólo nueve años, encontrándolas acurrucadas en medio del camino, y rodeadas de caballeros. Ellas estaban asustadas, con sus ropas sucias, pero vivas y sin heridas, y al comprobarlo, volvió a buscar a su hijo.

—¡Papá! —gritó la voz de su pequeño, que se bajaba torpemente del caballo y corría hacia él. Simon descubrió su cabeza y sonrió extendiendo los brazos para el pequeño de once años que corrió hacia él, y ambos se fundieron en un abrazo largamente esperado, y muy, muy necesitado.

Doce años sin verlo, pensó Roderick entre sus brazos. Doce años lamentando su prematura muerte.

Para Simon habían sido sólo dos días, pero tenía ese horrible presentimiento de que esa despedida que le dio antes de partir pudo ser la última. Mientras luchaba, luego de la sorpresa por el ataque, internamente lo supo. No lo dijo para no desanimar a sus caballeros, pero estaban perdiendo, pudieron morir.

—Hijo mío —susurró el conde de Albermale apoyando su mano en el cabello negro de su hijo—. ¿Cómo es que habéis llegado en tan buen momento a este lugar?

—Yo… lo sabía. Sabía que me necesitabais.

—Y os debo la vida —se separó de él y lo miró a los ojos. Los del niño estaban húmedos por las lágrimas, tan azules como los suyos, enormes en esa pequeña cara que apenas empezaba a tomar los ángulos masculinos—. Nos salvasteis—. Roderick retorció un poco su expresión al escuchar aquello, y volvió a hundir el rostro en el cuello de su padre.

—Lord Roderick nos despertó esta madrugada y armó una cuadrilla para seguiros —dijo sir Peter llegando ante su señor, todavía sorprendido y agitado por la lucha que acababan de librar. Simon frunció el ceño sorprendido por aquello, y miró a su hijo, pero este de repente se aflojó en sus brazos, y cuando le movió la cabeza para mirarlo, encontró que se había desmayado.

Seguía con fiebre, debía estar muy débil.

Rose y Emily llegaron hasta él. La condesa tomó a su hijo en sus brazos y lo examinó. Cuando comprobó que su corazón latía y respiraba, miró a su esposo con ojos desnudos. Él no necesitó palabras, sólo los abrazó, rodeando a su pequeña familia con sus brazos, reconociendo que era un auténtico milagro que estuviesen vivos, y que ese pequeño tendría que explicar muchas cosas en cuanto se recuperara.

Por ahora, sólo podía alegrarse, recuperarse, y dar gracias.

Eso último, con toda su alma.

Pasaron un buen rato en ese lugar mientras contaban las pérdidas, juntaban los cuerpos, y tomaban decisiones. Las damas y doncellas que les habían acompañado ayudaron adecuando el carruaje secundario para que Roderick

se recuperase allí, y los caballeros reunían los caballos que habían perdido a sus jinetes.

—Explicadme —le pidió lord Simon a sir Peter, cuando hubieron terminado el conteo de las bajas—. ¿Cómo habéis sabido que necesitábamos vuestra ayuda? —sir Peter apretó los labios meneando la cabeza.

—No lo sabíamos, mi lord.

—¿Entonces?

—Yo dormía, era alta la madrugada, y fui despertado por lady Rachel diciéndome que lord Roderick requería mi presencia con urgencia. Fui allí esperando lo peor, pero el niño… Lord Roderick, estaba en pie y daba órdenes. Me indicó lo que había que hacer, paso por paso, como si… supiera cómo se maneja un regimiento de cincuenta hombres y cómo alistarlos para ir a la guerra. Y luego… simplemente lideró la marcha hacia aquí. Mi lord… es sólo un niño, pero no fui capaz de cuestionar sus órdenes —. Lord Simon frunció el ceño analizando cada palabra.

—¿Es decir… que él sólo despertó en medio de la madrugada y os ordenó venir aquí?

—Así es, mi señor—. Simon tenía más preguntas, pero intuía que sir Peter no tenía esas respuestas.

Alguien le pasó un tazón de comida, y se sorprendió al ver que, después de todo, tenía hambre. Las doncellas habían improvisado un fogón y preparado alimentos.

Roderick al fin despertó. Era un sueño negro, y se sentía débil y sediento. Alguien le alcanzó un vaso de agua y la bebió toda, y luego, su visión y su mente parecieron aclararse.

Esta era su madre.

Tan bonita y tan dulce. Su mamá. Rose le sonrió, y el corazón de Roderick pareció iluminarse, y sin perder más tiempo, se echó a sus brazos apretándola con fuerza.

—Mi pequeño valiente —le dijo ella, y su voz, su olor, su toque, todo, destruyeron el autocontrol de Roderick, que simplemente se echó a llorar—. Ya no tengáis miedo; estamos aquí. ¿Os sentís bien?

—Ahora estoy perfecto —dijo él sonriendo, y separándose para mirarla a los ojos—. Porque estáis aquí, porque estáis bien—. Rose apoyó su mano en la flacucha mejilla. Su hijo había perdido peso por las fiebres, pero seguía siendo guapo.

Cuando Roderick vio a Emily, extendió el brazo a ella y la abrazó. Emily le echó una mirada de desconcierto a su madre, pero no rechazó a su hermano.

—¿Estáis molesto porque os dejamos atrás? —preguntó la pequeña. Ojos azules, cabello rojo. Todos dijeron siempre que así era lady Sarah, la bisabuela.

—Ahora sé que debía ser así —respondió Roderick enigmáticamente, y pasó la pequeña mano por las trenzas rojas de su hermana. Qué bonita era, pensó Roderick feliz de volver a verla. Le asombraba lo bien que recordaba este rostro, aunque con el tiempo la imagen de ella se había ido desdibujando de su memoria.

Sintió la mano de Rose en su frente, que comprobaba su temperatura, y dio órdenes a sus damas para que le trajeran alimento.

Roderick no dejó de sonreír, de mirarlas. Se sentía fatal, no tenía fuerzas ni para alzar los brazos, pero nunca se sintió tan bien.

Afuera, lord Simon recibía un informe de todo lo ocurrido. Cincuenta hombres habían atacado, y cincuenta habían venido al rescate. Los forajidos no eran atacantes cualesquiera, sino que tenían técnicas de lucha especializadas, parecían caballeros.

No era normal que los atacaran tan pronto salieron de los territorios de Albermale, no habían robado nada, la intención era matar.

Cuando estuvo a solas con el capitán de la guardia, lord Simon no pudo seguir evitando admitir que esta era una emboscada con un único objetivo: eliminar a los condes de Albermale.

—Pero… Mi señor, ¿quién osaría tal…?

—Enemigos… y traidores—. Los ojos de sir Peter se abrieron grandes ante aquella palabra maldita. Era tan horrible que incluso sintió agrieras—. A nuestra llegada, tendremos que empezar a limpiar Albermale. ¿Puedo confiar en vos, sir Peter, o debo cuidar mis espaldas de vuestra espada? —al oír aquello, sir Peter hincó la rodilla ante él.

—Mi señor, os serviré hasta el día de mi muerte. Con mi vida, os serviré—. Lord Simon lo miró fijamente. Lamentablemente, este tipo de juramentos podían ser hechos por un traidor con el mismo fervor, sólo debía fingir. No había manera de escudriñar lo profundo del corazón de un hombre.

Por ahora, sólo le quedaba confiar.

—Eso espero, sir Peter —y elevando un poco la voz para que los demás también le escucharan, ya que habían estado atentos luego de que su capitán se hincara ante el lord, dijo: —Albermale premia con abundancia la lealtad, y paga con sangre y muerte la traición. Si acaso alguno alberga tal idea en su mente, le aconsejo que se apresure, y ataque pronto. Yo le estaré esperando para matarle—. Miró a todos, lentamente, con severidad, pero también, con serenidad, y girándose, volvió al carruaje donde se hallaban su esposa y sus hijos.

Rato después, emprendieron el camino de vuelta. Iban agotados, pero ansiosos por llegar a casa; los caminos no eran seguros, y aunque era dudoso que intentasen otra emboscada el mismo día, era mejor no exponerse demasiado.

No acamparon cuando oscureció, sino que siguieron adelante. Debían volver pronto al castillo. A este paso, llegarían en la madrugada, calculó Rose mirando a su hijo dormido en su regazo, que dormía esta vez con mejor semblante.

Emily iba en los asientos del frente, apoyada en el brazo de su papá, totalmente agotada, pero reacia a dormirse.

—Cerrad los ojos y descansad, lady Emily —le dijo Simon a su hija—. Nada malo volverá a pasar. Y si así fuera… yo os protegeré—. Emily sonrió, y al fin cerró sus ojos.

Simon miró a su esposa, que le devolvió la mirada tratando de comunicarle mil cosas.

Entre ellos no había mentiras, ni subterfugios; no valía la pena negarlo. Sí, estuvieron a punto de morir hoy.

Los atacantes habían aparecido de la nada, arreciando como langostas, saliendo de todas partes, concentrados en matarlo a él, el lord. Si hubiesen sido ladrones, simplemente hubiesen utilizado una distracción que no les

produjera bajas, se habrían llevado el oro, y habrían huido, pero no revisaron los carromatos, sólo atacaron sin cesar.

Y por un momento, él mismo sintió miedo, porque se vio superado en número, y sus caballeros estaban cayendo uno a uno.

Si Roderick no hubiese llegado con ese contingente, en ese preciso momento…

Si él hubiese muerto, la siguiente habría sido su esposa, pensó sin dejar de mirarla; y luego, la pequeña. Si ellos tres morían, Roderick habría sido el último Albermale en el castillo. ¿Cuánto tiempo habría resistido el pequeño con un traidor dentro del castillo y enfermo como estaba en este momento, hasta que también cayera?

Y si Roderick caía, entonces…

Rose asintió levemente, como si hubiese leído sus pensamientos.

Lo de hoy había sido un milagro, uno de esos que sólo ocurrían por la sangre de los Montfort.

El vigía de la torre hizo sonar las campanas cuando avistaron los carruajes del conde arribar al castillo. Sirvientes y soldados se sorprendieron. Habían viajado toda la noche, habían vuelto a casa.

¿Qué había ocurrido?, se preguntaban todos. Primero, lord Roderick salía con un grupo de soldados sin importar lo enfermo que estaba, y ahora ellos volvían casi al amanecer, con un carruaje menos y caballos sin jinete.

Todavía el cielo estaba oscuro cuando entraron al patio de armas en un lento desfile. Los ocupantes de los carruajes bajaron de él llenos de agotamiento, deseando una cama, pero felices de estar en casa.

Sir Homer, que había despertado con las primeras campanadas, vio llegar sanos y salvos a los lores, y a sus pequeños hijos.

Todos cuatro, sin un solo rasguño.

¿Pero qué diantres había sucedido?

El corazón le latió alocado en su pecho cuando vio que, efectivamente, lord Roderick, ese niño al borde de la muerte por el veneno que él mismo le estaba suministrando, simplemente se recuperó y alistó un ejército para salir en busca de su padre.

Eso había sido extraño, y en todo el día no había dejado de preguntarse por qué había hecho algo así. ¿Había descubierto la traición? ¿Escuchó algo y por eso supo lo que ocurriría?

Interrogó discretamente a sus hombres, y todos le juraron que habían sido muy discretos, cumpliendo la orden de no mencionar nada de sus planes dentro de los muros del castillo, y mucho menos ser tan descuidados como para que el pequeño lord los escuchara.

Entonces, si nadie había sido descuidado, había un traidor dentro de los traidores. Nada explicaba el comportamiento de Roderick Montfort. Evidentemente, había sido advertido.

Sin embargo, se quedó tranquilo porque imaginó que no conseguiría salvar a sus padres, y de paso, tal vez él también muriera, pero no sólo sí lo los salvó, sino que él parecía bastante recuperado de su enfermedad.

—¿Lord Roderick se encuentra bien? —preguntó lady Rachel mirando al niño caminar de la mano de su pequeña hermana. Roderick elevó la mirada a ella y sonrió.

—Así es, lady Rachel —contestó él. —Sólo estoy agotado. Quiero dormir en una cama.

—Pero… ¿por qué volvisteis? ¿No asistiréis a la boda de lady Rowena?

—Me temo que no —contestó lady Rose—. Fuimos emboscados en el camino —lady Rachel se cubrió la boca y la siguió hasta el interior del castillo, donde de inmediato le ofrecieron asiento y té. Lady Rose agradeció, pero primero comprobó que sus hijos fueran llevados hasta sus habitaciones por las doncellas, y que el personal que acababa de llegar fuera cada uno a sus aposentos a descansar.

Lord Simon, por su parte, se encargó de que sus hombres recibieran la atención médica requerida, y descanso. Cuando ambos cumplieron con sus obligaciones, y al fin estuvieron a solas en su recámara, se unieron en un abrazo.

—Compartidme vuestras ideas —le pidió Rose a su marido—. Pensáis lo mismo que yo, ¿verdad?

—Tenemos un traidor en Albermale —dijo Simon lacónicamente—. Ha intentado desaparecernos. Ya no me extrañaría que la muerte de Darius fuera provocada y no producto de una enfermedad—. Lady Rose se sorprendió con aquello.

—Si no es una enfermedad… ¿qué?

—¿Envenenamiento? —Rose frunció el ceño preocupada.

—¿Quién querría hacernos daño? No tenemos enemigos.

—No enemigos conocidos, pero sí que los tenemos ocultos.

—¿Por qué?

—No lo sé, mi amada —dijo él acariciando el cabello de su esposa—. Pero lo averiguaré. Hoy intentaron destruirnos, pero fracasaron… Volverán a intentarlo con seguridad. Debemos estar preparados.

—¿Qué puedo hacer yo? —Simon sonrió.

—Por ahora, descansar. Han sido un día y una noche muy largas—. Ella lo miró fijamente por largo rato deseando insistir, pero era verdad; ambos estaban agotados, y debían reponer fuerzas.

Deseaba un baño, pero lo tomaría al despertar. Tan pronto como ambos se metieron a la cama, quedaron dormidos.

Sir Homer daba vueltas en su estrecha habitación. Ahora que la emboscada había fallado, el lord sospecharía de traición, y si lord Roderick había sido advertido por alguien, tendrían más información.

Vio salir el sol y todavía no encontraba qué solución darle a este problema, pero cuando pensó en que si lord Simon supiera ya quién era el traidor su cabeza no seguiría unida a su cuerpo, se tranquilizó. Él no sabía nada, y si el niño lo sabía, no se lo había dicho. Habría que matarlo antes de que abriera la boca, pero ahora sería complicado atacar a un miembro de la familia, pues su seguridad se redoblaría.

Mientras siguiera vivo, tendría que procurar matarlos, era la orden que tenía.

Roderick despertó horas después. Otra vez se sorprendió porque su cuerpo era más pequeño, por lo flaco que era, por lo grande que era su cama y todo el castillo en general. Y por el milagro de estar aquí doce años atrás.

Tendría que preguntarles a sus padres qué era lo que había pasado. Las palabras que había escuchado antes, esas frases enigmáticas acerca de unas puertas especiales en Albermale, la importancia de la sangre y demás, eran cosas que necesitaba aclarar.

Lo dejaron pasar a la habitación de sus padres y los encontró desayunando. Al verlo, ambos le sonrieron, y el corazón de Roderick volvió a retumbar en su pecho.

Abrazó a su madre con fuerza.

Dios, cuánto los había extrañado.

—Tenemos un traidor en Albermale —dijo Roderick sin pérdida de tiempo cuando se hubo sentado frente a ellos, y Rose miró a su marido con ganas de sonreír por lo mucho que este niño se parecía a su papá.

—Sí —contestó Simon—. Hay uno.

—Uno no. Son cientos. Nos duplican en número. Debemos exterminarlos, papá.

—¿Cómo lo sabéis, Roderick?

—Porque yo… los maté a todos —dijo bajando la mirada—. Pero no fue suficiente. Mataron a mi esposa, mataron a todos.

Aquellas palabras, ante oídos incautos, habrían sonado llenas de locura, pero para este par fueron más bien asombrosas.

El semblante de Roderick se había ensombrecido; su expresión denotaba una profunda pérdida, una gran tristeza. Simon extendió su brazo y apoyó la mano en el delgado hombro de su hijo.

—Explicad eso—. Roderick elevó de nuevo los ojos.

—De alguna manera… he vuelto doce años atrás… soy de nuevo un niño, y he podido salvarles. Sé que parece una locura, creeréis que las fiebres me han vuelto loco, pero os juro que…

—No tenéis que jurar —lo interrumpió su padre—. Os creo… vuestra madre y yo… sabemos que decís la verdad—. Roderick tragó saliva sin dejar de mirar a uno y a otro.

—¿Por qué? ¿Cómo es posible… tal milagro?

—No lo sabemos con exactitud… pero… Hay puertas especiales en Albermale—. El niño los miró confundido, y repitió en silencio esas palabras. —En el pasado —siguió Simon—, una niña viajó casi nueve siglos al futuro, aprendió cosas increíbles, y por esas mismas puertas volvió al pasado, advirtiendo a los últimos descendientes de Albermale del peligro que les acechaba, salvándoles la vida—. Roderick los miraba con ojos

desorbitados. Rose miraba a su marido y a Roderick en silencio, simplemente escuchando de nuevo esa historia.

Cuando se casó con el lord y tuvo a sus dos hijos, Simon Montfort consideró que ya era tiempo y le reveló el gran misterio de este castillo, de su linaje. Por un tiempo le había parecido que sólo eran cuentos llenos de magia, pero eso explicaba lo diferente que eran las costumbres de los Montfort.

Y ahora, su hijo había traspasado esas puertas. Todo era real.

—¿Hay tal magia en Albermale?

—Parece que sí. Vos sois una prueba de ello. Pero lo que escuché de esa niña no coincide con lo que vos nos estáis contando. Al parecer… hay más de una forma de traspasar esas puertas. Contadnos, hijo. ¿Qué sucedió? ¿Por qué volvisteis? Estábamos muertos en vuestro futuro, ¿no es así? — Roderick apretó fuerte los dientes y un músculo latió en su mejilla. Cerrando los ojos asintió.

—Durante esta emboscada, vos fuisteis atacado a traición, mamá fue degollada… y Emily… fue despeñada—. A Rose le temblaron los labios al escuchar eso, pero Roderick siguió—. Yo, enfermo como ahora… quise ir y buscar a los asesinos… pero no pude. No pude hacer nada —Simon guardó silencio, y lo miró animándolo a continuar—. Viví… sin padres, ni hermanos, hasta los veintitrés años. Me casé… con una hermosa mujer — dijo, sonriendo con dolor—. Pero tan sólo unos meses después, el castillo fue atacado. No fue un asedio… fue un motín. Estaba infestado de traidores y no pude hacer nada. Utilizaron una misiva del rey para alejarme y… mataron a mi esposa. Perdí a todos mis hombres… y yo mismo morí. No entiendo… No sé cómo volví. Sólo… cerré mis ojos, sentí que caminaba en un túnel muy oscuro, escuché voces, vi personas que no sé quiénes son, y de repente… estaba de vuelta en mi cama, siendo un niño… y era el día en que vosotros moríais.

Roderick guardó silencio y miró fijamente a sus padres, que intercambiaron una significativa mirada entre ellos.

—Es extraordinario —dijo Rose—. Maravilloso.

—Parecéis triste por vuestras pérdidas —notó Simon, y Roderick asintió.

—Vi caer a cada uno de mis caballeros más leales. Vi caer… a mi amada esposa. Y aún no sé quién lideró la traición. Sé que los Beaumont están

involucrados, pero tenían a uno dentro del castillo que fue introduciendo a sus hombres poco a poco hasta que fueron más sus leales que los míos.

—Pero podéis revertir todo eso. Todas vuestras pérdidas, la traición, el dolor… ya no tienen por qué ocurrir… Y ya no estáis solo —añadió con una sonrisa—. Ahora que estamos advertidos, le será difícil al enemigo exterminarnos. No. Le será imposible.

Roderick lo miró en silencio por un largo instante.

Mientras cabalgaba hacia la emboscada del camino, había estado pensando en todo lo que tenía que hacer para impedir que la historia se repitiera. Acostumbrado como estaba a llevar todo sobre sus hombros sin ayuda, escuchar esto era como si de repente le quitaran un enorme peso de encima

Era verdad. No estaba solo. Y con la ayuda de estos dos, lograría eliminar al traidor.

Esta vez no perdería todo, era turno del enemigo sufrir.

17

Luego de hablar con sus padres, Roderick bajó a la sala principal de la torre del homenaje donde encontró a su pequeña hermana riendo con una de sus doncellas. Se quedó quieto en uno de los escalones mirándola simplemente, sintiendo cómo el corazón le vibraba sólo porque ella estaba viva.

Qué bonita era, pensó con una sonrisa conmovida. Se convertiría en una gran belleza cuando creciera. Tendría muchos pretendientes, se casaría y sería la ama de su propio castillo. Esta vez sí llegaría a la adultez, esta vez su vida no se vería truncada.

Emily lo vio y le sonrió convidándole a unirse a ella, y Roderick hizo caso, pero entonces una doncella lo miró preocupada.

—Mi lord, deberíais estar en vuestra habitación descansando, todavía estáis un poco enfermo.

—No —contestó Roderick—. Estoy bien.

—Pero teníais fiebre.

—Ya no —insistió, y pensó en eso. Desde que se había ido con los soldados a rescatar a sus padres, la fiebre había ido bajando poco a poco. Dudaba que fuera un simple milagro, así que miró arriba pensando en su habitación, y el tiempo que estuvo confinado allí por su extraña enfermedad.

Frunció el ceño y volvió a subir las escaleras dirigiéndose a la de sus padres, y estos ya salían. Al verlo tan serio, elevaron sus cejas de manera interrogante. Roderick no dijo nada, sólo miró significativamente hacia la recámara de los lores y lideró la marcha.

Rose miró a su marido un poco divertida al ver que un niño de once años era tan autoritario sin necesidad de usar las palabras.

—¿Qué estáis pensando ahora? —preguntó Simon mirándolo fijamente.

—¿Y si estaba siendo envenenado? —preguntó Roderick sin tapujos. Simon y Rose guardaron silencio—. No he consumido ningún alimento preparado en Albermale desde hace dos días, y misteriosamente mi fiebre y mis malestares han bajado. Esta mañana rechacé el desayuno por ir a veros. ¿Y si estuve siendo envenenado todo este tiempo?

—Tendremos que ser prudentes para encontrar al traidor en las cocinas.

—Y al traidor que le da órdenes a ese —asintió lady Rose contrariada—. ¿Cuántos infiltrados habrá? ¿Podremos confiar en alguien?

—Por ahora, no —le contestó su marido, y volvió a mirar a Roderick—. No os preocupéis por ese asunto, yo me haré cargo—. Roderick lo miró de nuevo, sin decir nada, pero pensando en lo extraño que era no estar a cargo de esto. Ya había empezado a pensar en las trampas que debía idear, y todo lo necesario para capturar al traidor.

Él podía ayudar, pero confiaba en el discernimiento de su padre.

Dejó de nuevo la habitación y bajó para ver de nuevo a su hermana. Dado que estaba recuperándose de una enfermedad, no debía acudir al patio de entrenamiento, y por lo menos por hoy, prefería pasar tiempo con Emily.

Un par de días después fue llevado ante el lord un ayudante de cocina acusado de intentar envenenar a lord Roderick. Y poco después, un soldado quien juró hasta el final no tener nada que ver con el asunto, pero al que le encontraron pruebas entre sus posesiones. A pesar del duro interrogatorio, esos dos insistieron en ser inocentes, y, por último, en no saber nada.

Lady Rose, con la ayuda de su marido, reorganizó todo el personal de cocinas, y, además, puso vigilancia constante sobre los alimentos y criados. El ambiente se puso bastante tenso, pero envenenar al hijo del lord tenía pena de muerte, y ser solamente sospechoso te podía costar demasiado, así que todos colaboraron.

Ambas personas fueron ejecutadas.

Esto disgustó muchísimo a sir Homer, que era un soldado más, aunque con rango alto, pues había perdido dos fichas importantes. ¿Cómo se habían dado cuenta del envenenamiento? El encargado era muy bueno en esos asuntos, usó dosis muy pequeñas, al igual que con lord Darius; todo fue manejado con meticulosidad. ¿Cómo, cómo lo descubrieron?

Odiaba la cara llena de satisfacción de Fatima, esa bruja. Ella no había podido descubrir qué realmente pasaba con lord Roderick hasta ahora, y de la nada no sólo descubrió el veneno, sino cómo contrarrestarlo.

La había investigado a fondo, había intentado infiltrar a alguien en su área, pero hasta ahora, no había podido.

También, había luchado con mucha fuerza para ascender él mismo, pero no pasaba de estar a cargo de un grupo de soldados. Si pudiese convertirse en

alguien más importante, estar dentro del castillo, como un administrador, podría descubrir los secretos de este feudo más pronto, pensó.

Pero entonces, lord Simon les hizo hacer un nuevo juramento a todos los soldados, esta vez, un pacto de sangre. Trajo un obispo, un par de condes amigos suyos, gente importante y cercanos al rey, más un delegado de su majestad, y en el patio de armas reunió todo su poderío militar. Sólo estaban por fuera los estrictamente necesarios, y estos harían su juramento después. Ninguno escaparía.

Cada soldado juró de nuevo fidelidad ante el lord, hincándose de rodillas, y con su propio puñal se hizo sangre en uno de sus dedos, dejando caer gotas en una palangana de oro que poco a poco se fue tiñendo de rojo, y creando un pequeño charquito en el fondo de ésta.

La sangre fue tomada por el obispo y la elevó al cielo en una larga e intimidante oración.

Como si fuese una pantomima donde el cielo mismo participaba ofreciendo un excelente escenario, éste se cubrió de nubarrones de un momento a otro, volviendo el entorno frío y gris. El viento empezó a mover los estandartes de los soldados apostados en los extremos, y un rayo cayó en una de las torres del castillo, pero sin llegar a incendiarla.

Los soldados hicieron su juramento llenos de pánico, y al terminar la ceremonia, salió de nuevo el alegre sol.

Sir Homer miraba el cielo aturdido.

Qué. ¿Qué estaba pasando aquí?

No le harían creer que Dios mismo estaba de parte de los Montfort. Para él, Dios era sólo un ente abstracto y distante, que tenía a los humanos en el último escalón de importancia, y era debido a eso que existía gente como él, que prosperaba la gente como él, aunque últimamente ninguno de sus intentos aquí estaba prosperando.

¿A qué se debía todo?

Oh, el gran misterio de Albermale.

No pudo molestarse del todo cuando, poco a poco, la gran mayoría de sus leales fueron dándole la espalda luego de esta ceremonia. Sólo los que creyeron firmemente que todo había sido casualidad siguieron a su lado, pero eran menos de la mitad de los que tenía antes.

Lo peor era que debía ir eliminándolos antes de que delataran el plan. Afortunadamente, había usado un sistema que hacía difícil que se enteraran quién era el que estaba a la cabeza de la rebelión.

Tendría que salir adelante con los pocos que le habían quedado, así le costara. Ya no podría introducir más hombres a Albermale, sobre todo, con lo estricta que estaba siendo la vigilancia y la selección. Lord Simon ya no se fijaba solamente en la capacidad de un soldado para admitirlo en sus filas, sino que investigaba a fondo su origen, antecedentes, familia, y, por último, su intuición. Cuando no confiaba en la suya, traía a su pequeño hijo para fiarse de la de él. Indefectiblemente, ese niño detectaba a sus infiltrados con sólo verlos. Era como si pudiera leerles la mente. Sólo sacudía levemente la cabeza y el hombre era descartado.

Y él seguía sin saber qué mierda pasaba en Albermale.

Sólo hasta que Fatima dio el aval, Roderick volvió al patio de entrenamiento a seguir con su formación, y allí vio de nuevo a Alfred, su amigo.

Alfred, hijo de nobles, había sido enviado al castillo hacía relativamente poco, y había insistido en formar con él una amistad. Al principio, recordaba, Roderick lo encontraba un incordio, pero poco a poco se fue acostumbrando a su humor y manera de jugar.

El alma se le calentó un poco al verlo. Había sido el último en pie esa vez, y protegió hasta la muerte a Emma, sólo porque era la esposa del lord.

Pocos hombres eran tan leales, y sentía que era más que un amigo y aliado; era un hermano.

—Ya tenéis mejor semblante —bromeó Alfred al verlo, y Roderick asintió. Verlo de nuevo siendo niño era muy gratificante para Roderick, aunque Alfred le llevaba un año, y por lo tanto era más alto.

—Sí. No es exagerado decir que estuve a punto de morir—. Alfred lo miró serio.

—Si eso volviese a ocurrir, yo mismo atravesaré con mi espada al culpable —. Roderick lo miró en silencio, y luego sonrió.

—Lo sé —le dijo.

Y luego arremetió contra él usando su espada de madera. No tenía fuerza, ni agilidad, pues su cuerpo apenas estaba recuperándose, aun así, Alfred, tomado por sorpresa, tuvo dificultades para manejarlo, y refunfuñó por esa costumbre de atacar sin avisar.

—Volvisteis con muchas ganas de perder.

—Volví con muchas ganas de enseñaros un par de técnicas.

—¿Vos a mí? —Roderick se echó a reír. Por primera vez, desde que volvió de su muerte, estaba riendo abiertamente, de verdad.

Había echado mucho de menos a este bribón.

Los días pasaron. Casi cada noche, antes de irse a la cama, Simon y Roderick conversaban. Ya Simon había escuchado con detalle la historia de su hijo, y esa noche lo llevó a su recámara. Movió la cama, y luego, algunas tablas del suelo perfectamente disimuladas. Aunque movieran la cama, jamás alguien imaginaría que debajo había una trampilla. La levantó, luego movió una capa de carbón, luego, guijarros, y debajo, envuelto en una gruesa tela de seda, un libro.

Roderick abrió grandes los ojos al verlo.

—¿Qué es esto?

—Conocimiento —contestó Simon poniendo el suelo el envoltorio de seda. Abrió las capas con delicadeza y levantó las tapas del libro. Se veía viejo, pero bien conservado. Sus letras estaban decoradas con pan de oro, y daban un aire místico—. Aquí se consigna la historia de Albermale. Cada diez años se transcribe por la misma mano del lord a cargo, y se conserva en este lugar, es una orden que tenemos de generación en generación. Ningún punto, ninguna coma, debe ser omitida o cambiada. Antes, era un libro delgado, con pocas anotaciones hechas por lady Sarah, mi abuela. Poco a poco, se ha transformado en esto, y ahora vos deberéis consignar aquí vuestra historia—. Roderick seguía asombrado, sobre todo porque durmió en esa misma cama durante años y jamás imaginó que debajo había tal tesoro.

—¿Y por qué… está aquí?

—Por lo valioso que es —respondió Simon con una media sonrisa—. Cuando lo leáis comprenderéis. Sabréis que este conocimiento no puede caer en manos de cualquiera, pues aquí, en las páginas que escribió lady

Sarah, se consigna mucho conocimiento acerca del futuro. Sabemos quién será el rey que sucederá a Eduardo I, y el siguiente, y el siguiente. Sabemos qué batallas se desatarán pronto, y quiénes serán los vencedores. Sabemos de plagas y hambrunas… enfermedades y ataques. No los podremos evitar en su gran mayoría, no podremos cambiar la historia sólo porque lo intentemos, pero ese no es nuestro deber.

Roderick miraba a su padre completamente anonadado.

—¿Y cuál… es nuestro deber?

—Permanecer en la tierra. Nuestro linaje debe perdurar. En el pasado, lady Elizabeth escapó de la muerte a través de esos túneles, y al regresar pudo salvar nuestro linaje de la extinción, y creo firmemente que es por eso que pudisteis volver al pasado sin haber dado la ofrenda de sangre en el túnel. Erais el último Albermale en el castillo, y este poder obró por sí mismo; os trajo a un momento en que estabais más seguro, un momento en el que era más probable que sobrevivierais—. Roderick seguía en silencio, tratando de digerir toda esta información—. He pensado mucho en lo que os pasó —siguió Simon entregándole el libro a Roderick aun envuelto en seda, y procedió a dejar todo en su lugar debajo de las tablas, y debajo de la cama —. Esa es la conclusión a la que he llegado.

—¿Por qué… existe tal poder en Albermale?

—No lo sabemos.

—¿De quién procede? ¿De Dios? ¿O… del diablo? —Simon sonrió. Su hijo tenía veintitrés años, al menos en su mente, pero esa pregunta sonaba muy infantil.

—No creo que del diablo proceda nada bueno, y esto nos ha salvado la vida en varias ocasiones; es algo bueno. Nosotros, a su vez, le hacemos bien al mundo. Con nuestra prosperidad, bendecimos al prójimo.

—¿Cuándo os entregaron a vos este libro?

—Cuando cumplí quince años.

—Darius…

—Sí. Darius lo vio, escuchó toda la historia. Estuvo más impresionado que vos. Creo que no creyó mucho mi explicación.

—Bueno, él no vivió lo que yo… y si somos sinceros… esto es increíble.

—Sí, lo es —sonrió Simon, poniendo la cama de nuevo en su lugar—. Llevadlo a vuestra habitación y tened cuidado de que nadie lo vea. Encontraréis un lugar seguro donde esconderlo mientras aprendéis de él—. Roderick asintió y volvió a envolver el libro en la seda azul, el mismo color del estandarte de Albermale, y lo apretó contra su pecho.

Estuvo leyendo el libro por días. Lo escondía muy bien durante el día, y mientras entrenaba, pero volvía a él con una vela por las noches. Así leyó a detalle la historia de lord Wulfric, lady Sarah y lady Elizabeth. Leyó asombrado todo lo que supuestamente ocurriría en los siglos venideros, los reyes que gobernarían Inglaterra, y las guerras que se levantarían.

Algunas coincidían con lo que él sabía, como las luchas por el territorio de Gales, y estas aún no habían ocurrido.

Todo lo consignado aquí era verdad, se dio cuenta. Era un poder magnífico, inimaginable.

Con el paso de las semanas, terminó de leer el texto más de una vez, y memorizó partes muy importantes. A diario se reunía con su padre y le ayudaba a tomar decisiones. Juntos, idearon una manera de hacerle saber a sus vasallos que Albermale estaba en peligro enviando al cielo una señal. Tardaron bastante tiempo no sólo en diseñarla, sino también en fabricarla, y al fin, una bengala fue capaz de salir desde la torre más alta del castillo subiendo alto muy alto, con colores brillantes y contrastantes con el azul del cielo.

Lo siguiente fue reunir a los vasallos para darles a conocer tal tecnología, y aprovisionarlos de las mismas bengalas, enseñándoles su fabricación y utilización. Estarían permanentemente disponibles en diferentes lugares del castillos, y serían cambiadas periódicamente para evitar su deterioro.

Al año de volver, la familia planeó un viaje a Londres, y fue allí donde, una mañana, el lord recibió en su casa a varios condes, entre ellos, al conde de Leinster.

Los niños por lo general no se reunían con los adultos, menos en estas ocasiones especiales, pero Simon contaba con su hijo para casi todo, así que hizo que los visitara un momento para presentárselo a los lores.

Al ver de nuevo al conde de Leinster, Roderick sonrió contento. Todavía era un hombre rico y poderoso, tal como le había contado en el pasado.

Miró a su padre intentando enviarle un mensaje con la mirada, pero Simon había aprendido a descifrarlos. El conde de Leinster le agradaba.

—¿Tenéis hijos, lord Leinster?

—Oh, sí, una preciosa hija —contestó el conde mucho más joven, más sonriente, sin esa sombra de permanente tristeza sobre su semblante—. Gail. Os aseguro que es la chica más guapa del reino —lord Simon sonrió ante esas palabras.

—Para los padres, sus hijas siempre serán las más guapas del reino.

—Pero yo no exagero—. El conde miró a Roderick como si lo midiera, encontrando en él un posible candidato para esposo de su pequeña hija, y Roderick casi leyó su mente.

No se equivocó. Semanas después, Simon le comentó que lord Leinster insinuó una unión matrimonial entre ambas familias.

—Mi corazón es sólo para Emma —le contestó Roderick a su padre—. Sólo con ella me casaré.

Con el paso del tiempo, los conocimientos de Roderick trajeron beneficios no sólo a Albermale, sino también a sus amigos. Pudo prevenir algunos ataques a lores aliados, y del desastre económico a otros.

Guiado por Roderick, Simon hizo amistad con lord Dunster, y concertaron el matrimonio entre las familias con la bendición del rey, aunque este se mostró sorprendido de la elección.

Lord Dunster no pudo creer tanta suerte, y celebró con algarabía la asociación con una familia tan rica y poderosa. Aunque su hija todavía era una niña, le hizo saber que su futuro esposo era el lord de Albermale, que sería rica, que tendría todas las joyas que quisiera, que comería en platos de oro y la servirían cien doncellas.

Emma Fitzalan de Dunster, al oír todo aquello, se impresionó, y a medida que fue pasando el tiempo, decidió estar enamorada de lord Albermale.

Poco a poco, Roderick empezó a destacar no sólo en el entrenamiento de la espada, y en su poder de liderazgo, sino también en muchos otros conocimientos. Trajo innovaciones económicas al castillo, sumó nuevas

riquezas diversificando los ingresos. Se hizo amigo de gente importante, y en una visita a Londres, encontró a Doug.

Al igual que en el pasado, era un pilluelo que moría de hambre en las calles de la ajetreada ciudad. Cuando tenía la energía suficiente, robaba, y cuando no, mendigaba.

Al parecer, hoy era un día para mendigar.

Al verlo, Alfred puso su mano en la empuñadura de su espada. Era común que mendigos se acercaran a los nobles provocando lástima, y este en especial estaba sucio y maloliente, pero la mano de Roderick lo detuvo.

Sin pizca de asco, más bien con una sonrisa, Roderick puso la mano sobre el grasoso cabello del chico, que era más bajo de lo esperado por su malnutrición.

—¿Queréis poder comer todos los días hasta saciaros? —los ojos de Doug se iluminaron—. Venid conmigo, servidme. Luchad a mi lado. Yo seré vuestro señor —le dijo acercándose más—, y os protegeré hasta la muerte.

Doug frunció el ceño ante esas palabras. Eran extrañas, parecían un conjuro, pero de alguna manera, le creyó. Le creyó con toda su alma.

—Os serviré, mi señor —dijo casi sin pensar, y Roderick asintió. Miró a Alfred y lo instruyó pidiéndole comida y ropa limpia para este hombre.

No niño. No mendigo, ni plebeyo. Hombre.

Lord Simon empezó a ver cómo poco a poco Roderick se rodeaba de un círculo de hombres cercanos al que él mismo empezó a entrenar duramente, pero también, justamente. Debieron ser esos hombres que lucharon a su lado hasta la muerte.

—Hermano, os estamos esperando para cenar —dijo lady Emily mirando a su hermano mayor con algo de altanería. Roderick miró el cielo dándose cuenta de que se había entretenido demasiado y ya se había pasado un poco la hora.

Aun así, era extraño que Emily viniera hasta aquí por él. Sobre todo, que hablara en ese tono. Al ver a Alfred, encontró la razón. El chico estaba sonrojado, y la miraba con adoración.

Espera, ¿qué?

¿Alfred enamorado de su hermana? ¿Ese que saltaba de cama en cama y le había dado el consejo de lengua y dedos la noche de su boda?

Pero ahora, Alfred no era así, se dio cuenta como si la verdad le abofeteara la cara. Alfred ahora no hablaba de las criadas refiriéndose a su belleza y disponibilidad. No lo criticaba por no buscarse una mujer con las que aprender las artes amatorias, no se jactaba de su eterna soltería.

Era por Emily. ¡Emily, su hermana!

Mierda. Emily ya estaba prometida al hijo de un lord con mejor posición que él.

Y al parecer, ambos eran conscientes de eso. Emily miraba a Alfred con cierto rencor, y Alfred a ella, con dolor.

—Iré en un momento. No tardaré —le contestó Roderick, y Emily, acompañada de su doncella, dio la vuelta echándole una última mirada a Alfred.

Roderick se giró a mirar a su mejor amigo.

—¿Os gusta mi hermana?

—¡No! —contestó él de inmediato—. ¡Por supuesto que no! —Roderick lo miró de arriba abajo.

—Os creí más valiente —dijo, y echó a andar hacia el castillo para lavarse antes de la cena.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Parece que a ella no le sois indiferente—. Alfred le tomó el brazo deteniéndolo y lo miró fijamente a los ojos.

—Vos… ¿No os molesta que…? Quiero decir…

—Sois mi mejor amigo, mi hermano. Si os unierais en matrimonio con Emily, seríais mi hermano también en la ley—. Alfred palideció, tragó saliva.

—Ella está prometida.

—Sólo tiene catorce años, muchas cosas pueden pasar con ese compromiso de aquí hasta que cumpla los diecisiete, que es la edad en la que se casará.

—Soy el cuarto hijo de un conde. Jamás conseguiré el título a menos que mis tres hermanos mayores mueran misteriosamente. No puedo darle el estatus al que está acostumbrada, yo… no puedo ser su marido—. Roderick elevó una ceja sin quitarle los ojos de encima.

—Es una lástima —dijo con encono—. Parirá los hijos de otro.

Normalmente, Alfred se sentaba a la mesa con ellos. Esta noche, su ausencia se notó.

18

En los días siguientes, Roderick estuvo más pendiente del comportamiento de Alfred y Emily cuando estaban cerca. No había notado que antes ella era risueña y amigable con él, pero ahora era distante y a menudo altanera. Algo había pasado que había creado esa distancia entre los dos.

Quiso sacarle información a Alfred, pero él no decía nada. Cuando antes había que cerrarle la boca para que dejara de hablar, ahora tenía sus labios sellados a cal y canto.

Bueno, no podía hacer más por ellos dos. Era cierto que Alfred no lo tenía fácil, pero todavía recordaba que su bisabuelo Wulfric era un simple caballero que saltó a conde por su valentía.

Una noche, como muchas otras, subió a aquel balcón donde en un par de ocasiones se encontrara con Emma. Subía a menudo a pensar en ella, a recordarla. El alivio que sentía porque aquí estaba viva era enorme. Regularmente recibía informes acerca de la educación y salud de su prometida. Ella estaba bien, crecía bien. Todavía era una niña, debía esperar, pero a veces desesperaba.

También le escribía cartas, donde le contaba cosas cotidianas, y le hablaba de sí mismo para que le fuera conociendo, y al tiempo le pedía que contara sus cosas, le hablara de ella, para que empezara a tenerle confianza, y el día que al fin se vieran fuera más como un reencuentro.

Sin embargo, las cartas de lady Emma eran más bien cortas, y las pocas cosas que le contaba eran tan banales y superficiales que a veces se preguntaba si siempre había sido así en sus cartas. Después de todo, en el pasado no se habían comunicado de esta manera.

No importaba. Una vez se vieran, sería especial.

Miró el cielo nocturno con una sonrisa triste en el rostro. Cuando la volviera a ver, llevaría con él regalos y flores con los que la cubriría. Había mandado a plantar los árboles de roble amarillo creando el camino dorado para ella, ya estaban creciendo bien; les faltaba mucho para florecer, pero esta vez ella tendría que esperar menos para verlo.

También estaba entrenando a Shy, que ya había nacido, para ella. Era su yegua, lo sería siempre. Poco a poco había empezado a acumular riqueza

personal para ella, por ella. La cubriría de vestidos finos y mucho oro, porque se lo merecía.

En su mente había ideado todo lo que se necesitaba para su llegada, y alrededor todos sabían que el corazón del futuro señor pertenecía desde ya a lady Emma Fitzalan de Dunster. Ni siquiera se molestaban en hablarle de otras damas, ni siquiera notaba la belleza o gracia de las otras mujeres. Para él sólo existía Emma.

Cuando cumplió diecisiete años de edad, El señor de Albermale fue solicitado para pelear. Eduardo I planeaba invadir Gales y apropiarse de esos territorios. En lugar de Simon, acudió Roderick.

—Yo sé qué va a suceder —le dijo a su padre, que, aunque confiaba en su experiencia, parecía un poco aprensivo por enviar a su único heredero a la guerra—. Seré más útil, y tendré más oportunidad de sobrevivir que cualquier otro soldado del rey—. Lord Simon lo miró apretando los labios, pero se giró hacia Alfred y Doug, los más cercanos a su hijo.

—Cuidad de él con vuestra vida.

—Así será, mi lord—. Roderick sólo pudo sonreír.

Había tenido que volver a acostumbrarse a tener quien se preocupara por él, y aunque a veces era grato y reconfortante, también a veces le hacía sentirse todavía un niño.

—Procurad embarazar a la condesa para que tengáis otro hijo —le dijo Roderick en broma, pero Simon sabía que era en serio. Hizo rodar los ojos y sacudió la cabeza.

—El cielo no ha querido mandarnos otro hijo. Pero quién sabe, tal vez a vuestra vuelta encontréis sorpresas —Roderick sonrió.

Cuando alistaba a su pequeño ejército para sumarse a las luchas en Gales, notó la presencia de sir Homer en sus filas. Él iría.

Frunció levemente el ceño sin entender por qué esto no le gustaba tanto. Antes, él había sido el administrador de Albermale, pero ahora no. Albermale tenía el mismo administrador de toda la vida, y era sir Trevor, en quien lord Simon confiaba. Sin embargo, sir Homer había demostrado dotes con la espada al igual que antes con los números, de modo que había subido de rango con el tiempo.

No tenía motivos para desconfiar de él, pero el hecho de que en el pasado sobreviviera a toda la batalla de Albermale le provocaba desazón. Lo peor

es que no podía interrogarlo al respecto, sólo observar.

Respiró hondo y emprendió la marcha hacia Gales. Antes, le había enviado una carta a lady Emma donde le explicaba que por un tiempo no tendrían comunicación.

Procuraría escribirle desde Gales, pero no podría ser tan a menudo como antes.

Llegaron al territorio y su ejército se sumó al resto. Encontró allí, como en la ocasión pasada, amigos. Lores amigos de su padre, y su gente. Al verlo se sorprendieron, pues esperaban que fuera lord Simon quien se presentara, pero estaban alegres de igual manera.

Y se desató la lucha.

La táctica galesa se apoyaba en su conocimiento del terreno, pero los ingleses tenían ventaja numérica y armamentística. Roderick, por el rango de su padre, había participado de la mesa del concejo de batalla, y por su conocimiento del futuro, sabía exactamente de qué manera y por qué flancos atacaría el enemigo.

Pasada la primera escaramuza, se dieron cuenta de que la “intuición” del futuro lord de Albermale era certera, así que en la próxima ocasión confiaron aún más en su palabra.

Los siguientes encuentros fueron feroces, con espadas, lanzas y hachas chocando en un enfrentamiento caótico. Pronto, los galeses intuyeron que tenían un traidor en sus filas, pues los ingleses parecían tener información demasiado exacta de sus tácticas, por lo que cambiaron su estrategia, y por fin pudieron causar algo de daño al enemigo, no sin haber sufrido pérdidas importantes.

Y fue en esos enfrentamientos que Roderick volvió a ver a sir Wendell.

Tal como en el pasado, llegó herido a sus terrenos, perdiendo sangre y buscando refugio. Sus hombres lo auxiliaron con intención de llevarlo ante la carpa donde estaban los médicos prestando su ayuda, pero entonces Roderick los detuvo.

Verlo, fue revivir todo lo ocurrido en el pasado.

Otra vez, vio el cuchillo atravesar a su esposa, y la imagen de ella cayendo mientras la sangre fluía hizo que volviera a ver todo rojo.

Se inclinó frente a él mirándolo fijamente. Tras él estaban Doug y Alfred, que se sorprendieron por la falta de misericordia de su señor, pues en vez de enviarlo directamente con los médicos, lo detenía aquí. Él sabía perfectamente que, en estos casos, cada segundo era crucial.

—¿Quién sois? —le preguntó.

—Soy… Wendell, señor. Un… simple caballero.

—¿A qué señor servís? —Wendell dio un nombre, pero a Roderick no le sonó de nada— ¿Por qué habéis venido específicamente a las tiendas de Albermale?

—Mi señor… —balbuceó Wendell, luchando por mantener la conciencia—. Eran las más cercanas—. Roderick frunció su ceño, luchando férreamente contra las ganas que tenía de rematarlo ahí mismo, pero un caballero no podía hacer eso sin perder el honor.

Maldición. Tendría que permitir que le dieran la ayuda que salvaría su vida.

Apretando fuertemente los dientes, lo dejó seguir, pero le echó una mirada a Doug.

—Ponedle vigilancia. Con quién habla, quién le visita. Todo. Y en cuanto se recupere, que se marche—. Doug asintió sin refutar sus palabras, sólo obedeció.

Pero cuando Wendell se sintió mejor, pidió audiencia ante él. Roderick la rechazó, sólo le envió una orden para que volviera con su gente.

Wendell no se rindió, y le esperó en un momento en que estuvo a solas para hablarle personalmente. Hincado ante sus pies, le suplicó servirle, jurándole serle leal hasta su muerte.

Con qué facilidad un hombre podía hacer un juramento de tal magnitud, pensó Roderick. En ningún momento fue capaz siquiera de darle el beneficio de la duda; había pagado muy caro el haber sido benevolente con este personaje en el pasado.

—Mi señor —insistió Wendel todavía hincado ante él y con la cabeza baja, mostrándole a Roderick su nuca, su parte más vulnerable, y las manos le picaban por tomar la espada y cortar allí—. Me habéis salvado la vida, os la debo, y os serviré hasta el final. Dejadme sumarme a la gloriosa casa de Albermale. Seré vuestro caballero más leal.

—No os creo —fue la lacónica respuesta de Roderick—. No confío en vuestro juramento.

—¡Mi señor! —exclamó ahora Wendell—. ¿Qué debo hacer para que confiéis en mí? Ponedme la tarea, la prueba que digáis.

—No os probaré de ninguna manera. Fuera de mi vista, o acabaré con la vida que supuestamente acabo de salvar.

Wendell elevó la mirada al fin, confundido por tal rotundidad.

La táctica no había funcionado, ni la súplica, nada.

—Estáis poniendo a prueba mi paciencia, caballero —insistió Roderick mirándolo desde arriba y con la mano en la empuñadura, clara muestra de que lo que decía iba muy en serio.

Wendell seguía confundido. Le habían dicho que lord Albermale era más bien blando, que conquistaría su confianza con un sentido juramento. Que era de esos que siempre creían en la bondad de los demás, pero ahora estaba siendo duro como una roca.

—¿Puedo preguntaros… en qué os ofendí? —Roderick sonrió de medio lado.

—No os permitiré que me ofendáis en manera alguna, por eso os alejo desde ya. Contaré hasta diez. Si seguís ante mí, os decapitaré. Uno. Dos.

—Mi señor…

—Tres. Cuatro… —Wendell vio cómo, lentamente, Roderick empezó a desnudar su espada. Parecía ansioso por ser desobedecido y cumplir con su amenaza.

Wendell echó a correr antes de que llegara a ocho.

Doug y Alfred se miraron el uno al otro sin entender, sorprendidos, por esta actitud de su señor que la mayor parte del tiempo era misericordioso. Doug era viva muestra de ello. Sin embargo, era un caso aislado, ellos seguirían confiando en su señor, y sus motivos que a veces parecían extraños para ellos.

Regresó a casa casi un año después, con reconocimiento y mayor nombre que antes, a tiempo para enviar al condado de Leinster a Fatima y un equipo de médicos. Y justo cuando Fatima se fue en una caravana al condado de Leinster a atender el parto de la condesa, lady Rose descubrió que también

ella estaba embarazada. Fatima tendría que volver tan pronto como pudiera para atender a su señora. Sin embargo, dado que lord Simon intercambiaba cartas con el lord de Leinster, pudo saber que el parto sería en un par de meses, mientras que a lady Rose le quedaban al menos siete.

Brujería, pensó sir Homer. En Albermale había brujería. Lord Roderick identificaba tan pronto y certeramente a los suyos que no había explicación. Su comportamiento en Gales, las victorias que aportó, la manera como rechazó de inmediato a sir Wendell, un muchacho que no le hizo nada malo, al contrario, se mostró vulnerable y agradecido.

Pero para llamar a la iglesia y acusarles, necesitaba pruebas, más la autorización de su señor. No tenía lo primero, y lo segundo no era lo más viable ahora.

Estaba fracasando al intentar infiltrarse, atacar desde adentro. Tal vez debía cambiar de táctica.

—¿Qué me estáis diciendo, sir? —preguntó lord Simon mirando a Alfred, que había pedido una audiencia con el lord.

Lo que acababa de escuchar era simplemente increíble. Sir Alfred estaba pidiendo a su hija en matrimonio aun sabiendo perfectamente que ya estaba prometida al heredero del condado de Argyll, unos viejos amigos y aliados de la casa Albermale.

Por ningún motivo rompería tal compromiso. Sería una vil ofensa a la casa de Argyll, quienes eran amigos desde tiempos de lord Wolfgang, y que siempre les tendieron la mano en los momentos difíciles, y menos por un simple caballero como Alfred. Aunque la amara de todo corazón tal como juraba, una promesa era una promesa.

Sir Alfred no repitió sus palabras, pues sabía que había sido escuchado perfectamente. Estaba disparando al aire, sus posibilidades eran ínfimas, pero había meditado largo tiempo y se había decidido. No importaba si sus posibilidades eran una en mil, él iba a intentarlo.

—¿Y cómo mantendréis a mi hija, la hija de un conde, acostumbrada a lo mejor? ¿Con vuestro salario de soldado en Albermale? ¿U os iréis y ganaréis oro por vuestra cuenta y volveréis? —Alfred no levantó la cabeza.

Seguía hincado ante la silla de lord Simon, silla desde donde impartía justicia y dictaba sentencia.

—Pronto habrá unas justas en el condado de Portland al que el rey mismo acudirá. Ganaré el primer lugar y obtendré el premio—. Simon se sorprendió al oírlo.

Era cierto. El rey prácticamente estaba sorteando un título que había arrebatado a otro luego de descubrir una traición. Esto no se solía hacer, no era nada común que en unas justas se entregaran como premio un título con tierras, y por eso mismo, la competencia sería feroz.

—Sólo es una baronía —dijo con menosprecio.

—Y será una baronía rica y próspera en poco tiempo porque me esforzaré en ello.

—No más rica y próspera que Argyll, ni mucho menos, antigua.

—Pero tampoco será menos digna. Y además… sé que lady Emily preferirá la baronía de su amado esposo… que el condado de su esposo impuesto—. Lord Simon elevó sus cejas.

—¿Os habéis atrevido a seducir a mi hija?

—No, mi señor. Jamás me atreví a tanto. Yo sólo… juro ante Dios y ante mi señor lord Albermale que dedicaré cada día para hacerla feliz y ser amado cada día por ella—. Simon frunció el ceño sumamente molesto.

—Tendríais también que conquistar el favor del rey para deshacer el compromiso de lady Emily. ¿No os habéis dado cuenta de que procuráis un imposible? —Alfred sonrió. Aquellas palabras a él le sonaron como un avance, una posibilidad.

—¿Y si consigo el favor del rey… lo permitiríais? —Simon se dio cuenta de que había dado un paso en falso. Enseñó los dientes dejando salir el aire muy contrariado.

—¿Vos solo? ¿De qué manera? No sois más que una hormiga ante un león.

—Sí, no soy más que eso. Pero estoy decidido—. Simon guardó silencio por largo rato. No quiso decir que sí, ni no. Nunca habría imaginado que bajo sus barbas se fraguaba tal romance. Tendría que hablar con su hija. Si ella lo negaba todo, aplastaría toda ambición de este caballero. Lamentaba que fuera un hombre de confianza de su hijo, alguien que en su pasado

luchó hasta la muerte por él. En cierta forma, sentía que le debía algo, y era por eso que se tomaría la terrible molestia de hablar con la dama.

—Iros. Pensaré en ello —dijo con un movimiento displicente de su mano. Alfred tomó aquello como una respuesta mucho mejor de la que esperaba, y aferrándose a esa minúscula esperanza, salió de la sala del homenaje.

Afuera, vio a lady Emily acercarse con una de sus doncellas, y le sonrió tan brillantemente que ella se sorprendió un poco. Luego de eso, un soldado le pidió a ella que se acercara a su padre, pues necesitaba hablarle.

Esa noche se celebró un concejo entre lord Simon, lady Rose y Roderick. Éste último sonreía de pie, recostado en la pared de piedra, celebrando la noticia. Al fin, Alfred se había decidido. Lucharía por su hermana.

—¿Lo sabíais? —preguntó lady Rose mirando a su hijo—. ¿Sabíais que Alfred pretendía a vuestra hermana?

—No, madre. En el pasado… Emily no pasó de los nueve años de edad. Eran niños. No tuvieron tiempo de enamorarse—. Rose compuso una expresión triste y se apoyó la mano en el pecho. Simon apretó los dientes con su ceño fruncido, y siguió dando vueltas por la sala. Era su despacho privado, uno añadido recientemente, y que era vigilado permanentemente por soldados en la puerta.

—Emily le ama —refunfuñó Simon—. ¡Le ama! A un soldado, por Dios.

—Padre, no es cualquier soldado.

—Ya lo sé. Es el hijo de un conde, pero sólo es el cuarto hijo. No tiene posesiones, apenas un nombre y un linaje. Y según lo que me contasteis, nunca dejó de ser lo que era.

—Porque nunca tuvo un motivo para procurar algo más.

—¿Por qué no me extraña que les apoyéis? Hijo, sois un romántico.

—¿El rey os debe favores, por qué no usáis eso para hacer feliz a vuestra hija?

—¿Creéis sinceramente que Emily será feliz con sir Alfred? —Roderick se tomó su tiempo para contestar, y cuando lo hizo, pareció muy solemne.

—¿Por qué, hijo? —preguntó lady Rose, y Simon la miró atento.

—Conozco a sir Alfred. En el pasado… él no se enamoró de nadie, permaneció soltero hasta el final. Ninguna dama o doncella conquistó su

corazón. Por eso creo que está genuinamente enamorado, y he llegado a pensar que su pasada soledad… se debió a la ausencia de Emily.

—¿Como si estuvieran predestinados? —preguntó lady Rose conmovida, y Roderick asintió.

Simon volvió a rechistar.

—Un favor del rey equivale a diez favores míos. No será cualquier cosa, y al contario, quedaremos en deuda. Si en el futuro, vos, o yo, necesitamos de él, nos lo cobrará caro, o simplemente, se negará.

—Entonces tendremos que seguir sumando deudas en su cuenta. Le ayudaré a obtener los terrenos de Gales con las menores pérdidas posibles. Hasta ahora, nuestras victorias le han venido muy bien—. Simon sacudió la cabeza todavía sin poderse creer el predicamento en el que estaba.

—Estamos contando oro que aún no tenemos. Él juró ganar la baronía que es el premio en las justas del condado de Portland. Juró ganarse el favor del rey, juró y juró, pero sus posibilidades son una en un millar. Tal vez sólo me estoy apresurando.

—Porque sabéis de lo que es capaz un hombre enamorado. Iros preparando, padre; Alfred no os decepcionará—. Simon le miró de reojo, pero no añadió nada más.

Fatima volvió con buenas noticias para Roderick; la condesa de lord Leinster había sobrevivido al parto y ahora eran padres de un precioso bebé, su heredero. Roderick sonrió agradecido.

—¿Cómo supisteis que la dama requeriría de tratamientos más especializados que los que podría darle una partera común? —preguntó Fatima con suspicacia, y Roderick, que no sabía cuánto conocimiento tenía ella de los secretos de Albermale, prefirió ser evasivo.

—Es un gran amigo —contestó—, y escuché que las mujeres suelen morir en los partos, así que es natural que me haya preocupado.

—Ajá.

—¿Pero es verdad que se complicó? —él debía saberlo mejor que ella, pensó Fatima, pero aceptó la evasiva.

—El bebé venía de nalgas —explicó—. Perdió muchísima sangre, y tuvo fiebres—. Roderick, que apenas si sabía del tema, asumió que un bebé

naciendo de nalgas era grave—. El conde ha dicho que estará eternamente agradecido con Albermale por un regalo tan incalculable—. Roderick volvió a sonreír—. ¿Lo habéis oído, lord Roderick? Soy un regalo incalculable—. Roderick se echó a reír.

—Lo sois, Fatima. Lo sois.

—Qué bien que lo tenéis claro.

—Por eso ahora os confiaré a mi madre. No quiero perderla de nuevo.

—¿De nuevo? —Roderick se detuvo. Apretó los labios y se desdijo.

—Bueno, estuve a punto de perderla antes… en esa emboscada. No quiero pasar por eso de nuevo.

—Ah. Entiendo—. Roderick asintió y prácticamente huyó de su lado. Su excusa fue que debía prepararse para partir. Iba rumbo a las justas en el condado de Portland.

19

Los Portland recibieron a Roderick con mucho afecto. En cuanto supieron que había entrado a su territorio, enviaron a una comitiva para escoltarlo, no importando que sus hombres tuviesen muchísimo que hacer debido al evento.

Algunos miraron a Roderick y su séquito con admiración, otros, con envidia, y algunos más, con cierto odio.

La alianza Portland, Ross, Argyll y Albermale era ya legendaria en el país. Las cuatro familias eran muy conocidas en todo el reino, y muchos incluso opinaban que si se unieran entre sí podrían erigir un nuevo rey por lo poderosas que eran, lo que les inquietaba sobremanera. Algunos, incluso, buscaban la manera de cercenar ese poderoso brazo que, en su opinión, en cualquier momento podría venirse en contra.

Y como si cuatro familias ricas y poderosas no fuesen suficientes, recientemente se había visto cierta conexión con dos familias más, los de Warenne y Leinster. Aunque los tratos con estos últimos eran más comerciales, los Albermale tenían esa rara habilidad de hacer amigos y aliados allá donde fueran. Cuando Roderick vio a lord Leinster entre los lores asistentes a la justa, lo saludó con afecto, y allí se decidió que la relación no sólo era comercial también en este caso.

Lord Gavin Mandeville, conde de March, miró de lejos a Eugene Bohum, conde de Lathom, que disimuló su descontento al ver el saludo afectuoso entre Ethan de Leinster y Roderick de Albermale. Parecía que le debiese la vida.

Bueno, era más o menos así. Sus fuentes habían confirmado que, aun sin pedirlo, Leinster recibió una comitiva de parte de Albermale donde iban sus médicos mejor capacitados y eso había garantizado la supervivencia de la condesa de Leinster y su criatura. Cómo había sabido Albermale que tal ayuda especializada iba a ser requerida era un gran misterio. De esta manera, se habían asegurado la gratitud eterna de Leinster, y otro gran aliado.

Las justas iniciaron como estaban previstas con una gran afluencia de gente. Nobles y plebeyos con cierto estatus estaban allí para echar mano del título de barón de Wilton, que sería el premio final. Como eran tantos los

participantes, el rey sólo permitió a dos participantes por familia, lo que incluía a sus caballeros.

De ese modo, sólo Roderick y Alfred pudieron ser parte del ruedo de concursantes. Alfred se disculpó ante Doug por arrebatarle la oportunidad de ser un barón, pero éste sólo sonrió negando.

—Vos tenéis un motivo poderoso. Además, soy un plebeyo, uno sin formación en la administración de un castillo, o un feudo. ¿Cómo podría administrar una baronía? La destrozaría tan pronto como me la entreguen —. Roderick lo miró ceñudo.

—¿Estáis haciendo algo para cambiar eso? —preguntó, y Doug lo miró un poco desconcertado.

—¿Mi señor?

—Es cierto que sois plebeyo, y que vuestras habilidades se concentran en la lucha y la espada, pero tenéis tanto cerebro como yo o como Alfred, sólo que no habéis dedicado el tiempo para diversificar vuestro conocimiento—. Aquellas palabras le sonaron a Doug como una orden y una promesa al tiempo. Era como si le pidiesen que se preparara, porque en el futuro podría tener la misma oportunidad que Alfred tenía hoy.

Bajó la cabeza lentamente en un asentimiento, y en ese momento se escuchó la voz de alguien más.

—Parece que queréis sumar una baronía a vuestro ya rico condado —dijo, y los tres hombres se giraron a mirar de quién se trataba. Era el conde de Lathom, un hombre delgado, alto y rubio, pero fibroso y fuerte, que miraba a Roderick con una media sonrisa que a ninguno le gustó del todo—. No seáis tan codicioso, Montfort. Tal vez no podáis manejarlo todo.

Roderick lo miró sin sonreír por largos segundos. Lathom era mayor que él algunos diez años, y ya ostentaba el título de conde, al contrario que él, pero no bajó la cabeza ni mostró deferencia.

Lo recordaba muy bien. En aquél viaje a Londres con Emma, se mostró abiertamente interesado en ella, y según supo por los lacayos después, la llegó a visitar un par de veces aprovechando que él había salido.

Era un ladino, peligroso, y por alguna razón, hostil a Albermale, o tal vez sólo a él.

—Vos también estáis aquí por la baronía —apuntó Roderick—. Parece que también sois codicioso—. La sonrisa de Lathom vaciló.

Este jovenzuelo tenía la osadía de contestar de esta manera. Sólo tenía unos diecisiete años, pero no bajaba la cabeza, ni la mirada. Todo lo contrario, lo miraba altanero.

—Tal vez nos enfrentemos en la línea. Suerte, Montfort—. Roderick asintió como respuesta, y lo miró mientras se alejaba haciéndose preguntas.

Y fue un instante revelador. Siempre había sabido que debía haber alguien poderoso que invirtiera dinero, poder e influencias para derrotar Albermale desde adentro, y tal vez estaba frente a él. Un grupo de soldados no habrían podido cometer tal hazaña sólo agrupándose.

—¿Mi señor? —lo llamó Alfred tratando de devolverlo al aquí y al ahora, pero la mente de Roderick había echado a volar.

Tenía sentido, pensó. De hecho, era la explicación más probable. Y Lathom no debía estar solo, si acaso era el culpable. En el pasado, se necesitaron tres condes para atacar Albermale, y en ese entonces sus aliados eran pocos, su poder, exiguo. Hoy, que Albermale era tan grande, seguramente enfrentaba enemigos peores.

—Debemos estar atentos a Lathom —dijo con su ceño fruncido—. Debemos saber todo acerca de esa casa—. Doug y Alfred no dijeron nada, sólo asintieron.

Era de conocimiento público en todo Albermale, que después del intento de asesinato de sus padres, y el de envenenamiento hacia él, lord Roderick había sufrido un gran cambio. Era en extremo desconfiado, verificaba una y otra vez toda la información que se le diera, constantemente ponía a prueba la lealtad de sus hombres… Era como si viviera permanentemente preocupado y huyendo de la sombra de la traición.

Todos opinaban que nunca más volvió a comportarse como un niño, o un adolescente descubriendo el mundo. De repente, parecía un anciano desencantado por los hombres.

Lo único que lo motivaba era la supervivencia de Albermale, su futura esposa, y sus escasos amigos. Todo lo demás, era analizado con lupa, movido como fichas de ajedrez, mirado de lejos y con escepticismo.

Las justas dieron inicio, y en la primera ronda, Roderick y Alfred salieron victoriosos. Muchas damas presentes recibieron las rosas de los caballeros

ganadores y que pasaron a la siguiente ronda, y Alfred hubiese querido tener a Emily allí para darle las suyas.

Su deseo se hizo realidad al día siguiente. Lady Emily se hizo presente, pero al estar prometida a los Argyll, tuvo que tomar lugar entre ellos en los asientos.

La cara del conde Argyll se agrió un poco al ver que la joven dama apoyaba más a los caballeros de Albermale que a los suyos. Era comprensible porque era su casa, pero en un momento, se enfrentaron Alfred, ese caballero cercano a Roderick, y Lewis, su hijo y heredero, el prometido de Emily, y ella miraba hacia Alfred orando por él, no hacia Lewis.

Emily vivió aquel enfrentamiento como si en vez de apostar un título se estuvieran jugando la vida, y cuando Lewis cayó a tierra por el severo golpe de la lanza de Alfred, saltó de emoción. Todos los de Argyll a su alrededor la miraron con censura, pero la mirada de ella estaba sobre el victorioso Alfred, que caminó a ella y le entregó la rosa con una mirada llena de mil promesas, derritiendo a Emily allí mismo.

—No olvidéis vuestro lugar —le pidió el conde de Argyll al finalizar—. Sois la futura condesa de Argyll. Vuestra lealtad debería empezar a inclinarse hacia nosotros.

—Lamento haberos ofendido, mi señor —dijo Emily bajando la cabeza y mostrándose sumisa, lo que sofocó un poco el descontento del conde.

—Es sólo que habéis ridiculizado un poco a mi hijo. Él es vuestro prometido—. Emily tragó saliva y miró hacia Lewis, que se dirigía a ellos un poco cabizbajo por haber perdido.

No podía decirle nada, no hasta que Alfred ganara la baronía y consiguiera el favor del rey para anular este compromiso, pero por alguna razón, confiaba en él. Sabía que lo conseguiría.

La alternativa era demasiado sombría.

Si bien Lewis de Argyll era un joven agraciado y agradable, su corazón era de Alfred, desde siempre.

Esa noche, Emily hubiese querido pasarla en las tiendas de Albermale, pero no había un lugar apropiado para ella y sus damas, por lo que tuvo que conformarse con verlos sólo durante la cena. Sin embargo, se esmeró en su arreglo personal. Quería enviarle toda su buena suerte a sir Alfred para los enfrentamientos del día siguiente.

La cena fue copiosa y bastante ruidosa. Muchos lores bebían y comían como si fuesen a morir esa misma noche, y casi se vuelve así para lord Warwick, un conde muy cercano al rey, sentado a pocos metros de él en la misma mesa. De repente, el hombre se quedó muy quieto y se llevó las manos al cuello. Roderick se lo quedó mirando, dándose cuenta de lo que ocurría, pero cuando se puso en pie para auxiliarlo, ya Alfred iba en camino.

Los guardias de lord Warwick y del rey intentaron atacar a Alfred, pero este los enfrentó y venció con un par de movimientos llegando hasta el noble en un instante. Apretó con sus brazos el abdomen del hombre una, dos veces, y a la tercera, la semilla de una ciruela salió disparada de la boca del conde, pudiendo él respirar de nuevo.

Alfred lo soltó, sólo para verse rodeado de la punta de más de diez espadas y dagas. Ninguno se había dado cuenta del peligro que había corrido el lord, y no interpretaron que Alfred le estaba salvando la vida, sino que le estaba atacando.

Eduardo I, que vio toda la escena desde su llamativo asiento, se puso en pie preocupado por su amigo. Miró con el ceño fruncido al caballero atacante, pero su atención estaba puesta en Warwick, que tosía casi desvanecido sobre su asiento.

—¡Parad! —gritó lord Warwick cuando vio que cercaban con espadas a su salvador—. Bajad las armas. Este hombre… ha salvado mi vida. Estuve a punto de morir—. Todos lo miraron confundido. No había parecido así mientras Alfred lo rodeaba desde atrás casi levantándolo del suelo con fuerza—. No sé qué habéis hecho, muchacho, pero… gracias. Gracias.

—¿Es así? —preguntó su majestad el rey con el ceño muy fruncido, y Warwick se secó las lágrimas que la tos y la casi asfixia que sufrió le provocaron.

—Majestad, mi señor rey —Warwick aún parecía sin aire, por lo que tuvo que aclarar un par de veces su garganta—. Es así —respondió a la pregunta del rey—. Estaba muriendo asfixiado… y él… me salvó—. Eduardo primero miró a Alfred impresionado.

Sí, era impresionante. No sólo había salvado la vida de su amigo; había notado primero que cualquiera que sufría, y sobrepasó a guardias reales,

excelentemente entrenados, y no le importó poner su vida en riesgo por salvar la de otro.

Miró hacia Roderick Montfort, heredero de Albermale, preguntándose cómo diablos entrenaban allí a sus hombres. Este en particular, era temible, y confiable.

Las justas avanzaron eliminando contrincantes por decenas cada día. Los derrotados, en su mayoría, dejaron las tierras de Portland para volver a las suyas, pero otros que estaban allí sólo por el espectáculo, decidieron quedarse hasta el final. La noticia de lo interesante que se había puesto la justa con el paso de las jornadas llamó a nuevos espectadores, así que el público no mermó.

Al final, Roderick y Alfred llegaron a los últimos enfrentamientos, y cuando sólo quedaron dos, y a Roderick le tocó enfrentar a lord Lathom, éste le sonrió con malicia, como si estuviese esperando el momento para derribarlo.

Y aunque a Roderick no le faltaban ganas para tumbarlo de su caballo, ya había llegado a un acuerdo con Alfred. Si se enfrentaban los dos en las finales no sería tan gratificante, y por eso, en vez de subir a su caballo, desistió del enfrentamiento. Lord Lathom ganó por defecto, era su último encuentro, y Roderick se retiró bajo el murmullo desconcertado de la multitud.

¿Por qué hacía eso?, se preguntaron todos. Habían pensado que Albermale sólo quería sumar una baronía a sus riquezas, pues le estaban poniendo bastante empeño. Al parecer, habían estado equivocados. Además, ver un enfrentamiento entre esos dos grandes habría sido digno de canciones futuras, pero fue más bien anticlimático.

El rey mismo miraba con asombro que el último enfrentamiento no se estaba dando entre dos lores, sino entre un caballero y un lord. Y este caballero, en particular, había llamado su atención noches atrás luego de haber salvado la vida de uno de sus amigos más cercanos, mostrando de paso gran habilidad.

Este caballero se había convertido en favorito de muchos, las apuestas corrían, pero la gran mayoría pensó que en último momento sería él quien se retirara dejando a su señor en la justa final, pero fue al revés.

Albermale quería que este joven se convirtiera en barón, y, por tanto, en una especie de vasallo. Qué listos. Como siempre, Albermale.

Emily juntó las manos y posó sus ojos en Alfred y su caballo. La visera lo cubría completamente, pero sabía cuándo la estaba mirando. El árbitro dio la voz para ponerse en posición, y la señal de ataque se dio. La lanza de sir Alfred se resquebrajó casi de arriba abajo al dar contra el escudo de lord Lathom, pero no la soltó, y arremetió con toda su fuerza hasta que al fin el brazo del lord cedió y los restos de la lanzan se clavaron en su torso, provocándole dolor y haciéndole caer del caballo.

Los ojos de Emily se llenaron de lágrimas. Había ganado. Sir Alfred ahora sería un barón. Lord Alfred.

La gente aplaudió enfurecida. Un caballero derrotando a un lord era algo digno de contar, casi como una imitación de la historia de David y Goliat, exageraron algunos. Lo cierto fue que lord Lathom tiró lejos el yelmo de su armadura, y rechazó la ayuda de los caballeros que vinieron a auxiliarle.

Durante la ceremonia de premiación, en el gran salón del castillo de Portland, Eduardo I decidió que quería aprovechar la presencia de la gran cantidad de lores, y la euforia de todos, para hacer el nombramiento allí mismo.

Esto no era usual. Por lo general la entrega de un título nobiliario se hacía en el castillo real, pero esta laxitud aumentó el entusiasmo de todos, provocando una larga ovación al rey, que le permitía a grandes y pequeños presenciar un evento tan canónico como este.

Eso alegró el corazón del rey.

El heraldo real abrió el pergamino y leyó en voz alta los privilegios y responsabilidades asociados al título de barón. El nuevo barón de Wilton, que había estado arrodillado, se puso en pie y, con una reverencia profunda, expresó su lealtad y gratitud hacia el rey.

Todos los presentes aplaudieron en reconocimiento al nuevo barón, y desde su lugar, Roderick sonreía entre asombrado y feliz.

En el pasado, jamás se habría imaginado un acontecimiento así. sabía que Alfred era capaz de mucho, pero estaba gratamente sorprendido por lo lejos que era capaz de llegar.

Por amor.

Emily lloraba de emoción, aunque trataba de disimular. Y cuando el rey elevó una mano para detener las ovaciones y hablar, todo quedó en silencio en la sala de Portland.

—Esto no es todo —dijo el rey—. Quiero haceros un gran regalo, barón de Wilton, por la gran hazaña de haber salvado la vida de mi amigo Warwick —. He decidido sumar algunos territorios a vuestra baronía, por lo que seréis casi tan rico como cualquier conde. ¿Qué decís ante esto? —Alfred abrió la boca sintiendo que el corazón se le quería subir por la garganta, pero mantuvo su emoción bajo control.

Era, quizá, el momento más importante, y más delicado de su vida.

—Majestad —dijo hincando una rodilla de nuevo—. Más que tierras, más que riqueza, hay algo que mi corazón anhela con toda sus fuerzas.

—Hablad. Lo que sea, será vuestro.

—Es… la mano de una dama.

—La tendréis. Nombradla.

—Es… una dama que ya ha sido prometida, majestad—. Hubo murmullos a lo largo de toda la sala. Muchos miraron a Emily de Albermale, que se apretaba una mano con la otra y parecía estar conteniendo una fuerte emoción. Argyll se puso en pie queriendo protestar, pero no podía hacer tal cosa ante el rey.

Buscó la mirada de Roderick, pero este sólo tenía ojos para el intercambio de palabras entre Alfred y el rey.

—Así que mi más reciente barón del reino ha puesto los ojos sobre una dama que ya tiene compromiso.

—Solo vos podéis hacer algo, majestad. Nunca… imaginé siquiera tener la oportunidad de luchar por ella, pero aquí me veis, mi rey—. Eduardo I elevó una ceja pareciendo descontento por esto, pero al cabo de un momento se echó a reír.

—Parece que tendré que contentar a lord Argyll con algo importante —dijo, y efectivamente, todos miraron hacia el lord mencionado, que parecía muy rojo.

Tener a la hija de Albermale era una gran fortuna. La joven no sólo era hermosa, su linaje era exitoso, sus mujeres tenían fama de ser fértiles, y la dote era cuantiosa.

Sí, lord Argyll estaba perdiendo un gran tesoro ante el más reciente barón del reino.

El regreso a Albermale estuvo lleno de canciones y alegría.

Emily había regresado con ellos, no con los Argyll. Roderick había tenido que sumarse al rey para apaciguar al conde por su pérdida, por lo que acordaron que la baronía de Wilton respondería ante Argyll por tres años, y en esos tres años, Emily no podría contraer matrimonio con Alfred.

Emily tenía sólo quince años, y aunque era la edad perfecta para casarse y traer hijos al mundo según las costumbres del reino, las mujeres de Albermale sólo eran entregadas en matrimonio hasta los diecisiete, de modo que el acuerdo no alteraba los planes sino por un año.

Y así, Alfred se despidió de lord Simon, el señor al que había servido desde que fue traído para entrenar, y se hizo cargo de su baronía. Afortunadamente, sus territorios no estaban demasiado alejados de Albermale, y tomaba menos de una semana en carruaje llegar.

Para Emily, tres años eran demasiado. Para Alfred, pocos. Por un momento de su vida, había empezado a hacerse a la idea de no tenerla jamás. Ya incluso imaginaba verla sólo en ocasiones especiales, de la mano de su marido, y él llorando por dentro.

¿Qué tanto eran tres años ante esa perspectiva? ¡No eran nada! y mientras tanto, él trabajaría duramente para hacer del castillo un lugar digno de su dama, y pagaba su deuda con lord Argyll por la osadía de arrebatarle a la joya de Albermale ante todo el reino, aun con el consentimiento del rey.

La noticia de tal compromiso le dio la vuelta a todo el reino, y pronto ya no hubo familia que no hablase del asunto.

Y el tiempo fue pasando.

Por fin, Emma Fitzalan de Dunster cumplió la edad apropiada para contraer matrimonio, y a sus trece años, los Albermale consideraron que sería buena idea que viniera a Albermale, para que empezara a adaptarse a las costumbres de la casa, para que empezara a amarla como suya.

Era pronto, Roderick lo sabía. Con trece años, para él, Emma era sólo una niña, pero desesperaba por ella. Le bastaría, por ahora, tenerla en casa, ser de nuevo su amigo, verla en la mesa todos los días.

Ya luego tendrían toda la vida para compartir la recámara, para compartir sus historias, sus penas, sus alegrías. Para traer hermosos niños al mundo.

Fue un día feliz, el día que por fin una gran comitiva de soldados y caballeros bien entrenados partió junto a Roderick hacia los territorios de Dunster. La sonrisa de Roderick no se borraba siquiera mientras dormía. Todos alrededor se alegraban por él, nunca vieron a un novio tan entusiasmado, excepto, quizá, por Alfred.

Llevaba regalos no sólo para ella, sino para su padre. Lamentablemente, había regresado cuando ya era tarde para salvar la vida de su madre, que, se había enterado, había sufrido una caída de su yegua.

A Roderick le sorprendía que aun con eso, Emma fuese una excelente jinete, que no les temiera.

Muchas veces se reprochó el no haber ido personalmente cuando le propusieron al conde el matrimonio con su hija, pero era sólo un niño, y lo que se acostumbraba era que los padres se encargaran de esos menesteres.

Ah, ya quería verla, ¡quería verla!

Con un muy mal disimulado suspiro de felicidad, Roderick avistó el castillo de Dunster.

Hoy, después de ocho años viviendo sin ella, soportando a duras penas su ausencia, anhelando su compañía, la volvería a ver.

20

Los caballeros de Dunster escoltaron a los de Albermale hasta la puerta misma del castillo. Roderick esta vez había ido con su padre, que era quien había acordado el matrimonio entre las dos familias con el barón de Dunster, y desde su montura notaba la ansiedad de su hijo. Parecía que no cabía en su cuerpo, y eso lo hizo sonreír.

Las puertas se abrieron y la comitiva traspasó el rastrillo. Un grupo de personas bien vestidas y ataviadas esperaban ante la puerta de la torre del homenaje, y los ojos de Roderick empezaron de inmediato a buscar a Emma.

Estaba lord Dunster, una joven de cabellos oscuros y piel blanca, una dama alta, lady Sibyl, y varias doncellas.

Pero no vio a Emma.

—¡Lord Albermale! —exclamó William Fitzalan de Dunster—. Pláceme recibirlo en mis humildes aposentos. ¡Bienvenido!

—Lord Dunster —dijo Simon contestando al entusiasta saludo—. Gracias por su recibimiento…

Mientras escuchaba el intercambio de saludos, y toda la cháchara de este viejo mostrando su felicidad por tan ilustre compañía, Roderick empezaba a entrar en pánico.

No veía a Emma. ¿Dónde estaba?

Se apearon de los caballos y ya Roderick sentía las manos frías y sudadas. Tal vez ella estaba en contra de este matrimonio y se hallaba en su habitación, atrincherada, sin intenciones de bajar, pensó. Aunque Emma nunca fue de hacer berrinches, esperaba de todo corazón que fuera esto y no que estuviera enferma.

—Mi lord Roderick, heredero de Albermale y futuro esposo de mi hija… —siguió el barón con su sonrisa amplia y hambrienta, a ojos de Roderick—. Os presento a la joya de Dunster, mi querida Emma—. Roderick, que con el ceño fruncido seguía buscando entre todas las mujeres a Emma, se giró por fin a mirarlo fijamente.

Pero la mujer que el conde le señalaba no tenía nada que ver con su Emma. Nada.

Ceñudo, miró a Dunster.

—¿Qué? —esa pregunta desconcertó al barón, y, sobre todo, la mirada de arriba abajo que Roderick le dedicó a la joven.

—Mi hija, mi señor. Vuestra prometida—. La joven a la que señalaba como Emma, hizo una impecable reverencia ante su futuro marido, con una sonrisa suave, aunque de ojos ávidos.

Roderick siguió sin sonreír, ceñudo, espantado.

—Roderick… —dijo Simon en voz muy baja y con tono de advertencia, pero Roderick no estaba para andarse con miramientos. Ya estaba entrando en desesperación.

Miró los ojos de la chica. Su cabello era castaño oscuro, suavemente rizado, no rubio como la miel. Los ojos no eran grises, sino marrones, y era más baja, y un poco más entrada en carnes.

No era fea, para nada. Al contrario, a ojos de cualquiera, sería muy guapa, pero no era Emma. Además, la mirada que ella le estaba dedicando ahora era más fría y calculada que emocionada o expectante. Su Emma nunca lo miró así. En esos grises ojos siempre hubo calidez.

¿Qué estaba pasando? ¿Por qué lord Dunster intentaba engañarlo de esta manera?

—No sois Emma —fue lo que dijo, y eso arrancó una exhalación de sorpresa en todos los presentes. Roderick miró a Dunster, luego a su padre —. No es Emma.

—¿Qué estáis diciendo? —sonrió el barón entre dientes—. Lord Albermale —dijo dirigiéndose a Simon—, os juro por mi vida y mi honor que esta de aquí es mi hija, la niña de mis ojos, lady Emma. La he criado con amor y mimo porque será la futura condesa de Albermale…

—Roderick —volvió a advertir Simon, pero éste se pasó la mano por la cara, masajeándola.

—Esta no es la Emma que yo… conozco. Lord Dunster, os lo ruego… enseñadme a la verdadera lady Emma, vuestra hija…

—Ya os la he mostrado…

—¡Pero no es ella! —exclamó Roderick acercándose mucho al barón en actitud belicosa, lo que hizo que sus caballeros se pusieran alertas. Simon tuvo que intervenir y tirar del brazo de su hijo alejándolo varios pasos.

—Hablemos.

—¡La está escondiendo!

—¡Roderick Montfort, guardad la compostura! —exclamó Simon, lo que hizo que Roderick parara en seco. Simon respiró hondo y le dirigió al barón con mirada contrita—. Hablaré con mi hijo un momento. Os ruego que me deis unos momentos—. Sin saber qué hacer, si reaccionar herido o ser condescendiente, el barón asintió, y en silencio vio a los dos caballeros alejarse casi hasta el rastrillo de la entrada.

Roderick parecía un león enjaulado, caminando y mirando alrededor con ceño fruncido y dientes apretados.

—Roderick, os lo advierto. Calmaos, no quiero desatar una guerra con el barón por vuestra ofensa.

—Ellos me están ofendiendo a mí. Esa no es Emma, padre. No aceptaré a otra mujer que no sea Emma.

—¿Y por qué os mostraría a otra dama que no es su hija? ¿Por qué nos engañaría? ¿Qué ganaría con eso? —Roderick torció el gesto incapaz de imaginarse las respuestas—. Nos conocen, saben que somos ricos, que a nuestro lado su baronía jamás pasará dificultades. No nos engañarían, Roderick. Esa Emma es su hija, la verdadera.

—No lo es. ¡No lo es! Mi Emma… ella es totalmente diferente. Rubia, ojos grises, más alta, menos… Es hermosa, papá. La mujer más hermosa sobre la tierra. A su lado esta chica palidece. No es ella. No puedo aceptarla. ¡No es ella!

—Entonces… una de las dos Emma que conocéis es falsa, y la otra verdadera—. Roderick pensó en eso, y guardó silencio por un momento.

—En el pasado —dijo luego—, Dunster también reconoció a mi esposa como su hija. También hizo comentarios acerca de que era la niña de sus ojos y cosas así. El regreso al pasado no alteró a nadie más, a ninguno, físicamente. Todos conservan sus caras, su forma de ser, su forma de hablar y de mirar. Todos son exactamente los mismos, sus historias no variaron a menos que yo mismo interviniera. ¿Por qué cambiaría tanto mi Emma? — Simon guardó silencio tratando de analizar las palabras de su hijo.

Él no estaba simplemente haciendo un escándalo. De verdad estaba pasando un miedo terrible. La mujer que amaba, y por la cual había luchado hasta el

final en el pasado, había desaparecido.

Se rascó la coronilla de la cabeza pensando, pensando.

Miró hacia la entrada de la torre, donde lord Dunster seguía esperando con su hija al lado.

—Esta Emma tiene parecido con su padre —comentó Simon—. Tienen facciones parecidas, como el color del cabello y los ojos… ¿Vuestra Emma… se parecía a su padre?

—Ni un poco. Pero pensé que se debía a que se parecía a su madre.

—Es innegable que esta joven de aquí es su hija. A menos que haya tenido dos y nos esté ocultando a la otra, pero entonces, ¿por qué le cambiaría los nombres? Además… nunca oí que tuviera otra hija, ni legítima, ni ilegítima… menos de la misma edad. Lo investigué muy bien antes de aceptar unirnos a esta familia… —Roderick miró al cielo respirando hondo. Cerró los ojos y trató de pensar en algo, pero todas las esperanzas rotas, el deseo de verla incumplido, y el anhelo de volver a estar con ella, estaban doliendo.

—¿Vinisteis alguna vez a Dunster?

—No. Es la primera vez que piso este lugar. Fue lord Dunster quien fue a Albermale porque yo lo invité… —la sangre de Roderick se le bajó a los pies, quedando totalmente lívido.

—¿Roderick? —preguntó Simon empezando a preocuparse.

—Lo invité… porque dudaba de que Emma fuera realmente su hija —concluyó.

—¿Qué?

Roderick no contestó. Sólo se cubrió los ojos con ambas manos.

—Dudaba de Emma, de que fuera la hija del barón. Era desconfiado, siempre creí que había un traidor acechando dentro del castillo, y pensé que Emma era una espía enviada a asesinarme y dudé… Dios mío. Dios mío…

—Calmaos, Roderick. Contadme detalladamente…

—A ellos… los emboscaron en el camino. Mataron dos damas… —Roderick volvió a mirar hacia Dunster y su hija—. Perdieron dos damas… la lluvia hizo que ella enfermara, estuvo varios días en cama. Sus caballeros relataron todos lo mismo… una emboscada, perdieron la mitad de los caballeros, dos damas, ropa…

—La emboscada debió ser real —supuso Simon—. Y las dos damas… una de ellas debió ser la verdadera Emma.

—¿Pero entonces… quién era mi esposa? ¿Por qué mentirme? ¿Por qué no decir que en la emboscada perdieron a la prometida?

—Tal vez por miedo.

—¿Miedo de qué? ¿Cómo podría castigarlos por…?

—Tal vez vos no, pero otro señor habría castigado con la muerte la falla al no haber cuidado bien de la novia, no haber puesto la vida por ella. Además, El miedo a veces impide pensar.

—¿Y por qué lord Dunster se unió a la mentira? ¿Por qué en vez de llorar a su hija aceptó el intercambio y actuó como si ella fuera de verdad su hija? Oh, Dios, ¡no lo era! —volvió a exclamar Roderick, paseándose de nuevo de un lado a otro—. La miraba con odio, le hablaba con dureza. Yo mismo tuve que hacerle una dura advertencia al ver cómo la trataba. Codiciaba Albermale, pero parecía que odiaba a Emma… a… esa mujer. ¿Quién era? ¿Por qué lo hizo? ¿Era una espía en verdad, y todo lo que vivimos fue una mentira?

Simon no dijo nada por largo rato, lo dejó hundirse en suposiciones y conjeturas, para al final decir:

—Sea como sea… tenemos un compromiso ahora, Roderick. No será fácil deshacer este compromiso; el rey no nos hará otro favor, no de este calibre.

—No puedo casarme con esta mujer. ¡No sé quién es! —Simon se encogió de hombros.

—Conocedla—. Roderick apretó los dientes—. Tal vez es la que en verdad está destinada a vos.

—No —susurró Roderick, pero no dijo nada más.

Acababa de descubrir que Emma, su Emma, le había mentido, lo había engañado. Y de repente, todo acerca de ella ahora parecía falso.

¡Tenía tanto en qué pensar! Pero su padre volvió a guiarlo hasta el barón, para que cumpliera con sus obligaciones.

Su mente estaba en otro lado, pero se obligó con severidad a aterrizar en el aquí y el ahora.

—Os pido perdón, barón —dijo Roderick bajando adecuadamente la cabeza —. He enloquecido por un momento… No era mi intención ofenderos.

—Muchacho, no os preocupéis. Fue la emoción. Estáis joven, el matrimonio asusta a cualquiera—. Roderick hizo un amago de sonrisa y se dejó guiar al interior del castillo.

Ni una vez miró a Emma, pero ésta sí lo miraba a él. Por un momento se había sentido como una yegua rechazada por no tener los dientes sanos. Era horrible.

Miró de reojo a sir Abel, que parecía querer atravesar a Roderick con los ojos.

Dentro del salón los esperaba una gran fiesta. Comida, vino y música, en celebración por la unión de Albermale y Dunster.

Para Doug, que miraba todo con cierta desconfianza, era como sumar una grano de trigo a todo un almacén. Dunster no era nada, pero ciertos caballeros les estaban mirando como si en vez de ser sus futuros señores, fuesen basura.

—Me siento decepcionado —susurró sir John disimuladamente, y Quentin, Elric y Doug lo miraron de reojo—. Tenía muchas ganas de ver a mi señor actuando como tonto ante su amada dama, pero parece que tuviera a su lado un alacrán—. Elric torció el gesto.

—La dama tampoco se comporta como si estuviese feliz —dijo, y se bebió el vaso de vino que tenía delante.

Todos auguraban un desastre.

En su asiento, al lado de Emma Fitzalan, Roderick se sentía más como un gavilán acechando un pollito. Tenía diecinueve años, era alto, fornido por la actividad física, y a veces parecía mayor a su edad. A su lado, definitivamente, Emma era una niña. Pero había sido su propio deseo y desesperación lo que lo trajera aquí antes de tiempo, y ahora pensaba que, en cierta forma, era un alivio.

Se había dado cuenta a tiempo de que Emma no era Emma. Le daba tiempo de buscarla antes de que se casara con otro hombre.

¿Buscarla?, se preguntó saboreando el vino en su boca, pero le supo amargo, agrio. ¿Cómo iba a hacer para buscar a una mujer de la que no sabía ni el nombre? Sólo tenía sus señas, ¿iba a ir por todo el reino preguntando por una mujer rubia y de ojos grises? Toda Inglaterra se le reiría.

¿Y por qué buscaría a una mujer que le mintió desde el principio? Lo engañó, quién sabe con qué oscuro propósito.

Pero a su mente volvían los momentos con ella, la Emma que sonreía cuando le veía, la Emma que lloró aquella noche en el balcón. La Emma a la que abrazó con sus últimas fuerzas mientras moría.

La música alrededor, la comida, las conversaciones, las risas exageradas del barón, sólo eran una cortina de fondo que no lograban opacar la angustia que empezaba a sentir Roderick. Antes era ansiedad, esperanza, deseo y anhelo; ahora era miedo, dolor, incertidumbre y desesperanza.

Miró a Emma, y esta rehuyó su mirada.

Emma era osada, lo provocaba, lo retaba.

Volvió a tomar vino.

—¿A mi señor le parece que soy guapa? —preguntó Emma cuando él no le quitó los ojos de encima, con las mejillas sonrosadas y mirándolo de soslayo.

Emma siempre miraba de frente.

—Lo sois —contestó Roderick casi cortante.

—¿Qué estáis dispuesto a hacer por mí? —Roderick pestañeó ante la pregunta—. Si estáis aquí es porque me amáis, ¿no es así? —Roderick dejó salir una risita.

—¿Vos me amáis a mí?

—Oh, sí —contestó ella de inmediato—. Sois mi futuro marido. He oído que Albermale tiene todo lo que una dama sueña, y que allí seré feliz—. Roderick no le quitó los ojos de encima, y ella lo interpretó como auténtico interés del futuro conde.

¡Ella condesa!, se decía. ¡Lo tendría todo! Poder, riquezas, muchos vestidos, mucha comodidad, sirvientes, joyas… y mandaría incluso sobre damas encumbradas. Iría a Londres con frecuencia y saludaría al mismísimo rey.

Volvió a mirarlo y se alegró de que no fuera feo, de que tuviera todos sus dientes, y no tuviera el rostro marcado por cicatrices.

Inevitablemente, sus ojos se desviaron hacia otro caballero, que tampoco era feo, y que tampoco tenía cicatrices.

Reprendiéndose, volvió a centrarse en Roderick.

—Me llevaréis con vos a vuestro hogar, ¿no es así? habéis venido para eso.

Roderick tosió un poco al oír aquella pregunta.

No. De ninguna manera. Terminaría odiándola antes de casarse.

No. Es que tampoco podía casarse. Mierda.

—Eso lo veremos. Sois una niña, necesitáis estar al lado de vuestro padre un poco más.

Ante esas palabras, Emma no pareció decepcionada, sino feliz. Miró de nuevo a cierto caballero y pareció más cómoda el resto de la noche.

En la madrugada, Roderick seguía despierto, dando vueltas en la cama, deseando poder dar un paseo afuera, pero recordándose que no estaba en su casa.

Pensaba en Emma, o en esa mujer que ahora no tenía nombre, pero cuyo rostro estaba grabado a fuego en su alma.

Había rememorado cada instante con ella, cada conversación, y trataba de buscar motivos.

Ella, según el informe que le dieron al llegar de Gales, había llegado enferma, y había sido atendida de inmediato por Fatima. No sólo ella, también algunos caballeros se resfriaron, aunque levemente. Cuando los interrogó, encontró verdadero su testimonio, pero también, que algo ocultaban. Al final, lo había tomado como vergüenza por haber perdido tanto en una emboscada y haber sido incapaces de proteger a su señora, y lo dejó así, pero ahora retomaba sus dudas y trataba de hallarles lógica al comportamiento de cada uno.

Si Emma había muerto en esa emboscada, ¿no habría sido mejor que volvieran a Dunster, le explicaran lo sucedido a su padre, y éste se encargara de la venganza? Si se lo hubiesen dicho a él, se habría unido a esa venganza; después de todo, era su prometida, pero no, ellos habían seguido adelante, poniéndose de acuerdo en hacer pasar a una de las damas por la hija del barón.

Porque Emma era una dama. Una falsa, pero dama al fin. La educación, modales y seguridad que tenía una dama bien educada no se podía improvisar, y Emma era lista, entendida en la administración de un castillo lleno de sirvientes y mucha riqueza.

Y Maud…

También había echado en falta la presencia de la más cercana de las damas de la falsa Emma. Podía ser que ella fuera de verdad suya, y no de la Emma verdadera…

Una idea peor se le vino a la mente.

¿Y si la emboscada era real, porque ellos mismos la provocaron? ¿Y si desde el principio tuvieron planeado matar a la heredera para suplantarla con otra para así entrar a Albermale y al final… provocar su ruina?

Emma había estado al interior de la cabaña de Fatima en el momento de la caída del castillo. Ella había salido corriendo, y Wendel la asesinó.

¿Y si estaban confabulados?

Pensar así hacía que le doliera el alma sobremanera, su corazón rechazaba con todas sus fuerzas esas oscuras elucubraciones, pero se obligaba a pensarlas, porque ahora todo era posible.

Se sentó en el colchón al ver que por fin se colaban las luces del alba. Ya no tendría que quedarse en esta habitación más tiempo.

Se vistió y bajó las escaleras encontrando ya a sirvientes trajinando de un lado a otro.

Al estar al aire libre, se sintió más perdido que nunca.

Dunster la había reconocido como su hija, eso descartaba que fueran los asesinos de la verdadera Emma. Aunque este hombre era codicioso y vil, no pasaría por alto la muerte de su única heredera. ¿Entonces, cuál era la verdad? ¿Por qué mintió cuando los puso a prueba? ¿De qué manera lograron ponerse de acuerdo con tan sólo verse? ¿Qué palabra clave habían usado, que él se unió a la mentira tan prestamente?

Se puso la mano en el pecho sintiendo que dolía. Llevaba toda la tarde de ayer y la noche doliendo.

Se sentía tan engañado, robado, desnudo.

¿Y ahora qué iba a hacer? toda su vida, desde que regresó, había tenido un propósito: Emma. Recuperarla, cuidarla, estar con ella. Todo, en estos últimos ocho años, había girado en función de su reencuentro. Los robles que sembró, la fortificación del castillo, incluso las bengalas que inventó para enviar la señal de auxilio a los territorios cercanos por si ese nefasto suceso volvía a ocurrir.

Había entrenado a Shy especialmente, preparado regalos, y todo él, toda su vida, su comportamiento… para recibirla de nuevo, para cuidar mejor de ella, para hacerla feliz.

Pero acababa de perder ese propósito y ahora no sabía qué hacer, ni qué le esperaba.

Algo tenía claro. No se iba a casar con la hija de Dunster. Tendría que romper ese compromiso de alguna manera.

Tragó saliva y suspiró mirando el cielo plomizo, tan acorde con su estado de ánimo.

Porque lo peor no era que esta Emma no era la suya, y que de su Emma no supiera ni el nombre.

Lo peor era que, aunque la encontrara, jamás podría obtener las respuestas que necesitaba, porque ella, al igual que todos los demás, no recordaría nada, y sería inocente de todo, y sus dudas estarían para siempre latentes en el fondo de su corazón.

Aunque ella le amara de verdad esta vez, aunque no tuviera mala intención, ni fuera una espía, y no estuviese involucrada con sus enemigos, siempre, siempre, tendría la duda.

21

—¿Habéis decidido lo que hacer? —le preguntó Simon a su hijo cuando ya llevaban un par de días en el castillo de Dunster, y todavía no se hablaba de la ida de lady Emma a Albermale. El barón había empezado a ponerse ansioso, pues Roderick parecía cada vez más distante y ajeno, como si la novia le hubiese decepcionado.

Si no fuera terriblemente inmoral, habría inducido a su hija a que le buscara en la cama.

—Sí, padre —contestó Roderick—. No me casaré. Pero tendré que hacer esto bien. Por ahora, no la llevaremos a Albermale.

—¿Y cuál será vuestra excusa?

—Gales—. Cuando Simon lo miró confundido, Roderick se explicó: —Me iré a los territorios de Gales a servir al rey… Y ella es aún una niña; decidle que en Albermale las mujeres se casan a los diecisiete, que esta visita se debió… a mi deseo de conocer a la prometida. Mientras, yo buscaré la manera de romper el compromiso procurando que Albermale no se vea afectada—. Simon miró largamente a su hijo, y puso la mano sobre su hombro como una especie de consuelo.

—¿Planeáis buscar a la verdadera? —Roderick sonrió con tristeza.

—Ni siquiera sé por dónde empezar. Ni siquiera sé… si sea buena idea. Todo fue una mentira.

—¿El amor que ella os dio fue de mentira? —Roderick lo miró sin contestar —. Estáis herido, molesto, confundido, pero buscad dentro de vuestro corazón… ¿Sus sentimientos… también fueron falsos? —Roderick miró al suelo sin saber qué decir.

Tal vez sí había sido cierto, pero ahora mismo, no se fiaba de su criterio.

Partieron de Dunster con la decepción pintada en el rostro del barón, que había estado preparado para la partida de su hija. Mencionó que ahora que lady Rose estaba en dulce estado de espera la compañía de su pequeña le haría bien, pero ellos aseguraron que su visita era sólo para conocer a la novia, ya que Roderick no había tenido oportunidad hasta ahora.

Tan pronto como llegaron a Albermale, Roderick sólo esperó a que su madre diera a luz, dándole la bienvenida a su nuevo hermano, y estuvo con

ellos el tiempo suficiente. Luego de eso, se preparó para la partida a Gales, llevándose consigo a los más fieles de sus hombres.

Así, se llegó el tiempo en que su hermana se casaría al fin con Alfred. Ya éste había cumplido con la penitencia que le impuso lord Argyll por arrebatarle a la prometida ante el rey, y al llegar a Albermale, acompañado por sus propios hombres, con regalos para ella, Roderick sonrió.

Había llegado a casa especialmente para este evento, y se alegraba mucho, mucho, por su amigo, que ahora también era su hermano.

Pero la más feliz era Emily, cuyo rostro resplandecía.

Se preparó la fiesta, llegaron los invitados. Incluso el conde de Argyll asistió, demostrando que no había rencores.

La boda se llevó a cabo en Albermale, y al día siguiente los recién casados partirían a la baronía de Wilton, el nuevo hogar de ambos, y esa noche, cuando ya la novia lo esperaba en su recámara y los invitados le llenaban una y otra vez la copa de vino a Alfred, éste lo tomó de un brazo y lo llevó a un lugar silencioso.

—Os daré mi mejor regalo de bodas —Alfred sonrió y miró a un lado y a otro, pero no vio nada, y Roderick tampoco tenía nada en las manos.

Roderick sonrió y se inclinó a su oído.

—Lengua y dedos —le dijo, y Alfred lo miró confundido—. Esta noche, en la cama con vuestra amada, usad primero la lengua y los dedos, antes que vuestro… —y miró significativamente hacia abajo, tal como Alfred había hecho en el pasado.

Alfred se sonrojó, y Roderick soltó la carcajada.

Ver a Alfred avergonzado… ah, todo había valido la pena.

—Satisfaced primero a vuestra amada, y luego, sí, ocuparos de vos mismo. Os lo prometo, veréis el cielo junto a ella.

—Lord Roderick… ¿No os avergüenza hablar de esta manera? ¿Y cómo sabéis algo así? ¡sois casto! —Roderick se echó a reír a carcajadas.

—Sólo hacedme caso. Veréis el cielo junto a ella, y es mucho, mucho mejor que llegar allí solo dejándola atrás—. Alfred lo miró muy serio, y lentamente, asintió.

Roderick sonrió, palmeó fuerte su espalda y lo dejó para ir a embriagarse un poco.

Él también echaba de menos eso. Aunque podía aliviarse con otras mujeres, había descubierto que era terriblemente selectivo. Ninguna le gustaba, ninguna era…

Aclaró su garganta y tragó un gran sorbo de vino.

No sabía cómo se llamaba, pero la echaba de menos hasta la muerte.

Su hermana se fue con una gran sonrisa de felicidad hacia la baronía de Wilton, acompañada de su amante esposo, sus damas y doncellas… y toda una mudanza.

En sus carretas y carruajes llevaban mil cosas regalo de sus padres y allegados. Lady Rose sabía que echaría mucho de menos a su hija, pero de inmediato la reclamaron sus obligaciones y su nuevo bebé, que era tan activo e inquieto como Darius. Roderick volvió a Gales, y siguió en la lucha. En los tiempos de paz, se dedicó a visitar los condados cercanos haciendo nuevas alianzas, nuevos amigos, y de paso… buscando a Emma.

Seguía llamándola así; no tenía otra manera de nombrarla en su mente. Y buscarla era algo que le salía natural, involuntario.

Los lores les presentaban a sus hijas, pues, si Albermale ya había deshecho un compromiso, ¿por qué no desharía otro? Además, se decía que el futuro lord no había enloquecido por la hija de Dunster, de manera que ese matrimonio estaba en la cuerda floja.

Durante ese tiempo, Roderick pasó más tiempo viajando que en Albermale. Por una larga temporada sirvió al rey en Londres, y así llegó a sus veintidós años.

Si la edad que Emma le había confesado era cierta, entonces, ella ya tenía dieciséis años, edad en la que ya era difícil que una mujer permaneciera soltera. Mínimo estaría ya comprometida, al igual que él, y todos sabían lo difícil que era deshacer un compromiso, sobre todo, a esa edad.

Cuando su mente llegaba a este pensamiento, la angustia lo embargaba.

—¡Lord Roderick Montfort! —exclamó una voz en el palacio, una tarde que estuvo allí por llamado del rey, cosa que ocurría con cierta frecuencia.

Roderick se giró y sonrió ampliamente al ver a lord Leinster, el conde al que en el pasado le tomó estima, y estrechó su mano con alegría.

—Tiempo sin veros, mi lord.

—Sí, eso digo. Creo que la última vez que os vi erais todavía imberbe —Roderick sonrió, y Lord Ethan Russel le palmeó la espalda. —¿Vais de salida?

—Oh, sí. Acabo de tener una audiencia con el rey.

—Entonces, os invito a una taza de té en mi casa. Si no tenéis nada que hacer, por supuesto. Oí de vuestro padre que sois bastante hábil en el ajedrez—. Roderick sonrió y aceptó ir a la casa del lord.

Algo que le causaba alegría era ver la diferencia entre el Ethan de antes y el de ahora. Era un hombre mucho más joven que su padre, pero en el pasado aparentaba mayor edad. Las preocupaciones y las pérdidas, pensó, le habían agregado canas y arrugas, más esa expresión de tristeza que, aunque sonriera, no se borraba.

Se debía a que su esposa estaba a su lado. También a que, gracias a la amistad con Albermale, y los consejos financieros ante las nuevas políticas fiscales del rey, pudo afrontar las dificultades.

Se debía a que era feliz, y la felicidad rejuvenece, pensó.

Montó su caballo, pues lord Leinster también iba en el suyo, y acompañados por sus caballeros de confianza, que los seguían a una distancia prudente, anduvieron a ritmo de paseo mientras se iban poniendo al día en chismes y noticias.

Su hijo tenía ya casi cuatro años, era un chico listo y travieso al que adoraba, pero con el que tenía que ser firme en muchas ocasiones.

Y su hija era la más hermosa del reino.

Roderick estaba acostumbrado a que los lores hablaran maravillas de sus hijas siempre, y delante de él, incluso llegaron a discusiones algo acaloradas por sus virtudes, siempre apostando por cuál era más digna, más encumbrada, con mejor linaje.

Lo miró de reojo con una media sonrisa pensando en que, a pesar de estar comprometido, incluso lord Leinster traía a la conversación a su hija tal vez para despertar su curiosidad.

No le extrañaría si de repente la traía a la sala donde estaban para que le echara un vistazo. Ocurría con demasiada frecuencia.

Llegaron a la enorme mansión, de piedra, cristal y madera, con una arquitectura pensada no sólo en la defensa, sino también en la estética, y no pudo evitar admirarse. El jardín de entrada ofrecía un hermoso paisaje, bellamente cuidado con árboles, setos y parterres de flores; una fuente a la que había que rodear para llegar a la entrada le daba elegancia y ese toque de lujo.

Su casa en Londres era mucho más sencilla, pensó. Como pasaban poco tiempo aquí, no le habían invertido demasiado a su belleza, pero tal vez debiera cambiar eso.

—Mi lord —los saludó el mayordomo saliendo a la escalinata de entrada, y un par de lacayos recibió las riendas de los caballos para llevarlos a las caballerizas. Lord Ethan le pidió a su mayordomo que les preparara té para él y su amigo, y lo guio a través de varios pasillos amplios y luminosos, a una sala en concreto.

Era una amplia biblioteca, y nada gritaba más la riqueza de un hombre que tener libros, así que Roderick volvió a admirarse.

No había mentido ni exagerado cuando le dijeron que era rico, ni en el pasado, ni ahora, pensó.

—Estoy admirado, mi lord —dijo—. Vuestra casa es hermosa.

—Oh, gracias. Es vuestra, también—. Roderick sonrió ante la cortesía—. No lo digo por decir; estoy casi seguro de que, sin la ayuda e intervención oportuna de vuestra familia, yo no estaría aquí ahora. Os debo mucho, por lo que, tomad en serio mis palabras: mi casa es vuestra casa—. Roderick volvió a sonreír.

—Me tomo en serio vuestra amistad; casi os siento como un hermano de mi padre—. Lord Ethan se echó a reír. En el momento, la puerta de la sala se abrió y apareció una bella mujer ricamente vestida. Tras ella, una joven que sujetaba de la mano a un pequeño niño de ojos grises enormes y curiosos, y al verlos, lord Ethan se puso en pie para recibirlos.

—Esta es Isobel, mi esposa y Vincent, mi hijo —los presentó, y Roderick se levantó para saludarlos debidamente.

La mujer era guapa, rubia, de ojos castaños. Le pareció extrañamente familiar, pero no logró ubicar dónde la había visto antes.

—Mi señora, Roderick Montfort, a vuestros pies.

—Qué galante caballero —sonrió Isobel—. He oído hablar mucho de vos, y de toda vuestra familia; siempre me pregunté en qué ocasión podría por fin conoceros… y agradeceros todo lo que habéis hecho por nosotros.

—No hice nada especial —dijo sonriendo, cautivado por la belleza de la mujer, que seguía pareciéndole familiar.

Como saliendo de un trance, dirigió su atención al pequeño.

El estómago se le encogió al pensar en que por un milagro este niño había podido venir a este mundo. Ahora, sucedería a su padre en el título, y Leinster podría estar tranquila hasta la próxima generación.

—Qué caballero más admirable tenemos aquí —dijo Roderick mirando al pequeño, que le sonrió mostrando sus pequeños dientecitos y escondiéndose tras la falda de la que debía ser su niñera. Roderick volvió a mirar a lady Isobel y sonrió—. Dios ha bendecido vuestra casa con un heredero.

—Oh, sí, mi señor—. Mientras Isobel y Roderick conversaban, un sirviente miró significativamente al lord, por lo que Ethan tuvo que acercarse para escuchar en privado lo que tenía para decir.

—Mi lady Gail no se encuentra en la propiedad —dijo el sirviente en voz baja para que sólo él escuchara.

Había mandado por su hija para presentarla ante Roderick, pero ese espíritu libre casi nunca estaba en el lugar que se esperaba.

—Oh, esa niña… Montando a caballo, ¿no es así?

—Así es, mi señor. Y… acaba de salir, según lo que me dijeron sus doncellas, por lo que se tardará un poco—. Ethan hizo una mueca comprendiendo. Cuando esa chica salía a montar a caballo podía tardarse horas. Miró hacia Roderick preguntándose qué tan forzado sería hacerle quedar hasta la cena.

Muy forzado, pensó luego de un rato. Isobel se había quedado con ellos un momento, pero se retiró poco después con el niño para dejar que los caballeros conversaran a solas. Y ya llevaban dos partidas en las que había ganado Roderick, y aún no regresaba esa muchacha.

—Jaque mate —dijo Roderick por segunda vez, y lord Ethan se dio por vencido.

—Si me permitís, os invito a dar un paseo por la casa, para que conozcáis un poco la propiedad—. Roderick miró hacia la ventana, notando que el sol

había empezado a ponerse, pero no se atrevió a negarse.

Caminaron a paso lento por los largos pasillos, y Roderick admiró bustos, cuadros y vidrieras. Cuando llegaron a un lado del jardín exterior, no pudo menos que sonreír.

—Mi señor —dijo un sirviente acercándose a lord Ethan, y éste tuvo que disculparse por dejarlo a solas un momento. Roderick sacudió su cabeza quitándole importancia y se dirigió a los parterres de flores admirando su belleza.

También en Albermale había flores, pero sentía que las murallas le restaban un poco su delicadeza. Aquí, sin embargo, donde no eran indispensables, la vista se extendía largamente, las fuentes para pajarillos se encontraban en cualquier recodo, la luz del sol realzaba el encanto.

Y entonces la vio.

Una hermosa mujer venía hacia él tirando de las riendas de un imponente caballo zaino, y Roderick contuvo la respiración.

Estaba alucinando. Definitivamente, estaba soñando despierto.

Tuvo este sueño cientos de veces en los últimos años, así que no se alarmó al principio, pero rápidamente cayó en cuenta de que no era posible.

Estaba despierto, en la casa de lord Ethan Russell, conde de Leinster, pero con toda seguridad, esta mujer que venía de un extremo del jardín era Emma, su falsa dama.

Empezó a respirar con cierta celeridad, y el ritmo de su corazón se alocó. Las manos le sudaron y empezó a sentir la boca seca, pues la tenía abierta.

La mujer lo vio a la distancia, y también se detuvo. Ladeó un poco su cabeza y frunció su delicado ceño como si se preguntara quién era él, y qué hacía aquí.

Allí se estuvieron, separados por varios parterres de flores, ella sujetando las riendas del caballo, él totalmente estático, casi sin poder respirar.

El sol se puso otro poco sobre sus cabezas, y los rayos dieron directo sobre los ojos grises y las hebras rubias del cabello que se escapaba del fino sombrero de la hermosa mujer. La visión fue tan espléndida que Roderick tuvo que cerrar la boca, y somo si se mandaran solos, sus pies se movieron acercándolo a ella.

Pero fue tan torpe.

Por su deseo de ir en dirección recta, estuvo a punto de pisar las flores, y tuvo que dar el paso atrás al sentir el suelo blando.

Volvió a mirarla con miedo de que hubiese desaparecido, pero ella seguía allí, erguida en toda su estatura, mirándolo en silencio, y el cerebro de Roderick se estaba tardando en decidir el camino necesario para llegar a ella en el menor tiempo posible.

Cuando al fin estuvo a unos pasos, tuvo que usar todo su autocontrol para gobernar sus ojos, sus manos, su boca, porque lo que quería era atraparla entre sus brazos, apretarla contra su pecho, y besarla, besarla, besarla.

Ah. Tanto tiempo sin ella. Tanto tiempo sin mirar esos iris grises. Tanto tiempo sin enredar sus manos en ese hermoso y perfumado cabello…

La visión de ella con los ojos cerrados, el vestido ensangrentado, tirada en el suelo a su lado, lo atravesó como una afilada espada y se detuvo en seco. Sólo la miró con tal anhelo que temía estar asustándola.

Pero Gail Russell de Leinster no estaba asustada, sólo… admirada.

Este hombre era… ¿Quién era? No lo sabía, pero lo conocía. Lo conocía y aunque no supiera por qué, de dónde, o cómo, lo sentía cercano, como un amigo que hubiese dejado de ver hacía años, y por el que había estado esperando.

¿Por qué?

No, eso tampoco podía explicarlo. Lo cierto es que al fin estaba aquí, y lo miró largamente, y luego de lo que pareció una vida entera, por fin sonrió.

—¿Quién sois, mi señor caballero? —preguntó ella con educación, mirándolo con sus cautivadores ojos, y Roderick por fin pudo aclarar su garganta.

—Yo soy…

Silencio. Tuvo que tomar aire, muy hondo.

—¡Mi lord! —exclamó una voz tras ellos, pero Roderick no se giró, ni ella —. Ah, veo que os habéis conocido —dijo Ethan Russell muy contento. Miró a uno y a otro. Sí, sí. Había sucedido lo que siempre supo que sucedería—. Os presento a mi hija, lady Gail Russell. Gail, saluda por favor a lord Roderick Montfort.

—Roderick —dijo Gail, y la forma como sus labios se movieron al pronunciar su nombre apresó los ojos del lord.

Gail hizo una consabida reverencia sin dejar de mirarlo, y lord Ethan casi tuvo que retener los ojos dentro de sus cuencas por la sorpresa. Por una vez, su hija no miraba con desprecio al caballero que se le presentaba.

—Es un placer, mi lord.

—El placer es todo mío, mi lady.

—Ya os había hablado de mi hija —siguió lord Ethan, sintiendo como si estuviera interrumpiendo una escena muy íntima entre dos personas que se acababan de conocer.

—Sí… La habíais mencionado. Lady… ¿Gail?

—Así es.

—Hermoso nombre.

—También Roderick lo es—. Cada vez que ella pronunciaba su nombre, una herida en el alma del lord sanaba, y la felicidad empezó a abrumarlo.

Por fin tenía un nombre para ella. Ya no era Emma, ni la falsa dama. Era Gail. Y siempre estuvo tan cerca que era ridículo pensarlo.

Ahora, se casaría con ella, y podrían por fin…

No, se detuvo. Él estaba comprometido con Emma Fitzalan de Dunster. Y Gail, la mujer de aquí delante, en el pasado le había mentido tan descaradamente, que no podía confiar sólo porque la del presente era inocente.

Todo su hermoso paisaje se oscureció de repente. Toda la felicidad que cantaba dentro de él guardó silencio ante las dudas.

Pero fue volver a mirarla, y volver a sentir la luz.

¡Oh, cuántas preguntas necesitaba hacerle! Pero jamás, jamás podría obtener esas respuestas. Ni siquiera sabía si podría alguna vez contarle semejante historia, si la vida le permitiría tener tal nivel de amistad, y si, dado el caso, él se atreviera a contarla a riesgo de que le llamara loco.

Sus dudas permanecerían dentro de él y para él por siempre, sin respuesta, sin bálsamo.

Y, aun así, estaba tan feliz de volver a verla, tan viva, sana, tranquila…

Se echó a reír y se rascó la frente tratando de disimular, pero era inevitable; seguía enamorado de ella.

Respiró hondo y miró por fin al conde de Leinster.

—Se está haciendo un poco tarde.

—Oh. Sí. ¿Sería demasiado de mi parte invitaros a cenar?

—Aceptaré encantado —contestó Roderick tan rápido que se hizo obvio que había estado esperando la invitación.

Ethan sonrió, y con un movimiento de su mano, guio al lord al interior de la mansión.

Roderick miró a lady Gail a modo de despedida, pues seguramente ella necesitaba entrar para cambiar su atuendo antes de la cena, y le costó tanto, tanto desprender sus ojos de ella, que casi dolió cuando lo consiguió.

Por fin, dio la vuelta y siguió a su anfitrión.

Un sirviente se acercó a Gail para tomar las riendas de su caballo, y ella se quedó allí, mirando la espalda del alto y fornido caballero que acababa de conocer.

Sintió que no era la primera vez que veía esa espalda alejarse. Algo dentro le gritaba, pero no era capaz de identificar qué.

Este hombre no sólo era extraordinariamente guapo, sino fuertemente atractivo. Los ojos azules invocaban la luz del día, el cabello negro azabache, la oscuridad de la noche, y su pecho se sentía tan vacío ahora que él no estaba ante sus ojos, que se extrañó.

Lady Gail no era enamoradiza. Por el contrario, había conocido a tantos caballeros ávidos de su mano y la riqueza de su dote… Tantos hombres que cantaron su belleza, y compusieron versos acerca de sus ojos, que había llegado a pensar que no había uno solo que le pareciera mínimamente atractivo o deseable. Casi había perdido el respeto por ellos.

Pero por este hombre su corazón estaba bailando, y los labios se le torcían en una involuntaria sonrisa.

Respiró hondo y notó por fin que lady Maud, una de sus damas, se acercaba a ella con el ceño fruncido disponiéndose a regañarla por haberse tardado tanto.

22

—Mi lord, ¿conocéis al barón de Dunster? Lord William Fitzalan —preguntó Roderick cuando estuvieron de vuelta a la sala donde antes jugaron ajedrez.

Lord Leinster miró a su invitado un poco extrañado.

—Así es, lord Roderick. Él es… el padre de vuestra actual prometida—. A Roderick no le pasó por alto la insinuación en aquella frase, pero no dijo nada.

—¿Le conocéis personalmente? —Leinster asintió. Temía que Roderick, detectando sus intenciones, invocara la lealtad que se debían entre caballeros, o algo así.

—En el pasado… hice negocios con él.

—¿Negocios? —Leinster asintió muy levemente, como si se rehusara a hablar del tema. —¿Fueron bien esos negocios? —Leinster hizo una mueca ambigua.

—Por poco —la mirada interrogante de Roderick lo obligó a seguir—. Sucedió en la época en la que nació mi hijo. Invertimos en un barco mercante desde la India, y… fue una pérdida. Afortunadamente, pude pagar la deuda que adquirí con él.

—Entiendo.

—No hay deudas entre lord Dunster y yo actualmente. Y, sinceramente… fue el último negocio que hicimos juntos—. Roderick agitó levemente la cabeza comprendiendo.

Por eso Emma, es decir, Gail, estaba en la casa del barón. Había encontrado, por fin, la respuesta a uno de sus tantos interrogantes.

Lord Leinster, en el pasado, había tenido severas pérdidas económicas casi simultáneamente luego de perder a su esposa. Lo había dicho él mismo en la casa de Warenne. Podía suponer entonces que en el pasado esa deuda no se pudo pagar, y su hija fue entregada al lord.

Pero Gail era virgen, de modo que no fue entregada como amante o esposa de Dunster, sino como dama de compañía de su hija.

Sí, eso tenía sentido. Servía allí como pago de la deuda. Era algo usual, y siempre las que lo pasaban peor eran las hijas. Al menos, pensó, no se la

había dado como esposa.

Lo que no entendía era por qué Gail había suplantado a Emma. Qué había sucedido para llevar a cabo semejante engaño, y cómo fue capaz de sostenerlo por tanto tiempo.

Sonrió ante la ironía de todo. Él mismo se había puesto el cuchillo en la garganta. Todo esto era su responsabilidad. Si hubiese ido personalmente a la casa de Dunster a concertar el compromiso, aunque fuera poco común que los novios estuviesen presentes, habría detectado de inmediato que esa no era su Emma. También, su afán de ayudar a un amigo y salvarlo de la desgracia, lo alejó del amor de su vida.

Sin embargo, no podía decir ahora que se arrepentía. Para nada. Con sus acciones había evitado que una familia entera lo pasara mal, que Gail sufriera. Había sufrido él a cambio, pero eso no importaba.

Lady Isobel entró a la sala seguida por su hija Gail, y Roderick sintió que de nuevo se iluminaba su alma. Ella estaba preciosa en su vestido de lino azul, ideal para los climas cálidos que corrían, con un corpiño decorado con hileras de perlas. Roderick se obligó a mantener los ojos en el rostro de la dama, pero estaba recordando cosas, momentos, y casi gimió.

Las dos damas eran parecidas, aunque Gail tenía los ojos de su padre. Lord Ethan tomó la mano de su esposa instándolo a él a tomar la de su hija. Esto era poco apropiado, pero todos hicieron los de la vista gorda.

La ayudó a sentarse, y no pudo evitar detectar el suave aroma de su perfume, y el hambre y el anhelo, largamente contenidos, despertaron de manera muy inapropiada, y tuvo que sentarse un poco tieso.

La conversación fue amena, Roderick estuvo callado en un principio, observándolos interactuar, prestando especial atención a Gail, pero poco a poco fue disfrutando de la compañía de los Russell, y empezó a hablar de su propia familia.

Se dio cuenta de que Gail adoraba a su padre, que tenía una buena relación con su madre, y que al contrario que muchas damas de alta sociedad a su edad, se le daba bastante participación en el manejo de los asuntos del condado. También parecía un poco libre, pues daba su opinión con sinceridad.

Ella era la misma. Tal vez un poco más feliz, más segura de sí misma, y eso lo atraía aún más.

Tenía ganas de preguntar si estaba comprometida. No creía que Russel hubiese estado ansioso por presentársela si ese fuera el caso, pero tenía que ser realista, pues era lo más probable.

Era su principal preocupación, pero no se atrevió a hacer la pregunta; si se mencionaba la palabra compromiso, inevitablemente hablarían del de él, y eso arruinaría sus planes y expectativas.

Sí, porque hoy, más que nunca, debía romper ese compromiso con Emma Fitzalan de Dunster.

Lamentablemente, la cena llegó a su fin, y él tuvo que despedirse.

Roderick tomó los delicados dedos de Gail, rozando apenas la suave piel de porcelana con la gracia de un caballero experimentado.

—Mi lady, añoraré veros nuevamente.

Un destello de complicidad pasó entre ellos, invisible tal vez a los ojos de los demás, pero palpable para ambos en el aire que los rodeaba.

—Mi señor Montfort —respondió ella. —Esperaré ese momento.

Roderick asintió, y con reticencia, soltó su mano.

Pero debía estar feliz, se dijo cuando al fin dio la vuelta y salió de la mansión. Ella estaba bien, viva, saludable, feliz. Su voz cantarina era la misma, incluso pudo escuchar su risa, y su corazón volvió a latir lleno de alegría.

Subió al caballo y se dirigió a casa sonriendo no sólo por fuera, sino también en su alma. La había encontrado. Fue gracias a la casualidad, o a la suerte, no lo sabía, pero la había encontrado.

—Ha superado mis expectativas —dijo lady Isobel a su marido, que, sonriente, se sirvió una última copa de vino. Miró a su mujer con la felicidad pintada en el rostro—. Lo que me pregunto es, mi señor, ¿por qué habéis traído a casa, con tales intenciones, a un hombre comprometido?

—¿Comprometido? —preguntó Gail entrando a la sala en la que sus padres conversaban. No había pretendido ser silenciosa, pero al parecer ellos no la habían escuchado—. Lord Roderick… ¿está comprometido?

Ethan miró a su esposa con un poco de reproche.

—Eh… Pues… sí, pero…

—Pero ¿qué?

—Todo el reino sabe que Roderick Montfort no ama a su novia. Incluso algunos apuestan por el tiempo que tardará en que otro compromiso se rompa en Albermale.

—Padre… no quiero ser la mujer por la que un hombre faltó a su palabra.

—Pero, hija… ¿No notasteis cómo él os miraba?

—Sólo noto cómo mi padre me tendió una trampa —dijo Gail furiosa, y sin añadir nada más, salió de la sala. Ethan hizo una mueca, y miró a su mujer en busca de apoyo, pero Isobel sonreía divertida al ver cómo había resultado su plan.

Al día siguiente, aunque quiso, Roderick no pudo visitar la casa de los Russell. Sin embargo, el día después, sí que fue. Esa mañana había tenido tiempo de hacer preguntas aquí y allí y se enteró de que lady Gail Russell de Leinster, la única hija del conde, no estaba comprometida, pues lord Ethan le había prometido a su hija, cuando era sólo una niña, que le permitiría a ella misma escoger a su marido.

Qué extraño, pensó. Ningún padre hacía algo así. ¿Por qué? ¿Y siendo una niña?

Pero no se iba a poner a juzgar una promesa que ahora lo alegraba y beneficiaba tanto, así que esa tarde se presentó en la mansión, y por la primera persona que preguntó fue lady Gail. Lo condujeron al jardín, y en una bonita glorieta, sentada junto a otra dama y tomando el té, estaba ella.

Con paso alegre y decidido, llegó hasta ella e hizo su saludo. Ella lo miró muy seria, pero no lo desdeñó, y con educación, le invitó a sentarse.

Roderick notó entonces a lady Maud, a quien fue presentado, y volvió a sonreír. Sus conjeturas habían sido acertadas; lady Maud era de Gail, no de Emma, y por eso era su dama más cercana.

—¿Cuánto tiempo estaréis en Londres, mi lord? —Roderick hizo una leve mueca con los labios. Había estado ocupado el día de ayer precisamente acelerando todo lo necesario para volver a casa.

—No mucho tiempo —contestó—. Aunque el tiempo es bueno, y la ciudad es hermosa en esta etapa del verano, tengo obligaciones.

—¿Obligaciones como… vuestro compromiso? —él la miró en silencio varios segundos.

—Entre otras cosas.

—¿Os casaréis pronto, mi lord? —Roderick la miró fijamente. ¿Qué era esta hostilidad que detectaba? ¿Estaba ella celosa o molesta?

Por extraño que pareciera, este comportamiento le hizo sonreír internamente.

No supo qué contestarle. Sí, deseaba casarse pronto, pero no con la que ahora era su prometida. La mujer que más deseaba en el mundo estaba frente a él, pero lazos y obligaciones lo separaban de ella.

Anoche había pensado mucho en ella. Todavía necesitaba saber el porqué de su mentira, todavía tenía que descubrir si, en momentos desesperados, ella era capaz de traicionar. Hasta ahora, había aprendido que, si bien las acciones de las personas podían variar, sus principios y valores rara vez lo hacían.

—Deseo casarme pronto —contestó Roderick mirándola fijamente, taladrándola con la mirada—. He esperado mucho tiempo ya—. La sonrisa de Gail vaciló en sus labios.

—Parece que la amáis mucho—. Roderick volvió a sonreír.

—Mi lady, mi corazón ha pertenecido, toda mi vida, a una sola mujer. Y he comprobado que no importa cuántas veces nazca y viva la vida… ella será la única en mi corazón—. Esas palabras la impactaron, sobre todo, porque él las decía sin vacilación alguna, y mirándola casi sin pestañear, y el pecho le retumbó por la emoción que sintió.

Trató de disimular, miró a otro lado, tomó un sorbo de su té e ignoró la admirada expresión de Maud. Pero los grises ojos volvieron solitos de nuevo a ese hermoso rostro.

—¿Por qué siento que os conozco de antes? —preguntó ella casi sin pensar, y al darse cuenta de que tales palabras salieron de su boca, se reprendió a sí misma y volvió a beber té.

Roderick abrió un poco los ojos al oír aquello.

Nadie, nunca, luego de regresar, dijo sentir algo así.

—¿De verdad… sentís así?

—Es sólo una sensación. Pero tal vez se deba a que vuestro rostro es común —Roderick no lo pudo evitar y se echó a reír, una risa alegre y relajada—. Disculpe, lord —dijo ella—. No pretendí faltaros el respeto.

—No lo habéis hecho. Y por favor… sentíos siempre libre de decirme exactamente lo que pensáis.

—¿Insinuáis que nos veremos con frecuencia?

—Lo aseguro. He venido… a despedirme. Tengo que volver a Albermale, muchos asuntos me reclaman, pero… os ruego, mi lady… que esperéis por mí—. Ella lo miró fijamente. Muchos le pidieron exactamente eso, y algunos, al no haber aceptado la mano de otro caballero, creyeron que así había sido.

Era la primera vez que quería esperar por alguien. Sin embargo, volvió a esquivar su mirada.

—Sois un hombre comprometido, mi lord —dijo—. Lo que me pedís es inapropiado—. Él se inclinó un poco hacia ella, y aunque Maud estaba allí, y había una distancia prudente entre los dos, se sintió demasiado íntimo.

—Sin embargo —dijo él—, os lo pido. Por mi vida, lady Gail, esperad—. Los ojos de ella quedaron enlazados con los de él por largo rato, y deshaciendo esa extraña conexión, Roderick se puso en pie y se despidió.

No había tomado el té, no iba a cenar con ellos. El corazón de Gail se sintió vacío.

Esperaría no sólo porque él se lo había pedido. Era algo que sentía que venía haciendo desde su niñez.

Roderick recogió toda su casa, sus caballeros y sirvientes, y volvió a Albermale. Doug y Elric notaron a su señor tan feliz como hacía mucho tiempo no lo estaba, y recordando que en los últimos días había visitado la casa de lord Leinster, quien tenía una hermosa hija, era fácil suponer por qué.

Llegaron a Albermale semanas después de haber partido de Londres, y Roderick se reunió de inmediato con su padre para contarle los últimos acontecimientos. Había encontrado a su esposa, por fin, después de tanto tiempo.

—¿La hija de lord Leinster? —preguntó Simon mirando a su hijo casi con espanto. Roderick sonreía asintiendo—. ¿Estáis seguro?

—Totalmente —dijo—. Es ella, y está tan hermosa como la recuerdo.

—Es increíble. Estuvo siempre tan cerca… vi a esa niña en una ocasión, cuando conocí a su esposa. Ella… es vuestra Emma.

—Gail —corrigió Roderick—. Su nombre es Gail. Todavía… tengo que averiguar qué pasó, por qué suplantó a Emma Fitzalan y por qué lord Dunster le siguió en la mentira. Y ahora… tendré que romper ese compromiso a como dé lugar; no me importa si tengo que pagar una multa, o ser reprendido por el rey—. Simon lo miró de reojo.

—Va a estar complicado romper ese compromiso ahora.

—¿Por qué?

—Hace unos días, lord Dunster envió una misiva informando que su hija vendría a Albermale a convivir con nosotros antes de la boda. Tal vez vuestra frialdad ante el tema le hizo desesperarse, y la joven será enviada—. Roderick hizo una mueca pasándose la mano por la cabeza. Que Emma Fitzalan estuviera aquí complicaba sus planes.

—¿Os dijo qué día partiría?

—Sí. Le prometí escoltarla parte del camino. Ahora que estáis aquí, debéis ir por ella.

—Padre…

—Es lamentable, pero es vuestra obligación. Yo en vuestro lugar me apresuraría, tal vez lleguéis a Dunster antes de que la novia parta, y logréis romper el compromiso a tiempo.

—Mañana mismo saldré.

—Bien. Oh, y, por cierto…. vuestra madre espera nuevamente un bebé—. Roderick, que se disponía a salir de la sala privada de su padre, se detuvo y lo miró sorprendido. Había cierto dejo de orgullo en el rostro de Simon Montfort—. Tendréis otro hermano—. Roderick se echó a reír.

—Es por eso que dicen que en Albermale hay brujería; las mujeres aquí son fértiles como en ningún otro lado —Simon elevó ambas manos.

—¿Y no diréis nada acerca de la fertilidad de vuestro padre?

—No sois vos quien formaréis una criatura en vuestro vientre.

—Pero soy quien lo engendró—. Roderick volvió a sonreír y se acercó a su padre unos pasos.

—Enhorabuena—. Simon asintió—. Pero ya sois un hombre mayor… Conteneos un poco.

—¿Mayor? ¡Sólo tengo cuarenta y seis años!

—La flor de la vida —se burló Roderick, y salió al fin del despacho. Simon miró con el ceño fruncido y labios estirados la puerta tras la cual había desaparecido su hijo, pero luego sonrió.

La atmósfera en el castillo de Dunster no era tan festiva, ni mucho menos. Lady Emma llevaba días y días llorando por la orden de su padre de irse a Albermale.

Para ella, la expectativa de ser la condesa de Albermale ya no era tan brillante como antes. Al igual que su padre, había escuchado los comentarios que de ella se decían compadeciéndola, pues cuando su prometido estuvo aquí, prefirió dejarla en casa de su padre que llevarla a la suya.

Y, además, encontraba más guapo a otro caballero. No tenía título ni tierras, pero ella lo era todo para él, no como ese futuro conde.

—¡Él no me ama, padre! —exclamó Emma llorando—. ¡Me despreció! Ni una sola vez vi en sus ojos que me amara…

—No necesitáis ser amada para ser la condesa de Albermale. ¡Es una de las familias más ricas del reino! ¿Creéis que permitiré que malogréis mi futuro por vuestro capricho?

—¡Son gente extraña! ¿No habéis oído de sus extrañas costumbres? ¡Les llaman los caballeros lavados! No puedo ir a ese lugar lleno de brujería, y quién sabe qué más cosas. ¡Moriré! No queréis que vuestra hija muera, ¿verdad?

—U os casáis —advirtió el barón—, o moriréis—. Emma lloró con más fuerza al oír aquello—. Si vais a morir —siguió lord Dunster en voz más alta—, aseguraos de hacerlo luego de parirle un hijo a lord Albermale, y que sea varón. Antes, absteneos de cometer una locura.

—¡Padre!

—Así que iros. Iros tan pronto como podáis.

Emma volvió a llorar, siguió discutiendo, tratando de cambiar la opinión del barón, pero nada de lo que dijo, ni sus amenazas y advertencias de que moriría, lo consiguieron.

Roderick se preparó para recibir a su prometida en el camino. Iba con prisa, esperando que su viaje a caballo lograra compensar el tiempo que tomaba preparar un viaje en carruaje, y cuando después de semanas se acercó por fin a las tierras de Dunster sin encontrarse la comitiva de lady Emma en el camino se alegró. Al parecer, había llegado a tiempo.

Pero al llegar a Dunster encontró que el barón estaba en plena ejecución de varios de sus caballeros, doncellas, e incluso damas. Una de ellas clamaba por su vida, llorando con desesperación. La comitiva de Albermale fue recibida en silencio, pensando que, si la posibilidad de que lord Dunster tuviera misericordia era mínima, con la influencia de Roderick Montfort sería nula.

—¡Mi señor! —exclamó el barón llegando ante Roderick, y repentinamente, se arrodilló ante él—. Piedad por este pequeño feudo. Os lo ruego. Tened piedad—. Roderick frunció el ceño confundido, pero no dijo nada.

A lo lejos, vio a sir Greg, uno de los caballeros que en el pasado llegó a Albermale, y a lady Sibyl, atados de las manos, esperando su momento de ser ejecutados.

—¿Qué ha pasado, lord Dunster?

—La casa de Dunster… ha sufrido el peor daño, mi señor. Quisiera poder tener otra hija para compensaros, pero…

—Explicad ya. ¿Qué ocurre con lady Emma? ¿Dónde está? —lord Dunster se echó a llorar, y tenía muchos motivos para hacerlo, por lo que no fue capaz de hablar. Roderick miró al hombre a su lado, al que imaginó era su segundo al mando.

—Mi señor —dijo, presentándose—, soy el señor Noel Neville, el administrador de Dunster… Lady Emma ha desaparecido. Mientras se dirigían a Albermale, sufrieron una emboscada, y fue raptada.

—¿Raptada? —exclamó Roderick completamente sorprendido—. ¿Está viva?

—Asumimos que sí—. Roderick guardó silencio, admirándose porque este evento se había repetido.

La caravana de lady Emma de Dunster había sido emboscada, pero en el pasado, perdieron dos damas y la mitad de los caballeros. ¡No habían sido asesinadas, sino raptadas!

—¿Por qué ejecutaréis a estas personas? —le preguntó al barón, pero este no contestó, lo hizo de nuevo el señor Neville.

—Son los responsables de que tal acontecimiento ocurriera. No salvaguardaron adecuadamente la seguridad de la futura condesa de Albermale—. Roderick meneó la cabeza sintiéndose molesto.

—Por favor. Permitidme hablar con ellos.

—Mi señor…

—Os lo pido. Permitidme hablar con ellos—. Neville miró a Dunster buscando aprobación, y el barón asintió.

De inmediato dieron la orden de detener las ejecuciones, y trasladaron a los sentenciados a las mazmorras, donde Roderick los encontró.

Eran los mismos cinco caballeros que en el pasado llegaron a su casa, enfermos, heridos, y con la moral destrozada. Lo miraron desesperanzados imaginando que el prometido estaría tan furioso como el conde, y tal vez empeorara su condición.

—Mi señor, ¡tened compasión! —rogó lady Sibyl al verlo—. No somos culpables de nada. Os lo ruego. Salvad nuestras vidas—. Roderick se detuvo a mirarla. Estaba más delgada de lo que recordaba.

—¿Quién sois?

—Una de las damas de compañía de lady Emma. Lady Sibyl. No sé luchar, ¿cómo podría haber evitado que algo así ocurriera? Yo también lo pasé mal durante ese horrible momento. —Ella tenía razón, pensó Roderick, pero no dijo nada y siguió adelante—. Os serviré —siguió lady Sibyl—. Os serviré con el corazón. Si salváis mi vida hoy, os serviré hasta mi muerte.

—Vuestra muerte será hoy —dijo alguien más, y lady Sibyl se echó a llorar.

Escuchó a un hombre estornudar, y Roderick sonrió de manera torcida. Sí, había llovido recientemente, pero las fechas no coincidían con las del pasado. Todavía faltaba un año, y, aun así, todo se había repetido casi igual,

excepto por una cosa: ellos, después de la emboscada, volvieron a casa dispuestos a enfrentar la muerte, no siguieron adelante, hacia Albermale.

—¿Sir Greg? —el hombre levantó la cabeza. Imaginó que el lord había preguntado su nombre y por eso lo sabía, pero no era así. Roderick lo recordaba muy bien—. Contadme qué pasó en el camino.

—Mi señor, os fallamos.

—No. No quiero lamentos, ni culpas. Sólo explicaciones. Sed detallado en vuestro relato—. Sir Greg tomó aire y bajó la mirada.

Roderick escuchó con atención, haciendo preguntas cuando algo no le quedaba claro, animándolo a explayarse en detalles nimios, pero que para él eran importantes.

Al final, respiró hondo y meneó la cabeza.

—Estáis mintiendo —dijo. El caballero lo miró con ojos grandes, y sus manos empezaron a temblar.

—Mi… ¿Mi señor?

—Estáis mintiendo. No conozco vuestros motivos. ¿Acaso estáis implicado en el rapto de la dama?

—¡No, mi señor!

—Entonces, contestad a mis preguntas. ¿Por qué si raptaron a la dama no han pedido recompensa? Ni aquí, ni en Albermale se ha presentado nadie para pedirla. ¿Qué ocultáis? —todos estaban en silencio, y Roderick dejó salir el aire—. Creí que, ya que no teníais nada que perder, diríais la verdad. Pero al parecer seguiréis en vuestra mentira hasta el final.

—¡Porque es una desvergonzada! —exclamó lady Sibyl cuando el lord se daba la vuelta para marcharse.

—¡Lady Sibyl, guardad silencio!

—¡No me importa! Serví a esa pretenciosa egoísta por cuatro años, y así nos paga. Sabía que nos costaría la vida si hacía esto y no le importó. ¿Por qué tengo que cuidar su honra hasta el final?

—¡Porque hicimos un juramento de honrar y servir hasta la muerte!

—¡No me importa! ¡No voy a morir por la desvergüenza de otra! ¡No voy a callar! —Roderick se acercó a ella. La mujer estaba despeinada, y las lágrimas habían devastado su rostro.

En el pasado, poco les prestó atención a las damas de Emma, pero siempre le pareció que esta era la más impetuosa. Sin embargo, sirvió a su esposa con diligencia y afecto.

—Explicad eso.

—¡Lady Sibyl! —insistió sir Greg, pero se detuvo cuando Roderick elevó la mano.

—Dejadla hablar.

—Pero, mi señor… —La mirada de Roderick lo dejó en silencio.

—Lady Emma tenía un amorío con uno de los caballeros de Dunster —dijo lady Sibyl escuetamente. Algunos caballeros contuvieron el aliento ante esas palabras, pero no la interrumpieron.

Miraron a Roderick esperando una violenta reacción, pero él estaba muy calmado. Sorprendido, sí, pero calmado.

—Se estaba portando algo sospechoso antes de la partida a Albermale —siguió Sibyl—, ella y su dama de compañía más cercana, Ida. Yo… no tuve malicia, no imaginé algo así, pero… los caballeros que nos atacaron se la llevaron a ella y a su dama exclusivamente, y lo único que robaron fue el equipaje con la ropa de ambas—. Lady Sibyl tragó saliva y sollozó. —Luego, los caballeros que quedaron, entre ellos sir Gavin, dijeron que los perseguirían, y se fueron. Sir Gavin es muy amigo de sir Abel… el hombre a quien lady Emma dice amar, así que es más que claro que lo tenían todo planeado desde antes de salir de aquí. Esa es la verdad, mi lord. Vuestra novia se fue con otro, ese rapto fue premeditado. No le importó que al volver a casa con las manos vacías todos nosotros fuéramos sentenciados a muerte. Fuimos traicionados —volvió a llorar Sibyl, y las doncellas a su lado trataron de consolarla, pero ellas también lloraban.

Roderick guardó silencio asimilando aquella información, sumándola a la que ya tenía.

—Conocí a la dama en Londres —le había dicho su tío Lawrence antes de su regreso en el tiempo, cuando le habló de Emma—, y además de tonta y fatua, nos pareció algo coqueta; un poco inclinada a los caballeros… más de lo normal.

Cuando la falsa dama llegó a su castillo, él la había puesto a prueba en esos aspectos, y encontró que no era así, que tal vez los rumores que llegaron a su tío eran falsos y malintencionados.

No, su tío no había estado equivocado. Esta chica era tonta y fatua, con preferencia por los caballeros.

Sonrió, y esa sonrisa desconcertó a los sentenciados a muerte.

—Mi señor… —dijo sir Greg— Lamento la falta de cordura de lady Sibyl. Ella no debió hablar así de nuestra dama.

—Vuestra dama, con su comportamiento, los llevará a la muerte, sir Greg —contestó Roderick. Sir Greg bajó la mirada—. Pero no puedo menos que admirar vuestra lealtad.

Respiró hondo dirigiéndose a la salida de las mazmorras.

—No os puedo prometer que salvaré vuestras vidas —dijo—, pero abogaré por vosotros ante el barón.

—Mi señor, ¡Gracias! —exclamó lady Sibyl—. Gracias, gracias. ¡Cumpliré mi juramento, con mi vida! —Roderick asintió. hizo una mueca y salió.

Sir Greg se apoyó en los barrotes de las mazmorras sintiendo por primera vez desde la emboscada que podía albergar una esperanza.

23

Roderick llegó ante lord Dunster, que, sentado en la sala principal, bebía el té que una de las criadas le daba. Era imposible que no hubiese descubierto ya lo que había sucedido con Emma, pero también era probable que lo negara ante él, así que no valía la pena preguntar al respecto.

—Lord Dunster, el compromiso debe romperse —dijo, y el barón lanzó un quejido. Esto era terrible, ¡terrible! Su hija lo llevaría a la ruina.

—Os ruego compasión. Castigaré a los responsables, ya visteis que iban directo al cadalso…

—Esas pobres personas no son las responsables, sino quienes se llevaron a vuestra hija.

—La encontraré. Mi señor…

—No, no la encontraréis, y vos sabéis por qué —lord Dunster lo miró a los ojos, sorprendido, palideciendo—. No os preocupéis, no tomaré represalias contra vos, pero tendréis que anunciar ante el rey que la alianza se ha disuelto; os permitiré que deis las razones que queráis—. Lord Dunster guardó silencio por varios segundos, como si sopesara esas palabras.

—Vuestra generosidad es abrumadora —dijo luego—. Por eso Dios bendice tan abundantemente vuestro territorio…

—A cambio tengo una petición.

—Mi señor, la que queráis.

—Permitidme llevarme a los caballeros que tenéis en las mazmorras, y a lady Sibyl, junto con las dos doncellas—. Dunster miró a Roderick confundido.

—¿Por qué haríais eso, mi señor? Están sentenciados a muerte.

—Porque son gente leal. Bien pudieron… mentir, o irse lejos, sin responder ante vos por lo que había sucedido, pero no fue así, y asumieron la responsabilidad, aunque eso les costaría la vida. Y ya que vos habéis desechado sus vidas, yo las tomo—. Dunster guardó silencio por largo rato, meditando en esta decisión.

Que Roderick quisiera salvarles la vida lo hacía quedar a él como indolente e inmisericorde. Además de que estaba siendo desautorizado en su propio

predio. Pero a la vez, no le convenía enemistarse aún más con Albermale, y delante del agravio que éste había sufrido al perder de manera tan vergonzosa a su prometida, perdonar la vida de unos cuantos era un pago muy pequeño.

—Está bien, mi señor. Tomad sus vidas—. Roderick asintió y se puso en pie.

—Volveré a casa hoy mismo. Asumo que no estáis de ánimo para recibir huéspedes.

—Yo… lo siento tanto—. Roderick se mantuvo impertérrito, pero lo cierto era que sentía un alivio enorme.

Era verdad que la gente hablaría de él. Quizá incluso se burlaran un poco, pues su prometida había preferido a un caballero por encima del condado de Albermale, y las especulaciones al respecto serían un festín, pero poco le importaba. Era libre, y no había sido él quien tuviera que romper el compromiso.

Miró a Lord Dunster y lo lamentó por él. Ahora no tendría una heredera. En el pasado, al menos, tuvo un remplazo que lo salvó de la vergüenza, seguro que fue por eso que participó alegremente de la mentira haciendo pasar a la falsa dama por su hija. Seguro aspiraba ser el abuelo de los futuros condes de Albermale, pero en esta realidad eso no iba a suceder.

Él tampoco estaba muy ansioso de tenerlo como suegro, así que salía ganando.

Salió de Dunster con más personas de las que entró, pues no sólo se llevó consigo a los caballeros que acababa de salvar, sino que también retiró a gran parte del ejército que protegía a Dunster como parte de la alianza por el matrimonio entre las dos familias.

La amistad había sido arruinada, la alianza, rota. Y ahora ambas casas deberían enfrentar un grave escándalo y la afrenta de una sociedad que ponía por encima de todo el decoro y el honor. Lady Emma había fallado gravemente en ambos, y esto dejaba a la casa de Dunster en un predicamento. No sólo había perdido todo trato con la casa de Albermale, sino que ahora le sería difícil hacer nuevas alianzas; y como ahora no tenía herederos, no sería extraño que el rey le diera la baronía a alguien más.

Si Albermale quería, podía asediarlos y destruirlos. Dunster había estado nervioso por eso, y por eso mantuvo siempre la cabeza baja, suplicando y rogando.

Pero Roderick no buscaba venganza, y estaba seguro de que su padre tampoco quería eso. El escándalo sería terrible, las murmuraciones no pararían en un buen tiempo. Llegarían incluso a menospreciar el condado por el acto de la prometida, pero todo pasaría tarde o temprano. Habían cultivado buenas relaciones todos estos años, así que las habladurías no le preocupaban, además, dudaba mucho que alguien se atreviera a expresarlas de frente.

No, la mente de Roderick, durante el largo viaje, estuvo llena de otras preocupaciones. Tuvo mucho tiempo para pensar en todo lo sucedido, y empezó a darle forma a los acontecimientos del pasado. Ahora por fin sabía qué había sucedido, por qué lady Gail suplantó a Emma.

Era fácil de imaginar. Luego del rapto, debieron llegar pronto a la conclusión de que todo había sido un plan de Emma Fitzalan y su amante. Comprendieron que morirían, y lady Gail debió ofrecerse a sustituir a la novia para salvar sus vidas.

Era lista y resolutiva, debió ser idea de ella. Lord Dunster tal vez se asombró un poco cuando llegó a Albermale y no vio a su hija, pero pronto comprendió la situación, y se sumó a la mentira. No debió ser gratuita su ayuda, y por eso había tensión entre ambos.

Sí, lo entendía. Se sentía aliviado, también. No había sido por traición; la intención de lady Gail Russell no fue espiar en Albermale ni pasar información a los enemigos. Ella sólo había estado desesperada e intentó salvar su vida.

Pero entonces, ¿por qué, cuando se hubieron casado, no le reveló la verdad?

A pesar de los muchos días que tuvo para pensarlo, pues el viaje de vuelta fue mucho más lento y tomó una semana más, Roderick llegó a Albermale sin encontrar una respuesta.

Tal vez tenía miedo. Tal vez no confiaba en él.

Entraron al castillo, y desde la entrada, lord Simon se sorprendió al ver el carruaje entrar. Su hijo había fallado rompiendo el compromiso, pensó. Pero cuando bajaron las mujeres, no encontró entre ellas a lady Emma, y eso lo confundió.

—Tengo mucho que contaros —fueron las palabras de Roderick al saludarlo, pero acto seguido, se encargó de ubicar a los recién llegados, anunciando que dese ahora harían parte de la familia Albermale.

Lady Rose no tuvo problema en aceptar a Sibyl y el par de doncellas. En Albermale había mucho trabajo, y siempre era bienvenida una mano ayuda. Les habló de las reglas de Albermale, y ellas simplemente acataron agradeciendo la oportunidad.

Pasar de ser la dama de la hija de un barón, a ser una de las damas de la condesa de Albermale era un cambio increíble. Lady Sibyl estaría agradecida toda la vida.

—Qué suerte tenéis —sonrió Simon mirando a su hijo, esa misma noche, bebiendo una copa de vino en el gran salón.

Estaban en pleno otoño, hacía un poco de frío, y por eso el vino que tomaban era especiado.

—Vos buscabais desesperadamente la manera de romper este compromiso, y la dama os facilitó las cosas… Aunque podría ir con mi ejército y asediar Dunster por esta gran ofensa… creo que mejor lo dejamos así.

—Sí. No quiero castigar a ese hombre por las fallas de su hija, sobre todo cuando sus fallas me han salvado—. Simon asintió.

—Y seguro que os sentís aliviado; habéis descubierto la razón por la que vuestra esposa os mintió. Suplantó a la verdadera Emma Fitzalan para no morir. Salvó su vida, y la de todas esas personas.

—Sí. Tuvo mucho coraje, sin duda. Ella… es muy lista, de pensamiento rápido, y determinada—. Simon sonrió de medio lado. Roderick estaba completamente enamorado de esa mujer, era evidente. —¿Sabíais que… lord Leinster le prometió a lady Gail que ella elegiría a su marido cuando llegara el momento?

—Ah, ¿sí?

—Extraño, ¿verdad? ¿Por qué haría eso?

—Los padres a veces somos blandos con nuestras hijas. Miradme a mí con Emily, permití que se fuera con un barón recién nombrado en vez de unirme con la gran familia Argyll. Creo muy posible que el conde le haya prometido algo así a su hija.

Roderick sonrió.

—Ahora tendré que pensar en emprender un nuevo viaje, y vos tendréis que acompañarme.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Para que os reunáis con lord Leinster, y le pidáis la mano de su hija para mí, como corresponde según las costumbres. Él ya estuvo de acuerdo con la idea en el pasado, ¿no es así? —Simon sonrió.

—Estáis muy seguro de que la dama os aceptará. Os recuerdo que ella tiene el poder de elegiros o rechazaros.

—Me elegirá —sonrió Roderick, y Simon elevó las cejas.

—Seguro. Pero, aunque me encantaría salir mañana mismo hacia la casa de Leinster, os recuerdo que se nos avecina un aluvión de chismes y críticas debido a lo sucedido. La noticia no tarda en llegar a oídos del rey.

—Es por eso que debemos apresurarnos, antes de que a su majestad se le ocurra buscarme una novia por su cuenta—. Simon rio por lo bajo.

—Está bien. Por segunda vez tendré que concertar un matrimonio para vos —dijo poniéndose en pie simulando estar cansado—. Espero que sea la última.

—Oh, yo también lo espero. Esta vez, iré con vos —Simon se echó a reír, y despidiéndose, se fue a su recámara.

—¿Habéis oído lo que se dice de la prometida de Albermale?

—¿La que escapó con un caballero justo antes de la boda?

—Esa misma. ¡Y yo que pensaba que la mayor sorpresa que nos daría sería su vestido!

Los comentarios abundaban no sólo entre nobles, también entre los plebeyos.

—Se dice que el novio sigue buscándola por todo el reino.

—Tal vez, en vez de darle oro, debió darle un mapa, así no se le perdía el camino a Albermale!

El chisme no tardó en llegar a Londres, a mismos oídos del rey, que de inmediato mandó llamar al conde de Albermale. Pero este ya estaba en camino con su hijo.

Gail ya los conocía, al igual que todos en casa. Su madre la miraba de reojo, como si el hecho de que una novia escapara debiera ser motivo de alegría para ella.

Y lo peor, era que, en el fondo, lo era.

Sólo había visto dos veces a Roderick Montfort, pero desde entonces, su mente estaba llena de pensamientos acerca de él. Quería verlo más, quería hablar con él. Quería pasar tiempo junto a él.

Una vez incluso soñó que iban cada uno en su montura por un camino de robles florecidos. Sus flores eran amarillas, y los dos sonreían y eran ridículamente felices sólo por estar allí. Había despertado confundida, y esa mañana tuvo la sensación de que esta no era su casa, que estaba en el lugar equivocado.

—Estoy harta de las habladurías —dijo una tarde. Su padre, que había estado ocupado escribiendo una larga carta, y su madre, había traído una costura y la llevaba adelante a la luz de la ventana más próxima, elevaron la mirada a ella—. ¿Acaso no tienen otra cosa de la que reírse?

—Bueno, la verdad es que no. La gente trata de comportarse con mesura, precisamente, para no ser el blanco de habladurías.

—¡Pero no es culpa de él! Quiero decir… No fue Roderick Montfort quien escapó.

—Para ser justos —dijo Isobel—, la gente habla más de ella que de él.

—Pero de él no deberían decir nada. Se burlan de la desgracia ajena… y además… —Gail guardó silencio, pues llamaron a la puerta y se presentó el mayordomo con un regalo en las manos. Gail dejó salir el aire con hastío—. ¿Otra vez? —preguntó con desgano.

—Lord Lathom solicita poder veros, mi lady —dijo el hombre mayor. Gail miró a su padre pidiendo ayuda.

—Creo que es la quinta vez que rechazo a lord Lathom. Y sus regalos son cada vez más extravagantes.

—Casaos con alguien más —dijo Isobel—. Así dejará de intentar cortejaros —. Gail apretó los dientes y se giró a mirar al mayordomo.

La primera vez, lord Lathom había hablado con su padre pidiendo su mano en matrimonio, y luego de que este le explicara que ella elegiría personalmente a su marido, un poco contrariado, pidió hablar con ella.

—Tomadme como marido —le había dicho—. Leinster puede hacer a Lathom más grande y poderosa, seremos los condes más poderosos del reino.

Esas palabras no la tentaron para nada, y lo rechazó con cortesía.

—No quiero ser la condesa más poderosa del reino. Odiaría estar en la mira del rey y otros más. Quiero una vida pacífica, un marido que me respete y al que pueda admirar. Será el padre de mis hijos, después de todo.

—¿Me estáis rechazando? —preguntó él sorprendido, como si jamás se le hubiese ocurrido que esto pudiese suceder. Gail pestañeó varias veces.

—Lo lamento, mi lord.

—Os recuerdo que tenéis dieciséis años, lady Gail. Vuestro valioso tiempo en el mercado matrimonial se agota.

—Habrá alguien más que considere mi dote digna. Y también trataré de conservar mi belleza y juventud un tiempo más —dijo con sarcasmo, pero este hombre, o no entendía el sarcasmo, o simplemente no escuchaba. Jamás aceptaría un hombre así. Podía imaginarlo perfectamente pasando por encima de ella en cada cosa, hasta llevarla a su mínima expresión.

—Tal vez sólo amáis ser cortejada con mayor pasión —insistió lord Lathom —. Os haré ver la mía de aquí en adelante, bella dama.

—No, lord. Os lo suplico.

—Os cubriré de regalos para demostraros la valía de Lathom.

—No lo necesito…

—Ganaré vuestro corazón.

Terco, concluyó Gail.

La siguiente vez, aceptó el regalo con reticencia, pero le envió una nota pidiéndole que parara con este asedio. Fue ignorada totalmente.

Las siguientes veces no reparó en ser tajante, firme, y hasta un poco grosera. Sin embargo, no surtió efecto, y seguía enviándole regalos con notas llenas de versos que ni siquiera leía. Lo peor es que las habladurías decían que no volvería a su feudo hasta que cierta dama lo aceptara como marido, y como no se conocía a otra dama que tuviera tal poder de elección, la conclusión más obvia era que se trataba de ella.

Si en vez de lord Lathom, esas notas y regalos viniesen de otra parte…

Pero, desde que se había ido, lord Roderick no había hecho sentir su presencia de nuevo. No podía reprochárselo; primero, era un hombre comprometido, y luego, estaba ese escándalo.

—Se dice que la mansión de Albermale está siendo preparada para recibir a sus señores —dijo una vez una criada. Al escucharla, Gail la miró con sumo interés.

—¿Estáis segura de eso?

—Sir Neal y la señora Phillys han estado muy ocupados preparándolo todo. Esto no ocurre sino cuando los señores vienen—. Gail sintió un apretón en el estómago, y en los siguientes días, estuvo muy pendiente del sonido de cualquier carruaje que se acercara, pero no sucedió nada. El invierno llegó con fuerza y sus esperanzas de verlo de nuevo se esfumaron. No era común que caballeros viajaran largas distancias en medio de las nevadas, después de todo.

Sin embargo, una mañana, en medio de una nevada que parecía querer convertirse en una ventisca, un carruaje se detuvo ante la mansión Leinster. De él bajaron lord Simon y lord Roderick. Ambos hombres con casi la misma estatura y similar apostura fueron recibidos por su padre en su despacho, y sirvientes fueron y vinieron llevando bebidas calientes al salón privado del conde.

—¿A qué habrán venido? —preguntó Gail a su madre apretándose los deditos de las manos y yendo de un lado a otro.

—Lord Albermale tiene negocios con vuestro padre —dijo Isobel mirando a su hija de reojo, en cierta forma, divertida por su ansiedad—. Siempre que se ven, tienen asuntos que hablar.

—¿Lord Roderick también?

—Es su sucesor, ¿no? —Gail asintió. Salió de la sala de su madre y caminó acercándose al pasillo de su padre, pero ponerse a escuchar tras las puertas no era su estilo.

Sin embargo, no fue necesario, pues fue llamada por su padre.

Al entrar, los tres caballeros se pusieron en pie, y la mirada de lord Roderick le pareció igual de penetrante que la última vez que los vio. Les dio su saludo y miró a su padre esperando que le dijera la razón.

—Albermale ha venido —dijo Ethan con ojos brillantes y sonrisa contenida — a pedir el derecho de cortejaros—. Eso confundió a Gail.

¿El derecho a cortejarla? ¿No su mano?

Con el ceño levemente fruncido, miró directamente a Roderick, pero este no dijo nada, quien habló fue su padre.

—Sabemos que vuestro padre os dio el derecho a elegir vuestro marido, así que por eso pedimos el derecho a cortejaros, con la esperanza de que más adelante elijáis a mi hijo como vuestro marido—. El corazón de Gail palpitaba con fuerza en su pecho.

Ningún pretendiente jamás pidió el derecho a cortejarla. Ellos iban directamente a su padre para pedir su mano, sabiendo perfectamente que ella tenía poder de elección, pero pasando por encima como si no les importase.

Sonrió involuntariamente, y volvió a mirar a Roderick.

—No lo tendréis fácil, mi señor caballero —dijo con una leve reverencia, dando su venia para que empezara el cortejo. Roderick sonrió en respuesta.

—Me esforzaré, lady Gail.

—No se diga más —dijo lord Leinster dando una palmada, atrayendo la atención del par de tórtolos—. ¡Es un día muy feliz! —los ojos de Gail seguían fijos en el rostro de Roderick, ese rostro que, a pesar de ser la tercera vez que lo veía, le parecía tan familiar.

Cuando Roderick se acercó a ella, le pareció tan natural quedarse allí, e incluso deseó tanto que le tocara, que casi se espantó.

Un caballero jamás tocaba a una dama si esta no era su esposa, y no estaban en medio de un baile. Pero deseaba que le tocara.

—Explicad lo que sucedió, Albermale —le pidió su majestad, Eduardo I, a Simon Montfort. Había sido convocado por el rey, como era de esperarse. Una fortuna que ya estuviesen en Londres, y la audiencia pudo llevarse pronto. Lo primero que habían hecho al llegar a la ciudad, era ir por Gail, asegurarla, y luego sí, confrontar al rey.

Estaba en el despacho privado de su majestad, sólo los acompañaba lord Warwick, el conde que Alfred había salvado una vez, el rey, y él.

—Os he citado en privado para que me digáis la verdad, no esa sarta de mentiras que me contó Dunster, que, a pesar de presionar, se mantuvo en su historia. Espero de vos la verdad, como siempre ha sido entre nosotros.

Nuestra amistad merece que habléis un poco mal de una dama, ¿no es así? —Simon hubiese querido hacer una mueca, pero se contuvo.

—Su majestad es sabio.

—Así que tuve razón —dijo el rey recostándose en su asiento y acariciando su barba—. Esa chica escapó, entonces, con un caballero de bajo rango, sin título ni tierras. Qué estúpida. Vuestro hijo está devastado, imagino.

—Estamos sobrellevando las habladurías.

—No os será difícil encontrar un nuevo prospecto. Tengo en mente un par de damas que irán bien con vuestra posición y riqueza. Son niñas todavía, pero…

—Majestad, si os place, ya tenemos una candidata en mente, y sólo requeriríamos de vuestra bendición—. Eduardo I miró a Simon un poco sorprendido.

—¿Quién es?

—Lady Gail Russell de Leinster, su gracia—. Hubo otro silencio por parte del rey, y luego, estalló en una carcajada.

—Esa chica es un hueso duro de roer. Ha desdeñado a mis mejores caballeros. Han ido con oro y joyas preciosas, y a todos rechazó. No sé qué tenía en la mente Leinster cuando le dio tal derecho a elegir…

—Ha aceptado a mi hijo.

—¿De verdad? ¡Vaya! ¡Entonces, os aliaréis con Leinster! Sus tierras no son muchas, su riqueza proviene más del comercio. Detesto eso, uno de mis condes haciendo dinero con negocios… Agravé su carga fiscal, pero, aun así, salió airoso. No sé cómo lo hace… —El rey hablaba para sí, pero Simon ponía mucha atención a cada una de sus palabras, y entendió.

Roderick le había dicho que lord Leinster había perdido todo en el pasado, que no pudo salvar ninguno de sus negocios, y acababa de descubrir por qué. El mismo rey había intentado arruinarlo, y había sido gracias a Roderick que no lo había conseguido.

Era cierto que su riqueza no provenía del todo de su feudo, sino que gran parte se debía a su habilidad de negociar. Entre los pares del reino esto era indigno, sugería que menospreciaba el reino y se aliaba con extranjeros, y consideraban que la habilidad de negociar tenía mucho que ver con la habilidad de mentir y envolver. Nada como obtener la ganancia de la tierra,

sin embargo, ninguno lo rechazaba abiertamente, y el mismo rey recibía con agrado sus caros regalos. Menospreciaban la manera como hacía riqueza, pero no a la riqueza en sí.

—Está bien —dijo el rey—. Os vendrá bien un poco de oro líquido. De Leinster no obtendréis más que eso. Y bueno, una bella dama.

—Sabía que contaríamos con vuestro beneplácito, majestad.

—¿Dónde se llevará a cabo la boda?

—En nuestro castillo, naturalmente.

—Estaré allí, Albermale. Contad con eso.

—Lo tendremos en cuenta para recibiros como os merecéis—. Al salir del despacho privado del rey, Simon no pudo evitar sentir cierto mal sabor de boca. Sentía mucho pesar por el Leinster que no pudo proteger a su familia y su riqueza en el pasado. Pudo haberle sucedido a cualquiera.

Una vez fuera del palacio, miró al cielo y agradeció a quien quiera que hubiese traído de vuelta a su hijo a los once años, permitiéndole conservar el conocimiento y las memorias de ese hilo de la vida que él jamás conocería.

Quien quiera que seáis, lo que sea que seáis, gracias.

Sentía curiosidad por las razones y motivos, por el origen de ese formidable poder, pero hoy, más que nunca, se sentía agradecido.

24

Otra vez lord Lathom fue a la mansión Leinster, pero esta vez, pedía ver a lady Gail. No traía consigo un regalo, traía una promesa, y reclamaba que la dama le atendiese en la misma puerta. Debido a que Gail no salió a recibirlo, esperaba afuera en plena nieve, y minutos después de estar allí, empezó a nevar.

Roderick llegó en su caballo, y al acercarse a la entrada y ver a lord Lathom, se extrañó.

Se apeó de su caballo mirando a la entrada con ceño, pues recordaba muy bien que en el pasado él estaba encaprichado con su esposa, importándole muy poco pasar por encima de él.

Era increíble ver cómo algunos aspectos de la historia se repetían. Por lo visto, tendría que ser firme y directo en esta ocasión, no permitiría que por su culpa se levantaran habladurías y la reputación de Gail se viera amenazada.

—¿Qué hacéis aquí, Montfort? —preguntó Lathom con tono agrio al verlo. Roderick hizo una mueca.

—Eso debería preguntar yo. ¿Qué hacéis a las puertas de la casa de mi prometida en medio de una nevada?

—¿Vuestra… prometida?

—Así es—. Lathom parecía como si se hubiese tragado un bicho, pues empezó a toser.

—Mentís, Montfort. Mentís como un bellaco. Lady Gail no puede ser, de ninguna manera, vuestra prometida. Ella… tiene el poder de elegir, y jamás elegiría a vos.

—Parece que tengo que poneros al día, lord. Pedí el derecho de cortejar a la dama y ella me ha aceptado. En breve nos casaremos.

—No es posible.

—¿Por qué no? Tengo poder, riqueza y buena apariencia. Me baño regularmente y soy considerado. No había razón para que me rechazara… —Lathom seguía con aspecto asqueado, molesto, pero al parecer se había quedado sin palabras.

—Os recomendaría poneros a resguardo. La nieve se acumula encima de vuestro abrigo.

—Gail es mía —dijo Lathom entre dientes—. ¡He estado cortejándola por meses! No podéis venir aquí simplemente y pretender robarme algo que es mío.

—¿Deliráis, lord Lathom? Si acaso lady Gail escogió dueño, no fuisteis vos.

—No os burléis de mí. El rey mismo me ha permitido cortejar a esta mujer. Además, vos acabáis de atravesar un terrible y asqueroso escándalo. ¿Qué tenéis para ofrecerle a la dama?

—Seguramente un poco más de lo que vos ofrecéis, porque a mí sí me aceptó.

—No os creo. ¡Tengo que escucharlo de la propia dama para poder creer un disparate así!

—No creo que ella esté dispuesta a darle explicaciones a los desconocidos, pero buena suerte con eso. Si me permitís, es de mala educación hacer esperar a una dama —dijo, y avanzó hacia la puerta. A diferencia de él, entró a la casa junto a su caballero acompañante, y criados salieron a cuidar de sus monturas llevándolos hacia los establos y atendiéndolos.

Lathom guardó un silencio indignado largo rato.

¿También esto le quitaría Albermale? Sería la burla entre sus amigos si se enteraban de que la mujer que pretendía había preferido a un Albermale antes que a ellos.

Apretó los puños con fuerza, pero trató de calmarse y pensar con cabeza fría.

Ah, cuánto los odiaba. Hoy, más que nunca, tenía que verlos arder bajo el fuego de su ira.

Empuñó las manos con fuerza, deseando poder golpearlo. Lamentablemente, Roderick Montfort tenía fama de buen luchador, y con la espada era inigualable.

Pero dudaba que un duelo a muerte calmara su sed de sangre. No. Tenía que acabar con ese linaje, hoy más que nunca.

Respiró hondo varias veces y se masajeó el rostro con las manos enguantadas llamando de vuelta la calma. Cuando ya se sintió más en

control, se giró y dio una orden a su cochero, que saltó para abrirle la puerta del carruaje.

Entró sacudiendo la nieve de su cabeza y el abrigo con gestos airados. Debía calmar su mente, debía ser frío y astuto.

Llevaba mucho tiempo deseando la caída de Albermale. Su padre y su madre le habían dejado esta misión de vida. Era su deber, a como diera lugar, destruirlos.

Siempre pensó que algún día lo haría, por honrarlos, cumpliría esa promesa, pero ahora no sólo lo haría por deber, ahora lo estaba deseando también. Roderick Montfort se había atrevido a quitarle algo que quería, y no se quedaría quieto.

Hacía mucho tiempo, tres familias se habían unido para acabar Albermale, pero fracasaron. El rey mismo de aquella época se puso de su parte y contribuyó a terminar de exterminar a quienes se atrevieron a lastimar a su perro más fiel, Wulfric Montfort.

Los Beaumont, los Warham, y los Pembroke desaparecieron de la lista de condados del reino. De los Pembroke no quedó ni uno solo. El título seguía vacante, y el castillo derruido. Los Warham eran sólo mercenarios, uno de ellos, incluso, se arrodilló ante Albermale y les sirvió. Y los Beaumont…

Se podría decir que tuvieron el peor destino. Percival Talbot, el niño que fue entregado a los Albermale para sellar la paz renegó de su apellido cuando se hizo adulto, y sus hermanas le odiaron, entre ellas, la que luego se convirtió en su abuela. Era una mujer lista y guapa, por lo que pudo entrar a trabajar en la casa de un noble, al que luego sedujo y de quien tuvo una hija. Esta hija se casó luego con el conde de Lathom, y le inculcó a su hijo el odio por los Albermale.

Ella misma infiltró gente en el condado de Albermale. Contrató asesinos, estrategas y expertos en el espionaje, para destruirlos; pero Albermale era un fuerte difícil de penetrar, y aunque lo consiguieran, sus bases parecían de hierro, pues ni una sola vez logró hacerles tambalear.

Intentó matar a los condes y no lo consiguió. Intentó envenenar a sus hijos, pero uno sobrevivió misteriosamente. Cada hombre nuevo que intentaba infiltrar era descartado, rechazado, derribado.

Y así, la teoría de que había algo en Albermale más allá de toda lógica y realidad que los protegía iba cobrando sentido. Sus informes indicaban que

tenían prácticas extrañas, inventos raros, y ese extraño don de sanación que tenían sus médicos parecía más brujería que ciencia.

Intentaron acusarlos con la iglesia, pero al investigarlos ésta no encontró nada extraño, y era inútil insinuarle al rey que lo podían traicionar en cualquier momento, pues Albermale lo tenía cegado. Se habían alegrado cuando lady Dunster escapó con un caballero menospreciándolo, pero era un regocijo muy fugaz y poco satisfactorio, sobre todo, porque ahora la mujer que él había querido durante meses le era arrebatada por el mismo Roderick Montfort, futuro conde de Albermale.

Su posición era tan fuerte que dudaba que iniciar un rumor funcionara, tenían amigos tan leales que seguramente lo retarían a duelo si acaso hablaba de ellos despectivamente.

Y esa era su misión, destruirlos.

Tendría que hacerlo de frente, pensó mientras miraba a la nada y el carruaje en el que iba avanzaba. Habían fracasado porque intentaron infiltrarse, atacar de soslayo, desde la oscuridad. Era momento de ir como un toro contra ellos, con todo lo que tenían; no importaba si para eso tenía que invertir todo su oro, echar mano de todas sus alianzas. Dentro había hombres suyos y de su madre, pero esas vidas poco le importaban, morirían junto a todos los de Albermale, ahogados en el fuego de su furia.

Roderick fue guiado por largos pasillos hasta un bonito salón. Allí estaban lady Gail con su fiel dama, lady Maud, y al verlo, ambas dama hicieron su saludo. Roderick correspondió sin dejar de mirar a Gail.

Hoy estaba hermosa, con su cabello rubio recogido en lo alto y dos mechones de cabello sobre su pecho. El vestido con un bello bordado intrincado decorado con pequeñas piedras llamativas guiaba su mirada hacia su figura, terriblemente hermosa.

Lo que más le atormentaba era que él sabía perfectamente cómo era esa figura debajo del vestido, y siempre que la veía tenía que disimular fuertemente su anhelo.

—Hermosa como siempre, mi lady.

—Galante como siempre, mi lord —él sonrió.

—He encontrado a un pretendiente vuestro en la puerta. Lord Lathom.

—Algunos caballeros no reconocen la negativa de una dama ni, aunque esta le congele la nariz. Nunca le reconocí como pretendiente. Pero tomad asiento, mi lord. Queréis un poco de té.

Os quiero a vos, quiso decir, pero se mordió la lengua y asintió. Lady Maud se puso en la tarea de preparar y servir el té, pero Roderick, en vez de tomar asiento, extendió una mano enguantada hacia Gail, y ésta la tomó. La guio hasta una de las ventanas y allí, a la pálida luz del cielo invernal, decidió disfrutar de su belleza.

—¿Tendré que enfrentarme a más pretendientes de ahora en adelante?

—Os aseguro que no —dijo ella, pero luego dudó—. Que yo sepa —eso hizo reír a Roderick.

—Es decir, que todavía podríais tener enamorados contumaces esperando a vuestra puerta.

—No puedo controlar lo que hacen los insensatos. Pero vos, mi señor caballero, tampoco venís a mí sin pasado. Me he divertido bastante con los chismes y habladurías que suscitó el rápido escape de vuestra última prometida.

—Oh, contadme. Tal vez también yo me ría.

—Algunos decían que debisteis darle, en vez de soldados y riqueza, un mapa, para que no se perdiera en el camino a vuestra casa.

—Error que no volveré a cometer.

—Otros opinaron que fuisteis demasiado guapo para una dama que prefería a los caballeros recios. Os trataron de delicado, mi lord.

—Hay partes delicadas en mí —admitió él, pero ella no entendió la broma, y la pasó por alto.

—No lo sé, lord. La gente os ve como "el conde de las prometidas fugitivas", aunque aún no sois conde. Y otros dicen que la dama tuvo miedo de tener que parir demasiados niños, ya que los Montfort sois muy… fértiles —Roderick la miró fijamente por un momento, y pensando que con esta broma se había pasado de la raya, Gail empezó a disculparse, pero Roderick soltó la carcajada, y el pecho de Gail se alivió bastante.

Y ya que él aceptaba las bromas, su mente empezó a maquinar otras más. Lo guio a los asientos de la sala, y Roderick la siguió encantado. Gail le

pidió a Maud papel y pluma y se los ofreció a Roderick. Éste la miró dubitativo.

—Tenemos que hacer una lista. La llamaré, "El manual de supervivencia conyugal". Si acaso es algo en vos que hace que las prometidas huyan, necesitáis un apoyo, ¿no es así? —Roderick volvió a reír. Ella no tenía idea de cuánto había extrañado él estas conversaciones.

—Ciertamente —dijo, y tomó la pluma para escribir en el encabezado "Manual de supervivencia conyugal". —El primer elemento en este manual debe ser un anillo.

—¿Un anillo?

—Sí. Un anillo especial, por si acaso—. Y acto seguido, Roderick se metió la mano en el abrigo y sacó de uno de los bolsillos interiores una pequeña caja y la abrió ante ella. Había un anillo precioso, con una piedra azul brillante muy grande, y que parecía nuevo—. Tiene magia rastreadora de prometidas fugitivas, porque vos, mi lady, no te me escaparás—. Gail miró la joya bastante sorprendida, y luego a él. Los ojos de Roderick eran tan azules como esa piedra, y el corazón le latió emocionado.

Se echó a reír, pero igualmente extendió la mano y se dejó poner el anillo.

—¿Significa que no podré ir muy lejos?

—No sin mí.

—Ya empiezo a ser vuestra esclava.

—Una esclava muy bien atendida, mi lady. En todos los aspectos—. Él la miró de una manera en que le hizo sonrojarse. Se sentía tan bien. Su día había mejorado considerablemente, sin importar que afuera empezara a azotar una ventisca, sólo porque él estaba aquí.

Tragó saliva y siguió con su lista. Se estaba divirtiendo de lo lindo.

Como era de esperarse, Roderick se quedó hasta la cena, y Doug, su caballero, fue invitado a la mesa. Éste había trabajado en pulir sus modales desde aquella vez que su señor lo retó a ser mejor, y aunque estuvo un poco nervioso, se alegró de participar.

Isobel, al ver el anillo en el dedo de Gail, hizo una exclamación. Eran mujeres ricas, debían tener muchas joyas en su haber, y, aun así, se

emocionaban por un simple anillo, pensó Roderick. Pero la emoción se debía más a lo que significaba.

—Con ese anillo, querida Gail —dijo lord Ethan sonriente— habéis aceptado la mano del lord, ¿no es así?

—Oh, no lo sé. Todavía debo darle un regalo para sellar el compromiso —dijo Gail. Roderick la miró interrogante.

—No necesito un regalo, mi lady.

—Sí lo necesitáis —dijo con picardía, y conociendo esa mirada, Roderick prefirió guardar silencio.

—Deberíais partir a Albermale en cuanto inicie la primavera —comentó lord Ethan mirando a su hija—. He oído lo hermoso que es el territorio.

—Si os casáis en verano —dijo luego lady Isobel—, podréis invitar a muchísima gente.

—En un año podría estar viendo a mi primer nieto —sonrió lord Ethan. Gail, terriblemente sonrojada, bebió de su vino.

Por una vez, no le reclamó a su padre las cuentas alegres que hacía, ni lo presionada que se sentía para que acelerara las cosas. No, esta vez, ella quería ver todo eso.

Miró a lord Roderick y encontró que él la miraba a ella.

Casarse en verano, tener sus primeros hijos a la vuelta de un año. Sí. Sonaba increíble el pasar el resto de la vida al lado de este hombre que le encantaba, la acompañaba en su risa, y la escuchaba con tanta atención como si cada palabra suya valiera una moneda de oro.

—¿Estaréis aquí hasta la primavera, mi lord? ¿Estaréis aquí para cuando parta? —preguntó ella, y Roderick volvió a sonreír. Con esa pregunta, ella prácticamente estaba aceptando el itinerario.

—Mi lady, por mis antecedentes, esta vez prefiero acompañar a la prometida durante todo el viaje—. La carcajada de Gail fue estrepitosa, y le costó recuperar la compostura. Sus padres la miraron sorprendidos, y hasta un poco avergonzados, pero al ver que el lord disfrutaba de su risa, se relajaron un poco.

Doug estaba impresionado. Nunca vio a su señor así. Pero evidentemente, el lord era feliz.

Casi a diario, Roderick visitaba a Gail en su casa, o le hacía invitaciones. En lo más crudo del invierno, esas invitaciones se limitaron a tomar el té o jugar alguna partida de ajedrez mientras conversaban animados. Pero en esas raras ocasiones en que el sol brillaba por encima de la nieve, aprovechaban para salir y dar cortos paseos por el yermo jardín.

Ambos disfrutaban muchísimo esas salidas, y poco a poco, ella lo fue conociendo mejor.

De alguna manera, lord Roderick no pretendía mostrar sólo su mejor lado, como si tuviese la seguridad de que, aunque mostrara sus bordes menos amables, ella no lo rechazaría, y sí que tenía razón.

A veces era desconfiado y un poco autoritario. Siempre quería saber el origen de cada cosa, y a menos que ella misma le sirviera la taza de té, siempre preguntaba de dónde había salido, como si temiera ser envenenado.

Tal vez ya lo había sido. Era una táctica común para deshacerse de los enemigos, pensó.

Una tarde, en una sala de la mansión Leinster, por fin Gail le dio el regalo que le había prometido cuando él le dio el anillo. Era un broche con una piedra de rubí engarzada, un objeto hermoso y valioso, y cuando Roderick lo vio, sonrió.

—Me gusta —dijo.

—Es un escudo anti-fugas —él la miró interrogante—. Para que nunca más una novia vuelva a huir de vos —él se echó a reír, y cuando se calmó, se quitó el broche que llevaba y le pidió a ella que le pusiera el nuevo.

Gail se sonrojó terriblemente. Nunca había estado tan cerca de otro hombre que no fuera su padre, así que, bajo la atenta mirada de Maud, se acercó a Roderick con el broche en las manos y puso el broche en el cuello de su camisa.

De alguna manera, el aroma de ella invadió sus sentidos, y los ojos de Gail subieron a los de Roderick, y se quedaron allí enclavados. Como si se mandaran solas, las manos se sujetaron a las solapas de su traje, y los ojos bajaron poco a poco, fijándose en la hermosa nariz, bajando hasta los masculinos labios.

Roderick estaba embelesado por ella, deseándola con toda su alma, y llevaba conteniéndose tanto tiempo que sabía que sería cuestión de tiempo caer en su hechizo, así que se inclinó poco a poco…

El carraspeo de Maud los trajo de vuelta a la tierra, y Gail se sonrojó terriblemente. Miró a todos lados tratando de encontrar algo coherente para decir, y también Roderick pareció como si saliera de un trance.

—Tomemos un poco de té —dijo Maud salvando el momento.

Ya en la noche, vestida con su camisón para dormir, Gail miraba con la mente perdida la luz de una vela. Al verla así, Maud sonrió.

—No sé qué me pasa, Maud —dijo Gail con voz queda—. Siempre que estoy cerca de él… pierdo el control sobre mis acciones.

—Es que estáis enamorada, mi lady —Gail tragó saliva sin atreverse a refutar esas palabras.

—Pero… ¿Por qué le amo?

—¿Por qué?

—Sí. Debe haber una razón. Siempre pensé que cuando me enamorara, podría hacer la lista de atributos de tal hombre. Con lord Roderick yo…

—Lord Roderick tiene muchos atributos favorables.

—Oh, sí, lo sé, lo sé. Pero si me preguntáis, yo… —Se puso en pie y miró a través del cristal de su ventana hacia la nieve exterior—. Me comporto muy extraña con él. No me cabe duda de que será un gran marido; sé también que será un buen padre para nuestros hijos… Pero mi amor es más egoísta aún. Quiero todo de él. Y quiero darle todo de mí… —Lady Maud sonrió de nuevo y preparó se encogió de hombros escuchándola.

—Cuando estéis casada con él, podréis explorar mejor esos sentimientos egoístas. Por ahora, jovencita, concentraos en poner pronto una fecha para vuestro casamiento.

—En primavera.

—La primavera en Albermale debe ser hermosa. Estuve haciendo preguntas, y aman las flores en ese lugar—. Gail la miró sorprendida—. Porque os iréis con él en cuanto inicie el deshielo, ¿no es así?

Irse a Albermale… Era un viaje largo, y las condiciones del camino seguro no eran las mejores. Pero sí, quería ir con él, a su casa, la que sería luego su hogar.

—¿No os parece que este invierno ha sido ya demasiado largo? —Maud rio.

—Sí. También me lo parece.

Al día siguiente, Roderick recibió un mensaje de Gail, y de inmediato fue a verla. Ella estaba en el despacho de su padre, sentada con todo recato, y apenas se atrevió a mirarlo. Isobel estaba de pie tras su hija, y miraba a su futuro yerno con una sonrisa.

—Bienvenido a nuestra familia, lord —dijo Ethan Leinster—. Es momento de hablar de todo lo correspondiente a los esponsales—. Roderick dirigió su mirada a Gail, pero esta guardaba silencio—. Mi hija ha decidido que seréis vuestro marido. Desde ahora, estáis prometidos.

Sin pensarlo, Roderick hincó una rodilla para ponerse a la altura de Gail, que permanecía en su asiento, y tomó su mano para llevarla a sus labios. Gail no llevaba guantes, por lo que el contacto de sus labios sobre la piel del dorso de su mano llevó a todo su cuerpo oleadas de una extraña energía.

—Dedicaré toda mi vida a haceros feliz —dijo él mirándola fijamente—. Protegeré vuestra vida y vuestro bienestar con todas mis fuerzas… Desde ahora, mi espada, mi brazo y mi alma están a vuestros pies—. Ella sonrió conmovida. Nunca un juramento le pareció tan profundo, y lo impresionante era que ella, quien por mucho tiempo temió haber caído en el cinismo, le creía.

—Estoy segura de que así será, lord Roderick.

Roderick la miró fijamente, casi como si pudiera ver a través de ella.

Esta vez sí la protegería. Estaba mejor preparado contra los enemigos, la tragedia no se repetiría.

No volvería a perderla, menos de esa manera. La primera vez que murió, el dolor, pero, sobre todo, la vergüenza, jamás le habrían dejado irse al cielo. Tal vez por eso había ocurrido este enorme milagro, y la tenía de vuelta para, esta vez, hacer las cosas bien.

“Os protegeré con mi vida”, dijo para sí, como si ella pudiera leer su mente. “Esta vez, sobreviviremos”.

25

Elric, John y Doug vieron la caravana que pertenecía a la novia y se asombraron un poco. Para la novia, sus damas y doncellas iban dos carruajes, y para sus objetos personales otros dos. A eso había que sumarle los carruajes propios de Albermale, y sus objetos.

Daba la impresión de que la novia esperaba llegar a un lugar inhóspito, y, por lo tanto, tuviera que llevar todo lo necesario, pero no dijeron nada al respecto, ni siquiera se les ocurrió. La cara de felicidad de su señor no tenía precio. A él parecía importarle muy poco que el viaje se retrasara un poco por la cantidad de objetos que cargaban.

Cada vez que él la veía, o la escuchaba, la expresión le cambiaba totalmente, era el mismo Roderick que antes esperaba con ilusión el día que se casara con Emma Fitzalan de Dunster. Después de que la conoció, Roderick había cambiado volviéndose alguien que parecía haber perdido algo muy valioso, y hoy, con Lady Gail, al parecer, lo había recuperado.

La felicidad de la lady de un castillo repercute directamente en la felicidad de todos los demás, así que ellos también hacían todo lo posible por tenerla contenta. Afortunadamente, a pesar de ser rica, y saber que se convertiría en la futura condesa, lady Gail no tenía demasiadas exigencias. Todos se sorprendieron cuando, por las noches, pedía un cubo de agua para ella y sus damas.

—Es limpia —decían las doncellas de Albermale que habían acompañado a Roderick en su viaje a Londres y que ahora regresaban junto a él—. Se baña.

Y esto era extraño. Nunca habían conocido a nadie que tuviera tales costumbres fuera de Albermale. Por el contrario, siempre renegaban de tener que adoptar el baño frecuente.

Otra cosa que notaron de la lady es que le gustaba reír. Con lord Roderick, sobre todo. Se sentaban juntos por la noche para cenar cerca del fuego, y allí pasaban largo rato conversando. Era agradable verlos, porque el uno se embelesaba en el otro como si no hubiese nada más alrededor.

—¿Por qué vuestro padre os prometió que elegiríais vos misma a vuestro marido? —le preguntó Roderick a Gail una de esas noches.

Gail no contestó de inmediato, sólo apretó los labios, se abrazó las rodillas, y miró al fuego.

—Es extraño, ¿verdad?

—Sí, un poco. Nunca había oído de nadie que confiara tanto en el criterio de su hija para permitirle tal libertad.

Estaban sentados en una manta, en el suelo. El cielo era despejado y se podía ver claramente el cúmulo de estrellas. Hacía un poco de frío, sin embargo; por eso él había puesto su abrigo sobre su delgada espalda.

De todos modos, era el calor que emanaba de su cuerpo lo que la mantenía abrigada, y sólo estaba a su lado.

Gail sonrió.

—Es una historia extraña.

—Mi lady, quiero escuchar todas vuestras extrañas historias —ella rio encantada.

—Os aburriré.

—Esta vez, quiero saber todo de vos, desde vuestro nacimiento, hasta el día en que os vi en ese jardín —Gail lo miró extrañada.

—"¿Esta vez?"

—Oh, bueno… Sí…

—No me fugaré, mi lord —volvió a reír ella—. Estoy muy feliz con vos—. Él mordió una sonrisa. Gail había pensado que se refería a lo sucedido con lady Dunster, pero era mejor eso a que sospechara de la verdad.

Al menos, por ahora.

—Si queréis escuchar todas mis historias, ateneos. No son pocas.

—Estoy ansioso —ella sonrió arrugando la nariz.

—Cuando tenía cinco —empezó—, dicen mis padres que, una noche, simplemente, desperté llorando. Lloraba y lloraba de manera estridente, como si me hubiesen arrancado algo de dentro y además de horrorizada… estuviera muy triste. Las doncellas se espantaron y tuvieron que correr a la habitación de los condes muy preocupadas, porque nada me calmaba, y fueron a verme en mi habitación. Al ver a mi padre y a mi madre, dicen ellos que corrí y los abracé y no paré de llorar en largo rato. Es extraño,

porque no lo recuerdo para nada—. Roderick elevó una ceja analizando aquello. Cuando él regresó, tenía once, por lo tanto, ella, cinco.

Coincidencias…

—Y al día siguiente, según ellos, estaba triste, taciturna, y no me desprendía de mi madre, no dejaba que nadie se me acercara… Sólo aceptaba la comida de mano de mi madre, preguntaba por personas que nadie conocía… Dicen que estuve todo el día así, hasta que esa misma tarde me acerqué a mi padre y le pedí que nunca arreglara mi matrimonio. Que yo sabía que tendría que casarme algún día y que debía darle honor a mi familia con esa unión, pero que dejara que yo misma lo eligiera. Papá dice que fue espantoso —añadió con una media sonrisa—. Una niña de cinco años haciendo tal petición. Que intentó negarse, pero entonces lo amenacé.

—¿Con qué?

—Con nunca casarme. Con nunca aceptar el matrimonio así me obligaran o amenazaran con la muerte.

—¿Eso tampoco lo recordáis?

—No —respondió ella con una sonrisa—. Tampoco lo recuerdo, pero padre dice que hablé como una adulta, y por eso tomó en serio mis palabras. Cuando él hizo la promesa, con mi madre como testigo, dicen que me desmayé allí mismo y caí enferma con fiebres por unos días. Cuando desperté, no recordaba nada de lo sucedido; aun así, mi padre mantuvo su promesa.

Roderick tenía un nudo en la garganta. Esa promesa los había salvado, pensó. Era inusual que una mujer joven, hermosa y rica como Gail permaneciera soltera a sus dieciséis, casi diecisiete años. Se estaba pasando la edad en la que las mujeres usualmente ya estaban casadas.

Seguro tuvo que enfrentar la burla y el menosprecio por ser una solterona cuando alrededor todas sus contemporáneas seguro ya hasta tenían hijos. Eso, sumado a la propuesta de interesados y desesperados que creían que ella aceptaría fácilmente sólo por la presión.

Se pasó la mano por los cabellos pensando en lo extraño que era esa petición en una niña de cinco años, pues Gail no tenía sangre de Albermale como para suponer que ella, al menos por un momento, había recordado el pasado, y que lo había hecho para garantizar estar soltera para cuando él al

fin la encontrara, pues era consciente de que se le haría difícil por haber suplantado a Emma Fitzalan en el pasado.

Pero tal vez sí. Sólo por un momento.

Ella no recordaba el pasado, pero sus decisiones a los cinco años hacían suponer que, por un momento, fue así.

¿Cómo funcionaba esa magia, si ella todavía tenía la sensación de que lo había visto antes?

La miró fijamente por un rato, y ella, al sentir su mirada, no se comportó tímida, sino que se la sostuvo.

—Gracias por haber hecho esa petición —dijo él. Gail sacudió su cabeza.

—No sé por qué lo hice, pero es evidente que el beneficiado habéis sido vos —. Roderick rio.

—Sí, evidentemente. Elegí mal a mi primera prometida, y merecía haber deambulado por todo el reino buscando a mi futura condesa. Pero en el momento preciso… os encontré, sin compromisos ni obligaciones…

—¿Vos… elegisteis a lady Dunster?

—Sí. Burlaos de mí.

—Oh, ya lo hice bastante. Pero pensé que habían sido vuestros padres.

—Ellos jamás habrían elegido a la hija de ese barón. No había relaciones de ningún tipo entre los dos. Habrían buscado entre las hijas de Portland, Ross, o Argyll…

—Tampoco habrían elegido a una Leinster.

—Seguramente. Por eso, ahora estoy feliz de que todo haya tomado el camino que nos trajo aquí. Puedo prometeros, mi lady, que nada me separará de vos de ahora en adelante. —Gail sonrió mirándolo, y suspiró. Él no sólo era hermoso, bueno, atento. Al parecer, la amaba.

Y lo podía sentir en sus huesos, su sangre misma. Este hombre la amaba.

Y todavía no le había dado los suficientes motivos para ser amada.

—Yo tampoco me separaré de vos.

—Espero que lo digáis con convicción. Se dicen muchas cosas de Albermale.

—¿Como qué?

—Como que somos fértiles. Pariréis muchos hijos —Gail se echó a reír.

—No es algo que me asuste—. Los ojos de él brillaron—. Y creo que es el momento de agradecer de mi parte… lo que hicisteis por mi madre. La salvasteis. Sólo era una niña, pero sé que estuvo en peligro de muerte cuando dio a luz a mi hermano. Creo que no es que seáis fértiles, sino que habéis hallado la manera de hacer que vuestros niños y madres sobrevivan. —Roderick asintió.

—Lo hice… sin saber que era vuestra madre —dijo, y guardó silencio. Estaba revelando demasiado.

—Es claro que no lo sabíais. Nunca me habíais visto —rio Gail, y Roderick asintió.

—Me alegra ver, además, que las damas de Leinster tienen costumbres parecidas a las de Albermale —dijo Roderick cuando un caballero llevaba un cubo de agua hacia una de las tiendas. Gail hizo una mueca.

—Eso nos ha traído alguna que otra burla, también.

—¿Siempre ha sido así?

—Oh, no… —Gail se sonrojó—. Fui yo quien insistió. Madre terminó resignándose al ver que enfermaba menos que los demás, y poco a poco empezó a hacer lo mismo al ver lo mucho que yo lo disfrutaba.

—¿Vos, por vuestra cuenta? Sois imponente, lady Gail.

—Sí, de vez en cuando me impongo —rio ella—. ¿Os molesta eso?

—Una condesa no puede bajar la vara.

—Eso digo yo—. Él volvió a reír, y habrían seguido hablando hasta el amanecer de no ser porque lady Maud se acercó a ellos para avisarle a Gail que era tarde y debían descansar. Gail miró a Roderick con resignación y se puso en pie. Al día siguiente se verían con toda seguridad, pero se miraron como si esto no fuera posible sino dentro de diez años.

Tal como predijeron los caballeros, el viaje se alargó debido a la cantidad de carruajes. Pero a pesar de los contratiempos, de las lluvias que enlodaban el camino, de las ruedas que hubo que reparar y remplazar, el ánimo de los novios nunca decayó.

Por fin, luego de semanas y semanas, Gail avistó el castillo desde su carruaje. Ya Roderick le dijo que en el siguiente recodo lo vería por fin, y estuvo atenta.

Era enorme, imponente, pero lo que más le asombró fue la vegetación alrededor.

Cuando hubieron avanzado un largo trecho, el camino por fin se allanó y atravesaron una pequeña y ajetreada aldea. Las calles estaban limpias, los habitantes salieron a saludarlos, había niños, muchos niños, corriendo y riendo, y extrañamente, no olía a excremento.

Pasaron la aldea y luego vieron un hermoso camino flanqueado por robles jóvenes. No estaban aquí por casualidad, habían sido plantados de manera equidistante para ornar el camino. El corazón de Gail se aceleró al imaginar la temporada de flores en este camino, y la imagen de un sueño volvió a ella.

—Sus flores serán amarillas —dijo Gail como para sí, y Maud se asomó para reparar en los árboles.

No tuvo modo de saber si un roble florecería de un color u otro, pero no dijo nada.

Gail frunció el ceño asustada. ¿Cómo lo sabía?

—¡Mirad! —dijo lady Maud señalando a la derecha. Era un lago. Algunos patos nadaban muy tranquilos mientras el cielo se reflejaba en sus quietas aguas—. Esto es precioso.

—Con razón he oído decir que las tierras de Albermale son fértiles… —dijo lady Lindsay, la otra dama que la acompañaba—. Están regadas muy bien.

—¿Este lago… será natural? —las damas siguieron hablando entre ellas del paisaje, y Gail seguía sintiéndose nerviosa.

Cada plano que descubría de este hermoso paisaje le parecía familiar. De alguna manera, sabía que, hacia la izquierda, mucho más allá, había acantilados peligrosos, y que hacia la derecha, había montañas. Sabía que hacia el norte nacía un río de aguas muy limpias y que de ahí se abastecía el catillo, y que tal río era sagrado, que había castigos muy fuertes para quien osara revolver o contaminar sus aguas.

¿Por qué? ¿Por qué sabía cosas que sólo podía conocer alguien que viviera aquí? ¿Por qué ella no sólo lo imaginaba o intuía, sino que estaba segura?

Elevó la mirada y vio a Roderick en su caballo. Él la estaba observando atentamente.

—¿Qué os parece hasta ahora, mi lady?

—Los robles… son preciosos. Gracias—. Él frunció el ceño—. Quiero decir…

—Tenéis razón —sonrió él interrumpiéndola—. Los planté para vos. Me alegra que os gusten—. Gail abrió la boca sorprendida—. Todavía les quedan unos años para que florezcan por primera vez, pero os gustará. Son de flores amarillas—. Gail empuñó la mano.

—Da la impresión, mi lord, de que me habíais estado esperando todo este tiempo.

—Así es, mi lady —dijo él sin vacilar, lo que sorprendió a las damas en el carruaje, pues el comentario de Gail pudo haber sido interpretado como pretencioso—. A vos, y a nadie más—. Sin añadir otra palabra, Roderick apuró su caballo y se adelantó, dejando tres damas sorprendidas y encantadas.

Llegaron por fin y los condes salieron a recibir a su futura nuera. Gail sonrió e hizo una reverencia ante lord Simon y lady Rose, condes de Albermale, y ellos la miraron con alegría. Lady Rose tenía un avanzado embarazo, pero eso no la sorprendió; ya Roderick le había contado que su madre esperaba a su quinto hijo. También vio a un pequeño muy parecido a Roderick, de algunos tres años, lord Teon.

—Tanto tiempo deseando conoceros, lady Gail —dijo el conde tomando la mano de la joven—. Mi hijo ha hablado tanto de vos que ya me tiene sordo —. Gail lo miró sorprendida por un momento, hasta que comprendió que aquello era una broma, y que toda la seriedad de su rostro no era más que actuación.

—Querido, si lo decís con esa cara, lady Gail pensará que habláis en serio —dijo lady Rose, pero ya Gail estaba sonriendo—. Pero es verdad que nos alegra conoceros al fin. Nuestro hijo no se equivocó, sois hermosa.

—Gracias, mi lady. Trataré con todas mis fuerzas estar a la altura de los elogios para que no os decepcionéis de mí.

—Eso no pasará. Seguid adelante, seguro que estáis cansada por el largo viaje.

Gail fue conducida al fin al interior y siguieron las presentaciones. Gail presentó a sus damas, doncellas y caballeros, especificando el rango de cada

uno, y lady Rose presentó a las suyas. Al ver a Sibyl, el corazón de Gail volvió a encogerse.

Lady Rose le habló de cosas triviales, le ofreció té y se sentaron en el gran salón. Mientras, las doncellas y lacayos de Albermale acarreaban las pertenencias de la novia, bajo la supervisión de Maud, para preparar la habitación que les correspondía. Habían dispuesto todo un ala del castillo para ella.

—¿Qué os ha parecido Albermale hasta ahora? —le preguntó Maud a Gail mientras ésta se daba un baño. Relajada en la enorme bañera, con el agua tibia hasta el cuello, y el cabello húmedo recogido en la coronilla, Gail seguía dándole vueltas a todo. Casi no había necesitado que la guiaran hasta aquí, había reconocido todo el camino. Las caras de las doncellas que hasta ahora le habían presentado le parecían conocidas, todo le era familiar.

—Tengo la sensación de que ya estuve aquí. Pero tal cosa no es posible.

—Dicen que cuando al fin nos encontramos con la persona que está destinada para nosotros, todo nos es familiar.

—¿Tanto así?

—Es sólo que habéis abierto vuestro corazón y estáis dispuesta a aceptar y asimilar cada cosa que os ofrecen.

—Seguramente, —murmuró Gail—. Pero no me sucede lo mismo con lord y lady Albermale. A ellos, estoy segura, es la primera vez que los veo—. Gail salió de la bañera y permitió que la envolvieran en un paño de lino. Todos los lujos de Albermale no le eran extraños ni ajenos, pues venía de una familia igualmente rica. Eran otras cosas las que la sorprendían.

Respiró hondo y permitió que le secaran el cabello. Debía prepararse para la cena, pues festejarían su llegada.

Miró por la ventana y sonrió.

Había escuchado historias de novias que llegaban muy nerviosas a las casas de sus prometidos. Ahora, tendría que aprender todo lo concerniente al manejo del castillo, congraciarse con los que lo administraban, ganarse su favor y respeto, pero nada de eso la asustaba. Por el contrario, estaba ansiosa por empezar.

—Estoy feliz por vos, mi lady —dijo Maud pasando el cepillo por su cabello, que era un regalo de su prometido, al igual que el espejo de plata, y muchos otros accesorios que encontraron en la habitación—. Reconozco que cuando supe que vos misma elegiríais a vuestro marido estuve preocupada, pero habéis elegido con tino. Lord Roderick no sólo es un excelente partido; es evidente que os ama.

—Sí —dijo Gail—. No será difícil que también empiece a amarle—. Maud sonrió feliz, y siguió cepillando el cabello de su señora.

A la cena de bienvenida se unieron todas las damas del castillo y caballeros con rangos más altos. Ya Gail no se preocupó por las caras que seguían pareciéndole conocidas, y se concentró en su prometido y lo apuesto que estaba esta noche.

Al día siguiente, temprano en la mañana, fue acompañada por Roderick a las caballerizas, y le presentó una preciosa yegua de pelaje color arena llamada Shy. Gail la amó en el instante, y pidió montarla.

—¿Cómo habéis sabido que me encanta cabalgar? —Roderick se encogió de hombros.

—Cuando os conocí, veníais de un largo paseo a caballo —contestó—. No fue difícil adivinarlo —Gail se echó a reír.

—¿Cuántos regalos más me daréis? —preguntó ella—. Desde que pisé este lugar, no hacéis sino darme y darme cosas.

—Oh, creo que por ahora no pararé—. Ella sólo sonrió mirándolo—. Mi hermana está ansiosa por conoceros —dijo él. Estará aquí para nuestra boda, lo prometió. También su marido, lord Alfred, barón de Wilton. Ellos… ya tuvieron su primer hijo, así que conoceréis más niños.

—Tenéis una familia grande, mi lord—. Roderick sonrió, y a Gail le pareció que no era una sonrisa normal, no sólo mostraba orgullo y alegría, tenía un dejo de melancolía.

—Sí, mi lady. Y estoy feliz de tenerla. Nunca más estaré solo… eso… no se lo deseo a nadie.

—¿Habéis estado solo alguna vez, mi lord? —preguntó ella con curiosidad.

—Hubo un tiempo, mi lady, que no quisiera recordar… pero que hizo de mí lo que soy ahora. Si acaso a veces os parezco severo, cruel y desconfiado…

creed en que es por el afán de preservar el bienestar de Albermale.

—Nunca he dudado de vuestros principios, mi lord —dijo Gail acariciando el suave pelaje de Shy—. Estoy aquí para ayudaros con ese propósito. Esta es ahora también mi casa—. Roderick sonrió acercándose más a ella.

—Parecéis muy contenta de dejar el nombre de Leinster para adoptar Albermale.

—Sólo porque no tengo alternativa —Roderick se echó a reír—. ¿Qué significa Albermale? —Aquella pregunta tomó por sorpresa a Roderick, que torció un poco el gesto.

—Bueno, hay varias hipótesis, pero no son nada humildes—. Ella elevó las cejas, y Roderick sonrió—. Albermale podría significar "noble linaje" —dijo—, "nobleza ancestral", "familia antigua…" Hemos encontrado que nuestros antepasados ya andaban por aquí desde antes de Guillermo el conquistador. Convenientemente, siempre atinaron a apoyar al rey ganador —. Gail se echó a reír.

—Muy conveniente.

—También somos buenos en elegir esposas… o maridos, como en el caso de mi bisabuela Sarah. Tenemos buen ojo.

—Tomaré eso como un halago—. Roderick volvió a reír, deseando poder acercarse y abrazarla, besarla…

Pero debía esperar. Todavía no estaban casados, pero por Dios, se moría por volver a tocarla.

—Si vuestra hermana viene pronto, es que ya tenéis contemplada una fecha para la boda, ¿no es así?

—Os corresponde a vos, mi lady, elegir la fecha.

—Tengo que darles tiempo a mis padres para que vengan también. Debe ser antes del verano. Hablaré de esto con vuestra madre.

—Claro.

—El segundo en saberlo seréis vos —él se echó a reír.

—Me casaré este año, es todo lo que necesito saber.

—¿Tenéis mucho afán, mi lord?

—No os imagináis—. Ella se echó a reír y volvió a mirar a Shy.

A lo lejos, sir Homer los observaba.

Un miembro más para esta familia, y luego, una generación completa.

Cada día estaba más convencido de que su empresa aquí había fracasado, y desde que lord Lathom no contestaba sus cartas, más.

No tenía hombres, ni armas, ni medios para atacar todo el castillo y destruirlo desde adentro tal como se le había ordenado. Y ahora venía la futura esposa del futuro conde, que podría casarse y embarazarse en cualquier momento y aumentar el número de herederos aún más.

La dinastía de Albermale insistía en prevalecer.

Se giró molesto, apartando de su vista la enamorada pareja, y tropezó con otro caballero, que sigilosamente dejó en su mano un trozo de papel con un mensaje.

“Asedio a Albermale”.

Sonrió. Pero no por satisfacción.

La primavera y el verano eran los meses ideales para asediar castillos, así que ya quedaba poco tiempo para prepararse. Aunque nadie aquí imaginara que tenía un asedio a la vuelta del camino, no había otro castillo más preparado contra ellos que el de Albermale, así que si le estaban avisando era para que, desde adentro, ayudara a debilitar tales defensas.

Lo que significaba su sentencia de muerte. Cuando los hombres de Albermale lo descubrieran, porque eso era seguro, lo matarían, y nadie desde afuera lo salvaría.

Toda su vida aquí… para morir con las manos vacías. Si tan sólo hubiese podido descubrir los secretos de Albermale, la razón de sus victorias, de su riqueza, que tenía que ser algo más que simple suerte. Tal vez tenían conocimientos secretos, tal vez alguien con visión espiritual les avisaba, y tal vez ese alguien era el mismo Roderick, que desde que se liberó de su veneno a los once dejó de ser un niño común y corriente, como si hubiese trascendido en el conocimiento humano.

Tal vez tenían un libro sagrado con hechizos que mostraban el futuro, o un espejo que revelaba más que un reflejo, pero entonces estaba en las profundidades del castillo, resguardado como ningún otro tesoro.

Pero no había descubierto nada, sólo intuía, y eso no servía de mucho a estas alturas.

26

Junto a lady Rose, Gail concertó la fecha de la boda y formó la lista de invitados. Ambas se impresionaron al ver la cantidad de personas a las que no podían ignorar, y que era casi obligatorio extenderles la invitación. Los Albermale eran prolíferos y tenían tíos de primera y segunda generación, primos lejanos, y a eso había que sumarle los amigos, los aliados, etcétera.

La preparación no iba a ser sencilla, calculó Gail mordiéndose un labio, pero se alegraba de contar con todo el apoyo de lady Rose y sus doncellas.

Sólo hacer la lista de invitados las dejó exhausta, luego se ocuparon de hacerlas y enviarlas, programar el menú del banquete, los fuegos artificiales, la música y los actos de entretenimiento. Serían tres días de fiesta, y mañana, tarde y noche los invitados debían tener algún tipo de entretención o actividad.

Ya que el rey asistiría, sería ineludible una justa, bailes, pantomimas, cánticos y poesía.

—En cuanto se extienda la noticia —aseguró Rose— los bardos empezarán a llegar solos para que les elijamos. Las compañías de actores también buscarán su participación.

Rose parecía poco preocupada por ese aspecto. Como conocía perfectamente su personal, le fue sencillo delegar tareas, y Gail se dio cuenta de que los corrales con animales domésticos de Albermale estaban todos contabilizados, y desde ya destinaron aves y demás para su boda.

Estaban a dos meses, y no había un día que perder.

Este castillo le gustaba, pensó Gail con una sonrisa. Le gustaba mucho.

Su padre, a pesar de ser el conde de Leinster, no tenía este tipo de riqueza. Su castillo era más pequeño que el de Albermale, y dado que él prefería pasar más tiempo en la ciudad, la casa en Londres era más cómoda. Leinster no era tan antiguo como Albermale. El anterior rey le había concedido el título de conde a su abuelo por un favor personal que le había hecho, pero Leinster en esa época devengaba una renta tan baja como la de un barón. Había sido la habilidad de su padre para los negocios lo que lo hizo rico, porque de la tierra jamás habría poder extraído tanto bien. Por eso había cosas en las que no estaba tan versada, como en la crianza de animales, la atención de la tierra y sus sembradíos, el estricto cuidado del agua.

El castillo, además de grande, era cómodo, cálido. Parecían ser piedras vivas que la abrazaban y recibían con cariño.

Eso parecía una locura, pero una noche subiendo unas escaleras se apoyó en la pared para no tropezar y esa piedra que tocó no estaba fría ni mucho menos húmeda, y sintió cariño por este lugar.

—Gail, veis cosas donde no las hay —se dijo entrando a una pequeña estancia, y se sorprendió al ver que una puerta, que daba a un pequeño balcón, estaba abierta, lo cual era extraño.

Avanzó con cautela, pero vio el balcón vacío. Se recostó a la balaustrada y aspiró el fresco aire de la noche. Desde aquí podía admirar el paisaje más allá de las murallas. Era un excelente punto de vigilancia.

—¿Disfrutáis la noche, mi lady? —dijo una voz grave tras ella, y Gail dio la vuelta sorprendida. El corazón le latió aún más fuerte al ver a su prometido en una esquina poco iluminada del balcón, y mirarla con ese fuego azul en los ojos. Sonrió.

—Oh… ¿Es un sitio al que no debería venir?

—No sola.

—Oh… no quise despertar a mi dama. Simplemente… me apeteció dar un paseo nocturno.

—Y terminasteis aquí —susurró él mirándola fijamente. Gail miró a otro lado, pero sus ojos rodaron solos de nuevo a él.

—Ya no estoy sola —dijo—. Vos me cuidaréis—. Él sonrió. Ella no sabía que era de él de quien debía cuidarse.

Ah, estaba tan hambriento, tan necesitado de ella. Ahora mismo le estaba costando mucho contenerse y no abalanzarse sobre ella como un animal.

Con movimientos rígidos, se acercó a la balaustrada del balcón y miró a un lado y a otro. El aire fresco pareció aclarar un poco su mente espesa.

Al sentir la mirada de Gail, se giró a mirarla.

—Es que sois muy atractivo —se explicó ella ante su mirada interrogante, con una sonrisa nada tímida, y el vacío en el alma de Roderick se acrecentó —. Seguro que os lo han dicho muchas veces —siguió ella—. Muchas damas debieron buscar vuestros favores.

—No.

—¿No?

—Ninguna dama buscó mis favores.

—Tal vez no os disteis cuenta.

—No me interesaban, de todos modos. Sólo vos… —Roderick se quedó en silencio. Apretó los labios y miró a otro lado.

No podía decirle que, todo este tiempo, aun cuando perdió la esperanza de encontrarla, pensó en ella y sólo ella. Ninguna mujer; no importaba qué tan atractiva, agradable fuera, él sólo la deseaba a ella.

Se pasó la mano por los cabellos, desordenándolos un poco, y se alejó del balcón internándose en el castillo. Gail se quedó allí, sola y en silencio, sorprendida por su actitud, y un poco triste también, pues él se había ido dejándola. Había deseado quedarse aquí y platicar largo rato, como solían hacerlo durante el viaje. Desde que habían llegado a Albermale, las ocupaciones de cada uno, y las normas de comportamiento los alejaban cada día más.

Miró la luna llena con una sonrisa. En la próxima luna llena, se estarían casando.

Ajustándose el chal en los hombros, dejó el balcón también, pero entonces, recostado en una pared, y mirándola con un hambre voraz, estaba Roderick, que en cuanto se acercó tan solo un poco la tomó en sus brazos, atrayéndola a su cuerpo, y la abrazó.

—¡Mi lord!

—Sólo un momento —susurró él con voz ronca—, que muero. Muero por vos, Gail.

Ella abrió grandes los ojos, pero no lo alejó. Sólo la estaba abrazando, y parecía que en verdad iba a morir. Su respiración estaba agitada, el corazón, podía sentir, le latía acelerado.

Y, descubrió, se estaba muy bien envuelta en esos férreos brazos.

Poco a poco fue relajando sus miembros y se permitió sentirlo, disfrutarlo. Su aroma, su toque, su calor. Cerró los ojos y disfrutó, y también lo rodeó con sus brazos.

Pero entonces sintió los labios de él en su cuello, y una extraña corriente de energía nació allí mismo regándose por todo su cuerpo.

Ah, sabía de esto, lo había oído hablar entre criadas, y su madre le advirtió al respecto. Los hombres son lujuriosos, presa de los deseos de la carne.

Una dama nunca debía quedarse sola con un hombre; una dama nunca debía alentar este tipo de comportamiento, al menos, no antes del matrimonio.

Pero se sintió tan bien, y parecía como si una gota de agua hubiese caído a una tierra tan árida y sedienta, que esa gota no fue suficiente, y empezó a desear más.

Se alejó de él para mirarlo a los ojos, y los de él estaban tan desnudos, que su corazón se movió otro poco más al de él.

—Voy a besaros —dijo él.

—Q… ¿Qué? Milord…

—Sólo un beso —dijo él—. Sólo un beso—. Ella no huyó, y eso que él le dio tiempo y espacio, pero Gail se quedó allí, quieta, esperando, deseando.

Los suaves labios de Roderick se acercaron a los de ella, y su toque fue tan sutil y cálido que Gail se sorprendió. Todo él era recio y duro, ágil, fuerte. No imaginó que un beso suyo pudiera ser tan delicado, tan gentil.

Sólo labios sobre labios, él totalmente quieto, como si estuviese siendo contenido con mil cadenas, cadenas a las que venía acostumbrado toda la vida.

Pero Gail nunca había tenido que contener este tipo de deseo, por lo que no estaba entrenada para eso, por eso, cuando él no hizo nada más, ni buscó otro beso, abrió los labios y cubrió con su boca la boca de él, provocándole un profundo gemido.

Cuando ella usó los dientes para atrapar suavemente su labio inferior, Roderick perdió la compostura, y tomándola de la cintura, la llevó a la mesa más próxima, la sentó en ella, se metió entre sus piernas y la besó profundamente. Metió su lengua y la paseó por el interior de su boca buscando la de ella, encontrándola, y enlazándose en una rabiosa pasión desatada.

Gail gimió, y la delgada voz que salió de su garganta la sorprendió sobremanera. Esta era ella, casi bajo el cuerpo de un hombre, haciendo algo escandaloso y prohibido… y feliz.

Se aferró a su ropa, atrayéndolo más, elevó la rodilla y le rodeó las caderas, buscándolo, y lo mordió, besó, y hasta jugueteó con su lengua.

Más, más. Quería mucho más. Un calor delicioso envolvió sus cuerpos, como un capullo impenetrable, donde lo que menos entraba era la cordura.

Gail echó atrás la cabeza dándole acceso a él para que le besara el cuello, las clavículas, el pecho…

Más, más…

Sintió la mano de él meterse debajo de su falda, y Gail apretó los dientes. De alguna manera, y aunque era consciente de que todo esto era pecaminoso, prohibido, e indigno de una dama, no le importaba. No le importaba nada. Era Roderick. Su Roderick.

—Rod… —él gimió.

—¿Cómo… me llamasteis? —los ojos de él eran fuego puro, llamas enloquecidas que amenazaban con devorarla. Y ella estaba fascinada.

—Rod —repitió ella—. Sois mi Rod.

—Aaah… —gimió él apoyando la frente en el pecho de Gail, y empezó a temblar. Gail le acarició los brazos y los hombros hasta llegar al rostro, obligándolo a mirarla de nuevo.

—Parece que os gusta —dijo con picardía.

—Mi lady… me volvéis loco. He perdido totalmente la voluntad ante vos… —Gail siguió sonriendo.

—Entonces, supongo que todo está bien —la mano de ella bajó, y empezó a tirar de la camisa de Roderick. Éste miró sus movimientos con miedo. Si seguía así, esto no terminaría bien…

La pequeña mano de ella llegó hasta su piel, y Roderick la tomó con fuerza, conteniéndose, conteniéndola. Él era el experimentado aquí, y si no tomaba el control, cometerían una locura.

Aunque se moría por cometerla, y, realmente, era su prometida. ¿Qué tanto era adelantar esto un mes?

Aflojó el agarre y la mano de ella volvió a bajar. Roderick estaba sudando, y cuando Gail lo tocó por encima de las calzas, se encogió con un gemido.

Pero entonces, Gail apartó la mano, y como saliendo de un trance, se enderezó volviendo a quedar sentada en la mesa.

—Yo… Yo… mi lord.

—No, no, no —rogó él volviendo a abrazarla—. Está bien. Soy vuestro. Podéis hacer conmigo lo que queráis. Soy todo vuestro, os lo juro.

La respiración de ella se tranquilizó, y pronto la escuchó reír.

—No sé… qué me ha pasado. Lo juro. He perdido la cordura por un momento.

—No sólo vos. Ah, Gail… treinta noches son demasiadas. ¿Cómo voy a resistir hasta entonces? —Ella volvió a mirarlo a los ojos, y elevó la mano para acariciar la áspera mejilla. Roderick movió la cara para besarle la palma, y atrapó la pequeña mano con la suya, dejando más y más besos en ella.

Gail admiró el bello rostro masculino, de pestañas largas y cejas oscuras. Nariz recta y bonita, y esos labios que hacían promesas sin hablar.

—Siempre tengo esa extraña sensación… de que nada de lo que he hecho con vos es por primera vez. De alguna manera, mi lord, sé… que estoy a salvo en vuestros brazos, y al mismo tiempo, no —ella sonrió de esa manera que a él le encantaba, de medio lado, llena de picardía—. Al mismo tiempo… me siento como una pequeña presa frente a un lobo voraz.

Él volvió a ponerse sobre ella, duro, tan duro como las piedras de este castillo, pero también cálido y protector.

—¿Qué tipo de presa? —preguntó él con humor—. ¿Un pequeño conejo? ¿O… un cervatillo?

—Tal cual —rio ella.

—Ah, mi lady. Si supierais que estoy temblando bajo mi ropa, languideciendo por vuestro toque… pensaríais que la presa soy yo. Pero… —respiró hondo y se alejó de ella, dejándole la impresión de que estaba siendo abandonada, como si el lugar natural de él fuera allí, entre sus piernas.

Qué extraño, pensó ella como si de repente su mente se aclarara. Cuando él se hubo alejado unos pasos, de inmediato se bajó de la mesa, y acomodó sus faldas. La ropa de él estaba fuera de lugar, obra de ella, y Gail se sonrojó terriblemente.

—Pero —continuó él, suspirando, notando que el momento mágico había acabado—, no quiero heriros en ningún sentido. Y tocaros de esta manera no alivia para nada mi cuerpo, aunque sí, un poco, mi alma.

Gail no lo estaba mirando. ¿Pero qué fuerza demoníaca se había apoderado de ella que había actuado tan audaz? Por Dios, lo había tocado… allí… ¡con su mano! ¡Con esa mano pecadora!

Lo miró de reojo no sabiendo qué esperar, temiendo haber perdido totalmente el respeto de él. Ah, Dios, quería hacerse pequeñita, pequeñita, y desaparecer.

—Me… voy… —ella echó a andar hacia la salida, pero él la detuvo tomándola por el brazo—. Mi lord, por favor…

—Lady Gail, os amo —dijo él conciso, y esas palabras borraron todo de la mente de Gail—. Os amo con mi alma, con todo mi cuerpo, con todo mi ser. Y os amaré hasta el día de mi muerte.

Los ojos de Gail se humedecieron. ¿Cómo era que lograba tal efecto en ella? En un momento se sentía cayendo en lo más bajo de sus instintos, casi hasta la vergüenza, y de repente la elevaba al cielo con esas palabras tan hermosas, tan terriblemente hermosas. ¿Qué era ese extraño baile de sus sentimientos?

De sus emociones, de sus deseos.

Y él no la estaba mirando como si le hubiese perdido el respeto, al contrario. En sus ojos había, además de lujuria, admiración. Había amor. Había fascinación.

Sí, la amaba. Le creía que la amaba.

Y le creía, también, que era hasta la muerte.

Ah. Treinta noches era mucho tiempo también para ella.

Tragó saliva y asintió.

La audacia volvió a ella, echando fuera toda sensación de culpa cristiana, y sonrió tomando su mano. Roderick se la apretó con suavidad.

—Lo sé, mi lord —dijo con voz suave y ojos brillantes—. Y yo… creo que también os amo. Os he amado… desde antes de conoceros. Antes mis ojos os vieran, ya os amaba—. Roderick se mordió los labios, aguantando con todas las fuerzas el deseo de besarla. Elevó la mano que sostenía la suya y besó el dorso de sus dedos con ojos cerrados.

En sus ojos había un juramento, una vieja promesa, un anhelo profundo.

Los preparativos para la boda siguieron avanzando. Cada día, Gail y sus damas, a la que se había anexado lady Sibyl, estaban sumamente ocupadas no sólo con el banquete y toda la decoración de la fiesta, sino con el ajuar de la novia.

—Lady Sibyl, vos podríais ayudarnos con los bordados —dijo Gail extendiéndole un trozo de tela previamente cortado—. Vuestros bordados son hermosos.

—Mi lady… ¿cómo sabéis eso? —sonrió lady Sibyl impresionada—. Hasta ahora, no os he mostrado mi trabajo.

—Ah… lady Rose me lo dijo —sonrió Gail nerviosa.

Y era verdad. ¿Cómo sabía ella eso?

No importaba. Eran preguntas que, al parecer, jamás tendrían respuesta.

En esos días, lady Rose dio a luz una hermosa niña, a la que nombraron Eloise, y Gail se dio cuenta de que desde el instante en que vio la luz del mundo, lady Eloise fue tratada como un miembro importante de la familia. Aquí no esperaban a que el tiempo pasase a ver si los recién nacidos sobrevivían para darles un nombre y tratarles como herederos, no. Y eso le gustó.

Lady Rose, casi al día siguiente del parto, estaba dando órdenes, ocupándose de todo lo que hacía falta.

Cuando sus padres llegaron, lady Gail se sintió inmensamente feliz, y alzó en brazos a su pequeño hermano dándole besos, pues lo había echado mucho de menos. Compartió con ellos su lado del castillo, y les dio un paseo para que conocieran Albermale.

Luego de sus padres, llegó lord Alfred, barón de Wilton, y lady Emily, que esperaba a su segundo hijo. Ella era pelirroja, preciosa, con los mismos ojos azules de su hermano, y al verla no la saludó con simple formalidad, sino que le tomó la mano y le sonrió deseándole lo mejor, llamándola hermana.

Qué bonita era, pensó Gail. Sintió de inmediato mucha ternura por ella, y la admiraba como si fuese un milagro andante.

Después de lady Emily, llegó el sacerdote que los casaría.

Gail no se consideraba la mujer más cristiana sobre la tierra, pero respetaba muchísimo los mandamientos de la iglesia. Siempre supo que había algo más en el mundo, una fuerza superior que regía, y últimamente en este castillo lo sentía más latente.

Se confesó con mucho cuidado, explicándole al sacerdote la sensación que tenía de ya haber estado aquí antes, siendo que aquello no era posible. Que pertenecía aquí, que era una con Albermale.

—Os felicito, hija mía —le dio el sacerdote—, porque habéis abrazado vuestra obligación con amor. Sí, pertenecéis a Albermale, y en un futuro no muy lejano seréis vos la matriarca de este feudo.

—Entonces… ¿no es pecado si yo… con lord Roderick…? Quiero decir…

—Todo, dentro del matrimonio, es bendecido por Dios —dijo el sacerdote con voz suave—. Todo, si es consentido entre ambos, está bien. No hay nada, hija mía, en toda la biblia, que os impida disfrutar del afecto de vuestro marido. Pero eso sí, dentro de la protección de los votos hechos ante el altar—. Gail sonrió.

Claro. No podía ser de otro modo. Sin embargo, le sorprendió encontrar un sacerdote que le aconsejara de esta manera. Siempre imaginó que le dirían que una mujer debía mantener su dignidad y que ciertas actividades eran sólo para engendrar hijos.

Después de confesarse, omitiendo algunas partes que prefería decírselas directamente a Dios, se encontró con la mirada de Roderick. Los ojos de él quedaron fijos en ella al instante. Hacía días que no se veían, pues él había tenido que salir del castillo.

Lo había echado mucho de menos, e involuntariamente sus pies la dirigieron a él.

Roderick se puso en pie y la miró con una sonrisa velada.

Desde aquella noche, Gail había tenido cuidado de no volver a salir sola a deambular por el castillo. Sin embargo, eso no le impidió encontrarse con él otro par de veces. Le pedía a Maud que les esperara a una distancia prudente, y ellos charlaban en el balcón.

El lord no había tenido reparo en volver a robarle un beso, pero hasta ahí llegaba. Y eran silenciosos, sin gemidos ni manos pecaminosas.

Era suficiente para ella a veces… y a veces no, para nada.

—He confesado mis pecados —dijo ella en voz que sólo él pudiera escuchar.

—¿Todos, mi lady? —dijo él con una ceja alzada, y Gail cubrió su risa con una mano.

—No son muchos, después de todo. Y según lo que me dijo, en cuanto me case, dejará de ser pecado y pasará a ser mi deber.

—Oh —ella volvió a reír al verlo sorprendido de que ella fuera capaz de hablar tan abiertamente del tema.

En el momento, sonaron unas estridentes campanas, y ambos giraron su cabeza. Era una alarma, y ya Gail se había familiarizado con ella; un invitado importante se acercaba.

—Debe ser el rey —dijo Roderick. Gail asintió. Era deber de Roderick, o del conde, ir a buscarlo en medio del camino.

—Os veré más tarde, mi lord.

Él asintió, lamentando que hubiese tanta gente alrededor, y apretando suavemente su mano, se despidió de ella.

La llegada del rey llenó el castillo de mucha actividad. Las criadas y lacayos iban y venían con mil cosas por hacer, y cuando por fin el monarca atravesó las murallas, la familia completa lo esperaba para recibirle.

Gail sólo había visto a Eduardo I una vez, cuando le preguntó personalmente si ella elegiría a su marido, y si no estaba dispuesta a cambiar de opinión, aunque él se lo pidiera.

—No cambiaré de opinión… su majestad —había contestado Gail con una reverencia.

—¿Ni siquiera si yo os lo ordeno?

—El rey que Dios puso sobre Inglaterra es un hombre sabio y justo. Sé que sólo desea la paz para sus súbditos—. Esas palabras hicieron reír al monarca, y dándose cuenta de que la chica era capaz de enzarzarse en una larga discusión acerca de la libertad y el derecho de elección de la mujer, prefirió dejarlo estar. Si nunca se casaba, no era problema suyo. Leinster no era su favorito en el reino, de hecho. Si se quedaba solterona, le estaría bien empleado.

Pero ahora se estaba casando con su mejor activo. Con Albermale.

Era interesante, pensó el rey mirando a la pareja. Nada de lo que había hecho por aplastar Leinster había funcionado. Por el contrario, insistían en crecer.

Miró a Isobel de reojo.

Maldito Ethan Russell.

Roderick Montfort se casó por segunda vez con su esposa.

Y lo volvería a hacer las veces que fueran necesarias, aunque suplicaba no tener que pasar por todo de nuevo.

No importaba el suplicio, se dijo cuando la vio entrar con su hermoso vestido y las flores en sus manos caminando del brazo de su padre hacia él. No importaba, la vida junto a ella valía cualquier sacrificio.

La capilla de Albermale era demasiado pequeña para tantos invitados, por lo que la boda se llevó a cabo en los jardines interiores del castillo, que fueron bellamente decorados con asientos para todos, y un arco de flores hacía de altar. El cielo estaba despejado, el sol brillaba con fuerza, el verano iniciaba, y Roderick se dio cuenta de que fue para estas fechas que, en el pasado, Gail y él se casaron. No el mismo día, pero muy cerca.

Fue una mañana hermosa, la ceremonia también lo fue, y la novia era perfecta.

Lady Isobel se secó una lágrima viendo a su hija tan feliz, también lady Rose, pero ella tenía otros motivos. Se daba cuenta de que pudo haberse perdido esto… No, de hecho, una vez se lo perdió.

La vida tomaba otro sentido cuando se era tan consciente de la muerte, de cómo debían hacer los más cercanos para superar la ausencia y seguir adelante a pesar de todo.

Cuando fueron declarados marido y mujer, todos aplaudieron, lanzaron pétalos de flores y granos de arroz. Soltaron palomas blancas y sonaron trompetas.

Y la fiesta empezó.

La sonrisa de Roderick no decayó en ningún momento.

Vio a sus padres, a los de Gail, sonreírles y felicitarlos. A su hermana y su cuñado agitarles la mano, a sus dos hermanos pequeños ser cuidados por las damas y doncellas. Y de su brazo, su mujer.

Todo era hermoso. Todo era perfecto.

Sin embargo, la felicidad de ser un novio no borró la precaución propia de un guerrero, y miró hacia las murallas comprobando que cada soldado estaba en su posición.

Nadie osaría amenazar Albermale mientras el rey estuviera al interior de sus murallas.

Sí, el cielo estaba despejado hoy. De todos modos, sentía que debía prepararse para la tormenta.

27

Al interior de las murallas del castillo de Albermale había risas y jolgorio, ruido de tambores y fuegos artificiales. Fuera de sus muros, acampaban los soldados vigilantes de las muchas familias que habían venido por el evento, y de las que sólo sus figuras principales habían sido convidadas al interior para gozar de las comodidades del castillo. Las tiendas se extendían casi hasta la aldea, y en esta misma, muchas familias cedieron sus colchones de paja a ciertas personas para que estuvieran un poco más cómodas.

En la plaza de la aldea, donde había un pozo de agua limpia de la que se proveía toda la población, también había fiesta. Músicos tocaban un alegre son y las jóvenes bailaban con tanta alegría que sus faldas se alzaban un poco, y los jóvenes aplaudían con entusiasmo cada vez que quedaba a la vista un tobillo.

Más allá de la aldea, soldados de Albermale, encargados de patrullar los caminos aun en tiempos de fiesta, miraban hacia el castillo y sus luces compartiendo un poco de vino a escondidas. Ninguno estaba ebrio, pero todos habrían preferido no tener este turno preciso este día. Sin embargo, como la fiesta duraba tres días, seguro conseguirían disfrutar de uno, al menos.

—¡Quién vive! —gritó uno de los vigías, y todos pusieron la mano en la empuñadura de su espada listos para pelear si era necesario. El silencio se intensificó, ya que algunos incluso contenían la respiración para poder escuchar atentamente los ruidos del bosque.

—Tal vez fue sólo un conejo —dijo Bruce, líder de la vigilancia esta noche, pero no dejó de estar atento. Miró a su compañero para que fuera a vigilar la zona.

Sir Homer, que había escapado del castillo temprano en la mañana, y que había tenido que esquivar cientos de veces a los soldados de Albermale, apretó los dientes pegando su espalda al grueso tronco de un pino. Estaba en total oscuridad, la pálida luz de la luna no alcanzaba a llegar hasta él, sin embargo, fue cuidadoso. Debía hacer llegar este mensaje al hombre que lo esperaba unas pocas leguas más allá. No importaba si eso le tomaba toda la noche. Cuando preguntaran por él, alegaría que se había quedado borracho en algún lugar, y nadie sospecharía.

Después de todo, pensó con rencor, nadie lo tenía en cuenta en este castillo. En más de una ocasión había demostrado sus habilidades en el sigilo, con la espada, trepando muros, escalando árboles… Siempre Roderick Montfort lo había mirado con desconfianza; lo habría echado de Albermale si tan sólo le hubiese dado el más mínimo motivo, y tratar de ganarse la gracia del conde era inútil.

Resentía que con todas sus habilidades siempre hubiese sido poco más que un soldado raso. Si hubiese conseguido asesinar a Simon Montfort como lo planeó tantas veces, si Roderick hubiese muerto envenenado, como también lo intentó tantas y tantas veces… él habría tomado el control de este castillo, habría introducido sus hombres poco a poco, de uno en uno, y un día habría dado el gran golpe. Sin necesidad de asedio, sin tener que hacer tanto ruido.

Sin embargo, había fallado una y otra vez, y seguía sin explicarse cómo siempre habían logrado anticiparse a sus pasos. A estas alturas, ya incluso se le hacía extraño que no supieran que era él quien constantemente intentó matarlos.

Cuando sintió que los caballeros se alejaban y volvían a sus lugares de vigilancia, se atrevió a moverse de nuevo. No importaba qué, debía entregar el mensaje con la información interna de Albermale. Número de soldados, número de saeteros, reservas de comida, reservas de aceite, y de agua. Las estrategias que tenían para llamar pidiendo la ayuda de sus aliados, el entrenamiento que tenían todos, desde el soldado más curtido hasta la criada más incauta, en casos de asedio.

Si sus señores iban a asediar un castillo tan fortificado como Albermale, debían conocer todas sus fortalezas, y tener el conocimiento de sus muy escasos puntos débiles. Él conocía muy pocos, desafortunadamente, pero debía compartirlos.

Roderick sonreía y aplaudía con su flamante esposa al lado. Tenía una copa de vino delante, pero no quería embriagarse; necesitaba estar muy lúcido esta noche.

Cuando lady Rose, lady Isobel, e incluso Emily llegaron hasta Gail para llevársela y prepararla para su primera noche de bodas, él la detuvo un momento, y empujándola un poco hacia él, le plantó un beso en la boca.

Todos vitorearon, aplaudieron, o golpearon las mesas provocando un ruido ensordecedor, y las mejillas de Gail se colorearon deliciosamente.

Pronto, Gail estuvo sumergida en una bañera, y cuando hubo olvidado que estaba completamente desnuda delante de tres mujeres aparte de sus doncellas, por fin empezó a prestar atención a lo que decían.

Lady Rose estaba siendo bastante explícita en sus consejos para las actividades del dormitorio.

—El cuerpo de un hombre desnudo es absolutamente hermoso —decía lady Rose—, siempre que amemos a ese hombre. Por Dios; de lo contrario, si acaso lo despreciamos o le odiamos, no hay cosa más inmunda—. Lady Emily se echó a reír echando la cabeza hacia atrás.

—Mi madre me dijo esas mismas palabras el día de mi boda —dijo mientras ayudaba a tallar los pies de Gail, que, recostada en la bañera de agua caliente, las escuchaba terriblemente sonrojada—. Y tiene toda la razón.

—Oh, ¿qué otros buenos consejos os di?

—Que disfrutara, que nunca pensara en qué está pensando él. Son tan básicos y simples en ese sentido que no vale la pena ahondar. Por el contrario, si nosotras nos perdemos en esos pensamientos, nos meteríamos en aguas cada vez más profundas. Así que… no penséis en nada, lady Gail. Sólo… disfrutad.

—Lady Rose —susurró lady Isobel un poco sorprendida—. Dais consejos bastante… directos.

—Oh, lady Isobel, ¿no sería maravilloso que algún día las mujeres pudiéramos hablar de estos temas tan abiertamente como hablamos de puntadas de costura? ¿Que pudiéramos mencionar… ciertas partes del cuerpo sin que nos sintamos pecadoras? Yo deseo la felicidad de mi hijo tanto como vos procuráis la de vuestra hija. Si acaso mi hijo no es capaz de conseguir el éxtasis de vuestra hija en el lecho, ¿no os gustaría que ella sintiera tal libertad y confianza de acercaros a vos para compartiros su experiencia? Por cierto, —dijo lady Rose girándose a una muy atenta Gail — podéis hacerlo en cualquier momento. Aunque sé que mi hijo se desempeñará muy bien—. Gail se echó a reír, y guardó su risa cuando su madre la miró seria.

—Madre… ya soy una mujer casada. Vos sentís mucha vergüenza al hablarme del tema; todavía recuerdo cuando os confesé mi primera sangre. Tardasteis muchísimo en explicarme por qué las mujeres tenemos que pasar por eso…

—Protegía vuestra inocencia.

—Mi inocencia ahora pertenecerá a mi marido… dejad que lady Rose me enseñe… ¡o enseñadme vos misma! —lady Isobel carraspeó, pero no refutó nada, y lady Rose volvió a tomar la batuta de esta clase.

Rato después, una eternidad, para Roderick, por fin los hombres de la fiesta hicieron lo que mejor sabían y lo alzaron en hombros para llevarlo a la recámara de la novia. Escuchó a Alfred gritar algo muy conocido para él, y no pudo más que reír. Como la última vez, lo lanzaron al interior de la habitación ya con la camisa por fuera de las calzas y sin sus botas.

Una vela iluminaba pobremente la amplia habitación, y al adentrarse en ella, la vio.

Esta vez, lady Gail estaba de pie, luciendo su larga bata blanca, de una tela tan fina que casi se hacía transparente.

Ella se apretaba una mano con la otra, y lo miraba aprensiva, como era normal, y él sonrió.

Avanzó suavemente hasta ella, hasta que sólo los separó un palmo de distancia.

La respiración de él estaba agitada, como si hubiese estado corriendo, y olía un poco a vino, pero era agradable, pensó Gail.

Él sonrió.

—Estáis hermosa, esposa mía —ella sonrió también, y bajó un poco la mirada incapaz de contestar—. ¿Qué hacéis en mí… que soy capaz de miraros por largas horas y hacerme sentir el hombre más afortunado sobre la tierra?

—¿Afortunado, mi lord?

—Así es. Por teneros, por haberos conocido. Esta noche, amor mío, me siento el favorito de Dios—. Ella contuvo la risa, pero él estaba muy serio, y la miraba como si quisiera empezar a devorarla ya mismo.

Él elevó una mano hasta su mejilla, y la acarició suavemente con el dorso de sus dedos. Retiró de su frente un mechón rubio y paseó su mirada por cada rincón, casi sin tocarla, pero transmitiéndole su deseo, su admiración.

Suavemente, hizo que levantara el mentón y entreabriera los labios, y Roderick se dio cuenta de que era feliz, tan feliz, que quiso buscar a Dios y llorar su agradecimiento, y al mismo tiempo, besar a su mujer y entrar en ella con furia.

—Bella —susurró—. Mi esposa es la más hermosa sobre la tierra—. Y delicadamente, bajó su cabeza y besó los rosados labios dispuestos ante él.

Gail respondió a su beso. No era el primero que se daban, después de todo, y ya había aprendido qué hacer. Sacó su lengua y buscó la de él, y Roderick gimió encantado. La tomó por la cintura y la pegó a su cuerpo, y la besó y la besó.

Ella era tan suave, tan delicada, y él era tan duro, anguloso y fuerte. Las manos de ambos buscaron lugares para explorar. Roderick sólo interrumpió el beso para quitarse la camisa, y Gail se sorprendió a ver su amplio pecho al descubierto, sin vello, duro. Una que otra cicatriz decoraba esa hermosa piel, y Gail paseó las manos por sus hombros al tiempo que recibía los besos de su marido, que iba enrollando la delicada bata con sus manos.

Debajo, ella estaba completamente desnuda, y Roderick dejó sus labios para soltar un gemido al entrar por fin en contacto con la cálida piel de Gail. No le quitó la bata, sólo paseó sus manos al interior de ella pegándola más y más a él.

En un momento, se separó de ella y le sacó la bata de un solo movimiento, tirándola al piso, y Gail se cubrió los senos mirándolo con sus labios entreabiertos. Él sonrió. Este acto reflejo era tan propio de ella que le encantó, y la amó más y más. Ah, esta inocencia sólo duraría esta noche, se recordó. Este recato se debía sólo porque era su primera vez. Nunca más volvería, así que lo disfrutó.

La tomó de los hombros y la giró; Gail se vio frente a uno de los pilares de la cama y se apoyó en él mientras Roderick retiraba el cabello de su espalda y besaba su cuello, con sus manos apretaba sus senos y bajaba cada vez más hacia lugares secretos.

Cerró los ojos. No pienses, se recordó. Sólo disfruta.

Dejó salir un gemido cuando los labios de él fueron bajando por su espalda, y ésta se arqueó por instinto. Las manos de él no estuvieron quietas en ningún momento, yendo de un lado a otro, apretando, acariciando, y acercándose cada vez más a ese sitio.

Pero entonces, ambas manos se pusieron en su trasero. Se giró a mirar y encontró a Roderick arrodillado tras ella, y enterrando el rostro entre sus nalgas. No pudo evitar dejar salir un gritito que mezclaba sorpresa y placer. ¡Por Dios! No le habían dicho nada de esto, había creído que lady Rose era bastante gráfica, pero nada de esto le habían advertido, y… ¿esa era su lengua?

Se dobló aferrándose al pilar de la cama y dejó salir otro gemido, e instintivamente, abrió los muslos para mejorarle el acceso. Su cuerpo entero había empezado a hervir, un una pátina de sudor lo cubría de pies a cabeza, tanto, que el cabello le empezaba a pegar en los brazos y la espalda. Ahora no era sólo su lengua la que jugueteaba en ciertos sitios, sino también sus dedos, y perdida en las sensaciones, Gail cerró los ojos y se dejó ir.

Dios querido. ¿Qué era esto? ¿Su cuerpo era capaz de sentir así? Afortunadamente estaba muy limpia, pensó con un lado de su mente más despierto. ¡Jamás imaginó que otro ser humano pudiera meter su nariz en tales rincones!

Eso que acababa de sentir de alguna manera le restaba fuerzas, por eso, cuando él se enderezó de nuevo y la recostó en su pecho, se dejó llevar. La boca de él besaba su cuello y hombros, y Gail sintió en sus nalgas una dureza diferente a la que había sentido en él hasta ahora.

—Hermosa mía —susurró él—. Os pertenezco. Toda mi vida, todo mi aliento… —ella buscó su mirada. Siempre le asombraba que le dijera palabras tan hermosas. Le juraba amor eterno, le declaraba su devoción.

Muchos pretendientes intentaron llegar a ella con palabras lisonjeras, pero de alguna manera siempre supo que estos hombres amaban más su dote que cualquier otra cosa, pero con Roderick no había duda alguna. Por el contrario, sentía que eran palabras que había esperado toda su vida, como una deuda que él tuviera con ella y ahora la estuviera pagando con intereses. Le tomó el rostro con una mano y lo besó, y al tiempo, movió la cadera para restregarse contra él, buscándolo, incitándolo más allá de la cordura.

Él gruñó tirando suavemente de su cabello para tener mejor acceso a su boca y la devoró de nuevo, pero la fue guiando hasta el colchón hasta hacerla caer de espaldas y se ubicó entre sus piernas sin pérdida de tiempo.

No paró de besarla, pero ya no era suave como al principio. La mordía, tiraba de sus labios, y con las manos apretaba y amasaba. La boca de él bajó a su cuello, a su pecho, y Gail gimió cuando se metió uno de sus pezones en la boca.

Dejó sus pechos y tomó una de sus rodillas y también la besó. El camino de besos llegó hasta su pie y también allí besó y lamió, y luego, como si ella fuese algún manantial de aguas puras, sumergió su cabeza de nuevo en esa zona y volvió a chuparla frenéticamente. Gail elevó las caderas sintiendo de nuevo esa electricidad recorrerla de pies a cabeza. Tiró del negro cabello y gimió perdiendo momentáneamente la consciencia, y Roderick disfrutó de sentir su segundo orgasmo de nuevo en su boca.

Mientras ella todavía temblaba volviendo de su éxtasis, se quitó del todo las calzas y la ropa interior, volvió a acercarse a ella, y con mucho cuidado, entró en su cuerpo. Traspasó la barrera de su virginidad, y se quedó muy quieto.

Gail, al darse cuenta de lo ocurrido, lo rodeó con sus brazos y piernas y besó su rostro, pero él lo ocultó en el hueco de su cuello, y sólo se escuchaba su áspera respiración.

Estaba de nuevo aquí, de regreso en su hogar. Después de un largo, largo camino; después de pérdidas y luchas, victorias y esperanzas ganadas, mucha soledad, y mucha añoranza, estaba otra vez aquí.

Una lágrima rodó por la nariz de Roderick, pero era de felicidad, de absoluta, loca y completa felicidad.

Dudaba que pudiese haber otro hombre más feliz en la tierra, dudaba que pudiera haber otro más agradecido.

—Os amo… tanto —susurró, y se movió suavemente en su interior. Como era de esperarse, ella estaba apretada, y lo estaba enloqueciendo—. Tanto… —susurró. Tragó saliva, apretó los dientes, y volvió a moverse. Ambos gimieron.

Roderick se acomodó mejor en sus rodillas, elevó las caderas de ella y la miró desde arriba. El cuerpo de su mujer totalmente abierto para él, la

mirada de ella nublada por el placer que estaba experimentando eran un paraíso de su total dominio, y volvió a agradecer.

—Tanto… —volvió a decir, y volvió a moverse, pero esta vez, no se quedó en un suave empuje dentro de ella, no. Casi salió por completo de su cuerpo y se volvió a hundir, y lady Gail dejó salir un grito.

Sí, esta era su música. Había tocado las cuerdas adecuadamente.

Empujó de nuevo, una y otra vez, sintiendo a lo largo y ancho de su interior el placer de las paredes que lo rodeaban, que lo apretaban.

No iba a durar mucho. Llevaba tantos y tantos años de abstinencia que dudaba que pudiera prolongar esto, pero por eso mismo se había asegurado de hacerla llegar a la cima dos veces antes que él, y ahora era su turno de enloquecer.

Gimió, gruñó, dio gracias, volvió a decir que la amaba, ratificó que era suya, y que él le pertenecía a ella, y siguió empujando con locura, entrando y saliendo de su cuerpo, perdiendo todo el control sobre el suyo, y dejándose inundar al fin de esa paz que creía haber perdido.

El orgasmo lo alcanzó como una ola furiosa que lo derribó sobre ella, y bramó en su oído vaciándose en su interior, volviendo a dejar en su interior la semilla de Albermale, la que había sido bendecida siglos atrás con una extraña característica que garantizaba la supervivencia de su linaje.

Consciente de que su peso podía aplastarla, Roderick se rodó a un lado y respiró hondo, agitado, desfallecido, y Gail buscó su abrazo rechazando el frío de su ausencia.

Roderick la rodeó con su brazo y, cuando hubo recuperado el aliento, se echó a reír. Tragó saliva y acarició sus cabellos, y la noche envejeció otro poco, mientras por la ventana y las rendijas de la puerta se colaba el ruido de la fiesta abajo, cubriendo por completo el sonido del par de amantes que se reencontraba.

Pasados unos minutos de exquisita paz, Roderick la miró.

—¿Estáis bien? —ella asintió con un movimiento de cabeza, y él le sonrió —. Qué bonita sois—. Gail respondió a su sonrisa.

—¿Sólo bonita, mi lord?

—Oh, hermosa. Absolutamente perfecta.

—Eso está mejor —él volvió a reír—. ¿Qué otros elogios deberé encontrar cuando os parezca que "hermosa" y "perfecta" ya no son suficientes?

—Nunca me cansaré de oír vuestros elogios, mi lord.

—Y yo preferiría que, estando los dos desnudos en el lecho, me llaméis por mi nombre.

—Oh, Roderick—. Él la atrajo con un brazo casi poniéndola encima suyo, y la besó. —Sólo intentaba sentirme enseñoreada por vos estando en la cama —. Roderick la miró sorprendido, pero luego se echó a reír.

—Aprenderéis, mi lady, que, en esta situación, serán más las veces que yo estaré en vuestras manos, que vos en las mías—. Él aprovechó para volver a acariciarla, y la mirada en sus ojos era cálida y sonriente—. Y ni siquiera temo daros tal poder sobre mí —siguió—. Lo tenéis, y no hay nada más que decir.

—¿Es así?

—Sin duda alguna.

—¿Entonces yo podría… hacer lo mismo que vos me hicisteis a mí?

—Oh, bueno… —él pestañeó al encontrarse sin palabras, y Gail se echó a reír. Volvió a recostarse en su pecho y suspiró.

Roderick guardó silencio.

¿No lo iba a hacer de una vez? Había esperado que se pusiera a horcajadas sobre él y lo montara, pero ella sólo se había acomodado de nuevo en su costado.

Cuando la sintió respirar acompasadamente, se rio de sí mismo.

Por supuesto que no. Ella era virgen. Era la Gail de su pasado la que ya sabía que una noche podían hacerlo todas las veces que les fuera posible, y que no tenía nada de raro despertar más cansados de lo que estaban cuando se acostaron.

—Estaré feliz de corromperos de nuevo —dijo besando su frente, y reconociendo que también él estaba cansado, acomodó la almohada baso su cabeza y buscó el sueño.

Esta vez, con una sonrisa dibujada en el rostro.

28

Rato después, algo despertó a Roderick. Tal vez fue el grito de algún ebrio en el patio, o un tambor fuera de ritmo.

Salió despacio de la cama y se acercó a una de las ventanas identificando cada ruido afuera, tratando de establecer si eran de caos o de fiesta. Pasados un par de minutos comprendió que sólo era la fiesta que seguía, y dejó salir el aire.

Una de las secuelas que le había dejado el haber perdido a toda su familia en el pasado era esto, la necesidad de verificar a cada momento dónde y cómo estaba cada uno. El haber perdido a su castillo estando él fuera, el haber visto morir a cada uno de sus hombres… a su mujer…

Miró hacia la cama y vio a Gail dormir apaciblemente. A veces echaba de menos a la Gail de ese tiempo, y todavía sentía que quería hacerle muchas preguntas, pero la mayor parte del tiempo le alegraba que ella no tuviera esos horribles recuerdos; el recuerdo de cómo su marido, que había jurado protegerla, le falló.

Caminó de nuevo a la cama y se abrazó a ella, y entonces Gail despertó un poco sobresaltada. Nada acostumbrada a compartir sus sábanas y su cama, reaccionó instintivamente rechazándolo, pero luego recordó quién era y donde estaba, y la risa de él la devolvió a la calma.

—Parece que os asusté.

—Bueno, es que sois muy grande —lo acusó ella, pero no rechazó su abrazo, ni su toque.

—Ah, ¿lo soy?

—Ocupáis casi toda la cama.

—Es por eso que la mayor parte del tiempo tendré que dormir encima de vos —Gail frunció el ceño, pero se había sonrojado. Roderick volvió a reír.

Lo vio caminar hacia una palangana de agua y meter allí un paño, y luego acercó el paño húmedo a su entrepierna. Gail miró el colchón y encontró pequeñas manchas de sangre justo debajo de ella.

—No os asustéis, es normal, y sólo ocurre la primera vez.

—Lo sé —dijo ella sin mirarlo. Roderick elevó una ceja—. Lo escuché… una vez.

—Ah, sí.

—Creo que… es la evidencia de mi…

—Virginidad —completó él. Gail no dijo nada. Tenía las mejillas sonrojadas, pero no le impidió lavarla, y sólo se quedó quieta mientras él hacía su tarea.

No era cierto que lo había escuchado, pero tenía en su mente imágenes de esto que estaba ocurriendo ahora mismo… la mancha de sangre, él limpiándola, cosa que no tenía sentido.

Roderick volvió a la palangana dejando allí el paño y volvió a ella mirándola fijamente.

—No ha amanecido, ¿verdad? —preguntó ella cuando él volvió a ponerse a su lado en la cama. Había evitado mirarlo fijamente todo este tiempo. Él estaba desnudo, y al parecer, no sufría de vergüenza.

—No.

—Bueno, entonces…

—¿Entonces?

—Que tengáis buena noche. Si me muevo mucho…

—¿Buena noche? —preguntó él con humor. —No creísteis que os dejaría dormir toda la noche, ¿verdad? —dijo paseando la mano por su muslo y acercándose más. —Esto apenas empieza, mi lady —dijo con voz ronca, para a continuación besarla.

—¿Otra… vez?

—Y todas las veces que sean necesarias —dijo con voz muy suave, y Gail sintió desfallecer.

Todas las sensaciones de antes se repitieron en Gail, y ya sabía a dónde conducían, así que se dejó besar y mimar, poniendo de su parte respondiendo activamente a los besos, venciendo su timidez y acariciando su piel.

Otra vez, Roderick se deleitó con sus senos, y ella volvió a preguntarse por qué se embelesaba tanto allí, aunque, bueno, también le gustaba. Luego la cabeza de él bajó a su zona más íntima, y sonrió disfrutando. Mordió sus labios y cerró los ojos a la vez que metía los dedos entre los suaves cabellos negros. Cuando él chupaba con fuerza cierta zona, pequeños corrientazos la invadían y de su boca salían gemidos involuntarios. Rápidamente todo su

cuerpo despertaba con un hambre extraña, con una necesidad de más, pero él no la hacía esperar, y le daba justo aquello que ella quería, introduciendo en su cuerpo los dedos, chupando más.

Otra vez, su cuerpo se envaró por la delicia que la inundaba, y quedó totalmente lívida sobre el colchón, ya sin importarle nada en este mundo, pero todavía los miembros le temblaban, como si parte de esa energía todavía estuviera viajando de un lado a otro dentro de ella.

Roderick despacio, la giró poniéndola boca abajo, y eso extrañó a Gail. Luego recordó que al principio él había celebrado mucho allá en su trasero y sonrió esperando sus besos también allí.

—Poneos de rodillas —pidió él con voz ronca y agitada, y Gail frunció el ceño.

¿De rodillas? ¿Iba a suplicar por algo?

Como ella vaciló, Roderick la ayudó tirando un poco de su cadera, y además de apoyarse en sus rodillas, Gail se afirmó con las manos, y volvió a sentir la boca de Roderick allí.

Sí, sí.

Por un lado, esta posición era un poco ignominiosa. Casi se sentía como un animal, y por otra… qué bien se sentía. Lo sentía casi como si lo pidiera ver chupando y lamiendo, mordisqueando y acariciando, mientras ella sólo se quedaba allí quieta tratando de mantener la postura.

—Decidme, amor mío —le susurró él cambiando de posición, pero sosteniéndola para que ella siguiera en la suya—. Si algo os disgusta, decídmelo —le pidió. Sabía exactamente qué le gustaba a ella, pues habían estado casados cerca de ocho meses en el pasado, y fueron ocho meses con todas sus noches muy bien aprovechadas, pero quería que ella tomara parte activa en todo esto, que supiera que sus opiniones importaban, que era tan libre como él en las actividades del dormitorio—. Si algo os encanta… —siguió él— decídmelo también. Todo, mi amor. Decidme todo.

Todavía apoyada en manos y rodillas, Gail no supo qué hacer o qué decir. El cabello suelto se le desparramaba por un lado y estaba segura de que no había parte de su cuerpo que este hombre no hubiese explorado ya. Tenía el corazón acelerado, y casi podía sentir la fuerza de su sangre en los oídos.

—¿Mi lady? —Oh, pensó. ¿Él esperaba una respuesta ya?

—Yo…

—¿Sí, mi amor? —las manos de él se metieron en su entrepierna, tocando, acariciando, y Gail gimió.

—Todo… me gusta—. Él mordisqueó su hombro haciendo un leve gruñido de satisfacción—. Todo —repitió, por si no le había quedado claro.

—¿Puedo confiar en que… me diréis qué os gusta más?

—Eso… no lo sé. No lo sé. Lord…

—Roderick.

—Roderick —se corrigió ella. —Por favor.

—¿Por favor qué, mi amor? —los dedos de él se introdujeron en su cuerpo y Gail apretó con fuerza los dientes—. ¿Queréis algo de mí? —pero ella no fue capaz de decirlo, y Roderick sonrió. Todavía quedaba mucho pudor en ella.

Decidió dejar de torturarla y se ubicó tras ella, se tomó a sí mismo con una mano y poco a poco, suavemente, fue entrando en su cuerpo.

Gail lo recibió completamente. Se movió hacia él, yendo a su encuentro, y apretó su interior como un puño, y Roderick tuvo que sisear por la fuerza de su agarre.

Volvió a cubrirla para llenarla de besos, para susurrarle cosas al oído, y luego simplemente entró en su estado animal.

De alguna manera, Gail encontró que, aunque parecían dos animales copulando, y tenía que ser sincera y admitir que nunca vio un par hacer esto, esta posición le encantaba. Bueno, sólo conocía una, y ahora dos, pero esta estaba siendo su favorita.

Envió una mano hacia atrás y agarró una de las piernas de Roderick, apretándola, pero él no dejó de moverse, y Gail fue consciente de cómo la humedad dentro de ella aumentaba, cómo su cuerpo mismo sabía lo que quería e iba hacia ello.

Llegó de nuevo al éxtasis. A esto debió referirse lady Rose con esa palabra, pero sentía que cada vez era más y más alto.

Sí, pensó. Más alto, más fuerte.

Lo que sintió antes fue bueno, pero esto fue mucho, mucho mejor.

Lloró, gimió. Mordió y enloqueció.

Apretó fuertemente su interior. No sabía cómo era capaz de hacerlo, pero así era. Lo sintió a él, grueso duro, llenarla por completo, y por instinto empezó a menear las caderas para sentirlo mejor en cada ángulo, y lo escuchó a él gemir.

Qué hermoso sonido, pensó girándose para mirarlo. Probó de nuevo, y sí, esto a él le hacía reaccionar de una manera especial.

Pero era una espada de doble filo, antes había sentido que había llegado a la cima de una montaña muy alta, pero ahora… Ahora sentía que iba de camino al mismo cielo.

Se apalancó mejor en la cama, y se dedicó a sentir. Olvidó todo. Pudor, curiosidad, y sólo se limitó a sentir. Se movió a un ritmo cada vez más vertiginoso, hundiéndose cada vez más en la locura, hasta que algo dentro se fue acumulando, cada vez más y más, y estalló de un momento a otro haciéndola gritar. Lo sintió de nuevo dentro, muy dentro, y venir como una fuerte ola que la sobrepasaba y ahogaba, y ella moría; moría, y en ese eterno instante, volvía a renacer.

Qué hermoso. Ah, qué maravilloso. Pero no dejaba de apretar y temblar mientras perdía cada vez más la fuerza y se derrumbaba de vuelta al colchón.

Una lágrima había caído, los brazos ya no la sostenían, pero seguía unida a él, que la miraba encantado y sorprendido mientras ella regresaba de su locura.

Tragó saliva tratando de contenerse con todas las fuerzas que le quedaban, pero había sido tan hermosa verla así que prefirió observarla, sintiéndose todo un campeón por ser capaz de nuevo de dejarla así.

Los gemidos de ella no cesaron por largo rato, su respiración seguía acelerada, pero ahora era su turno.

Le besó de nuevo la espalda mientras metía una almohada bajo sus caderas, juntó sus rodillas y volvió a entrar en ella. Los ojos de Gail se abrieron grandes al entender este nuevo método, y las reminiscencias de su anterior orgasmo la hicieron ondularse, pero él le retuvo la cintura y le impidió moverse.

La visión de su cuerpo sometido bajo el suyo, las delicadas curvas, el sudor de su piel y el aroma de su sexo llenaron por completo el alma hambrienta de Roderick, y sin poder resistirlo más, empezó a moverse.

Duro, sin tregua. Ya no pensaba en ella, ya le había todo, ahora quería ser él quien se desbocara, y sus embates fueron cobrando cada vez más velocidad y fuerza.

Entraba y salía de su cuerpo a la vez que aprisionaba su cuerpo. Dentro, fuera, una y otra vez, sintiéndola apretada, tan mojada, tan suya.

Ah, sí.

Gail había nacido para ser suya, del mismo modo que él nació para ella.

No tardó mucho en ese frenesí. O tal vez sí, pero ya había perdido todas las cuentas. Y en ese rapto de locura, halló el alivio. Se vació dentro de ella una vez más, hundiéndose hasta la base dentro de ella, empujando con fuerza, aunque ya estaba todo dentro, y sosteniéndola como si se fuera a ir lejos si la soltaba.

Luego de un rato, por fin, perdió las fuerzas, y para no seguir aplastándola, rodó hacia un lado y se quedó mirando el dosel de la cama con la mente totalmente en blanco.

Y luego sonrió.

Cerró los ojos, y sin pensar en nada más, sólo en recuperar el aliento, volvió a sonreír.

Una vez, hacía mucho tiempo, cuando todavía era una niña, Gail había escuchado un comentario entre criadas refiriéndose al miembro de un hombre.

Ellas limpiaban una habitación y su risita estaba llena de picardía, y mientras, ella abrazaba un libro escondida en el interior de un armario. Era la Biblia, pero tenía prohibido leerla, aunque ella no entendía por qué, si era el libro sagrado. Cuando había escuchado que las criadas venían, sólo pensó en esconderse, y por eso estaba allí, escuchándolas hablar y reír.

Ellas habían mencionado al “gusano” entre las piernas de un hombre, por lo que Gail se había hecho una idea bastante gráfica de a qué se referían.

Luego, había nacido su hermano pequeño, y una tarde en que lo encontró llorando en su cuna se dio cuenta de que sus pañales se habían mojado. Como ya se creía una adulta con trece años, decidió por su cuenta hacerle el favor al futuro conde de Leinster al cambiarlo, y sus ojos se agrandaron al

ver lo diferente que era ese pequeñín a una mujer. Ciertamente, allí había un pequeño y rechoncho gusanito.

Su madre había hecho un escándalo por querer cambiar a su hermano, pero para Gail sólo había sido un acto de solidaridad para con el pequeño, que estaba incómodo todo mojado. No entendía por qué su madre incluso amenazó con despedir a las criadas por haber permitido que Gail sufriera una experiencia así.

Su madre era una exagerada, pensó. El gusanito de su hermano no tenía nada de malo, y ella no se sentía diferente luego de haberlo visto.

Y ahora ella tenía un hombre desnudo justo a su lado, y había sentido algo muy diferente a un pequeño gusano antes.

Pero no se atrevía a mirar.

Roderick se había girado y la rodeaba con un brazo, y no sabía si estaba dormido o despierto, pero sí que estaba desnudo, y era su oportunidad de echar un vistazo y comprobar qué tan gusano era el de Roderick.

Se mordió el labio inferior preguntándose, y movió un poco la cabeza para comprobar que él estuviera dormido.

Tenía los ojos cerrados, se dio cuenta, y una expresión relajada.

Qué guapo, se dijo. Qué hombre más hermoso.

Movió una mano y la acercó al rostro masculino, y no pudo evitar pasar un dedo por una de sus cejas, tan oscura y recta.

Él frunció levemente el ceño y se movió, quedando de nuevo boca arriba, y Gail sonrió. ¡Sí! Ahora podía mirar.

Se mordió los labios paseando la vista por el pecho ancho y lampiño, luego a los músculos marcados en su abdomen y la estrecha cintura. Un caminito de vellos iniciaba en su ombligo y bajaba hasta esa zona, y aquello… definitivamente no era un gusano.

Dios. No. Para nada.

Se cubrió la boca con una mano evitando hacer cualquier sonido que lo despertara, pero sus ojos estaban allí clavados.

Claro, por eso se sentía colmada cuando entraba en ella, pues era… grande, muy grande.

Debía ser algo que crecía conforme los años pasaban, y era proporcional al tamaño de un hombre, sí. No sabía qué había esperado, pero es que el único

gusano que ella había visto en su vida era el de un bebé de pocos meses de nacido.

Y luego eso se movió.

Volvió a cubrir su boca. ¡Se movió! ¡Se movió solo!

Entonces se escuchó la risa de Roderick.

Al darse cuenta de que él llevaba rato despierto, y que se había dado cuenta de que también había estado observándolo, Gail le dio la espalda y se cubrió con la sábana, pero él no tardó en sentarse al lado de ella y besar su hombro.

—¿Por qué os avergonzáis?

—¿Vergüenza? ¿Quién tiene vergüenza? Yo no. ¿Vos sí? No es vergüenza, claro que no. —Él rio en silencio, y volviendo a apoyarse en la almohada, se estiró lánguidamente y metió ambos brazos bajo la cabeza.

—Entonces, ¿por qué me dais la espalda?

—Porque… —ella se giró, y la imagen de él, tendido en la cama totalmente desnudo, sin pizca de pudor, volvió a inundar sus ojos.

Volvió a girarse.

—Porque sí.

—Ah. Porque sí—, con un solo brazo, aunque suavemente, él tiró de ella hasta ponerla sobre él, y Gail tuvo cuidado de no tocarlo en ciertas zonas—. Ya os dije que os pertenezco —le dijo—. Y si yo pude recorreros completamente con mi boca y mis manos, mi lady, vos también tenéis esa libertad—. Ella abrió mucho los ojos. Ya era bastante para ella sólo mirarlo. Tocarlo parecía impensable.

Roderick le acarició el rostro sonriendo de nuevo, y cerró los ojos suspirando.

—Mi lord… Quiero decir, Roderick —él contestó con un sonido de su garganta, y Gail se acurrucó a su lado—. Gracias. —Eso le extrañó, y la miró elevando una ceja. —Por amarme… Gracias. Creo que… yo también os amo. —Ahora, Roderick la miró inexpresivo. —Nunca he amado a nadie. Quiero decir… amo a mis padres y a mi hermano, y sé que quiero mucho a Maud, pero vos… es diferente. Se siente como… si me faltarais, mi vida sería muy triste y gris—. La expresión de él se suavizó. —Pienso en los peligros que corre un caballero sólo por su oficio, las misiones que

seguramente tenéis, el hecho de que empuñáis una espada para atacar y defender... y siento miedo. ¿Es… normal? —él tragó saliva y miró de nuevo del dosel de la cama.

—¿Me creeríais… si os digo que es el mismo miedo que sufro yo?

—Oh, pero, yo no voy a la guerra, ni mucho menos…

—Y, aun así —le sonrió él. Su voz sonó grave, como si se estuviera imaginando lo peor. —El miedo de perderos… es más fuerte que el temor a la muerte. —él apartó un mechón de cabello del rostro de Gail y luego apoyó la mano en su espalda, en el sitio donde, una vez, hace mucho tiempo, un cuchillo la atravesó. —Si os perdiera… enloquecería. Me volvería una bola de ira con una espada afilada en la mano, y no discriminaría quién se atraviesa en mi camino. Y tal vez… nunca volvería a la paz.

Gail, que lo escuchaba atentamente, le creyó. Casi podía imaginarlo, verlo.

—No me perderéis —dijo seria, y volvió a apoyar la cabeza en su hombro. —Estaré con vos hasta hacernos muy viejos. Tendremos hijos, nietos, y bisnietos. Seremos tan viejos que tendremos que decirle a nuestro heredero que tome el poder antes de que muramos, porque no serviremos para nada. —él se echó a reír.

—¿Para nada?

—Oh, bueno. Aunque esté muy vieja, encontraré las fuerzas para abrazaros. Os lo prometo. —Roderick besó su frente, y dejó los labios sobre ella un rato más. La atrajo más cerca, y mientras ella volvía a quedar dormida, elevó al cielo una oración llena de mucha humildad.

Por favor. Esta vez, permítenos llegar a viejos.

29

La pareja de recién casados salió de la habitación cuando ya el sol estaba bastante alto, y una sonrojada, pero sonriente Gail fue atendida por sus damas y doncellas preparándola para el día.

La fiesta continuaba, y el rey estaba presente, por lo que no podían ausentarse demasiado.

Al ver a su hija, Isobel caminó a ella y la abrazó, observándola como si buscara en ella signos de daño, pero Gail estaba reluciente.

Su corazón se calmó entonces. Nunca había dudado de los Montfort, Roderick siempre le pareció un auténtico caballero, pero era su hija, su única hija; cualquier cosa que le afectara, la afectaba a ella también.

—Me alegra veros tan feliz —sonrió Isabel, y Gail apretó sus manos respondiendo a su sonrisa llena de cariño.

—Lo soy, mamá. Lo seré—. Isobel respiró hondo y asintió, tratando de desatar el nudo en su garganta.

—El rey espera por vosotros, quiere daros regalos y bendiciones—. Gail asintió y buscó con la mirada a su marido, dándose cuenta de que, al igual que ella, estaba siendo mimado por su madre. Rose le acomodaba el cabello y la ropa mientras él le hablaba de algo.

Fue una imagen bonita. Parecía la parte de un deseo cumplido, y sonrió.

Se presentaron ante el rey y este les dio sedas, joyas y oro, al tiempo que bendijo su unión deseándoles muchos hijos y prosperidad.

En la tarde, un recital de poesía los tuvo entretenidos bastante rato, y en la noche, un nuevo banquete.

Roderick bailó con su madre, y luego con su hermana. Las mujeres de Albermale eran francas con el diálogo y la risa, no temían parecer menos encumbradas por reír a carcajadas; menos aristócratas por bailar con alguien que no fuera su marido, ni menos educadas por tomar vino después de la cena.

—Sonreís como si hubieseis encontrado el santo grial —dijo Alfred apoyando la mano en el hombro de Roderick, que sonreía y aplaudía al son de la música mientras Gail bailaba con su padre.

—Lo encontré, hermano. Mi propio santo grial.

—Siempre quise haceros una pregunta —siguió Alfred meditabundo—. ¿Cómo obtuvisteis tal conocimiento en lo que al dormitorio se refiere, si nunca tuvisteis mujer? —Roderick lo miró de reojo.

—Un buen amigo me lo dijo una vez.

—Oh. ¿Tan amigo que os compartió tales secretos?

—Así es. Es un amigo que sé que habría dado la vida por mí, del mismo modo que yo la habría dado por él—. Alfred lo miró en silencio sospechando de esas palabras. Roderick lo miraba como si estuviera hablando de él, pero al mismo tiempo, estaba seguro de que tal cosa no podía ser.

Roderick palmeó su espalda comprendiendo su confusión, y volvió la mirada a la pista de baile.

Toda su familia estaba aquí, hermanos y hermanas de su padre y su madre habían venido de muy lejos, por lo que pudo encontrarse con muchos familiares. Albermale siempre estuvo lleno de niños, y ahora era así otra vez. Ver a Emily bailar y reír, ver a su madre conversar con lady Isobel, incluso tratar de atrapar a Teon mientras se escabullía entre las mesas era una bendición y una felicidad tal para él que nadie aquí alcanzaba a imaginar.

Estuvo tan solo tanto tiempo, lloró tanto a su familia, los necesitó tanto, que creyó que sería insoportable, y cuando creyó que por fin podría formar de nuevo una, le arrebataron de tajo la posibilidad.

Gracias, dijo sin mirar a nadie en particular. Gracias por devolverme lo que perdí. A veces aún los lloro. Los tengo ante mí y lloro por ellos, pero, gracias.

Alguien puso un vaso de vino en su mano y bebió un trago largo. Gritó algo y los demás le celebraron, y buscó a su mujer para seguir bailando.

La última noche de la fiesta fue la más alocada de todas, y los soldados con permiso amanecieron dormidos en los rincones, y en cualquier superficie plana unos sobre otros. Al haber terminado los tres días de fiesta, uno a uno los invitados empezaron a dejar el territorio de Albermale.

Roderick y Gail estuvieron allí para despedirlos conforme iban saliendo. Gail sabía que Albermale tenía aliados, amigos, y familia muy extensa, pero tuvo que reconocer que esto era grande para sus estándares. La fiesta en general había sido alegre, pero también, muy generosa. No faltó la comida,

el vino corrió como un río, y toda la servidumbre, lacayos, doncellas y criadas, se movieron muy bien coordinados todo el tiempo. Nunca un plato llegó tarde, ni frío. La partida de caza que se hizo en honor a los recién casados se premió con una valiosa joya para el ganador, y ninguno se quejó de que su colchón fuera duro, o que sus sábanas no fueran suaves.

Al mismo tiempo, los regalos que dejaron fueron todos de muy alto valor. No sólo trajeron telas, oro y joyas, sino perfumes, semillas, y hasta materia prima para algunas cosas que se fabricaban en el castillo, como cera, perfumes y pieles.

Los últimos en irse fueron los Leinster, y Gail los despidió procurando no llorar, pero fue tarea imposible, sobre todo cuando su pequeño hermano le tendió los bracitos para que lo alzara y la miró con esos enormes ojos grises.

Y conforme fueron abandonando el castillo, la paz y la normalidad fueron regresando al castillo. Gail sintió fácil integrarse a esta nueva familia, y la rutina de Albermale no le fue nada ajena.

Todos los días atendía sus ocupaciones junto a lady Rose, empapándose de cada cosa y asumiendo obligaciones como una mujer más de Albermale, y gozando de sus privilegios.

Por la noche, era la amante de Roderick Montfort. Cumplía con disciplina sus obligaciones de esposa, y se reía de que a esto le llamaran obligación.

Cada vez era mejor. Cada vez se conocía más a sí misma y a él. Ya una noche fue capaz de tocarlo allí, tal como ese impulso extraño que tuvo aquella vez, y una noche, hasta fue ella la que estuvo encima.

Cada postura nueva que descubría le gustaba más que la anterior, pero tenía unas cuantas favoritas. Todavía no era capaz de pedirle que hiciera algunas cosas, pero colaboraba activamente cuando las sugería él.

Si seguían así, no tardaría en quedar embarazada.

Un bebé de Roderick, pensó esa mañana en que estaba encima de él, meneándose suavemente, sintiéndolo hasta lo profundo, apretando y aflojando como había aprendido.

Se parecería a él, seguramente. Esperaba que al menos heredara sus hermosos ojos azules.

Lo miró fijamente, y él tenía una ligera mueca de placer en el rostro, con el cabello echado hacia atrás, mirándola, tocándola, sosteniéndola. Era tan

hermoso. Sus manos grandes y fuertes la tocaban con tal dulzura y delicadeza, la fuerza de su empuje le declaraba cuánto la amaba y lo hermosa y deseable que la encontraba.

Llegó al orgasmo y se rindió sobre su pecho, y entonces él la movió poniéndose encima para buscar su propia cúspide entre sus piernas. Jadearon y se besaron, rehusándose a dejar de tocarse, queriendo prolongar este momento tierno y caliente entre los dos.

—Os amo… —dijo él sin aliento—. Sois mi vida, Emma.

Gail estaba en las nubes, pero fue imposible que aquello le pasara por alto. Frunciendo el ceño, abrió los ojos y lo miró. Él sonreía, evidentemente sin darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—¿Emma? —preguntó ella con voz seria—. ¿Emma? —él entreabrió los labios, y recién entonces comprendió lo que acababa de suceder.

Gail de inmediato se alejó de él y salió de la cama. Roderick se apoyó en los codos mirándola estupefacto, como si no pudiese creer la gran metida de pata que acababa de cometer.

Gail buscó su bata y se la puso y lo miró fijamente.

—¿Amáis acaso a esa mujer que escapó con un soldado?

—¡No! —exclamó él—. Gail… Oh, Dios. Lo lamento tanto.

—¡Sí! ¡Lamentadlo! Decir el nombre de otra mujer mientras yacéis con vuestra esposa, ¡ciertamente merecéis un horrible castigo!

—Oh, Gail…

—Pero, esperad… —dijo ella elevando una mano y mirando alrededor como si buscase algo—. Hasta ahora caigo en cuenta… que vos nunca dijisteis mi nombre. Llevamos dos semanas casados… y nunca dijisteis Gail. Ni una vez, lord. Tanto que me insististeis a mí para que os llamara por vuestro nombre, ¡y acabo de caer en cuenta de que nunca me llamasteis a mí por el mío!

—Gail… Todo tiene una explicación.

—¡Decídmela! —pidió ella extendiendo sus manos, pero Roderick sólo mordió sus labios. —Adelante, ¿qué os lo impide? ¡Hablad!

Roderick se sentó al filo del colchón y sostuvo su cabeza entre las manos pidiendo al cielo esta vez volver al pasado, pero tan sólo diez minutos atrás.

Era urgente.

—No tenéis excusa, ¿no es así? —dijo ella, y su voz sonó quebrada.

—Os amo a vos —dijo él rápidamente. —Con mi vida. Esto… Gail… Os lo explicaré, porque os juro que tiene una buena razón… —pero ella ya no lo estaba escuchando, y caminó hasta la puerta y llamó a sus doncellas para ser atendida. Roderick tuvo que darse prisa y vestirse antes de que alguien más entrara. Caminó a ella y la tomó del brazo tratando de abrazarla, pero ella se resistió terriblemente enojada con él.

La conocía, sabía que en este momento no podría razonar con ella, pero entendía que era algo que no podía dejarse así por mucho tiempo.

Miró alrededor y se pasó una y otra vez las manos por el cabello alborotándolo más de lo que estaba.

Que ella pensara que amaba a otra mujer, o que se enterara de la verdad; que Albermale tenía secretos gigantescos, y que en el pasado ella murió y él no pudo protegerla. ¿Qué era peor?

Y si no le creía, ella sencillamente pensaría que se había inventado toda una fábula para justificar un error colosal.

Era una apuesta muy alta.

Las doncellas entraron con su alegría de siempre, pero al ver el ambiente tenso entre los dos, guardaron silencio, esperando que el lord saliera.

—Hablaremos luego —se resignó él—. Os contaré todo. No me odiéis, Gail —. Ella no dijo nada, sólo lo maldijo con los ojos, y el alma de Roderick dolió un poco.

Sin importarle si lo rechazaba o no, se acercó a ella y le besó los cabellos. Salió de la habitación echándole una última mirada.

Gail caminó a una silla y se dejó caer en ella mirando hacia la cama.

Pero ¿qué acababa de suceder? ¿Por qué Roderick había llamado a su ex prometida? Una mujer, que, según todos, había escapado con un soldado sin tierras ni riquezas, exponiendo el nombre de Albermale a la burla y el juicio.

Las doncellas se apresuraron en lavarla y vestirla, y todo ese tiempo Gail estuvo silenciosa, pensando, decidiendo.

Si su marido todavía albergaba sentimientos por esa mujer, ¿tenía ella derecho a estar furiosa? Había sido su prometida por muchos años, casi una década. Tal vez había sido muy duro para él darse cuenta de su traición.

Y si era verdad, y él todavía pensaba en ella, ¿qué iba a hacer? ¿sería algo para siempre? De aquí en adelante, ¿tendría que aceptar que era la segunda en el corazón de su marido?

Estuvo casi toda la mañana distraída, cumpliendo sus tareas con el corazón puesto en sus cavilaciones.

Cuando se hizo el mediodía y la hora de comer, cuando lo vio de nuevo, supo que no podría vivir así el resto de su vida.

Si acaso Emma de Dunster todavía habitaba el corazón de Roderick, ella tendría que sacarla de allí a puntapiés. No iba a aceptar compartirlo con nadie, ¡ni siquiera con un fantasma! Sería clara con él, le diría cómo se sentía, y lo obligaría a admitir la verdad, no importaba si esa verdad la lastimaba.

Y luego, ella tendría que procurar llenar por completo el corazón del lord. No sabía cómo conseguiría eso, pero no era una cobarde. Y si luego de eso él seguía prefiriendo a una insensata como esa mujer, tendría que admitir que se había casado con un tonto.

Simon miró a su hijo elevando una ceja al notar la tensión en la recién casada pareja. Por lo general, estaban los dos haciéndose mimos y sonrisas y hoy ambos parecían distantes; ella, en especial, disgustada.

—¿Qué hicisteis? —le preguntó luego, a solas. Roderick no contestó, sólo hizo una mueca.

—Sólo creo que… llegó el momento de contarle todo; los secretos de Albermale… mi pasado—. Simon enarcó las cejas sin decir nada, sólo lo miró atento—. Voy a necesitar… llevarla a través del pasadizo, hacer que hable con Fatima si acaso no me cree, y…

—Hacedlo —dijo Simon cruzándose de brazos—. Lo aceptó relativamente fácil la primera vez, ¿no?

—Esta vez… metí la pata.

—¿Qué tan hondo?

—Muy hondo. Contarle todo es… mi única salvación, creo. Pero también puede ser… mi perdición—. Simon guardó silencio largo rato, mirándolo analítico.

—Hijo —dijo luego—, habéis vivido ya más de treinta años, aunque vuestro cuerpo aparenta veintitrés. ¿Y todavía cometéis errores? —Roderick lo miró serio al principio, y luego se echó a reír.

—No he dejado de ser humano a pesar de volver en el tiempo, creo—. Simon sólo agitó su cabeza negando y lo dejó solo. Roderick no perdió tiempo y se acercó a su esposa. Sin darle tiempo a negarse, la tomó de la mano conduciéndola a las habitaciones de los condes.

—Qué…

—Dije que os contaría todo. Haré eso ahora mismo.

—Mi lord, tengo cosas que hacer y…

—Esto es más importante que cualquier otra cosa en el mundo —se impuso él, y Gail no tuvo más alternativa que seguirlo.

Confundida, entró tras él a la recámara de lord y lady Albermale, y cuando él empujó una pared de la enorme chimenea, se asombró. Su corazón pareció saltarse un latido, y a partir de allí, fue como si pudiera ver dos veces lo mismo.

—Es de vital importancia… que conozcáis todos los secretos de Albermale, —dijo Roderick tomando una vela de la habitación, encendiéndola, e internándose en el pasadizo secreto junto a ella. Él iba delante, y esa sensación de premonición volvió a invadirla.

Había creído que cesaría en algún momento, pero todo el tiempo venía a ella, y ahora la aturdía.

Él le iba explicando que había más pasadizos secretos, a dónde conducían, y qué función tenía este. Era el único que llevaba al exterior, le contó, y un secreto que la futura lady de Albermale debía conocer.

—Se cuentan historias acerca de este pasadizo —dijo él cuando ya anduvieron un largo trecho. Gail seguía en silencio—. Se dice que, gracias a él, se salvó la bisabuela Sarah, y antes de ella, la tía Elizabeth. Son historias que parecen fábulas, pero luego comprobé que eran reales—. Roderick sonrió—. Siempre, cada familia trata de imprimirle un poco de misticismo a su linaje; hablan de sus antepasados como grandes hombres que cazaron

dragones y dominaron bestias, pero la virtud de Albermale fue siempre diferente.

Al fin, el camino se allanó, pero él no le soltó la mano.

—Creo que Leinster… no tiene ese tipo de misticismo —admitió Gail en voz baja—. Mi abuelo fue un buen guerrero en una guerra en particular, y se le premió con tierras que llevaban adjunto un título. Somos… unos nobles muy recientes para gusto de algunos—. Él la miró de reojo, y sonrió.

—¿Qué diríais si os digo que, hace casi cien años, una familia al completo fue erradicada en este mismo castillo? Sólo sobrevivió una hija, y se debió a que estaba prometida a otro lord en otro castillo. Sólo por eso sobrevivió, y también una niña, pero ella desapareció de aquí —dijo, señalando el lugar que alcanzaba por fin la luz del día—, y apareció en otro tiempo.

—¿Otro… tiempo? Os referís a otro lugar.

—No. Otro tiempo. Lady Elizabeth Collingwood apareció casi ochocientos años en el futuro, y no pudo volver sino después de cumplir los sesenta años —. Gail frunció el ceño confundida, mirándolo como si sospechara de sus palabras, tratando de detectar si acaso había burla en ellas, pero, aunque Roderick sonreía, no parecía estar jugando, ni mucho menos, burlándose—. Mientras estuvo allá, en el futuro, aprendió muchas cosas. Todo acerca de la salud, ciencia, armas, y todo tipo de artes. Según ella, los humanos serán capaces de descubrir un tipo muy particular de magia, y lo usarán en su día a día. Mi mente… no alcanza a comprenderlo, pero tan sólo con la pizca de esa magia que ella nos trajo, Albermale ha conseguido ser lo que es. Excéntrica y diferente, mística, y próspera.

Gail lo miraba atentamente.

Había olvidado por completo lo enfadada que estaba con él.

—¿Me estáis diciendo que… una antepasada vuestra… visitó los tiempos futuros y os trajo magia? —Roderick sonrió, y dejó la vela sobre una piedra, caminando hacia el exterior, inspirando hondamente y elevando la mirada a las copas de los árboles.

—Loco, ¿verdad?

—Roderick… —él la miró fijamente esperando que ella siguiera incrédula, pero Gail se abstuvo de emitir cualquier juicio.

—¿Sabéis? Hace muchos años, cuando tenía once, tuve un sueño. Un sueño delirante. —El cambio de tema fue brusco. Gail todavía tenía muchas

preguntas con respecto a esa extraña viajera de los tiempos. Él empezó a avanzar a través de los árboles. No había un camino aquí, pero él parecía saber muy bien hacia dónde iba—. Yo estaba enfermo, con muchas fiebres, estuve a punto de morir, y tal vez por eso… sucedió. En ese sueño, mis padres morían en una emboscada; mi padre era asesinado a traición, mi madre degollada, y mi hermana Emily, que sólo tenía nueve, despeñada. —Gail hizo una mueca de espanto, pero guardó silencio. —Y yo me quedaba completamente solo en ese castillo. Todos los que intentaban cuidar de mí, desaparecían o eran asesinados… así que preferí cuidar de mí mismo, sin depender de nadie, y así crecí. Llegó el tiempo en que tuve que buscar esposa… y alguien me aconsejó tomar a la hija de William de Dunster… —Roderick se detuvo al recordarlo. Había sido sir Homer, que en el pasado fue su administrador, quien le diera tal consejo.

Él le había hecho caso sin sospechar, y resultó que Emma de Dunster sí era una casquivana, insensata y fatua. ¿Por qué su administrador le recomendó tal mujer?, se preguntó ahora.

Pero no se distrajo con eso, y siguió su relato.

—Uno de mis tíos me pidió que tuviera cuidado —dijo él sin detenerse, avanzando en una suave colina hasta avistar la cabaña de Fatima—, pues la dama tenía mala fama, y cuando llegué al castillo luego de un tiempo en Gales, la conocí. Y al contrario de las habladurías era inteligente, decidida, y amorosa—. Gail elevó una ceja y torció los ojos. Roderick no se perdió detalle y sonrió internamente—. Me enamoré de ella…

—Mi lord, vuestro sueño está siendo muy largo y detallado.

—Y me casé con ella —siguió él sin escucharla—. Estuvimos casados ocho maravillosos meses.

—Si pretendéis que con esa historia perdone lo de esta mañana…

—Fuimos juntos a Londres, y allí conocí un conde llamado Ethan Russell de Leinster, quien había caído en desgracia luego de perder a su esposa, que murió dando a luz a su hijo. Lo había perdido todo, y me identifiqué mucho con él.

—¿Mi… padre? ¿Me estáis diciendo que mi padre apareció en vuestro sueño?

—Me agradó mucho, lord Leinster —siguió él—. Y tan sólo unas semanas después de regresar de Londres… perdí a mi esposa —Gail frunció el ceño

contrariada. Esta historia estaba tomando demasiados giros—. Cientos de hombres se infiltraron en mi castillo luego de que por una falsa misiva del rey solicitando mi presencia en Gales yo hubiese salido. Sospeché y regresé, y fui atacado con mis propias flechas—. Gail lo miró seria ahora—. Me puse mi armadura, y me dispuse a asediar mi propio castillo con sólo veinte hombres de mi lado. Traté de acceder a él desde aquí —dijo señalando hacia la entrada de la cueva que habían dejado atrás. —Pero justo en este lugar… mi esposa fue asesinada —Gail miró el espacio.

Un dolor en la espalda le hizo encogerse, la imagen de la sangre esparciéndose en el suelo, su propia sangre…

¿Por qué estaba teniendo ahora esas visiones?

—Ella cayó aquí a manos de un traidor, uno de mis hombres más cercanos la había asesinado, y yo… desesperé totalmente, y me volví… una bola de ira con una espada afilada en la mano—. Los ojos de Roderick estaban secos, pero su voz parecía impregnada de ira y dolor.

Había creído que se trataba sólo de una fábula, una historia para engatusarla por lo sucedido esta mañana, pero se estaba volviendo muy vívida, muy cruel.

—Maté… a más de doscientos hombres ese día. Junto a mis caballeros leales, los fuimos destrozando uno a uno. Ellos intentaban darle el golpe de gracia a mi esposa, pero Alfred, Elric, Bruce, Doug… y otros más, dieron la vida en esa batalla tratando de protegerla, y de protegerme a mí. Al final… cuando todos murieron, el asesino de mi amada esposa, Wendell, apareció procurando darme una batalla final. Y aunque lo maté también, fui herido de muerte… —Roderick cerró los ojos, y Gail tuvo el impulso de acudir a él, abrazarlo y consolarlo, pero se sentía paralizada. —Así que, con mi último aliento, me tendí a su lado, la abracé y… morí junto a ella.

Hubo un largo silencio. Roderick respiraba hondo, Gail tragaba saliva. Parecía que podía verlo, y ya no podía achacarlo a su imaginación.

—Y entonces desperté de mi sueño —dijo él cambiando totalmente el tono de voz. Incluso sonrió. —Y sí, seguía enfermo en mi cama, con mucha fiebre, pero estaba alterado, aterrado, adolorido en mi alma y en mi cuerpo. Le pregunté a Fatima: ¿Dónde está Emma? ¿Sobrevivió? Pero nadie conocía a Emma, nadie me dio razón. Pregunté qué día era, y, ¿podéis adivinar? Era el día en que mis padres eran emboscados y morían. Por

supuesto que fui en su auxilio y logré impedirlo. Salvé a mi madre, a mi padre, y a mi hermana menor. Y entonces me di cuenta de que tenía mucho poder. El conocimiento es poder, así que sabía qué hacer, cuándo y cómo hacerlo. Lo siguiente que hice fue… pedirle a mi padre que fuera a Dunster… a pedir la mano de mi novia. Sabía qué guerras ocurrirían y en qué tiempo; pude desarrollar ciertas habilidades y artes que ayudaron a fortificar mejor el castillo. Me deshice de los traidores que tenía identificados, impedí que se unieran a mi ejército, y cuando llegó el tiempo, muy feliz, fui a buscar a mi esposa. ¿Y sabéis qué pasó, lady Gail? —ella lo miró sin contestar. De todos modos, parecía que él no esperaba que lo hiciera—. Esa Emma no era mi Emma. No era la misma Emma de la que me enamoré, la Emma con la que me casé. Pensé que lord Dunster me estaba engañando y llegué a amenazarlo, y tuve que preguntarme… ¿por qué mi esposa había sido cambiada de esa manera? ¿Qué pasé por alto? ¿Qué le sucedió?

Gail se mordió los labios, totalmente intrigada por la narración.

—Ah, me sentí traicionado. Me habían engañado. Estaba furioso. Estaba herido. Retrasé el matrimonio y me dediqué a vagar por toda Inglaterra. Llegaba sin invitación a los castillos de mis conocidos, hacía nuevos amigos y me fijaba en sus hijas. La Emma con la que había estado casado sin duda era una dama, con la educación y las maneras de una, y la buscaba en cada joven… en cada rubia que veía—. Ella lo miró de nuevo. ¿Rubia? —Y cuando ya estaba a punto de perder la esperanza… os encontré.

—A… ¿A mí?

—Resultasteis ser la hija de aquel amigo que lo había perdido todo… vuestro padre había contraído una deuda con lord Dunster, y vos la pagabais con años de servicio como dama de compañía de Emma de Dunster. En el camino, ella había sido raptada por su amante, y vos… resuelta como sois, decidisteis remplazarla, y vinisteis a mi castillo con un nombre falso—. Emma soltó una risita sarcástica, pero él seguía muy serio.

—Esto es… Lord, es demasiado. Es descabellado. Toda una historia con tal de no admitir que amabais a vuestra anterior prometida…

—Gail, estoy diciéndoos que la sangre de los Collingwood corre por mis venas, y que, por alguna poderosa razón, en el momento en que morí junto a mi esposa, volví a mis once años tratando de corregir la historia, enmendar los errores, salvar a mi familia y a vos.

—No, Roderick. Es difícil de creer.

—Y que debido a ese cambio de novias que me ocultasteis hasta el final, viví dos vidas creyendo que vuestro nombre era Emma. En mis sueños la llamaba. Emma, Emma. Me arrepentía y me avergonzaba por no haber podido protegeros. Os extrañaba en mi cama, extrañaba vuestra dulzura, vuestra amistad, la picardía con la que me hablabais y me mirabais. Pero no, vuestro nombre no es Emma, es Gail. Sí. Me ha costado un poco acostumbrarme. Cometí un error, pero, mi amor… no llamaba a nadie más. Os llamaba a vos. Sólo a vos. —No supo por qué, pero los ojos de Gail se humedecieron. —¿No me dijisteis una vez que sentías que me conocíais de antes? —Gail lo miró con ojos grandes, sorprendida. —¿No tuvisteis esa extraña sensación?

—Sí, pero…

—Le pregunté a vuestro padre si había hecho negocios con Dunster. Adivinad; sí los hizo. Y fueron pérdidas. Pero esta vez pudo pagarlas sin enviaros a vos como tributo, porque gracias a los consejos que a través de mi padre le di, pudo proteger mucho mejor su patrimonio de las artimañas del rey para destruirlo. ¿Y cómo creéis que supe que vuestra madre necesitaría asistencia en su parto? ¡Porque él mismo me contó que ella moría allí! —El corazón de Gail estaba agitado, una lágrima rodó por su mejilla. —Sois hermosa, y seguramente, aunque no os hubiera conocido en el pasado, habría vuelto a enamorarme de vos, pero ¿por qué creéis que en cuanto os conocí pedí a mi padre que solicitara al vuestro el derecho a cortejaros? ¡Me urgía teneros! ¡Era imperativo que consiguiera vuestra mano! Erais vos, siempre fuisteis vos. Emma de Dunster para mí es sólo un nombre. ¡La mujer sois vos!

Gail le dio la espalda.

Era demasiado para procesar, demasiado para comprender. Estaba aturdida.

Magia, viajeros en el tiempo, una historia alterna donde aparecía ella con otro nombre…

Se masajeó las sienes con la yema de los dedos y los ojos cerrados tratando de pensar, pero todavía el aluvión de datos e información embargaban su mente.

Pero una cosa tenía clara: la sensación de que ya lo conocía, de que ya había estado aquí, era tan fuerte como que ahora estaba viva y respiraba.

En ese extraño sueño de Roderick… ella había sido real.

30

—Gail… —la llamó Roderick notándola silenciosa ya por mucho tiempo, pero ella sólo elevó una mano impidiéndole hablar.

Se giró poco a poco y lo miró seria.

—Si todo esto es verdad…

—Es verdad, amor.

—No lo sé. Es tan fantasioso. Si fuera yo quien os contara algo así, seguro que pensaríais que me he inventado todo —Roderick guardó silencio, pues aquello era lo más probable. —Es verdad que Albermale… siempre me ha parecido diferente a cualquier otro feudo que haya conocido; sus costumbres, las habilidades que poseen, y… —su voz fue bajando hasta desaparecer al darse cuenta de que, cuando él "despertó" a los once años, ella tuvo aquel episodio extraño donde, por un día, fue como una adulta en el cuerpo de una niña y le hizo prometer a su padre que la dejaría elegir esposo por su cuenta.

Se abrazó a sí misma y echó a andar de vuelta a la cueva. Roderick en silencio la siguió.

También, ella misma, decidió adoptar el baño semanal y la limpieza diaria, incluso enseñó a sus damas y doncellas la costumbre de lavar la ropa con regularidad, y tanto en la casa de Londres como en el castillo se implementaron cambios que para los demás eran extraños, y, ahora se daba cuenta, podían haber sido aprendidos en Albermale.

Había sentido que reconocía mucha gente, incluso a lady Sibyl, y ella era de Dunster, lo cual encajaba perfectamente con el relato de Roderick.

Llegaron a la cueva, y mientras Roderick tomaba de vuelta la vela, ella ingresó al pasadizo por su cuenta, pero entonces una piedra saliente le hirió el brazo sacándole sangre.

Roderick corrió a ella al escucharla quejarse. No era una herida profunda, pero, sin duda, debían tratarla.

De inmediato, sacó de sus ropas una pequeña bolsa de tela que contenía paños, ungüentos y vendajes. Roderick examinó el pequeño corte, y determinando que no requeriría de costura, le aplicó un ungüento. Gail siseó un poco, pues ardió, pero él sopló como si así pudiera aliviarla, y luego la vendó.

—¿Qué es eso? —preguntó Gail señalando la pequeña bolsa que él volvía a guardar.

—Todo guerrero en Albermale lleva consigo un paquete de primeros auxilios.

—¿Primeros… qué?

—Es la ayuda temprana para heridas. Todos son entrenados para prestarla. En el futuro… es de común conocimiento. —Él le tomó la mano y volvió a tomar la delantera en el pasadizo. Gail miró hacia atrás, a la entrada y el saliente, otra vez sintiendo que algo así ya le había pasado.

—Dijisteis que, a través de este túnel, vuestra antepasada viajó al futuro.

—Así es.

—Pero hemos entrado y salido y no sucedió nada.

—Oh. Sí. También me lo pregunté muchas veces. Lo que he comprendido es que… hay dos maneras de alterar el tiempo. De manera voluntaria e involuntaria. A través del túnel, se requiere una especie de ofrenda o ritual, e involuntaria, como me sucedió a mí… todavía no hemos descubierto por qué. Intuimos que fue porque en ese momento yo era el último de la línea directa y, por lo tanto, el linaje se puso en riesgo.

Roderick siguió hablando. Explicó que Lady Elizabeth viajó al futuro, y luego regresó al pasado pudiendo ver a su yo pequeña, e incluso ayudó en su propio nacimiento. Es decir, que hubo un tiempo en que dos Elizabeth transitaban en Albermale, mientras que, en su caso, volvió en su mismo cuerpo y con todos los recuerdos.

Gail encontraba todo aquello demasiado confuso, y llegó un punto en que, por más que se esforzaba, no lograba darle forma a toda esa información.

Al notarla otra vez en silencio, Roderick sonrió.

—Hay un libro… con páginas escritas por la misma lady Elizabeth donde explica que, en el futuro, esa idea de viajar de una fecha a otra no es tan ajena para el hombre, y fantasean mucho al respecto. Que se cuentan muchas historias con esa temática. Es algo común allá. Acá, en cambio, es algo tan arbitrario e imposible, que nos cuesta. Con el tiempo, lady Gail, terminaréis aceptándolo, y hasta imaginaréis distintos escenarios. Ahora, es normal que vuestro intelecto lo rechace. Yo mismo, todavía, encuentro cosas confusas y fuera de lógica, y eso que lo viví en carne propia. Soy un

viajero en el tiempo, pero no sé cómo funciona tal magia. No sé si podría volver a suceder… o si es algo que sólo viviré una vez.

—¿Deseáis volver al pasado?

—Bueno, cometí un error enorme esta mañana. Por un momento deseé poder volver diez minutos al pasado. También… si pudiera hacerlo por mi cuenta, no iría a Dunster para comprometerme, sino que iría directamente a Leinster, y allí os conocería de niña, y me habría comprometido con vos desde entonces. —Gail miró su espalda en silencio pensando en sus palabras.

De alguna manera, la idea había terminado entrando en su mente. Él hablaba con tanta naturalidad del futuro y el pasado, y esa vida que vivió con ella, que se le hacía difícil pensar que se lo estaba inventando todo. Mentiras de este tamaño no prosperaban, se dijo. Eran difíciles de sostener.

—¿Alguien más lo sabe?

—Sí. Mis padres, y Fatima. El lord de Albermale es entrenado en este conocimiento desde la edad de quince años, y éste, cuando toma esposa, le cuenta a ella. Es una carga demasiado pesada para llevarla uno solo. Por eso… somos cuidadosos cuando elegimos.

Gail volvió a su silencio, y luego, por fin, estuvieron de vuelta en la habitación de los condes.

Salieron de allí y Roderick le pidió a una doncella que llamara a Fatima para tratar una herida de la señora, y esta se dio prisa en cumplir la orden. Por su parte, Gail fue de vuelta a su recámara y se sentó todavía pensando en lo que acababa de enterarse. En el fondo de su corazón, empezaba a creer.

Fatima llegó y retiró el vendaje que Roderick le había puesto aprobándolo. Gail la miraba mientras revisaba la herida, y usaba términos raros para referirse a su estado.

—No dejará cicatriz —le dijo Fatima volviendo a vendar con otro paño limpio—. Podéis estar tranquila.

—Eso no me preocupa. Fatima… esta herida me la hice en el pasadizo que lleva a vuestra cabaña —Fatima elevó la mirada a ella mientras volvía a guardar sus instrumentos en su canasta.

—Oh. Ya lord Roderick os contó de los secretos de Albermale—. Gail no dijo nada esperando que ella siguiera. —Ya os habló de sus puertas.

—¿Puertas?

—Así se le llama. Las puertas especiales de Albermale. Increíble, ¿cierto?

—¿Por qué hay tal poder aquí?

—Si preguntáis por su origen, no lo sabemos. Durante mis largas horas de estudio, preparando ungüentos, buscando nuevas hierbas y cómo aprovecharlas, tuve tiempo de formarme una teoría, pero no tengo manera de comprobarla.

—Compartídmela.

—Creo que… es un poder que va ligado a la sangre. El antiguo lema de la familia era: "La sangre importa". Se dice que a lord Wulfric no le gustaba mucho ese lema, pero tiene mucho significado. Sólo el linaje Collingwood, ahora Montfort, puede experimentar tal poder. Lo único que tienen en común los sucesos pasados y el que vivió lord Roderick es la extinción de la familia. Al parecer, no siempre afecta a los tíos, primos, o aquellos que salieron del castillo. El pacto lo lleva un heredero directo…

—¿Pacto? —Fatima miró a Gail asintiendo.

—Mi lady, ¿no deberíais tener estos días la costumbre del mes? —ante tal cambio de tema, Gail pestañeó varias veces.

—¿Qué?

—Vuestros días de sangrado, mi lady. ¿Será que… estáis embarazada? —ella contuvo el aliento.

—¿Es posible?

—Eso lo sabéis vos. ¿Es posible? —le devolvió ella la pregunta, pero Gail se sonrojó incapaz de contestar. —No nos apresuremos, esperemos unos días. Y no se lo digáis a nadie; seguro que lord Roderick pediría una gran fiesta si le contáis nuestras sospechas. Buscadme si, al pasar dos semanas, aún no os llega—. Gail agitó la cabeza asintiendo, y acompañó a Fatima hasta la puerta pensando en eso.

Sí que era posible que estuviese embarazada. Se llevó las manos al vientre, pero este estaba como siempre.

Las horas pasaron, y en la tarde, Gail se encontró con el sacerdote en la pequeña capilla. Le habían explicado que, ya que no había uno permanente en Albermale, siempre que alguno venía encontraba mucho trabajo por hacer.

Mucha gente hacía fila para confesarse, las misas dominicales no habían faltado, los niños se bautizaron, otras parejas se casaron, y el sacerdote y sus ayudantes iban de un lado a otro con las mil tareas pendientes.

Durante la cena, Gail no fue capaz de mirar directamente a Roderick, y fue la primera noche en que se acostaron el uno al lado de otro y sólo durmieron.

Gail sentía que tenía mucho, mucho en qué pensar, y a todo ello se le sumaba la sospecha de embarazo.

Un pacto de sangre. Era lo que había entendido de lo hablado con Roderick y Fatima ese día. No sabía si aquello era diabólico o no, hasta ahora, nunca vio que los de Albermale fueran malos o crueles, todo lo contrario, así que podía descartar la presencia del diablo aquí.

Sin embargo, tampoco eran muy cristianos. Ni siquiera tenían un sacerdote permanente.

Despertó abrazada a él, como todas las mañanas. Sólo llevaba unas semanas casada, pero la costumbre ya estaba arraigada.

Respiró hondo dándose cuenta de que era la madrugada todavía. El castillo estaba silencioso, y aunque estaban en pleno verano, no sentía calor.

Tomó su trenza pasándola al frente y miró a Roderick dormir. Uno de sus brazos estaba debajo de la almohada, y su expresión relajada le hacía parecer más joven. Sentía muchas ganas de tocarlo.

Y entonces, unas campanas resonaron, rompiendo de tajo el silencio de la noche.

Roderick abrió de inmediato los ojos y se sentó buscando a su derecha la daga.

—¿Qué pasa? —preguntó Gail sorprendida, y Roderick la miró fijamente. De un segundo a otro, él había pasado del profundo sueño a la máxima alerta.

—Es la campana de asedio —dijo.

—¿Qué? —Roderick saltó de la cama, buscó su camisa y se la puso sin pérdida de tiempo. Gail miró hacia las contraventanas de madera, pero no se atrevió a abrirlas.

Las campanadas siguieron, y de inmediato se escuchó el ruido de la gente.

—Vestíos, mi lady —le pidió Roderick, e inclinándose a ella, le besó los labios. —Nos aguardan tiempos duros.

Roderick bajó a la torre del homenaje y encontró allí a varios soldados, uno de ellos, portando una bandera roja en sus manos, la señal enviada desde las torres vigías a lo largo y ancho del territorio de Albermale.

Al ver la bandera, Roderick supo exactamente cuál torre vigía había dado la voz de alarma. Venían desde el sur.

—Son en promedio quinientos hombres —dijo el emisario bebiendo agua y recuperando poco a poco el aliento. —Vienen armados con caballeros de a pie y a caballo, torres, catapultas y trabuquetes. Traen dos estandartes diferentes, mi lord.

Simon miró a Roderick, pero este tenía la mirada clavada en la bandera del soldado.

Quinientos hombres, dos estandartes. Eso significaba que dos lores ricos se habían unido contra Albermale, que contaba con una guarnición de doscientos soldados, y teniendo en cuenta su armamento y el ritmo al que venían, estarían aquí al anochecer, o mañana temprano a más tardar. Tenían sólo el día de hoy para prepararse.

Casi los doblaban en número, y un asedio no era lo mismo que una guerra a campo abierto. Aquí tendrían que proteger mujeres, ancianos y niños, y las provisiones no eran infinitas.

Acto seguido, entraron al castillo Edith, sir Peter y sir Trevor, que era la jefa de criadas, el capitán de la guardia y el administrador del castillo respectivamente, y formaron un concejo. Cada uno sabía qué hacer, sólo se ponían de acuerdo en las tareas que seguían.

Doug, con veinte soldados a su cargo, fue enviado a la aldea, donde ya se preparaban para abandonar sus casas llenando las carretas, y los guiaban y custodiaban. Los niños preguntaban si era un simulacro o era de verdad. Las mamás les mentían para no asustarlos diciéndoles que era un simulacro más, pero que debían obedecer o el lord se enojaría tanto con ellos que les cortaría las orejas.

Algunos no se creyeron eso de que les cortarían las orejas, pero prefirieron obedecer.

Llevaron consigo ropa, colchones, utensilios de cocina y animales de corral. Grupos de familias se habían unido para conformar una misma olla, y sacaron de sus despensas las reservas que les habían enseñado a tener para casos de asedios. Se trataba de granos y alimentos imperecederos, los sostendrían cerca de un mes.

Los soldados de las torres vigías y de los caminos fueron abandonando sus lugares y atrincherándose en el castillo a medida que el enemigo avanzaba, y en el patio de armas, empezaron a montarse las catapultas y a repartir los arcos y flechas.

Gail observó cómo lo que a primera vista pareció ser caos, en realidad tenía mucho orden. Lord Simon, como comandante máximo de la guarnición, no tuvo que dar demasiadas órdenes, sólo vigilaba que todo se llevara a cabo sin contratiempos. Sir Peter, capitán de la guardia, alentaba a sus tenientes a vigilar y guiar a su vez a los hombres a su cargo. Los arqueros, los ingenieros, incluso Fatima y su personal se preparaban para lo que se venía sin entrar en pánico. Las únicas asustadas eran ella y sus propias damas, pero al ver que las mujeres de la aldea entraban con sus niños y ancianos tranquilos y hasta sonrientes, como si sólo estuvieran pasando un día con quehaceres diferentes, se fue calmando.

Gail nunca había vivido un asedio, pero conocía gente que sí. Su madre le había contado que en el castillo de su familia vivieron uno horrible, y su padre también tenía relatos espeluznantes, pero en Albermale todos conservaban la calma, los niños jugaban en pequeños grupos, las mujeres se agrupaban para informarse unas a otras qué comida tenían y en qué cantidad. Animales vivos y carnes embutidas, granos y especias. Cuando una de ellas sacó un tarro de miel, las otras exclamaron alabándola.

¿De verdad? Era un asedio, no un día en el campo.

—Una vez al año, pasado el invierno, en Albermale se simula un asedio —le dijo lady Rose a su espalda, y lady Gail se giró e hizo su saludo. Lady Rose le sonrió—. Ellas no son despreocupadas, todo lo contrario; se han ocupado con anterioridad de todo lo que hay que hacer en estos casos. Ah —suspiró lady Rose. —Hacía cuarenta años que Albermale no era asediada.

—¿Cuarenta años?

—Por lo general, la historia de que Albermale sola derrotó a tres lores disuade a los enemigos. No sé qué habrá envalentonado a este par que viene

en contra nuestra.

—¿Qué pasó hace cuarenta años?

—Lord Wulfric y lady Sarah habían partido de entre los vivos recientemente, y algunos creyeron que sin el lobo de Albermale a la cabeza, el castillo sería tomado fácilmente. Se equivocaron, lord Randolph los recibió con gusto, y les dio una gran lección—. Lady Rose parecía también muy calmada, y, poco a poco, Gail también empezó a tranquilizarse.

—Parece que mi lady tiene plena confianza en que también esta vez Albermale saldrá victoriosa.

—Oh, completamente —contestó lady Rose—. Tendrían que juntarse cinco familias, con millares de soldados, para que sienta una pizca de miedo. Un soldado de Albermale vale por diez, lady Gail, y hemos sido atacados sin justa causa, por lo que, además, tenemos a Dios de nuestro lado. Así que no temáis.

En el momento, Roderick se acercó a ella quedando a unos pasos y la miró interrogante. ¿Estáis asustada?, preguntaba su mirada.

Sería una mentirosa si dijera que no, pero las palabras de lady Rose habían logrado tranquilizarla bastante.

Meneó la cabeza contestando, y Roderick sonrió casi imperceptiblemente y siguió ocupándose de sus tareas. Lo vio salir de la torre del homenaje hacia el patio de armas con largas zancadas, y Gail respiró hondo.

—¿Qué debo hacer yo? —preguntó. —Veo a todas las mujeres ocupadas, aportando algo, y yo…

—Vos, lady Gail, ya habéis hecho mucho tranquilizando a mi hijo. Pero hay un par de cosas más que podéis hacer, venid conmigo. —Gail la miró pestañeando por un momento. Había creído que su intercambio con Roderick había pasado inadvertido, pero no había sido así; y luego la siguió hacia un salón en el segundo piso.

Sir Homer vio la entrada de todos los aldeanos al castillo de Albermale con cierto rencor. Iban en orden, sin pánico, sin perder la compostura. Algunos empezaban a ubicarse de una vez ocupando todos los rincones, incluso las mazmorras, haciéndolas habitables y hasta cómodas, con luz, agua y fuego para proporcionar calor.

Ya le había advertido a lord Lathom que la gente de Albermale, desde el viejo más viejo, hasta el niño más pequeño, sabía qué hacer en casos de asedio, porque, Albermale, haciendo gala de sus excentricidades, los había instruido también en esto. Esperaba que no se hiciera muchas ilusiones, y que viniera bien preparado.

Su tarea asignada por el oficial a cargo, por el momento, era ayudar con los trabuquetes, y ya que tenía otros cinco compañeros en la misma tarea, no podía hacer nada para sabotearlos.

Y entonces, se escuchó una explosión. Todos miraron arriba, y el cielo se vio tintado de rojo. Una nube se esparcía sobre el castillo.

¿Pero qué diablos?, quiso exclamar. Él mismo había buscado todas y cada una de las bengalas de aviso a los aliados, esparcidas en diferentes rincones del castillo, y las había arruinado sumergiéndolas en agua. No había manera en que explotaran, eran cambiadas cada seis meses, y él lo había hecho hacía sólo una semana.

No debieron funcionar, tenía entendido que había que encenderlas con fuego para que volaran al cielo. ¿Cómo era posible?

Con las pupilas dilatadas, y el corazón latiendo enloquecido en su pecho, dejó de hacer su tarea y se quedó quieto en su lugar, viendo el polvo rojo caer sobre el patio de armas.

Varias leguas hacia el este, otra bengala roja tintó el cielo, y minutos después, otra en el oeste. Eran las respuestas de las torres vigías en los lugares más alejados, a los que sólo se podía llegar a través de esta señal, y que a caballo les tomaría días. Servía de respuesta para Albermale; recibido y entendido, decían esas bengalas, y al tiempo, alertaban a los que estaban más allá, quienes debían dar la misma respuesta como una reacción en cadena.

El vasallo más cercano era el de Warenne, poco más allá de la montaña fuerte. Estaba a un día, ese llegaría incluso antes que los asediadores. Los demás estaban a una o dos semanas.

Lord Lathom tenía una semana para atacar con toda su fuerza a Albermale sin tener que enfrentar a otros enemigos por la retaguardia y debilitar sus defensas, luego de eso, si no lo había conseguido, tendría que dividir sus fuerzas para enfrentar los refuerzos, y apelar a la ventaja de estar fuera de los muros y resistir todo lo posible hasta hacerlos rendirse.

Si los atacaban conforme fueran llegando, podría eliminarlos, aunque eso mermara sus números. Pero todavía podían ganar.

Cuando vio un anciano llegar con valdes llenos de peces vivos que recientemente había pescado, a una mujer con diez gallinas atadas y los pequeños polluelos encerrados en canastas de paja, y luego varias vacas ser guiadas a un lado de las caballerizas, comprendió que no iba a ser fácil hacerles rendirse pronto. Tenían comida, y en un asedio, esa era la carta del triunfo.

Lo único que les quedaba era corromper su fuente de agua. Del río en el norte se ocuparía lord Lathom y sus hombres, y del pozo al interior, él.

Esta era la única oportunidad que Homer Blackwood, un espía y asesino que llevaba ya un tercio de su vida metido aquí en Albermale, tenía para ver por fin su propósito realizado. Si además sobrevivía, recuperaría su libertad, y con el oro que le pagarían, podría irse muy lejos.

Le llamaba la atención Francia. Se decía que había lugares donde las mujeres no eran quisquillosas para aceptar a hombres como él, sin familia ni origen.

Y Albermale sería para él sólo un mal recuerdo.

31

Los condes de Lathom y March llegaron al fin al territorio de Albermale en la madrugada, y al pasar por la aldea la encontraron totalmente destruida. Habían incendiado todo, se dio cuenta. Las paredes de piedra habían sido derribadas, y no había ni un solo tablón de madera que pudiera ser aprovechado, hasta la paja de los tejados había sido retirada o quemada. El humo todavía subía en señal de que el fuego había sido reciente, y según los informes de su equipo de avanzada, también los sembrados habían sido arrasados.

Qué previsivo, lord Albermale, pensó Lathom haciendo una mueca. Tenía informes de que en la aldea había un pozo de agua limpia, pero al parecer lo habían clausurado también. Tendrían que abastecerse de agua de la misma fuente que ellos, lo que implicaba que no podrían corromperla, al menos, por ahora.

A medida que avanzaban, se escuchó solamente el paso uniforme de sus hombres, formados y armados para intimidar, pero no había ni un ser vivo por aquí. Ni un ave, ni un perro, nada. Todos, seguramente, se habían refugiado en el castillo.

No era tan sorprendente, se dijo. Algunos lores apreciaban la vida de sus aldeanos como si fueran valiosos. Mejor para él. Eso significaba que tendría que darle de comer a cientos y cientos de personas además de los soldados.

Cuando al fin estuvieron frente a la imponente fortificación, cada soldado empezó a cumplir con su tarea, y lo primero era construir las armas de asedio.

Barcas para cruzar el foso, escaleras para traspasar los muros, trabucos, catapultas, un puente flotante para transportar el ariete, torres, etc. Había traído los suficientes maestros y carpinteros para hacer las más exactas y temibles armas. Albermale caería este verano.

—¿Qué tienen lord Lathom y lord March contra Albermale? —le preguntó Rose a su marido en la sala del concejo seguida por Gail. Simon y Roderick habían estado hablando a solas en tono confidente, y al escuchar las palabras de Rose, se giraron a mirarla. Gail palideció.

—¿Lord Lathom? —preguntó sorprendida. —¿Nuestro atacante es Eugene Bohum, conde de Lathom?

—¿Le conocéis? —Gail miró con angustia a Roderick.

—Pidió mi mano y fue rechazado. Por favor. Decidme que no es por eso. No es mi culpa, ¿verdad?

—No lo es —contestó Roderick tajante, y caminó a ella para tomar su mano —. No tiene nada que ver con vos.

—¿Entonces…?

—Es sólo coincidencia. Eugene Bohum, conde de Lathom, es descendiente de los Beaumont—. Rose entreabrió sus labios al comprender, y Simon asintió corroborando sus palabras. Como Gail era la única que no tenía información acerca del asunto, Roderick procedió a explicarle. —¿Recordáis que os conté acerca de cómo tres lores intentaron acabar Albermale para quedarse con la montaña del oro? —Gail lo miró confundida. Sí, recordaba algo, y al tiempo, estaba segura de que él no le había contado nada. —Al parecer, la abuela de Lathom era hermana de sir Percival Talbot, el hijo de paz que fue dejado en Albermale como dictamen del rey. Nunca aceptó la paz entre las dos familias, e inculcó el odio en su hijo. Hemos sido espiados y vigilados por Lathom desde… —Roderick miró a su padre. —Desde antes de la muerte de Darius.

—¿Por qué lo decís hasta ahora? Nunca supimos quién era nuestro verdadero enemigo.

—Porque no estaba seguro. Al regresar, a los once años, tenía sospecha de muchos lores, pero debía ser cuidadoso. Me tomó mucho tiempo reducir la lista de probables enemigos, pero entre ellos siempre estuvo Lathom. Luego de ver su comportamiento en Londres, decidí investigar su genealogía, y al descubrir que era también un Beaumont, implanté mis propios espías en su casa. Tiene comunicación constante con alguien dentro de Albermale. Debe tener al menos una decena de hombres aquí.

—¿Tantos?

—En el pasado fueron cientos, y le abrieron las puertas a más a través del túnel. Esta vez han sido mermados, porque reconocí sus caras en cuanto los vi, pero debió haber muchos otros que nunca fui capaz de notar.

Gail miraba a uno y a otro confundida, sorprendida, e impresionada.

Cuando Roderick hablaba “del pasado” se refería a esa vida que contó como un sueño, donde ella se llamaba Emma, y fueron todos asesinados.

—Mi espía me avisó que Lathom planeaba algo grande junto a otros lores —siguió Roderick sacándola de sus pensamientos, —por eso incrementé las defensas y ordené el avío en armas. Hace una semana encontramos las bengalas saboteadas, alguien aprovechó el caos de la celebración de la boda para pasar desapercibido; las habían mojado para que no funcionaran, así que en secreto hice nuevas y las guardé conmigo. Esa fue la señal que me confirmó que pronto entraríamos en guerra. —Simon miró a su hijo orgulloso y sorprendido. Había pensado que al estar recién casado su hijo estaría distraído, pero fue todo lo contrario. Ahora que tenía a alguien a quien proteger, estaba mucho más alerta a todo.

—¿Cuál creéis que debe ser el paso a seguir?

—Alguien dijo una vez… que la mejor defensa es el ataque. —Simon sonrió.

Bruce, uno de los oficiales de la guarnición de Albermale, y hombre de confianza de Roderick, vio desde el adarve cómo el enemigo acampaba alrededor de Albermale. Los vigías habían acertado en el número, quinientos, y en el armamento que traían. Además, vio, estaban construyendo trabuques y catapultas monstruosas, puentes flotantes para salvar el obstáculo del foso, escaleras muy largas que tal vez alcanzaran la muralla a pesar de la profundidad del agua, y una torre de asedio.

Respiró hondo y contó mentalmente las defensas de Albermale, tranquilizándose. Su señor llevaba toda la vida fortificando el castillo para un caso como este. Aquí no era como en otros castillos, que se acordaban de la defensa sólo en tiempos de guerra, no. Según se descubrían nuevas formas de mantener a salvo a los habitantes y repeler a los enemigos, estas eran implementadas de inmediato, no importaba si eran tiempos de paz.

Hizo una señal que informaba del cuadrante en el que estaban construyendo la torre de asedio, a su parecer, una de las armas más contundentes que traían, y sus hombres a cargo movieron la catapulta del patio de armas poniéndola en una posición muy específica, con una tensión y velocidad precisas, la cargaron con una bala encendida, y dispararon.

La bola de fuego salió disparada fuera de los muros de Albermale, y cayó sobre el grupo de hombres que construían la torre.

Ya sólo quedaban cuatrocientos noventa y cinco hombres.

Cuando se informó que el proyectil había dado justo en el blanco, todo Albermale rugió. Era la señal del inicio de la guerra.

—¿Qué? —gritó Eugene de Lathom saliendo de su tienda—. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué disparan?

—Han decidido iniciar ellos el ataque —gritó alguien—. No se están defendiendo; ¡están atacando!

—¿Cómo hicieron para disparar con tal precisión la torre de asedio y a esta distancia? ¿O fue sólo suerte?

Nadie sabía. Pero los hombres de Albermale sí sabían. Tenían todo el terreno extramuros dividido en cuadrantes. Cada cuadrante tenía un código. Según el código, la catapulta debía ubicarse de cierta manera, y debía implementarse mayor o menor contrapeso, y el proyectil debía tener cierto peso y tamaño para alcanzar su punto.

Tenían horas de ensayo en este asunto, ninguna catapulta era tan efectiva como las de Albermale.

Bruce envió otro código con sus manos, las tiendas del Lord, donde seguramente estaba su cama y donde pretendía descansar. La destrucción de la torre era para mermar su armamento, el de la tienda, para mermar su moral.

Lathom comprendió al ver su tienda arder, totalmente destruida, las intenciones de Albermale, y aunque sus hombres no estaban del todo listos, hizo el llamado a las armas.

Nunca imaginó un enfrentamiento de esta manera, los que inspiraban el miedo eran ellos, ¡ellos!, que llegaban con un número que duplicaba el suyo, que los tenían rodeados, que podían tenerlos sitiados por meses si querían. Los asustados deberían ser ellos, ¿cómo osaban enfrentarlos sin previo aviso?

Todo el mundo sabía que, al acampar alrededor de un castillo, el líder de tal campamento hacía un reclamo. Iba él mismo o enviaba un vocero y publicaba la razón del asedio, ventilaba las ofensas, y luego ponía un precio a su retiro, un precio que casi nunca nadie estaba dispuesto a pagar.

El precio que pensaba poner era la misma Gail Russell de Leinster, actual esposa de Roderick. Y como era seguro que nunca la entregarían, irían a la guerra.

Pero Albermale se había saltado todos los protocolos pasando directamente a las armas.

Pues bien, responderían. Este diálogo, de todos modos, le gustaba más.

Las saetas de Lathom silbaron por el cielo, pero se chocaron contra las de Albermale, que venían en dirección opuesta. El primer oficial de Lathom, sir Mowbray, miró estupefacto el escenario. La curva de las flechas indicaba que estas venían desde las torres más altas, no desde el patio de armas. Una de ellas impactó en el suelo muy cerca de él, la arrancó y la analizó.

—¡Tened cuidado, están envenenadas! —gritó con toda su garganta.

Al interior de Albermale, los adolescentes adornaban las flechas con plumas, y comprobaban que las puntas estuvieran en su lugar; luego, las mujeres empapaban cuidadosamente la punta en una olla con una sustancia altamente tóxica, y las transportaban poniéndolas al alcance de los saeteros. Usaban guantes y protección en la cara para evitar accidentes, y lo mismo hacían los saeteros. Si acaso la flecha sólo rozaba al enemigo, caería muerto en veinticuatro horas de todos modos.

—Triturad mejor esas bayas —decía una anciana al grupo de jóvenes que preparaba el veneno en las cocinas—. ¡No dejéis que se pierda ni una pizca!

Otra vez la catapulta de Albermale disparó, y esta vez se llevó una gran pila de madera del enemigo.

Lathom gritaba dando órdenes, maldecía a sus oficiales, y éstos a su vez trataban de poner a resguardo su armamento a la vez que sus vidas.

No les quedó más remedio que recular, correr todo el campamento varios metros atrás, donde no llegaran las catapultas ni las flechas, pero esto les hacía perder mucho tiempo y capacidad. Un soldado tenía que recorrer mucho trecho para llegar a la fosa, y si llevaban un ariete, serían más lentos.

Lathom los maldecía con toda su alma, desde lo más profundo, y cuando al fin el ataque cesó, tuvo que reunir a sus oficiales para que le informaran las pérdidas.

Madera, tiendas, hombres… habían perdido mucho hoy, y la guerra apenas empezaba. En cambio, Albermale no había recibido el más mínimo daño, ni

una sola de sus piedras tenía la marca de fuego de su ataque, y quería matar a alguien por la frustración.

Pero este era un juego largo. Ellos estaban afuera, tenían la ventaja. Si estaban desesperados por atacar, es que querían que el juego se acortara, y no, no, no. Él no lo iba a permitir.

La noche cayó en absoluto silencio. Nadie en Albermale celebraba la victoria del día, aunque se miraban unos a otros sonriendo por lo bajo. Imaginar al enemigo correr hacia atrás era divertido. Pero tenían orden de dormir todas las horas posibles. La calma de la noche podía romperse en cualquier momento, aunque lo dudaban, el día no había sido fácil para Lathom al tomarlos por sorpresa; seguro que no habían podido cumplir con los turnos de sueño y vigilia; ellos también necesitaban dormir.

Gail vio a su marido entrar a la habitación y lo miró fijamente y en silencio. Roderick caminó hasta la palangana de agua y se dedicó a lavarse bajo la atenta mirada de su esposa.

—¿Estáis asustada?

—Más que asustada… sorprendida. Y la verdad… es que me siento un tanto inútil.

—¿Inútil? ¿Por qué?

—Hasta los niños tienen algo que hacer. He visto ancianas preparar veneno, niños transportando flechas, y…

—Esas mujeres llevan años de entrenamiento. Desde niños, saben qué hacer. No están asustados porque han sido preparados para este momento toda su vida. Tal vez por eso, aunque están asustados, sienten cierta anticipación porque pondrán en práctica lo aprendido. Esta vez no es un simulacro; esta vez, la vida de todos los habitantes del castillo pende de que lo hagamos bien. —Gail tragó saliva y asintió con expresión seria, y Roderick le tomó la barbilla para levantar su rostro. —Haremos todo lo posible para ganar, y con el favor de Dios, nunca más en nuestra vida tendremos que enfrentar otro asedio. Todo depende de qué tan pronto fulminemos a este enemigo. Nuestra fama dirá que somos inclementes, y tendremos unas cuantas décadas de paz—. Los ojos de Gail se humedecieron.

—¿Me juráis… que esto no tiene nada que ver conmigo? Rechacé muy crudamente las atenciones y regalos de lord Lathom…

—Bueno, no puedo decir que esa no haya sido la gota que colmó la copa —contestó Roderick con un suspiro—. También es cierto que me burlé un poco y lo provoqué. Le aseguré que ya erais mi prometida, cuando apenas os estaba cortejando.

—¿Por qué hicisteis eso?

—Porque el enojo nubla la razón… Para sacudirlo un poco. Y ahora… por fin sé quién nos atacó en el pasado. Esa vez… fue desde adentro. Infiltraron cientos de hombres, y no pude defender mi hogar. Me juré que algo así no volvería a suceder, y como no le permití infiltrarse esta vez, tuvo que asediarnos.

Gail se recostó sobre él, que a su vez se apoyaban en la mesa con la palangana. Roderick la rodeó con su brazo y acarició su cabello. Ella, al parecer, había olvidado que estaba enfadada.

—Cuando todo esto pase… os llevaré a conocer todo el territorio de Albermale. Estas semanas estuve ocupado, primero con la boda, y los invitados, y luego, con la fortificación del castillo. Lamento que vuestra vida de casada esté un poco accidentada. —ella sonrió.

—Excepto porque habéis llamado a Emma en vez de a Gail, no he sentido que haya sido “accidentada”

—Oh, Gail…

—Entiendo, entiendo. Me llamabais a mí.

—Sólo a vos.

—Y me amáis a mí.

—Sí, sí. Sólo a vos —Gail volvió a sonreír sin separarse de él, y Roderick empezó a sentirse mucho más tranquilo. Gail se puso en puntas de pie y le besó los labios, y Roderick dejó salir un sonido lleno de satisfacción. La había echado mucho de menos.

Como era de esperarse, Lathom no esperó al amanecer para volver a atacar, y esta vez el ruido del impacto contra las murallas exteriores sacudió todo el castillo.

Gail temía asomarse para mirar, pero subió a una torre junto a Maud y observó.

El ejército enemigo estaba formado por veintenas, y marchaban con lanzas hacia el castillo. Tenían dos trabuques, y según lo que escuchó, apuntaban todos a un mismo punto: la torre del matacán.

Pronto, el enemigo empezó a encontrar las diferentes trampas puestas a lo largo de todo el terreno extramuros. Debajo de la fosa y cubierto por el agua había estacas de maderas dispuestas de tal manera que hacían que las barcas se rompieran antes de llegar a su destino. Empezaron a llenar el foso con piedras hasta conseguir que el agua se desbordara, y así, abrieron un camino a través del agua.

Luego, cargaron el ariete y cargaron repetidamente contra la puerta, mientras no cesaban con el ataque a la torre, y seguían rellenando el foso para abrir otros caminos.

En la torre oeste descubrieron que intentaban abrir un túnel para acceder al castillo. Los recibieron con fuego y destruyeron el túnel. En el este, una torre logró acercarse con decenas de hombre dentro. Por más que les disparaban con flechas incendiarias, ésta no ardió en fuego, pero entonces le fue lanzado un proyectil con la catapulta interior y esta cayó de lado aplastando a varios de los suyos.

Y así pasó la primera semana.

El ataque no cesaba por mucho tiempo. Parecía que sólo se retiraban un poco, construían nuevas armas y regresaban con más furia. Pero era de esperarse; tenían suministro de madera casi ilimitado por el bosque, y espacio para construir. Todos temían, además, que, en algún momento la muralla cediera.

Sir Homer aprovechó el cansancio de todos, y en puntas de pie, caminó entre sus compañeros dirigiéndose al pozo de agua.

Todos estos días había intentado llegar a él, pero estaba fuertemente custodiado, cubierto por un tablón de madera para evitar que le cayeran agentes contaminantes, y había comprendido que tendría que tendría que acercarse lo suficiente como para levantarlo y arrojar dentro el veneno.

Se tiró al suelo cuando sintió un movimiento tras él. Era el soldado vigía en una de las torres, y cuando vio que daba la vuelta, volvió a acercarse sigilosamente.

El tablón estaba asegurado, se dio cuenta.

¿Cuántas precauciones más había tomado esta maldita gente? Había visto que una mujer levantaba el tablón y sacaba el agua sin impedimento alguno, ¿por qué él…?

—¿Qué hacéis, sir Homer? —preguntó una voz tras él, y sin pensarlo dos veces, sir Homer sacó su daga y atacó. Sir Peter reaccionó rápidamente, aun así, fue herido en el vientre. Cayó de rodillas e intentó dar la voz de alarma, pero entonces Homer lo pateó en la cabeza y se volvió hacia el pozo ya sin importarle si hacía ruido o no. Levantó el tablón de madera con una mano y con la otra buscó entre sus ropas el veneno, pero cuando al fin lo tuvo en su mano, una flecha se clavó en la mano que sostenía el tablón, y lo dejó caer provocando mucho ruido.

—¡Traidor! —gritó alguien, y la voz se repitió más allá.

Sin perder el impulso, y con la flecha aún clavada en la mano, volvió a levantar el tablón. En esta ocasión, la flecha dio en el brazo derecho, la que sostenía el veneno, y este cayó al suelo rodando hasta los pies de alguien más. Sir Doug.

Doug tomó el frasco con el veneno, y con una patada, dejó inconsciente a sir Homer.

Tenían orden de no matarlo, y una vez más, un hombre de Roderick se sorprendió al ver lo acertado que había estado el lord al prever este tipo de traición.

Sospechaba de él desde hacía mucho tiempo, pero la orden había sido capturarlo, no matarlo.

Doug escupió a Homer demostrando todo su desprecio, y dio la orden de despertar a lord Roderick y darle la noticia.

Su señor se iba a divertir un buen rato interrogándolo.

32

Faltaba poco para el amanecer cuando llamaron a Roderick avisándole del nuevo hallazgo. Este bajó hasta las mazmorras más profundas guiado por Doug, que llevaba una vela para iluminar el camino.

Roderick lo encontró con vendajes en la mano izquierda y el brazo derecho, sentado en el suelo, pues no había catres aquí, y mirándolo desafiante.

Otro caballero puso un asiento para Roderick y este se sentó en silencio cavilando acerca del mejor método para sacarle información. Mientras, Doug y Bruce entraron a la celda y ataron las manos de Homer en la espalda poniéndolo de rodillas. Se ubicaron a cada lado con sus dagas desnudas mirándolo con odio y esperando cualquier orden para acabar con su vida.

Roderick guardó silencio largo rato. En su mente resonó el eco de los últimos instantes de su pasado.

Antes, sir Homer fue su administrador, uno de sus hombres de confianza. Si él era el contacto de Lathom, su espía, seguro que tenía la misión de erradicar Albermale. Pero había cosas que no calzaban con ese propósito. Por ejemplo, en el pasado, cuando sus padres murieron, él era en extremo vulnerable; sólo un niño, y enfermo. Cuando el asesino se coló en su habitación, fue él quien lo detuvo, y era algo que no comprendía.

¿Por qué le salvó la vida? ¿Por qué dejó que se hiciera adulto haciendo más difícil la misión de destruir Albermale?

¿O acaso, además de ese, tenía otro propósito?

¿Lo atraía la riqueza de Albermale?

¿Había actuado en desobediencia, o siguiendo las órdenes?

Guardó un tenso silencio, mirándolo casi sin pestañear, mientras recordaba los últimos instantes, cuando la vida se le iba mientras abrazaba a su esposa.

No muráis, había rogado él, mientras corría en su auxilio. La imagen era tan vívida que siempre lograba causarle escalofríos.

—¿Qué edad tenéis, sir Homer? —preguntó Roderick, sorprendiendo totalmente al hombre, que frunció el ceño.

—¿Qué importa eso? —un pescozón de Doug le hizo tambalearse—. Cuarenta años.

—Cuarenta —murmuró Roderick torciendo los labios—. Lleváis casi la mitad de vuestra vida cumpliendo esta misión, ¿no es así? estabais aquí desde antes de la muerte de lord Darius… —Homer guardó silencio, ni siquiera lo miró. Roderick leía atentamente todas sus expresiones, convencido de que se podía mentir con las palabras, pero no con los gestos.

Dejó salir el aire ruidosamente y se acomodó mejor en el banco, como si en vez de esta húmeda y oscura mazmorra, estuviera en su salón principal.

—Os voy a contar un sueño que tuve hace tiempo —siguió. —En ese sueño, mientras estaba enfermo por el veneno que se me estaba suministrando, mis padres morían en esa emboscada. Yo quedaba solo, y una noche, un asesino entró a mi recámara, pero vos, sir Homer, lo detuvisteis, y así os ganabais mi confianza y gratitud. —Sir Homer seguía con la mirada clavada en el piso, pero un leve movimiento de sus cejas indujo a Roderick a seguir. —Y por eso, os hice mi administrador. Estabais dentro del castillo, gozando de comodidades, teníais mucha más autoridad de la que tenéis ahora—. Por un instante, Homer miró a Roderick, pero de inmediato bajó la mirada otra vez—. Decidme, sir, ¿habría sido más fácil para vos si hubieseis tenido un lugar de autoridad en el castillo? Ser un simple soldado ha sido difícil, ¿cierto?

—¿Vais a matarme? ¿Por qué no lo hacéis ya? ¿Por qué perdéis el tiempo contándome historias?

—Además de las órdenes de lord Lathom, ¿qué os mueve, sir? Sois un asesino entrenado, de una orden de la que nadie habla en voz alta. —Sorprendido, Homer lo miró—. Debió ser muy fácil para vos matarme, pero no lo hicisteis. No era el oro, era algo más. ¿Buscáis los famosos secretos de Albermale? —Incómodo, Homer empezó a removerse, pero la mano de Bruce lo mantuvo en su lugar, y Homer soltó un quejido, pues estaba lastimando su brazo herido. —Quiero haceros una oferta. —Homer soltó una risita.

—¿Creéis que podéis negociar conmigo?

—Los secretos de Albermale a cambio de los nombres de los otros traidores. —Aquello debió llamar fuertemente su atención, pues se quedó quieto y volvió a elevar la mirada—. Deben ser al menos diez de ellos. Dadme sus nombres, y saciaré vuestra curiosidad antes de que muráis.

Sir Homer tragó saliva. No debía dudar de su palabra, si lo estaba diciendo era porque lo haría. Él no tenía ya nada que perder, después de todo, y no le debía lealtad a nadie, más que a sí mismo.

Si iba a morir, lo haría conociendo al fin la verdad.

Sonrió de medio lado, y Roderick se dio cuenta de que al fin estaba viendo su verdadero ser. Los ojos le brillaron llenos de codicia, pero este hombre no codiciaba el oro o el poder, codiciaba el conocimiento, específicamente, codiciaba los secretos de Albermale.

Tomó aire al comprender que había dado en el blanco. Fue una apuesta, pero había acertado.

—¿Todos los secretos? —preguntó Homer con ojos brillantes. —¿En serio? ¿Y cómo sabré que son los verdaderos secretos y no sólo una fábula que os inventáis para engañarme?

—Cuando os revele todo, no os quedará ninguna duda. Comprenderéis que no hay ser humano en este tiempo capaz de inventar algo así, y, además, podréis corroborarlo con lo que ya sabéis, con la realidad. —Doug y Bruce miraron a Roderick confundidos. No entendían de qué hablaban, por qué la palabra "secreto" era usada de tal manera, y por qué el lord lo revelaría a un traidor, pero se abstuvieron de pronunciar palabras.

Sir Homer guardó silencio por un largo minuto, sopesando las posibilidades, analizando todas sus opciones.

Pero tenía muy pocas. En algún momento, sin su guía, los demás infiltrados empezarían a cometer errores y serían descubiertos tarde o temprano, además, eran muy pocos contra tantos. Por otro lado, esto era lo que siempre había querido.

—Está bien —se decidió al fin—. Daré sus nombres, pero afuera os esperan quinientos hombres. Caeréis, de todos modos.

—Ya no son quinientos. ¿Y bien? ¿Tenemos un trato?

Al escuchar los nombres, Doug y Bruce salieron de la mazmorra ideando una estrategia para capturarlos. Tal como Roderick había previsto, eran ocho hombres más. Fueron atrapados en silencio, sin despertar demasiada sospecha, para que los restantes no se pusieran alertas. Durante el día, y mientras resistían el asedio nuevamente, en medio de gritos de órdenes, o

de dolor, fueron llamados para preguntarles algo, movidos de su puesto, y de uno en uno, fueron llevados vivos a la mazmorra al lado de la de Homer.

No tardaron en comprender lo que estaba sucediendo. Habían sido delatados, traicionados.

Roderick los escuchó discutir desde un ángulo que no pudieran verlo mientras se maldecían unos a otros, y, sobre todo, maldecían a sir Homer. No había ni uno inocente, comprobó.

Le dejó la tarea de sus muertes a Fátima, que les suministró una bebida que los puso a dormir para siempre sin mayores aspavientos.

Extrañamente, Roderick no sintió rencor hacia ellos. Pudieron ser los que iniciaran el desastre que se llevó su vida y la de su esposa en el pasado, pero ya no podía culpar más a los demás de esa desgracia. Y también, al poder evitarlo en esta vida, se sentía reivindicado.

Bruce y Doug fueron los que sacaron los cuerpos por la noche, y en silencio.

Tenían una cámara de incineración para estos menesteres. En Albermale no se acumulaban los cadáveres de los caídos, así se evitaban infecciones y demás enfermedades.

Y otra vez, antes del amanecer, el enemigo se enfocó en la torre del matacán, enviando un proyectil tras otro para derribarla, al tiempo que un ariete golpeaba la puerta, y otros más intentaban subir la muralla usando escaleras.

Los de Albermale frustraron varias veces el ariete lanzándole brea encendida y no sólo matando a los soldados de manera cruel, sino consumiendo el armazón que protegía el ariete y retrasando una y otra vez su uso. El muro se reforzaba una y otra vez por la noche, revisando sus bases por maestros e ingenieros, reparando los daños y manteniéndolo húmedo, ya que los proyectiles lanzados estaban incendiados, y con el invento de escudos llenos de pinchos se recibían a los escaladores, lanzándolos al foso, donde los esperaban estacas que los ensartaban.

Simon y Roderick se turnaban el liderazgo, y así pudieron dormir sus correctas horas de sueño, y Lathom pocas veces atacaba en medio de la noche, a menos que el ataque del día se prolongara, pero entonces él mismo señalaba la retirada.

Pasaron dos días desde que Roderick se deshiciera de los ocho traidores, estaba atardeciendo, y por fin consideró que era tiempo de hablar con Homer. En estos dos días, sólo había tomado agua, nada de pan. Debía estar lo suficientemente molesto, frustrado, y eso haría mucho mejor la charla.

Por supuesto, era un asesino entrenado. Un par de días de hambre e incomodidad no lo iban a quebrar fácilmente, pero sería más divertido.

—Oh —lo saludó Homer mirándolo con una sonrisa. —Aquí estáis. Por un momento pensé que faltaríais a vuestra palabra. Me complace ver que sois un caballero, después de todo. —Roderick asintió sin molestarse, y tomó el banco de madera para sentarse frente a él, que se había puesto en pie y caminado hasta la reja de hierro.

En el momento, se escuchó una fuerte explosión. Sin duda, otro proyectil había impactado contra la torre. A pesar de lo caótico que parecía estar todo afuera, Roderick seguía sentado mirándolo impasible, sin mostrar una pizca de vacilación ante lo que pudiera estar sucediendo afuera.

—Esa muralla no va a resistir mucho tiempo.

—Sólo necesito que resista dos días más.

—¿Dos días más?

—¿Olvidáis que lancé la bengala, sir?

—Pero no vino nadie en dos semanas. Sir Warenne, que está a un día, no vino. Sir Elliot está a una semana, y tampoco vino. Parece que fuisteis abandonado, lord. —Roderick elevó las cejas como si meditara en eso, pero sólo hizo una mueca asintiendo.

—Tiene sentido. Actualmente, el vasallo más lejano de Albermale está a dos semanas a caballo. Faltan dos días. —Homer se echó a reír lleno de burla.

—No servirá de nada la ayuda de un solo vasallo. Sólo os podrían aportar una veintena de hombres, y afuera hay quinientos.

—No, ya no son quinientos —contestó Wulfric. —Pero dejadme y os explico. Lo que decís es cierto, cada vasallaje de Albermale sólo puede

aportar veinte o cuarenta hombres. Si llegaran de uno en uno, serían exterminados por los casi quinientos de afuera. Por eso, tienen la orden de reunirse primero en dos puntos, este y oeste, esperar a que todos lleguen, armarse, organizarse, y subir a defender Albermale como un río. —Homer frunció el ceño. —No es lo mismo atacar a doscientos hombres que llegan a la vez, que, si llegaran de veinte en veinte, ¿no es así?

—Sois unos malditos. Habéis expuesto el castillo por dos semanas sólo para reunir las fuerzas…

—Albermale puede resistir tranquilamente dos semanas de asedio. Llevamos casi cien años preparándonos para esto… y habréis notado… que nuestras habilidades son superiores al resto.

—¡Brujería! —acusó Homer con una sonrisa torcida. —En Albermale hay brujería, siempre lo he sabido. Sois aliados del demonio. No puede haber otra explicación.

—¿Esa es vuestra conclusión?

—¿Qué es lo que hace que siempre estéis un paso adelante? Vos… siendo un niño, ¿cómo pudisteis evitar la muerte de los lores en esa emboscada? ¿Cómo os librasteis del veneno que os mataba? ¿Por qué vuestros niños sobreviven tanto? ¿Por qué sabéis cosas como guerras, impuestos, alianzas, cómo sabéis?

—Sir, el sueño que os conté, no fue un sueño. Ahora que sé que mi principal traidor fuisteis vos, tuve tiempo para darle forma a todo lo que sucedió. En una… vida alterna, vos ganabais esta guerra…

—Qué locura…

—Os estoy revelando los secretos de Albermale, sir. En esa vida, lograsteis matar a mis padres, pero os arrepentisteis de matarme a mí. Conseguisteis el puesto de administrador, e infiltrasteis a cientos de hombres. Matasteis a mi esposa, pero por alguna razón, insistíais en no matarme a mí. Queríais que os dijera los secretos de Albermale. Y he aquí el secreto: —Roderick se puso de pie y caminó hasta la reja, donde Homer apretaba los barrotes de hierros hasta poner blancos sus nudillos. Con cuidado, Roderick puso sus manos sobre las de él, como si intentara calmarlo. —Morí, luego de ver a mi esposa morir; le entregué mi espíritu a Dios… pero increíblemente, en vez de encarar al creador, desperté de nuevo a los once años.

—¿Qué?

—¿Y sabéis qué? Ahora tenía conocimiento de todo lo que iba a suceder en el futuro. Esa es la habilidad de Albermale. —Sir Homer intentó soltar los barrotes, pero Roderick ahora le tenía las manos secuestradas, y no pudo moverse. —No sé por qué, no sé desde cuándo, pero mi linaje está bendito por alguna deidad, y no desaparecerá.

—¡Soltadme!

—Si matarais a todos, uno de nosotros sobreviviría de alguna manera, y todo volvería a empezar.

—¡No es posible!

—Podemos ir al futuro más lejano —insistió Roderick con voz pasmosamente calma, —obtener conocimiento, y volver para hacer uso de ellos.

—¡Brujería! —gritó sir Homer. —¡Si la santa iglesia se enterara, os destruiría!

—No sabía que fuerais tan devoto, sir. Sois un asesino, ¿cuándo os acercasteis tanto a Dios? —sir Homer lo miró atentamente, sorprendido.

Pero, de alguna manera, le creía.

—Entonces… los secretos de Albermale…

—No reposa en un objeto que podáis tener. No es un trofeo que podáis conseguir si derribáis hasta la última piedra de este castillo. El secreto de Albermale es nuestra sangre. Nuestro linaje prevalecerá, no importa si para eso tengo que reiniciar mi vida desde los once años una y otra vez. Mis hijos llevarán ese poder, mis nietos, mis bisnietos. Sabemos que aun en el siglo XXI tenemos descendientes con ese poder. ¿Y vos creíais que nos exterminaríais? ¿Vos? ¿Un simple lacayo?

Sir Homer apretó fuerte los dientes, pero no podía negar que estaba sorprendido.

Reiniciar la vida desde un punto específico. Ir al futuro y obtener conocimiento. Claro. Con razón sabían todo. Desde qué impuestos iba a gravar el rey, hasta qué guerras sucederían y quién las ganaría.

—¿Este asedio… ya lo vivisteis?

—No. Esto es nuevo. Pero ganaremos sin necesidad de conocer su desarrollo y resultado. Consolaos con que, en el pasado, ganasteis. Lástima que no podáis recordarlo para regodearos en vuestra victoria.

Roderick se giró dispuesto a subir, y pensando en el paso a seguir, pero entonces sir Homer lo detuvo llamándolo.

—¿Por qué? —preguntó. —¿Por qué vosotros? ¿Qué tenéis de especial? — Roderick respiró hondo.

—No lo sé, sir. Y nadie ha venido desde el futuro, o desde el pasado, para explicarnos la razón. Tal vez ellos, allá, tampoco lo hayan descubierto. Sea como sea, existe, es real. Alguien superior quiere que estemos aquí, que sobrevivamos, y hace todo lo necesario para mantenernos vivos. — Roderick se encogió de hombros. —¿Y quién soy yo para impedírselo?

Sir Homer volvió a quedar solo y perdido en sus cavilaciones. Cayó de rodillas y miró el sucio suelo con la mente elevada.

Ir al futuro, volver al pasado.

Claro, no había sido otra cosa más que esto. Pero era demasiado grande.

No opuso resistencia cuando un par de soldados entraron a su celda. Seguía pensando y pensando en lo magnífico que era lo que le habían revelado. Lord Lathom no tenía ninguna posibilidad. No sabía a quién se estaba enfrentado.

Pero yo le gané, sonrió mientras alguien lo tomaba del pelo y apoyaba su cabeza en el suelo. Aun cuando tenía la ventaja de saber lo que iba a suceder, según las palabras de él, le gané. No lo recuerdo, pero lo maté.

El verdugo levantó el hacha, y sir Homer cerró los ojos.

Era una lástima que Dios bendijera a unos y maldijera a otros. Al parecer, él era uno de los malditos.

Si había otra vida, desearía ser parte de esta familia, encarnar como un Albermale.

¿Era demasiado pedir?

Roderick encabezaba la excursión esa noche. Guiaba a cinco de los hombres en quienes más confiaba, los más fuertes y experimentados, los más cercanos, a través del pasadizo.

Revelarles tal conocimiento era poner su vida, y la de todos en el castillo, en manos de estos hombres, pero estaba dispuesto a arriesgarse. Y así, luego de renovar sus juramentos de lealtad, sus cinco oficiales, Bruce, Doug, Elric, Quentin y John, lo siguieron hasta el exterior.

Conocían perfectamente el terreno, cada árbol y cada colina; iban vestidos de negro, con los rostros cubiertos, y no había luna.

El cielo se había encapotado de nubes, así que ni siquiera la luz de las estrellas iluminaba el bosque, y con sigilo, llegaron hasta el campamento enemigo.

Roderick miró a sus hombres y les dio una señal con las manos. Cada uno tenía ya una tarea asignada, un tiempo limitado, una orden.

Elric y Quentin estaban encargados de sabotear las catapultas, así que aflojaron cuerdas, levantaron láminas y desbalancearon contrapesos. John y Bruce cercenaron las gargantas de aquellos que dormían en tiendas, no a la intemperie, indicativo de que eran gente de autoridad, y luego de deshacerse en silencio de los guardias que custodiaban los alimentos, contaminaron sus raciones con líquidos que, les aseguró Fatima, los haría tener diarrea por días.

Roderick y Doug entraron a la misma carpa de Lathom, dejando como regalo la cabeza de Homer. Doug puso sobre la nariz de Lathom y March un pañuelo con una sustancia provista por Fatima, y pasó su daga por sus gargantas, pero no para cercenarlas, sino para mancharlas de sangre, sólo eso.

Ah, quería ver sus caras cuando descubrieran que estuvieron tan cerca de morir… Quería verles la expresión de ira cuando comprendieran que no sólo les habían hecho un gran daño, sino que también se burlaban de ellos…

Pero sólo podrían imaginarlas, y luego de mearse en sus barriles de vino y agua, volvieron a casa.

Aguantaron la risa hasta estar de vuelta en el castillo, y luego, hicieron cuentas.

Con este daño, resistirían mejor los dos días que faltaban. Los trabuquetes no les funcionarían, y mientras la reparaban, la muralla resistiría. Ya el maestro ingeniero les había advertido que no podría ser reparada, sino reconstruida.

Un poco más, se dijo Roderick. Sólo debían resistir un poco más.

33

A la mañana siguiente, el campamento de Lathom y March se despertó con escándalo. Costó un poco despertar a muchos, incluso a los lores, pero cuando lo lograron, y se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, entraron en ira.

Lathom, sentado en su catre, y las manos apoyadas en sus rodillas, esperaba pacientemente que limpiaran la sangre de su garganta, evitando mirar el lugar donde habían encontrado una cabeza humana, la cabeza de su espía e infiltrado más importante: Homer Blackwood. Respiraba profundo una y otra vez, pero lo cierto era que estaba a punto de estallar.

Uno de sus mejores caballeros, sir Wendell, estaba de pie a su lado. Wendell conocía mejor que nadie a su señor, y sabía que en este momento era mejor dejarlo tranquilo, sin traerle más malas noticias.

Se había unido a él desde niño, y le era totalmente leal. Para Wendell, no había mejor casa que la de Lathom.

Allí no les temblaba la mano para deshacerse de los enemigos, de los traidores, y el entrenamiento era duro. Desde que ingresó allí, le fijaron en la mente que su objetivo era destruir Albermale.

Era casi diez años menor que lord Lathom, pero tenía hacia Albermale el mismo odio que él. Había vuelto a él con vergüenza después de haber sido rechazado por Roderick Montfort para ser parte de sus hombres, y todavía lamentaba el haber fracasado en esa misión. Desde adentro, habría hecho tanto daño, que hoy no se estarían enfrentando a un asedio, sino a una infiltración.

Y a la primera que habría matado, habría sido a la perra esa, Gail Russell.

Lord Lathom ni siquiera se había casado, porque su prioridad había sido prepararse para este día, reunir a los mejores hombres, la mayor cantidad de riqueza, para triunfar en este enfrentamiento. Sólo una vez lo vio motivado por una mujer, y había sido la zorra esa. Ella, creyéndose de mejor familia, cuando sólo eran condes desde hacía dos generaciones, lo rechazó tan cruel y descaradamente a pesar de las atenciones y los regalos que le fueron enviados, que merecía la ignominia. En cuanto lograran penetrar la muralla, él personalmente iría por esa ramera, la arrastraría ante su señor, y la

desnudaría para él. No se merecía menos por haber preferido a Roderick Montfort.

Lord Lathom había invertido mucho tiempo, mucho dinero, mucho esfuerzo, en este asedio. Lathom era rico, pero gran parte de sus reservas estaban aquí, y no importaba el oro o las riquezas que encontraran dentro cuando por fin ganaran y se hicieran con el botín, la mayor satisfacción sería ver esta casa derruida. Mataría desde el niño más pequeño hasta el anciano más achacoso, y a los lores les cortaría la cabeza y las clavaría en estacas.

Pero anoche habían sido burlados.

No sabía qué clase de brujería habían usado, pero cayeron en un sueño profundo. No fue el vino, porque no afectó a todos. No fue el agua, ni la comida. Sólo a unos cuantos, los oficiales, y aun él, que tenía el sueño ligero de un guerrero, había caído presa de ese sueño extraño. Y no contentos con eso, se habían burlado de los señores manchándoles la garganta con sangre, como advirtiéndoles que, si quisieran, ya estarían muertos.

¿Por qué no los mataron a todos de una vez? ¿Por qué la burla? ¿Por qué habían caído ante tal jugarreta?

Había escuchado a lord Lathom hablar acerca de lo extraña que era la casa de Albermale. Siempre que recibía cartas de sir Homer, el espía principal en Albermale, hacía advertencias de las raras costumbres allí vistas, y ese raro poder de anticiparse al futuro. Su suerte parecía desmedida; siempre se adelantaban a todo, conseguían los mejores aliados.

Por mucho tiempo, Lathom no creyó en esas patrañas, pero, cuando le contaron que habían enviado médicos a Leinster y evitaron la muerte de la lady, como si supieran que si no lo hacían esta moriría, las cosas empezaron a cambiar. Y luego, cuando lord Simon aconsejaba al rey las mejores rutas para hacerse con Gales, y todas sus predicciones terminaban siendo ciertas, Lathom ya no fue tan indiferente a ese raro poder de anticipación que tenían, y empezó a prestarles más atención.

Quería ese poder para él, y le escribió a Homer Blackwood para que se hiciera con él. Pero Homer tenía un rango muy bajo en el castillo, y nunca hizo grandes avances.

Wendell tenía la firme convicción de que, si derribaba piedra por piedra todo el castillo, lo conseguiría.

En el momento entró lord Gavin Mandeville, conde de March, socio y amigo de lord Lathom.

Estaba furioso, y en su garganta todavía había restos de sangre. Entró vociferando, quejándose de la deficiente vigilancia de los hombres de Lathom, que habían sido los encargados anoche.

Wendell vio a lord Lathom cerrar los ojos y aguantar, pero él se preparó. Su lord no solía soportar la ira mucho tiempo antes de estallar.

Pero lord March era un viejo amigo, se dijo. Habían estado en esto desde hacía mucho tiempo. Lord March sólo ganaría afianzar la alianza entre las dos familias, y tal vez un poco de oro, su venganza no era personal.

Sin embargo, lord Lathom se puso en pie, tomó su espada, y con ella atravesó a March.

—¡Callaos! —gritó con toda su garganta. —Estoy harto de vos, ¡guardad el maldito silencio! ¡Callaos! —March hizo un gesto de sorpresa y dolor mientras miraba la espada atravesada en su estómago, y escupió la sangre que le subió por la garganta.

De inmediato Wendell se armó y atacó al guarda de March, que reaccionó ante el ataque a su señor, y luego de una corta lucha en la tienda, lo eliminó. A la tienda llegaron más soldados, de una y otra casa. Los de March, al ver a su señor caído, se llevaron las manos al cinto, pero Lathom lanzó un rugido.

—Os advierto que no tendré piedad del que se rebele contra mí —gritó Lathom—. Moriréis por mi mano o por la de Albermale, así que elegid bien. Si os unís a mí, ganaremos la contienda y os llenaré de oro. ¡Pensadlo muy bien! —una parte de los caballeros de March aceptó el nuevo trato, pero otra se hizo a las armas.

Perdieron a muchos aliados esa mañana.

Pero a Lathom parecía no importarle. Miraba a la muralla con ambición. Ya los maestros carpinteros la estaban reparando, y les estaba metiendo tanta prisa que esta misma noche estarían de nuevo listas para atacar.

Ah, había sido suave hasta ahora, pero a partir de aquí, no les daría tregua.

Con el rostro manchado de sangre, miró con furia hacia el castillo delante de él.

El día había llegado. Por fin sus antepasados serían vengados. Por fin podría ponerle las manos encima a Gail, y esparciría por el suelo las vísceras de Roderick Montfort.

—Parece que hay un motín —dijo Elric, que se adjudicaba el privilegio de tener la mejor vista entre todos los caballeros de Albermale, haciéndose visera con una mano y mirando desde las torres almenadas el campamento enemigo. —Están luchando entre sí.

—Ojalá se maten todos —escupió Quentin, mirando con odio hacia el campamento.

—Tenemos suerte, pero no tanta —Quentin sonrió con un gesto torcido.

Ninguno de los caballeros de Roderick entendía del todo la razón de este asedio. Por lo general, entre condes se agraviaban y la solución que encontraban era asediar, pero en este caso, no recordaban ningún motivo poderoso para eso. Doug, que era el más cercano a Roderick, guardaba silencio cuando se le preguntaba, pero ellos no habían sido testigos de ningún daño causado por Albermale.

Habían terminado por creer que todo se debía a la riqueza de Albermale, lo que reducía a los lores de afuera a simples ladrones. Una falta total de honor.

Gracias a la incursión nocturna, fue un día más bien pacífico, dedicado a hacer reparaciones, y prepararse para lo que venía.

Y el contraataque no se hizo esperar.

Era la media noche cuando un nuevo proyectil incendiado dio contra la muralla. Ya los vigías habían advertido la actividad y se habían preparado, así que no los tomó por sorpresa.

Sin embargo, los destrozos se estaban haciendo notar. Los más viejos se quejaban de cómo en dos semanas el enemigo había logrado hacer tanto daño, de cómo parecía que no comían ni dormían, como si les urgiera ganar.

La mañana fue gris y lluviosa, a pesar de ser verano. La brea encendida que lanzaba se enfriaba demasiado rápido, el adarve era ahora resbaloso por el agua lluvia, pero al menos, también los enemigos estaban teniendo

complicaciones. Sus proyectiles incendiarios, aunque daban contra la muralla, eran aplacados por la lluvia.

Gail, en medio de la sala del homenaje, ayudaba a Fatima con los heridos, aplicando ungüentos, lavando heridas, aplicando alcohol. Retenían a la fuerza a los soldados que se creían lo suficientemente curados como para volver a la defensa, y preparaban más medicina, más mejunjes curativos, sin descanso siquiera para comer.

Había escuchado que, como diligentemente todos los disparos se hacían al mismo lugar, y no al azar como solía ser, la muralla no resistiría mucho. Y si la muralla no resistía, ellos estarían desprotegidos.

Otro disparo, y pareció que la tierra temblaba, y así estuvieron, corriendo de un lado a otro, calentando brea, disparando flechas, corriendo de un lado a otro no sólo en el patio de armas, sino también en el adarve, defendiendo la fortaleza.

—La muralla no va a resistir mucho más —gritó Roderick a sus hombres, deshaciéndose de otro que intentaba subir por las escaleras. Había llegado el mediodía, la mayoría no había tenido tiempo de comer, ni de dormir, nada. También estaban teniendo muchas bajas, y todavía faltaban horas para que, desde oriente u occidente asomaran los refuerzos. —Sólo un poco más. Reduzcamos sus números al máximo. Aunque penetren el castillo, podremos contenerlos hasta que llegue la ayuda.

—Nunca un asedio fue tan rápido —comentó Fatima mientras ponía en su lugar un hueso roto. Era un chico que había caído desde el adarve rompiéndose una pierna; ya no podría seguir ayudando a los soldados a abastecerse de flechas. Gail estaba horrorizada con la imagen del hueso salido, pero ayudaba de todos modos. —No cabe duda de que lord Lathom fue informado de que no debía dar tregua en las primeras dos semanas. Yo esperaba dos largos meses de asedio, pero al parecer, no será así.

—Sin duda, fue informado de las bengalas —dijo Dwey, uno de los ayudantes de Fatima. —No hay otra explicación. Sabiendo que en dos semanas llegarían los refuerzos, se tienen que apresurar en todo.

Otro impacto en la muralla, pero en el corazón de Gail resonó con más fuerza de la normal. Miró alrededor, gente yendo y viniendo, mujeres atendiendo heridos, quejidos, conversaciones aquí y allá, el ruido de la guerra afuera, Fatima, Dwey, y más gente aplicando hierbas…

Miró a Dwey fijamente. Siempre tuvo esa sensación extraña hacia él. Lo odiaba y no sabía por qué, y ahora, al verlo, sintió náuseas.

“¡No! ¡Es una dama!”

“¿Y eso qué? Dama, ramera, o criada, todas son iguales una vez desnudas”.

Esas palabras resonaron en su mente, y la imagen de Dwey frente a un caballero inundó su mente.

“¿Creéis ahora que ellos protegerán vuestra vida o la de vuestra familia? ¡Todos moriremos!”

—¡Ah! —gimió Gail poniéndose una mano en la sien, mientras con la otra se sostenía el vientre, como si fuese a devolver el estómago. Fatima corrió a ella de inmediato.

—¡Mi lady! —gritó. —¿Qué os pasa? ¡Habladme! —pero Gail no fue capaz de hablar.

Se vio a sí misma en un camino, rodeada de sir Greg, con Maud, Sibyl, Thea y Judi. Llovía, y ella tomaba la decisión de suplantar a lady Emma de Dunster para salvar la vida de todos.

“Os prometo que no moriremos. Yo seré la novia”.

—¡Lady Gail! —volvió a exclamar Fatima, pues Gail había perdido las fuerzas, cayendo sentada en el suelo, respirando hondo y con la frente sudorosa. Fatima le tomó el rostro y miró fijamente sus pupilas, pero Gail parecía mirar sin ver.

Ya estuve aquí, se dijo. Roderick… ese sueño, no fue un sueño. Ahora lo recuerdo todo.

Se vio a sí misma casándose con él, pero en esa ceremonia no estaban lord Simon ni lady Rose, y tampoco sus propios padres. Roderick no era el hombre alegre y sonriente que la había cortejado, no. Era serio, silencioso y desconfiado. Había desconfiado de ella largo tiempo.

Recordó a lord Dunster y su amenaza de hacer con ella lo que quisiera, que todavía podía ser su amante si todo salía mal. Recordó el viaje a Londres y todas las peripecias para evitar que Roderick se enterara de que Ethan Russell era su padre.

Recordó la mentira. Ella le había mentido a Roderick.

Se vio a sí misma empapada en sangre, sufriendo mucho dolor, con un cuchillo clavado en su espalda, mientras Roderick y sus hombres luchaban

protegiéndola.

Pero no habían podido protegerla, y fue cuando, como si viviera un extraño sueño, salió de su propio cuerpo, elevándose, y pudo ver todo alrededor.

Ahora estaba muy arriba, entre las copas de los árboles, y poco a poco subía más y más. Vio el castillo tan cerca, y pensó en Roderick.

No quiero irme sin él, fue su pensamiento en ese momento, y bajó abruptamente.

Lo vio luchar contra Wendell. Alrededor, ya todos habían caído, pero su marido, cansado y herido, seguía luchando.

Estaba llorando, su alma dolía, pero en ese cuerpo etéreo que ahora tenía, no había lágrimas.

Mi amor, quiso decirle. Salvad vuestra vida, ya no luchéis más por la mía. No vale la pena.

Pero Roderick dio estocadas con su espada una tras otra, y un chorro de sangre salió de su garganta.

¡No!, había gritado. No, no. Salvad vuestra vida, que vale más que la mía.

Pero otra vez, él no la escuchó.

Cuando al fin se deshizo del enemigo, caminó a ella, se tendió junto a su cuerpo en el suelo, y cerró los ojos.

Aunque ya no habitaba su cuerpo, él la abrazó con cuidado, con la dulzura que siempre le demostró.

Cuánto lo amaba. Cuánto lo había amado.

Y ella sólo le había mentido.

¿Cómo voy a hacer sin ti?

Mi nombre es Gail. Os lo ruego, decid mi nombre al menos una vez.

¿Por qué fui tan cobarde y no os dije la verdad?

Otra gran explosión resonó en el castillo de Albermale, acompañado de un grito:

—¡La muralla ha caído!

Pero ante los ojos de Gail sólo estaba la imagen de dos cuerpos abrazados en el suelo, mientras la sangre de dos almas que se amaban profundamente se mezclaba en la tierra.

Y entonces escuchó una extraña voz:

“La sangre importa”.

No sabía qué significaba, pero a su mente vino la imagen de la sangre que ambos perdían siendo absorbida por la tierra.

Y luego de eso, había despertado en su cama, con solo cinco años, y el dolor en su alma era tan grande, tan grande, que no lograba conectar el ahora con el ayer, y lloraba, lloraba, lloraba.

Roderick. He perdido a Roderick.

No he podido decirle la verdad, y he muerto sin que nunca pronunciara mi nombre.

Le he engañado. Y él ha muerto tratando de salvarme.

Su madre corrió a ella, y la abrazó.

¡Mi madre! Mi madre está viva, pensó. Y la abrazó, pero no pudo dejar de llorar.

Cuando se dio cuenta de que volvía a ser una niña, se asustó. Había vuelto al pasado. ¡Una viajera del tiempo! ¡Como le había contado Roderick! Pero ella no era una Albermale, ¿por qué le estaba sucediendo esto? ¿Era un sueño también? ¿Por qué?

Porque sus sangre se mezcló al morir, se respondió. Y tal vez se amaban tanto que la magia de su sangre influía en la suya.

Pero ¿cuánto tiempo duraría?

Preguntó la hora, el día, el año. Tenía cinco años apenas, sus padres estaban vivos. Podía encontrar a Roderick y advertirle de todo, podía salvarlo.

Paró de llorar al fin y pidió un baño. Su madre se espantó y se lo negaron.

¿Por qué bañarían a una niña pequeña que estaba perfectamente sana? Ella quiso explicar por qué, pero la explicación no vino a su mente.

¿Estaba olvidando tan pronto?

¿La magia no iba a ser permanente?

Claro que no, no era una Albermale; la sangre Montfort no corría por sus venas, así que…

Debía darse prisa. No tenía tiempo para enviar un mensaje, sólo era una niña, era poco lo que podía hacer ahora, y el tiempo se le agotaba.

Si ella había vuelto, Roderick también, y estaba segura de que la estaría buscando. Eso sería un consuelo, de no ser porque él no tenía ni idea de

cuál era su verdadero nombre. Buscaría a lady Dunster creyendo que era ella, pero cuando se diera cuenta de todo, ella ya sería mayor y estaría comprometida con alguien más.

No, no. No podía permitir eso.

Al menos, sabía, estaba segurísima, su corazón lo reconocería.

Cuando lo viera, lo amaría al instante. De eso no tenía duda.

El destino los volvería a unir, tan cierto como que el sol salía por el este.

Confiando en su instinto, corrió hasta su padre tomando la mano de su madre y arrastrándola consigo para que le sirviera de testigo. No sabía por cuánto tiempo iba a tener todos los recuerdos, la imagen de Roderick empezaba a vacilar en sus memorias, así que se dio prisa.

—Necesito que me hagáis una promesa, padre.

Ethan de Leinster la había mirado sorprendido. Su hija era lista, y hablaba muy claro a pesar de su corta edad, también era entendida, pero había en ella una determinación apabullante, que hasta él tuvo que atender a sus palabras.

—No me caséis sin mi consentimiento —pidió Gail. —No pactéis un compromiso si yo no estoy de acuerdo. Dejadme elegir a mi marido. Sólo quiero casarme con lord… —cuando iba a decir el nombre de Roderick, este se escapó de sus recuerdos.

Sólo recordó el rostro hermoso, los ojos azules, el cabello…

¿De qué color era el cabello?

—¿Gail?

—¡Prometedlo!

—Es extraño que me pidáis algo así.

—¡Si no me lo prometéis, nunca me casaré! ¡Moriré solterona! Nunca aceptaré un matrimonio convenido. ¡Ni aunque muera!

—¡Está bien! —contestó Ethan un poco asustado. —Lo prometo.

—Por vuestro honor, padre.

—Por mi honor. Lo prometo. ¿Acaso tenéis a alguien en mente?

—Sí, a lord…

¿A quién?, se preguntó. El nombre iba y venía. Sabía que lo conocía, pero ya no recordaba con qué letra empezaba.

¿Quién?

Unos ojos azules. Unos besos cálidos.

“Os amo. Creo… que nunca os lo dije. Lo lamento. Os amo”.

Lo dijo con tanto dolor en su alma. Y ella también lo amaba.

Y luego de ese último recuerdo, la niña de cinco años se desmayó. Su padre la tomó en brazos y alborotó a todo el castillo, y cuando despertó, ya no recordaba nada.

Ni los ojos azules, ni el cabello azabache.

Ni la mancha de su propia sangre y la del hombre que amaba empapando la tierra.

“No temáis, lady Albermale” dijo una voz al interior de su cabeza, y la Gail que enfrentaba el asedio no supo si la estaba escuchando ahora mismo, o había sido algo que le dijeran luego de morir. “Ahora sois una de las nuestras. Portáis la sangre de Albermale a través del hijo que le daréis a él. Sed fuerte; en los tiempos difíciles, será cuando más milagros veáis”.

La imagen de una flor de lis flotó ante sus ojos, pero a quien vio fue a Fatima.

—Gracias a Dios estáis de nuevo con nosotros —dijo ella. Todo el castillo estaba en caos. La muralla había caído.

¡La muralla había caído!

Se sentó de nuevo y todo el presente se acumuló en su mente.

Estaba casada de nuevo con Roderick, y enfrentaban un poderoso y enfurecido enemigo afuera. Habían acumulado dos meses de daño en dos semanas, y al final, la muralla había terminado cediendo.

—¡Roderick! —llamó, pero su marido debía estar defendiendo el castillo, luchando de nuevo con su espada desenvainada.

Se puso en pie, pero volvió a sentir mareo.

—No estáis bien, reposad.

—No, me necesitan. No puedo ser débil ahora.

—Lady Gail, no creo que alguna vez hayáis sido débil —dijo con voz enigmática, y Gail la miró fijamente—. Pero si os pasa algo, toda la determinación de los soldados bajará mucho.

—Me necesitan.

—Sí, por eso debéis cuidaros. Iros a la habitación de los condes. Esperad allí junto a lady Rose y los niños. Es el protocolo.

—Pero, Roderick…

—¡Id, lady Gail! —ella no tuvo más opción que obedecer. Fue llevada a la habitación principal, la que antes fue su habitación, y al ver a lady Rose, corrió a ella para abrazarla.

—Recuerdo todo —le dijo entre sus brazos—. Recuerdo lo que sucedió en el pasado. La primera vez que me casé con Roderick —lady Rose la miró sorprendida, espantada, y con una pizca de felicidad.

—¿Cómo es posible?

—Porque estoy embarazada —dijo poniendo una mano en su vientre. —Tal vez sólo dure los nueve meses que tenga este bebé dentro de mí, pero lo cierto es… que su sangre me da su poder, y ahora recuerdo todo.

—Es impresionante. Es increíble. Nunca imaginé algo así.

—Pero la muralla ha caído. Y si algo le pasa a Roderick…

—Son guerreros incluso antes de nacer. Lo que lleváis en vuestro vientre, será un guerrero más. Ellos no morirán tan fácilmente. —Gail tragó saliva y respiró hondamente tratando de tranquilizarse. En el pasado confió en las habilidades de su marido, esta vez lo haría de nuevo.

Y otro proyectil dio contra el castillo mismo. Esta vez, el fuego alcanzó las ventanas, la gente gritaba de dolor, o de espanto.

Y la noche se apresuró cubriéndolos con su oscuro manto.

34

Lathom sonreía con los ojos muy abiertos y una sonrisa ancha de satisfacción. Sus hombres intentaban subir la muralla por las torres laterales, otros, seguían empujando el ariete, y el trabuque lanzaba un proyectil tras otro.

Gracias a las recomendaciones de Homer, había entendido que tenía que conseguir la victoria en dos semanas o menos. Un asedio de dos semanas implicaba menos horas de descanso, más armamento, más maestros carpinteros.

Pero no le importaba.

Sus hombres estaban allá luchando, a pesar de la diarrea que les había dado a todos de repente; se estaban cagando mientras empujaban el ariete, o trepaban la muralla, y luego, seguramente morirían, pero eso tampoco le importaba.

Esperó sobre su caballo, con ansias, mientras a su lado, Wendell lo protegía.

Y al fin ocurrió. Un proyectil dio de nuevo contra la torre del matacán, y fue hermoso ver cómo la estructura de piedra ondulaba como si fuese agua, y a continuación, se desparramaba en una ola de piedras y tierra.

Gritó de puro júbilo, al tiempo que en Albermale gritaban de terror.

¡La muralla ha cedido!, gritaban los de adentro y los de afuera.

Se había necesitado mucho trabajo y mucha ingeniería para conseguirlo en solo dos semanas. Homer había hecho bien su trabajo, lástima que hubiese muerto. Tener su ayuda desde adentro ahora habría facilitado mucho las cosas, pero bueno, no podía quejarse.

Con un grito, animó a la infantería a avanzar, y como hormigas, sus hombres caminaron sobre las piedras derribadas de la torre, que habían tapado el foso, subían a través del boquete, y eran enfrentados por la defensa que los esperaba entre los escombros.

Flechas, aceite hirviendo, lanzas, Albermale no se iba con medias tintas. Sus números se habían reducido a la mitad gracias a sus tácticas rastreras,

pero los de ellos también debieron mermar en este tiempo. Todavía tenía la ventaja.

Cuando, a lo lejos, vio a lord Simon usar su espada y deshacerse de sus hombres como si sólo fueran moscos, enseñó los dientes y bajó de su caballo. Dejó avanzar la infantería otro poco, y al fin se mezcló entre sus hombres, siempre con Wendell a su lado.

Se deshizo de varios soldados enemigos, no eran rivales para él, y atacó a lord Simon, que tuvo que enfrentarse con tres a la vez, pero sus hombres, malinterpretando la situación, lo dejaron a solas con el lord. No, él no quería una pelea justa, aquí no le interesaba ser un caballero, pero no podía gritar eso ahora, así que enfrentó a Simon Montfort a la vez que le echaba una mirada a Wendell.

Una estocada, otra. El lord era bueno con la espada, comprobó, pero debía estar cansado. Avanzó dos pasos haciéndole retroceder, guiándolo al abismo tras él, pero lord Simon conocía muy bien su terreno y no cayó en su trampa. Otra finta, se defendió con su escudo desviando el golpe, y evitando caer de la muralla, giró a su izquierda, donde lo esperaba Wendell con su daga, y lo atravesó.

Alguien gritó de desesperación, a Lathom no le importó, y cuando iba a clavar su espada en algún lugar vulnerable de su anatomía, Simón le dio una patada y le hizo retroceder. Alrededor la lucha se recrudeció; hombres de Albermale tratando de defender a su conde, hombres de Lathom defendiendo al suyo, y en el medio, Simon y Eugene luchando, pero Wendell de vez en cuando intervenía, lo que lo hacía una lucha injusta.

Dentro del castillo, Gail caminaba de un lado a otro. De vez en cuando los gritos se elevaban con mayor volumen, con mayor desesperación, y odiaba con toda su alma el tener que refugiarse en vez de salir y ayudar.

En el pasado ella no había sido así, tal vez la Gail que tuvo que enfrentar la pérdida, la pobreza y el abuso se hizo más fuerte, más determinada. Aún era esa Gail, pero en esta nueva vida que vivió estaba más mimada por las comodidades, no había enfrentado la pérdida, no había vivido el miedo.

Pegó la oreja a la contraventana de madera que antes había ardido, pero que habían apagado de inmediato, y escuchó atentamente. No reconocía la mayoría de las voces, sería un milagro si acaso conseguía distinguir la de Roderick.

—Alejaos de la ventana, Gail —le pidió Rose abrazando a sus niños, la pequeña en sus brazos era amamantada. Parecía que lady Rose lo hacía más para tranquilizarse a sí misma que a la pequeña, y al ver eso, Gail se puso ambas manos en el vientre.

Ahora ella también sería madre. Ahora ella también tenía mucho que defender. No sólo a este pequeño, sino también al hombre que estaba afuera con su espada luchando.

Roderick sufriría un colapso donde supiera que su esposa embarazada estaba pensando en defenderlo a él, pero tendría que aceptarlo.

Sin pensarlo más, Gail caminó a la puerta y llamó a uno de los guardas afuera.

—Traedme un arco y una aljaba llena de flechas.

—Pero, mi lady…

—¡Hacedlo ahora!

—¿Gail? —la llamó lady Rose, preocupada. Gail estaba ocupada moviendo una mesa y poniéndolo junto a una contraventana de madera que quedaba por encima de su cabeza, y que, sabía, era una saetera. Se subió a la mesa y empezó a tirar de la contraventana para abrirla. Usó bastante fuerza, pero al fin lo consiguió.

Rose, entendiendo la intención de Gail, alejó las velas del agujero de la saetera. No les convenía que desde afuera advirtiera su presencia, y cuando un soldado llegó con el arco y la aljaba llena de flechas, lo regañó por lo pocas que eran.

La saetera era estrecha, y muy alta. Gail, subida a una mesa, apenas la alcanzaba, pues estaba diseñada para hombres más fornidos, pero no le importó. Miró afuera buscando un objetivo.

Aunque era de noche, las cientos de antorcha y el fuego iluminaban el lugar. Pudo ver claramente cómo lord Simon había sido acorralado, y entre dos le atacaban. Malditas bestias sin honor.

Pero no dijo nada. Si le decía a lady Rose que su marido estaba en peligro de muerte, sólo conseguiría asustarla, así que, en silencio, tensó el arco y apuntó. Uno de ellos había levantado la mano para enterrar en el vientre de lord Simon su espada, y Gail disparó.

La flecha dio contra la mano del atacante, pero él usaba un guantelete de hierro, por lo que no le hizo daño, sin embargo, llevaba la suficiente fuerza como para desviar su ataque, y ese segundo fue suficiente para que alguien más llegara a auxiliar a lord Simon, Roderick.

Con la respiración agitada, Gail volvió a tensar el arco y a buscar un objetivo, y fue cuando reconoció a Wendell.

Era él. El hombre que le había clavado un cuchillo en la espalda. El que había pretendido abusar de ella sólo por el placer que le daba tenerla sometida, el infiltrado traidor que pretendió ser uno de los hombres de confianza de Roderick.

Disparó contra él una y otra vez. No le importaba que sus flechas no le hicieran mayor daño, pero atacaba con tanta rapidez y fuerza que lo obligó a alejarse y buscar protección, y fue cuando sir Doug lo atacó, convirtiendo su huida en un enfrentamiento uno a uno, dejando en paz a Simon y a Roderick.

Roderick miró a Lathom, y más allá, intentando identificar al tirador que había salvado a su padre. Los saeteros sabían que, cuando la lucha era cuerpo a cuerpo, era mejor guardar las flechas, pues podían atacar a amigos como enemigos. A veces, ni los más experimentados se atrevían a disparar en medio de una revuelta, y menos de noche, pero alguien lo había hecho, y así salvó a su padre.

—Tanto que se jactaba Albermale de lo impenetrables que eran sus murallas… y aquí estáis, soportando el haber sido penetrados —se burló Lathom, y sin dar tregua, golpeó con su espada. Roderick lo contuvo con la suya, mirándolo en silencio. —¿No tenéis nada para decir? ¿Sentís vergüenza, acaso?

—Oh, vergüenza. No. No soy yo quien intenta robar los secretos de una familia. —Lathom frunció el ceño. —¿Creéis que no lo sé? ¿Que intentáis buscar el origen de nuestra prosperidad? ¿Creéis que no sé que codiciáis y envidiáis a Albermale? —Lathom se echó a reír.

—¿Codiciaros?

—Pero habéis cometido un error… y ahora será vuestra casa la que desaparezca. —Lathom enseñó de nuevo los dientes soltando un gruñido atacando de nuevo, y Roderick volvió a contenerlo.

Bruce llegó hasta Lord Simon, que se quejaba en el suelo mientras a su alrededor sus hombres le protegían mientras enfrentaban al enemigo. Él era el único con las manos libres para ayudarle, así que, luego de deshacerse de su contrincante, no buscó otro, sino que dio un grito a sus hombres y alzó a lord Simon en su espalda.

—Puedo andar —dijo Simon, pero aquello no era cierto. La herida era grave.

Bruce se abrió paso entre la lucha, esquivando a los que intentaban atacarlo, defendiéndose de los que lo lograban. La escalinata a la entrada de la torre del homenaje había sido retirada, por lo que la puerta era casi inalcanzable, pero de alguna manera tenía que poner al lord a resguardo.

—¡Avisad a Fatima de lo que está ocurriendo! —gritó sir Bruce.

—¡No! —gritó Simon—. No abráis la puerta. No pongáis en peligro a los que están dentro.

—Lord, requerís de atención inmediata.

—Eso no importa ahora. no abráis la puerta.

—¡Pero moriréis!

—¡No me importa morir! Si algo le sucede a los de adentro por tratar de salvar mi vida, jamás me lo perdonaré. —Bruce gruñó, pero no pudo más que obedecer sus palabras, y buscó entre el caos un lugar donde poner a salvo al lord, que ya no podría seguir luchando. Sacó su bolsa de ayuda médica temprana, y luego de aplicar los ungüentos que llevaba con él, lo vendó, consiguiendo restañar la sangre. Simon presionaba el vendaje contra el costado, pero éste se empapó muy rápido, y tuvo que sacar el suyo.

Miró alrededor dándose cuenta de que, donde él estuviera, los caballeros de Albermale formarían un cerco para defenderlo, y soltó una risita molesta. No le preocupaba morir, al contrario; mientras estuviera vivo, sus hombres dividirían su atención.

Y entonces un grito se escuchó en todo el castillo:

—¡Han llegado los refuerzos!

Gail también lo escuchó, y desde el estrecho agujero de la saetera por la que seguía disparando, pudo ver más allá del muro.

Hordas de hombres, con antorchas encendidas y a caballo, enarbolando diferentes estandartes, asomaban en el horizonte, desde el este, y subían como el fuego mismo a través de la colina en la que estaba enclavado el castillo, con un rugido que hizo vibrar la sangre en sus venas, y aceleró los latidos de su corazón.

Eran muchos hombres, no una exigua veintena, no. Parecían ser cientos.

—¡No! —gritó Lathom, y recrudeció el ataque contra Roderick. Parecía que ya no le importaba nada. Si lograba matar a Roderick, al menos, se daría por bien servido.

Los hombres de Lathom tuvieron que dividirse. Uno de los oficiales envió una parte a enfrentar a los recién llegados, mientras animaba a los otros a avanzar a través del boquete hecha en la muralla.

—Han llegado los refuerzos —dijo Gail al interior del castillo, y Rose tragó saliva asintiendo. Gail volvió a tensar el arco. Podía decirse que era imprudente disparar, pero confiaba en su puntería, y así se iba deshaciendo de los enemigos de uno en uno.

El trabuque del enemigo había dejado de disparar por la misma razón, pero, aunque el daño que ella hacía era menor, era más acertado.

Pronto vio que otros saeteros se animaban a participar, y la imitaban eligiendo muy bien sus objetivos.

—¡Han llegado más refuerzos! —gritó otro, y esta vez venían desde el oeste. Los ojos de Gail se humedecieron.

—¡Estamos salvados! —susurró lady Rose—. Bendito sea Dios. Bendito sea el cielo.

A pesar de eso, Gail no dejó la saetera, y siguió luchando.

Afuera, los hombres de Lathom se vieron rodeados, al este y al oeste, y desde el castillo mismo.

Los recién llegados no tuvieron compasión. Prendieron fuego, enterraron lanzas, atacaron con espadas y hasta sus caballos usaban sus cascos como armas. Entre ellos, el barón de Wilton, lord Alfred, comandaba las fuerzas

aliadas indicándoles qué hacer. Conocía como nadie el castillo, sus fortalezas y debilidades, y todos confiaban en él.

La noche avanzó, y todavía se escuchaban explosiones, gritos de dolor, gritos de órdenes. El enemigo había logrado llegar hasta el mismo patio de armas, y daban todo de sí para impedir el paso más allá, cercando a los recién llegados como una pared humana. Ellos eran la última muralla.

Sin darse cuenta, la luz empezó a colorear el cielo de rosa por el este. Había pasado la noche, y la lucha no cesaba. Las manos de Gail ardían por tanto disparar flechas, no quería imaginarse cómo estaban los caballeros afuera.

Sin embargo, con la luz del día, se empezaron a ver mejor los destrozos, no sólo los de Albermale, sino también los de Lathom. Su trabuque había sido destruido, todo su campamento derribado, los refuerzos de un lado y otro habían avanzado rodeando al enemigo, poniendo más fácil a la defensa de la muralla atacarlos en masa.

Poco a poco, Lathom empezó a ver cómo sus números se reducían, y ya eran pocos los que quedaban en pie dando la lucha. Un par de sus oficiales se enfrentaban a los de Albermale, y Wendell, su fiel Wendell.

Doug recordaba a este hombre. Había ido herido al campamento de lord Roderick pidiendo refugio, pero este lo había rechazado tajantemente. En el momento no había entendido por qué, pero ahora se daba cuenta de la verdad. Todo el tiempo fue un efectivo de Lathom, si lo hubiesen recibido en Albermale, habrían tratado como hermano a un enemigo.

Tenía un buen entrenamiento con la espada, eso era innegable, pero un caballero de Albermale valía por diez, así que, sin tregua, ni pausa, dio una estocada tras otra.

—No podréis contra Albermale —le decía—. Nunca podréis.

Ya no era una lucha probando las habilidades, sino la resistencia. Llevaban horas allí, Wendell empezaba a desesperarse.

—Os hacéis preguntas, ¿verdad? —se burló Doug. —¿Cómo es que no me rindo? No lo haré. Lucharé hasta que no me quede la última gota de resistencia.

—¡Morid! —gritó Wendell—. ¡Morid!

Roderick escuchó aquellas palabras. Las mismas las había pronunciado Wendell en el pasado. En ese entonces, a pesar de haber enfrentado un

centenar de enemigos, de no haber dormido, ni comido, le ganó. Doug podría contra él.

No le tomó mucho tiempo. Doug lo dominó con su espada, desarmándolo, y cuando lo tuvo en el suelo, Wendell se quitó el yelmo rindiéndose. Pidió clemencia, y haciendo honor a su código de caballero, Doug le perdonó la vida.

Pero fue un error, al primer descuido, Wendell hizo un rápido movimiento sacando una nueva daga y atacando a Doug por la espalda.

Y entonces una flecha entró en su ojo.

La daga cayó al suelo, y luego le siguió él.

Desde la saetera, Gail miró el resultado de su obra con el pecho agitado.

Quería darle las gracias a sir Doug por llevar a cabo su venganza, pero no había imaginado que ella misma la rematara.

—Ya está hecho —susurró. —Nunca más atacará a nadie por la espalda.

El rugido de lord Lathom se hizo escuchar al ver que su hombre de más confianza, el más cercano, caía. Cuando gritó para vengarse, Roderick lo detuvo.

Los caballeros hicieron un círculo mirando la pelea. Confiaban en su joven señor. No cabía duda de quién ganaría, pero por si a Lathom se le ocurría atacar a traición, ellos vigilaban.

Lathom era bueno con la espada. Su técnica y habilidad casi igualaban la de Roderick. Era asombroso. Pero ambos estaban ya cansados, acusaban el peso de sus pérdidas, las horas de lucha, la falta de sueño.

Pero Roderick no hacía caso de nada de eso. Había sido peor en el pasado, mucho peor. No estaba luchando mientras se preguntaba cómo haría para levantar Albermale de nuevo. No estaba viendo a sus hombres caer de uno en uno, su mujer no perdía sangre en el suelo.

Esto, era un paseo.

Esto no era nada.

Y al fin, aunque sintió que sus brazos se caerían por el esfuerzo que hacía, aunque a cada segundo su armadura parecía ganar más peso y se hacía más incómoda, y el sudor corría por su interior, y tenía sed, y hambre y estaba cansado, siguió atacando, una y otra vez. La urgencia se notó en ambos, los dos querían terminar esto ya.

El sonido metálico de las dos espadas chocando se escuchó por todo el patio de armas, y por fin, luego de horas, Lathom cedió ante la fuerza de su ataque, y la espada cayó lejos de su brazo. Sabiendo que no podía mostrar clemencia, ni aunque se la pidieran de rodillas, Roderick no esperó la hipócrita petición, sino que atacó. Metió su espada en los sitios vulnerables de la armadura de Lathom, una y otra vez. Lathom gritaba, y perdía sangre.

Si le dejo vivir, pensó Roderick, volverá. Si le dejo escapar, reunirá de nuevo un ejército y vendrá de nuevo contra mí.

Si tan sólo vacilo, infiltrará de nuevo a sus hombres, y la historia se repetirá. No importa si puedo volver al pasado repetidas veces, no quiero ver sufrir de nuevo a mis amigos, a mi familia.

Este veneno, tiene que ser erradicado.

Cuando lo tuvo en el suelo, Roderick le quitó el yelmo y se hincó sobre él.

—Deteneos —pidió Lathom, apelando al código caballeresco. —Por vuestro honor…

—Por mi honor —dijo Roderick. —Morid—. Y con su misma espada, Roderick lo degolló.

Era el último enemigo, el último de todos, y como si hubiesen estado esperando este momento, la voz de todos los guerreros de Albermale se elevó en un rugido de victoria. Elevaron sus espadas, sus lanzas, sus arcos, y gritaron.

Pero nadie le quitó los ojos de encima al lord enemigo. Eran traicioneros. Aun muertos, podían atacar por la espalda.

Pero habían ganado. Por fin, la pesadilla de estas semanas se acababa.

—¡Abrid la puerta! ¡Poned la escalinata! —gritó alguien. Roderick se giró. Era sir Bruce. —¡Lord Simon requiere de atención! ¡Corred! ¡Daos prisa!

Roderick llegó hasta su padre, que, en el suelo, sostenía su costado y le sonreía tratando de disminuir la gravedad al asunto, y los ojos de Roderick se abrieron grandes por el miedo.

—Estoy bien —dijo Simon—. No es para tanto.

—No. Estáis herido de gravedad.

—Oh, es sólo que fui atacado a traición.

—Como suelen hacer los hombres de Lathom. Padre… —Roderick iba a gritar reafirmando las órdenes de Bruce, pero no fue necesario, y entre los

dos entraron a la torre del homenaje con el cuerpo de lord Simon. Fatima había preparado una cama para él en cuanto había escuchado los gritos, y entre Roderick y Bruce le quitaron la armadura al lord.

Fatima examinó la herida. Estaba en el costado izquierdo, y era profunda. Seguro que había comprometido órganos importantes. Si no actuaba ya, moriría.

Parecía que, por primera vez en su vida, iba a hacer algo que, según Elizabeth Collingwood, la primera viajera del tiempo de la familia de la que tenían registro, era común en el futuro: una cirugía.

Su frente empezó a sudar, las manos le temblaron un poco, pero dio la orden.

—Retiraos todos. No hay tiempo que perder. Dwey, Jackson, lavaos vuestras manos y venid aquí. Traed luz, y todos los instrumentos de corte.

—Fatima…

—Sí. Vamos a hacer eso. No quiero ojos mirando lo que hago. Si puedo salvar al lord, recibiré sus agradecimientos, si no, recibiré sus reproches, pero después. No me distraigáis ahora.

—Ya la habéis escuchado —dijo Roderick, y, sabiendo que no podía aportar mucho ahora mismo, él también se retiró. Le echó un último vistazo a su padre, y vio cómo este se giraba a él y le sonreía.

No, no hagáis eso, quiso gritar. No os despidáis.

Vos seguiréis siendo el lord por mucho tiempo. No quiero esa responsabilidad todavía.

Dwey ponía un pañuelo en el rostro de lord Simon para dormirlo, y Fatima lavaba con alcohol alrededor de la herida después de haberse lavado las manos ella misma.

Rose y Gail bajaron al fin al primer piso y Roderick las abrazó mientras estas lloraban de alivio, pero Rose no se quedó mucho tiempo con él y corrió hacia donde se hallaba su marido para asistirlo. Roderick se quedó a solas con Gail. Todavía llevaba la armadura, y ésta estaba manchada por todas partes, pero a Gail no le importó y lo abrazó.

Roderick la escuchó llorar.

—Ya, ya. Todo está bien.

—Tuve tanto miedo.

—Sí, lo sé.

—No. No. No me entendéis. Temía… que la historia se repitiera. Wendell es un traicionero, y… —Roderick sonrió con tristeza.

—No. No volverá a ocurrir. Esta vez, tomé precauciones, aun así… —Él la miró fijamente deteniendo sus palabras. Pestañeó un par de veces sin dejar de mirarla, y Gail respiró hondo. —¿Wendell? ¿Conocéis a…?

—Sí. De repente, he recordado todo.

—¿Todo?

—Y creo… que os debo muchas explicaciones. Lo siento tanto, Roderick. Os mentí, pero os juro que… —ella se detuvo, pues ahora Roderick la estaba abrazando con fuerza. Alrededor, la gente no les prestaba mayor atención. Sin embargo, las risitas se escucharon cuando Roderick tomó el rostro de su esposa y la besó allí en medio de la sala del homenaje.

Gail intentó hablar de nuevo, pero los labios de su esposo no la dejaron, y tuvo que resignarse y responder a su beso.

Ah, tenían tanto que hablar. Tenían tanto que contarse.

Mientras era abrazada por su marido, Gail vio a lady Rose sostener la mano de lord Simon. No la sostenía de cualquier manera, sino que presionaba con sus dedos la muñeca del lord. Tenía los ojos cerrados, y parecía muy concentrada.

Elevó al cielo una oración, y escondió el rostro en la pechera de la armadura de Roderick.

A pesar de todo, todavía había pesadillas que enfrentar.

35

—¡Lord Roderick! —gritó alguien entrando a la torre del homenaje, y éste se giró a mirar. Era Alfred, y al verlo, Roderick sonrió ampliamente.

Miró a Gail sin pizca de deseo de dejarla, y ella sonrió.

—Hablaremos luego. Tenéis mucho que hacer. —Él asintió, y dio la vuelta con un poco de reticencia.

Alfred y Roderick se abrazaron el uno al otro, palmeándose con fuerza y haciendo un poco de ruido. Roderick le agradeció a su amigo, y mientras tanto, todos empezaron a acudir a él para informarle del balance de las pérdidas de Albermale, y otros asuntos que debían ser tratados con urgencia.

Había perdido a Elric, uno de sus oficiales, en la caída de la muralla. Roderick se arrodilló ante su cuerpo y cerró los ojos. También en esta vida, su oficial había muerto luchando por él. Puso la mano sobre la cabeza llena de arena de Elric y apretó con suavidad sintiendo un nudo en la garganta.

—Gracias —le dijo. Y entonces repitió las palabras que dijera la primera vez: —Fue un placer… haber luchado junto a vos. Si hay otra vida… querré volver a conoceros. Por ahora… descansad. Lo hicisteis bien. —Se inclinó a él y besó su frente, agradecido, y elevando al cielo una oración por su alma.

Más allá encontró a Quentin, que había estado con él y ahora estaba muy malherido, pero todos los curanderos estaban ocupados con el lord, por lo que él seguía en espera. Roderick se sentó a su lado examinando su estado. Quentin estaba en un catre, había perdido el pie izquierdo a la altura del tobillo, y tenía el rostro lacerado por heridas y quemaduras. Lady Sibyl lloraba a su lado, y eso sorprendió a Roderick; jamás imaginó que la dama fuera sensible hacia él.

Ya Quentin había recibido primeros auxilios, y tenía el muñón de la pierna atado para impedir la pérdida de sangre, y Sibyl trataba con mucho cuidado las heridas de su rostro, como si fuera un bien muy precioso.

Nunca le pareció que Quentin fuera particularmente guapo, pero seguro que para lady Sibyl sí lo era. Roderick tocó su frente y, aunque tenía temperatura, no era algo demasiado alarmante.

—Mantened la fiebre a raya —dijo—. La herida debe permanecer limpia, revisadla regularmente.

—Sí, mi lord.

Roderick se paseó entre los heridos. Desde todos los frentes habían sufrido pérdidas, y era un alivio que cada uno de sus hombres estuviese entrenado en la ayuda médica temprana, pues entre ellos se vendaban las heridas, se daban hierbas calmantes, incluso algunos se cosían tajos y cortes luego de haberlos limpiado con alcohol.

En el exterior, los caballeros recién llegados, los vasallos y soldados, ayudaban a despejar el patio de armas. Algunos incluso removían las piedras de la torre que había caído. Ya el día estaba claro, y subiendo al adarve, Roderick vio mejor toda la destrucción.

Del campamento enemigo subía humo, el foso había sido rellenado, las torres de asedio estaban volcadas, y muchos cuerpos desperdigados alrededor empezaban a ser retirados.

Había mucho que hacer, mucho que reparar. Pero en cuanto Albermale se recuperara, reuniría un ejército y subiría contra Lathom. Ah, odiaba esta parte, pero era una semilla que debía ser erradicada para siempre.

—Ganasteis, lord —dijo la voz de Alfred tras él. Roderick se sorprendió un poco, pues no se había dado cuenta de que lo había seguido.

—Seguís teniendo pies ligeros —lo criticó, y Alfred se echó a reír.

—Mi mejor virtud. —Roderick asintió, y volvió a mirar hacia el horizonte.

—Ganamos, y al tiempo, no. Nunca hay ganadores reales en una guerra. Sin embargo… agradezco que esta vez haya podido defender a mi familia… había… demasiado en juego.

—¿Esta vez? —Roderick sonrió sin contestar, y apoyó la mano en el hombro de Alfred.

—Gracias por venir. Estáis más lejos que dos semanas a galope, ¿cómo habéis logrado llegar a tiempo?

—En cuanto recibimos la señal, partimos. Sacrificamos muchas horas de descanso con tal de responder el llamado.

—Espero que Wilton nunca lo necesite, pero si eso llegara a pasar, sabéis que contáis con Albermale.

—Lo sé. —Alguien llamó a Roderick. Era solicitado en diferentes partes para ofrecer soluciones.

Entró de nuevo al castillo y encontró que su esposa se había hecho cargo de todo, y las cocineras trabajaban para ofrecer un plato de comida caliente a todo el mundo, se había coordinado la limpieza, y todo desocupado y alentado debía ayudar con los heridos. La miró y ladeó un poco su cabeza. Esta Gail se parecía más a la del pasado: mandona, decidida, con mucha autoridad. No se había dado cuenta, pero la había echado un poco de menos.

Sonrió.

No sabía a qué se debía, pero que ella recordara todo le hacía feliz. Aunque, también, tendría que pedirle perdón por haberle fallado protegiéndola.

Después de lo que parecieron horas, Fatima dio por terminada su labor con lord Simon, y en una palangana metálica depositó lo que era un riñón destrozado. Roderick fue llamado y esta se lo enseñó.

—Juro que he hecho todo lo que he podido —dijo—. Me he centrado, más que todo, en detener la pérdida de sangre. He tenido que sacar esto, y no sé si es vital o no, pero estaba destrozado, y sé que dejarlo dentro habría sido peor —dijo señalando la palangana. —No sé si el lord vivirá. No sé si he hecho bien al sacarlo. Sólo he hecho lo mejor que he podido. Ahora todo depende de Dios, mi lord.

—Lo sé, Fatima. Confiamos en vuestro criterio.

—Todavía… podría morir. Si le da mucha fiebre, si acaso hice mal algo…

—Lo sabemos —dijo lady Rose sin soltar la mano de su marido, aunque ahora la sostenía con ambas. —Yo no os reprocharé nada. Sin vos, ciertamente, mi marido habría muerto.

Lord Simon permanecía quieto en el catre, y la orden fue no moverlo en absoluto, por lo que se bajaron mamparas para darle privacidad, y así, Fatima pudo encargarse de otros casos urgentes.

La noche cayó de nuevo en Albermale, y pocas cosas cambiaron, excepto que el patio de armas y la muralla estaban más despejadas. Cuando Roderick acordó los turnos de vigilancia, y se aseguró de que Quentin, y los otros heridos, recibían la atención requerida, por fin se permitió descansar.

En su habitación, Gail lo esperaba con una palangana de agua, ya que no había quién trajera barreños de agua caliente para que pudiera darse un

baño como hubiese deseado, un paño y jabón. Roderick sonrió lleno de alegría, como si solo esto fuera el epítome de la felicidad.

Ella se acercó a él y Roderick no perdió tiempo en abrazarla. No dijo nada por largo rato, pero no fue necesario. Ella sabía lo que él estaba sintiendo. Aunque Albermale había obtenido la victoria, tuvo muchas pérdidas. Su padre se debatía ahora mismo entre la vida y la muerte, y había tanto que hacer, que este pequeño espacio de silencio y quietud era precioso.

Gail se retiró un poco para mirarlo a los ojos, y los de él estaban decaídos, un poco enrojecidos por la falta de sueño, y en su entrecejo se había pintado una arruguita, una que había tenido en el pasado, se dio cuenta, y que en este tiempo apenas aparecía.

—¿Qué queréis hacer primero? —le preguntó con voz suave. —¿Un baño, o la cena?

—Un baño —contestó él, y ella asintió tomándole la mano para guiarlo a una silla.

—Será algo superficial. Dentro de poco podréis sumergiros en la bañera como os gusta. Por ahora… yo os limpiaré, mi lord.

—Eso suena tentador —ella se echó a reír, y luego de tenerlo sentado, se inclinó para ayudarlo a sacarse las botas. Él hizo la mayor parte del trabajo, pero cuando Gail empezó a masajearle los doloridos pies, no pudo evitar quedarse muy quieto y disfrutar. Cerró los ojos e inclinó un poco su cabeza hacia atrás mientras ella hundía los nudillos en la planta, hacía tronar algunas articulaciones, y masajeaba suavemente el talón.

Gail sonreía mirando esos conocidos pies, delgados y de dedos largos.

—Se nota que estáis cansado, mi lord —susurró ella dedicándose al otro pie, y él sólo contestó con un sonido de su garganta.

Pero es que no había parado en dos días. El exceso de energía que había entrado en su cuerpo cuando vio la muralla caer lo había mantenido activo desde entonces, le dio fuerza e incluso agudizó sus sentidos. Logró resistir todas esas horas sin pausa ni tregua, pero luego, el miedo de perder a su padre, la cantidad de heridos, todo de lo que debía encargarse… parecía haber consumido sus reservas, y en un momento sólo deseó cerrar los ojos y ponerse en forma horizontal sobre cualquier superficie.

Era la primera vez que se sentaba en todo este tiempo; sí, estaba cansado.

Dejó salir el aire lentamente y miró a su esposa con una velada sonrisa. Ella ahora se dedicaba a sus pantorrillas, y era increíblemente placentero.

—¿Dónde habéis aprendido esto? —ella se encogió de hombros.

—Una vez vi a mi madre hacerlo con mi padre. Ambos morían de vergüenza después, como si los hubiese encontrado haciendo algo malo. Mamá me explicó que sólo masajeaba los pies de papá, que no era nada más. —Roderick soltó una risita. —He disfrutado mucho la compañía de mis padres en esta vida —siguió ella. —He conocido cosas de ambos que antes ni siquiera imaginé.

Roderick la miró en silencio por un momento, fascinado por lo que ella le decía.

—¿Cuándo habéis recordado? —preguntó luego.

Gail esquivó su mirada. Quería decirle lo del bebé, pero primero quería confirmarlo con Fatima.

Que estuviera embarazada era lo más seguro; esa voz se lo dijo en esa extraña visión que tuvo, pero prefería tener la confirmación de la curandera.

—Justo en el momento en que se dio el grito de la caída de la muralla… vino a mi mente todo el pasado.

Gail apoyó una rodilla en el muslo de Roderick, y se ocupó de sacarle la camisa, y luego, bajó a sus calzas, desatando los nudos, era difícil ignorar el hermoso cuerpo que tenía ante sus ojos, pero siguió con su relato.

—Todo vino a mí de golpe. Ahora, tengo el recuerdo de dos vidas vividas. Soy la Gail… la Emma de vuestro sueño —se corrigió—, y soy la Gail de mi presente.

—Sois mi esposa, y es lo que me importa —dijo él tomando su cintura con una mano y atrayéndola. Ella soltó una risita encantada, pero sin distraerse, tomó el paño y lo sumergió en el agua, lo untó de jabón y lo pasó por el pecho del lord.

Estuvieron en silencio largo rato, Roderick disfrutando del proceso de limpieza, Gail, con esa extraña sensación de reencuentro, como si no lo hubiese visto en años, pero consciente de que no era así.

—¿En qué pensáis? —preguntó él. Gail lo miró a los ojos.

—Mi lord… ¿No estáis molesto conmigo?

—¿Por qué, mi amor?

—Os mentí. Os mentí por mucho tiempo haciéndome pasar por Emma. Si me hubieseis descubierto, habría sido merecedora de la pena de muerte.

—No, amor. Jamás habría resuelto algo así.

—Pero mentirle a un conde es motivo de muerte.

—Vos lo hicisteis por una poderosa razón. Lo entendí cuando, al ir a buscar a la verdadera Emma, me enteré de que había sido raptada por su amante, y que a causa de eso, lord Dunster preparaba el cadalso para todos los que habían permitido que su hija escapara. Allí lo entendí. Si no hubieseis decidido suplantar a esa mujer, habríais muerto, y yo jamás os habría conocido.

—¿Los mató? —preguntó Gail horrorizada, pero luego se corrigió: —No; aquí están lady Sibyl, sir Greg, y…

—Le impedí que los ejecutara; como compensación, tomé sus vidas para que sirvieran en Albermale.

—Les salvasteis.

—Porque me recordaban a vos… eran vuestros amigos, no merecían ese final. ¿Veis? Tuvisteis razón, y fue una decisión que ahora aplaudo.

Gail había detenido su mano con el paño, pero retomó la tarea y le hizo subir un brazo, lavando una axila, y luego la otra. El agua bajaba por su pecho y cintura, empañando su ropa interior, que seguía en su lugar.

—Pero esa mentira… os impidió encontrarme después. Pasasteis malos momentos.

—Sí, así fue por unos años. También, no os voy a mentir, pensé que erais una mentirosa traicionera.

—Lo siento…

—Incluso llegué a pensar que erais una espía. Dudé de vuestros propósitos, y sufrí un largo tiempo. Pero a la vez, aun creyéndoos culpable, os buscaba.

—¿Cómo?

—Viajé mucho —sonrió él—, y miraba muy bien a cada rubia que me encontraba —Gail sonrió al fin.

—¿Me buscabais tanto?

—Oh, no os hacéis una idea. Y cuando estaba a punto de rendirme… os encontré por casualidad en la casa de lord Leinster. ¿Sabéis qué es lo más

curioso? Vuestro padre le insinuó al mío un matrimonio entre los dos cuando aún éramos niños. Me opuse, porque "sólo me casaría con lady Emma de Dunster" —Roderick se rio de sí mismo, y Gail lo miró fijamente guardando silencio. —No os imagináis cuánto me alegré… de que siguierais soltera. Cuando me enteré de que teníais la libertad de elegir marido… agradecí mucho a Dios.

Gail se mordió los labios. Y siguió en su tarea, pero Roderick la detuvo un momento.

—¿Por qué lo hicisteis? —preguntó. —Aunque hay padres generosos, son pocos los que les dan tal libertad a sus hijas, sobre todo, si es la única. ¿Recordabais algo de mí? ¿Por qué pedisteis tal cosa? —Gail suspiró.

—Porque… quizá, la misma noche que vos volvisteis, con once años, y reinició todo esto, yo también desperté… y por medio día, más o menos, tuve todos mis recuerdos. —Él la miró sorprendido. —Supe de inmediato que por mi mentira no os sería fácil encontrarme, y que el tiempo se me agotaba. Empecé olvidando vuestro nombre, y actué en consecuencia. Le hice jurar a mi padre que no me casaría sin mi consentimiento, y luego de eso… olvidé todo.

—Qué impresionante.

—Sí, ¿verdad?

—¿Por qué? No sois Albermale. No lleváis nuestra sangre…

—Pero… vuestra sangre y la mía se mezclaron en el momento en que morimos —contestó ella pasando por su cuerpo un paño con agua limpia, y retirando todos los posibles restos de jabón de su piel.

—¿Cómo lo sabéis? —Gail dejó a un lado el paño. Ya su marido estaba limpio y más fresco que antes, y sin pensarlo mucho, a pesar de su desnudez, o a causa de ella, se sentó en su regazo.

—Porque lo vi.

—¿Cómo lo visteis? Amor mío, os fuisteis antes que yo. Os perdí… y…

—Lo vi, Roderick. De alguna manera, vi vuestro enfrentamiento con sir Wendell. Vi que lo derrotasteis, pero que también fuisteis herido a muerte. Perdimos a todos nuestros hombres, el castillo cayó en manos de los infiltrados, y vos… me abrazasteis, y llorasteis.

Los ojos de Roderick brillaban, en parte porque estaba recordando el horrible momento, también por lo increíble que era lo que ella le contaba, y luego…

—No pude protegeros —se lamentó. —Nunca me perdonaré…

—No, no —lo detuvo ella tomando su rostro y uniendo sus frentes.

—Fallé en mi principal propósito. Confié en las personas equivocadas, y fui derrotado.

—Mi amor, no. No penséis así. ¿Queréis saber qué pensaba yo mientras luchabas contra ese traidor? Parad, salvad vuestra vida. Ya no hay nada que hacer por mí —Roderick sonrió, y pestañeó tratando de ahuyentar esa humedad molesta en sus ojos.

—Vos no habríais hecho eso —la acusó. —Habríais luchado hasta el final por la mínima esperanza de que siquiera vivo —ella esquivó su mirada, pero con eso lo admitía. —¿No… me reprocháis nada? Vuestra vida acabó muy joven… ¿No pensáis… que vuestro marido os falló?

—En ningún momento.

—Siempre he deseado que recordéis el pasado, pero me aterraba que al saber lo que pasó ese horrible día, dejarais de pensar en mí como vuestro refugio seguro.

—Sois mi refugio seguro… del mismo modo que yo soy el vuestro. Que seáis vos el que porta las armas no os responsabiliza de todo, mi lord. Ni por un instante os culparía de tal suceso… menos cuando… tenéis tal poder de volver al pasado, y reiniciar todo.

—Es un poder muy conveniente.

—Oh. Sí que lo es. —Él la abrazó entonces, con fuerza, como si quisiera fundirla con su cuerpo, ser uno solo.

En silencio, le agradecía su magnanimidad. Que no le acusara de nada, que lo librara de culpas.

La amaba, la amaba, la amaba.

—Ahora, contadme… —le pidió ella—. Todo lo que os pasó cuando despertasteis. Tengo mucha curiosidad. —Roderick sonrió, tomó aire y miró hacia la mesa, donde había una fuente tapada. Gail entendió sus intenciones, y caminó a la mesa para servir la cena. Mientras tanto, Roderick se vistió con ropa ligera, y se sentó a la mesa con ella.

Empezó a contarle, con mucho detalle, todo lo que sintió esa noche. Gail se impresionó porque atinó a despertar el día en que sus padres morían, catalogándolo como suerte.

—No creo que haya sido suerte —dijo él tomando un sorbo de vino. —Creo que estaba premeditado.

—Pero… ¿quién lo premeditó?

—Me encantaría saberlo. —Le contó cómo libró a sus padres en esa emboscada, cómo, luego, decidió comprometerse con la hija de Dunster. Gail sólo elevó una ceja divertida.

—¿No fuisteis vos mismo?

—Lady Gail —dijo con voz que pretendía ser de advertencia, pero el brillo en sus ojos decía otra cosa—, ya os habéis burlado mucho de mí por ese asunto.

—Y nunca cesaré de hacerlo, creo —dijo ella entre risas.

—Ya lo sé. Me equivoqué al no ir personalmente.

—Tuvisteis que aguantar mis pullas con lo de la novia fugitiva. Lo lamento, es que era muy divertido.

—Sí, ya lo sé. —él siguió con su relato, hasta llegar al momento en que le pedía a su padre enviar a Fatima para ayudar a lady Isobel en su parto.

—Os agradezco por eso —dijo ella muy seria. —Infinitamente, os lo agradezco.

—En mi mente estaba sólo el ayudar a un amigo. En el proceso terminé ayudándoos a alejaros de mí. Ya que vuestro padre pudo saldar la deuda con Dunster, vos no tuvisteis que servir como dama de compañía. Pero no me arrepiento. Veros tranquila, en vuestro espacio, mimada como una hija amada… lo amé.

—¿No echabais de menos a la Gail de antes?

—A veces —admitió él. —Pero fue un absoluto placer cortejaros, enamoraros, y todo lo demás. —Gail se sonrojó suavemente, adivinando a qué se refería.

Con razón, pensó ahora, él parecía ser muy entendido en las artes amatorias. Sólo ahora caía en cuenta de la diferencia entre el Roderick de antes y el de ahora.

—Vos también habéis cambiado mucho.

—Ah, ¿sí?

—Antes erais serio. Era de buena fortuna veros sonreír —él rio encantado. —Ahora estáis más tranquilo, tal vez porque salvasteis a vuestra familia, y estabais más en control de todo.

—Sí, definitivamente.

Luego del último vaso de vino, Roderick palmeó su muslo, y ella, entendiendo el mensaje, se sentó en él recostándose en su pecho y suspirando. Él siguió contándole todos los cambios que había hecho, cómo investigó a todos los posibles enemigos y desechó a los traidores que intentaban volver a infiltrarse en Albermale.

Aunque Roderick estaba cansado, contarle todo esto le hacía bien. Era como sacarse un montón de espinas del alma. Le había contado todo a sus padres, pero Gail, a diferencia de ellos, había estado ahí, comprendía mejor que ninguno el motivo de sus decisiones, y de sus emociones. Se sorprendía por algunas cosas que le contaba, como que había sido el rey quien provocara la quiebra de su padre en el pasado. Se admiraba de otras, como que lord Alfred era un mujeriego en el pasado, y ahora era un marido devoto, fiel a lady Emily.

Preguntaba y él le respondía, se sorprendía y hacía comentarios, y así pasaron horas. En un momento, él la alzó en sus brazos y caminó con ella hasta la cama y ella sonrió llena de picardía. Deseaba esto, mucho. Pero en cuanto él la dejó en la cama, se acostó a su lado, sin mover un solo dedo.

Así de cansado estaba.

—Mi lord. Gracias por haberme elegido de nuevo para ser vuestra esposa —le dijo. Roderick que había cerrado los ojos un momento, los abrió ahora y la miró.

—No hay otra mujer en el mundo para mí —ella rio quedamente, y le rodeó el pecho con su brazo.

—Sí, sois un poco lamentable sin mí —se burló, y él la miró fijamente frunciendo un poco el ceño. Gail se echó a reír al ver su expresión, pero también así se veía tan guapo, que no pudo evitar besarlo. Bromear con él, pullarlo un poco, le encantaba.

Estaba tan feliz, se sentía tan afortunada, tan llena de bendiciones, que no sabía por dónde empezar a agradecer. Sólo le quedaba ser humilde y actuar en consecuencia.

—Sabía que Dios me había puesto en Albermale por una poderosa razón —dijo, pero él no contestó. Sólo se rascó el pecho y se movió acomodándose mejor murmurando algo. —¿Qué dijisteis? —preguntó ella acomodándose para escucharlo mejor.

—Os amo, Gail —fueron sus palabras, y Gail guardó silencio.

La Gail del pasado deseó tanto, tanto, oír esas palabras, que escucharlas ahora la abrumó.

Se apoyó en el codo y lo miró fijamente, pero él ya se había dormido.

Una declaración de amor, y su nombre.

Una lágrima bajó por su mejilla, y se apoyó en su pecho sintiendo el acompasado latido de su corazón.

—Yo también os amo, Roderick —dijo—. Con todo mi ser.

Y acurrucándose a su lado, se quedó dormida.

36

Gail despertó muy temprano en la mañana, pero no quiso interrumpir el sueño de Roderick, así que no encendió ninguna luz, y en silencio, se vistió y salió de la recámara.

Una vez afuera, buscó a Maud. La encontró ayudando a un caballero a limpiar sus heridas. Sir Luther tenía cortes en varias partes, también quemaduras, y la miraba con adoración mientras ella aplicaba ungüentos sin advertirlo.

Gail elevó las cejas analizando la escena, y al darse cuenta, sir Luther pestañeó y miró a otro lado.

Escuchó el informe acerca de lord Simon. Había sufrido fiebre durante la noche, y había sido difícil mantenerla a raya, pero había sobrevivido. Seguía inconsciente y sólo lo obligaban a beber agua con una cuchara cada pocos minutos. Lady Rose había dormido muy pocas horas, todas interrumpidas, cuidando de su marido. Lord Alfred había tomado el mando durante la noche y se había encargado de la vigilancia. Ahora descansaba y era relevado por sir Peter. Los maestros e ingenieros ya habían empezado con la reconstrucción de la muralla, y afuera, achicaban el foso para limpiarlo de toda la basura y escombros. Las cocinas estaban a toda marcha, y las mujeres de la aldea eran las encargadas esta vez. Los niños ayudaban retirando basura, llevando y trayendo paños limpios, recogiendo las saetas del suelo, barriendo, y en general, devolviendo el orden al castillo.

Dado que lady Rose seguía al pendiente de su marido, otra vez Gail tomó el mando. Fue ella quien obligó a Fatima ir a descansar por el resto del día, permitiendo que sus ayudantes se hicieran cargo de sus obligaciones. Ella accedió a ir a la cama con la promesa de que le avisarían si el lord se complicaba.

Cuando Roderick despertó, el sol ya estaba alto en el cielo. Había dormido profundamente por casi medio día, y lo peor es que el cuerpo le pedía seguir durmiendo. Sin embargo, salió de la cama y se lavó la cara.

Lo primero que hizo fue averiguar el estado de su padre, de sus soldados, y del castillo. Le informaron que había tres capturados, que habían intentado esconderse, y ahora estaban en las mazmorras.

Bajó para entrevistarlos, y se dio cuenta de que los aldeanos ya estaban volviendo a sus casas, llevando consigo tablones y tejado, listos para armar de nuevo sus hogares.

—Somos soldados de March —dijo uno. Los tres estaban en la misma mazmorra, y se arrodillaban ante Roderick pidiendo clemencia. —No pertenecemos a Lathom.

—Da lo mismo —dijo Roderick con voz pétrea.

—Mi señor, permitidme explicaros. Lathom traicionó a March. Luego de la excursión, estaba tan molesto que lo asesinó. —Roderick frunció el ceño. Ahora caía en cuenta de que entre los cuerpos recogidos en el castillo no estaba el de March. Este había desaparecido.

Cuando escuchó tal informe le restó importancia. Tal vez estaba bajo los escombros, o sumergido en alguna parte del foso, y que tarde o temprano lo encontraría.

Instó a los soldados a contarle lo sucedido, y cómo se habían rebelado. Ellos tres se habían negado a seguir bajo las órdenes de Lathom, pero este era un hombre inclemente y ellos eran minoría, así que intentaron huir, siendo atrapados por la avanzada de los refuerzos en el este.

Que Lathom hubiese traicionado a March, quedándose con gran parte de sus tropas, era un asunto importante, y ayudaba a sus propósitos de desestabilizar a sus enemigos, así que debía aprovechar la situación.

Ese mismo día, Roderick liberó a los tres hombres de March, enviándolos a casa con la obligación de contarle a sus señores de lo sucedido con Lathom. Después de ser amigos y aliados, lo más seguro era que romperían relaciones, y si March insistía en enemistarse con Albermale, los enfrentarían. Si enviaban la bandera de la paz con la compensación que les correspondía, se pensaría el dejarlos en paz.

Lathom, en cambio, era otro asunto.

Era evidente que en esa casa estaba sembrada la semilla del odio hacia Albermale en lo más profundo, y dudaba mucho que pudiera desarraigarla. Como un condado fuerte, digno y honorable, tenían todo el derecho de enfrentarlos y derribarlos, pero por ahora debía ocuparse de la restauración de su casa. Reconstruir la muralla, recuperarse de los daños, pero la guerra el próximo verano estaba asegurada, ahora siendo ellos los asediadores.

El día se le fue muy rápido, y al llegar la noche, Fatima revisó de nuevo al lord. Éste, al parecer, seguía dormido. La fiebre era baja, pero le preocupaba que no pudiera alimentarse. No sabía cuánto tiempo podía resistir un cuerpo sin beber agua adecuadamente, pero tampoco sabía si debía suministrarle por ese órgano que había extirpado.

Decidió tratar aquello con la misma gravedad de una fractura, y no mover al lord en un mes, darle pequeñas cantidades de agua, pero constantes, y rezar.

Esa noche, Gail durmió sola, pues Roderick relevó a Alfred en la vigilancia nocturna, y así pasó otro día.

Cada día que Simon amanecía vivo nuevamente, era un alivio para todo el castillo, pues eran conscientes de que se debatía entre la vida y la muerte, y cuando al fin todos los aldeanos volvieron a sus hogares, y el castillo fue despejado, Gail fue capaz de acudir a Fatima e informarle que a pesar de ya haber pasado casi tres semanas desde que ella le había hablado de su retraso, seguía sin sangrar esos días del mes.

Fatima le revisó las pupilas y el pulso, y con una sonrisa le ratificó su embarazo. Gail sonrió entonces. No sabía por qué su pulso le indicaba a Fatima que llevaba un bebé en su vientre, pero eligió creerle.

Regresó al castillo acompañada de Maud, y escoltada por uno de los soldados, y esta celebraba que su señora hubiese encargado tan pronto un bebé.

—Y a vos… ¿no os gustaría ser madre? —le preguntó Gail, y Maud guardó silencio.

—Mi señora. ¿Por qué me preguntáis eso?

—Nunca me habéis pedido que os busque esposo. Sois joven, lady Maud. Podríais casaros y tener vuestros hijos.

—Sí, bueno. La verdad… nunca pensé en eso.

—Empezad ahora. ¿No habéis notado cómo os mira sir Luther?

—¿Sir Luther? —se sorprendió Maud. —¿Me mira? —Gail se echó a reír.

—Oh, sí que lo hace, y con bastante frecuencia. Es increíble que no os hayáis dado cuenta.

Aquello dejó en silencio a Maud, y Gail sonrió por largo rato.

Esta vez, no hubo nadie que le suministrara bebidas que le impidieran quedar embarazada, como en el pasado. Había estado ocho meses casada, y

con Roderick eran bastante activos en la cama, y nunca comprendió por qué no encargaban un bebé. Lo supo muy tarde, y ahora recordaba que en parte había sentido alivio. No era estéril, ni él tampoco; todo se había debido a la traición de esas personas.

Se detuvo en el estrecho puente que surcaba un riachuelo, y miró el paisaje. Roderick le había contado que, muy cerca de aquí, un día nevado, lord Wulfric había encontrado una trampilla bajo tierra con mucha comida, y eran tiempos de escasez. Ellos habían creído que era comida que el enemigo había guardado allí para su propio suministro, pero con toda la magia que ya había comprobado que Albermale tenía, se preguntaba si acaso esa comida no había sido enviada por alguien desde otro tiempo.

—¿Mi señora? —le habló Maud, preguntándose por qué llevaba allí detenida tanto tiempo.

—Es bonito aquí, ¿verdad?

—Sí, es hermoso.

—Me encantaría dar un paseo a caballo por el camino dorado, pero parece que ahora debo tener cuidado y no subirme a una bestia por al menos ocho meses más. —Lady Maud se cubrió la boca sonriendo.

Gail suspiró ruidosamente y retomó el camino al castillo, sonriendo al pensar en el camino dorado. Ahora los vería florecer más pronto, pues Roderick había pensado en todo.

También le había regalado a Shy, recordando lo mucho que se había encariñado con la yegua. Su marido había pensado mucho en ella, y no podía evitar sentir una punzada de tristeza al imaginarlo todos esos largos años extrañándola, buscándola.

A pesar de la mentira, a pesar de creerla traidora aunque fuera por un momento, él no dejó de amarla. Sabía que no había mujer más afortunada en la tierra.

Ingresó de vuelta al castillo y encontró a su marido hablando con lord Alfred y los saludó a ambos. Ver a lord Alfred tan bien, siendo ahora un barón, le daba alegría. Él había sido un amigo leal hasta el final, y fue un final muy horrible y desesperado.

—Mi lady… parece que estabais fuera —la saludó Roderick, y su mirada estaba fija en el soldado que la había escoltado, como preguntándole si hubo alguna novedad en el camino.

—Sí, estaba con Fatima.

—¿Os sentís enferma? ¿Necesitáis algo? —Gail sonrió.

—No, mi señor. Estoy perfectamente. Sólo un asunto que tomará unos meses… —Roderick la miró confundido, Alfred carraspeó y se alejó dejándolos solos.

—¿Unos meses? ¿Está todo bien? —Ah, su marido que no cazaba una indirecta, sonrió Gail; ni ahora, ni en el pasado. Y eso que había mejorado bastante.

—Ya os lo dije, mi señor. Todo está bien. Solamente… que tendremos un nuevo miembro en la próxima primavera —Roderick la miró fijamente, como si tratara de asegurarse de que había entendido bien antes de empezar a emocionarse, pero la mirada brillante de ella lo llevaba a pensar que sí, que era cierto eso que estaba imaginando.

Sonrió ampliamente, le tomó las manos y preguntó:

—¿De verdad?

—¡De verdad!

—Estáis…

—Sí. Lo sospechaba ya desde hace varios días, pero… —él la abrazó fuerte, y hasta la alzó haciéndole soltar un gritito de sorpresa, llamando la atención de todos alrededor. La bajó cuando pensó que tal vez estaba siendo un poco rudo, pero ella se echó a reír. —Estoy bien —le aseguró. —Mi bebé y yo estamos bien.

—Nuestro bebé —corrigió él, y bajó la mirada a su vientre.

—Esta vez quedé embarazada bastante rápido.

—Es verdad —cayó en cuenta él. —En el pasado… aunque lo deseaba, la verdad es que me asustaba un poco.

—¿Por los antecedentes de mi madre?

—Sí, en parte. La verdad es que todo lo que me pudiera alejar de vos me aterraba. Oh, Gail. Esto me hace tan feliz —volvió a abrazarla, esta vez muy suavemente, y todos en el patio de armas, que habían alcanzado a escuchar lo que sucedía, empezaron a cuchichear.

—Que la lady está esperando, dice.

—Que nacerá la próxima primavera.

Al escucharlos, Roderick y Gail sonrieron.

—¡Escuchen todos! —gritó Roderick—. Mi esposa lleva en su vientre la quinta generación de Montfort. ¡Vamos a ser padres! —todos alrededor ovacionaron, aplaudieron, rieron felices con el lord.

La noticia se extendió rápidamente por todo el castillo, llegó a la aldea y le dio la vuelta, y pareció ser un bálsamo a las heridas que cada uno tenía, porque, aunque habían ganado en el asedio, y derrotado a sus enemigos, en el proceso algunos perdieron amigos y parientes, o los tenían heridos y en recuperación.

A pesar de no tener todavía sus hogares terminados, decidieron hacer una fiesta, y en el castillo lady Rose ordenó celebrar con un banquete. Así, no sólo se festejaba la existencia del nuevo ser, sino que se mejoraban los ánimos de todos, y se les daba un espacio para bailar y reír.

Lord Simon despertó a tiempo para escuchar la gran noticia, y a pesar de que su expresión demostraba que estaba soportando mucho dolor, fue capaz de tomar la mano de su hijo y felicitarlo. Fatima consintió en moverlo, y fabricaron una tabla en la que seis hombres pudieron cargarlo y llevarlo hasta su recámara, donde convalecería hasta su recuperación.

La fiesta empezó tan pronto como se abrieron los barriles de vino, y Roderick ordenó lanzar fuegos artificiales en celebración.

Quentin asistió a pesar de su herida, John, Bruce y Doug bebieron vino hasta embriagarse, agradeciendo no tener turno de guardia. Gail vio que Maud aceptaba la invitación de sir Luther para bailar, y en general, Albermale parecía muy feliz. Se habían sacudido la tristeza de las pérdidas por un momento, decidiendo ver lo que todavía conservaban.

No tardaron en salir las anécdotas divertidas del asedio, como la visión de un soldado enemigo que intentaba subir el muro usando una escalera, pero a la vez se cagaba en sus pantalones, y la mierda caía en el soldado que venía detrás, haciéndole morirse del asco, soltarse y caer.

Roderick quiso regañarlos un poco por el lenguaje que estaban usando, pero Gail lo detuvo. No por ella iban a limitarse. Sí, era una dama, pero la victoria de Albermale se debió a estos valientes guerreros.

—Pues yo os contaré algo —dijo Lady Rose poniéndose en pie, y todos la miraron haciendo silencio. Lady Albermale había decidido bajar un momento y compartir con todos; aunque algunos sospechaban que había

sido lord Simon quien la obligara. —En un momento de la última noche del asedio, lady Gail se desesperó tanto, que tomó ella misma un arco y una aljaba, abrió la saetera de una recámara, y empezó a disparar. —Todos hicieron sonidos de sorpresa. —No sé si su puntería era buena —sonrió lady Rose—, pero su determinación sí que lo era. Disparaba con mucha confianza, debió deshacerse de un par de enemigos.

—Mi lady, ¿sabéis usar el arco y la flecha? —Gail levantó un vaso con aguamiel que le habían dado en vez de vino. En Albermale las embarazadas no bebían alcohol, al parecer.

—Tengo bastante buena puntería —alardeó ella.

—¿Fuisteis vos… la que le disparó a ese bastardo en el ojo? Quiero decir, ¿a ese hombre malo? —se corrigió Doug cuando Roderick le echó una mirada ominosa.

Se refería a Wendell, comprendió Gail, pero ellos no comprenderían por qué ella sabía el nombre del bastardo.

—Así es. —Los caballeros hicieron escándalo. Era admirable, comentaban; un objetivo en movimiento, con tal oscuridad, y un disparo tan certero. Roderick tomó su mano izquierda y le examinó la muñeca, dándose cuenta de que allí tenía las señales que dejaba el disparar un arco sin la debida protección, pero ella bajó la manga del vestido ocultándolo.

Empezaron a celebrar no sólo el embarazo de la lady, sino su excelente puntería, y Gail empezó a pensar que les alegraba y admiraban más lo segundo que lo primero.

La fiesta siguió hasta muy tarde, y hubo mucha comida. Gail decidió retirarse antes y descansar, y Roderick prometió seguirla pronto.

En su habitación, Gail se cambió con la ayuda de Maud, y juntas empezaron a examinar su cuerpo, pero éste seguía igual de delgado, sin cambios a la vista.

—Empezará a notarse pronto —le aseguró Maud. —A lady Isobel no se le notó que esperaba a lord Vincent sino al quinto mes, más o menos. Era frustrante, porque todos querían verla con su pequeña panza, y temían que el niño fuera a nacer muy pequeño. Pero resultó que al sexto mes, vuestra madre ya acarreaba con un vientre enorme y cansador. Ahí todos se tranquilizaron. —Gail se echó a reír y se puso la camisa de dormir.

Rato después, llegó Roderick pero la fiesta abajo seguía. Había deseado mucho estar a solas con su mujer, por lo que se escabulló y vino aquí.

Gail le lanzó esa mirada que a él le encantaba, una sutil caída de ojos que lo embelesaban e invitaban, y en un par de pasos estuvo ante ella. Gail rio encantada. Lo cierto era que cualquier cosa ahora la hacía feliz.

Pero no era diferente para él.

—Escuché por ahí —dijo Roderick acariciando la suave mejilla de Gail con el dorso de los dedos —que es bueno para las mujeres embarazadas yacer con su marido.

—Oh, ¿de verdad?

—Dicen que es medicinal.

—Seguro que no lo estáis inventando para sacar provecho, ¿verdad?

—Por mi honor —dijo él levantando la mano derecha y Gail volvió a reír. Elevó los brazos y rodeó los poderosos hombros mientras se empinaba buscando un beso.

—Entonces, dadme de esa medicina, lord. —Él hizo un sonido de satisfacción con su garganta, se inclinó y fue al encuentro de sus labios.

La besó mucho, hondamente, con hambre, y Gail hizo sentir su propio deseo. Ya no era la niña que llevaba pocas semanas casada, que todavía sufría de timidez y eso le impedía explorar, no. Y ahora que sabía que cada noche a su lado era preciosa, que cada día era un regalo, decidió ir por todo y bajó la mano capturándolo con firmeza. Roderick se sorprendió, pero a la vez sonrió encantado.

La alzo a su cintura y Gail de inmediato la rodeó con sus piernas, y juntos fueron hasta la cama. Con prisa, se quitó la camisa, las botas, las calzas, y se ubicó entre sus piernas besándola, mordiéndola, amasándola.

Tenían prisa. Todo iba muy rápido, pero no les importó. Pronto estuvieron desnudos, y él entró en ella encontrándola húmeda y apretada. Gimió de contento y la besó. Le dijo lo hermosa que era, lo importante que era.

Gail sonreía, gemía, se movía bajo él apresurando más las cosas, y pronto se encontraron galopando hacia el placer. Gail ya no fue tímida y gritó, mordió, pidió más y enloqueció. Justo después, él se permitió perder el control.

Al terminar, Roderick se derrumbó a su lado por miedo de aplastarla, o hacerle daño al bebé. Se concentraron en normalizar su respiración, y al cabo de un rato, ella se echó a reír.

—Tengo la sensación… de que llevo años sin yacer con vos, mi lord. ¿Es eso normal?

—Creo que sí… porque me sucede lo mismo. A pesar de que sois la misma Gail, la que tiene los recuerdos me gusta muchísimo. —Ella tragó saliva y giró la cabeza para mirarlo.

—¿Y si es algo temporal?

—¿Por qué lo sería?

—Que tenga mis recuerdos se debe… a que llevo la sangre de Albermale conmigo, con vuestro hijo. ¿Y si… al darlo a luz, los recuerdos se van? Así como me sucedió cuando era niña. —Él se giró apoyándose en el codo para mirarla mejor.

—¿Por qué estáis tan segura de que se debe al bebé?

—Porque alguien me lo dijo. Escuché una voz que me dijo que ahora era una de los vuestros. —Él enarcó una ceja analítico, y Gail se sentó en la cama y empezó a contarle todo lo que había escuchado, todo lo que había visto.

—Escuchasteis el antiguo lema de la familia —explicó él. —"La sangre importa".

—También me dijo algo así como que, en los tiempos difíciles, sería cuando más milagros vería. —Roderick la miró de nuevo en silencio, pues lo mismo había escuchado él.

—Entonces es verdad, sois una de los nuestros. No creo que luego olvidéis todo.

—Vos… ¿escuchasteis algo similar? —él asintió, pero no dijo más y ella tenía mucha curiosidad, así que lo instó a seguir. Roderick sonrió.

—Vi varias cosas. Vi una mujer vestida en harapos, sucia y llorando, llorando con mucho arrepentimiento, caminar hacia el cadalso. No sé si iba a ser decapitada o ahorcada, pero de seguro iba a morir —Gail se cubrió la boca sorprendida. —Vi… a un bebé llorar en el salón del homenaje de nuestro castillo, y todo alrededor se incendiaba, y él estaba allí solo. También vi… una mujer hermosa, de cabellos oscuros, tirada en una cama

mientras se desangraba. Vi a mi bisabuelo Wulfric decirle a alguien que, a este lado del tiempo, todos estaban bien.

—¿A vuestro bisabuelo? ¿Por qué lo sabéis? Murió antes de que vos nacierais, ¿no?

—Sí, pero… tenía una marca distintiva… una cicatriz de quemadura en el lado izquierdo de su cara, por eso sé que lo vi. Le agradecía a la tía Elizabeth su ayuda como si ella estuviera presente.

—Eso es increíble. Impresionante. Fabuloso.

—Sí, lo es.

—Tuvisteis muchas visiones. Yo sólo escuché una voz.

—Es porque no sois Albermale —la pulló él, y Gail le pegó suavemente un manotazo.

—¿Visteis algo más? —Roderick ladeó la cabeza e hizo una mueca pensando.

—Eso es lo que recuerdo.

—Parecen ser cosas importantes del futuro… o del pasado. ¿Creéis que se cumplan?

—Sí. Lo creo firmemente. Sé que una de las visiones no es de un futuro cercano, sino de uno muy lejano. Pero se cumplirá.

—¿Creéis que ese bebé que lloraba sea uno de nuestros hijos? ¿O uno de nuestros nietos?

—No creo que sea tan cercano. Lo que vi fue la destrucción total del castillo de Albermale, y está escrito que resistirá un par de siglos más. Se inventarán armas capaces de atravesar cualquier muralla.

—¿Escrito? ¿Escrito dónde? —Roderick salió de la cama, y sin importarle su desnudez, abrió una trampilla el suelo cerca de la pared de piedra. Había hecho construir este lugar luego de que le fue entregado el libro.

Lo sacó y lo puso en la cama en medio de su esposa y él, y lo giró para que lo leyera.

—Aquí hay consignado mucho conocimiento. Todo lo que ocurrirá en el futuro cercano y lejano. Y en este otro libro… —dijo, sacando otro ejemplar más grande— He contado lo que me ocurrió a mí.

—Pero a vos… sólo os quedan unos pocos meses hasta llegar al punto en que regresamos.

—Sí, ya se agota el tiempo. Con la ayuda de Dios, no necesitaremos volver al pasado.

Gail tomó el primer libro y lo hojeó. Con sólo leer un par de frases se sorprendió.

—En el pasado no me mostrasteis esto.

—Porque no sabía que existía. El conocimiento de las puertas de Albermale sólo se le trasmite al heredero cuando este cumple quince años. El heredero era mi hermano Darius, pero falleció, y yo sólo tenía once.

—¿Fatima también es una viajera en el tiempo? —Roderick sonrió.

—No. Ella sólo obedece los libros de consejos medicinales que dejó la tía Elizabeth. No siempre se le declara la verdad al curandero de la familia, pero con ella fue inevitable. Sabe e intuye muchas cosas. Es muy sabia.

—Sí. Siempre me ha parecido un poco misteriosa. Y yo también… siempre tuve el presentimiento de que vine a este lugar por una buena razón. Si hubiese sido la verdadera Emma, jamás podría haber hecho algo bueno por Albermale.

—Para empezar —dijo él quitándole los libros de las manos, —nunca me habría casado con la verdadera Emma.

—Pero era guapa, eso no lo podéis negar.

—Una mujer común y corriente.

—¡No es verdad! Era bonita.

—Y tonta. Ya veis que prefirió a un caballero sin título ni tierras antes que a un conde.

—Bueno… sí. Tonta a más no poder. Tal vez el amor la cegó.

—La cegó y la convirtió en asesina, porque hizo culpables a un grupo de personas que no tenían por qué pagar por su falta. —Gail asintió. Ella misma había pensado así en el pasado. —Ya había escuchado malos comentarios acerca de ella. —le contó él volviendo a la cama. —Tío Lawrence me advirtió de su mala reputación, y cuando os conocí, encontré que no erais ni insensata ni fatua, todo lo contrario. —Gail sonrió.

—¿Os parecí sabia?

—Y hermosa.

—Mmmm.

—Absolutamente hermosa, realmente apetecible —Gail soltó la carcajada mientras Roderick la tomaba en brazos poniéndola en su regazo y hacía que lo rodeara con sus piernas. —La única mujer capaz de hacer que enloquezca con una mirada, con una sonrisa. Os amo, Gail.

—No sabéis… no os imagináis… lo mucho que me gusta escuchar mi verdadero nombre en vuestros labios.

—He practicado mucho —dijo él acercándose y mordisqueando los labios femeninos. —Gail, Gail, Gail —ella volvió a reír, pero pronto la risa se convirtió en deseo y gemidos de placer.

37

Los días pasaron, y cada mañana que se comprobaba que Lord Simon seguía vivo, las esperanzas de todos aumentaban. Con el tiempo, el dolor fue más soportable, y en unas semanas empezó a exigir que le dejaran levantarse y caminar. Fatima fue inflexible en eso, y a la cuarta semana, le hizo jurar que, si algo le sucedía por insistir en salir de la cama, sería totalmente su responsabilidad.

Simon decidió asumirla, y por primera vez dio un paseo. Lady Rose intentaba tomarle la mano para ayudarle, pero él era terco e insistía en ir por su cuenta. Sintió un poco de mareo y cansancio, y tuvo que sentarse pronto, pero fue soportable, y al paso de las horas, volvió a sentirse mejor, con lo que el paseo corto se hizo algo más habitual.

Fatima consignaba en sus libros todos sus hallazgos. Hacía dibujos y explicaba los métodos usados. Estaba segura de que hasta el momento ningún ser humano había atravesado algo como lo que vivió lord Simon y sobrevivido. Todavía sentía que en cualquier momento la salud del lord se deterioraría y moriría, pero, aunque el color de su piel había mejorado mucho, y sus funciones fisiológicas eran bastante normales, esto era tan increíble que prefería no confiarse.

Poco a poco, todo en Albermale volvió a la normalidad. La aldea se reconstruyó en su totalidad, la muralla y la torre fueron reparadas, y la fosa limpiada y rellenada de nuevo con agua.

Aunque había sido un asedio rápido y corto, no por eso había sido menos devastador, afortunadamente, no habían tenido tiempo para contaminar sus fuentes de agua ni arrasado con fuego los sembradíos más lejanos, por lo que no sufrirían demasiado por la falta de alimentos.

Llegó el tiempo de la cosecha y volvió a hacerse una fiesta. Ahora que Roderick estaba un poco más desocupado, empezó a relatar su experiencia en los libros secretos de Albermale, y a Gail empezó a hacérsele común verlo por la noche hacer anotaciones iluminado por una vela.

Junto a él, bastante seguido, Gail daba paseos suaves a caballo y hablaban mucho. Los robles estaban bastante crecidos, a comparación de cómo los había dejado en el pasado, y cuando su hijo cumpliera los diez años, los vería florecer por primera vez, o eso esperaba.

Y así se llegó el invierno. El vientre de Gail empezó a notarse mucho, y a la vez, los soldados de Albermale empezaban a mentalizarse para el verano; asediarían Lathom, así que una nueva guerra se avecinaba.

El entrenamiento no paró a pesar de ser invierno. El frío fortalecía los corazones, decían. A la vez, se estudiaban nuevas estrategias de guerra a partir de la información de los espías, y estudiaban el terreno, la fortaleza en sí, la fuerza de sus hombres. Ya no contaban con la ayuda de March, se habían dividido, rotas sus alianzas por la traición sufrida en Albermale. La condesa de March, a pesar de haberse coludido con Lathom para destruir Albermale, les envió una ofrenda de paz jurando no volver a enfrentarlos, por lo que Albermale desistió de destruirlos también. Hicieron un pacto de paz por las siguientes tres generaciones, e incluso March ofreció uno de sus hijos en matrimonio; según ellos, sin esperar nada a cambio.

Pero Roderick no gustaba mucho de esa propuesta. Si les nacía un varón, necesitaría de una dama fuerte y lista a su lado para gobernar el condado. Si era una niña, prefería que amara a su marido: nada de eso estaba garantizado si elegían a alguien de March. Casi estaba por proponer una nueva ley donde permitía que las hijas de Albermale tuvieran libertad de elegir ellas mismas a su marido, pero era una idea bastante temeraria en aquellos tiempos.

—Yo creo que será un varón —le dijo lady Rose a Gail, una noche mientras hablaban tranquilas. Los hombres, como casi siempre en los últimos días, se reunían en la sala de concejo, trabajando. —Hace tiempo que en Albermale no nacen mellizos, vuestro vientre es bastante grande, podrían ser un niño y una niña. —Gail la miró espantada, y lady Rose se echó a reír. —Parece que no queréis mellizos, lady Gail.

—No es que no los quiera, sólo…

—No os preocupéis. En caso de que así fuera, Fatima está muy bien preparada para eso.

Afortunadamente, al menos para Gail, no fueron mellizos. Nació un niño hermoso y robusto, con los ojos grises de su madre y el cabello azabache de su padre. Roderick sonreía orgulloso, e insistió mucho en alzarlo tan pronto como estuvo vestido. Se lo llevó para que los soldados lo vieran, y todos lo bendijeron. Este era el siguiente lord de Albermale.

—Es un bebé hermoso —le dijo a Gail devolviéndoselo, pues el pequeño Luca había empezado a berrear por hambre. Gail lo recibió y de inmediato lo pegó a su pecho. Ansioso, Roderick no dejaba de mirarla. Gail se echó a reír.

—Estoy bien, Roderick —él asintió. No era eso lo que le preocupaba, pero no sabía cómo preguntarle si seguía recordando todo. Si acaso había perdido sus memorias, sonaría muy extraño. —Es hermoso, ¿no es así? —preguntó ella concentrada mirando a su hijo mientras este chupaba pegado a su pecho. Gail le miraba los diminutos dedos, como revisando que fueran cinco.

—Sí, lo es.

—Un bebé con la sangre de los Montfort, de los Collingwood. Tal vez viva cosas extraordinarias como nosotros. —Él la miró fijamente, y Gail al fin elevó la mirada a él. —Parece que sigo recordando todo.

—Gracias a Dios —suspiró él recostándose en ella, y Gail se echó a reír. Tal parecía que era algo que le preocupaba mucho. Ella le acarició el rostro sin dejar de sonreír.

—Seguiré llevando con vos este maravilloso secreto. Yo creo que lo hacen porque es tonto arrebatarme los recuerdos, siendo que estaré embarazada de vos muchas veces más.

—¿Muchas?

—Vosotros los Montfort sois muy fértiles. Alguien me dijo una vez que tendría ocho hijos —Roderick se echó a reír, y Gail lo atrajo para besarlo. —No es muy práctico darme y quitarme los recuerdos ocho veces.

—No, no es muy práctico —la secundó él y respondió a su beso.

Roderick lamentaba, realmente, tener que dejar de ver a su hijo durante toda una temporada. Estaba realmente fascinado con él. Era tan pequeñito, y nadie se emocionaba como él cuando bostezaba, o estornudaba, o lloraba. Se preguntaba si acaso estaba emocionado de más, si era normal. Pero nadie alrededor parecía reprochárselo, así que no se molestó en ocultarlo.

Sin embargo, no podían dejar pasar lo sucedido el verano pasado, así que, en cuanto inició el deshielo, partió con sus hombres hacia Lathom para iniciar el asedio.

Ninguna bengala fue enviada al cielo cuando Roderick llegó con su ejército al territorio de Lathom, lo que le dijo que, tal vez por falta de sobrevivientes, no hubo tiempo ni manera de copiar el estilo defensivo de Albermale.

El ejército de Roderick se componía de los hombres de Albermale, sus vasallos, y tres de sus aliados. Fue con menos de quinientos hombres, pero sabía que, aun así, los duplicaban en fuerza.

Cuando instaló su campamento, hizo él mismo de vocero, y expuso las razones del asedio. Quien le respondió desde las murallas fue la misma lady Lathom, la madre de lord Eugene Bohum, y su respuesta fue la guerra. Ella misma estaba comandando el ejército, y sus técnicas, como comprobaron después, eran duras y crueles.

—Me impresiona que sea tan dura a pesar de ser una mujer —dijo una noche sir Luther, que ocupaba un cargo oficial, y Roderick lo miró de reojo.

—"¿A pesar de ser mujer?" —preguntó con sorna. —¿No habéis aprendido ya que una mujer puede ser tan buena, mala, dura e inteligente como un hombre?

—Bueno… suelen ser más contemplativas y misericordiosas. —Roderick meneó la cabeza negando.

Esa mujer que los enfrentaba con tanta rudeza era la que había sembrado en el corazón de lord Eugene el más visceral de los odios, trayéndole la ruina. No sólo había destruido a su hijo, sino que, a él, por mucho tiempo, le trajo un profundo dolor y desasosiego.

A diferencia del asedio a Albermale, este fue largo. Sin embargo, a la mitad del segundo mes, Roderick junto a sus hombres penetró las murallas de Lathom. No hubo capturados, solamente lady Lathom.

—¡Os maldigo! —gritó la mujer cuando estuvo ante Roderick. —Con toda mi alma, ¡os maldigo! ¡Me habéis quitado todo! ¡Habéis destruido mi familia no una, sino dos veces! ¡Os maldigo!

—También vos destruisteis mi familia dos veces.

—¡Mentira!

—En el pasado, la familia Collingwood estaba tranquila, e incluso eran amigos de los Beaumont. Fuisteis vosotros los que os aliasteis para destruirles. A traición, y por un poco de oro. Obtuvisteis justicia en aquel momento.

—¡Debisteis morir todos!

—Pero no sucedió así. Y vos y vuestra madre, en vez de seguir vuestras vidas y aprender del pasado, sólo permitisteis que el rencor se enconara, y volvisteis a caer en la trampa del odio. Por eso, os sentencio a muerte, lady Lathom.

Ella siguió gritando y maldiciendo. Hasta el último segundo de su vida, no dejó de hacerlo, derramando veneno con sus miradas y sus palabras.

Luego de su ejecución, el castillo fue derruido, y con ellos desapareció la última semilla de odio de Beaumont.

O eso esperaba Roderick. Del mismo modo en que ahora había aparecido un enemigo que le odiaba por razones ajenas a él, podría volver a suceder en el futuro. Sólo les quedaba seguir preparados para enfrentarlos sin demasiadas pérdidas.

En el camino de vuelta, Roderick reflexionó mucho. Sus hombres iban contentos y con el ánimo muy alto por la victoria, lo que era natural, pero él no paraba de pensar.

¿Y si Albermale no tuviese tal poder? Ciertamente, él habría caído. Ciertamente, su linaje habría desaparecido para siempre.

No podía evitar pensar que sólo había tenido suerte. Eso, antes que enorgullecerlo, le enseñaba humildad.

¿Y si acaso surgía un heredero de Albermale malo y mezquino? ¿Qué haría una persona así con tal poder? ¿Y si la riqueza y el poder se le subían a la cabeza, y decidía hacer mucho daño alrededor? No sabía la naturaleza de esta magia, no conocía las condiciones. Si había un requisito como hacer el bien, era algo que no estaba escrito en ninguna parte. Lady Elizabeth, la persona que los ayudó en el pasado, desconocía quién y por qué estaba detrás de todo esto.

Regresaron victoriosos a casa, y como tales los recibieron, haciendo fiesta, entregando honores, y elevando cargos a algunos oficiales.

Poco después de su regreso a casa, recibieron una misiva del rey. Eduardo I no reprochaba para nada la destrucción de uno de los condados, por el contrario, y citaba a padre e hijo a Londres para una reunión.

Simon y Roderick se miraron uno al otro preguntándose qué quería ahora el rey. ¿Enviarlos a una nueva guerra? ¿Aumentar impuestos? No podían imaginarlo.

—Podría ser para otorgaros un favor —le dijo Gail a Roderick una noche, en la habitación del pequeño Luca.

Había sido el abuelo quien le pusiera el nombre, llamándolo una luz en Albermale. Simon estaba totalmente recuperado luego de la herida sufrida en el asedio. Aunque ya no participaba en las guerras como antes, había retomado su entrenamiento bajo el estricto control de Fatima.

Roderick miró a su hijo dormir en su pequeña cuna y respiró hondo al oír las palabras de su esposa. Dudaba mucho que el rey los llamara para algo así.

—Me encantaría que pudierais venir conmigo —dijo. Ella hizo una mueca. Sacar al bebé del castillo, cuando estaba tan pequeño, era totalmente inseguro.

—También a mí me encantaría —suspiró ella. —Echo un poco de menos la ciudad. Además, aprovecharía para que me complazcáis y me compréis cosas. —Eso lo dijo elevando el mentón y elevando un poco el pecho. Los ojos de Roderick brillaron al instante.

—¿Vais a derrochar mi oro, señora?

—¿No es para eso que lo tenéis? —él sólo se echó a reír, y la atrajo con un brazo para darle un beso.

—¿Y si nos vamos a la recámara, y no salimos de allí hasta que el sol esté alto en el cielo? —murmuró, y Gail sonrió rodeándolo con sus brazos.

—Es una excelente idea. Afortunadamente, vuestros padres están aquí y vos podéis hacer un poco el de la vista gorda con vuestras obligaciones. —Roderick asintió celebrando aquello.

Este era otro deseo cumplido; ya que no era el conde, tenía bastantes libertades, podía dedicarse más a las cosas que le gustaban, y poco menos a la administración del condado. Su padre le había delegado responsabilidades luego de su herida, pero seguían siendo menores de las que tuvo en el pasado.

Simon y Roderick partieron a Londres tan pronto como pudieron. Y al estar ante el rey ambos se sorprendieron al ver allí a lord Dunster. La audiencia sería en conjunto con el barón.

—Quiero que toméis la baronía de Dunster en el futuro —dijo Eduardo I a Simon Montfort. William Fitzalan, barón de Dunster, tenía la cabeza gacha y las manos juntas delante de su cuerpo.

—¿Podría su excelencia decirme las razones de esta decisión?

—Oh, es sencillo. Desde que retirasteis el apoyo a Dunster, no han parado de llegar saqueadores a la baronía. El barón no tiene herederos, por lo que tarde o temprano volverá a la corona. Prefiero dárosla a vosotros a la muerte del barón, y mientras, vos lo protegeréis.

Roderick evitó cambiar su expresión. Básicamente, el rey les estaba ordenando custodiar Dunster con la promesa de cedérsela en un futuro. Pero eso podía tomar muchos años, Fitzalan debía ser más joven que su padre, y estaba bastante saludable.

Haciendo un cálculo rápido, costaría más custodiarla durante esos años que la baronía en sí.

Sin embargo, era un dictamen del rey. No podrían rechazarlo, y luego se sumaría a sus bienes, serían unos de los pocos que acumulaban títulos nobiliarios, lo que sumaba estatus y poder.

Mientras estuviera vivo, lord Simon sería el conde de Albermale, y en su defecto, Roderick tomaría el segundo título como barón de Dunster.

No pudo evitar sonreír por las ironías de la vida.

—Acataré el mandato de mi rey —obedeció Simon.

—Está también otra cuestión —siguió el rey suspirando. —He perdido a un conde, lord Albermale. Me habéis dejado sin Eugene Bohum de Lathom, que era una fuerte figura militar en mi reino.

—Esa figura militar osó asediarme primero.

—No os estoy reprochando. Es sólo que ahora tendré que buscar un noble al que darle esas tierras. ¿Por qué no las tomáis vos?

—¿Majestad? —se sorprendió Simon mirando al rey fijamente.

—Tomad Lathom.

—Los territorios no colindan, majestad.

—Ya lo sé.

—Tendría que poner lugartenientes…

—Sí, tendréis que hacerlo. Seguro que no queréis enviar lejos a vuestro hijo.

—Mis hijos heredarán Albermale…

—Pero tenéis otro hijo… ¿Cómo se llama el pequeño que os nació hace poco?

—¿Teon?

—Teon Montfort, conde de Lathom. ¿Qué os parece?

—El mero nombre me molesta. —Inesperadamente, el rey soltó la carcajada.

—¿Qué opináis vos, lord Dunster? —preguntó mirando al barón, y este parecía un poco contrariado; miró al rey y a los Montfort sin saber qué decir.

Roderick tomó la palabra.

—Lathom tiene hermosos y frondosos bosques —dijo—. Y considero que Lord Teon Montfort, conde de Sylvan, suena muy bien.

—Lo sabéis vos, que estuvisteis allí —sonrió el rey. —Lord Simon, vos cubriréis todos los gastos que implica cambiar el nombre a un condado, ya que fue vuestra idea.

—Así será, majestad.

—Felicitaciones. Ahora tenéis dos condados y una baronía. Seguid sirviendo al reino como habéis hecho hasta ahora.

—Así será, majestad —repitieron Roderick y Simon.

El rey los despachó a todos, y mientras avanzaban por palacio, Roderick llamó a Dunster.

—¿No habéis sabido nada de vuestra hija? —William Fitzalan tenía el ceño fruncido. No le había gustado para nada que el rey otorgara otro condado a estos que ya eran ricos. Y luego, en pocas palabras, heredarían su baronía.

No había sido su idea, por supuesto. Había acudido al rey en busca de ayuda para poder defender mejor el territorio, ya que Abel, ese bastardo que había mancillado su nombre, había ingresado a los territorios con el

pretexto de hablar con él. Como le negó la audiencia consecutivamente, empezó a hacerse sentir tomando cosas de su territorio, cazando y asentándose con sus hombres como si fuera el próximo señor.

Y todo terminó en que le entregaría Dunster a los Montfort.

Tal parecía que, de una manera u otra, la baronía sería sumada al condado.

—Oh, sí —contestó. —Eh… Han sido ellos quienes saquean mis tierras. —Roderick lo mirón confundido.

—¿Lady Emma pidió volver?

—Más o menos. Pero no volverá ni aun cuando muera.

—¿Habéis preferido devolver el título que perdonar a vuestra hija?

—Habría preferido que nunca volviera. Pero ¿por qué me preguntáis eso? ¿Acaso vos le habéis perdonado?

—No, pero ella no salió de mí. De todos modos, contad con nuestra protección desde ahora, velaremos por Dunster como lo hacemos por Albermale.

—Gracias, lord. —Roderick asintió y siguió su camino junto a su padre.

William siguió mirándolos lleno de rencor.

Era una lástima que Lathom hubiese fallado tan estrepitosamente en ese asedio.

Lograron llegar a Albermale antes del invierno. Para eso, tuvieron que apurar un poco los caballos, y cuando en el castillo dieron el aviso de la llegada de los señores, Gail se preparó para recibirlo.

Lady Rose saludó a su marido con Afecto, y Gail abrazó al suyo emocionada. Roderick rodeó a su mujer con un brazo y se apoyó un poco en ella dándole a entender lo cansado que estaba, y ella captó de inmediato el mensaje.

Mientras caminaban hacia su habitación, Roderick la escuchó contarle las novedades. A Luca ya le habían salido los dientecitos, el mercader había pasado por Albermale y ella había comprado unos telas muy bonitas; habían hecho mucha ropa de invierno para Luca…

Él la escuchaba embelesado.

Sólo alguien que ha perdido todo, y por un milagro lo recuperaba, sabía lo valiosos que eran estos momentos.

—Yo esperaba encontraros embarazada de nuevo —dijo él, y Gail lo miró primero sorprendida, y luego sonrojada.

—Bueno, no ha sido culpa mía —dijo.

—Ah, entonces, ¿mía?

—Seguramente. —Él se echó a reír, se inclinó para besarla, pero entonces llamaron a la puerta. Eran los criados acarreando el agua caliente para el baño de Roderick, y éste hizo una mueca por la interrupción.

Esa noche la cena fue copiosa y alegre. Lady Rose al lado de su marido le sonreía cuando él le cortaba la carne y la ponía en su plato, y lady Gail apoyaba la mano en el muslo de su marido por debajo de la mesa. Realmente, la pareja más joven tenía un poco de prisa por volver a la habitación.

El tiempo fue pasando en Albermale. La primavera del año siguiente se llamó al sacerdote para que celebrara una boda; lady Sibyl y sir Quentin contraían nupcias. Este último había remplazado su pie perdido con una prótesis de madera ideada por el maestro carpintero del castillo. Se había adaptado rápidamente a su nueva condición y entrenaba tan duro como antes para serle útil a sus señores.

Luego de eso lo llamaron de nuevo para que casara a lady Maud con sir Peter.

—Sería más fácil si me quedara aquí —refunfuñó como siempre el sacerdote.

Su siguiente viaje fue para bautizar al nuevo integrante de la familia: el segundo hijo de Roderick y Gail, Maxwell Montfort.

Pero Roderick quería una niña, así que le pidió otro hijo a Gail.

Sin embargo, la niña no vino hasta el quinto intento. Ya casi se había resignado a que sólo engendraría varones, sin embargo, la luz de sus ojos, Evelyn, vino a su vida.

Fue entonces que los robles florecieron por primera vez. Como eran tiempos de paz, podían pasear allí con los niños, y Roderick empezó a

pensar que era verdad lo que Gail una vez había dicho, que en este lado del territorio sería hermoso construir una casa.

Claro, él pensaba en una enorme construcción de piedra que dominara completamente el paisaje. Sin embargo, no sería un lugar seguro, no en estos tiempos.

En uno de esos paseos, iba no sólo con sus hijos disfrutando del buen clima, sino con su hermano Teon, el conde de Sylvan, que ya era un adolescente. Sin embargo, en su corazón todavía era un niño, y ahora mismo jugueteaba con sus sobrinos correteándolos de un lado a otro y asustándolos mientras estos reían a carcajadas.

Roderick le tomó la mano a Gail y caminó con ella admirando el lago que reflejaba hermosamente las flores amarillas.

—De no ser porque vos también recordáis lo sucedido en el pasado —dijo él, —pensaría que todo fue un sueño. Un mal sueño.

Gail lo miró un momento. Los años le sentaban muy bien a su marido, y cada vez se hacía más guapo, más sabio.

—No todo fue malo —sonrió ella. —Excepto por esa pequeña parte incómoda donde todos morimos, fue bonito, y bastante divertido. —Él la miró elevando una ceja.

—"Esa pequeña parte incómoda" —rio él.

—No me molesta haber tenido que vivir dos veces la vida —siguió Gail. —En ambas os conocí, os amé y fui amada por vos. No hay nada que quiera cambiar, porque incluso en la muerte, estuve junto a vos.

Él la miró conmovido.

Señor, cuánto amaba a esta mujer. Todos los días despertaba y lo primero que pensaba era en lo afortunado que era de haberla conocido, de haberla encontrado.

Lo que sentía por ella iba más allá del simple deseo de protegerla, amarla, y desearla. Llenaba también su alma, le hacía sentir completo.

Levantó una mano y acarició con el dorso de sus dedos la suave mejilla de su esposa. Ella seguía tan hermosa como siempre, pero los años le habían conferido esa seguridad y madurez que se le antojaban cada vez más atractivas.

—Os amo —dijo. Palabras tan simples, pero que encerraban todo.

—Y yo a vos, Roderick Montfort.

—En todas mis vidas os buscaré, y os amaré —ella sonrió feliz, más hermosa que cualquier camino de robles florecidos, más traviesa que cualquier niño.

Miró a un lado y a otro comprobando que los pequeños estuvieran distraídos. Luca y Maxwell estaban entretenidos a la orilla del lago cazando ranas, Isaac y Joseph corrían de un lado a otro con el tío Teon, y Evelyn dormía en su canasta vigilada por una de las doncellas. Un par de caballeros aguardaba cerca del carruaje, pero ya estaban acostumbrados a las demostraciones de afecto de sus señores, y su vigilancia iba más sobre los pequeños que sobre ellos.

Todo despejado, así que se empinó y besó sus labios.

Roderick rio encantado por su audacia.

Amaba esto de su esposa, ella seguía siendo la misma lady que se enfadó porque espantó su venado en una cacería, que calmó una yegua cuando estaba desbocada, que suplantó a una dama para salvar su vida y la de todos los que iban con ella.

Ella era una verdadera dama.

Fin.